

UNA HISTORIA DE  
**JACK REACHER**

**LEE  
CHILD**

**MORIR EN  
EL INTENTO**



RBA

Título original: *Die Trying*

© Lee Child, 1998.

© de la traducción: V. M. García de Isusi, 2017.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

REF.: ODBO182

ISBN: 9788491870135

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

## Índice

### Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46

SI TUVIERA QUE ENUMERAR TODO AQUELLO EN LO QUE ME AYUDA,  
ESTA DEDICATORIA SERÍA MÁS LARGA QUE LA PROPIA NOVELA.  
ASÍ QUE ME LIMITARÉ A DECIR: PARA JANE, MI ESPOSA,  
CON UN AGRADECIMIENTO MUY ESPECIAL.

Nathan Rubin murió porque adoptó una actitud desafiante. Pero no como cuando haces algo en una guerra que te vale una medalla, sino por la típica explosión de rabia que hace que te maten en mitad de la calle.

Había salido temprano de casa, como siempre hacía seis días a la semana, cincuenta semanas al año. Un desayuno prudente, apropiado para un hombre bajito con propensión a coger peso que pretendía mantenerse en forma a sus cuarenta y tantos. Un largo paseo por los pasillos alfombrados de la casa que tenía junto al lago, apropiada para una persona que ganaba mil dólares en cada uno de esos trescientos días que trabajaba al año. Pulsó el botón que abría la puerta del garaje con el pulgar y arrancó el silencioso motor de su caro sedán de importación con un giro de muñeca. Un CD en el reproductor, marcha atrás por el camino de gravilla por el que se accedía al garaje, un toque suave al freno, otro ligero a la palanca de cambios, un pequeño acelerón y el último trayecto corto de su vida había empezado. Seis cuarenta y nueve de la mañana. Lunes.

El único semáforo que tenía de camino al trabajo estaba verde, que fue, como quien dice, la causa inmediata de su muerte. Porque implicó que, mientras aparcaba en la aislada parcela que había detrás del edificio en el que trabajaba, al preludio de la *Fuga en si menor* de Bach aún le quedaran treinta y ocho segundos. Permaneció sentado y lo escuchó hasta que el último acorde de órgano dejó de resonar y se hizo el silencio, lo que implicó que, al bajar del coche, los tres hombres ya estaban lo bastante cerca como para que él se diera cuenta de que el acercamiento tenía alguna intención. Así que se quedó

observándolos. Ellos miraron para otro lado y cambiaron de dirección, los tres al mismo tiempo, como bailarines o soldados. Se volvió hacia su edificio. Empezó a caminar. Pero se detuvo. Miró atrás. Los tres hombres estaban alrededor de su coche. Intentando abrir las puertas.

—¡Eh! —les gritó.

El corto y universal sonido de la sorpresa, el enfado y el desafío. El típico sonido instintivo que un ciudadano serio pero ingenuo emite cuando algo no debería estar pasando. El típico sonido instintivo que hace que maten a un ciudadano serio pero ingenuo. Se dirigió de vuelta a su coche. Le superaban en número por tres a uno, pero tenía la razón, lo que hizo que se creciera y se sintiera confiado. Avanzaba a zancadas y se sentía furioso, en forma y convencido de que controlaba la situación.

Pero esas sensaciones eran ilusorias. Un tipo blando y de un barrio residencial como él jamás iba a controlar una situación así. Su buen estado de forma no era más que el típico tono saludable que consigues en el gimnasio. No valía para nada. Sus tensos abdominales se hicieron añicos después del primer golpe, muy violento. Su cara se contrajo en una mueca mientras se inclinaba hacia delante y unos nudillos muy duros le hicieron puré los labios y le destrozaron los dientes. Unas manos rudas y unos brazos nervudos lo cogieron y lo levantaron del suelo como si no pesase nada. Le arrebataron las llaves y le pegaron una hostia en el oído. Se le llenó la boca de sangre. Lo tiraron al suelo y unas botas de suela gruesa le pisotearon la espalda. Luego, las tripas. Luego, la cabeza. Su vista se fundió a negro como una televisión durante una tormenta. El mundo, sencillamente, desapareció de su vista. Se colapsó, como una conexión telefónica que se va perdiendo, y balbuceó hasta quedarse en silencio.

Por eso murió, porque adoptó una actitud desafiante. Pero no murió en ese momento. Murió bastante más tarde, después de que ese segundo de valentía se convirtiera en largas horas de miserables boqueadas de miedo, y después

de que esas largas horas de miserables boqueadas de miedo dieran paso a largos minutos de alaridos de pánico.

Jack Reacher, en cambio, seguía vivo porque era precavido. Y era precavido porque oía un eco de su pasado. Y no solo tenía muchísimo pasado, sino que el eco provenía de la peor de las partes de este.

Había servido durante trece años en el ejército y la única vez que le habían herido no había sido con una bala, sino con un fragmento de la mandíbula de un sargento del Cuerpo de Marines. Reacher había estado destacado en Beirut, en el complejo estadounidense que había junto al aeropuerto. Un día, atacaron el complejo con un camión bomba. Reacher estaba en la verja de entrada. El sargento estaba cien metros más cerca de la explosión. El pedazo de la mandíbula fue lo único que quedó de él. El hueso impactó en Reacher a cien metros de distancia y se le metió en las tripas como una bala. El cirujano del ejército que lo remendó le explicó que había tenido suerte. Le dijo que una bala de verdad en las tripas le habría dolido mucho más. Ese era el eco que oía. Y le estaba prestando muchísima atención porque, trece años más tarde, le estaban apuntando con una pistola a su estómago. A unos cuatro centímetros.

La pistola era una nueve milímetros automática. Novísima. Aceitada. La sujetaban baja, a la altura de su antigua cicatriz. El tipo que la sujetaba tenía cara de saber, más o menos, lo que hacía. Tenía quitado el seguro. No se apreciaba temblor alguno en la punta del cañón. Ni tensión. El dedo del gatillo estaba listo para moverse. Reacher lo tenía claro, porque estaba concentrado en ese dedo.

Se encontraba al lado de una mujer. La sujetaba por el brazo. Nunca la había visto. Ella estaba mirando una nueve milímetros idéntica que también le apuntaba al estómago. El tipo que la apuntaba a ella estaba más tenso que



el que le apuntaba a él. Parecía que estuviera intranquilo. Parecía que estuviera preocupado. Los nervios hacían que le temblara la pistola. Tenía las uñas mordidas. Un tipo nervioso, asustadizo. Los cuatro estaban en la calle, tres de ellos quietos como estatuas y el cuarto cambiando despacio el peso de un pie al otro.

Estaban en Chicago. En el centro de la ciudad. En una acera transitada. Un lunes. El último día de junio. A plena luz del día, con el sol de verano luciendo con fuerza. La situación se había producido en un instante. Había sucedido de tal manera que coreografiarla habría sido imposible. Reacher iba por la calle, sin destino concreto, ni rápido, ni despacio. Estaba a punto de pasar por delante de la puerta de una tintorería. La puerta se había abierto justo a su paso y por ella había salido una vieja muleta de metal que había caído con un repiqueteo a la acera. Reacher había levantado la mirada y había visto una mujer en la puerta. Estaban a punto de caérsele las nueve bolsas de tintorería que llevaba en los brazos. Tendría unos treinta años, vestía ropa cara, era de piel oscura, atractiva, se la veía segura de sí misma. Alguna lesión tenía en la pierna. Alguna herida. Dada la postura tan extraña que tenía, era evidente que le dolía. Había mirado a Reacher con cara de «¿le importa?» y él le había devuelto una de «en absoluto», y había recogido la muleta. Le había cogido las nueve bolsas con una mano y le había tendido la muleta con la otra. Se había puesto las bolsas al hombro y había sentido que el colgador de las perchas de alambre le mordía el dedo. La mujer había plantado la muleta en la acera y había descansado el antebrazo en el reposacodos curvado. Reacher le había ofrecido el brazo. Ella había hecho una pausa. A continuación, había asentido como si le diera vergüenza y él la había cogido del brazo y había esperado un instante. Se sentía útil, pero raro. Luego, habían girado al mismo tiempo para emprender la marcha. Reacher había supuesto que darían unos pasos juntos hasta que se sintiera segura.

Luego, le soltaría el brazo y le devolvería las prendas. Pero se habían encontrado de bruces con los dos tipos de las nueve milímetros.

Los cuatro seguían allí, cara a cara en parejas. Como cuatro comensales en una mesa de cafetería demasiado pequeña para cuatro. Los tipos de las pistolas eran blancos, estaban bien alimentados, hasta cierto punto parecían militares, hasta cierto punto eran iguales. Estatura media, pelo corto y castaño. Manos grandes, musculosas. Caras grandes, obvias, con rasgos anodinos y rosados. Expresión tensa, mirada dura. El nervioso era un poco más bajo, como si gastara su energía en preocuparse. Ambos llevaban camisa de cuadros y cazadora de popelina. Estaban plantados allí, pegados. Reacher era mucho más alto que los otros tres. Podía ver a su alrededor, por encima de la cabeza de los demás. Estaba plantado allí, sorprendido, con las bolsas de la tintorería de la mujer al hombro. Ella se apoyaba en la muleta, observando, en silencio. Los dos hombres blancos les apuntaban. De cerca. Reacher tenía la sensación de que llevaban así mucho tiempo. Pero sabía que era una sensación engañosa. Lo más probable era que no hubiera pasado más de segundo y medio.

El que estaba delante de Reacher parecía el líder. El más alto. El más calmado. Miró a Reacher y a la mujer, y señaló hacia el bordillo de la acera con el cañón de la automática.

—Al coche, puta —dijo—. Y tú, gilipollas.

Hablaba apremiándolos pero tranquilo. Con autoridad. Sin acento. «Puede que de California», pensó Reacher. Aparcado junto a la acera había un sedán. Un coche grande, negro, caro. El conductor se estaba estirando por entre los asientos delanteros para abrir la puerta de atrás. El que apuntaba a Reacher volvió a señalar con la pistola. Reacher no se movió. Miró a derecha e izquierda. Supuso que tenía segundo y medio para valorar la situación. Los dos de las nueve milímetros no le preocupaban mucho. Solo tenía una mano por culpa de las bolsas de la tintorería, pero no le pareció que fuera a

suponerle problema alguno encargarse de ambos. Los problemas estaban a su lado y detrás de él. Miró el escaparate de la tintorería para utilizarlo de espejo. A unos veinte metros por detrás de él había un grupo compacto de personas cruzando apresuradas un paso de cebra. Un par de balas perdidas encontrarían un par de blancos. De eso no había duda. Ninguna. Ese era el problema que había detrás de él. El que estaba a su lado era la desconocida. No tenía ni idea de cuáles serían su capacidades. Desde luego, algo le pasaba en la pierna. Reaccionaría despacio. Se movería despacio. No era el momento para combatir. No en ese entorno, no con esa compañera.

El tipo del acento californiano cogió a Reacher por la muñeca, que tenía inmovilizada por el peso de las nueve bolsas de ropa que se había echado a la espalda. Luego, tiró de él hacia el coche. El dedo del gatillo aún parecía estar listo para moverse. Reacher lo observaba por el rabillo del ojo. Soltó el brazo de la mujer. Fue hacia el sedán. Tiró las bolsas en el asiento de atrás y subió detrás de ellas. A la mujer la empujaron detrás de él. Luego, el tipo nervioso se subió con ellos y cerró la puerta de golpe. El líder se sentó delante, en el asiento del copiloto. Cerró con un portazo. El conductor metió primera y el automóvil se incorporó al tráfico despacio y en silencio.

La mujer resollaba de dolor y Reacher supuso que el tipo nervioso le estaba clavando la pistola en las costillas. El líder se había girado y tenía la mano de la pistola apoyada en el reposacabezas de cuero grueso. Apuntaba a Reacher al pecho. Era una Glock 17. Reacher lo sabía todo de aquella arma. Había sido él quien había evaluado el prototipo para su unidad. Fue la tarea sencilla que le asignaron durante el tiempo que había estado convaleciente después de lo de Beirut. La Glock era un arma pequeña y dura. Diecinueve centímetros desde el percutor a la boca. Lo suficientemente larga como para que fuera certera. Reacher había acertado con ella a cabezas de chinchetas a algo más

de veinte metros. Y disparaba un proyectil decente. Balas de siete gramos casi a mil trescientos kilómetros por hora. Cargadores de diecisiete balas; de ahí su nombre. Y era ligera. Porque, a pesar de lo potente que era, solo pesaba unos novecientos gramos. Las piezas importantes eran de acero. El resto, de plástico. Policarbonato negro, como en las cámaras fotográficas caras. Una maravilla.

Pero no le había gustado mucho. No para los requisitos especializados de su unidad. Había aconsejado que la rechazaran. Había preferido recomendar la Beretta 92F. La Beretta también era una nueve milímetros, pesaba unos doscientos veinticinco gramos más, medía dos centímetros y medio más y el cargador tenía dos balas menos. Pero su poder de parada era casi un diez por ciento mayor que el de la Glock. Y eso, para él, era importante. Además, no era de plástico. Reacher había elegido la Beretta. El comandante de su unidad se había mostrado de acuerdo con él, había hecho circular su informe y todo el ejército había corroborado su recomendación. Esa misma semana lo habían ascendido y le habían otorgado la Estrella de Plata y el Corazón Púrpura, el ejército había pedido Berettas a pesar de que fuera un arma más cara, de que la OTAN estuviera loca con la Glock, y de que Reacher no había sido sino una voz que no había tardado de salir de West Point. Luego, lo habían asignado a otro destino, hasta que acabó sirviendo por todo el mundo, y no había vuelto a ver una Glock 17. Hasta ese momento. Doce años después, estaba viendo una la hostia de bien.

Dejó de mirar la pistola y volvió a fijarse en el tipo que la empuñaba. Estaba bastante bronceado, tanto que la línea de crecimiento del cabello parecía de color blanco. Hacía poco que se había cortado el pelo. El conductor tenía la frente amplia y resplandeciente, se estaba quedando calvo, tenía rasgos rosados y alegres, y esa sonrisa socarrona de quienes son más feos que Picio pero se creen guapísimos. Como los demás, llevaba una camisa comprada en una de esas cadenas de ropa barata y cazadora de

popelina. También estaba delgado, como alimentado con grano. Con la misma confianza de creer dominar la situación, solo que acompañada por una ligera dificultad para respirar. Tres hombres, entre los treinta y los treinta y cinco, un líder, un seguidor convencido y otro nervioso. Todos ellos tensos pero con las ideas bien claras, llevando a cabo una especie de misión. Un rompecabezas. Reacher desvió la mirada de la firme Glock a los ojos del líder. El tipo negó con la cabeza.

—No digas nada, gilipollas. Como abras la boca te pego un tiro. Te lo aseguro. Si permaneces callado, puede que no te pase nada.

Le creyó. Tenía la mirada cruel y los labios fruncidos. Así que no dijo nada. Luego, el coche redujo la velocidad y se metió en una especie de patio de cemento lleno de baches. Rodeó, en dirección a la parte de atrás, lo que parecía una fábrica abandonada. Habían ido hacia el sur. Calculó que se encontraban a algo menos de ocho kilómetros al sur de la zona del Loop. El conductor paró el gran sedán dejando la puerta de atrás frente a la puerta trasera de una furgoneta pequeña y sin ventanas. La furgoneta era el único vehículo que había en el aparcamiento. Era una Ford Econoline blanca y sucia. No era vieja, pero le habían dado mucho trote. En el lateral había llevado algo escrito. Lo habían tapado con pintura blanca, pero se notaba porque el blanco original había amarilleado. Reacher observó los alrededores. El aparcamiento estaba lleno de basura. Vio una lata de pintura tirada cerca de la furgoneta. Y una brocha. Allí no había nadie. El sitio estaba desierto. Si pretendía hacer algo, sabía que aquel era el momento y el lugar adecuados. Pero el cabecilla sonreía y se inclinó hacia los asientos de atrás. Cogió a Reacher por el cuello de la camisa con la mano izquierda y le metió la boca de la Glock en la oreja con la derecha.

—Quédate quieto, gilipollas.

El conductor se bajó del coche y lo rodeó por delante del capó. Sacó otras llaves del bolsillo y abrió las puertas de atrás de la furgoneta. Reacher se

quedó quieto. Apuntar a una persona a la oreja con una pistola no es un movimiento especialmente inteligente. Si el tipo al que le apuntan gira de golpe la cabeza, la pistola sale de la oreja. Se arrastra por la frente del sujeto. Entonces, por rápido que uno sea apretando el gatillo, poco daño va a hacer. Puede que le haga un agujero en la oreja, en el pabellón externo, es muy probable que le reviente el tímpano. Pero no son heridas graves. Reacher invirtió un segundo en valorar los pros y los contras. Entonces, el tipo nervioso sacó a la mujer del coche a rastras y la apremió para que fuera hacia la puerta trasera de la furgoneta. La mujer bajó de un salto y recorrió la escasa distancia cojeando. De puerta a puerta. Reacher la observó por el rabillo del ojo. El que iba con ella le quitó el bolso y lo lanzó al interior del coche. Cayó a los pies de Reacher. Hizo un fuerte ruido sordo sobre la gruesa alfombrilla. Un bolso grande, de cuero, caro, con algo que pesaba mucho en su interior. Algo de metal. Las mujeres solo pueden llevar en el bolso una cosa de metal que haga un ruido sordo como ese. Súbitamente interesado, volvió a fijarse en ella.

Estaba despatarrada en la parte trasera de la furgoneta. Impedida por la pierna. Entonces, el cabecilla tiró de Reacher por el asiento de cuero y se lo pasó al tipo nervioso. En cuanto la Glock salió de su oreja, otra arma igual se le pegó al costado. Tiraron de él por el suelo lleno de baches. Hacia la parte trasera de la furgoneta, con la mujer. El tipo nervioso los apuntó con la temblorosa Glock mientras el cabecilla buscaba la muleta por el sedán. Cuando la encontró, salió y la tiró al interior de la furgoneta. El golpe y los rebotes contra el lateral del vehículo produjeron un estruendoso ruido metálico. Las prendas de la tintorería se quedaron en el asiento de atrás del automóvil, junto con el bolso. Luego, el cabecilla sacó unas esposas del bolsillo de la cazadora. Cogió la muñeca derecha de la mujer y le puso una de las manillas. Tiró con brusquedad de ella y agarró la muñeca izquierda de Reacher, en la que cerró la segunda manilla. Agitó las esposas para

comprobar que estaban bien cerradas. Cerró de golpe la puerta trasera izquierda de la furgoneta. Reacher se fijó en que el conductor estaba vaciando unas botellas de plástico en el sedán. Enseguida reconoció el color pálido y el fuerte olor de la gasolina. Una botella en los asientos de atrás, otra en los de delante. Luego, el cabecilla cerró la puerta trasera derecha de la furgoneta. Lo último que vio Reacher antes de quedarse a oscuras fue al conductor, que se sacaba un librito de cerillas del bolsillo.

A dos mil setecientos cuarenta kilómetros de Chicago por carretera estaban preparando la habitación de invitados. En concreto, una habitación individual con un diseño atípico. Un diseño hecho por una persona meticulosa después de estudiar con mucho cuidado cómo quería que fuera. Un diseño en el que había varios elementos inusuales.

La habitación estaba diseñada con un propósito determinado y para un huésped determinado. La naturaleza del propósito y la identidad del huésped eran lo que había dictado aquellos elementos inusuales. La habitación la estaban construyendo en el segundo piso de un edificio que ya existía, antiguo. Habían elegido para ello una estancia esquinera. Que tenía varios ventanales en las dos paredes exteriores. Ventanales que daban al sur y al este. Los cristales los habían roto y los habían sustituido por gruesos tablones de contrachapado claveteados a los marcos de las ventanas. Por fuera, el contrachapado estaba pintado de blanco para que el color coincidiese con el del exterior del edificio. Por dentro, habían dejado los tablones al natural.

Habían arrancado el techo de la habitación esquinera. Se trataba de un edificio antiguo y el techo era de yeso. Mientras lo quitaban, había caído una especie de ducha de polvo asfixiante. Ahora, se veían las vigas. El interior de las paredes también lo habían arrancado. Las paredes habían estado cubiertas con paneles de pino viejo pulidos a los que el paso de los años les había dado un tacto agradable. Todo eso había desaparecido. Ahora, quedaban expuestos el armazón del edificio y la vieja tela asfáltica que protegía del exterior.



Habían arrancado la madera del suelo y, por debajo de las grandes vigas, se veía el polvoriento techo del piso de abajo. La estancia era un cascarón.

El viejo yeso del techo, los paneles de la pared y las tablas del suelo los habían tirado por las ventanas antes de clavar los tablones de contrachapado. Los dos hombres que se habían encargado de la labor de demolición habían hecho un gran montón de escombros y se habían acercado al edificio con la camioneta, marcha atrás, para cargarlos. Tenían la necesidad urgente de dejar el sitio de lo más limpio y pulcro posible. Era la primera vez que trabajaban para ese jefe y les había dejado caer que podría hacerles más encargos. Y, a decir verdad, con echar una ojeada a su alrededor quedaba claro que allí había mucho trabajo. Al menos, había que ser optimista. Era difícil encontrar contratos nuevos y el que los había contratado no se había mostrado preocupado por el precio. Ambos hombres sabían que causar una buena primera impresión era primordial para sus intereses a largo plazo. Estaban enfrascados subiendo a la camioneta los restos de yeso cuando apareció el jefe.

—¿Habéis acabado?

Era un hombre orondo —tan hinchado que daba miedo—, con la voz aguda y los pómulos enrojecidos y brillantes, a pesar de ser blanco como la leche. Se movía con agilidad y sin esfuerzo, como una persona que abultara la cuarta parte que él. Su aspecto general era el de una persona de la que la gente aparta la mirada y a quien responde con prisas.

—Estamos recogiendo. ¿Dónde tiramos los escombros?

—Yo os acompaño. Vais a tener que hacer dos viajes. Las tablas ponedlas por separado, ¿vale?

El trabajador que no había hablado asintió. Las tablas tenían una anchura de cuarenta y cinco centímetros, de cuando los leñadores podían elegir cualquier árbol que les viniera en gana. Bajo ningún concepto iba a permitir que se las llevaran en la camioneta con los demás escombros. Cuando

acabaron de cargar todo el yeso, el jefe se apretó en la camioneta con ellos. Estaba tan gordo que apenas cabían. Luego señaló más allá del edificio antiguo.

—Ve hacia el norte. Algo más de kilómetro y medio.

La carretera salía del pueblo y ascendía por una colina con varias curvas empinadas y muy cerradas. El jefe señaló una especie de abertura en la roca.

—Allí. Al fondo del todo, ¿vale?

El hombre dio un pequeño paseo mientras los obreros descargaban la camioneta. Cuando acabaron, volvieron en dirección sur para cargar los antiguos tablones de pino. Pasaron de nuevo por la carretera empinada y llena de curvas, descargaron las maderas y las apilaron con cuidado. Al finalizar su trabajo, el jefe salió de las sombras. Había estado esperándolos. Llevaba algo en la mano.

—Hemos acabado —dijo el único de los trabajadores que había hablado hasta el momento.

El empleador asintió.

—Estoy seguro de ello.

Levantó la mano. Empuñaba un arma. Una pistola automática negra de lo más corriente. Al hombre que hablaba le disparó en la cabeza. El estrépito del disparo fue ensordecedor. Sangre, hueso y sesos por todos lados. El miedo paralizó al hombre silencioso. Aunque, casi de inmediato, echó a correr. Se hizo a un lado, corriendo a la desesperada en busca de un sitio donde ponerse a cubierto. El jefe sonrió. Le gustaba que echaran a correr. Bajó su gordo brazo hasta describir un ángulo abierto. Disparó y alcanzó al corredor en la corva. Volvió a sonreír. Mucho mejor. Le gustaba que echaran a correr, pero le gustaba mucho más cuando se retorcían en el suelo. Se quedó un rato escuchando los chillidos del herido. Luego, se acercó tranquilamente a él y apuntó con cuidado. Le metió un balazo en la otra rodilla. Se quedó un rato mirando, tras lo que se cansó del juego. Se encogió de hombros y le pegó un

tiro en la cabeza. A continuación, dejó la pistola en el suelo e hizo rodar los cadáveres de los trabajadores hasta dejarlos alineados en paralelo con los tablones.

Llevaban una hora y treinta y tres minutos en la carretera. Despacio durante un rato, por trazado urbano; aceleración y velocidad constante luego. Puede que hubieran recorrido unos setenta y cinco kilómetros. Ahora bien, en la ruidosa penumbra de la furgoneta, Reacher no tenía ni idea de qué dirección habían tomado.

Estaba esposado a la mujer de la pierna mala. En los primeros minutos de su relación forzosa habían resuelto cómo colocarse para estar lo más cómodos posible, que no era mucho. Se habían movido de lado, como cangrejos, hasta quedar sentados de espaldas a uno de los laterales del vehículo, con las piernas estiradas, apoyados en la gran caja de la rueda derecha, contra el sentido de la marcha. La mujer estaba apoyada contra la parte trasera de la caja y Reacher, contra la delantera. Tenían las muñecas, las esposadas, sobre la caja, como si fueran novios pasando el rato en una cafetería.

Al principio no habían hablado. Habían permanecido en silencio, anonadados. El problema más inmediato era el calor. Era el mediodía del último día de junio en el Medio Oeste. Estaban encerrados en un espacio metálico. No había ventilación. Reacher supuso que el aire producido por la velocidad tenía que estar enfriando el exterior de la furgoneta hasta cierto punto, pero no era suficiente.

Había permanecido sentado, a oscuras, sin más, pensando y planeando, que era para lo que le habían entrenado. Estar calmado, estar relajado, estar listo, no malgastar energía en especulaciones inútiles. Evaluar y valorar. Los tres

secuestradores habían mostrado cierto grado de eficiencia. Ni mucho talento, ni mucha delicadeza, pero no habían cometido errores significativos. El tipo nervioso de la segunda Glock era el componente más débil del equipo, pero el cabecilla había cubierto muy bien sus deficiencias. Un trío eficaz. En absoluto se trataba del peor que había visto. En aquel momento no estaba preocupado. Había estado en peores situaciones y había sobrevivido. Mucho peores, y más de una vez. Así que no iba a preocuparse todavía.

Fue entonces cuando se dio cuenta de una cosa. Se dio cuenta de que la mujer tampoco había empezado a preocuparse todavía. Ella también estaba tranquila. Sentada, balanceándose, esposada a él, pensando y planeando, que quizá fuera también como la habían entrenado a ella. La miró en la penumbra y resultó que ella también estaba mirándolo. Lo observaba con curiosidad, tranquila, sin perder el control, con un ligero aire de superioridad, con un ligero aire de desaprobación. La confianza de la juventud. Se miraron a los ojos. Y así estuvieron un buen rato. Luego, ella levantó la mano derecha, la que tenía esposada, lo que tiró de la muñeca izquierda de él. Fue un gesto de ánimo. Reacher giró la mano y estrechó la de ella, tras lo que se dedicaron una sonrisa breve e irónica, una formalidad mutua.

—Holly Johnson.

La mujer lo evaluaba con cuidado. Era evidente que sus ojos iban de un lado al otro de su cara. Luego, pasaron a su ropa, para volver de nuevo a su cara. Volvió a sonreír, brevemente, como si hubiera decidido que se merecía cierta cortesía.

—Me alegro de conocerlo —siguió.

Él le devolvió la mirada. Estudió su rostro. Era una mujer muy atractiva. De unos veintiséis o veintisiete años. Miró su ropa. Le vino a la cabeza la letra de una vieja canción: «Ropa de cien dólares que aún no he pagado». Esperó a ver si recordaba más parte de la letra, pero no fue el caso, así que le devolvió la sonrisa y asintió.

—Jack Reacher. El placer es mío, Holly, créame.

Era difícil hablar, porque la furgoneta hacía muchísimo ruido. El estrépito del motor se peleaba con el rugido de la carretera. Él hubiera preferido permanecer callado, al menos un rato más, pero ella no.

—Tengo que deshacerme de usted —le dijo.

Una mujer segura de sí misma, capaz de controlar la situación. Él no respondió. La miró y volvió a apartar la vista. La siguiente frase de la canción era: «Mujer de sangre muy fría». Una caída agonizante, un verso triste y emotivo. Una canción del viejo Memphis Slim. Pero aquel verso no le pegaba. No le pegaba lo más mínimo. Aquella no era, en absoluto, una mujer de sangre fría. La miró de nuevo y se encogió de hombros. Ella no dejaba de observarlo. El silencio de él la impacientaba.

—¿Entiende lo que está pasando? —preguntó ella.

Él la miró a la cara. La miró a los ojos. Ella lo estaba mirando también a los ojos. Estaba estupefacta. Pensaba que estaba atrapada con un idiota. Pensaba que Reacher no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo.

—Está clarísimo, ¿no? —respondió él—. Por las pruebas que tenemos.

—¿Qué pruebas? Ha sucedido todo en cuestión de segundos.

—Así es. Esa es la única prueba que necesito. Con eso lo sé, más o menos, todo.

Se quedó callado y siguió descansando. La siguiente oportunidad para escapar sería la próxima vez que la furgoneta parara. Podían faltar horas. Tenía la sensación de que podía ser incluso un día entero. Le parecía que lo mejor era reservar sus fuerzas.

—¿Y qué es lo que sabe? —quiso saber la mujer.

Lo miraba fijamente a los ojos.

—Que la han secuestrado a usted. Yo estoy aquí por accidente.

No dejaba de observarlo. Seguía tranquila. Seguía pensando. Pero aún se temía que estuviera esposada a un idiota.

—Está muy claro, ¿no le parece? —insistió Reacher—. No es a mí a quien estaban buscando.

Ella no respondió, pero arqueó una de sus bonitas cejas.

—Nadie sabía que yo iba a estar allí. Ni siquiera yo sabía que iba a estar allí. Hasta que he llegado. Ha sido una operación bien planeada. Han debido de necesitar tiempo para ponerla en práctica. Han debido de estudiarlo, ¿no le parece? Tres tipos, uno en el coche, dos en la calle. El coche estaba aparcado en el sitio adecuado. No tenían ni idea de dónde iba a estar yo. Ahora bien, es evidente que tenían muy claro dónde iba a estar usted. Así que deje de mirarme como si fuera imbécil. Es usted la que ha cometido el grave error.

—¿Error?

—Tiene unos hábitos muy regulares. Han estudiado sus movimientos. Puede que durante dos o tres semanas. Se ha tirado usted en sus brazos. No esperaban encontrarse con nadie más. Eso está claro, ¿no? Solo han traído un par de esposas.

Levantó el brazo —lo que levantó también el de ella— para subrayar el hecho. La mujer se quedó callada un buen rato. La opinión que se había formado de él estaba cambiando. Reacher se balanceó por el movimiento del vehículo. Sonrió.

—Y debería haber estado usted más atenta. Es usted agente del gobierno, ¿no? De la DEA, la CIA, el FBI o algo así, puede que detective de la policía de Chicago. Nueva en el cargo, pero muy implicada. Y gana bastante pasta. Así que, o alguien pretende pedir un rescate por usted o, por mucho que sea nueva, se ha convertido en un problema para alguien. En cualquiera de los dos casos, debería haber sido más precavida.

Ella seguía observándolo. Asintió en la penumbra, con los ojos como platos. Impresionada.

—¿Pruebas? —preguntó ella.

Volvió a dedicarle una sonrisa a la mujer.

—Un par de detalles. La ropa de la tintorería. Yo diría que, todos los lunes, en el descanso de la comida, lleva la ropa sucia a la tintorería y recoge la limpia, que es la de la semana siguiente. Eso quiere decir que debe de tener usted como unas quince o veinte mudas. Visto lo que lleva puesto, no compra usted ropa barata. Digamos que se gasta unos cuatrocientos pavos por pieza, así que tiene un armario con prendas por un valor de unos ocho mil dólares. Yo a eso lo llamaría ser «moderadamente rica» y demasiado regular en los hábitos.

La mujer asintió despacio.

—Vale, pero ¿por qué soy agente del gobierno?

—Eso es fácil. Le han apuntado con una Glock 17, la han metido por la fuerza en un coche, después, en una furgoneta, luego la han esposado a un extraño y no tiene ni idea ni de adónde la llevan ni por qué. Una persona normal se habría venido abajo hace un buen rato, se habría puesto a gritar. Pero usted no. Usted está ahí sentada, bastante tranquila, lo que sugiere que tiene cierto entrenamiento, puede que cierta familiaridad con situaciones incómodas y peligrosas. Y puede que esté segura de que un montón de gente va a ponerse a buscarla de un momento a otro.

Se quedó callado, pero la mujer asintió para que continuara.

—Además, llevaba un revólver en el bolso. Algo que pesa bastante. Puede que un 38 de cañón largo. De haberse tratado de un arma personal, una persona que viste como usted habría elegido algo refinado, como una 22, una pistola de cañón corto. Pero, no, era un revólver grande, así que se lo han asignado. Por lo tanto, es usted una agente de algún tipo, puede que poli.

La mujer volvió a asentir, despacio.

—¿Por qué soy nueva en el cargo?

—Por la edad. ¿Cuántos años tiene?, ¿veintiséis?

—Veintisiete.

—Es usted joven para ser detective. Universidad, unos pocos años de



uniforme, ¿no? También es joven para ser del FBI, la DEA o la CIA. Así que, sea de lo que sea, es usted nueva.

La mujer se encogió de hombros.

—Vale. ¿Por qué estoy implicada?

Reacher levantó la mano izquierda, lo que hizo que la cadena de las esposas traqueteara, y señaló la pierna mala de la mujer.

—Por su lesión. Ya está trabajando, antes de haberse recuperado del todo del accidente que haya sufrido. Todavía lleva la muleta. La mayoría de las personas en su situación se quedarían en casa, cobrando la baja por enfermedad.

La mujer sonrió.

—Podría ser discapacitada. Podría haber nacido así.

Reacher negó con la cabeza.

—Es una muleta de hospital. Se la han dejado, por poco tiempo, hasta que se recupere. Si fuera algo permanente, se habría comprado usted su propia muleta. De hecho, es posible que se hubiera comprado una decena, todas distintas para ir a juego con sus vestidos caros.

La mujer se rio. Era un sonido agradable que se elevó por encima del estrépito del motor y el rugido de la carretera.

—Muy bien, Jack Reacher. Soy agente del FBI. Desde el otoño pasado. Me desgarré el ligamento cruzado jugando al fútbol.

—¿Juega al fútbol? Me alegro por usted, Holly Johnson. ¿Y qué tipo de agente del FBI es desde el otoño pasado?

Se quedó callada un instante.

—Una agente, sin más. Una de los muchos que hay en la oficina de Chicago.

Reacher negó con la cabeza.

—No, usted no es una agente más. Es una agente que le está haciendo algo

a alguien. Un alguien que podría haber decidido tomar represalias. Así que, ¿a quién le está haciendo algo?

Esta vez fue ella quien negó con la cabeza.

—De eso no puedo hablar. No, al menos, con civiles.

Reacher asintió. Le parecía bien.

—Vale.

—Todos los agentes hacemos enemigos.

—Claro.

—Y yo no voy a ser la excepción.

Reacher volvió a mirarla. Era un comentario curioso. A la defensiva. El comentario de una mujer entrenada y que estaba ansiosa y lista para ir más allá, pero que estaba encadenada a un escritorio desde el pasado otoño.

—¿Es usted de la sección financiera? —aventuró Reacher.

La mujer negó con la cabeza.

—No puedo hablar de eso.

—Pero ya se ha ganado usted enemigos.

Le dedicó una sonrisa de medio lado que se apagó enseguida. Luego, decidió permanecer callada. Parecía que estuviera tranquila, pero Reacher notaba en su muñeca que, por primera vez, no era así. Aunque no flaqueaba. Y se equivocaba.

—No van a matarla. Podrían haberlo hecho en el aparcamiento de la fábrica. ¿Para qué iban a llevársela en esta furgoneta de mierda? Además, ahí tiene la muleta.

—¿Qué pasa con la muleta?

—No tiene sentido que hayan traído la muleta. ¿Para qué iban a hacerlo si pensasen matarla? Es usted una rehén, Holly. Una rehén pura y dura. ¿Seguro que no conoce a estos tipos? ¿Nunca los había visto?

—Nunca. No sé quiénes coño son o qué coño quieren de mí.

Se quedó mirándola. No sonaba creíble. Sabía más de lo que le estaba

diciendo. Se quedaron callados en medio del estrépito, del rugido. Balanceándose y pegando saltos al ritmo de los movimientos de la furgoneta. Reacher se puso a mirar al vacío, a oscuras. Le resultaba evidente que Holly estaba tomando decisiones. La mujer volvió a ponerse de lado.

—Tengo que sacarle de aquí —le dijo a Reacher al cabo de un rato.

Él volvió a mirarla. Apartó la vista y sonrió.

—Me parece bien, Holly. Y cuanto antes, mejor.

—¿Cuándo empezará a echarle de menos alguien?

Habría preferido no contestar a esa pregunta, pero la mujer le miraba interesada y esperaba una respuesta. Así que lo pensó y acabó diciéndole la verdad.

—Nunca.

—¿Por qué? ¿Quién es usted?

La miró a los ojos y se encogió de hombros.

—Nadie.

La mujer no dejaba de mirarle, intrigada. Puede que irritada.

—Vale, pero ¿qué tipo de nadie?

Reacher oyó a Memphis Slim en su cabeza: «Me tenía trabajando en una acería».

—Soy portero. En un club de Chicago.

—¿En cuál?

—Uno de música blues que hay en la zona sur. Seguro que no lo conoce.

Esta vez fue ella la que negó con la cabeza.

—¿Portero? Se lo está tomando con mucha calma para ser portero.

—Los porteros vivimos situaciones de lo más extrañas.

Lo miró como si la respuesta no le hubiera convencido y él bajó la cabeza hacia su reloj de pulsera para ver qué hora era. Las dos y media de la tarde.

—¿Y cuánto van a tardar en echarla de menos a usted?

Ella consultó su propio reloj y torció el gesto.

—Aún tardarán un rato. Tengo una conferencia sobre un caso a las cinco de la tarde. Hasta entonces, nada. Pasarán dos horas y media antes de que alguien se dé cuenta de que he desaparecido.

En el interior del cascarón de la segunda planta, estaban dando forma a otro cascarón. Lo estaban construyendo con planchas de madera de pino nuevo de sesenta centímetros por metro veinte clavadas entre sí de manera convencional. Parecía una nueva habitación que iba tomando forma dentro de la antigua. Pero iba a ser unos treinta centímetros más pequeña que la antigua por todos los lados. Treinta centímetros menos de largo por ambos lados, treinta centímetros menos de ancho por ambos lados, treinta centímetros menos de alto y elevada otros treinta centímetros.

Las nuevas viguetas del suelo iban a estar levantadas treinta centímetros por encima de las antiguas con listones hechos con las planchas de pino nuevo. Los listones nuevos parecían un bosque de zancos cortos, listos para mantener elevado el nuevo suelo. Había más listones cortos preparados para sostener el nuevo armazón alejado siempre treinta centímetros del viejo. El armazón nuevo tenía esa tonalidad amarillenta de la madera nueva; brillaba, frente al color miel del armazón antiguo. El armazón antiguo parecía un esqueleto viejo en cuyo interior estuviera creciendo un esqueleto joven.

Tres hombres construían este nuevo cascarón. Pasaban entre las viguetas con gran habilidad. Parecían haber construido otras cosas antes. Y trabajaban rápido. El trato que habían hecho exigía que acabasen a tiempo. El empleador había sido muy claro a ese respecto. Era un encargo que requería rapidez. Los tres carpinteros no se quejaron. El empleador había aceptado lo que le habían pedido. Habían inflado el presupuesto ante la posibilidad de que hubiera un regateo feroz y se pillaran los dedos con el margen, pero el empleador no

había negociado el precio. Se había limitado a asentir y a pedirles que se pusieran manos a la obra en cuanto acabase la cuadrilla de derribo. Era difícil encontrar trabajo, y mucho más difícil era encontrar empleadores que aceptaran el primer precio sin rechistar. Así que los tres estaban contentos, por mucho que estuvieran teniendo que trabajar duro, rápido y hasta tarde. También estaban nerviosos, porque querían causar buena impresión. Con echar una ojeada a su alrededor, quedaba claro que allí había mucho trabajo.

Así que lo estaban haciendo lo mejor que sabían. Subían y bajaban escaleras con herramientas y madera nueva. Trabajaban a ojo, marcando las líneas de corte con el pulgar y usando las pistolas de clavos y las sierras sin parar hasta que estas quemaban. Pero también se detenían a menudo para medir el hueco entre el cascarón antiguo y el nuevo. El empleador había dejado claro que las dimensiones eran importantísimas. El cascarón antiguo tenía una profundidad de quince centímetros. El nuevo, de diez. La distancia entre ambos tenía que ser de treinta.

—Quince, diez y treinta —dijo uno de ellos—. Cincuenta y cinco en total.

—¿Está bien? —preguntó el otro al que era el jefe de los tres.

—De maravilla —respondió este—. Justo lo que nos ha pedido.

La conferencia a la que tenía que asistir Holly Johnson a las cinco de la tarde en las oficinas del FBI en Chicago iba a tener lugar en una sala de reuniones de la tercera planta. Se trataba de una habitación grande, de algo más de seis metros de ancho por doce de largo, y prácticamente ocupada en su totalidad por una mesa pulida flanqueada por treinta sillas, quince a cada lado. Las sillas eran sólidas, de cuero, y la mesa estaba hecha de madera de calidad. Sin embargo, la habitación no parecía la sala de juntas de una empresa a causa del aspecto destartado de las paredes y la moqueta barata. Había casi setenta y cinco metros cuadrados de moqueta y seguro que toda ella había costado menos que una sola de las sillas.

En verano, a las cinco de la tarde el sol entraba por las ventanas y obligaba a la gente que llegaba a la sala a tomar una decisión. Si se sentaban de cara a las ventanas, el sol les daría en los ojos y se pasarían toda la conferencia entrecerrándolos, y acabarían con dolor de cabeza. Por otro lado, el aire acondicionado no conseguía mitigar el calor del sol, por lo que, si se sentaban de espaldas a las ventanas, se asarían de tal manera que empezarían a sentirse incómodos y a preocuparse por si su desodorante seguía siendo efectivo a las cinco de la tarde. Una elección difícil, pero lo mejor era evitar el dolor de cabeza y correr el riesgo de asarse, así que los que llegaron primero se sentaron de espaldas a la ventana.

El primero en entrar en la sala fue el abogado del FBI encargado de los delitos financieros. Se quedó de pie unos momentos, calculando cuánto duraría la reunión. Conociendo a Holly, puede que unos cuarenta y cinco

minutos, así que rodeó la mesa y empezó a pensar cuál de los sitios se beneficiaría de la estrecha columna que dividía la pared de ventanas en dos. La fina sombra se proyectaba en ese momento a la izquierda de la tercera silla y sabía que iba a ir avanzando hacia la cabecera de la mesa a medida que pasara el tiempo. Así que dejó su montón de carpetas sobre la mesa, frente a la segunda silla, se quitó la chaqueta y reservó el asiento dejándola en él. Luego, volvió a rodear la mesa y fue a por un café a la máquina.

Los siguientes en entrar fueron dos agentes que trabajaban en casos que podían tener alguna relación con el lío con el que estaba teniendo que lidiar Holly Johnson. Saludaron al abogado con un movimiento de cabeza y se fijaron en el sitio que había elegido. Sabían que daba lo mismo cuál de las otras catorce sillas eligieran —de entre las que daban la espalda a las ventanas— porque en todas iba a hacer el mismo calor. Así que dejaron sus maletines en las dos sillas más cercanas y se fueron a la máquina de café.

—¿No ha llegado todavía? —preguntó uno de ellos al abogado.

—No la he visto en todo el día.

—Mala suerte —dijo el tercero.

Holly Johnson era nueva, pero tenía talento, lo que la estaba haciendo muy popular. En el pasado, el FBI no se habría enorgullecido en detener al tipo de hombres de negocios a los que perseguía Holly, pero los tiempos habían cambiado y ahora las oficinas de Chicago les dedicaban bastante tiempo. Los hombres de negocios habían pasado a parecer bolsas de basura, no ciudadanos íntegros, y los agentes estaban hartos de vigilarlos mientras volvían a casa en los trenes de la hora punta. Los agentes tenían que bajarse del tren kilómetros antes de que los banqueros o corredores de bolsa estuvieran cerca de sus carísimas casas de las afueras. Sin duda, iban pensando en volver a hipotecar la casa o, incluso, en un segundo trabajo, y en la de años que iban a tener que pasar ejerciendo de detectives privados para complementar la miserable pensión del gobierno. Mientras tanto, los



ejecutivos iban tranquilamente sentados, con una sonrisa petulante. Así que, cuando cayeron los dos primeros, en el FBI no pudieron alegrarse más. Cuando esos «dos primeros» se convirtieron en «decenas» primero, en «veintenas» después, y, más tarde, en «centenares», aquel se convirtió en un deporte de caza.

El único inconveniente era que se trataba de un trabajo duro. Es posible que más que los demás. Y por eso la llegada de Holly Johnson había facilitado las cosas. Tenía talento. Era capaz de leer una hoja de balances y saber si algo no funcionaba en ella. Era como si pudiera olerlo. Se sentaba a su escritorio, estudiaba los papeles, ladeaba la cabeza ligeramente hacia un lado y pensaba. En ocasiones, se tiraba horas pensando, pero cuando acababa, siempre sabía qué diablos estaba sucediendo. Luego, lo explicaba en la sala de reuniones. Conseguía que todo resultara tan fácil y lógico, que parecía imposible que alguien pusiera en duda lo que estaba explicando. Era una mujer que hacía que las cosas avanzaran. Era una mujer que hacía que sus compañeros se sintieran mejor cada vez que tenían que viajar en alguno de aquellos trenes por la noche. Eso era lo que estaba proporcionándole popularidad.

La cuarta persona que entró en la sala de reuniones de la tercera planta fue el agente asignado a ayudar a Holly con los pesos hasta que ella se recuperara de la lesión que se había hecho jugando al fútbol. Se apellidaba Milosevic. Estatura media y un ligero acento de la Costa Oeste. Menos de cuarenta años, traje informal de un color caqui elegido por un diseñador caro, oro en el cuello y en la muñeca. Llevaba poco tiempo en la oficina de Chicago. Lo habían trasladado allí porque era donde el FBI consideraba que tenían que estar sus agentes financieros. Se unió a la cola de la máquina del café y echó un vistazo a la sala.

—¿Llega tarde? —preguntó.

El abogado se encogió de hombros. Milosevic también. Le caía bien Holly

Johnson. Llevaba cinco semanas trabajando con ella, desde la lesión en el campo de fútbol, y había disfrutado desde el primer momento.

—Nunca suele llegar tarde —comentó.

La quinta persona en llegar fue Brogan, el jefe de sección de Holly. Irlandés de Boston, pero pasando por California. En el grupo más joven de los de mediana edad. Pelo oscuro y una de esas caras rojas irlandesas. Un tipo duro, bien vestido, con una cara chaqueta de seda. Ambicioso. Había llegado a Chicago al mismo tiempo que Milosevic, pero a él le había tocado las narices que no lo hubieran destinado a Nueva York. Lo único que le interesaba era ese ascenso que estaba seguro que se merecía. Y empezaba a correr el rumor de que la llegada de Holly a la sección estaba aumentando las posibilidades de que se lo concedieran.

—¿No ha llegado todavía? —preguntó.

Los otros cuatro se encogieron de hombros.

—Voy a tener que darle una patada en el culo.

Holly había sido analista de bolsa en Wall Street antes de intentar ingresar en el FBI. Nadie tenía muy claro por qué había decidido hacer un cambio así. Tenía muy buenos contactos y un padre, digamos... ilustre, por lo que lo habitual era pensar que había querido impresionarle. Nadie sabía si el viejo estaba impresionado o no, pero la sensación general era que debería estarlo. Holly había sido una de las diez mil aspirantes de su promoción y había entrado la primera de entre los cuatrocientos que lo habían conseguido. Se ajustaba a la perfección a los criterios de reclutamiento. El FBI buscaba licenciados universitarios en Derecho o Contabilidad, o disciplinas similares, que llevasen al menos tres años trabajando. Holly cumplía todos esos requisitos. Tenía un título en Contabilidad por la Universidad de Yale y un máster por la de Harvard; y, por si fuera poco, había estado tres años trabajando en Wall Street. Las pruebas de inteligencia y las de aptitud no le

habían supuesto el más mínimo problema y había conquistado a los tres agentes que la habían interrogado en la entrevista principal.

Habían comprobado su currículum, lo que era comprensible debido a sus contactos, tras lo que la habían enviado a Quantico, a la Academia del FBI. Era allí donde había empezado a destacar de verdad. Estaba en forma y era fuerte, aprendió a disparar, se mereció el curso de liderazgo y obtuvo unos resultados espectaculares en el examen de tiro simulado en Hogan's Alley. Pero su mayor éxito fue su actitud. Consiguió dos cosas al mismo tiempo. Primero, se puso al día rápidamente en todo lo relativo a la ética del organismo. A todos les quedó claro que se trataba de una mujer que iba a vivir y morir por el FBI. Y, segundo, lo hizo de una manera que dejaba a un lado las chorradas. Tiñó su actitud de un ligero sentido del humor que evitó que la gente llegara a odiarla; de hecho, eso provocó que la adoraran. Sin duda, el FBI había logrado un gran fichaje. La enviaron a Chicago y esperaron a que empezara a dar resultados.

Los últimos en llegar a la sala de reuniones del tercer piso fueron un grupo de hombres que entraron todos juntos. Trece agentes que acompañaban a McGrath, el agente al mando. Los trece se apiñaban alrededor de su jefe, que, mientras caminaba, llevaba a cabo una especie de interesante repaso de las normas. Los trece prestaban gran atención a cada una de sus palabras. McGrath tenía todo aquello que cualquiera desearía. Había llegado a lo más alto, pero después había decidido volver al trabajo de campo. Había pasado tres años en el edificio Hoover como ayudante del director del FBI, tras lo que había pedido que le bajasen de categoría y le redujesen el sueldo para poder pedir como destino una oficina de operaciones. La decisión le había costado diez mil dólares de sueldo anuales, pero había recuperado la cordura

y había obtenido el respeto eterno y el afecto ciego de los agentes con los que trabajaba.

En una oficina como la de Chicago, un agente al mando es como el capitán en un gran buque de guerra. En teoría, hay gente por encima de él, pero están a un millar de kilómetros, en Washington. Solo lo son en teoría. El agente al mando, sin embargo, es real. Utiliza su autoridad como si fuera la mano de Dios. Y así es como veía la oficina de Chicago a McGrath. Y él no hacía nada por refrenar aquel sentimiento. Se mostraba lejano, pero también próximo. Mantenía su privacidad, pero hacía que los suyos sintieran que haría cualquier cosa por ellos. Era fornido y bajo, lleno de energía, el tipo de persona incansable que irradia confianza. El tipo de persona que hace que la tripulación mejore con solo saber que es su capitán. Se llamaba Paul, pero le llamaban Mack, como la marca de camiones.

Dejó que sus trece agentes se sentaran, diez de ellos de espaldas a la ventana y tres con el sol en los ojos. Luego, cogió una silla y la puso en la cabecera de la mesa, para Holly. Acto seguido, fue hasta la otra punta de la mesa y cogió otra silla para él. Se sentó de costado al sol. Empezó a preocuparse.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Brogan?

El jefe de sección se encogió de hombros con las palmas de las manos hacia arriba.

—Por lo que yo sé, debería estar aquí.

—¿Le ha dejado un mensaje a alguien? ¿Milosevic?

Milosevic, los otros quince agentes y el abogado se encogieron de hombros y negaron con la cabeza. McGrath empezó a preocuparse más. La gente tiene un patrón, un ritmo, como si fuese una huella dactilar del comportamiento. Holly solo se estaba retrasando uno o dos minutos, pero era tan anormal que estaban empezando a sonar todas las alarmas. En ocho meses, no había llegado ni un solo día tarde. No había sucedido ni una sola vez. Si otras

personas entrasen cinco minutos tarde a una reunión, parecería normal. Porque ese es su patrón. Pero no era el caso de Holly. A las cinco y tres minutos de la tarde, McGrath, sentado en aquella silla, estaba seguro de que había algún problema. Se puso de pie y se acercó al aparador que había en la pared de enfrente. Junto a la máquina de café había un teléfono. Lo descolgó y llamó a su despacho.

—¿Ha llamado Holly Johnson? —le preguntó a su secretaria.

—No, Mack.

Cortó la comunicación solo con el dedo y luego marcó el número de recepción, dos pisos más abajo.

—¿Algún mensaje de Holly Johnson?

—No jefe, no la he visto.

Volvió a pulsar el botón de colgar y esta vez llamó a la centralita.

—¿Ha llamado Holly Johnson?

—No, señor.

Sin colgar el teléfono, hizo un gesto para pedir papel y bolígrafo. Cuando los tuvo, volvió a hablar con el operador de centralita.

—Por favor, deme su número de busca. Y el de su móvil.

El auricular crepitó y el jefe garabateó unos números. Luego, colgó y los marcó. Tan solo oyó un largo tono grave, lo que significaba que el aparato estaba apagado. A continuación, la llamó al móvil. Oyó un pitido electrónico y le saltó un mensaje con voz de mujer que decía que el teléfono al que estaba llamando estaba apagado o fuera de cobertura. Colgó y miró por la habitación. Eran las cinco y diez. Lunes por la tarde.

A las seis y media en el reloj de Reacher, el movimiento dentro de la furgoneta cambió. Durante seis horas y cuatro minutos habían avanzado a ritmo continuo, puede que a unos noventa o noventa y cinco kilómetros por hora, mientras el calor había ido subiendo hasta su cota máxima y luego había empezado a bajar. Seguía sentado, pasando calor, balanceándose y dando botes en la penumbra con la caja de la rueda entre la mujer y él, calculando la distancia en un mapa mental. Según sus cálculos, habían recorrido unos seiscientos veinticinco kilómetros, pero no sabía en qué dirección. En caso de estar yendo hacia el este, ya deberían haber cruzado Indiana y estar en Ohio, puede que entrando en Pennsylvania o en Virginia Occidental. Si iban al sur, ya habrían salido de Illinois y estarían en Missouri o Kentucky, puede que incluso en Tennessee, si su estimación de la velocidad había sido a la baja. En caso de estar yendo al oeste, estarían cruzando Iowa. Puede que hubieran bordeado la parte inferior del lago Michigan y que estuvieran dirigiéndose al norte del estado. O podrían haber ido directos hacia el noroeste, en cuyo caso ya estarían cerca de Minneapolis.

Sin embargo, a algún lado estaban llegando, porque la furgoneta estaba decelerando. Notaron un bandazo a la derecha, como si estuvieran saliendo de una autopista. Se oía ruido de marchas y parecía que estaban recorriendo un asfalto con baches. La fuerza centrífuga hizo que se pegaran a la pared de la furgoneta. La muleta de Holly resbaló y repiqueteó de lado a lado del suelo de metal ondulado. La furgoneta gimió por pendientes y desniveles, se detuvo en cruces invisibles, aceleró, frenó con fuerza, hizo un giro cerrado a la

izquierda y, luego, durante un cuarto de hora, fue despacio y recto por una carretera plagada de baches.

—Una granja en algún lugar —comentó Reacher.

—Es evidente, pero ¿dónde? —dijo Holly Johnson.

Reacher se encogió de hombros en la penumbra. La furgoneta se detuvo casi del todo e hizo un giro cerrado a la derecha. La carretera fue a peor. El vehículo recorrió unos ciento cincuenta metros dando saltos y se detuvo. Oyeron cómo se abría la puerta del copiloto. El motor seguía en marcha. Oyeron cómo cerraban de golpe la puerta del copiloto. Reacher pudo escuchar cómo se abría una puerta muy grande y luego la furgoneta avanzó poco a poco. El ruido del motor resonó contra paredes de metal. Volvió a oír el ruido de la puerta grande y el eco del motor se hizo más fuerte. Luego, apagaron el motor y el estrépito se convirtió en silencio.

—Estamos en una especie de granero —supuso Reacher—. Con la puerta cerrada.

Holly Johnson asintió de manera impaciente.

—Eso ya lo sé. Un establo para vacas. Se huele.

Reacher pudo oír una conversación apagada fuera de la furgoneta. Pasos que se acercaban a las puertas de atrás. Una llave en la cerradura. La manija girando. Una luz cegadora al abrirse la puerta. Parpadeó para protegerse del repentino resplandor eléctrico y vio, más allá de Holly, a tres hombres, dos Glocks y una escopeta.

—Fuera —dijo el cabecilla.

Salieron como pudieron, todavía esposados. No fue fácil. Estaban entumecidos, doloridos y tenían calambres por haber estado seis horas sin moverse, apoyados en la caja de la rueda. La mujer tenía la rodilla agarrotada. Reacher se inclinó para coger la muleta.

—Déjala ahí, gilipollas —le soltó el cabecilla.

Por su tono de voz, parecía que estuviera cansado e irritable. Reacher le

miró a los ojos y se encogió de hombros. La mujer se puso tensa y probó a cargar peso en la pierna. Soltó un gemido de dolor y desistió. Miró a Reacher de forma impersonal, como si fuera un árbol, y le pasó el brazo izquierdo, el que tenía libre, alrededor del cuello. Era la única manera en la que iba a poder permanecer de pie.

—Por favor, perdone —le musitó.

El cabecilla hizo un gesto hacia la izquierda con la Glock. Estaban en un establo de vacas muy grande. No había ninguna, pero, a juzgar por el olor, habían estado allí hasta hacía poco. La furgoneta estaba aparcada en el ancho pasillo central. A ambos lados había compartimentos para los animales, espaciosos, hechos con barras de acero galvanizado soldadas entre sí de forma eficiente. Reacher se giró un poco y sujetó a la mujer por la cintura, y así avanzaron despacio y a saltitos hacia el compartimento que les señalaba con la Glock el cabecilla. La mujer se agarró a uno de los barrotes y se apoyó en él, avergonzada.

—Perdone —musitó una vez más.

Reacher asintió y esperó. El conductor, que llevaba la escopeta, los apuntó y el cabecilla se alejó. Abrió la gran puerta y salió. Reacher se fijó en que estaba anocheciendo. Un cielo nublado. No había manera de saber dónde estaban.

El cabecilla se ausentó durante cinco minutos. El establo estaba en silencio. Los otros dos permanecían en silencio, armas en ristre. El tipo nervioso de la Glock miraba a Reacher a los ojos. El de la escopeta, los pechos de ella. Con media sonrisa. Nadie decía nada. Entonces volvió el cabecilla. Llevaba un segundo par de esposas y dos cadenas gruesas.

—Está cometiendo un grave error —le dijo Holly—. Soy agente del FBI.

—¿Te crees que no lo sé, puta? Venga, cállate.

—Están cometiendo un delito muy grave —insistió Holly.

—Eso también lo sé, puta. Y te he dicho que te calles. Como digas algo



más, le pego un tiro en el tarro a este tío. Así, pasarás la noche esposada a un cadáver, ¿qué te parece?

El cabecilla se quedó esperando una respuesta, hasta que ella asintió. Luego, el de la escopeta se puso detrás de ellos y el cabecilla abrió las esposas y se las quitó. Pasó una de las cadenas por uno de los barrotes y pasó por los eslabones de ambos cabos la mitad vacía de la esposa que colgaba de la muñeca izquierda de Reacher. La apretó y comprobó que estaba bien cerrada. Luego, se llevó a la mujer dos compartimentos más allá y la ató a los barrotes, como había hecho con Reacher, a unos seis metros de este, con las esposas nuevas y la otra cadena. A Holly se le dobló la rodilla y se desplomó sobre el suelo de paja sucia al tiempo que lanzaba un grito de dolor. El cabecilla no le hizo ni caso. Volvió a donde estaba encadenado Reacher. Se paró justo delante de él.

—¿Quién coño eres, gilipollas?

Reacher no respondió. Sabía que el tipo llevaba las llaves de ambos pares de esposas en el bolsillo. Sabía que, con aquella cadena gruesa que colgaba de su muñeca, necesitaría segundo y medio para romperle el cuello, pero los otros dos estaban fuera de su alcance. Una Glock, una escopeta... demasiado lejos como para arrebatarlas antes de haberse liberado, demasiado cerca como para tener siquiera la oportunidad de hacerlo. Estaba tratando con un grupo de oponentes bastante eficiente. Así que se encogió de hombros y se quedó mirando la paja que había a sus pies. Estaba manchada de estiércol.

—Te he hecho una puta pregunta.

Reacher lo miró. Por el rabillo del ojo vio que el tipo nervioso levantaba el cañón de la Glock uno o dos grados.

—Te he hecho una pregunta, gilipollas —repitió el cabecilla en voz baja.

La Glock del tipo nervioso siguió subiendo hasta que la tuvo recta, a la altura del hombro. Apuntaba a Reacher a la cabeza. La boca temblaba un poco, describiendo un círculo errático, pero no lo suficiente como para que

fallara. Al menos, no a tan corta distancia. Reacher los miró a uno y a otro. El de la escopeta dejó de concentrar su atención en los pechos de la mujer y se llevó el arma a la cadera. También apuntó a Reacher. Era una Ithaca 37. Del calibre doce. La versión de cinco disparos con empuñadura, sin culata. Cargó un cartucho en la recámara. El crec-crec del mecanismo sonó con fuerza por todo el establo y rebotó contra las paredes de metal. Volvió a hacerse el silencio. Reacher se fijó en que tiraba del gatillo un octavo de su corto recorrido.

—¿Cómo te llamas? —insistió el jefe.

El de la escopeta tiró del gatillo un octavo más. Si disparaba con esa trayectoria, Reacher perdería ambas piernas y la mayor parte del estómago.

—Que cómo te llamas —repitió el cabecilla.

El disparo de un calibre doce no lo mataría, pero se desangraría hasta la muerte sobre aquella paja sucia. Sin femoral, tardaría un minuto, puede que minuto y medio. En esas circunstancias, no había razón para liarla por un simple nombre.

—Jack Reacher.

El cabecilla asintió satisfecho, como si hubiera ganado.

—¿Conoces a esta puta?

Reacher miró a la mujer.

—Mejor que a otras personas. Acabo de pasar seis horas esposado a ella.

—¿Te quieres pasar de listo, gilipollas?

Reacher negó con la cabeza.

—Solo soy uno que pasaba por allí. Sin más. No la conocía.

—¿Eres del FBI?

Volvió a negar con la cabeza.

—Soy portero de un club de Chicago.

—¿Estás seguro, gilipollas?

Asintió.

—Lo estoy. Soy lo suficientemente listo como para recordar de un día para el otro cómo me gano la vida.

Se hizo un silencio largo. Tensión. Luego, el tipo nervioso, el de la Glock, dejó de apuntarle. El tipo de la escopeta bajó el cañón hasta apuntar a la paja del suelo. Y él prefirió volver a mirarle los pechos a la mujer. El cabecilla asintió sin dejar de observar a Reacher.

—Vale, gilipollas. Pórtate bien y, al menos, de momento, vivirás. Y lo mismo te digo a ti, puta. A ninguno va a pasaros nada. Al menos, de momento.

Los tres hombres se reagruparon en el pasillo central y salieron del establo. Antes de que cerraran la puerta, Reacher volvió a fijarse en el cielo. Estaba más oscuro. Seguía nublado. No vio estrellas. No había pistas. Comprobó la cadena. Estaba bien sujeta a las esposas por un lado y al barrote por el otro. Unos dos metros. Oyó que la mujer estaba haciendo la misma comprobación: estiraba de la cadena y determinaba el radio que tenía para caminar.

—¿Le importa mirar hacia otro lado? —pidió ella.

—¿Por qué?

Un breve silencio. Un suspiro. Parte por vergüenza, parte por exasperación.

—¿De verdad es necesario que se lo explique? Hemos estado seis horas en una furgoneta que no tenía servicio, ¿verdad?

—¿Va a ir al compartimento de al lado?

—Es evidente.

—De acuerdo —dijo Reacher—. Usted vaya al de la derecha, que yo iré al de la izquierda. No miraré si usted tampoco lo hace.

Los tres hombres volvieron con comida cosa de una hora después. Era una especie de guiso de ternera que les sirvieron en cacerolas de campaña, una

para cada uno. En su mayoría, pedazos de carne casi crudos y un montón de zanahoria dura. Fueran quienes fueran aquellos tres hombres, desde luego la cocina no era su fuerte, eso estaba claro. Les dieron una taza esmaltada de café flojo, una para cada uno. Luego, subieron a la furgoneta. Arrancaron y salieron del establo. Apagaron las resplandecientes luces eléctricas. Reacher alcanzó a ver el tenue vacío del exterior. Luego, cerraron la gran puerta y echaron la llave. Dejaron a los prisioneros a oscuras y en silencio.

—A la gasolinera —comentó la mujer a seis metros de distancia—. Van a rellenar el depósito para el resto del viaje. No pueden hacerlo con nosotros dentro. Supondrán que nos pondríamos a gritar pidiendo ayuda y a dar golpes en las paredes de la furgoneta.

Reacher asintió y se acabó el café. Chupó el tenedor hasta dejarlo limpio. Dobló uno de los dientes hacia fuera y lo retorció, presionándolo con el pulgar. Hizo un pequeño gancho y lo usó para hurgar en la cerradura de sus esposas. Tardó dieciocho segundos en abrirlas —desde que había empezado a dar forma a la herramienta—. Las tiró sobre la paja junto con la cadena y fue a donde estaba la mujer. Se agachó y le abrió las esposas. Doce segundos. Le ayudó a ponerse de pie.

—Así que portero, ¿eh?

—Eso es. Vamos a echar una ojeada.

—No puedo caminar. La muleta está en la puta furgoneta.

Reacher asintió. Ella permaneció en su compartimento, agarrada a los barrotes. Fue él quien exploró el granero, enorme y vacío. Era una construcción recia, de metal, hecha con el mismo acero galvanizado y punteado que el de las barras de los compartimentos. La puerta estaba cerrada por fuera. Lo más probable es que hubieran puesto una barra en los tiradores junto con un candado. Si pudiera agarrar el candado no le supondría ningún problema, pero es que él estaba dentro y el candado, fuera.

Las paredes estaban aseguradas al suelo de cemento con eles de metal

atornilladas con firmeza. Estaban hechas con planchas de, aproximadamente, unos nueve metros de largo por metro veinte de alto, unidas unas a otras por más eles de metal atornilladas entre sí. Cada ele sobresalía unos quince centímetros. Como una escalera de mano gigante con peldaños cada metro veinte.

Trepó por una pared, aupándose rápidamente hacia arriba, de ele en ele, de metro veinte en metro veinte. La manera de salir del granero estaba allí mismo, en lo alto de la pared, a siete planchas del suelo, a unos ocho metros y medio de altura. Había una rendija de ventilación entre la parte más alta de la pared y el techo. De unos cuarenta y cinco centímetros. Una persona podría pasar en horizontal por el hueco, como un saltador de altura, quedarse colgando por fuera y dejarse caer ocho metros y medio.

Él podría hacerlo, pero Holly Johnson no. De hecho, ni siquiera podría caminar hasta la pared. Tampoco trepar por ella, y mucho menos descolgarse y dejarse caer ocho metros y medio, y soportar la caída con el ligamento cruzado roto.

—¡Huya! ¡Huya de aquí ahora mismo!

No le hizo caso. Miró por la ranura. El alero del tejado impedía que tuviera una vista amplia. Por lo que podía ver, solo había campo alrededor. Bajó por la pared y, una a una, se subió a lo alto de las otras tres. La segunda daba a una zona de campo tan vacía como la primera. Desde la tercera se veía una granja. Tejas blancas. Luz en dos de las ventanas. Desde la cuarta se veía la vereda que daba a la granja y que, después de unos ciento cincuenta metros, daba a una carretera sin rasgos distintivos. Más allá, nada. Muy a lo lejos, unos faros delanteros. Parpadeando y dando saltos. Muy espaciados entre sí. Cada vez más grandes. Acercándose. Era la furgoneta, que volvía.

—¿Puede ver dónde estamos?

—Ni idea. En una granja. Podríamos estar en cualquier parte. ¿Dónde hay tantas vacas? ¿Y campos y todo eso?

—¿Estamos en una zona montañosa o en llano?

—No alcanzo a verlo, está demasiado oscuro. Puede que haya colinas.

—Podríamos estar en Pennsylvania. Allí tienen colinas y vacas.

Reacher bajó y volvió al compartimento de la mujer.

—¡Váyase de aquí, por el amor de Dios! ¡Dé la alarma!

Él negó con la cabeza. Oyó cómo el vehículo diésel iba reduciendo la velocidad para tomar la vereda.

—Puede que esa no sea la mejor opción.

Ella se quedó mirándolo.

—¿Quién coño habla de opciones? ¡Es una orden! ¡Es usted civil y yo soy agente del FBI y le ordeno que se ponga a salvo ahora mismo!

Reacher se quedó allí.

—¡Le digo que es una orden! ¿¡Va a obedecerme!?

Reacher negó con la cabeza.

—No.

La mujer lo fulminó con la mirada. La furgoneta ya estaba de vuelta. Oyeron el rugido del diésel y el gruñido de la suspensión por la dura vereda. Reacher cerró las esposas de la mujer y corrió a su propio compartimento. Oyeron la puerta de la furgoneta y pasos en el asfalto. Reacher cerró las esposas sobre los barrotes y volvió a poner bien el tenedor. Cuando los secuestradores abrieron la puerta del establo y encendieron la luz, estaba sentado en la paja como si nada.

El material con el que había que rellenar el hueco de treinta centímetros que había entre las paredes del viejo cascarón y las del nuevo lo trajeron en una camioneta abierta desde el almacén en el que lo guardaban. Había una tonelada y tuvieron que hacer cuatro viajes. Cada vez lo descargaron con cuidado un escuadrón de ocho voluntarios. Trabajaban en cadena, como hacían las antiguas brigadas de bomberos con los cubos de agua. Se pasaban las cajas de una en una, a las manos, e iban metiéndolas en el edificio y llevándolas escaleras arriba hasta el segundo piso. Iban amontonando las cajas en el pasillo, junto a la puerta de la estancia esquinera modificada. Los tres carpinteros iban abriendo las cajas y metiendo el material en la habitación. Luego, lo introducían con cuidado en el amplio espacio que quedaba entre ambos cascarones. Los hombres que lo descargaban iban haciendo pausas y, agradecidos por tener un momento de descanso, observaban cómo trabajaban los carpinteros.

Se tiraron con aquella labor la mayor parte de la tarde debido a la gran cantidad de material y al cuidado que había que tener al moverlo de un lado a otro. Cuando la última de las cuatro remesas estuvo apilada arriba, los ocho voluntarios se marcharon. Siete de ellos se fueron a la cantina. El octavo se estiró bajo los últimos rayos de sol de la tarde y decidió dar un paseo. Solía hacerlo. Acostumbraba a dar un paseo largo cuatro o cinco veces a la semana, solo y, sobre todo, después de haber trabajado duro. Se suponía que era la manera que tenía de relajarse.

Se internó por el bosque. Había un sendero silencioso de tierra batida que

iba en dirección oeste. Lo siguió durante algo menos de un kilómetro. Luego, hizo una pausa y volvió a estirarse. Se valió del movimiento circular típico que hace un hombre cansado que intenta mitigar un dolor de espalda para mirar a su alrededor. Acto seguido, salió del sendero. Dejó de pasear. Empezó a caminar a toda prisa. Sorteaba los árboles y seguía un arco que empezaba hacia el oeste y seguía hacia el norte. Iba en busca de un árbol en concreto. A los pies de este había una laja cubierta de agujas de pino. Se quedó quieto y esperó. Escuchó con gran atención a su alrededor. Luego, se agachó y apartó la piedra. Debajo había algo de forma rectangular envuelto en tela de hule. Retiró la tela y sacó una pequeña radio de mano. Estiró la antena, corta y gruesa, pulsó un botón y esperó. Después, nervioso, comunicó entre susurros un mensaje largo.

Cuando el viejo edificio volvió a estar en silencio, el empleador llegó con instrucciones nuevas y extrañas. Los carpinteros no le hicieron preguntas. Se limitaron a escuchar con atención. El hombre tenía muy claro lo que quería. Las nuevas instrucciones implicaban que parte del trabajo volviera a hacerse. Dadas las circunstancias, no suponía problema alguno. Y menos aún cuando les ofreció una bonificación en metálico, además del alto presupuesto que ya había aceptado.

Los tres carpinteros trabajaron duro y les llevó menos tiempo del que habían supuesto. Ahora bien, para cuando acabaron ya había anochecido. El más joven se quedó recogiendo las herramientas y enrollando los cables. Los otros dos condujeron en dirección norte, a oscuras, hasta donde les había pedido su empleador. Bajaron de la camioneta y esperaron en silencio.

—Aquí—les indicó una voz. Era él—. Al fondo.

Se acercaron, como les pedía. El sitio estaba oscuro. El tipo estaba esperándolos, entre las sombras.



—¿Estos tablones os sirven de algo?

Al fondo había una pila de tablones de pino.

—Es buena madera. Puede que os sirva para hacer algo. Para alguno de vuestros trabajos, ¿no?

En el suelo, junto a la pila de tablones había algo más. Algo fuera de lo normal. Los dos carpinteros se quedaron mirando. Dos bultos extraños. Los dos carpinteros se quedaron observándolos con atención, luego, se miraron el uno al otro. Acto seguido, dieron media vuelta. El empleador les sonrió y levantó una automática negra y mate.

El agente del FBI de la sucursal era un tipo lo bastante inteligente como para saber que aquello iba a ser gordo. No sabía ni cómo ni por qué iba a serlo, pero un confidente de incógnito no se arriesga a enviar un mensaje de radio desde una ubicación encubierta sin razón aparente. Así que introdujo los detalles en el sistema informático de la organización. Su informe corrió como un fogonazo por la red informática hasta llegar al descomunal ordenador central que había en el primer piso del edificio Hoover, la central del FBI, en Washington D. C. La base de datos del ordenador central del edificio Hoover recibe a diario más informes que segundos tiene el día, así que el programa tardó un rato en escanearlo y elegir las palabras clave. Una vez lo hubo hecho, almacenó el boletín en su memoria y esperó.

Justo en ese instante, el sistema estaba recibiendo un mensaje de la oficina de campo del FBI en Chicago. El jefe de allí, el agente al mando McGrath, informaba de que había perdido a uno de los suyos. La agente especial Holly Johnson había desaparecido. La última vez que la habían visto fue a las doce en punto del huso horario de Chicago. En aquel momento, su paradero era desconocido y, aunque habían intentado ponerse en contacto con ella, no lo habían conseguido. Y como el de Holly Johnson era un caso especial, el

mensaje llevaba un código para que no pudiera verlo ninguna terminal del edificio, excepto la que estaba en el último piso, en el despacho del director.

El director del FBI salió de una reunión de presupuestos poco antes de las siete y media de la tarde. Volvió a su despacho y consultó sus mensajes. Se llamaba Harland Webster y llevaba treinta y seis años en el FBI. Le quedaba un año más como director y, después, se jubilaría, así que no buscaba problemas. No obstante, los encontró brillando en el monitor del ordenador. Pinchó el informe y lo leyó entero dos veces. Suspiró mirando la pantalla.

—Mierda —dijo—. Mierda, mierda, mierda.

El informe que le había enviado McGrath desde Chicago no eran las peores noticias que había recibido en treinta y seis años, pero casi. Pulsó el botón del intercomunicador que tenía en el escritorio y le dijo a su secretaria:

—Póngame con McGrath, en Chicago.

—Está en la línea uno —respondió su secretaria—. Ha estado esperando.

Webster gruñó y pulsó el botón de la línea uno y el manos libres, y se recostó en la silla.

—¿Mack? ¿Qué ha pasado?

La voz de McGrath sonaba clara desde Chicago.

—Hola, jefe. No lo sabemos. Todavía no sabemos qué ha pasado. Puede que nos estemos preocupando de antemano, pero me da muy mala espina que no haya aparecido. Ya sabes cómo es ella.

—Claro, Mack —dijo Webster—. ¿Quieres confundirme con algunos datos?

—No tenemos datos. No ha aparecido para una conferencia que tenía que darnos a las cinco de la tarde acerca de un caso. Me ha parecido de lo más inusual. No ha dejado mensajes. A nadie. Su busca y su móvil personal están

apagados o fuera de cobertura. He estado preguntando por aquí y el último que la ha visto ha sido a eso de las doce del mediodía.

—¿Ha ido a la oficina esta mañana?

—Ha estado en la oficina toda la mañana.

—¿Tenía alguna reunión antes de la conferencia de las cinco?

—Nada anotado en su diario. No sé lo que estaba haciendo ni dónde lo estaba haciendo.

—Por Dios, Mack, se suponía que tenías que cuidar de ella. Se suponía que tenías que mantenerla alejada de las malditas calles, ¿no?

—Era su hora de la comida —repuso McGrath—. ¿Qué coño iba a hacer?

El director se quedó callado. Lo único que se oía en el despacho era el ligero zumbido que hacía el manos libres. Webster tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—¿En qué estaba trabajando?

—No, no vayas por ahí. Podemos dar por hecho que no es una interferencia de alguno de nuestros sospechosos, ¿no crees? Siendo quien es ella, no tendría ningún sentido.

Webster asintió.

—Sí, supongo que, siendo quien es ella, no lo tendría. ¿Qué más debemos tener en cuenta?

—Estaba lesionada. Se había hecho daño en la rodilla jugando al fútbol. Pensamos que quizá se haya caído y que la lesión haya empeorado. Puede que haya tenido que ir a urgencias. Estamos llamando a los hospitales.

Webster gruñó.

—O tiene un novio del que no teníamos noticia —añadió McGrath—. Puede que estén en algún motel, pasándoselo en grande.

—¿Seis horas? ¡Menuda suerte!

Silencio de nuevo. Webster se inclinó hacia delante.

—Vale, Mack, ya sabes qué hay que hacer. Y lo que no hay que hacer en

un caso como el suyo, ¿eh? Mantenme informado. Voy a tener que ir al Pentágono. Estaré de vuelta dentro de una hora. Llámame si me necesitas.

Colgó y le pidió a su secretaria por el intercomunicador que avisara a su chófer. Luego, fue a su ascensor privado y bajó hasta el aparcamiento subterráneo. El chófer lo esperaba justo a la salida del ascensor y lo acompañó hasta la limusina blindada.

—Al Pentágono —indicó al chófer.

No había mucho tráfico. Eran las siete y media de la tarde de un lunes de junio. Tardaron unos once minutos en recorrer los cuatro kilómetros. Webster pasó todo el tiempo haciendo llamadas urgentes por el móvil. Llamadas a sitios que estaban tan cerca que bien podría haberse puesto en contacto con ellos a gritos. La enorme limusina llegó a la entrada del río del Pentágono y el marine centinela se acercó. Webster colgó y bajó la ventanilla para el ritual de identificación.

—Soy el director del FBI. Vengo a ver al jefe del Estado Mayor.

El centinela le hizo un saludo inmediato y les dio paso. Webster subió la ventanilla y esperó a que el chófer parara. Luego, salió del coche, se agachó un poco para pasar por la puerta de personal y fue caminando hasta el despacho del jefe del Estado Mayor. Entró en la antesala del despacho. La secretaria le estaba esperando.

—Puede pasar, señor. El general llegará dentro de un momento.

Webster entró en el despacho del jefe del Estado Mayor y esperó de pie. Miró por la ventana. La vista era magnífica, pero tenía un extraño tinte metálico. El cristal estaba hecho de Mylar, un material a prueba de balas. Era una vista maravillosa, pero la ventana estaba en la parte exterior del edificio, de cara a la entrada del río, por lo que tenía que estar protegida. Webster veía su limusina desde allí, con el chófer esperando fuera. Más allá del vehículo se

veía el Capitolio, al otro lado del Potomac. Se veían barcos de vela en la Cuenca Tidal del Potomac y los últimos rayos del sol se reflejaban en el agua. «No es un mal despacho —pensó—. Mejor que el mío».

Para el director del FBI, reunirse con el jefe del Estado Mayor era un problema. Era como tomar una de esas curiosas carreteras de circunvalación. Una reunión en la que no se tenían en cuenta los rangos. ¿Quién era superior? Ambos estaban designados por el presidente. Ambos informaban al presidente con un único intermediario de por medio, el secretario de Defensa o el fiscal general. El de jefe del Estado Mayor era el cargo militar más alto que ofrecía la nación. El de director del FBI, el más alto que ofrecía la ley. Ambos estaban en lo más alto de su propia cucaña. Pero ¿cuál de ellas era más alta? A Webster, aquello le suponía un problema. Y lo era, a decir verdad, porque sabía que su cucaña era más baja. Controlaba un presupuesto de dos mil millones de dólares y tenía veinticinco mil personas a su cargo. El jefe del Estado Mayor supervisaba un presupuesto de doscientos mil millones de dólares y tenía a su cargo casi a un millón de personas. Dos millones, si se incluía a la Guardia Nacional y los reservistas. El jefe del Estado Mayor acudía al Despacho Oval más o menos una vez a la semana. Webster iba un par de veces al año, con suerte. Era normal que aquel despacho fuera mejor.

El propio jefe del Estado Mayor también era impresionante. Era un general de cuatro estrellas cuyo ascenso había sido espectacular. Había empezado desde abajo y había subido rangos como la espuma. Ascendía más rápido de lo que el sastre era capaz de coserle galones en el uniforme. Iba encorvado a causa de las muchas medallas que le habían concedido. Luego, Washington lo secuestró para el Pentágono y el hombre se había adueñado del lugar, como si fuera un objetivo militar. Webster oyó cómo llegaba a la antesala y se dio la vuelta para saludarle cuando entrara.

—Hola, general —dijo.

El jefe del Estado Mayor esbozó un saludo con la mano como si estuviera

muy atareado y sonrió.

—¿Viene a comprar misiles?

A Webster le sorprendió la pregunta.

—¿Acaso los venden? ¿Qué misiles?

El jefe del Estado Mayor negó con la cabeza y sonrió.

—Era una broma. Limitación de armas. Los rusos se han deshecho de una base de bombarderos que tenían en Siberia, así que ahora tenemos que deshacernos de los misiles que teníamos asignados contra ella. Hay que cumplir el tratado, ¿no? Hay que jugar limpio. Los más gordos se los vamos a vender a Israel, pero nos quedan unos doscientos de los pequeños. Ya sabes, Stingers, de esos tierra-aire que se disparan desde el hombro. Excedentes. A veces se me pasa por la cabeza vendérselos a los traficantes de drogas. Sabe Dios que, de lo demás, tienen lo que quieren. Muchos de ellos tienen mejores armas que nosotros.

El jefe del Estado Mayor había rodeado su escritorio mientras hablaba y se sentó. Webster asintió. Había visto a otros jefes hacer lo mismo, contar un chiste, una historia desenfadada, de tú a tú, romper el hielo y conseguir que la reunión empezara bien. El jefe del Estado Mayor se inclinó hacia delante y sonrió.

—Bueno, director, ¿qué puedo hacer por usted?

—Hemos recibido un informe de Chicago. Su hija ha desaparecido.

A medianoche, la sala de reuniones del tercer piso del edificio del FBI en Chicago se había habilitado como centro de operaciones. Los técnicos del FBI llevaban entrando y saliendo desde última hora de la tarde, preparando líneas de teléfono e instalando ordenadores en uno de los lados de la mesa. Pero a medianoche, la habitación estaba a oscuras, fría y en silencio. Al otro lado de la pared de ventanales había una oscuridad resplandeciente. Ya no había que determinar en qué parte de la mesa era mejor sentarse.

Nadie se había ido a casa. En las sillas de cuero había despatarrados diecisiete agentes. El abogado del FBI también seguía allí. No es que fuera necesario, pero el hombre sentía la misma necesidad de hacer todo lo que estuviera en su mano y un poco más. La gente de la organización cuida de los suyos. Eso lo primero. La oficina de campo de Chicago iba a cuidar de Holly Johnson. Eso lo segundo. Y no por sus contactos. Eso no tenía nada que ver. Holly era Holly. Y lo tercero, porque lo que McGrath quería, McGrath lo conseguía. Si McGrath estaba preocupado por Holly, todos lo estaban. Y lo estarían hasta que la encontraran, sana y salva. Así que allí seguían todos. Callados y preocupados. Hasta que McGrath entró en la sala animado, fumando como si la vida le fuera en ello.

—¡Buenas noticias, chicos! ¡Escuchad! ¡Escuchad!

Se abrió paso hasta la cabecera de la mesa. Los que murmuraban se callaron y el silencio fue total. Dieciocho pares de ojos le seguían.

—La hemos encontrado —exclamó—. La hemos encontrado, ¿vale? Está bien. Se acabó el pánico. Ya podemos relajarnos.

Dieciocho voces empezaron a hablar al unísono. Todos hacían las mismas preguntas apremiantes. El agente al mando levantó las manos para pedirles silencio, como un candidato en un mitin.

—Está en el hospital. Resulta que su cirujano tenía un hueco esta tarde, un hueco que no tenía previsto. La ha llamado y Holly ha ido directa hacia allá y ha entrado en el quirófano. Está bien, está convaleciente. Y está avergonzada por la que ha liado.

Las dieciocho voces de la sala empezaron a hablar de nuevo y McGrath dejó que se desfogaran. Al rato, volvió a levantar las manos.

—Así que se acabó el pánico, ¿vale? —insistió sonriente.

Empezaron a hablar un poco más bajo a medida que se sentían aliviados.

—Así que, venga, a casa a dormir, que mañana hay que trabajar, ¿eh? Pero gracias por haberos quedado. De mi parte y de la de Holly. Significa mucho para ella. Brogan y Milosevic, vosotros os quedáis un momento más. Vais a repartiros su carga de trabajo de la semana. A los demás, buenas noches. Dormid bien y gracias de nuevo, muchachos.

Quince agentes y el abogado sonrieron, bostezaron y se pusieron de pie. Salieron de la sala en tropel, animados y bromeando. McGrath, Brogan y Milosevic permanecieron en la habitación. Estaban sentados lejos el uno del otro. McGrath se acercó a la puerta aprisa y en silencio. La cerró con cuidado. Dio media vuelta y miró a los otros dos.

—Es mentira. Supongo que os lo habéis imaginado.

Los agentes le miraron fijamente, sin decir nada.

—Me ha llamado Webster. Supongo que ambos imagináis por qué. Washington D. C. está pendiente de esto. No podría estarlo más. Allí se han vuelto locos. Han secuestrado a una persona muy pero que muy importante, ¿de acuerdo? Le han asignado el caso a Webster en persona. Quiere que lo mantengamos en secreto y que haya la menor cantidad de agentes implicados. Quiere que todos los de esta oficina dejen el caso excepto yo y un equipo de



dos agentes más. A mi elección. Y os he elegido a vosotros porque sois quienes mejor la conocéis. Así que es cosa de nosotros tres. Dependemos directamente de Webster y no vamos a hablar de esto con nadie, ¿entendido?

Brogan asintió. Milosevic también asintió. Ambos sabían que eran la elección más obvia, pero que McGrath eligiera a alguien en concreto, fuera por la razón que fuera, era un honor. Lo sabían, y sabían que el agente al mando era consciente de que lo sabían. Así que volvieron a asentir. Con firmeza. Luego, se quedaron callados un buen rato. El humo del cigarrillo de McGrath se mezclaba con el silencio al llegar al techo. Las manecillas del reloj de la pared marcaban algo más de las doce y media.

—Bueno —dijo Brogan por fin—, ¿por dónde empezamos?

—Por trabajar toda la noche, por ahí vamos a empezar —respondió McGrath—. Y todo el día. Y toda la noche. Y todo el día otra vez. Así, hasta que la encontremos.

Miró a los otros dos. Analizó la decisión que había tomado al elegirlos. Era un equipo adecuado. Una buena mezcla. Brogan era mayor, más seco, pesimista. Una persona compacta con una manera pulcra y organizada de afrontar el trabajo, pero tan imaginativo como para resultar útil. Una vida privada desorganizada, con una novia y un par de exesposas que le costaban un dineral y le daban muchos problemas, aunque nunca interferían con su trabajo. Milosevic era más joven, menos intuitivo, más rápido, con una forma férrea de trabajar. Un permanente colaborador secundario, lo que no tenía por qué ser negativo. Tenía debilidad por los 4×4 caros, pero todo el mundo necesita una afición. Ambos eran veteranos intermedios del FBI, con horas de vuelo a sus espaldas y cabelleras arrancadas en sus cinturones. Ambos trabajaban concentrados y ninguno de los dos se quejaba ni del trabajo ni de las horas que había que dedicar. Ni del sueldo, lo que los hacía únicos. Un equipo adecuado. Eran nuevos en Chicago, pero aquella investigación no se iba a quedar en la ciudad. McGrath lo tenía claro.

—Milo, tú vas a encargarte de investigar sus movimientos. Cada paso que haya dado desde las doce del mediodía.

Milosevic asintió con aire distante, como si ya estuviera inmerso en ello.

—Brogan, tú dedícate a la revisión de antecedentes. Tenemos que encontrar un porqué.

El agente asintió con aire taciturno, como si supiera que el porqué iba a ser el principio y el final del asunto.

—¿Empiezo por su viejo?

—Es evidente —respondió McGrath—. Es lo que haría yo.

—Vale, ¿cuál de ellos?

—El que quieras. Tú eliges.

A dos mil setecientos cuarenta kilómetros de Chicago se había tomado otra decisión ejecutiva. Una decisión que concernía al tercer carpintero. El empleador condujo de vuelta al edificio blanco en la camioneta del jefe de los carpinteros. El tercer carpintero había terminado de apilar las herramientas y dio un paso adelante cuando vio que se acercaba el vehículo, pero se detuvo contrariado al comprobar que era el gordo quien iba al volante. Se detuvo, indeciso, mientras el empleador aparcaba junto a la acera y bajaba de la camioneta.

—¿Todo bien? —preguntó el empleador.

—¿Dónde están mis compañeros?

—Ha pasado algo. Ha pasado algo.

—¿Algún problema?

Luego, se quedó callado porque empezó a pensar en su parte de lo pactado. Era desde luego la parte más pequeña, porque era el más joven, pero, aunque fuera la más pequeña, sería mucho más dinero del que veía en una buena temporada.

—¿Tienes alguna sierra? —preguntó el empleador.

El carpintero se quedó mirándole.

—Qué pregunta tan tonta, ¿verdad? Eres carpintero y te estoy preguntando si tienes una sierra. A ver, enséñame la mejor sierra que tengas.

El carpintero se quedó quieto unos instantes, luego se agachó y escogió una sierra mecánica del montón de herramientas. Era grande, metálica, con una formidable hoja circular y estaba llena de serrín.

—¿Hace cortes transversales? ¿Es buena para cortar cosas realmente duras?

El carpintero asintió.

—Es muy buena, sí —respondió con cautela.

—Vale. La cuestión es que necesitamos una demostración.

—¿De la sierra?

—De la habitación.

—¿De la habitación? —repitió el carpintero.

—Se supone que está hecha para que nadie pueda salir de ella. Al menos, esa es la idea, ¿vale?

—Usted la ha diseñado.

—Pero ¿la habéis construido bien? —preguntó el empleador—. A eso es a lo que me refiero. Necesitamos una prueba. Para demostrar que sirve para lo que la queremos.

—Vale. ¿Cómo lo hacemos?

—Métete en ella y a ver si puedes salir antes de mañana. La habéis construido vosotros, ¿no? Así que conoces todos sus puntos débiles. Si se puede escapar de ella, seguro que no hay nadie más indicado que tú para hacerlo.

El carpintero se quedó callado un buen rato. Intentaba entender qué estaba pasando.

—¿Y si lo consigo?

El empleador se encogió de hombros.

—Pues no te pago, porque no la habéis construido como os he pedido.

El carpintero volvió a quedarse callado. Se preguntaba si le estaría tomando el pelo.

—¿Has pillado ya el fallo de mi propuesta? —preguntó el empleador—. Ahora mismo estás pensando que lo que más te conviene es meterte ahí y pasarte la noche sentado; así, mañana me dices que no se puede salir, que es imposible, y ya está.

El carpintero soltó una risita nerviosa.

—Sí, es lo que estaba pensando —reconoció el carpintero.

—Así que lo que necesitas es un incentivo. ¿Entiendes? Para asegurarme de que intentas escapar a toda costa.

El carpintero miró la habitación aislada en el segundo piso. Cuando bajó la mirada, el empleador le apuntaba con una automática negra y mate.

—En la camioneta hay un saco. Ve a buscarlo.

El carpintero miró a su alrededor estupefacto. El empleador le apuntó a la cabeza.

—Ve a por el saco —repitió con calma.

En la caja de la camioneta no había nada. En el asiento del pasajero había un saco de arpillera. Estaba atado por arriba y tendría unos cuarenta y cinco centímetros de largo. Pesaba. Parecía uno de esos lomos de cerdo que hay en las neveras de los puestos del mercado.

—Ábrelo —ordenó el empleador—. Echa un vistazo.

El carpintero abrió la boca de arpillera. Lo primero que vio fue un dedo. Estaba blanco como el hielo porque había perdido toda la sangre. Los callos amarillentos saltaban a la vista, grandes, evidentes.

—Ahora voy a meterte en la habitación —explicó el empleador—. Como no hayas conseguido salir por la mañana, pienso hacerte eso mismo, ¿entendido? Y con tu puta sierra, porque la mía ha acabado mellada.

Reacher estaba tumbado en la paja sucia, tranquilo, en su compartimento del establo para vacas. No estaba dormido, pero su cuerpo estaba tan inmóvil como le era posible. Tenía todos los músculos relajados y su respiración era lenta y regular. Tenía los ojos cerrados porque el establo estaba a oscuras y no había nada que ver. Pero su cerebro estaba muy despierto. No iba desbocado, sino que avanzaba a buen ritmo gracias a esa intensidad especial que, dada la ausencia de distracciones, se consigue de noche.

Estaba haciendo dos cosas a la vez. La primera, llevar la cuenta del tiempo. Habían pasado casi dos horas desde la última vez que había mirado el reloj, pero sabía qué hora era con un desfase de unos veinte segundos. Era una antigua habilidad, nacida de todas las noches en vela que había tenido que pasar durante su servicio en activo. Cuando uno está esperando a que suceda algo, cierra su cuerpo como una caseta de playa en invierno y deja que su cerebro se concentre en el paso constante de los segundos. Es como estar en animación suspendida. Se ahorra energía, se le quita al cerebro inconsciente la responsabilidad de hacer latir el corazón y se la pasa a una especie de reloj oculto. Eso deja todo un hueco oscuro al que se puede ir a pensar. Al mismo tiempo, mantiene a la persona despierta y preparada para lo que se suponga que tenga que estar preparada. Además, siempre se sabe qué hora es.

La segunda cosa que hacía Reacher era practicar mentalmente juegos aritméticos. Estaba multiplicando números altos. Tenía exactamente treinta y siete años y ocho meses. Treinta y siete multiplicado por trescientos sesenta y cinco daba trece mil quinientos cinco. Más doce días por doce años bisiestos,

trece mil quinientos diecisiete. Ocho meses, contando desde su cumpleaños en octubre hasta ese día de junio daba doscientos cuarenta y tres días. En total, trece mil setecientos sesenta días desde que había nacido. Trece mil setecientos sesenta días y trece mil setecientos sesenta noches. Intentaba situar aquella noche en el punto que le correspondiera de aquella escala interminable. Teniendo en cuenta como parámetro lo mala que estaba siendo.

A decir verdad, no era la mejor noche que había pasado, pero estaba muy lejos de ser la peor. Muy muy lejos. No era capaz de recordar nada de los cuatro primeros años de su vida, más o menos, lo que le dejaba con unas doce mil trescientas noches que tener en cuenta. Por probabilidad, aquella noche bien podía estar entre las tres mejores. Sin esforzarse, podría recordar miles de noches peores que aquella. Al fin y al cabo, estaba caliente, cómodo, no estaba herido, no había ninguna amenaza inmediata y le habían dado de cenar. No había sido una buena cena, pero tenía la sensación de que se debía más a falta de pericia culinaria que a maldad. Así que, en lo físico, no podía quejarse.

En lo mental era diferente. Lo tenían suspendido en un vacío tan impenetrable como la oscuridad del establo. El problema era la ausencia total de información. No es que fuera una persona a la que le afectaba vivir con cierta falta de datos. Era hijo de un oficial de Marines y literalmente había llevado una vida militar casi desde que nació. Por tanto, estaba acostumbrado a la confusión y a la imprevisibilidad. Pero aquella noche faltaban demasiados datos.

No sabía dónde estaba. Los tres secuestradores, no sabía si por accidente o a propósito, no le habían dado ni una sola pista de adónde iban. Aquello hacía que tuviera la sensación de ir a la deriva. La cuestión es que de esa vida militar que había llevado desde su nacimiento, de esos trece mil setecientos sesenta días, debía de haber pasado menos de una quinta parte de ellos en Estados Unidos. Era tan estadounidense como el presidente, pero había

pasado la mayor parte de su vida sirviendo por todo el mundo. Fuera de Estados Unidos. Por tanto, tenía los mismos conocimientos de su país que podría tener un niño de siete años. Es decir, era incapaz de decodificar los sutiles ritmos, sentimientos y olores de su país tan bien como le gustaría. Era probable que otra persona fuera capaz de interpretar los contornos de aquel paisaje, a pesar de que fuera prácticamente invisible, o de saber a qué olía el aire o con qué zona se correspondía aquella temperatura nocturna y decir: «Ahora estoy en este estado, ahora estoy en este otro». Era probable que hubiera personas capaces de hacerlo. Pero no era el caso de Reacher. Lo que le suponía un problema.

A eso había que sumarle que no tenía ni idea de quiénes eran los secuestradores. O qué es lo que querían. O cuáles eran sus intenciones. Los había estudiado con atención en cada oportunidad que había tenido. Era difícil extraer conclusiones. Las pistas eran contradictorias. Tres hombres, jóvenes, puede que entre los treinta y los treinta y cinco, en forma, entrenados para actuar en equipo con cierta eficacia. Parecían militares, pero no lo eran. Eran organizados, pero no funcionarios. Su apariencia decía a gritos: aficionados.

Porque eran muy pulcros. Llevaban ropa nueva. Algodón y popelina de una de esas cadenas de ropa barata, pelo recién cortado. Las armas eran nuevas, tanto que parecía que acabaran de sacarlas de la caja. Las Glocks eran totalmente nuevas. La escopeta también; todavía tenía la grasa de fábrica. Eso dejaba claro que no eran profesionales. Porque los profesionales se dedican a esto a diario. Ya pertenezcan a las Fuerzas Especiales, a la CIA, al FBI o sean detectives, ese es su trabajo. Llevan ropa de faena. Llevan armas conseguidas el año pasado, o el anterior, que ya han probado y en las que confían, armas que están desportilladas, arañadas, herramientas de trabajo. Si alguien reúne a tres profesionales un día cualquiera, podrá comprobar que uno de ellos lleva una mancha de pizza del día anterior, que

otro no se habrá afeitado y que el tercero lleva esos pantalones viejos y horribles de los que sus colegas se ríen a sus espaldas. Cabe la posibilidad de que, de vez en cuando, lleven alguna chaqueta nueva, un arma nueva o unos zapatos nuevos, pero la probabilidad de que todo sea nuevo en tres profesionales el mismo día es tan ínfima que resulta absurda.

Además, su actitud los traicionaba. Competentes pero nerviosos, tensos, hostiles, rudos. Entrenados hasta cierto punto, pero sin práctica. No tenían experiencia. Se sabían bien la teoría y eran lo bastante inteligentes como para evitar errores de bulto, pero no estaban habituados a todo eso, como los profesionales. Por tanto, esos tres tipos eran aficionados. Y habían secuestrado a una agente del FBI que no llevaba mucho tiempo en el cargo. ¿Por qué? ¿Qué coño había podido hacerle a alguien una agente del FBI que no llevaba mucho tiempo en el cargo? No tenía ni idea. Y la agente del FBI que no llevaba mucho tiempo en el cargo no había querido decírselo. Aquel era otro punto que no alcanzaba a comprender. Pero no era el peor de todos. El peor de todos era que no alcanzaba a comprender por qué él seguía estando allí.

Entendía a la perfección por qué se lo habían llevado la primera vez. La más pura de las casualidades lo había situado al lado de Holly Johnson justo en el instante en el que se iba a producir el secuestro. Eso era comprensible. Sabía que las casualidades existen. De hecho, y por mucho que la gente pretendiese lo contrario, la vida era un cúmulo de casualidades. Y nunca perdía el tiempo suponiendo lo diferente que podría haber sido la situación; que si esto o que si aquello. Era evidente que si hubiera estado paseando por aquella calle de Chicago un minuto antes o un minuto después, habría pasado por delante de la tintorería sin llegar a enterarse jamás de que aquel secuestro había tenido lugar. Pero no había estado paseando por aquella calle de Chicago ni un minuto antes ni uno después y la casualidad se había dado, así



que no iba a perder el tiempo pensando en dónde estaría ahora de no haber sido así.

Lo que de verdad debía determinar era por qué seguía allí, catorce horas después —según su reloj interno—. Había tenido dos oportunidades mínimas y otra magnífica de escapar. En la calle podría haberlo conseguido. Podría. No lo había intentado por la posibilidad de que se produjeran daños colaterales. Luego, en el aparcamiento abandonado, al subir a la furgoneta blanca, podría haberlo conseguido. Tres contra uno en ambas ocasiones, pero eran tres aficionados contra Jack Reacher, que se sentía muy cómodo contra un número así.

La oportunidad magnífica había sido la de escapar del establo, más o menos, una hora después de que los tres secuestradores hubieran vuelto de la gasolinera. Podría haber vuelto a soltarse las esposas, a trepar por una de las paredes y, después, haberse deslizado hacia fuera, haberse descolgado y haber salido corriendo hasta la carretera, donde habría desaparecido con facilidad. ¿Por qué no lo había hecho?

Seguía allí, tumbado en la más completa oscuridad, relajado. Y, entonces, se dio cuenta de que era por Holly. No se había ido porque no podía correr el riesgo. Los secuestradores podrían perder los nervios, matarla y darse a la fuga. Y él no quería que eso pasara. Holly era una mujer inteligente y vivaz. Aguda, impaciente, segura de sí misma y la hostia de dura. Con un atractivo tímido y natural. Morena, esbelta, inteligentísima y enérgica. Con unos ojos maravillosos. Eran sus ojos los que le llamaban la atención. Le perdían sus preciosos ojos.

Pero no eran aquellos ojos los que hacían que se quedara. Ni su aspecto. Ni su inteligencia o personalidad. Sino su rodilla. Eso era lo que hacía que se quedara. Su coraje y su dignidad. Para él, que una mujer atractiva y vivaz se enfrentara con una sonrisa a una discapacidad a la que no estaba acostumbrada era algo muy noble y valiente. La convertía en una de esas

personas que le gustaban. Estaba arreglándoselas. Estaba arreglándoselas bien. No se quejaba. No le pedía ayuda. Y como no se la estaba pidiendo, él se la iba a dar.

A las cinco y media de la madrugada del martes, el agente especial del FBI Brogan estaba solo en la sala de reuniones de la tercera planta, llamando a su novia desde uno de los teléfonos que habían instalado el día anterior. Las cinco y media de la madrugada no era la mejor hora para disculparse por haber pospuesto la cita de la noche anterior, pero había estado muy atareado y sabía que aún iba a estarlo más. Así que llamó. La despertó y le explicó que estaba muy liado y que lo más probable es que lo estuviera toda la semana. La mujer estaba somnolienta y molesta, y le pidió que se lo repitiera. Luego, ella decidió interpretar el mensaje como un preludio cobarde de que quería cortar con ella. Eso molestó a Brogan. El agente le explicó una vez más que el FBI era lo primero. ¿Tanto le costaba comprenderlo? No era lo mejor que se le podía decir a una mujer somnolienta y molesta a las cinco y media de la madrugada. Mantuvieron una breve discusión y Brogan colgó, abatido.

Milosevic, su compañero, estaba solo en su cubículo de la oficina. Desplomado en la silla, también abatido. Su problema era su falta de imaginación. Era su mayor debilidad. McGrath le había dicho que siguiera los movimientos de Holly Johnson desde el mediodía del día anterior, pero no había descubierto nada. Había visto cómo salía del edificio del FBI. Por la puerta principal, con el codo apoyado en esa muleta metálica que le habían dado en el hospital. Eso es lo que había visto pero, después, la imagen se fundía a negro. Había estado toda la noche pensando, pero no podía decirle nada nuevo a McGrath.

Las cinco cuarenta. Fue al servicio y, después, a por más café. Seguía

sintiéndose fatal. Volvió a su mesa. Se sentó y permaneció inmerso en sus pensamientos un buen rato. Entonces, miró el gran reloj de oro que llevaba en la muñeca. Consultó la hora. Sonrió. Se sintió mejor. Pensó un poco más. Volvió a consultar el reloj. Asintió para sí. Ahora ya podía decirle a McGrath adónde había ido Holly Johnson a las doce en punto del día anterior.

A dos mil setecientos cuarenta kilómetros de allí, el pánico había hecho acto de presencia. Durante las primeras horas, el carpintero había estado conmocionado, lo que lo había debilitado y había provocado que se rindiera. Había permitido que su empleador lo empujara escaleras arriba y lo metiera en la habitación. La conmoción había hecho que malgastara las primeras horas sentado, con la mirada perdida. Luego, un optimismo desmesurado se había apoderado de él y había empezado a pensar que aquello era como una broma de mal gusto de las de Halloween. Eso había hecho que perdiera las siguientes horas convenciendo de que no le iba a pasar nada. Pero, entonces, como solía sucederle en las frías horas previas a la madrugada a cualquier otro prisionero encerrado en solitario, se había derrumbado y habían sido los temblores y el pánico más desesperado lo que se había apoderado de él.

Puesto que había malgastado la mitad del plazo que le habían dado, se puso manos a la obra con frenesí. Pero sabía que no había nada que hacer. La ironía de la situación estaba pudiendo con él. Habían trabajado muy duro para construir aquella habitación y la habían construido bien, mientras bailoteaba ante sus ojos el símbolo del dólar. No habían dejado salientes. Se habían olvidado de los trucos habituales de los carpinteros chapuceros. Cada uno de los tablones estaba recto y muy bien colocado. Ninguno de los clavos sobresalía lo más mínimo. No había ventanas. La puerta era muy fuerte. No había manera de escapar. Pasó una hora dando vueltas a la habitación como

loco. Pasó sus ásperas palmas por cada centímetro cuadrado de madera. Por el suelo, por el techo, por las paredes. Era el mejor trabajo que habían hecho. Acabó acuclillado en una esquina, mirándose las manos y llorando.

—A la tintorería —explicó McGrath—. Allí es adonde fue.

Estaba en la sala de reuniones de la tercera planta. En la cabecera de la mesa, a las siete de la mañana del martes. Estaba abriendo un paquete de cigarrillos nuevo.

—¿En serio? —preguntó Brogan—. ¿A la tintorería?

El agente al mando asintió.

—Cuéntaselo, Milo.

Milosevic sonrió.

—Acabo de recordarlo. Llevo cinco semanas trabajando con ella. Desde que se lesionó la rodilla, va a la tintorería cada lunes a la hora de comer. Y aprovecha para recoger lo de la semana anterior. ¿Por qué no iba a hacerlo ayer?

—De acuerdo, pero ¿a qué tintorería?

Milosevic negó con la cabeza.

—Eso no lo sé. Siempre va sola. Desde la primera vez me ofrecí a ayudarla, pero se ha negado siempre, los cinco lunes. No le importa que la ayude con los temas del trabajo, pero no va a permitir que vaya a recogerle la colada. Es una mujer muy independiente.

—Pero va a pie, ¿no? —preguntó McGrath.

—Sí. Siempre va a pie. Con ocho o nueve prendas en perchas. Así que podemos suponer que la tintorería a la que acude está bastante cerca de la oficina.

Brogan asintió. Sonrió. Tenían algo parecido a una pista. Agarró las Páginas Amarillas y las abrió por la T.

—¿Qué radio de acción os parece adecuado?

El agente al mando se encogió de hombros.

—Veinte minutos para ir y veinte para volver —respondió—. Ese debería ser el límite, ¿no os parece? Y con la muleta, dudo que pudiera hacer mucho más de cuatrocientos metros en veinte minutos. Pensad en cuánto cojeaba. Establezcamos un cuadrado con unos ochocientos metros de lado y nuestras oficinas en el centro. ¿Cuántas tintorerías puede haber?

Brogan cogió un callejero. Simuló un compás con el pulgar y el índice, lo ajustó a ochocientos metros —de acuerdo con la escala que proporcionaban en el margen— y dibujó un área sobre el entramado de calles. Luego, empezó a buscar en las Páginas Amarillas las calles que veía en el mapa. Iba marcando con un lápiz las tintorerías. Las contó.

—Veintiuna —dijo al final.

McGrath le miró sorprendido.

—¿Veintiuna? ¿Estás seguro?

El agente asintió. Luego, se acercó un teléfono deslizándolo por la larga mesa pulida.

—Veintiuna, sí. Es evidente que a la gente de esta ciudad le gusta tener la ropa muy limpia.

—Muy bien, veintiuna. Pues manos a la obra, muchachos.

Brogan se encargó de diez direcciones y Milosevic de once. McGrath les entregó copias ampliadas de la fotografía del expediente de Holly Johnson. Luego, les hizo una señal con la cabeza y esperó en su silla de la cabecera, cerca de los teléfonos, repantigado, mirando la sala, fumando, tamborileando un ritmillo nervioso con la parte roma de su lápiz.

Oyó ruidos, aunque débiles, mucho antes de lo que había imaginado. No tenía reloj y no había ventanas, pero estaba seguro de que todavía no era por la

mañana. Estaba seguro de que aún le quedaba una hora. Puede que dos. Pero oía ruidos. Gente en la calle, afuera. Contuvo la respiración y escuchó. Puede que tres o cuatro personas. Volvió a examinar la habitación. Se sentía indeciso. Debería estar dando golpes y patadas en las tablas de pino nuevo. Lo sabía. Pero no estaba haciéndolo. Porque también sabía que no iba a servir de nada. Y porque, por dentro, consideraba que era mejor estar callado. Estaba seguro. Convencido. Si permanecía callado, puede que lo dejaran en paz. Puede que se olvidaran de que estaba allí.

Milosevic encontró la tintorería. La séptima a la que llamaba de su lista de once. Eran las siete cuarenta de la mañana y acababan de abrir. Tenía un escaparate pequeño, pero elegante; no era una tintorería para prendas de trabajadores corrientes. Ofrecía todo tipo de procesos especializados y tratamientos a medida. Tras el mostrador había una coreana. Milosevic le enseñó la placa del FBI y dejó la foto de Holly sobre el mostrador.

—¿Ha visto usted a esta persona alguna vez?

La coreana observó la fotografía con educación, concentrada, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Claro, es la señorita Johnson. Viene cada lunes.

Milosevic se acercó más al mostrador. Se inclinó hacia la mujer.

—¿Vino ayer?

La mujer reflexionó unos instantes y asintió.

—Claro. Ya le he dicho que viene cada lunes.

—¿A qué hora suele venir?

—A la hora de comer. Siempre a la hora de comer.

—¿Sobre las doce? ¿Sobre las doce y media, más o menos?

—Claro. Siempre los lunes a la hora de comer.

—Bien. ¿Qué sucedió ayer?

La mujer lo miró como si no comprendiera qué quería decir.

—No sucedió nada. Vino, recogió su ropa, pagó y dejó más ropa para limpiar.

—¿La acompañaba alguien?

—Nunca la acompaña nadie. Nunca la ha acompañado nadie.

—¿En qué dirección se marchó?

La mujer señaló hacia el edificio federal.

—Vino de esa dirección.

—No, no le he preguntado de dónde vino, sino hacia dónde fue cuando salió de aquí.

La mujer se quedó callada unos instantes.

—No me fijé. Me llevé su ropa a la trastienda. Oí que abría la puerta, pero no vi adónde iba. Estaba en la trastienda.

—¿Solo cogió su ropa? ¿Luego entró inmediatamente a la trastienda, antes de que ella saliera de aquí?

La mujer dudó, como si la estuvieran acusando de haber tenido un comportamiento inadecuado.

—No, no entré inmediatamente, pero la señora Johnson camina despacio. Tiene la pierna mal, ¿sí? Me pareció que era mejor no quedarme mirándola. Daba la impresión de estar avergonzada. Fui a la trastienda con su ropa para que no pensara que la estaba mirando.

Milosevic asintió, echó la cabeza hacia atrás y suspiró mirando al techo. Fue entonces cuando vio la videocámara que había justo encima del mostrador.

—¿Qué es eso?

La coreana se giró y siguió su mirada.

—Seguridad. La compañía de seguros dice que debemos tener una.

—¿Funciona?

—Pues claro. La compañía de seguros dice que tiene que funcionar.



—¿Y graba todo el rato?

La mujer asintió y soltó una risita.

—Pues claro. Ahora también. Saldrá usted en la cinta.

Milosevic consultó el reloj.

—Necesito la cinta de ayer. De inmediato.

La mujer volvió a dudar. Milosevic recurrió de nuevo la placa.

—Esta es una investigación del FBI —explicó—. Un asunto federal oficial. Necesito la cinta ahora mismo, ¿de acuerdo?

La mujer asintió y levantó la mano para pedirle que esperara. Luego fue a la trastienda. Volvió después de un buen rato, oliendo a productos químicos y con una cinta de vídeo en la mano.

—Pero devuélvamela, ¿eh? La compañía de seguros dice que tenemos que guardarlas un mes.

Milosevic volvió con la cinta a toda prisa y, a las ocho y media, los técnicos del FBI volvían a formar un enjambre en la sala de reuniones de la tercera planta, conectando un vídeo VHS al grupo de monitores agrupados en uno de los lados de la mesa. Había un problema con un fusible y, después, el cable adecuado resultó ser demasiado corto, así que hubo que mover un ordenador para que el vídeo pudiera estar más cerca del centro de la mesa. Luego, el técnico jefe le tendió un mando a distancia a McGrath y asintió.

—Todo suyo, jefe.

El agente al mando les pidió que abandonaran la sala y, junto con los otros dos agentes, se situó frente a las pantallas, esperando a que la cinta pasara. Las pantallas estaban de cara a los ventanales, así que los tres estaban de espaldas a los cristales. A esa hora del día, no obstante, no había peligro de que nadie fuera a pasar calor porque, en aquellos momentos, el sol de la mañana estaba dando en el otro lado del edificio.

Ese mismo sol fue recorriendo dos mil setecientos cuarenta kilómetros desde Chicago hasta brillar por la mañana e iluminar el exterior del edificio blanco. Sabía que ya era la hora. Oía cómo crujía el marco antiguo a medida que la madera iba calentándose. Oía voces apagadas, más abajo, en la calle. Los ruidos que hace la gente cuando empieza un nuevo día.

Se había quedado sin uñas. Había encontrado una pequeña rendija entre dos tablones. Había metido las uñas por ella y había tirado con todas sus fuerzas. Se le habían roto todas, una detrás de la otra. El tablón no se había movido. Había vuelto a una esquina y se había hecho un ovillo. Se había chupado las puntas de los dedos, ensangrentadas, y, en aquel momento, tenía la boca manchada de sangre, como un niño que se ha comido un pastel.

Oyó pasos en las escaleras. Un hombre corpulento que se movía con agilidad. El ruido se detuvo justo delante de la puerta. Abrió el cerrojo. Abrió la puerta. El empleador lo miró. Tenía la cara hinchada y los pómulos enrojecidos.

—Sigues aquí.

El carpintero estaba paralizado. No podía moverse. No podía hablar.

—No lo has conseguido —dijo el empleador.

Silencio. Lo único que se oía era el crujido del marco de madera mientras el sol se deslizaba hacia el tejado.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó el empleador.

El carpintero lo miraba con los ojos como platos. No se movió. Entonces, el empleador sonrió de forma relajada, amistosa, como si de pronto se hubiera dado cuenta de algo.

—¿Creías que hablaba en serio?

El carpintero parpadeó. Sacudió la cabeza despacio, esperanzado.

—¿Oyes algo? —continuó el empleador.

El carpintero hizo un esfuerzo por escuchar. Oía el ligero crujido de la

madera, el canto de los pájaros en el bosque y el sonido silencioso de la brisa matinal.

—¿Era una broma? —preguntó el carpintero.

La voz le salió como si se tratara de un croar seco. El alivio, la esperanza y el miedo hacían que la lengua se le trabase con el paladar.

—Escucha —dijo el empleador.

El carpintero escuchó. El marco crujía, los pájaros cantaban y el aire cálido susurraba. No oía nada más. Silencio. Luego oyó un clic. Y luego, un chirrido. Empezó despacio y bajito, pero fue estabilizándose hasta alcanzar un tono alto y familiar. Era un sonido que conocía bien. Era el sonido estruendoso de una gran sierra mecánica cogiendo velocidad.

—Y, ahora, ¿crees que era una broma?

Holly Johnson estaba un poco decepcionada por el cálculo que había hecho Jack Reacher de lo que valía su guardarropa. Había supuesto que tenía entre quince y veinte mudas y que, a unos cuatrocientos dólares cada una, su vestuario debía de costar unos ocho mil dólares. Lo cierto es que tenía treinta y cuatro trajes formales en el armario. Había trabajado tres años en Wall Street. Se había gastado ocho mil dólares solo en zapatos. Cuatrocientos dólares se los gastaba en una blusa, y eso cuando se apoderaba de ella el sentido común y le pedía que no gastara tanto.

Le gustaba Armani. Tenía trece de sus trajes de primavera. La ropa primaveral de Milán era de lo más adecuada para casi todo el verano de Chicago. Puede que en los días más calurosos de agosto cambiase a Moschino, pero en junio y julio —y septiembre también, con un poco de suerte—, vestía de Armani. Sus modelos favoritos eran los de tonalidades melocotón que había comprado el último año que había pasado en la correduría. Una misteriosa mezcla italiana de sedas. Cortados y cosidos por una gente cuyos antepasados llevaban siglos tratando con paños magníficos. Miraban la tela, la examinaban, pensaban en ella, la cortaban y conseguían formas suaves y maravillosas que acababan convirtiendo en un traje. Luego, lo vendían y una corredora de bolsa de Wall Street lo compraba, lo adoraba y seguía llevándolo dos años después, cuando ya era agente del FBI y la habían secuestrado en mitad de una calle de Chicago. Y aún seguía con él, dieciocho horas más tarde, después de una noche sin dormir, tumbada sobre paja sucia

en un establo para vacas. A aquellas alturas, el modelo no lo reconocería ni el propio Armani.

Los secuestradores habían vuelto con la furgoneta y la habían aparcado una vez más en el pasillo central del establo. Luego se habían ido y habían cerrado la gran puerta del establo. Holly supuso que habían pasado la noche en la granja. Reacher había dormido en silencio en su compartimento, encadenado a los barrotes, mientras ella no paraba de dar vueltas sobre la paja, incapaz de dormir, incapaz de dejar de pensar en él.

La seguridad de aquel hombre era su responsabilidad. Era un transeúnte inocente que se había visto implicado en algo que solo era asunto suyo. Daba igual lo que le esperase a ella, tenía que encargarse de él. Era su deber. Él era su carga. Y le estaba mintiendo. Estaba segurísima de que no era portero de ningún club. Y también estaba bastante segura de lo que era. Los Johnson eran una familia de militares. Debido a la profesión de su padre, había vivido en bases militares toda su vida, hasta que había ingresado en Yale. Conocía el ejército. Conocía a los soldados. Sabía los tipos que había y sabía que Reacher encajaba en uno de ellos. Para su ojo experto, Reacher tenía pinta de soldado. Actuaba como uno de ellos. Reaccionaba como uno de ellos. Era posible que el portero de un club supiera abrir cerraduras y trepar por paredes como un mono, pero, en ese caso, lo haría como si no estuviera acostumbrado a ello, como si fuera muy arriesgado, le faltaría el aliento. No lo haría con la naturalidad con la que se parpadea. Reacher era un hombre callado y contenido, relajado, estaba en forma y, además, era evidente que lo habían entrenado para ser capaz de mantener una calma sobrehumana. Debía de tener unos diez años más que ella, pero no llegaba a los cuarenta, mediría un metro noventa y cinco o algo más, era grande, sobre los cien kilos, ojos azules y el pelo rubio y fino. Era lo bastante grande como para ser portero, qué duda cabe, pero era soldado. Un soldado que decía que era portero. ¿Por qué?

No tenía ni idea. Siguió tumbada, incómoda, escuchando la respiración tranquila de él, a unos seis metros de distancia. Portero o soldado, diez años mayor que ella o no, ella tenía la responsabilidad de ponerlo a salvo. No podía dormir. Estaba muy ocupada pensando y, además, le dolía mucho la rodilla. A las ocho y media, según su reloj, oyó que su compañero se despertaba. Un sutil cambio en el ritmo de su respiración.

—Buenos días, Reacher.

—Buenos días, Holly. Ya vuelven.

A ella le pareció que todo estaba en silencio, hasta que, unos instantes después, oyó pasos. «Trepa como un mono y oye como un murciélago. ¡Joder, menudo portero!», pensó.

—¿Estás bien? —preguntó Reacher.

Ella no respondió. La responsable de ponerlos a salvo era ella, no al revés. Oyó el repiqueteo del candado mientras los secuestradores lo abrían. Luego, abrieron la gran puerta y la luz del día inundó el establo. Vio, por un instante, un campo verde y vacío. Pensó que bien podría tratarse de Pennsylvania. Los tres secuestradores entraron y cerraron la puerta.

—Levántate, puta —le dijo el cabecilla.

No se movió. La atenazaba un poderoso deseo de no volver a entrar en la furgoneta. Demasiado oscura, demasiado incómoda, demasiado tediosa. No sabía si aguantaría otro día allí, con el balanceo, las sacudidas y la incertidumbre de no saber adónde coño la estaban llevando, ni por qué, ni quiénes. Como por instinto, se agarró con fuerza a los barrotes, como si pretendiera oponer resistencia. El cabecilla se limitó a sacar la Glock. La observó.

—Hay dos maneras de hacerlo. La fácil y la difícil.

Ella no respondió. Se quedó sentada en la paja, agarrada con fuerza a los barrotes. El feo conductor se acercó tres pasos y empezó a sonreír en cuanto

volvió a concentrarse en sus pechos. Holly se sentía desnuda y aquella mirada le revolvió las tripas.

—Tú eliges, puta —dijo el cabecilla.

Oyó cómo Reacher se movía en su compartimento.

—No, el que elige eres tú —contestó Reacher—. Esto tiene que ser una especie de toma y daca. Cooperación, ¿no? Quieres que volvamos a entrar en la furgoneta, pues vas a tener que ofrecernos algo.

Hablaba con calma y voz grave. Holly lo miró. Seguía sentado, encadenado, desarmado y enfrentándose a un arma automática cargada, completamente indefenso —de acuerdo con cualquier definición razonable de la palabra— y con tres tipos hostiles delante.

—Queremos desayunar —continuó—. Tostada con mermelada de uva. Y café, pero que sea bastante más fuerte que la mierda de anoche, ¿vale? Para mí es muy importante el buen café. Tienes que comprenderlo. Luego, poned un par de colchones en la furgoneta; uno doble y uno de cama individual. Montadnos un sofá. Solo así entraremos.

Se hizo un silencio absoluto. Holly observó a los dos hombres. Reacher, calmado, desde el suelo, le mantenía la mirada al cabecilla. No pestañeaba. El cabecilla lo miraba desde arriba. Había mucha tensión en el ambiente. El conductor había dejado de mirarla y estaba concentrado ahora en su compañero. Lo miraba enfadado. Entonces, el cabecilla se dio la vuelta y les hizo un gesto con la cabeza a los otros dos para que lo acompañaran fuera del establo. Holly oyó cómo le ponían el candado a la puerta.

—¿Te gustan las tostadas? —preguntó Reacher.

No podía ni responder.

—Cuando te las traigan, diles que se las lleven. Diles que vuelvan a hacerlas. Diles que están poco hechas o muy quemadas, o lo que quieras.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

—Psicología. Tenemos que empezar a dominar la situación. Es muy

importante en circunstancias así.

Siguió mirando a Reacher.

—Tú hazlo, ¿vale? —insistió con calma Reacher.

Y así lo hizo. El tipo nervioso fue quien le llevó la tostada. Estaba casi perfecta, pero ella la rechazó. La miró con el desdén con el que miraría una hoja de balance chapucera y le soltó que la habían hecho demasiado bien. Estaba de pie, con todo su peso apoyado en la pierna buena, con un aspecto horrible, con estiércol por todo el traje melocotón de Armani pero, aun así, fue capaz de mostrar suficiente altanería como para intimidar al secuestrador, que fue a la cocina de la granja a hacer otras.

Volvió con una jarra de café cargado y ambos comieron su desayuno acompañados del repiqueteo de las cadenas, a seis metros de distancia, mientras los otros dos secuestradores cargaban con unos colchones hasta el establo. Uno doble y otro individual. Los subieron a la furgoneta. El grande lo pusieron en el suelo y el otro lo acomodaron como respaldo contra la parte trasera de la cabina. Holly se quedó mirando cómo lo hacían y empezó a sentirse mejor. De pronto, se dio cuenta de lo que había querido decir Reacher con lo de la psicología. No era solo para los secuestradores, sino también para ella. No quería que ella se metiera en una pelea. Porque perdería. Él se había arriesgado a hacer lo que había hecho para evitar que ella se metiera en una confrontación que no iba a poder ganar. Estaba fascinada. Fascinadísima. «Por el amor de Dios, este tipo le ha dado la vuelta a la situación. ¡Es él quien está intentando cuidar de mí!», pensó perpleja.

—¿Por qué no nos decís cómo os llamáis? —comentó Reacher relajado—. Vamos a pasar un tiempo juntos, así que podríamos comportarnos como gente civilizada, ¿no?

Holly se fijó en que el cabecilla le miraba atentamente. No respondió nada.



—Ya os hemos visto la cara —continuó Reacher—. ¿Qué daño va a haceros que nos digáis cómo os llamáis? Así, podríamos intentar llevarnos bien.

El cabecilla lo pensó y asintió.

—Loder.

El tipo nervioso cambió el peso de pie y dijo:

—Stevie.

Reacher asintió. Entonces, el conductor feo se dio cuenta de que los cuatro le estaban mirando. Agachó la cabeza.

—No pienso deciros cómo me llamo. Joder, ¿por qué iba a hacerlo?

—Y que quede claro, ¿vale? —apuntó el tal Loder—. Civilizado no es lo mismo que amistoso.

Luego, apuntó con la Glock a la cabeza de Reacher y se quedó así un momento. Su cara no mostraba emoción alguna. No era lo mismo que amistoso. Reacher asintió. Un pequeño y cuidadoso movimiento. Dejaron los platos del desayuno y las tazas de café en la paja y el tal Loder les soltó la cadena. Se encontraron en el pasillo central. Les apuntaban con dos Glocks y una escopeta. El conductor miraba a Holly de forma lasciva. Reacher lo miró a él a los ojos, se agachó y cogió a su compañera como si fuera una pluma. La llevó en brazos los diez pasos que había hasta la furgoneta. La dejó dentro con delicadeza. Gatearon por el interior hasta el sofá improvisado. Se pusieron cómodos.

Los secuestradores cerraron de golpe las puertas de atrás y cerraron con llave. Luego, abrieron la gran puerta del establo. Encendieron el motor. Salieron del establo y, dando botes, recorrieron los ciento cincuenta metros de la vereda. Giraron a la derecha primero y siguieron rectos después, durante quince minutos y no a mucha velocidad.

—No estamos en Pennsylvania —le dijo Holly—. Las carreteras son demasiado rectas. Demasiado planas.

Reacher le respondió encogiéndose de hombros en la penumbra.  
—Ya no nos llevan con las esposas —añadió él—. Psicología.

—¿Qué coño es esto? —soltó el agente al mando McGrath.

Pulsó un botón del mando a distancia para rebobinar la cinta. Luego, la puso en marcha y volvieron a observar la pantalla, pero lo que veían no tenía ningún sentido: imágenes cubiertas de nieve que se movían a saltos y a toda velocidad.

—¿Qué coño está pasando? —volvió a preguntar.

Brogan se acercó y negó con la cabeza. Milosevic se acercó más para verlo mejor. Era él quien había traído la cinta, así que se sentía responsable. McGrath volvió a rebobinar y lo intentó una vez más. El mismo resultado. Solo se veían unas imágenes borrosas, inconexas y que pasaban a toda velocidad.

—¡Llamad al puto técnico! —gritó McGrath.

Milosevic descolgó el teléfono que había en el aparador, el que estaba al lado de la máquina de café. Llamó al piso de arriba, a los servicios técnicos. El jefe de sección estaba abajo en un minuto. El tono de voz de Milosevic le había transmitido la urgencia de la situación mejor de lo que lo habían hecho las palabras.

—La maldita cinta no funciona bien —le explicó McGrath.

El técnico cogió el mando a distancia con esa mezcla de familiaridad y desconocimiento con el que los técnicos afrontan el mundo. Se sienten la mar de cómodos con equipos complejísimos, pero cada elemento tiene sus peculiaridades. Miró con detenimiento los botones y pulsó el de rebobinar, con firmeza, con un pulgar cuya uña se mordía. La cinta zumbó hacia atrás y

el técnico volvió a ponerla en marcha y observó el flujo inconexo de imágenes rápidas, saltarinas y cubiertas de nieve.

—¿Puedes arreglarlo? —preguntó McGrath.

El técnico paró la cinta y la rebobinó de nuevo. Negó con la cabeza.

—No está rota —explicó—. La cinta está bien. Es el típico vídeo de vigilancia barato. Lo que hace es grabar un fotograma, más o menos, cada diez segundos. Un solo fotograma cada diez segundos. Como una secuencia de fotografías.

—¿Por qué?

—Es barato y sencillo. Así puedes grabar todo un día en una sola cinta. Abaratas los costes y no tienes que estar cambiando la cinta cada tres horas. Basta con que lo hagas por la mañana. Si tenemos en cuenta que un atraco dura más de diez segundos, tienes grabada la cara del asaltante al menos una vez.

—Vale —dijo McGrath impaciente—. Y ¿cómo lo vemos?

El técnico pulsó el botón de iniciar y el de congelar la imagen al mismo tiempo. Con dos dedos. En lo alto de la pantalla apareció una imagen detenida y perfecta de una tienda vacía. En la parte inferior izquierda estaba la fecha del lunes y la hora, las siete treinta y cinco de la mañana. El técnico sujetó el mando de manera que McGrath lo viera bien y le señaló un botoncito.

—¿Ve este botón? Es para pasar de fotograma en fotograma. Si lo pulsa, la cinta corre hasta el siguiente fotograma. Se hace a menudo con los vídeos deportivos. Con el hockey. Puedes ver cómo el disco entra en la portería. O con el porno. Puedes ver lo que sea que te apetezca ver. En este tipo de sistemas, no obstante, te salta de diez en diez segundos. Hasta la siguiente imagen, ¿vale?

McGrath, que estaba más calmado, asintió.

—¿Por qué está en blanco y negro?

—Cámaras baratas. Esta gente tiene un sistema de vigilancia muy barato. De hecho, muchos solo lo instalan porque la compañía de seguros les obliga.

Le devolvió el mando a distancia al jefe y se dirigió a la puerta.

—Si necesita alguna otra cosa, me lo dice, ¿de acuerdo?

No le respondieron porque los tres estaban atentos de nuevo a la pantalla mientras McGrath iba avanzando la cinta. Cada vez que le daba al botón de fotogramas, una gruesa banda de nieve se deslizaba por la pantalla y desvelaba una nueva imagen con el mismo aspecto, el mismo ángulo, el mismo color gris monocromo, pero con el código de tiempo de la parte inferior de la pantalla diez segundos más avanzado. En el tercer fotograma se veía a una mujer detrás del mostrador. Milosevic tocó la pantalla con el dedo.

—Esa es la dependienta con la que he hablado.

McGrath asintió.

—El campo de visión es amplio. Se ve toda la calle y hasta detrás del mostrador.

—La cámara debe de tener un objetivo gran angular —comentó Brogan—. Como los de ojo de pez. El dueño lo puede ver todo. Puede ver cómo entran y salen los clientes o si tu empleado te roba de la caja registradora.

McGrath volvió a asentir y pasó todo el lunes por la mañana de diez en diez segundos. Los clientes entraban y salían a saltos. La mujer del mostrador saltaba de un lado al otro, recogía la ropa y traía otra, cobraba. Fuera, los coches aparecían y desaparecían de la vista.

—Pase rápido la cinta hasta las doce —sugirió Milosevic—, que esto está llevando mucho tiempo.

McGrath asintió una vez más y toqueteó el mando a distancia. La cinta zumbó hacia delante. Pulsó el botón de parada primero y, después, y al mismo tiempo, el de inicio y el de congelar la imagen. En la pantalla ponía que eran las cuatro de la tarde.

—¡Mierda! —soltó.

Retrocedió y avanzó un par de veces, hasta que encontró las once horas, cuarenta y tres minutos y cincuenta segundos.

—No vamos a conseguir ser más precisos.

Empezó a pulsar una vez más el botón para avanzar de fotograma en fotograma. La nieve iba descendiendo continuamente por la pantalla. Ciento cincuenta y siete fotogramas después, se detuvo.

—Ahí está.

Milosevic y Brogan se pegaron el uno al otro para ver mejor. En la imagen detenida se veía a Holly Johnson en la parte derecha más alejada. Estaba fuera de la tintorería. En la acera, con la muleta en una mano y las perchas con la ropa en la otra. Estaba abriendo la puerta con un dedo. En la parte inferior izquierda de la pantalla decía que pasaban diez minutos y diez segundos de las doce.

—Vale —dijo McGrath relajado—, vamos a ver.

Pulsó el botón y Holly saltó hasta estar a mitad de camino del mostrador. Incluso congelada en una pantalla monocroma y neblinosa, era evidente la postura tan incómoda en la que estaba. McGrath volvió a pulsar el botón, la nieve bajó por la pantalla y Holly llegó hasta el mostrador. Diez segundos después, la coreana aparecía con ella. Diez segundos más y la agente había girado el dobladillo de uno de los trajes y le estaba enseñando algo a la dependienta. Lo más probable es que se tratara de una mancha. Ambas mujeres permanecieron así un par de minutos, con las cabezas cercanas durante doce fotogramas, saltando ligeramente de uno a otro lado. Luego, la coreana desapareció, la ropa ya no estaba en el mostrador y Holly permaneció sola durante cinco fotogramas. Cincuenta segundos. Detrás de ella, por la izquierda, un coche asomó el morro en el segundo de dichos fotogramas y permaneció allí durante los otros tres, aparcado junto a la acera.

Acto seguido, la dependienta volvía a aparecer en escena con un montón de ropa. Estaba concentrada en el acto de alisar las prendas sobre el

mostrador. Diez segundos después había quitado cinco etiquetas de las perchas. Diez segundos después, tenía otras cuatro alineadas junto a la caja registradora.

—Nueve prendas —comentó McGrath.

—Así es —confirmó Milosevic—. Cinco para trabajar de lunes a viernes y supongo que otras cuatro para la noche, ¿no?

—¿Y el fin de semana? —preguntó Brogan—. Puede que sean cinco para el trabajo, dos para las noches y dos para el fin de semana.

—Es probable que los fines de semana lleve pantalones vaqueros —apuntó Milosevic—. Camiseta y vaqueros. Y a la lavadora. Digo yo.

—¡Por Dios!, ¿y qué más da? —exclamó McGrath.

Volvió a pulsar el botón y los dedos de la coreana aparecieron bailando sobre las teclas de la máquina registradora. En los dos siguientes fotogramas se veía a la agente pagando en metálico y recogiendo un par de dólares de cambio.

—¿Cuánto le ha costado? —preguntó Brogan.

—¿Nueve prendas? —dijo Milosevic—. Casi cincuenta pavos a la semana, seguro. He visto los precios que tienen. Llevan a cabo procesos especializados y usan productos químicos respetuosos con las prendas.

En el siguiente fotograma, en el lado izquierdo de la pantalla, aparecía Holly encaminándose a la salida. Se veía la parte de arriba de la cabeza de la dependienta, que iba camino de la trastienda. La hora que se leía en la pantalla eran las doce y cuarto exactamente. McGrath acercó la silla y pegó la cara a treinta centímetros de la brillante pantalla monocroma.

—Vale, Holly, ¿adónde fuiste después? —preguntó.

Llevaba las nueve prendas en la mano izquierda. Las sujetaba con torpeza para que no se le cayeran. Tenía el codo derecho en el reposacodos curvado de la muleta, pero no estaba agarrando la empuñadura. En el siguiente

fotograma se veía cómo iba a abrir la puerta. McGrath volvió a pulsar el botón del mando.

—¡Dios! —gritó.

Milosevic resolló y Brogan se quedó boquiabierto. Estaba muy claro lo que estaban viendo. En el fotograma se veía a un desconocido atacándola. Era alto y fuerte. Cogía la muleta con una mano y la ropa con la otra. No había duda. Tenía ambos brazos extendidos y le estaba quitando la muleta y la ropa. La escena se veía con claridad a través de la puerta de cristal. Los tres agentes miraban al desconocido. La sala de reuniones estaba en el más completo silencio. McGrath volvió a pulsar el botón. La hora avanzó diez segundos. Se oyó un jadeo conjunto porque los tres se quedaron sin aliento al unísono.

De pronto, a Holly Johnson la rodeaba un triángulo de tres hombres. Al alto que la había atacado se le habían unido dos más. El alto llevaba la ropa de la lavandería al hombro y sujetaba a la agente por el brazo. Miraba directamente hacia el interior de la tintorería como si supiera que había una cámara de videovigilancia. Los otros dos la miraban a ella.

—¡Están apuntándole con pistolas! —gritó McGrath—. ¡Hijos de puta, fijaos!

Volvió a pulsar el botón, la barra de nieve empezó a descender de nuevo y, entonces, la imagen volvió a estabilizarse. Los dos recién llegados tenían el brazo doblado en un ángulo recto y se les notaba tensión en los músculos de los hombros.

—Al coche —comentó Milosevic—. Van a llevarla al coche.

El coche que había aparcado hacía catorce fotogramas seguía allí, detrás de Holly Johnson y del triángulo de desconocidos. Junto a la acera. McGrath volvió a pulsar el botón. De nuevo descendió una barra de nieve. En la pantalla, el pequeño grupo dio un salto lateral de tres metros. El alto, el que había atacado a la agente, iba delante, hacia los asientos de atrás del coche. A ella la empujaba uno de los que habían llegado después. El otro nuevo estaba



abriendo la puerta del copiloto. Se veía con claridad que dentro del coche, al volante, había un cuarto hombre.

McGrath volvió a pulsar el botón. La barra de nieve descendió. La calle se quedó vacía. El coche se había ido. Como si ni siquiera hubiera estado allí.

—Tenemos que hablar —le dijo Holly.

—Pues habla.

Estaban estirados sobre los colchones, a oscuras, en la furgoneta, balanceándose y dando botes, pero ya no tanto. Estaba claro que iban por una autopista. Después de seguir quince minutos despacio por una carretera recta, habían reducido la velocidad, se habían detenido unos instantes y habían girado a la izquierda, y después habían ido cogiendo velocidad como si tomaran la entrada a una autopista. Luego, una ligera oscilación hacia la izquierda para incorporarse a la calzada. Después, el zumbido de una velocidad regular, puede que unos noventa y cinco kilómetros por hora, que había seguido así desde entonces y que daba la impresión de que no fuera a terminar nunca.

En el interior del vehículo en penumbra, la temperatura iba subiendo poco a poco. Ya hacía bastante calor. Reacher se había quitado la camisa. Al principio, y dado que había pasado la noche en el establo, la furgoneta estaba fría y a Reacher le parecía que mientras el vehículo siguiera moviéndose, el calor sería tolerable. El problema sería que se pasaran un buen rato detenidos. La furgoneta iría calentándose como un horno para pizzas y acabaría haciendo tantísimo calor como el día anterior.

Habían puesto el colchón individual de pie sobre su lado largo, contra la mampara de la cabina, mientras que el grande iba en el suelo. Al principio, resultaba un sofá rudimentario, pero el ángulo de noventa grados entre el asiento y el respaldo había acabado resultando muy incómodo. Así que

Reacher había tirado del colchón de matrimonio hacia atrás —con Holly encima, como si la llevara en un trineo— y había puesto al lado el pequeño. Ahora tenían un área acolchada de unos dos metros y medio por dos. Iban tumbados boca arriba, con las cabezas juntas para poder hablar y los cuerpos separados en una decorosa V, balanceándose suavemente con el movimiento del vehículo.

—Deberías haber hecho lo que te dije —se quejó Holly—. Deberías haber huido.

Reacher no dijo nada.

—Para mí, eres una carga. ¿No te das cuenta? Bastante tengo ya con lo mío como para tener que preocuparme por ti.

Reacher no dijo nada. Siguieron balanceándose en silencio. Olía el champú de la mañana anterior en el pelo de ella.

—Así que, a partir de ahora, vas a hacer lo que yo te diga. ¿Me estás oyendo? No puedo permitirme tener que preocuparme por ti.

Giró la cabeza para mirarla —estaban muy cerca—. Se estaba preocupando por él. Le resultó de lo más sorprendente. Chocante. Como estar sentado en un tren, en una estación transitada, detenido junto a otro tren. El tuyo empieza a moverse. Va cogiendo velocidad. Y, entonces, de repente, resulta que no es el tuyo el que se mueve. Es el otro. El tuyo ha estado parado todo el tiempo. Tu marco de referencia estaba equivocado. Él había pensado que era su tren el que se movía. Ella, que era el suyo.

—No necesito tu ayuda. Tengo toda la ayuda que necesito. ¿Sabes cómo trabaja el FBI? ¿Sabes qué delito consideran el peor de todos? Ni las bombas, ni el terrorismo, ni el crimen organizado. El mayor delito de todos es meterse con el personal de la organización. El FBI cuida de los suyos.

Reacher permaneció callado un instante más. Luego, sonrió y dijo:

—Así que no nos va a pasar nada, ¿eh? Nos quedamos aquí tumbados y dentro de un rato aparecerán un montón de agentes al rescate.

—Confío en mi gente.

Volvieron a quedarse en silencio. Durante un par de minutos no se oyó sino el zumbido de la furgoneta. Reacher iba calculando la distancia mentalmente. Diría que estaban a unos setecientos veinte de Chicago. Al este, al oeste, al norte o al sur. Holly resopló y usó ambas manos para cambiar la pierna de posición.

—¿Te duele?

—Cuando la doblo. Cuando está recta ni la noto.

—¿En qué dirección vamos?

—¿Vas a hacer lo que te he dicho?

—¿Hace cada vez más calor o empieza a hacer más frío? ¿O no ha variado?

La agente puso cara de no saber qué responder.

—Pues no lo sé. ¿Por qué?

—Dependiendo de si hace más frío o más calor, iríamos al norte o al sur. Al este o al oeste, la temperatura debería mantenerse más o menos igual.

—Pues a mí me parece que está igual. Pero aquí dentro es difícil saberlo.

—No parece que haya mucho tráfico por la autopista —dijo Reacher—. No adelantamos a nadie. Y no parece que nadie nos ralentice. Vamos todo el rato a la misma velocidad.

—¿Y?

—Podría significar que no vamos al este. Allí hay una especie de barrera, ¿no? Entre Cleveland, Pittsburgh y Baltimore. Como una frontera. Hay mucho más tráfico. Nos encontraríamos con muchos más coches. ¿Qué día es hoy, martes? ¿Qué serán, en torno a las once de la mañana? Muy vacía está la carretera para que estemos circulando por el este.

Holly asintió.

—Así que vamos hacia el norte, hacia el oeste o hacia el sur —dijo ella.

—En una furgoneta robada. Vulnerable.

—¿Robada? ¿Cómo lo sabes?

—Porque el coche también era robado.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque lo han quemado.

Holly giró la cabeza y le miró a los ojos.

—Piénsalo —insistió él—. Piensa en su plan. Llegaron a Chicago en un vehículo propio. Puede que hace algún tiempo. Puede que les haya llevado un par de semanas determinar tus rutinas. Quizá tres.

—¿Tres semanas? ¿Crees que han estado tres semanas vigilándome?

—Es lo más probable. Vas a la tintorería una vez a la semana, cada lunes, ¿no? Han tenido que tardar un tiempo en confirmar ese patrón. Pero no podían secuestrarte en su propio vehículo. Sería sencillo rastrearlo y, además, lo más probable es que tuviera ventanillas, por lo que no sería adecuado para transportar a una rehén durante tantos kilómetros. Así que supongo que habrán robado la furgoneta en Chicago, puede que ayer por la mañana. Pintaron los rótulos de los costados. ¿Te has fijado en la mancha de pintura blanca? Estaba fresca, lo que no encaja con el resto. Han camuflado la furgoneta, puede que hasta hayan cambiado las matrículas. Pero seguía siendo un vehículo que llama la atención, ¿no? Y el de huida. Así que no querían arriesgarse a que hubiera testigos que lo hubieran visto por la calle. Además, resulta extraño que alguien meta gente en la parte trasera de una furgoneta. Mejor un coche. Así que robaron el sedán negro. Luego cambiaron de vehículo en el descampado, quemaron el automóvil y a otra cosa.

Holly hizo una mueca y comentó:

—Eso no demuestra que hayan robado nada.

—Claro que sí. ¿Quién compra un coche nuevo con asientos de cuero a sabiendas de que va a quemarlo? Habrían comprado una chatarra.

Holly asintió, reticente.

—¿Quiénes son? —preguntó en alto, aunque más para sí que para Reacher.

—Aficionados. Están cometiendo un error tras otro.

—¿Cómo cuáles?

—Quemar los vehículos es una estupidez. Llama la atención. Creen que han sido muy listos, pero no es así. Lo más probable es que también quemaran tu coche. Te apuesto lo que quieras a que lo quemaron cerca de donde robaron el sedán negro.

—A mí me parece bastante inteligente.

—A la poli le llaman la atención los vehículos quemados. Encontrarán el sedán negro, descubrirán de dónde lo robaron, peinarán la zona y encontrarán tu primer vehículo, puede que echando humo todavía. Están dejando un rastro, Holly. Deberían haber dejado ambos coches en el aparcamiento de larga duración de O'Hare. Podrían haber estado allí un año antes de que alguien se diera cuenta. O podrían haberlos abandonado en algún punto de la Zona Sur con las puertas abiertas y las llaves puestas. Dos minutos después, dos vecinos del barrio tendrían coche nuevo. Jamás habrían vuelto a ver esos vehículos. Así se oculta un rastro. Quemar parece que esté bien, como si fuera el final, pero es una enorme estupidez.

Holly miró el ardiente techo de la furgoneta. «Pero ¿quién coño es este tío?», se preguntó.

En esa ocasión, McGrath no le pidió al jefe de la sección técnica que bajara al tercer piso. Fue él quien subió a la carga hasta su laboratorio, en la sexta planta, con la cinta de vídeo en la mano. Entró de golpe e hizo espacio en la mesa que tenía más cerca. Luego puso la cinta encima como si fuera un lingote de oro puro. El técnico se acercó y la miró.

—Necesito hacer unas fotografías.

El técnico cogió la cinta y fue hacia un grupo de vídeos que había en una esquina. Pulsó un par de interruptores, que encendieron tres pantallas, todas ellas con nieve.

—No puedes contarle a nadie lo que estás a punto de ver, ¿entendido?

—Entendido. ¿Qué es lo que tengo que buscar?

—Los cinco últimos fotogramas —dijo McGrath—. Con eso debería ser suficiente.

El técnico no usó ningún mando a distancia. Utilizó unos botones que había en el propio panel de controles de la máquina. La cinta retrocedió y la historia del secuestro de Holly Johnson se vio al revés.

—Joder.

Se detuvo en el fotograma en que Holly aparecía alejándose del mostrador. Después avanzó la cinta poco a poco. Hizo que Holly saltara hasta la puerta, que se topara cara a cara con el secuestrador alto, con las pistolas de los otros dos y que fuera al coche. Rebobinó la cinta y pasó la secuencia una segunda vez. Y una tercera.

—Joder.

—No gastes la puta cinta, que quiero que se hagan fotografías grandes de esos cinco fotogramas. Muchas copias.

El jefe de sección asintió despacio.

—Puedo hacerte copias de calidad láser ahora mismo.

Pulsó un par de botones y levantó un par de interruptores. Luego se agachó y encendió un ordenador que había en una mesa al otro lado de la sala. En el monitor del mismo apareció Holly alejándose del mostrador de la tintorería. Hizo clic en un par de menús desplegados.

—Vale, lo estoy copiando a un disco duro. Para tener un archivo gráfico.

Volvió a toda prisa a la zona de vídeos y adelantó la cinta un fotograma. Volvió a la mesa y el ordenador capturó la imagen de Holly abriendo la puerta de salida. Repitió el proceso tres veces más. Luego, imprimió los cinco archivos en la impresora láser más rápida que tenía. McGrath se levantó y fue recogiendo cada una de las copias a medida que iban apareciendo en la bandeja.

—No está mal —reconoció McGrath—. El papel me gusta más que el vídeo. Es como si existiera de verdad.

El técnico miró primero a McGrath y, después, por encima del hombro de este.

—La definición es buena.

—Quiero ampliaciones.

—No hay problema, ahora que lo tenemos en el ordenador. Por eso el ordenador es mejor que el papel.

El técnico se sentó y abrió el cuarto archivo. En la pantalla apareció la imagen de la agente y de los tres secuestradores en la acera, muy cerca los unos de los otros. Hizo clic con el ratón y dibujó un cuadrado alrededor de las cabezas. Volvió a hacer clic. La imagen del monitor volvió a dibujarse, ampliada. El tipo alto estaba mirando a la cámara. Los otros dos estaban ladeados, mirando a Holly.



El técnico pulsó el botón de imprimir y abrió el quinto archivo. Aumentó el tamaño de la foto con el ratón y dibujó un rectángulo alrededor del conductor, que estaba dentro del coche. Esa imagen también la imprimió. McGrath cogió las nuevas hojas de papel.

—Bien. No vamos a conseguir nada mejor. Qué putada que tu ordenador de mierda no pueda hacer que miren todos a la cámara.

—Claro que puede —dijo el técnico.

—¿Que puede? ¿Cómo?

—En cierta manera, puede. —Tocó la ampliación de la cara de Holly con el dedo—. Supongamos que queremos una imagen de frente de ella, ¿no? Le pediríamos que se girara hacia la cámara y que la mirara de frente. Pero supongamos que, por alguna razón, no se puede mover. ¿Qué hacemos? Podríamos mover la cámara, ¿no? Supongamos que subimos al mostrador, cogemos la cámara y la soltamos, la bajamos y la giramos hasta que enfoca directamente a Holly. Tendríamos una imagen de frente, ¿verdad?

—Así es.

—Pues lo que tenemos que hacer es calcular. Calculamos cuánto tendríamos que mover la cámara para que estuviera justo frente a ella. ¿Digamos que metro ochenta hacia abajo y tres hacia la izquierda? Además de girarla unos cuarenta grados, con lo que quedaría justo frente a Holly. Así que cogemos esos números y los introducimos en el programa, que hará una especie de simulación y un dibujo, igual que si moviéramos la cámara hasta situarla frente a ella y le hiciéramos una foto.

—¿Puedes hacer eso? ¿Funciona?

—Tiene sus limitaciones. —Tocó la imagen del pistolero que más cerca estaba—. Este tipo, por ejemplo, está muy de lado. El ordenador nos dará una imagen completa de su rostro, pero solo va a poder hacerlo suponiendo cómo es el resto de la cara, ¿de acuerdo? Está programado para dar por hecho que el otro lado de la cara se parece mucho al que ve, aunque con cierta asimetría.

Pero si al tipo le falta una oreja o algo en el otro lado, o tiene una gran cicatriz, eso no nos lo va a decir.

—Vale —dijo McGrath—. ¿Y qué necesitas?

El técnico escogió la imagen grande del grupo y señaló aquí y allí con su pequeño y regordete dedo índice.

—Medidas. Necesito que sean tan exactas como sea posible. Necesito saber cuál es la posición de la cámara en relación con la puerta y la altura a la que está de la acera. Necesito saber la longitud focal de la lente de la cámara. Necesito la fotografía del expediente de Holly para calibrar. Sabemos exactamente cómo es ella. Puedo usarla para hacer una prueba. Lo prepararé para que ella salga tal y como es, con lo que los demás también saldrán tal y como son; siempre que tengan ambas orejas y demás, como ya he comentado. Y necesito una baldosa del suelo de la tintorería y uno de los blusones que lleva la dependienta.

—¿Para qué?

—Para decodificar la escala de grises del vídeo. Así podré darte las fotografías en color.

El comandante eligió a seis mujeres del destacamento de castigo de aquella mañana. A las seis con más deméritos, porque la tarea iba a ser dura y desagradable. Les pidió atención y se puso delante de ellas cuan alto era. Se fijó en quiénes eran las primeras en apartar la mirada. Cuando se sintió satisfecho porque ninguna de ellas se atrevió a mantenérsela, les explicó cuál iba a ser su tarea. La sangre había salpicado toda la habitación debido a la salvaje fuerza centrífuga de la sierra. Había trocitos de hueso por todas partes. Les ordenó que calentaran agua en la cocina y la trajeran en cubos. Les ordenó que cogieran cepillos de frotar, trapos y desinfectante del almacén.

Les dijo que tenían dos horas para que la habitación volviera a quedar como los chorros del oro. Si tardaban más, se les añadirían deméritos.

Tardaron dos horas en conseguir los datos. Milosevic y Brogan habían ido a la tintorería. Habían clausurado la tienda y habían ido de un lado para el otro, como aparejadores. Trazaron un dibujo con medidas exactas, al milímetro. Descolgaron la cámara y la confiscaron. Rompieron el suelo para llevarse una baldosa. Cogieron un par de batas de la dependienta y también un par de pósteres de la pared, porque les pareció que podía facilitar el proceso de dar color a la imagen. Una vez en el sexto piso del edificio federal, el jefe de la sección técnica tardó otras dos horas en introducir todos los datos en el programa. Luego, para calibrar el test, hizo la prueba ayudándose de la imagen de Holly Johnson.

—¿Qué le parece? —preguntó a McGrath.

Este observó la imagen de la agente. Luego, se la pasó a los otros dos agentes. Milosevic fue el último que la analizó y quien lo hizo con mayor detenimiento. Tapó ciertas partes con la mano y frunció el ceño.

—Parece que esté demasiado delgada. Y creo que el cuarto inferior derecho está mal. No sé por qué, pero es como si le faltara anchura.

—Estoy de acuerdo —dijo McGrath—. Su mandíbula tiene una pinta rara.

El técnico abrió la pantalla de un menú y ajustó un par de valores. Volvió a hacer la prueba. La impresora láser zumbó. Salió la copia.

—Mejor —dijo McGrath—. La nariz es muy parecida.

—¿El color está bien? —preguntó el técnico.

—El tono melocotón es más oscuro —comentó Milosevic—. Al color de la ropa, me refiero. Conozco bien ese traje. Es italiano, o no sé qué.

El técnico hizo que apareciera una paleta de color en la pantalla del ordenador.

—Señálalo.

Milosevic escogió un tono concreto.

—Se parece más a ese.

El técnico volvió a hacer la prueba. El disco duro murmuró y la impresora láser zumbó.

—Mejor —dijo Milosevic—. El vestido está mejor. Y el pelo también.

—Estupendo. —El técnico guardó los parámetros en el disco—. ¡Pues vamos a trabajar con ello!

El FBI nunca usa equipos de última generación. Creen que es mejor usar equipos que han demostrado que son fiables. Por tanto, el ordenador del jefe de la sección técnica era un poco más lento que los ordenadores que tenían en el dormitorio los niños ricos de la zona de North Shore. Pero no mucho más. Proporcionó a McGrath cinco impresiones en cuarenta y cinco minutos. Cuatro imágenes policiales de los cuatro secuestradores y una ampliación del lateral delantero de su coche. Todo ello en colores brillantes, con el grano suavizado para que no parecieran pixeladas. A McGrath le parecieron las mejores fotografías que había visto en su puta vida.

—Gracias, jefe —le dijo al técnico—. Son estupendas. El mejor trabajo que ha hecho nadie en esta oficina en mucho tiempo. Pero no se lo cuentes a nadie. Es alto secreto, ¿entendido?

Le dio unas palmaditas en la espalda y se marchó. El jefe de sección se sentía como si fuera el tipo más importante del edificio.

Las seis mujeres trabajaron duro y acabaron antes de las dos horas. Que las rendijas fueran tan estrechas era lo que más problemas les había dado. Porque eran muy estrechas, pero no lo suficiente como para que la sangre no se colara en ellas. En cambio, eran demasiado estrechas como para que cupieran las cerdas de los cepillos. Habían tenido que enjuagarlas con agua y pasarles

trapos secos. La madera estaba adquiriendo un color marrón más oscuro. Las mujeres rezaban para que no se alabease cuando se secase del todo. Dos de ellas habían vomitado. Eso había supuesto más trabajo. A pesar de todo, acabaron a tiempo para la inspección del comandante. Se pusieron firmes sobre el suelo húmedo y aguardaron. El hombre lo comprobó todo. Las tablas crujían bajo su gran peso. Pero quedó satisfecho con el trabajo que habían hecho y les concedió otras dos horas para limpiar las manchas del pasillo y de la escalera, por donde había arrastrado el cadáver.

Lo del coche fue fácil. Enseguida lo identificaron como un Lexus. Cuatro puertas. Un modelo nuevo. El patrón de la llanta de aleación lo fechaba con exactitud. El color era o negro o gris oscuro; era imposible saberlo con seguridad. El programa informático era bueno, pero no tanto como para determinar con exactitud el color de una pintura oscura bajo la brillante luz del sol.

—¿Robado? —preguntó Milosevic.

McGrath asintió.

—Casi seguro. Encárgate de comprobarlo, ¿vale?

Las fluctuaciones del valor del yen habían hecho que, con el salario anual de Milosevic, comprar un Lexus de cuatro puertas se hubiera convertido en una posibilidad remota, así que sabía en qué barrios merecía la pena investigar y en cuáles no. Ni se molestó en ir al sur del Loop. Empezó llamando a la policía de Chicago y, después, a los departamentos de North Shore cercanos a Lake Forest.

Obtuvo un hilo del que tirar justo antes de mediodía. Aunque no era exactamente lo que estaba buscando. No era un Lexus robado, sino uno desaparecido. El Departamento de Policía de Wilmette le devolvió la llamada y le informó de que un dentista de allí había llegado al trabajo con su Lexus

nuevo, el lunes, antes de las siete de la mañana, y que lo había dejado en el aparcamiento que hay detrás del edificio en el que trabajaba. Un quiropráctico de la consulta de al lado le había visto aparcar. No obstante, el dentista no había llegado a entrar en el edificio. Su enfermera había llamado a su casa y su esposa había llamado a la comisaría de policía de Wilmette. Luego, la policía había redactado un informe al que no le había prestado la menor atención. No era el primer caso que tenían de un marido desaparecido. Le explicaron a Milosevic que el dentista se apellidaba Rubin y que el coche era negro, con motas de mica en la pintura para que centelleara, y que la matrícula era de esas personalizadas en la que ponía ORTHO 1.

Milosevic colgó el teléfono, que sonó de inmediato. Era el Departamento de Bomberos de Chicago, que tenía un informe. Una de sus unidades había atendido el incendio de un automóvil que estaba provocando una nube de humo oleaginoso en la zona de tierra de la trayectoria de vuelo del aeropuerto Meigs Field. Poco antes de la una del mediodía del lunes, el camión de bomberos había ido hasta una zona industrial abandonada y había encontrado un fuego intenso consumiendo un Lexus negro. Los bomberos habían considerado que ya estaba quemado hasta el metal, por lo que no saldría mucho más humo, así que habían decidido ahorrarse la espuma y dejar que acabara de consumirse. Milosevic apuntó dónde estaba y colgó. Fue al despacho de McGrath en busca de instrucciones.

—Ve a comprobarlo —ordenó McGrath.

Milosevic asintió. Le gustaba el trabajo de calle. Le daba la oportunidad de conducir su nuevo Ford Explorer, que prefería a esos sedanes macizos que proporcionaba la organización. Y al FBI no le parecía mal que así fuera, porque el agente nunca reclamaba gastos por el combustible. Así que condujo su coche nuevecito y reluciente algo más de siete kilómetros y encontró sin problemas lo que quedaba del Lexus. Estaba aparcado en semibatería en una zona de cemento llena de baches, detrás de un edificio industrial abandonado.

Las ruedas se habían quemado, así que estaba sobre las llantas. Todavía se podían leer las matrículas: ORTHO 1. Toqueteó las cenizas con el dedo —aún guardaban algo de calor—, sacó la llave quemada del bombín de arranque y abrió el maletero. Inmediatamente, se apartó cuatro pasos y vomitó en el pavimento. Sufrió alguna que otra arcada más, escupió y empezó a sudar. Sacó el móvil del bolsillo y llamó a McGrath, en el edificio federal.

—He encontrado al dentista.

—¿Dónde?

—En el puto maletero. Asado a fuego lento. Parece que estaba vivo cuando incendiaron el coche.

—Dios mío. ¿Está relacionado con el caso?

—No cabe duda.

—¿Estás seguro?

—No cabe duda —repitió Milosevic—. He encontrado más pistas. Están quemadas, pero la cosa está bastante clara. Hay una 38 en mitad de lo que parecen las asas metálicas de un bolso de mujer. Monedas y una barra de labios, y las partes metálicas de un móvil y un busca. Y hay nueve perchas de alambre en el suelo. Como las que te dan en las tintorerías.

—Dios mío. ¿Conclusiones?

—Robaron el Lexus en Wilmette. Puede que el dentista los pillara *in fraganti*, así que fue a por ellos, pero lo redujeron y lo metieron en el maletero. Lo quemaron junto con el resto de las pruebas.

—Mierda —exclamó McGrath—. Pero ¿dónde está Holly? ¿A qué conclusiones has llegado?

—Se la llevaron a Meigs Field —conjeturó Milosevic—. Está a menos de un kilómetro de aquí. La subieron a un avión privado y dejaron aquí este coche. Eso es lo que ha pasado, Mack. Se la han llevado volando a alguna parte. Cuatro tipos capaces de quemar viva a una persona y que, a estas alturas, la tienen quién sabe dónde. A miles de kilómetros de aquí.

La furgoneta blanca siguió emitiendo un zumbido constante durante otra hora, puede que durante unos noventa y cinco kilómetros más. El reloj mental de Reacher le decía que eran entre las once y las doce del mediodía. Empezaban a aparecer en su interior vagas sensaciones de preocupación. Ya llevaban, como quien dice, un día. Casi veinticuatro horas. Ya había pasado la primera fase y estaban en la fase intermedia. No había habido avance. Y estaba incómodo. En el interior de aquel vehículo hacía muchísimo calor. Seguían tumbados de espaldas sobre el caluroso colchón, con las cabezas juntas. El relleno de crin de caballo daba mucho calor. A Holly había empezado a sudarle el cuero cabelludo, así que había extendido el pelo por el colchón. En el lado izquierdo, junto al hombro desnudo de Reacher, se le había rizado.

—¿Es porque soy mujer? —Estaba tensa—. ¿O porque soy más joven que tú? ¿O por ambas razones?

—¿A qué te refieres? —preguntó con cautela.

—A que consideras que tienes que cuidar de mí. Te preocupas por mí porque soy mujer y porque soy joven, ¿verdad? Piensas que necesito la ayuda de un hombre mayor que yo.

Reacher se revolvió. No quería moverse. No estaba cómodo, pero tampoco estaba tan mal. En concreto, le gustaba sentir en el hombro el tacto del pelo de Holly. Su vida era así. Daba igual lo que le sucediera, siempre había pequeñas compensaciones.

—¿Y bien? —insistió ella.



—No es cuestión de sexo. Ni de edad. La cuestión es que necesitas ayuda, ¿no?

—Y yo soy una mujer más joven y tú un hombre mayor que yo. Por tanto, tú estás más capacitado para encargarte de la situación. Sería imposible que fuera al revés, ¿no?

Reacher sacudió la cabeza mientras continuaba tumbado.

—No es cuestión de sexo —repitió—. Ni de edad. Estoy capacitado porque lo estoy, sin más. Tan solo intento ayudarte.

—Estás corriendo riesgos innecesarios. Provocarlos y contrariarlos no es la manera de hacer esto, por el amor de Dios. Vas a conseguir que nos maten.

—Tonterías. Tienen que vernos como personas, no como un cargamento.

—Y eso ¿quién lo dice? ¿Desde cuándo eres un gran experto?

Reacher se encogió de hombros.

—Déjame hacerte una pregunta. Si la cosa hubiera sido al revés, ¿me habrías dejado solo en el establo?

Ella pensó la respuesta.

—Por supuesto.

Reacher sonrió. Lo más probable es que estuviera diciendo la verdad. Le gustaba que fuera sincera.

—Vale. La próxima vez que me lo pidas, me largo. Sin rencores.

Se quedó callada un buen rato.

—Vale, pero si de verdad quieres ayudarme, tendrás que hacer lo que yo te diga.

Reacher permaneció callado un rato. Se acercó un centímetro a ella y le dijo:

—Sería peligroso para ti. Si me escapase, lo más probable es que te pegaran un tiro y desaparecieran.

—Me arriesgaré. Para eso me pagan.

—¿Quiénes son? ¿Y qué es lo que quieren?

—Ni idea.

Había respondido demasiado rápido, por lo que Reacher se dio cuenta de que ella lo sabía.

—Te quieren a ti, ¿verdad? Ya sea por algo personal o porque quieren a un agente del FBI y tú eras lo que más cerca tenían. ¿Cuántos agentes del FBI hay?

—El FBI tiene veinticinco mil empleados, de los que diez mil son agentes.

—Vale, pues supongamos que te quieren a ti en concreto. Sería una increíble coincidencia que te hubieran elegido a ti entre diez mil. Así que esto no ha sido al azar.

Ella miró hacia otro lado y él se quedó observándola.

—¿Por qué, Holly?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Demasiado rápido. La observó de nuevo. Lo decía con seguridad, pero el tono dejaba claro que respondía a la defensiva.

—No lo sé —repitió—. Lo único que se me ocurre es que me hayan confundido con otra persona de la oficina.

Reacher soltó una carcajada y la miró. El pelo de ella le tocaba la cara.

—Debes de estar de broma, Holly Johnson. No eres de esas mujeres a las que alguien confunde con otras. Además, han estado tres semanas vigilándote. Tiempo más que suficiente para quedarse con una cara.

La mujer sonrió y se puso a mirar el techo con aire irónico.

—El que me ve no me olvida, ¿verdad? Ojalá.

—¿Acaso tienes dudas al respecto? Eres la mujer más guapa que he visto esta semana.

—Gracias, Reacher. Es martes. Me conociste ayer, lunes. Qué gran cumplido.

—Bueno, pero ya me has entendido.

Se sentó, erguida de cintura para arriba, como una gimnasta, y se ayudó de ambas manos para cambiar la pierna de posición. Apoyó el codo en el colchón, se pasó el pelo por detrás de la oreja y se quedó mirando a Reacher.

—Soy incapaz de adivinar nada sobre ti.

Él le devolvió la mirada. Se encogió de hombros.

—Si tienes dudas, pregunta. Estoy a favor de la libertad de información.

—Vale. A ver, la primera: ¿quién coño eres?

Volvió a encogerse de hombros y sonrió.

—Jack Reacher. No tengo segundo nombre. Tengo treinta y siete años y ocho meses, no estoy casado y soy portero de un club en Chicago.

—Y una mierda.

—¿Y una mierda? ¿Qué parte? ¿Mi nombre, mi edad, mi estado civil o mi ocupación?

—Tu ocupación. No eres portero de ningún club.

—¿Ah, no? ¿Y qué soy?

—Eres un soldado. Estás en el ejército.

—¿De verdad?

—Es evidente. Mi padre es militar. He vivido en bases militares toda la vida. Hasta que tuve dieciocho años solo había conocido a soldados. Sé qué pinta tienen. Sé cómo se comportan. Sé cómo actúan. Estaba casi segura de que eras soldado, pero en cuanto te has quitado la camisa, me ha quedado claro.

Reacher sonrió.

—¿Por qué? ¿Acaso es una grosería exclusiva de soldados?

Holly le devolvió la sonrisa. Negó con la cabeza. Se le soltó el pelo de detrás de la oreja. Volvió a recogerse con un dedo pálido que dispuso en forma de gancho.

—La cicatriz del estómago. Esos puntos tan horribles. Eso es cirugía de campaña, seguro. Algún hospital de campo. Tardaron un minuto y medio.

Ningún cirujano civil da puntos como esos. Si lo hiciera, lo demandarían tan rápido por mala praxis que hasta se marearía.

Reacher se pasó el dedo por la piel desigual. Su cicatriz parecía el plano de vías de una estación con mucho tráfico.

—El cirujano estaba ocupado —explicó Reacher—. Yo creo que lo hizo bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Fue en Beirut. No me tenían en la lista de prioridades. Tan solo me desangraba, pero despacio.

—¿Así que tengo razón? ¿Eres soldado?

Reacher le sonrió y negó con la cabeza.

—Soy portero. Como ya te he dicho. De un club de blues de la Zona Sur. Deberías pasarte. Es mucho mejor que los garitos para turistas.

Holly volvió a mirarle la gran cicatriz y a los ojos de nuevo. Frunció los labios y negó despacio con la cabeza. Reacher asintió, como si reconociera que ella tenía razón.

—Fui soldado. Lo dejé hace catorce meses.

—¿En qué unidad?

—Policía Militar.

La mujer hizo una mueca como si fuera a echarse a reír.

—Vaya, lo peor de lo peor. No le caéis bien a nadie.

—Qué me vas a contar.

—Eso explica muchas cosas. Os someten a entrenamientos muy especiales. Así que, sí, supongo que estás capacitado. Deberías habérmelo contado, joder. Creo que tengo que disculparme por lo que he dicho.

Reacher no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Dónde estabas destacado? —preguntó ella.

—Por todo el mundo. Europa, Extremo Oriente, Oriente Medio. Llegó un momento que no sabía dónde me despertaba.

—¿Rango?

—Comandante.

—¿Medallas?

Reacher se encogió de hombros.

—Decenas de esas mierdas. Pero ya sabes cómo va. Las conseguidas en el teatro de operaciones, claro está, más una Estrella de Plata, dos de Bronce, un Corazón Púrpura en Beirut, algunas de esas de campaña en Panamá, Granada, y en las operaciones Escudo del Desierto y Tormenta del Desierto.

—¿Una Estrella de Plata? ¿Por qué te la dieron?

—Porque saqué a unos compañeros de un búnker. En Beirut.

—¿Y te hirieron mientras lo hacías? ¿Por eso tienes la cicatriz y el Corazón Púrpura?

—Ya estaba herido. Me habían herido antes de que entrara. Creo que eso es lo que les impresionó.

—Un héroe, ¿eh?

Reacher sonrió y negó con la cabeza.

—Ni mucho menos. No sentía nada. No pensaba. Estaba demasiado impactado. Ni siquiera me di cuenta de que me habían herido hasta que acabó todo. De haberlo sabido, me habría desmayado. Se me estaban saliendo las tripas. El aspecto es horrible. Son de color rosa brillante. Blandas y pastosas.

Holly no dijo nada durante un rato. La furgoneta seguía zumbando. Otros treinta kilómetros. Al norte, al sur o al oeste. Lo más probable.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el ejército?

—Toda mi vida. Mi viejo era oficial de Marines y sirvió por todo el mundo. Se casó con una francesa en Corea. Nací en Berlín. Hasta los nueve años no pisé Estados Unidos. Cinco minutos más tarde estábamos en Filipinas. No dejábamos de viajar por todo el mundo. La vez que más tiempo he pasado en un mismo sitio fue los cuatro años de West Point. En cuanto salí, me llamaron a filas y todo empezó de nuevo. A dar vueltas por el mundo.

—¿Dónde está su familia?

—Todos muertos. El viejo murió ¿hace cuánto...?, ¿diez años? Sí, yo diría que sí. Mi madre murió hace dos. Enterré la Estrella de Plata con ella. Fue ella quien la ganó. Siempre me decía: «Vas a hacer las cosas como Dios manda». Como mil veces al día, con su cerrado acento francés.

—¿Hermanos o hermanas?

—Tenía un hermano. Murió el año pasado. Soy el último Reacher que queda con vida, al menos, que yo sepa.

—¿Cuándo dejaste el servicio activo?

—En abril del año pasado. Hace catorce meses.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Supongo que había perdido el interés. Empezaban con los recortes en defensa. Consiguieron que pareciera que el ejército no era necesario. Como si ya no necesitasen lo más grande, lo mejor. Como si no me necesitasen. No quería ser parte de algo pequeño y de segunda fila. Así que me fui. Arrogancia, ¿no?

Holly se rio.

—¿Y se hizo portero? ¿De comandante condecorado a portero? ¿Y eso no es de segunda fila?

—No, no fue así. No es que lo dejara para ser portero, como si quisiera que fuera el derrotero que tomara mi vida profesional. Es temporal. Llegué a Chicago el viernes. Tenía pensado irme el miércoles, más o menos. Mi intención era ir a Wisconsin. Me da la impresión de que es un sitio bonito en esta época del año.

—¿Del viernes al miércoles? ¿Tienes problemas con el compromiso o qué?

—Supongo. Durante treinta y seis años he estado siempre donde otro me ha dicho que estuviera. Una vida de lo más estructurada. Supongo que es mi manera de enfrentarme a ello. Me encanta ir de un lado para otro siempre y cuando me apetezca. Es como una droga. La vez que más tiempo he

permanecido en alguna parte fue en Georgia, el otoño pasado. Diez días. En catorce meses. El resto del tiempo lo he pasado, como quien dice, en la carretera.

—¿Y te ganas la vida trabajando como portero de clubes?

—No, eso ha sido un tanto inusual. En general, no trabajo, vivo de mis ahorros. Pero llegué a Chicago con un cantante, una cosa llevó a la otra y el tipo me pidió que fuera el portero del club en el que iba a actuar.

—¿Y qué haces cuando no trabajas?

—Observo. Piensa que soy un estadounidense de treinta y siete años que apenas ha pasado tiempo en su país. ¿Has estado en el Empire State?

—Por supuesto.

—Pues yo no. Bueno, hasta el año pasado. ¿Has estado en los museos de Washington?

—Claro.

—Bueno, pues yo no, hasta el año pasado. Ese tipo de cosas. Boston, Nueva York, Washington, Chicago, Nueva Orleans, el monte Rushmore, el Golden Gate, las cataratas del Niágara. Soy como un turista. Como si me estuviera poniendo al día, ¿entiendes?

—Yo soy todo lo contrario. A mí me gusta salir del país.

Reacher se encogió de hombros.

—Yo he estado toda la vida fuera del país. En los seis continentes. Ahora quiero quedarme aquí.

—Yo conozco Estados Unidos al dedillo. Mi padre viajaba a uno y otro lado, pero siempre dentro del país, excepto dos viajes a Alemania.

Reacher asintió. Pensó en el tiempo que había pasado en Alemania, tanto de niño como de adulto. Muchos años, en total.

—¿Te aficionaste al fútbol en Europa? —preguntó Reacher.

—Sí. Allí mueve multitudes. Mi padre estuvo destinado cerca de Múnich en una ocasión. Yo era una niña. No tendría más de once años. A mi padre le

dieron entradas para un partido muy importante en Róterdam, en Holanda. La Copa de Europa: el Bayern de Múnich contra un equipo inglés, el Aston Villa. ¿Has oído hablar de él?

Asintió.

—De Birmingham, Inglaterra. Durante una temporada, estuve destinado cerca de un sitio llamado Oxford. Estaba como a una hora de distancia.

—Odiaba a los alemanes —dijo Holly—. Tan arrogantes, tan intensos. Estaban seguros de que le iban a pegar una paliza a los ingleses. No quería verlo, pero tenía que asistir, ya sabes cómo va eso. Protocolos de la OTAN. Habría sido un escándalo que me hubiera negado. Así que asistí. Y resulta que fueron los ingleses los que les dieron un repaso a los alemanes. Los alemanes estaban tan cabreados que me sentía de maravilla. Y los jugadores del Aston Villa me parecieron muy monos. A partir de aquella noche, me enamoré del fútbol. Y aún lo estoy.

Reacher asintió. Era un deporte que le gustaba ver. Hasta cierto punto. Pero uno tiene que estar expuesto a él cuando se es joven y poco a poco. Parecía un deporte de improvisación, pero, en realidad, era muy técnico. Estaba lleno de atracciones ocultas. Pero entendía que hubiera seducido a una niña, hace mucho tiempo, en Europa. Una noche frenética en Róterdam, bajo los focos. Reticente al principio, sin querer estar allí, pero hipnotizada después por los patrones que describía la pelota blanca sobre el césped verde. Y, al final del partido, enamorada del fútbol. Pero había algo que estaba haciendo que sonase una alarma en su cabeza. ¿Por qué habría sido un problema para la OTAN que la hija de once años de un militar se negara a asistir? Era eso lo que había dicho, ¿no?

—¿Quién es tu padre? Parece que ya por aquel entonces era alguien importante.

Holly se encogió de hombros y no respondió. Reacher la observó. Empezó a sonar otra alarma.



—Holly, ¿quién coño es tu padre?

El tono defensivo que había usado anteriormente la mujer se reflejó en ese momento en su rostro. Siguió sin responder.

—¿Quién, Holly?

Ella desvió la mirada. Le habló al lateral de la furgoneta. Apenas la oyó, debido al estrépito del motor y al rugido de la carretera. Imposible estar más a la defensiva.

—El general Johnson —dijo en voz baja—. En aquella época era comandante en jefe en Europa. ¿Lo conoces?

Reacher la miraba. El general Johnson. Holly Johnson. Padre e hija.

—Me lo han presentado, pero ese no es el tema, ¿no?

Giró la cabeza para mirarle. Estaba furiosa.

—¿Por qué? ¿Cuál es exactamente «el tema», eh?

—Esa es la razón. Tu padre es el militar más importante de Estados Unidos. Por el amor de Dios, por eso te han secuestrado, Holly. Esta gente no quiere a Holly Johnson, la agente del FBI. Lo del FBI es fortuito. Esta gente quiere a la hija del general Johnson.

La joven lo miró como si acabase de pegarle un bofetón.

—¿Por qué? ¿Por qué coño tiene que suponer todo el mundo que todo lo que me pasa está relacionado siempre con mi puto padre?

McGrath le pidió a Brogan que le acompañase y se encontraron con Milosevic en el aeropuerto Meigs Field de Chicago. El agente al mando había cogido las cuatro fotografías obtenidas por ordenador y la fotografía de Holly Johnson usada para la prueba. Llegó esperando que el personal del aeropuerto cooperara. Y así fue. A tres agentes del FBI que llegaban anunciándose a bombo y platillo y preocupadísimos por una colega no se les podía ofrecer otra cosa que cooperación total.

Meigs Field era un pequeño aeropuerto comercial, junto al lago, rodeado de agua excepto por una zona —por la playa de la calle Doce—, que intentaba ganarse la vida a la sombra del gigantesco O'Hare. Sus registros de entradas y salidas eran immaculados y su eficacia era de primera. No tanto como para estar preparados para contestar interrogatorios del FBI a bote pronto, pero sí como para ser capaces de seguir operando y que les siguieran pagando a pesar de que estaban al lado del competidor más duro del mundo. A McGrath, sus registros y eficacia, le fueron de gran ayuda. Y lo fueron porque, después de unos treinta segundos, le dejaron claro que iban por un callejón sin salida.

Los empleados de Meigs Field estaban seguros de que jamás habían visto ni a Holly Johnson, ni a ninguno de los cuatro secuestradores. Y mucho menos el lunes, y muchísimo menos alrededor de la una. Lo tenían clarísimo. No es que no se estuvieran esforzando y lo negaran para quitárselos de encima. Sencillamente, estaban seguros, con esa certeza relajada de las

personas que se pasan los días estando seguras de lo que hacen, como poner aviones pequeños en las pistas aéreas más transitadas del planeta.

En Meigs Field no había despegues sospechosos, al menos entre el mediodía y, digamos, las tres de la tarde. Eso estaba claro. La documentación era explícita al respecto. Los tres agentes se fueron de allí tan rápidamente como habían llegado. El personal de la torre se despidió de ellos con un asentimiento de cabeza y los olvidó antes de que llegaran a los coches del pequeño aparcamiento.

—Bien, volvemos a estar en la casilla de salida —comentó McGrath—. Vosotros id a ver cómo está lo del dentista de Wilmette. Tengo cosas que hacer. Como llamar a Webster. En Washington D. C. tienen que estar subiéndose por las paredes.

A dos mil setecientos cuarenta kilómetros de Meigs Field, el joven que estaba en el bosque quería instrucciones. Era un buen agente, bien entrenado, pero en lo que se refería al trabajo de incógnito, era novato y bastante inexperto. La demanda de agentes encubiertos siempre era alta. Al FBI le costaba rellenar todos los huecos, así que asignaba a agentes como él. Inexpertos. Suponía que, mientras recordase que no tenía todas las respuestas, no pasaría nada. No tenía problemas de ego. No le causaba ningún problema pedir consejo. Era cuidadoso. Y realista. Lo suficiente como para saber que aquello le superaba. Los acontecimientos estaban tomando un cariz feo y estaba claro que, dentro de poco, iban a explotar y convertirse en algo mucho peor. ¿Cómo? No lo sabía. Era una sensación. Pero confiaba en sus sensaciones. Confiaba lo suficiente como para detenerse y girarse antes de llegar al árbol en concreto. Respiró con fuerza, cambió de idea y volvió paseando por donde había venido.

Webster había estado esperando la llamada de McGrath. Eso estaba claro, porque le pasaron con él de inmediato, como si hubiera estado en su despacho, esperando a que sonase el teléfono.

—¿Algún progreso, Mack?

—Alguno. Sabemos qué sucedió exactamente. Lo tenemos en una cámara de seguridad de una tintorería. Llegó allí a las doce y diez, salió a las doce y cuarto. Eran cuatro. Tres en la calle y uno en el coche. La secuestraron.

—¿Y después?

—Se marcharon en un sedán robado. Por lo visto, secuestraron al dueño para robárselo. A ella se la llevaron a siete kilómetros de la tintorería y quemaron el coche. Con el dueño en el maletero. Vivo. Era un dentista apellidado Rubin. Todavía no sabemos qué han hecho con Holly.

En Washington, Harland Webster se quedó largo rato en silencio.

—¿Merece la pena buscar por la zona? —preguntó al fin.

McGrath se quedó callado un segundo. No tenía claro a qué se refería, si a buscar un escondite u otro cadáver.

—Mi instinto me dice que no. Seguro que sabían que la peinaríamos. Yo creo que se la han llevado a otro lado. Puede que muy lejos.

Silencio de nuevo. McGrath oía pensar a Webster.

—Estoy de acuerdo. Se la han llevado a otra parte, pero ¿cómo exactamente? ¿Por carretera? ¿En avión?

—En avión no. Los vuelos comerciales los comprobamos ayer y acabamos de llegar de un aeropuerto privado. Nada.

—¿Y en helicóptero? Ir y volver. En secreto.

—En Chicago no, jefe. Desde luego, no al lado de O'Hare. Aquí hay más radares de los que tienen las Fuerzas Aéreas. Si un helicóptero hubiera intentado realizar un vuelo no autorizado, por corto que fuera, nos habríamos enterado.

—De acuerdo. Pero tenemos que mantener la situación bajo control.

Secuestro y homicidio. No me da buena espina, Mack. ¿Podría haber un segundo vehículo robado? ¿Para cambiarlo por el sedán?

—Probablemente. Estamos investigándolo.

—¿Alguna idea de quiénes pueden ser?

—No. Hemos conseguido fotografías muy buenas de la cámara de seguridad. Con mejoras por ordenador. Te las enviaré de inmediato. Cuatro tipos, blancos, de entre treinta y cuarenta años, tres de ellos muy parecidos entre sí, normales, aseados, pelo corto. El cuarto es muy alto, en torno al metro noventa y cinco, según el ordenador. Yo diría que es el líder. Es el que llegó primero.

—¿Alguna idea del motivo?

—Ninguna en absoluto —reconoció McGrath.

Silencio de nuevo en la línea.

—Vale —dijo Webster—. ¿Lo estás manteniendo controlado?

—Tanto como es posible. Solo somos tres.

—¿A quiénes has elegido?

—A Brogan y a Milosevic.

—¿Son buenos?

McGrath gruñó. ¿Por qué iba a elegirlos si no?

—Conocen a Holly bastante bien. Son buenos.

—¿Son de los que se quejan o son duros, como solíamos ser nosotros?

—Nunca he oído que se quejasen. De nada. Hacen su trabajo. Meten horas.

Ni siquiera se quejan del sueldo.

Webster se rio.

—Deberíamos clonarlos.

Con aquello, la frivolidad alcanzó su cota máxima, y luego se terminó en un par de segundos. No obstante, McGrath apreció el intento de levantarle la moral.

—¿Y qué tal va por ahí?

—¿A qué te refieres, Mack? —Webster volvía a estar serio.

—Al viejo. ¿Está dándote problemas?

—¿Cuál de los dos, Mack?

—El general —especificó McGrath.

—Todavía no. Me ha llamado esta mañana, pero ha sido educado. Así son las cosas. Los padres suelen estar bastante tranquilos el primer y el segundo días. Se preocupan más tarde. Con el general Johnson pasará lo mismo. Puede que sea un jefazo, pero, por dentro, todos somos iguales, ¿no?

—Pues sí. Dile que me llame si quiere información de primera mano. Podría servirle de ayuda.

—De acuerdo, Mack, gracias. En cuanto a lo del dentista, creo que, de momento, sería mejor que nadie lo supiera. Hace que el asunto tenga mucha peor pinta. Mándame lo que tengas. Pondré a los míos con ello. Y no te preocupes, la encontraremos. Al fin y al cabo, el FBI cuida de los suyos, ¿no? Nunca fallamos.

Tanto el director como el jefe al mando dejaron que aquella mentira se la llevara el silencio y colgaron el teléfono al mismo tiempo.

El joven salió paseando del bosque y se topó cara a cara con el comandante. Era lo bastante inteligente como para saludarle con efusividad y mostrar nerviosismo, pero tampoco más del que puede provocarle a un machaca estar en presencia del comandante. Lo justo para no resultar sospechoso. Permaneció quieto y esperó a que le hablase.

—Tengo un trabajo para ti —dijo el comandante—. Eres joven y seguro que se te dan bien todas estas mierdas tecnológicas.

El joven asintió con cautela.

—Sí, suelo ser capaz de resolver algunos problemas, señor.

El comandante asintió también.

—Tenemos un nuevo juguete. Un escáner de frecuencias de radio. Quiero que hagas una vigilancia.

El joven se quedó helado.

—¿Por qué, señor? ¿Cree que alguien está usando un radiotransmisor?

—Es posible. No confío en nadie y sospecho de todo el mundo. Toda precaución es poca. Y más ahora. Hay que estar muy pendientes de los detalles. Ya sabes lo que se dice: el genio está en los detalles.

El joven tragó saliva y asintió.

—Venga, encárgate de prepararlo. Haz un listado de rotaciones. Dos turnos de dieciséis horas al día, ¿de acuerdo? Ahora mismo, necesitamos vigilancia constante.

El comandante dio media vuelta. El joven asintió y resopló. Miró hacia el sitio en que estaba su árbol y dio las gracias por sus sensaciones.

Milosevic llevó a Brogan hacia el norte en su coche nuevo. Pararon en la estafeta de Wilmette para que Brogan enviara los dos cheques de pensión alimenticia. Luego fueron en busca del edificio en el que trabajaba el dentista muerto. Había un policía de uniforme esperándoles en el aparcamiento trasero. No mostró remordimientos por no haber hecho nada respecto a la llamada de la esposa y Milosevic insistió en lo mal que habían actuado, como si hiciera responsable a aquel policía del secuestro de Holly Johnson.

—Desaparecen cientos de maridos —se defendió el policía—. Sucede casi a diario. Esto es Wilmette, ¿saben? Aquí los hombres son como en todos lados, solo que tienen el dinero necesario para hacer lo que les plazca. ¿Qué quieren que hagamos nosotros?

Milosevic se mostró antipático. El policía había cometido otros dos errores. El primero, dar por sentado que era el asesinato del dentista lo que había sacado de su jurisdicción al FBI. Y el segundo, que estaba más

preocupado por salvar su culo que porque cuatro asesinos hubieran secuestrado a Holly Johnson en mitad de la calle. Milosevic no mostró ninguna paciencia con el agente. Pero, de pronto, se redimió:

—¿Qué le pasa a la gente con lo de quemar automóviles? Ayer, un gilipollas quemó un coche junto al lago. Tuvimos que moverlo. Los vecinos no paran de llamarnos para quejarse.

—¿Dónde fue eso? —preguntó Milosevic.

El policía frunció el ceño. Quería ser muy preciso para quedar bien.

—En el giro que hace la carretera de Sheridan junto a la orilla, a este lado de Washington Park. Nunca había visto nada así. Al menos, en Wilmette.

Milosevic y Brogan fueron a comprobarlo. Siguieron al policía, que iba en un coche patrulla resplandeciente. Los llevó hasta el sitio exacto. No era un coche. Era una camioneta. Una Dodge de unos diez años. Sin placas de matrícula. Rociada con gasolina y quemada por completo.

—Ya les digo, sucedió ayer. Nos informaron por primera vez a eso de las siete de la mañana. La gente que iba camino del trabajo no dejaba de llamar. Una y otra vez.

Rodeó la camioneta mirándola con atención.

—No es de la zona. Vamos, supongo.

—¿Por qué no? —preguntó Milosevic.

—¿Qué tendrá, unos diez años? Por aquí hay pocas camionetas, y las que hay son de esas que son como juguetes gigantes. Enormes vehículos con motor V8 y cromados por todas partes. Nadie aparcaría un cacharro viejo como este en la entrada de su casa.

—¿Y los jardineros? —preguntó Brogan—. O los limpiadores de piscinas o trabajadores así.

—Ya, pero ¿por qué iban a quemarla? Tendrían que comprar otra nueva. La darían para abaratar la compra, ¿no? Nadie quema algo con lo que negociar.



Milosevic pensó en ello y asintió.

—Muy bien, pues nosotros nos encargamos. Investigación federal. Enviaremos una grúa de plataforma a por ella en cuanto podamos. Mientras tanto, vigílela, ¿entendido? Y hágalo como es debido, por el amor de Dios. Que no se acerque nadie.

—¿Por qué?

Milosevic lo miró como si fuera gilipollas.

—Es su camioneta. La dejaron aquí y robaron el Lexus para el delito que están cometiendo ahora.

El policía de Wilmette miró a Milosevic con nerviosismo, y a continuación observó la camioneta calcinada. Durante unos instantes, se preguntó cómo iban a caber cuatro tipos en el asiento de aquella Dodge, pero no dijo nada. No quería arriesgarse a quedar peor todavía. Se limitó a asentir.

Holly estaba sentada en los colchones, con la rodilla buena debajo de la barbilla y la pierna lesionada estirada. Reacher estaba sentado a su lado, inclinado hacia delante, preocupado, amortiguando los botes de la camioneta con una mano y con la otra enterrada en el pelo.

—¿Y tu madre? —preguntó Reacher.

—¿Era famoso tu padre? —repuso ella.

Reacher negó con la cabeza.

—No, pero los de su unidad sabían muy bien quién era. Supongo.

—Así que no sabes lo que se siente. —respondió ella—. Todo lo que haces, todo, sucede por tu padre. En el instituto sacaba todo sobresalientes, fui a las universidades de Yale y de Harvard, trabajé en Wall Street, pero no era yo la que lo conseguía, sino esa otra persona extraña llamada «hija del general Johnson». En el FBI ha pasado lo mismo. Todos dan por supuesto que estoy ahí por mi padre y, por tanto, desde que llegué, la mitad de la gente es especialmente agradable conmigo y la otra mitad, especialmente dura para demostrarme que no les impresiona lo más mínimo quién soy.

Reacher asintió. Pensó en ello. Él había llegado más lejos que su padre. Él había avanzado siempre con determinación y esfuerzo, de la manera tradicional. Había dejado atrás al viejo. Pero había conocido a gente con padres famosos. Hijos de grandes soldados. Incluso nietos. Por mucho que brillaran, su luz siempre se perdía en el gran resplandor.

—Sí, es duro —reconoció—, y tienes el resto de la vida para hacer lo

imposible por ignorarlo, pero, en este instante, tienes que afrontarlo, porque es el origen del problema.

Holly asintió y suspiró exasperada. Reacher la miró en la penumbra y le preguntó:

—¿Hace cuánto que te lo imaginas?

Se encogió de hombros.

—Supongo que fue lo primero que pensé. Como te acabo de decir, es un hábito. La gente tiende a suponer que todo sucede por mi padre. Incluida yo.

—Bueno, pues gracias por decírmelo tan pronto.

Ella no respondió. Estuvieron un rato en silencio. El aire era sofocante y el calor empezaba a mezclarse con el implacable zumbido de la camioneta. En el interior del vehículo, la penumbra, la alta temperatura y el ruido convertían el ambiente en una especie de puré y Reacher empezaba a tener la sensación de que se ahogaba en él. Aunque era la incertidumbre lo que estaba empezando a pasarle factura. En muchas ocasiones había hecho treinta horas de viaje de una sentada en aviones de transporte, y en peores condiciones que aquellas. Era la vasta dimensión de la incertidumbre lo que le ponía nervioso.

—Bueno, ¿y tu madre? —insistió.

Holly negó con la cabeza.

—Murió. Yo tenía veinte años. Estaba en la universidad. Un cáncer extraño.

—Lo siento. —Hizo una pausa tensa—. ¿Hermanos o hermanas?

De nuevo negó con la cabeza.

—Soy hija única.

Reacher asintió, pero como si no le gustara.

—Lo que me temía. Albergaba la esperanza de que fuera por otra razón, ¿sabes? Que tu madre fuera jueza, o que tuvieras un hermano o una hermana congresista, o algo así.

—Pues no, estoy sola. Bueno, mi padre y yo. Esto tiene que ver con mi

padre.

—Pero ¿qué quieren de él? ¿Qué coño pretenden conseguir con esto? ¿Un rescate? Pues ya pueden ir olvidándose. Puede que tu padre sea un pez gordo, pero solo es un soldado que lleva ascendiendo por escalas salariales del ejército toda la vida. Más rápido que la mayoría de soldados, sí, pero conozco esas escalas salariales. He estado viviendo de ellas trece años. No me han hecho rico y no lo habrán hecho rico a él. O, al menos, no tanto como para que alguien esté pensando en pedirle un rescate. Si alguien quisiera secuestrar a la hija de alguien para pedir un rescate, tan solo en Chicago hay millones de personas por delante de su padre.

Holly asintió.

—Es por su influencia. Es responsable de dos millones de personas y por sus manos pasa al año un presupuesto de doscientos mil millones de dólares. Yo diría que influir en él podría ser la razón, ¿no?

Reacher negó con la cabeza.

—No. Ese es el problema. No sé qué pretenden conseguir con esto.

Reacher se puso de rodillas y gateó por los colchones.

—¿Qué narices estás haciendo? —preguntó Holly.

—Tenemos que hablar con ellos. Antes de que lleguemos a donde nos llevan.

Empezó a dar golpes en la mampara con su enorme puño. Tan fuerte como podía. Donde supuso que debía de ir sentado el conductor. Siguió dando golpes hasta que consiguió lo que quería. Le llevó un rato. Varios minutos. Le dolía la mano. Pero la camioneta salió de la autopista y empezó a reducir la velocidad. Notó que las ruedas delanteras pisaban gravilla. Frenazo. La inercia lo empujó contra la mampara. Holly se deslizó unos sesenta centímetros sobre el colchón. Puso cara de dolor y la rodilla se le giró en sentido contrario al de la marcha.

—Han salido de la autopista — aclaró Reacher—. Estamos en mitad de

ninguna parte.

—Esto ha sido un gran error, Reacher.

Él no dijo nada, solo le cogió de la mano y le ayudó a sentarse bien, apoyada contra la mampara. Luego se deslizó hacia delante y se interpuso entre ella y las puertas traseras. Oyó cómo los secuestradores bajaban de la cabina. Las puertas cerrándose de golpe. Sus pies pisando la gravilla. Dos venían por el lado derecho y el tercero, por el izquierdo. Oyó que metían la llave en la cerradura. Giraron la manilla.

Abrieron la puerta izquierda unos cinco centímetros. Lo primero que entró en la parte trasera de la furgoneta fue el cañón de la escopeta. Más allá, Reacher vio una ranura de cielo que no le desveló nada. Azul celeste, nubes blancas. Podría haber sido cualquier parte del hemisferio. Lo segundo que entró fue una Glock 17. Luego, una muñeca. El puño de una camisa de algodón. La mano sujetaba la Glock firme como una roca. Era Loder.

—Será mejor que pase algo grave, puta.

Hostil. Mucha tensión en la voz.

—Tenemos que hablar —le dijo Reacher.

La segunda Glock apareció por la estrecha abertura. Temblaba un poco.

—¿De qué, gilipollas? —soltó Loder.

Reacher se fijó en los nervios que escondía el tono del tipo y en los temblores que movían la segunda Glock en zigzag.

—Esto no va a funcionar, ¿sabéis? El que os ha dicho que hagáis esto no piensa con claridad. Puede que le haya parecido una jugada inteligente, pero está equivocado. No va a conseguir nada. Excepto meteros a vosotros en un montón de problemas.

Los secuestradores se quedaron en silencio. Pero solo un segundo. Tiempo suficiente para que Reacher se diera cuenta de que Holly tenía razón. Tiempo suficiente para darse cuenta de que había cometido un error garrafal. La Glock firme desapareció de golpe de la vista. La escopeta se movió con

violencia, como si hubiera cambiado de manos. Reacher se tiró al suelo y empujó a Holly sobre el colchón. El cañón de la escopeta se inclinó hacia arriba. Reacher oyó el ligero clic del gatillo una fracción de segundo antes de la enorme explosión. El tiro iba dirigido al techo. Un gran estallido. En el metal aparecieron un centenar de pequeños agujeros de luz azulada. El cartucho traqueteó y rebotó por el interior de la furgoneta como granizo. Poco a poco, el sonido del disparo fue apagándose hasta convertirse en el zumbido de la sordera temporal.

Reacher notó que cerraban la puerta de golpe. La rendija de luz desapareció. Notó el balanceo del vehículo cuando los secuestradores volvieron a la cabina. Notó la sacudida al arrancar el rudo motor diésel. Luego, tras un bandazo a la izquierda, la camioneta volvió a la autopista.

Lo primero que escuchó Reacher cuando empezó a recuperar el oído fue el ligero lamento del aire al entrar silbando por el centenar de agujeros de perdigón del techo. Fue haciéndose más alto a medida que iban cubriendo kilómetros. Un centenar de silbidos agudos, todos ellos agrupados en un par de semitonos diferentes, combatiendo, trinando como si fuera un cántico demencial de pájaros.

—De locos, ¿eh? —comentó Holly.

—¿Ellos o yo?

Reacher hizo un gesto con la cabeza a modo de disculpa. Ella le correspondió con el mismo gesto y se esforzó por sentarse. Se puso recta la rodilla mala con ambas manos. Los agujeros del techo dejaban pasar la luz. Suficiente como para que Reacher viera su cara con claridad. Supo interpretar su expresión. Era un claro gesto de dolor. Como si una persiana cerrara sus ojos y, acto seguido, se levantase a toda prisa. Reacher se arrodilló y quitó los perdigones del colchón. Repiquetearon por el suelo.

—Tienes que marcharte —dijo ella—. Vas a conseguir que te maten.

Las mechas de la mujer destellaban por efecto de la brillante y azarosa iluminación aleatoria.

—Lo digo en serio. Estés capacitado o no, no puedo permitir que te quedes.

—Sé que no puedes.

Reacher usó la camisa para arrinconar los perdigones cerca de las puertas. Luego puso bien los colchones y se tumbó. Se balanceaba suavemente por efecto del movimiento. Se quedó mirando los agujeros. Eran como un mapa de una galaxia lejana.

—Mi padre hará lo que sea necesario para que me suelten —dijo Holly.

Hablar costaba más que antes. Al estrépito del motor y al rugido de la carretera se les había unido el agudo silbido de los agujeros del techo. Todo un espectro de sonido. Holly se tumbó cerca Reacher. Acercó la cabeza a la de él. El pelo quedó extendido por el colchón como un abanico. Un mechón acarició la mejilla de Reacher y otro se le quedó encima del cuello. Retorció la cadera y enderezó la pierna. Aún quedaba espacio entre ambos cuerpos. Continuaban formando la decorosa forma de V de antes, solo que el ángulo era algo más cerrado.

—¿Qué va a hacer tu padre? —le preguntó Reacher—. Explícamelo.

—Le pedirán algo. Ya sabes: «Haz esto o lo otro o le hacemos daño a tu hijita».

Hablaba despacio y le temblaba un poco la voz. Reacher acercó la mano por el espacio vacío y encontró la de ella. Se la cogió y se la apretó con suavidad.

—No tiene sentido —dijo él—. Piénsalo. ¿Qué hace tu padre? Pone en marcha políticas de larga duración y es responsable de dispositivos a corto plazo. El Congreso, el presidente y el secretario de Defensa no paran de debatir acerca de las políticas de larga duración, ¿no? Por lo tanto, si el jefe

del Estado Mayor intentara interponerse en su camino, lo reemplazarían. En especial, si saben que está sufriendo una presión como esta, ¿no crees?

—¿Y los dispositivos a corto plazo?

—Lo mismo. No es más que el representante de un comité en el que están los diferentes secretarios de Estado. Infantería, Marina, Fuerzas Aéreas, Cuerpo de Marines. Como todos ellos empiecen a cantar una canción diferente de la de tu padre, enseguida habrá alguien que se dé cuenta, ¿no crees? Lo reemplazarían. Lo sacarían de la ecuación de una u otra manera.

Holly movió la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Estás seguro? Supón que esta gente tiene algo que ver con Iraq o algo así. Supón que Saddam quiere Kuwait otra vez. Pero que no quiere otra Tormenta del Desierto. Así que ordena que me secuestren y mi padre empieza con que lo siente mucho y con que no puede organizarse otra Tormenta del Desierto por un montón de razones que se inventa.

Reacher se encogió de hombros.

—Tú misma te has respondido a la pregunta. Las razones serían inventadas. La verdad es que, si fuera necesario, podríamos volver a montar una Tormenta del Desierto. Sin problemas. Y eso todo el mundo lo sabe. Así que, si tu padre empezara a negarlo, todo el mundo sabría que estaría diciendo memeces y todo el mundo sabría por qué. Lo apartarían. El ejército es un lugar muy duro, Holly, no hay sitio para sentimientos. Si esa es la estrategia que persiguen estos tipos, están perdiendo el tiempo. No va a funcionar.

Se quedó callada un buen rato.

—Pues... quizá sea... por venganza. Puede que alguien le esté castigando por algo que haya hecho. Puede que me estén llevando a Iraq. Puede que quieran que pida disculpas por lo de la Tormenta del Desierto. O por lo de Panamá, lo de Granada... o por muchas otras cosas.

Reacher seguía tumbado, balanceándose con el movimiento. De vez en



cuando, notaba un poco del aire que entraba por los agujeros del techo. Se dio cuenta de que, debido a la nueva ventilación, la temperatura era mucho mejor. O quizá fuera porque le había cambiado el estado de ánimo.

—Muy retorcido. Tendrías que ser un analista muy agudo para culpar al jefe del Estado Mayor de todo eso. Hay una serie de culpables más evidentes. Personas de mayor rango, ¿no te parece? El presidente, el secretario de Defensa, los del servicio diplomático, generales. Si Bagdad pretendiera humillar a alguien en público, escogería a un personaje a quien los suyos identifiquen con claridad, no a una rata de oficina del Pentágono.

—¿Pues de qué coño va esto?

Reacher se volvió a encoger de hombros.

—De nada, en realidad. No lo han pensado bien. Y eso es lo que los hace tan peligrosos. Son competentes, pero estúpidos.

La furgoneta siguió zumbando seis horas más. Otros quinientos sesenta kilómetros, según los cálculos de Reacher. La temperatura del interior había descendido, pero Reacher ya no intentaba desentrañar en qué dirección avanzaban teniéndola en cuenta. Los agujeros de perdigón del techo habían hecho que ese cálculo no sirviera de nada. Había pasado a confiar única y exclusivamente en la estimación. Estaban a unos mil doscientos noventa kilómetros de Chicago y no en dirección este. Aquello daba pie a un abanico de posibilidades. Visualizó y recorrió de memoria y en el sentido de las agujas del reloj el mapa de Estados Unidos. Podían estar en Georgia, Alabama, Mississippi, Louisiana. Podían estar en Texas, Oklahoma, en la esquina sudoeste de Kansas. Lo más probable es que no hubieran llegado más al oeste. Allí, el mapa que Reacher tenía en la cabeza se tornaba marrón al llegar a las laderas orientales de las montañas, pero en ningún momento había tenido que esforzarse la furgoneta por ascender. Podían estar en Nebraska o

en Dakota del Sur. Puede que estuviera a punto de pasar cerca del monte Rushmore por segunda vez en su vida. Podían haber dejado atrás Minneapolis y haber llegado a Dakota del Norte. Estaban a mil doscientos noventa kilómetros de Chicago, en cualquier parte de un gigantesco arco que se extendía por el continente.

Cuando la furgoneta redujo la velocidad y se movió hacia la derecha, hacía horas que la luz que entraba por los agujeros de perdigón había desaparecido. Estaban saliendo de la autopista. Holly se revolvió y giró la cabeza. Miró a Reacher. Sus ojos estaban llenos de preguntas. Este le respondió encogiéndose de hombros y esperó. La furgoneta redujo aún más la velocidad y giró a la derecha. Siguió a un ritmo constante por una carretera sin curvas, giró a la izquierda, otra vez a la derecha y siguió recto, pero más despacio. Reacher se sentó y cogió la camisa. Se la puso. Holly también se sentó.

—Otro escondite —comentó ella—. Reacher, esta operación está muy bien planeada.

En esta ocasión se trataba de una granja de caballos. La furgoneta recorrió un largo camino lleno de baches y giró. Dio marcha atrás. Oyeron cómo uno de ellos salía de la cabina. Cerró la puerta de golpe. La furgoneta entró marcha atrás en un edificio. Reacher se fijó en cómo el ruido del tubo de escape rebotaba contra las paredes. Holly notó el olor a caballo. El conductor apagó el motor. Los dos secuestradores que quedaban en la furgoneta salieron. Oyeron cómo se reunían en la parte trasera del vehículo. Metieron la llave en la cerradura. Abrieron la puerta, que chirrió. El cañón de la escopeta entró por la rendija. Esta vez no apuntaba hacia arriba, sino en horizontal.

—Fuera —ordenó Loder—. La puta primero. Ella sola.

Holly se quedó de piedra. Luego miró a Reacher y se deslizó por los colchones. Los secuestradores abrieron las puertas de par en par y dos pares

de manos la agarraron y la sacaron de la furgoneta. El conductor apareció en el campo de visión, apuntando a Reacher. Tenía el dedo en el gatillo.

—Haz algo, gilipollas —le dijo—. Por favor, dame una puta excusa.

Reacher se quedó mirándolo. Pasaron cinco largos minutos. Entonces el tipo de la escopeta se movió hacia delante. A su lado apareció una Glock. Loder hizo un gesto. Reacher se movió despacio hacia ambos cañones. Loder se inclinó y le cerró una de las manillas de las esposas alrededor de la muñeca. En la otra metió la cadena y la cerró. Luego, tiró de la cadena para sacarlo de la furgoneta. Estaban en una cuadra. Una estructura de madera. Mucho más pequeña que el establo de vacas en el que habían pasado la noche anterior. Mucho más antigua. Perteneecía a otra generación campesina. Había dos hileras de compartimentos a ambos lados de un pasillo central. El suelo estaba cubierto de una especie de empedrado. Y tenía musgo.

El pasillo central era lo bastante ancho como para que pasaran los caballos, pero no la furgoneta, que había aparcado con la parte trasera pegada a la puerta. Reacher vio un marco de cielo alrededor del vehículo. Un cielo amplio y oscuro. Podrían estar en cualquier parte. Lo llevaron por el pasillo como a un caballo. Era Loder quien tiraba de la cadena. Stevie caminaba al lado de Reacher. Le apuntaba con la Glock a la cabeza. El conductor iba detrás, clavándole la escopeta en los riñones. La notaba a cada paso que daba. Se detuvieron en el compartimento más alejado de la puerta. Holly estaba encadenada en el que estaba enfrente. Le habían puesto las esposas en la muñeca derecha y la cadena estaba pasada por la otra manilla y por un aro de hierro que había en la pared del fondo del compartimento.

Los dos tipos armados se hicieron a un lado describiendo un arco amplio y Loder empujó a Reacher a su compartimento. Abrió las esposas con la llave. Metió la cadena por el aro de hierro que había clavado en la pared de madera del fondo y volvió a cerrar las esposas. Tiró de ellas y las agitó para asegurarse de que estaban bien puestas.

—Los colchones —dijo Reacher—. Traednos los colchones de la furgoneta.

Loder negó con la cabeza, pero el conductor sonrió y asintió.

—Vale —dijo—. Buena idea, gilipollas.

Fue al vehículo y sacó el de cama de matrimonio. Tuvo que esforzarse para conseguir arrastrarlo por el pasillo y lo tiró en el compartimento de Holly. Lo puso recto a patadas.

—Para la puta sí. Para ti no.

Empezó a reírse y los otros dos se le unieron. Se alejaron paseando. El conductor sacó la furgoneta de la cuadra y las grandes puertas chirriaron mientras los otros dos las cerraban. Reacher oyó cómo las atrancaban con un madero muy pesado y el repiqueteo de otra cadena y un candado. Miró a Holly. Luego, miró el suelo húmedo de piedra.

Reacher estaba agachado, apretado contra la esquina más alejada de su compartimento. Estaba esperando a que los secuestradores vinieran con la cena. Llegaron una hora después. Con una Glock y la escopeta. Y con un recipiente metálico. Era Stevie quien lo llevaba. El conductor se lo cogió y se lo entregó a Holly. Se quedó mirándola con lascivia durante un instante y después miró a Reacher. Le apuntó con la escopeta.

—La puta come. Tú no.

Reacher no se levantó. Se limitó a encogerse de hombros en la penumbra.

—No me voy a morir por no cenar.

Nadie contestó a eso. Los secuestradores volvieron a marcharse paseando. Cerraron la puerta, pusieron la tranca y dispusieron la cadena y el candado. Reacher oyó cómo se alejaban los pasos y se dirigió a Holly:

—¿Qué es?

Se encogió de hombros desde el otro extremo del establo.

—Una especie de guiso aguado. O una sopa densa. Lo uno o lo otro.  
¿Quieres?

—¿Te han dado tenedor?

—No, cuchara.

—Mierda, con una puta cuchara no puedo hacer nada.

—¿Quieres?

—¿Llegas?

Holly comió un poco y se estiró. Tenía el brazo de la cadena alargado al máximo y con el otro empujaba el recipiente de metal por el suelo. Luego se giró y, con la pierna buena, deslizó el recipiente cuanto pudo. Reacher también se deslizó, con los pies por delante, tanto como se lo permitía la cadena. La idea era estirarse hasta que pudiera llegar al recipiente con el pie y atraerlo. Pero no hubo manera. Medía metro noventa y cinco y los sastres del ejército le decían que pocos brazos tan largos habían visto, pero seguía faltándole metro veinte, más o menos. Holly y él estaban tendidos en una línea recta perfecta, tan cerca el uno del otro como se lo permitía la cadena y, aun así, Reacher no podía alcanzar el recipiente.

—Da igual. Recupéralo antes de que te resulte imposible.

Fue ella la que lo enganchó con el pie y lo atrajo hacia sí.

—Lo siento. Vas a pasar hambre.

—Sobreviviré. Además, seguro que está malo.

—Ya te digo. Es una mierda. Sabe a comida de perro.

Reacher se quedó mirando a Holly en la penumbra. De repente, se preocupó.

Holly se tumbó en el colchón como si sintiera que tenía que pedirle disculpas a Reacher por hacerlo y se quedó dormida. Reacher permaneció despierto. No porque el suelo estuviera empedrado. Estaba frío y era húmedo y duro. Los

adoquines formaban una superficie muy irregular. Pero esa tampoco era la razón. Estaba esperando. Estaba contando los minutos para sus adentros y esperando. Suponía que sucedería en unas tres horas, puede que en cuatro. Cerca del alba, cuando la resistencia baja y se acaba la paciencia.

Una espera larga. La noche número trece mil setecientos sesenta y uno de su vida fue una de las tres peores; despierto y esperando a que sucediera algo. Algo malo. Algo que quizá no pudiera prevenir. Cada vez faltaba menos. Estaba seguro. Había visto las señales. Siguió esperando, desgranando los minutos. En tres horas, puede que en cuatro.

Sucedió después de tres horas y treinta y cuatro minutos. El conductor sin nombre venía hacia la cuadra. Totalmente despierto y solo. Reacher oyó sus suaves pasos fuera. Oyó el repiqueteo del candado y la cadena. Oyó cómo levantaba la pesada tranca de los soportes. Abrió la puerta de la cuadra. En el suelo se dibujó una brillante franja de luz de luna. El conductor la cruzó. Reacher vio su cara rosada de cerdo durante un instante. El secuestrador se apresuró por el pasillo. No llevaba armas.

—Estoy vigilandote —le advirtió Reacher tranquilo—. Márchate o te mato.

El conductor se detuvo al otro lado del pasillo. No era completamente idiota. Permaneció fuera de su alcance. Con sus ojos resplandecientes se fijó en las esposas, en la muñeca de Reacher, en la cadena y en el aro de hierro. Luego sonrió.

—Mira si quieres. No me importa tener público. Puede que hasta aprendas algo.

Holly se revolvió y se despertó. Levantó la cabeza y miró en derredor, parpadeando en la oscuridad.

—¿Qué pasa? —dijo.

El conductor se giró hacia ella. Reacher no le veía la cara. La había vuelto hacia el otro lado. Pero veía la de Holly.

—Vamos a divertirnos un poco, puta. Tú y yo, con el gilipollas de tu amigo mirando y aprendiendo.

Luego se llevó la mano a la cintura y se desabrochó el cinturón. Holly lo miraba con atención. Empezó a sentarse.

—Tienes que estar de broma. Como te acerques, te mato.

—¿Cómo vas a querer matarme? —exclamó el conductor—. ¿Después de que te haya dado un colchón? Así estaremos más cómodos mientras lo hacemos.

Reacher se puso de pie. La noche estaba tan en silencio que el ruido de la cadena sonó muy fuerte.

—Te mato. Como la toques, te mato.

Lo dijo una vez y luego lo repitió, pero era como si el conductor no le escuchase. Como si fuera sordo. Reacher sintió una punzada de miedo. Si no le escuchaba, no podía hacer nada. Sacudió la cadena. Volvió a hacer un ruido tremendo en mitad de la silenciosa noche. No sirvió de nada. El secuestrador lo ignoraba.

—Como te acerques, te mato —repitió Holly.

La pierna la ralentizaba. Estaba atrapada en una torpe lucha por ponerse de pie. El conductor entró como una flecha en su compartimento. Levantó el pie y le pisó la rodilla. Holly gritó de dolor y se cayó al suelo, hecha un ovillo.

—Vas a hacer lo que yo te diga, puta. Lo que yo te diga, o no vuelves a caminar en la vida.

El grito de Holly se convirtió en un gemido. El conductor le pegó una patada en la rodilla como si pretendiera marcar un tanto de campo al final del último cuarto de un partido. Ella volvió a gritar.

—¡Te voy a matar! —le gritó Reacher.

El secuestrador se giró y le miró. Sonrió de oreja a oreja.

—La boca bien cerrada, ¿eh? Como vuelvas a gritar, me empleo más a fondo con la puta, ¿me has oído?

Tenía los cabos del cinturón colgando. Se los sujetó a las caderas. Su rostro brillante resplandecía. Tenía el pelo como si acabase de lavárselo y se lo hubiera peinado hacia atrás. Giró la cabeza y le habló a Holly por encima del hombro.

—¿Llevas algo debajo del traje?

Ella no respondió. Silencio en la cuadra. El tipo se puso frente a ella. Reacher se fijó en que Holly observaba con atención sus movimientos.

—Te he hecho una pregunta, puta. ¿Quieres que te pegue otra patada?

No respondió. Respiraba con fuerza. Estaba enfrentándose al dolor. El conductor se desabrochó los pantalones. La cremallera sonó muy alto. Su sonido solo se enfrentaba a la respiración fuerte de tres personas.

—¿Has visto esto? ¿Sabes lo que es?

—Más o menos —musitó Holly—. Se parece un poco a un pene, pero más pequeño.

Se quedó mirándola, perplejo. Luego pegó un grito de rabia y se precipitó sobre ella como si fuera a darle otra patada. Holly la esquivó. La corta pierna de él siguió su camino pero no le dio a nada. Perdió el equilibrio y se tambaleó. La mujer entrecerró los ojos, que le brillaban por el triunfo. Cogió impulso y le sacudió con el codo en el estómago. Lo hizo bien. Usó el propio impulso del conductor en contra de este, como si quisiera sacarle la columna por la espalda. Le pegó un golpe muy fuerte. El tipo resolló y se alejó.

Reacher lanzó un alegre grito de admiración. Y de alivio. «Yo no lo habría hecho mejor, muchacha», pensó. El secuestrador daba arcadas. Le vio la cara, retorcida de dolor. Holly rugía, triunfante. Se arrastró con una sola de las rodillas a por él. Iba a por la entrepierna. Reacher la animó. Se tiró a por él. El secuestrador se giró y se llevó el golpe en el muslo. Pero Holly ya había pensado que eso podía pasar y, a él, el movimiento le había dejado la



garganta desguarnecida contra el codo de ella. Reacher lo vio. Holly lo vio. Aprestó el codo. Un golpe letal. Una curva violenta. Iba a arrancarle la cabeza. El brazo giró. De repente, la cadena se tensó y la detuvo. Repiqueteó con fuerza contra el aro de hierro y tiró de ella hacia atrás.

A Reacher se le congeló la sonrisa. El tipo se apartó hasta que estuvo fuera de su alcance. Se encorvó, resolló, recuperó el aliento. Luego se irguió y se ajustó aún más el cinturón. Holly lo miraba de frente, con una sola mano. Su cadena estaba tirante, vibraba por la tensión de la mujer.

—Me gustan las que se resisten —dijo el tipo—. Lo hace más interesante. Pero guarda un poco de energía para después. No quiero que te quedes tumbada, sin moverte.

Holly lo miraba fijamente, respirando con fuerza. Vibraba por la agresividad que la embargaba. Pero solo tenía una mano. El secuestrador volvió a acercarse y ella le lanzó un puñetazo con mala intención. Rápido y bajo. Él se movió hacia la izquierda y lo bloqueó. Ella no pudo darle el siguiente. Tenía el otro brazo esposado. Él intentó pegarle una patada en el estómago. Ella se dobló para esquivarla. Él volvió a lanzarle otra patada y se topó de golpe con un codazo, directo a la oreja. Era el codo equivocado, sin apenas fuerza debido a la posición imposible en la que estaba. Un golpe pobre. Y que comprometió su equilibrio. El secuestrador se acercó más y le dio una patada en las tripas. Holly se desplomó. Volvió a darle otra patada, esta vez en la rodilla. Reacher oyó cómo crujía. Holly lanzó un alarido. Se dejó caer sobre el colchón. El conductor respiraba aceleradamente y se quedó quieto.

—Te he hecho una puta pregunta —insistió.

Holly estaba pálida como el papel y temblaba. Se retorció en el colchón, con un brazo a la espalda, jadeando de dolor. Reacher la miró a la cara, visible a la luz de aquella franja de brillante luz de luna.

—Estoy esperando, puta.

Reacher seguía mirándola a la cara. Vio que estaba derrotada. No iba a luchar más.

—¿Quieres que te pegue otra patada?

Se hizo el silencio en la cuadra una vez más.

—Estoy esperando una respuesta.

Reacher observaba la escena, a la espera. Silencio de nuevo. Tan solo el leve sonido de la respiración de tres personas. Entonces Holly preguntó en voz baja:

—¿Cuál era la pregunta?

El secuestrador sonrió.

—¿Llevas algo debajo del traje?

Asintió. Pero no dijo nada.

—Bueno, ¿y qué es?

—Ropa interior —respondió en voz baja.

El tipo se puso una mano detrás de la oreja.

—No te he oído, puta.

—Llevo ropa interior, cabrón —dijo más alto.

El secuestrador negó con la cabeza.

—Qué malhablada. Vas a tener que pedirme disculpas.

—Que te jodan.

—Voy a tener que darte otra patada. En la rodilla. Como lo haga, tendrás que caminar con bastón toda la vida, puta.

Holly miró hacia otro lado.

—Tú decides, puta.

Él levantó el pie. Holly miró hacia el colchón.

—Vale, lo siento. Perdón.

El secuestrador asintió, satisfecho.

—Describeme tu ropa interior. Con muchos detalles.

Holly se quedó callada un instante. Giró la cabeza y empezó a hablarle a la

pared.

—Sujetador y bragas. De Victoria's Secret. De color melocotón oscuro.

—¿Pequeñitas?

Holly volvió a quedarse callada un instante, triste, como si tuviera claro cuál iba a ser la próxima pregunta.

—Supongo.

—¿Quieres enseñármelas?

—No.

El conductor acercó un paso más.

—Entonces ¿quieres que te pegue otra patada?

Holly no respondió. El tipo se puso la mano detrás de la oreja una vez más.

—No te oigo, puta.

—¿Cuál era la pregunta? —musitó.

—¿Quieres que te pegue otra patada?

Negó con la cabeza.

—No.

—Bueno, pues enséñame la ropa interior y no te la pegaré.

Levantó el pie. Holly levantó la mano. Se la llevó al primer botón de la chaqueta. Reacher miraba a la mujer. La chaqueta tenía cinco botones. Reacher quería que se los desabrochara despacio y con ritmo regular. Era imprescindible que lo hiciera así. Era vital. «Despacio y con ritmo regular, por favor, Holly», imploró en silencio. Cogió la cadena con ambas manos, con mucha fuerza. Había un metro veinte de distancia hasta el aro de hierro que colgaba de la pared trasera. La agarró con más fuerza aún.

Ella se desabrochó el primer botón. Reacher contó: «Uno». El conductor bajó la mirada con esa lascivia que lo caracterizaba. Holly bajó la mano al siguiente botón. Reacher agarró la cadena todavía con más fuerza. Se desabrochó el segundo. Reacher contó: «Dos». Ella bajó la mano al tercer botón. Reacher se dio la vuelta, de cara a la pared trasera de su

compartimento. Respiró hondo. Giró la cabeza y miró por encima del hombro. Holly se soltó el tercer botón. Asomaron sus pechos. Un sostén de color melocotón oscuro. Pequeño y de encaje. El conductor se balanceaba. Reacher contó: «Tres». Exhaló desde lo más profundo de sus pulmones. La mano de Holly se deslizó hasta el cuarto botón. Reacher respiró muy hondo, más hondo de lo que había respirado en toda su vida. Agarraba la cadena con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Holly se desabrochó el cuarto botón. Reacher contó: «Cuatro». Ella volvió a bajar la mano. Se detuvo un momento. Esperó. Se desabrochó el quinto botón. El traje quedó abierto. El conductor seguía mirándola con lascivia y soltó un gemido. Reacher se inclinó hacia atrás y le atizó una patada a la pared. Justo por debajo del aro de hierro. Había apoyado toda su fuerza contra la cadena. Cien kilos de furia enjaulada explotando con aquella patada. De la pared saltaron astillas de la húmeda madera. Los viejos tablones se rajaron. Los tornillos se salieron de la madera. Reacher salió despedido hacia atrás. Se levantó a toda prisa, con la cadena moviéndose como un látigo a uno y otro lado por detrás de él.

—¡Cinco! —gritó.

Cogió al conductor por el brazo y tiró de él hacia su compartimento. Lo lanzó contra la pared trasera. Chocó con tal fuerza contra ella que se quedó como una muñeca de trapo. Trastabilló hacia delante y Reacher le pegó una patada en el estómago. El tipo se dobló por completo, con los pies en el aire, sin tocar el suelo, y cayó de bruces sobre el empedrado. Reacher dobló la cadena y la giró en el aire. La dirigió contra la cabeza del secuestrador, a una distancia letal, como si se tratara de un látigo gigante de metal. El aro de hierro añadía fuerza centrífuga como si fuera un arma medieval. Pero, en el último instante, cambió de opinión. Cambió la trayectoria y dejó que se estrellase y sacara chispas contra los adoquines. Cogió al secuestrador por el cuello de la camisa y por el pelo. Lo levantó y lo llevó por el pasillo, hasta el colchón donde estaba Holly. Apretó su fea cara contra la suave superficie del

mismo y se apoyó sobre él. El conductor empezó a asfixiarse. Se retorció e intentaba liberarse, pero Reacher le sujetó la cabeza con una de sus gigantescas manos y esperó con paciencia a que muriera.

Holly miraba fijamente el cadáver y Reacher estaba sentado a su lado, jadeando. Estaba exhausto y le dolía la pierna por la patada que había tenido que pegar para arrancar el aro de la pared. Tenía la sensación de que en un segundo había hecho todo el esfuerzo físico de una vida. El suministro de adrenalina de toda una vida hervía en su interior. Su reloj interno había explotado y se había detenido. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban allí sentados. Sacudió la cabeza y se puso de pie tambaleándose. Agarró el cadáver y lo arrastró por el pasillo para dejarlo junto a la puerta abierta. Luego volvió con Holly y se agachó a su lado. Reacher tenía los dedos amoratados a causa de la fuerza con la que había agarrado la cadena, pero se obligó a ser delicado. Le abrochó los botones, uno a uno, de abajo arriba. La respiración de ella era acelerada. A continuación le echó los brazos al cuello y lo abrazó con fuerza. Reacher sintió su aliento en la camisa.

Permanecieron abrazados un buen rato. Reacher notó cómo a ella iba desapareciéndole la furia. Luego se separaron y se quedaron sentados el uno junto al otro en el colchón, mirando hacia la penumbra. Holly se volvió hacia él y puso una de sus pequeñas manos encima de la de Reacher.

—Bueno, supongo que ahora te debo una.

—Ha sido un placer —contestó Reacher—. En serio.

—Necesitaba ayuda —reconoció en voz baja—. He estado engañándome a mí misma.

Él movió su mano y la puso encima de la de ella.

—Tonterías, Holly —le dijo con dulzura—. De vez en cuando, todos necesitamos ayuda. No te sientas mal por ello. Si no hubieras estado

lesionada, lo habrías destrozado. Eso estaba claro. Casi lo consigues solo con un brazo y una pierna. Ha sido por la rodilla. Con un dolor así es imposible. Créeme, lo sé por experiencia. Después de lo de Beirut, me pasé casi todo un año siendo incapaz de quitarle un caramelo a un niño.

Holly sonrió un poco y le apretó la mano. El reloj interno de Reacher volvió a ponerse en marcha. Se acercaba el amanecer.

El miércoles por la mañana, a las siete y veinte, hora de la Costa Este, el general Johnson salió del Pentágono. Iba sin uniforme, con un traje ligero, y a pie. Era su manera preferida de desplazarse. En Washington hacía una mañana calurosa y húmeda, pero iba a buen paso, describiendo un arco no muy amplio con los brazos, con la cabeza levantada y respirando con fuerza.

Caminaba en dirección norte, por el recodo de tierra de George Washington Boulevard, con el gran cementerio a su izquierda, a través de Lady Bird Johnson Park, tras lo que cruzó el puente Arlington Memorial, dejó atrás el Muro de Vietnam y giró a la derecha por Constitution Avenue, con el Estanque Reflectante a su derecha y el Monumento a Washington delante. Dejó atrás el Museo Nacional de Historia Estadounidense, el Museo Nacional de Historia Natural y tomó la calle Nueve. Exactamente cinco kilómetros seiscientos metros en una mañana espléndida, una hora de caminata ligera por una de las grandes capitales del mundo, pasando por lugares de referencia en los que los turistas se apiñan para hacer fotos, pero él no vio nada excepto la apagada niebla de la preocupación que tenía frente a los ojos.

Cruzó Pennsylvania Avenue y entró en el edificio Hoover por la puerta principal. Apoyó las palmas de las manos en el mostrador de recepción.

—Soy el jefe del Estado Mayor. Vengo a ver al director.

Sus manos dejaron dos manchas de sudor con forma de palma sobre la superficie laminada. El agente que bajó para acompañarle arriba se fijó en ellas. El general permaneció callado en el ascensor. Harland Webster le

estaba esperando en la puerta de su despacho. Johnson le saludó con un movimiento de cabeza. No dijo nada. Webster se apartó a un lado y le hizo un gesto para que pasara. No había mucha luz. Además de los paneles de caoba, las persianas estaban bajadas. Johnson se sentó en un sillón de cuero y el director lo rodeó de camino a su escritorio.

—No es mi intención interferir —dijo Johnson.

El general se quedó mirando a Webster. Este dedicó unos instantes a decodificar la frase. Luego, cauteloso, asintió y le preguntó:

—¿Ha hablado con el presidente?

Johnson asintió.

—Supongo que ya entiende que debía hacerlo.

—Por supuesto —respondió Webster—. En una situación así, nadie debería preocuparse por el protocolo. ¿Le ha llamado o ha ido a verle?

—He ido a verle. Varias veces. He mantenido varias conversaciones largas con él.

«Cara a cara. Varias conversaciones largas. Peor de lo que pensaba, pero puedo comprenderlo», pensó Webster.

—¿Y?

El general se encogió de hombros.

—Me ha dicho que iba a ponerle al mando, en persona.

Webster asintió y comentó:

—El secuestro es asunto del FBI. Sea quien sea la víctima.

Johnson asintió despacio.

—Lo acepto —dijo Johnson—. De momento.

—Pero está usted nervioso. Créame, general, todos lo estamos.

Johnson volvió a asentir. Luego hizo la pregunta por la que había recorrido algo más de cinco kilómetros y medio:

—¿Algún avance?

Webster puso cara de circunstancias.



—Hoy se cumple el segundo día. No me gusta.

Luego se quedó callado. En un secuestro, el segundo día es como un umbral. Ha desaparecido toda posibilidad de resolver el asunto a las primeras de cambio. La situación empieza a empeorar. Comienza a convertirse en un escenario largo e intrincado. Aumenta el peligro para la víctima. El mejor día para resolver un secuestro es el primero. A lo largo del segundo, el proceso se endurece. Las probabilidades menguan.

—¿Algún avance? —volvió a preguntar Johnson.

Webster miró hacia otro lado. El segundo día es en el que los secuestradores empiezan a ponerse en contacto. Al menos, esa había sido siempre la experiencia del FBI. El segundo día, jodido y frustrado porque has perdido tu primera y mejor opción, te sientas y esperas, impaciente, a que los tipos llamen. Si no se ponen en contacto el segundo día, es probable que no vayan a hacerlo.

—¿Puedo ayudar en algo?

Webster asintió.

—Podría darme una razón. ¿Quién puede querer amenazarle así?

Johnson negó con la cabeza. Llevaba haciéndose la misma pregunta desde el lunes por la noche.

—Nadie.

—Debería decírmelo. Cualquier secreto. Cualquier cosa oculta. Y sería mejor que me lo contase cuanto antes. Es importante, por el bien de Holly.

—Lo sé —dijo Johnson—, pero no tengo nada. Nada de nada.

Webster asintió. Le creía, porque sabía que era verdad. Había leído y releído el expediente que el FBI tenía del general. Era un documento con muchísima información. La primera página empezaba con una biografía resumida de sus bisabuelos maternos. Habían llegado a Estados Unidos desde un pequeño principado europeo que ya no existía.

—No le pasará nada a Holly, ¿verdad? —preguntó el general en voz baja.

En las páginas más recientes del expediente se relataba la muerte de la esposa de Johnson. Una sorpresa. Un cáncer muy agresivo, seis semanas de principio a fin. Una opinión psiquiátrica solicitada por el FBI había predicho que el hombre aguantaría por su hija. Había resultado un diagnóstico acertado. Pero no hacía falta ser psiquiatra para saber que, en caso de que la perdiera a ella, no lo llevaría tan bien. Webster volvió a asentir y se esforzó para que el tono de su respuesta resultara convincente.

—No, no le pasará nada.

—¿Qué tenemos hasta el momento?

—A cuatro tipos. Tenemos la camioneta en la que aparecieron en escena. La abandonaron antes del secuestro. La quemaron y la abandonaron. La encontramos al norte de Chicago. Estamos transportándola por aire a Quantico. Va de camino. Los nuestros la revisarán de arriba abajo.

—¿En busca de pistas? ¿Aunque la hayan quemado?

—Eso de quemar los vehículos es una tontería. No oculta tantas pistas. Al menos, no a los nuestros. Vamos a usar la camioneta para dar con ellos.

—¿Y después?

—Después iremos a buscar a su hija. Nuestro equipo de rescate ya está preparado. Cincuenta hombres, los mejores del mundo en estos asuntos. Están esperando junto a los helicópteros. Iremos a buscarla y nos encargaremos de los que la han secuestrado.

Ambos se quedaron un rato en silencio en aquel despacho oscuro y tranquilo.

—¿Cómo que van a encargarse de ellos? ¿Qué quiere decir con eso?

Webster miró a uno y otro lado del despacho y respondió en voz baja. Treinta y seis años de costumbre.

—Política habitual. ¿Un caso como este en Washington D. C.? Nada de publicidad. Ni acceso a los medios. No podemos permitirnoslo. En cuanto estas cosas aparecen en la televisión, todos los chalados del país se ponen a

intentarlo. Así que lo haremos sin que se sepa. Habrá que vaciar algunos cargadores, claro está. Es inevitable en situaciones como esta. Algún que otro daño colateral habrá.

Johnson asintió despacio.

—¿Van a ejecutarlos? —preguntó como si no fuera con él.

Webster lo observó sin expresión alguna en el rostro. Los psiquiatras del FBI le habían enseñado que hablar de venganzas letales podía ayudar a que los familiares o allegados no perdiesen el control, en especial, en el caso de gente acostumbrada a acciones directas, como otros agentes o militares.

—Política habitual. Mi política. Y como me ha dicho el jefeazo, tengo que encargarme en persona.

Subieron la camioneta calcinada a una plataforma de aluminio y la aseguraron con cuerdas de nilón. Un Chinook de las Fuerzas Aéreas llegó desde el complejo militar de O'Hare y la sobrevoló mientras sus hélices removían con gran fuerza las aguas del lago. Bajó poco a poco la cadena del cabestrante y levantó la plataforma. Giró alrededor del lago, bajó el morro y se dirigió rugiendo en dirección oeste, hacia O'Hare. Dejó la carga justo delante del morro abierto de un Galaxy. El equipo terrestre de las Fuerzas Aéreas enganchó la plataforma a la cadena del cabestrante del avión y la subieron a bordo. Luego cerraron la puerta de carga y, a los cuatro minutos, el Galaxy iba camino de la pista de despegue. Cuatro minutos más y ya estaba en el aire, gimiendo en dirección este hacia Washington. Cuatro horas después, rugía sobre la capital, en dirección a la base Andrews de las Fuerzas Aéreas. Mientras aterrizaba, otro Chinook prestado despegó y le esperó en el aire. El Galaxy rodó hasta su área de estacionamiento y sacó la plataforma con el cabestrante. El Chinook descendió y la enganchó. Se la llevó en

dirección sur, siguiendo la I-95 hacia Virginia durante sesenta y cinco kilómetros, a Quantico.

El Chinook dejó la camioneta en el suelo, en el asfalto, justo delante del laboratorio de vehículos. A continuación, los técnicos del FBI salieron a la carrera. Sus batas blancas ondeaban en todas direcciones debido a la fortísima corriente de aire que provocaban las hélices en movimiento y metieron la plataforma por la puerta corredera del garaje. Bajaron la camioneta con un cabestrante y luego la dejaron en el centro de una habitación enorme. Después dispusieron unos grandes focos con ruedas en una especie de círculo alrededor de la camioneta y los encendieron. Estuvieron observando el vehículo unos segundos, igual que un equipo de forenses que está a punto de empezar la autopsia de un cadáver.

El general Johnson se dirigió a su despacho por el mismo camino que había seguido hasta el edificio Hoover. Bajó por la calle Nueve, dejó atrás el Museo Nacional de Historia Natural, el Museo Nacional de Historia Estadounidense. Con la boca abierta en forma de óvalo rígido y tenso, respirando con dificultad. Recorrió la distancia del Estanque Reflectante con la garganta como un trapo y sintiendo náuseas. Giró a la izquierda en Constitution Avenue y llegó hasta el Muro de Vietnam. Entonces se detuvo. Había bastante gente, pasmada y en silencio, como siempre. Se quedó observando a la muchedumbre. Se miró a sí mismo reflejado en el granito negro. No destacaba. Iba con un traje ligero de color gris. No pasaba nada. Así que dejó que las lágrimas le nublaran la visión, caminó hasta el muro, se dio la vuelta y se sentó en el suelo, sollozando, llorando, con la espalda apoyada en los nombres escritos con letras doradas de muchachos que habían muerto hacía treinta años.

Reacher hizo con su cadena una bola en la mano y se escabulló de la cuadra antes de que llegara el alba. Dio veinte pasos y se detuvo. Libertad. El aire de la noche era suave e infinito a su alrededor. Ya no estaba confinado. Pero no tenía ni idea de dónde se encontraba. La cuadra era una construcción solitaria, aislada a cincuenta metros de un grupo de edificios de granja que también parecían antiguos. Había una casa y un par de cobertizos, además de una estructura abierta con una camioneta nueva aparcada en ella. Al lado de la camioneta había un tractor y, al lado del tractor, de un blanco fantasmal a la luz de la luna, estaba la furgoneta. Reacher recorrió el camino pedregoso que llevaba a los demás edificios hasta llegar al vehículo. Las puertas de delante estaban cerradas con llave. Las puertas de atrás estaban cerradas con llave. Volvió corriendo a la cuadra y rebuscó en los bolsillos del conductor. Nada, excepto la llave del candado de la cuadra. No tenía las llaves de la furgoneta.

Volvió a salir corriendo, apretando la cadena con fuerza para evitar que hiciera ruido. Dejó atrás la zona de aparcamiento pasando al lado del tractor y miró la vivienda. La rodeó. La puerta principal estaba cerrada. La puerta trasera estaba cerrada. Y había un perro al otro lado. Reacher oyó cómo se movía en sueños. Un gruñido grave, adormilado. Se alejó.

A medio camino de la cuadra se detuvo y miró a su alrededor. Se esforzó por enfocar y acostumar sus ojos al indistinto horizonte y dio una vuelta completa a oscuras. Era un paisaje vasto y vacío. Plano, interminable y sin rasgos distintivos. El húmedo aroma nocturno de miles de hectáreas en las que crecía algo. Un pálido filo de amanecer en el este. Se encogió de

hombros y volvió a la cuadra agachado. Holly se apoyó en un codo para incorporarse y lo miró con aire inquisitivo.

—Problemas. Las llaves de las esposas están en la casa. Y las de la furgoneta. No puedo entrar porque hay un perro. Ladrará y despertará a todo el mundo. En esa casa no solo están los otros dos. Esto es una especie de granja. Hay una camioneta y un tractor. Podría haber entre cuatro o cinco personas armadas. En cuanto el puto perro ladre, se acabó. Y casi ha amanecido.

—Problemas.

—Sí. No podemos conseguir un vehículo y no podemos huir porque estás encadenada, porque no puedes caminar y porque yo diría que estamos a miles de kilómetros de cualquier parte.

—¿Dónde estamos?

Reacher se encogió de hombros.

—Ni idea.

—Quiero verlo. Quiero ver el exterior. Estoy cansada de estar encerrada. ¿Puedes arrancar este aro?

Reacher se acuclilló junto a la pared. La madera estaba en mejor estado que la de su pared. Con la veta más apretada. Agitó el aro y se dio cuenta de que no iba a poder. Holly asintió a regañadientes.

—Esperemos. Esperemos una oportunidad mejor —propuso ella.

Reacher se acercó con premura a los compartimentos del centro de la cuadra y comprobó las paredes por abajo, por donde más humedecidas estaban, y, en concreto, las zonas en las que las tablas eran más largas. A todas les dio unos toquitos con la mano y unas patadas. Eligió una zona en particular y, con el pie, con fuerza, empujó una de las tablas, que cedió un poco, junto con el clavo oxidado que la sujetaba. Acababa de abrir un pequeño hueco. Reacher fue golpeando dicho hueco e hizo saltar la siguiente tabla, y la siguiente, hasta que tuvo una especie de puerta por la que podría

salir arrastrándose. Luego, volvió agachado al pasillo y dejó su cadena apilada encima del estómago del muerto. Buscó en el bolsillo en el que llevaba la llave del candado y la cogió. La sujetó con los dientes. Se inclinó un poco y cogió el cadáver y la cadena juntos. Salió por la puerta.

Se alejó con ellos unos veinticinco metros. En dirección opuesta a la casa. Entonces, dejó al conductor a sus pies y lo sujetó por los hombros, como si estuviera bailando con un borracho. Se agachó hacia delante y se lo subió al hombro. Cogió la cadena con una mano y empezó a seguir el camino pedregoso.

Anduvo a toda prisa durante veinticinco minutos. Más de kilómetro y medio. Del camino pasó a una carretera. La tomó hacia la izquierda, por el paisaje vacío. Aquello era un rancho. A ambos lados de la carretera había prados vallados. Interminables extensiones de hierba, fresca y húmeda cuando apenas quedaba noche ya. De vez en cuando veía algún árbol cerniéndose en la oscuridad. La carretera era estrecha, recta y estaba llena de baches.

Iba por el centro de la calzada. En un momento dado, encontró una zanja oculta tras un arcén herboso y se agachó. La zanja corría paralela al vallado del prado. Dio una vuelta completa y el cadáver giró como las aspas de un molino sobre su hombro. No veía nada. Estaba a más de kilómetro y medio de la granja y bien podría encontrarse a ciento cincuenta de la siguiente. Se inclinó hacia delante y dejó caer el cuerpo en la zanja. Rodó sobre la alta hierba y quedó boca abajo en el barro. Reacher se dio la vuelta y corrió un kilómetro y medio hasta volver a la granja. El filo del amanecer empezaba a iluminar el cielo.

Llegó al camino de los baches. Había luz en las ventanas de la casa. Corrió a toda prisa hacia la cuadra. Empujó las grandes puertas de madera para cerrarlas desde fuera. Puso la tranca en los soportes y también la cadena y el candado. Volvió corriendo al camino pedregoso y lanzó la llave a uno de los

prados, tan lejos como pudo. En el horizonte, el ardiente miércoles empezaba a despertar. Corrió a la zona de la cuadra en la que había hecho una especie de entrada. Primero introdujo la cadena. Se apretó para que pasaran los hombros y fue entrando poco a poco. Colocó las tablas lo mejor que pudo, tirando de ellas hasta que encajaron con las de los lados. Luego salió al pasillo y se agachó, resollando.

—Hecho. No van a dar con él.

Cogió el recipiente metálico con los restos fríos de sopa densa. Rebuscó en su compartimento los tornillos que se habían caído. Recogió tantas astillas como pudo. Las mojó con la sopa y las puso en los agujeros de los tornillos. Fue al compartimento de Holly y dejó el recipiente en el suelo. Se quedó con la cuchara. Metió los tornillos en los agujeros de la base del aro de hierro, que colgaba de la cadena. Los atornilló en los agujeros, llenos ahora de astillas pegajosas. Usó el envés de la cuchara para presionarlos y que quedaran todo lo firmes que fuera posible. Dispuso la cadena de manera que cayera sobre el empedrado. El mínimo peso posible en aquel montaje tan frágil.

Le tiró la cuchara a Holly, que la cogió con una mano y la metió en el recipiente. Luego, se agachó e intentó escuchar a través de las tablas. El perro estaba fuera. Oía cómo husmeaba. Después, oyó a la gente. Pasos en el camino pedregoso. Corrían hacia la puerta de la cuadra. Aquellos a quienes pertenecieran movieron la tranca y la cadena. Se retiraron. Se oían gritos. Repetían un nombre a gritos. Una y otra vez. Las rendijas que rodeaban las puertas de la cuadra empezaban a iluminarse con la luz matinal. La madera de la cuadra empezó a crujir cuando el sol la inundó desde el horizonte y empezó a calentarla.

Los pasos volvieron a la cuadra. Quienesquiera que fueran, agitaron el candado, que repiqueteó, y la cadena cayó al suelo. La tranca también cayó al suelo con un ruido sordo. Abrieron las puertas, que emitieron un chirrido. Entró Loder. Llevaba la Glock en la mano y parecía estar muy tenso. Se



quedó justo en el umbral. Miraba a Holly y a Reacher una y otra vez. Además de tensión, en su rostro se dibujaba el enfado. Sus ojos brillaban con una luz fría. Entonces entró el tipo nervioso. Stevie. Llevaba la escopeta del conductor. Y sonreía. Pasó pegado a Loder y se apresuró por el pasillo central. Levantó la escopeta para apuntar a Reacher. Loder también se acercó. Stevie metió un cartucho en la recámara. Reacher se movió unos treinta centímetros a la izquierda, de manera que el aro de hierro quedara oculto detrás de él.

—¿Qué sucede? —les preguntó.

—Que te has convertido en un problema, gilipollas —respondió Loder—. La situación ha cambiado. Ahora somos uno menos, así que estorbas.

Reacher se tiró al suelo en el preciso instante en que Stevie apretaba el gatillo. Cayó de bruces sobre el empedrado, se impulsó hacia delante mientras la escopeta respondía al retroceso y el compartimento saltaba por los aires. La cuadra se llenó de astillas de madera húmeda y del hedor a pólvora. La tabla donde estaba el aro de hierro saltó de la pared hecha añicos y la cadena repiqueteó por el suelo. Reacher giró sobre el empedrado y miró a Stevie. El secuestrador levantó la escopeta, en vertical, y metió otro cartucho en la recámara. Bajó el cañón y apuntó de nuevo.

—¡Quieto! —gritó Holly.

Stevie se quedó mirándola. Era imposible no hacerlo.

—¡No seáis imbéciles! ¿¡Qué coño estáis haciendo!?! ¡No tenéis tiempo para esto!

Loder la miró.

—Se ha largado, ¿eh? —continuó ella—. El conductor. Eso es lo que pasa, ¿no? Se ha echado atrás y se ha pirado, ¿no? Así que tenéis que seguir adelante. No tenéis tiempo para esto.

Loder seguía mirándola.

—Ahora mismo lleváis la delantera —siguió Holly a toda prisa—, pero

como le disparéis a él, la poli local se pone a media hora de vosotros. Tenéis que largaros ya.

Reacher resopló desde el suelo, mirándola. Era magnífica. Estaba consiguiendo captar toda la atención de los secuestradores. Estaba salvándole la vida.

—Vosotros sois dos y nosotros también. Podéis con la situación, ¿no?

Silencio. Pólvora y motas de polvo volaban a la deriva por la cuadra. Loder retrocedió un paso, cubriéndolos a ambos con la automática. Reacher se dio cuenta de que Stevie estaba decepcionado. Se puso de pie poco a poco y apartó la cadena de los restos de la pared que había por el suelo, lo que arrastró el aro de hierro, que hizo un fuerte ruido metálico sobre el adoquinado.

—La puta tiene razón —comentó Loder—. Podemos arreglárnoslas.

Le hizo un gesto asertivo con la cabeza a Stevie, que salió corriendo hacia la puerta. Loder se dio la vuelta, sacó su llave y liberó la muñeca de Holly. Las esposas cayeron sobre el colchón. El peso de la cadena la atrajo hacia la pared, luego cayó sobre el borde del colchón y se deslizó hasta llegar al suelo empedrado con un fuerte sonido metálico.

—Vale, gilipollas, deprisa —dijo Loder—. Antes de que cambie de opinión.

Reacher recogió su cadena, se acercó a Holly, se agachó y la cogió en brazos por debajo de los hombros y de las rodillas. Oyeron que la furgoneta arrancaba. Vieron cómo se acercaba hasta la entrada de la cuadra marcha atrás. Cómo se detenía. Reacher llevó a Holly al vehículo. La metió dentro. Se subió después de ella. Loder cerró las puertas de golpe y volvieron a quedarse en penumbra una vez más.

—Bueno, yo diría que estamos en paz —comentó Reacher en voz baja.

Holly hizo un gesto con la mano. Un gesto con el que parecía que le diera vergüenza lo que acababa de decirle. Reacher la miró. Le gustaba. Le gustaba su cara. La miró con atención. La recordó pálida y llena de repugnancia cuando el conductor se mofó de ella. Recordó cómo le subía y le bajaba el pecho mientras el otro la miraba de esa forma tan sucia y babeaba. Entonces aquella imagen fue sustituida por la de Stevie sonriendo y disparándole, a pesar de estar encadenado a la pared. Luego recordó cómo Loder decía que la situación había cambiado.

Todo había cambiado. Él había cambiado. Se tumbó y sintió la ira creciendo en su interior, como un engranaje. Fría e implacable. Incontrolable. Habían cometido un error. Le habían asignado otro papel: de espectador lo habían convertido en enemigo. Y ese era un error muy grave. Habían dejado la puerta prohibida abierta de par en par sin tener ni idea de lo que podía salir por ella. Siguió tumbado. Se sentía como si fuera una bomba de relojería que estaban llevando a lo más profundo de su territorio. Notó que la ira lo embargaba. Le emocionó, la saboreó y la almacenó.

En la furgoneta solo quedaba un colchón. De noventa centímetros de ancho. Y Stevie era un conductor que daba muchos bandazos. Reacher y Holly estaban encima del colchón, tumbados, pegados el uno al otro. Él aún llevaba la muñeca izquierda esposada, con la cadena en la otra manilla. El brazo derecho lo tenía alrededor de los hombros de Holly. La sujetaba con fuerza. Más de la necesaria.

—¿Hasta dónde van a llevarnos? —preguntó ella.

—Llegaremos antes de que caiga la noche —respondió en voz baja—. No han cogido tu cadena. No vamos a hacer más paradas nocturnas.

Después de permanecer un rato callada, dijo:

—No sé si me alegro o no. Odio esta furgoneta, pero no tengo muy claro si

quiero llegar a nuestro destino.

Reacher asintió y añadió:

—Eso reduce nuestras posibilidades. Por lo general, lo mejor es escapar mientras estás en movimiento. Luego se vuelve mucho más complicado.

La forma de avanzar de la furgoneta sugería que iban por autopista, pero se balanceaban con violencia, lo que quería decir que, o bien el terreno había cambiado, o bien Stevie era incapaz de controlar el vehículo —o ambas—. El tipo giraba tarde en las curvas y el vehículo se movía de lado a lado, como si le estuviese costando trabajo mantenerse dentro del carril. Holly no dejaba de caer hacia Reacher. Este se acercó y la agarró con más fuerza. Ella se acurrucó, por instinto. Reacher notó que dudaba, como si se hubiera dado cuenta de que había actuado sin pensar. Pero no se apartó.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Has matado a una persona.

Reacher tardó un buen rato en responder.

—No es el primero. Y acabo de decidir que no va a ser el último.

Holly volvió la cabeza para hablar justo cuando él también la volvía. La furgoneta se balanceó con violencia hacia la izquierda. Sus labios se acercaron a un par de centímetros. El vehículo volvió a balancearse. Se besaron. Al principio fue poca cosa, como una tentativa. Reacher notó la suavidad de sus labios, el sabor, el olor y la sensación, nuevos y extraños. Luego, se besaron con más fuerza. A continuación, la furgoneta empezó a ir de un lado para el otro por una serie de curvas pronunciadas y se olvidaron de los besos porque debían concentrarse en no caerse del colchón, sobre la superficie de metal corrugado.

Fue Brogan el que hizo el hallazgo en Chicago. Fue la tercera persona que pasaba aquella mañana junto a la lata de pintura blanca que había en el aparcamiento de detrás de la fábrica abandonada, pero la primera en darse cuenta de su importancia.

—La furgoneta que robaron era blanca —dijo—. Con algún tipo de identificación en el lateral. La pintaron. Tiene que ser eso. La lata estaba ahí, con la brocha, a diez metros del Lexus. Tiene sentido que la aparcaran al lado del sedán, ¿no? Así que la lata de pintura estaba al lado del segundo vehículo.

—¿Qué tipo de pintura? —preguntó McGrath.

—Una normal, de las que se usan en casa. Una lata de un litro. Con una brocha de pelo de cinco centímetros. Aún tenían el precio de la ferretería. Y hay huellas en las salpicaduras del mango.

McGrath asintió y sonrió:

—Estupendo. Vamos, a trabajar.

Brogan se llevó las imágenes que habían obtenido con ayuda del ordenador a la ferretería que ponía en la etiqueta del precio de la brocha. Era un sitio estrecho y atestado de productos, un negocio familiar, a doscientos metros de la fábrica abandonada. En la caja había una anciana corpulenta que tenía la cabeza tan rápida como un cepo de acero. Enseguida identificó al que iba al volante del Lexus. Explicó que la pintura y la brocha las había comprado a eso de las diez de la mañana del lunes. Para demostrarlo, abrió un viejo cajón

moviéndolo de un lado para el otro y sacó los resguardos del lunes. Siete dólares noventa y ocho centavos por la pintura y cinco con noventa y ocho por la brocha, más impuestos. Ahí salía todo, en los resguardos.

—Pagó en metálico.

—¿Tienen ustedes sistema de videovigilancia?

—No.

—¿No se lo exige la compañía de seguros?

La anciana corpulenta se limitó a sonreír.

—No estamos asegurados.

Luego se agachó bajo el mostrador y sacó una escopeta de detrás de la caja.

—Al menos, no por una compañía.

Brogan miró el arma. Juraría que el cañón era demasiado corto como para que el arma fuera legal, pero no iba a meterse en eso. Al menos, no en aquel momento.

—De acuerdo. Pero ándese con cuidado.

Más de siete millones de personas en el área urbana de Chicago, como unos diez millones de vehículos y, en las veinticuatro horas del domingo al lunes, solo se había informado del robo de una furgoneta blanca. Una Ford Econoline. A nombre de un electricista de la Zona Sur. Su compañía de seguros le obligaba a vaciar la furgoneta por la noche y almacenar en el taller tanto el material como las herramientas que llevaba por el día en ella. No le cubría nada de lo que hubiera dentro de la furgoneta. Así eran sus reglas. Era una norma fastidiosa, pero el lunes por la mañana, cuando el tipo fue a cargarla de nuevo y la furgoneta no estaba, empezó a parecerle que aquella norma tenía mucho sentido. Había informado del robo a su agente de seguros y a la policía. Apenas tenía esperanzas de volver a saber nada de ella, así que

le impresionó que aparecieran dos agentes del FBI a las cuarenta y ocho horas del robo y haciendo todo tipo de preguntas urgentes.

—De acuerdo, ahora sabemos lo que estamos buscando —comentó McGrath—, una Econoline blanca con los laterales pintados de blanco hace poco. Tenemos la matrícula. Ahora, hay que descubrir por dónde empezar a mirar. ¿Alguna idea?

—¿Teniendo en cuenta que partieron hace cuarenta y ocho horas y dando por hecho que habrán viajado a una media de noventa kilómetros por hora? —preguntó Brogan—. Eso nos da un alcance máximo de unos cuatro mil doscientos kilómetros. Por Dios, eso incluye casi cualquier lugar de América del Norte.

—Es un cálculo muy pesimista —opinó Milosevic—. Lo más probable es que hayan parado por las noches. Digamos que condujeron seis horas el lunes y diez el martes, puede que lleven cuatro hoy, lo que hace un total de veinte horas y da un alcance máximo de unos mil ochocientos kilómetros.

—Una aguja en un pajar —soltó Brogan.

McGrath los miró y dijo:

—Pues vamos a buscar el pajar. Así, podremos ponernos a buscar la aguja. Dejemos el alcance máximo en dos mil cuatrocientos kilómetros. ¿Qué nos da eso?

Brogan cogió un atlas de carreteras de la pila de material de referencia que había en la mesa. Lo abrió por el principio y buscó la página en la que se mostraba todo el país, todos los estados, dispuestos como si se tratase de un mosaico colorido. Miró cuál era la escala y trazó un círculo con la uña.

—Casi llega a California. La mitad del estado de Washington, la mitad de Oregón. Exceptuando California, el resto del país. Es decir, la rehostia de kilómetros cuadrados.

Se quedaron callados y abatidos.

—Entre el estado de Washington y Chicago hay montañas, ¿no? — preguntó McGrath—. Supongamos que no han llegado todavía al estado de Washington. Ni a Oregón. Ni a California. Ni a Alaska o a Hawái. Bueno, algo hemos eliminado, ¿no? Solo quedan cuarenta y cinco estados. Venga, pongámonos a ello.

—Podrían haber ido a Canadá —dijo Brogan—. O a México. Coger un barco o un avión.

Milosevic miró a Brogan, le quitó el atlas y le espetó:

—Eres demasiado pesimista.

—Una aguja en un pajar —respondió Brogan.

Tres pisos por encima de ellos, los técnicos en huellas dactilares trabajaban en la brocha que les había llevado Brogan. Estaba usada una sola vez, por un tipo bastante torpe. Las cerdas estaban apelmazadas por la pintura, que también se había colado en la virola de acero dulce que unía las cerdas con el mango de madera. En un momento dado, el pintor había puesto el pulgar en un lado de la virola y el índice y el corazón en el otro. Las huellas sugerían que se trataba de una persona de estatura media que había aplicado pintura en una superficie plana, a la altura de su cabeza, puede que un poco más arriba, con el mango de la brocha hacia abajo. Las Ford Econoline miden dos metros y cinco centímetros. Fuera lo que fuera que ponía en el lateral, estaría dispuesto más o menos a metro setenta y cinco del suelo. El ordenador no había podido calcular la altura de este secuestrador porque solo lo había visto sentado en el interior del Lexus, pero, por cómo había usado la brocha, debía de andar entre el metro setenta y seis y el metro setenta y nueve, con lo que había tenido que levantar muy poco el brazo para pintar a la altura de los



ojos. Había dado brochazos fuertes, laterales. No se podía esperar que el trabajo tuviera unos acabados muy finos.

La pintura fresca es un medio muy bueno para identificar las huellas dactilares, así que los técnicos sabían que no iba a darles muchos problemas. No obstante para que no se les pasara nada, las sometieron a todos los procedimientos con que contaban, desde la fluoroscopia hasta los polvitos grises tradicionales. Cuando acabaron, tenían tres huellas y media buenas: los dedos pulgar, índice y corazón de la mano derecha y, además, parte del meñique de la misma mano. Introdujeron las huellas en el ordenador y las enviaron por vía digital hasta el edificio Hoover, en Washington. Añadieron un código que ordenaba a la gran base de datos que buscara a la máxima velocidad.

En los laboratorios de Quantico los cazadores se dividieron en dos. Habían despiezado la camioneta quemada y la mitad del personal examinaba con suma minuciosidad las señales físicas únicas de aquel vehículo en particular. La otra mitad revisaba los informes fragmentados de los fabricantes, prestando atención a los ecos, por leves que fueran, que tuvieran que ver con su construcción y su subsiguiente historial de venta.

Se trataba de una Dodge, de diez años, construida en Detroit. El número de bastidor y código estampado en el bloque de hierro del motor eran ambos originales. Dichos números permitían al fabricante saber adónde la había enviado la primera vez. La camioneta había salido por la puerta de la fábrica en abril y la habían subido a un vagón de carga en el que había llegado a California. Allí, la habían conducido hasta un concesionario de Mojave. El concesionario había pagado la factura en mayo y, a partir de ahí, el fabricante no sabía más del vehículo.

El concesionario de Mojave había cerrado dos años después. La franquicia

la habían comprado otros dueños. Los registros actuales estaban en su ordenador. También tenían el historial anterior al cambio de dueño. No es habitual que a un concesionario pequeño al borde del desierto le llamen de Quantico, de la Academia del FBI, así que les prometieron actuar con celeridad. El propio director de ventas se comprometió a obtener la información y devolver la llamada.

El vehículo estaba muy quemado. Todas las pruebas más sencillas se habían perdido. No había matrículas. No había nada significativo en el interior. No había fichas, ni del puente, ni del túnel. Las pegatinas del parabrisas habían desaparecido. Solo quedaba el barro. Los técnicos habían cortado la caja de ambas ruedas traseras, la parte entera que recubre las ruedas de transmisión y las habían enviado con mucho cuidado a la Unidad de Análisis de Materiales. Todo vehículo escribe su itinerario en las capas de barro que van acumulando las ruedas a su alrededor. Los geólogos del FBI estaban quitando dichas capas una a una para saber por dónde había pasado la camioneta y de dónde había llegado.

El barro se había cocido debido a las llamas de las ruedas. Algunos de los cristales exteriores se habían vitrificado. A pesar de ello, las capas estaban muy claras. Las exteriores eran finas. Los geólogos llegaron a la conclusión de que habían llegado hasta allí después de un largo viaje por el campo. Luego, había un par de años con partículas de roca. La mezcla era particular e interesante. Había tal combinación de arenas que identificar su procedencia exacta debería ser bastante sencillo. Debajo de esa mezcla había una base gruesa de polvo del desierto. Los geólogos no tardaron en ponerse de acuerdo en que la vida del vehículo había empezado cerca del desierto de Mojave.

Todos los cuerpos de seguridad de cuarenta y cinco estados tenían la descripción y el número de matrícula de la Econoline blanca robada. A todos

los agentes de servicio se les había ordenado que la buscaran, ya fuera aparcada o en movimiento, quemada, escondida o abandonada. Durante un breve lapso de tiempo de aquel miércoles, aquella Econoline blanca fue el vehículo más buscado del planeta.

McGrath estaba sentado a la cabecera de la mesa de la silenciosa sala de reuniones de la tercera planta, fumando, esperando. No era optimista. Si la furgoneta estaba aparcada o escondida, lo más probable es que jamás dieran con ella. Era una misión casi inabarcable. Cualquier edificio o garaje cerrado la ocultaría de por vida. Si seguía en carretera, las probabilidades aumentaban. Así que aquella era la mayor apuesta de su vida: después de cuarenta y ocho horas, ¿habrían llegado a su destino o seguirían de camino?

Dos horas después de empezar con la paciente búsqueda, la base de datos de huellas dactilares encontró un nombre: Peter Wayne Bell. Había una coincidencia perfecta con tres dedos de la mano derecha: pulgar, índice y corazón. El ordenador determinaba que la coincidencia parcial del meñique era muy probable.

—Treinta y un años —explicó Brogan—. De Mojave, California. Dos encarcelamientos por crímenes sexuales. Hace tres años se le acusó de una doble violación, pero no prosperó. Las víctimas estuvieron tres meses en el hospital. Tres amigos suyos confirmaron su coartada. Las víctimas no pudieron identificarlo, estaban muy alteradas por la paliza.

—Qué tío más encantador —comentó McGrath.

Milosevic asintió y dijo:

—Y tiene a Holly. En la parte trasera de una camioneta.

McGrath no opinó nada sobre eso. Sonó el teléfono. Lo cogió el agente al mando. Escuchó una frase corta que parecía una serie de ladridos. Permaneció sentado, y Brogan y Milosevic vieron que se le iluminaba la cara

como a ese aficionado que ve ganar el banderín a todos sus equipos — béisbol, fútbol americano, baloncesto y hockey— el mismo día en que su hijo se gradúa *summa cum laude* en Harvard y sus acciones en oro suben por las nubes.

—¡Arizona! —gritó—. ¡Está en Arizona y va por la US 60 en dirección norte!

Un veterano de la policía estatal de Arizona en un coche patrulla había visto una furgoneta blanca sin ventanas yendo de un lado para el otro del carril en las curvas cerradas de la US 60 allá por la zona en que se aleja serpenteando del pueblo de Globe, a unos ciento diez kilómetros al este de Phoenix. Se había acercado y había leído la matrícula. Vio el óvalo azul de Ford y las letras de Econoline en la parte trasera. Había pulsado el micro con el pulgar y había llamado. A raíz de aquello, el mundo se había vuelto loco. Le habían ordenado que se pegara a la furgoneta pasase lo que pasase. Le habían explicado que enviarían helicópteros desde Phoenix y Flagstaff, y también desde Albuquerque, Nuevo México. Toda unidad móvil disponible llegaría por detrás de él desde el sur. Más adelante, la Guardia Nacional organizaría un bloqueo. Le habían dicho que, en cuestión de veinte minutos, tendría más refuerzos de los que podía soñar. Le habían comunicado que, hasta entonces, era el agente de la ley más importante de todo Estados Unidos.

El jefe de ventas del concesionario Dodge de Mojave, California, llamó a Quantico en cuestión de una hora. Había estado en la sala de almacenaje y había buscado los informes de las ventas llevadas a cabo hacía diez años por los anteriores dueños del concesionario. La camioneta en cuestión se la habían vendido en mayo del año en que había llegado al concesionario a un granjero de cítricos de Kendall, un pueblo a ochenta kilómetros al sur de

Mojave. El granjero había estado yendo a las revisiones y pruebas de emisiones durante los cuatro primeros años, pero, después, no habían vuelto a verlo por allí. Había comprado la camioneta con un plan de financiación en cuatro años y se llamaba Dutch Borken.

Media hora después, la Econoline blanca robada había recorrido cuarenta y cinco kilómetros más por la US 60 de Arizona en dirección norte y, perseguida por cincuenta vehículos, era la punta de una larguísima lágrima. Por encima de ella retumbaban cinco helicópteros. Por delante, a dieciséis kilómetros al norte, la autopista estaba cerrada y otros cuarenta vehículos aguardaban detenidos en el asfalto, aparcados en una pulcra formación de punta de flecha. La operación la coordinaba el agente al mando de la oficina del FBI de Phoenix. Iba en el primero de los helicópteros y veía el techo de la furgoneta sin problemas, pues el aire del desierto estaba muy claro. Llevaba unos cascos con un micrófono de garganta y no paraba de hablar.

—De acuerdo, muchachos. Vamos a por ellos. Ahora mismo. ¡Ya, ya, ya!

El helicóptero en que iba se elevó para quitarse de en medio y otros dos descendieron a toda prisa hasta quedar frente a la furgoneta, uno a cada lado, manteniendo la distancia. Los coches patrulla que iban detrás se abrieron hasta ocupar toda la anchura de la autopista y encendieron luces y sirenas al unísono. Un tercer helicóptero descendió y voló hacia atrás, hasta ponerse justo delante de la camioneta, a dos metros y medio del suelo, con las luces estroboscópicas girando y los rotores revolviendo el aire. El copiloto empezó a hacer una secuencia de signos claros, con las manos abiertas y las palmas hacia fuera, como si pretendiera detener la furgoneta él solo. Las sirenas se apagaron de golpe y sonó el enorme megáfono del helicóptero frontal. La voz del copiloto se oyó como un trueno, amplificadas de manera tan grotesca que

llegaba a distorsionarse, audible con claridad a pesar de las palas de los rotores.

—¡Agentes federales! ¡Le ordeno que se detenga de inmediato! ¡Se lo repito: detenga su vehículo de inmediato!

La furgoneta no se detuvo. El helicóptero que tenía delante giró y se bamboleó en el aire, luego, se estabilizó una vez más, aún más cerca del parabrisas, volando hacia atrás, a no más de tres metros.

—¡Están rodeados! —gritó esta vez el copiloto desde el enorme megáfono—. ¡Hay un centenar de agentes de policía por detrás de ustedes! ¡Por delante, la carretera está cortada! ¡No tienen escapatoria! ¡Reduzcan la velocidad hasta detener el vehículo! ¡Háganlo de inmediato!

Los coches patrulla volvieron a encender las sirenas y dos de ellos se pusieron a los lados de la furgoneta. El vehículo estaba rodeado de un tráfico hostil. Siguió circulando igual un buen rato, hasta que redujo la velocidad. Detrás de la furgoneta, el frenético séquito se detuvo y viró. Los helicópteros se elevaron y mantuvieron el ritmo de la furgoneta, que cada vez iba perdiendo más velocidad. Los coches patrulla se acercaron más, en fila de a dos, puerta con puerta, parachoques con parachoques. La furgoneta acabó deteniéndose. Los helicópteros se mantuvieron sobrevolándola por encima. Los coches patrulla que lideraban la persecución la adelantaron y se detuvieron a centímetros de su capó. De ellos empezaron a salir agentes de policía. La autopista estaba abarrotada de ellos. A pesar del estruendo de los rotores, se oía con claridad el mecanismo de las escopetas y el clic del amartillar de un centenar de revólveres.

En Chicago, McGrath no oyó ni las escopetas, ni los revólveres, pero oía al agente al mando de Phoenix, en el helicóptero, gritando por la radio. La salida de su micrófono de garganta, desviada a Chicago desde Washington,

estaba conectada a un altavoz que había en la larga mesa pulida. No paraba de hablar, emocionado; en parte dando órdenes a su equipo, en parte comentando lo que veía en la carretera. McGrath, sentado, con las manos frías y húmedas, miraba el ruidoso altavoz con mucha atención, como si, de esa manera, fuera a convertirse en una bola de cristal en la que pudiera ver lo que estaba sucediendo.

—¡Se detiene! ¡Se detiene! —gritaba el del helicóptero—. ¡Ya está quieta! ¡Se ha detenido en la carretera! ¡Está rodeada! ¡No disparéis! ¡Esperad a mi orden! ¡No salen...! ¡Abrid las puertas! ¡Abrid las puertas y sacadlos de ahí! Vale... ¡Hay dos delante! ¡Dos! ¡El conductor y el pasajero! ¡Ya salen! ¡Están fuera! ¡Detenedlos! ¡Metedlos en un coche! ¡Coged las llaves! ¡Abrid las puertas de atrás, pero cuidado, que hay dos más con ella! ¡Vale, vamos hacia atrás! ¡Las puertas están cerradas! ¡Están probando la llave! Una cosa, todavía hay letras en los laterales de la camioneta. En los laterales hay una escritura. Pone BRIGHT SPARKS ELECTRICS. Creía que era toda blanca, ¿no? Que estaba pintada o algo así.

En Chicago, la sala de reuniones de la tercera planta se quedó en el más absoluto silencio. McGrath se quedó pálido. Milosevic le miró. Brogan, calmado, se quedó mirando por la ventana.

—¿Y por qué iba a ir en dirección norte? ¿De vuelta a Chicago? —preguntó McGrath.

Todavía se oía crepitar el altavoz. Los tres se volvieron hacia él. Escucharon con gran atención. Oían el batir de las aspas del helicóptero detrás de la voz imperiosa.

—¡Han abierto las puertas de atrás! —dijo la voz—. ¡Las han abierto! ¡Están abiertas! ¡Vamos a entrar! ¡Sale gente! ¡Veo...! Pero ¡¿qué coño es esto?! ¡Hay decenas de personas! ¡Habrá unas veinte! ¡Están saliendo! ¡Hay veinte o treinta personas! ¡¿Qué coño está pasando aquí!?

El agente cortó la comunicación. Era evidente que estaba escuchando un

informe radiofónico que le estaban pasando desde tierra. McGrath, Brogan y Milosevic miraban el altavoz, que no dejaba de sisear. Permaneció en silencio un buen rato. No se oía nada excepto la respiración fuerte del agente, el ruido atronador de las palas del helicóptero y una cortina de estática. Luego volvió a oírse la voz.

—Mierda. Mierda, Washington, ¿estáis ahí? ¿¡Sabéis lo que acabamos de hacer!?! ¿¡Sabéis lo que nos habéis enviado a hacer!?! ¡Acabamos de detener un cargamento de espaldas mojadas! ¡Unos treinta ilegales de México! ¡Acababan de recogerlos en la frontera! ¡Iban de camino a Chicago! ¡Dicen que les habían prometido trabajo allí!



La Econoline blanca seguía zumbando. Avanzaba más rápido que nunca. Ya no había curvas. Después de salir de la última de ellas dando un fuerte bandazo, había cogido mucha velocidad y seguía recto. Hacía más ruido que antes, debido a la velocidad superior y al gemido que producía el viento al pasar por el centenar de agujeros del techo.

Reacher y Holly iban pegados el uno al otro en el colchón de noventa centímetros. Iban tumbados de espaldas, mirando los agujeritos, cada uno de los cuales era un brillante punto de luz. Pero no de color azul, tan solo un punto de luz tan brillante que carecía de color. Tan solo un punto brillante en la oscuridad. Como una proposición matemática. Luz total contra la oscuridad total de la lámina de metal que la rodeaba. Luz, lo opuesto de la oscuridad. Oscuridad, la ausencia de luz. Positivo y negativo. En el techo de metal quedaban contrastadas de forma vívida ambas proposiciones.

—Quiero ver el cielo —dijo Holly.

En el interior del vehículo hacía una temperatura cálida. No calor, como durante el primer día y medio. El viento sibilante había resuelto el problema. El aire que entraba por los agujeros favorecía que la temperatura fuera tolerable. Aunque hacía el suficiente calor como para que Reacher se hubiera quitado la camisa. Había hecho una bola con ella y se la había puesto debajo de la cabeza.

—Quiero ver todo el cielo —insistió Holly—. No solo pedacitos.

Reacher no respondió. Estaba contando los agujeros.

—¿Qué hora es? —preguntó Holly.

—Ciento trece.

—¿Qué?

—Hay ciento trece agujeros en el techo.

—Ah, pues genial, pero ¿qué hora es?

—Las tres y media, hora central.

Se pegó más a él. Movi6 el peso a su lado. Tenía apoyada la cabeza en el hombro derecho de él. La pierna sobre la de él. El muslo de él estaba entre los de ella.

—Miércoles, ¿no?

—Miércoles —corroboró Reacher.

Holly estaba más cerca de él de lo que muchas mujeres se habían atrevido a acercarse. Se sentía ágil y atlética. Dura, pero suave. Joven. Perfumada. Él se dejaba llevar y disfrutaba de la sensación. Le faltaba un poco la respiración. Ahora bien, tampoco se engañaba acerca de la motivación de ella. Aunque estaba relajada, se había colocado así para que descansara su rodilla, que le dolía mucho, y para evitar caerse rodando del colchón.

—Cincuenta y una horas —dijo ella—. Llevo cincuenta y una horas sin ver el cielo.

El ciento trece era un número primo. No podías llegar a él multiplicando otros dos números enteros. A ciento doce llegabas multiplicando cincuenta y seis por dos, veintiocho por cuatro o catorce por ocho. A ciento catorce llegabas multiplicando cincuenta y siete por dos, diecinueve por seis o treinta y ocho por tres. Pero el ciento trece era un número primo. No tenía factores. La única manera de conseguir ciento trece era multiplicando por uno el propio número. O disparar, enfadado, una escopeta contra el techo de una furgoneta.

—Reacher, empiezo a preocuparme —dijo Holly.

Cincuenta y una horas. Cincuenta y uno no era un número primo. Conseguías cincuenta y uno multiplicando diecisiete por tres. Tres decenas

son treinta, tres veces siete son veintiuno, treinta y veintiuno dan cincuenta y uno. No es un número primo. El cincuenta y uno tiene factores. Arrastró el peso de la cadena con la muñeca izquierda y sujetó a Holly con fuerza, con ambos brazos.

—No va a pasarte nada. No van a hacerte daño. Quieren cambiarte por algo. Te mantendrán en buenas condiciones.

Notó cómo ella sacudía la cabeza contra su hombro. Un pequeño temblor, pero muy claro.

—No estoy preocupada por mí, sino por ti. ¿Por qué van a cambiarte a ti?

Reacher no respondió. ¿Qué iba a decir? Holly se acercó aún más. Notaba el cosquilleo de sus pestañas en su pecho cada vez que parpadeaba. La furgoneta seguía rugiendo, porque la conducían a mayor velocidad de la que quería ir. Desde luego, Reacher tenía claro que el conductor estaba obligando al vehículo a ir por encima de su velocidad de crucero natural.

—Así que empiezo a preocuparme —concluyó ella.

—Tú cuida de mí y yo cuidaré de ti.

—No es lo que te estoy pidiendo.

—Lo sé.

—Y no puedo permitir que sigas haciéndolo.

—No puedes impedírmelo. Yo también estoy en la ecuación. Han sido ellos los que han querido que así sea. Iban a liquidarme. Tengo una regla, Holly: la gente que se mete conmigo, lo hace bajo su propia responsabilidad. He intentado ser paciente. En una ocasión tuve una profesora, en una escuela elemental de no recuerdo dónde. En Filipinas, creo, porque siempre llevaba un enorme gorro blanco. Así que debía de ser en algún país cálido. Siempre fui el doble de grande que los demás niños y ella solía decirme: «Cuenta hasta diez antes de enfadarte». Y, en esta ocasión, hace mucho que he llegado a diez. Muchísimo. Así que tendrás que asumir que, ganemos o perdamos, lo haremos juntos.

Se quedaron callados. La furgoneta seguía rugiendo.

—Reacher.

—Dime.

—Abrázame.

—Es lo que estoy haciendo.

La apretó con suavidad, con ambos brazos, para confirmárselo. Ella se acercó un poco más.

—Reacher.

—Dime.

—¿Por qué no me besas otra vez? Me sentiría mejor.

Reacher giró la cabeza y le sonrió en la penumbra.

—A mí tampoco me sentará mal.

Ocho horas y puede que entre cien y ciento diez kilómetros por hora. En algún sitio entre ochocientos y ochocientos ochenta kilómetros. Eso es lo que habían hecho. Esa era, al menos, la estimación de Reacher. Y empezaba a darle una idea acerca de dónde se encontraban.

—Estamos en alguna parte en la que han abolido los límites de velocidad.

Holly se estiró y bostezó.

—¿Qué?

—Llevamos horas avanzando a mucha velocidad, a ciento diez kilómetros por hora, lo más probable. Loder es bastante meticuloso. No permitiría que Stevie condujera a esta velocidad si cupiera la más mínima posibilidad de que nos parasen. Así que estamos en alguna parte en la que han elevado el límite de velocidad o en la que lo han abolido. ¿En qué estados lo han hecho?

Holly se encogió de hombros.

—No estoy segura. Creo que los occidentales en su mayoría.

Reacher asintió. Trazó un arco en el mapa que tenía en la cabeza.

—Al este no hemos ido. Eso ya lo habíamos supuesto. Así que yo diría que estamos en Texas, Nuevo México, Colorado, Wyoming o Montana. Puede que incluso en Idaho, Utah, Nevada o Arizona. A California no hemos llegado todavía.

La furgoneta redujo un poco la velocidad y oyeron cómo la nota del motor se volvía más grave. Luego, Stevie bajó de quinta marcha a cuarta con un crujido.

—Montañas —apuntó Holly.

Era algo más que una colina. Algo más que una elevación. Era una subida firme e implacable. Una autopista que ascendía por las montañas. Pensada, a todas luces, para favorecer la circulación, pero que ascendía decenas de metros por cada kilómetro que avanzaban. Reacher notaba las sacudidas cuando la furgoneta adelantaba a vehículos más lentos. No muchos, pero alguno. Stevie seguía en cuarta y pisaba a fondo, con lo que el vehículo rugía montaña arriba. Al cabo de un rato, el motor se relajó y Stevie volvió a meter quinta, tras lo que tuvo que bajar de marcha una vez más, pues volvieron a subir.

—Podríamos quedarnos sin gasolina —comentó Holly.

—La furgoneta es diésel, no de gasolina. Usábamos estos cacharros en el ejército. Un tanque de ciento treinta litros. Un vehículo diésel puede hacer algo más de once kilómetros de autopista por litro. Por tanto, puede hacer unos mil cuatrocientos cincuenta kilómetros antes de quedarse sin combustible.

—Eso podría incluso llevarnos fuera de Estados Unidos.

Siguieron adelante. La furgoneta rugió por las montañas durante horas, y después dejó la autopista. Había caído la noche. Los brillantes agujeritos del techo habían ido apagándose. Hasta que desaparecieron. Se habían vuelto

más oscuros que el propio techo. Positivo y negativo. Sintieron el bamboleo de la furgoneta cuando tiró hacia la derecha para salir de la autopista y cómo las ruedas se agarraban al pavimento mientras el vehículo tomaba una curva cerrada que continuaba a la derecha. Luego, hubo una confusa serie de curvas, detenciones y arranques. Curvas descendentes con baches y curvas ascendentes cerradas con la furgoneta esforzándose en marchas cortas. Momentos de velocidad lenta pero constante por carreteras sinuosas, malas superficies, buenas superficies, pendientes, gravilla bajo los neumáticos, baches. Reacher imaginaba los faros iluminando la calzada a derecha e izquierda y pegando saltos, arriba y abajo.

La furgoneta fue reduciendo la velocidad hasta casi detenerse. Tomó una curva cerrada a la derecha. Pasó por una especie de puente de madera. Luego dio bandazos y botes a lo largo de una pista llena de baches. Avanzaba despacio, balanceándose a derecha e izquierda. Daba la sensación de que estuvieran ascendiendo por el lecho seco de un río. Daba la sensación de que fuera una especie de pista pedregosa y estrecha. Parecía que aquella fuera la última etapa del camino. Daba la sensación de que estaban muy cerca de su destino. La forma de conducir de Stevie ya no mostraba urgencia alguna. Daba la sensación de que la furgoneta casi había llegado a casa.

Pero la parte final les llevó mucho tiempo. Iban a poca velocidad y la carretera era mala. No paraban de sentir piedras y piedrecitas debajo de los neumáticos, que se esforzaban por avanzar a uno y otro lado por una superficie suelta. La furgoneta siguió así durante cuarenta minutos. Cincuenta. Reacher empezó a tener frío. Se sentó y sacudió la camisa. Se la puso. Una hora por la pista de baches. A aquella velocidad debían de haber recorrido unos veinticinco kilómetros, puede que treinta.

Y, entonces, llegaron. La furgoneta superó un último bache y rodó unos cuantos metros más antes de detenerse. El motor dejó de rugir. El ruido fue reemplazado por un silencio sobrecogedor. Reacher no oía nada, excepto un

vasto vacío y el crujido del silenciador del vehículo mientras se enfriaba. También oyó a los dos secuestradores, sentados en silencio, cansados. Al rato, bajaron de la furgoneta. Oyó cómo abrían las puertas y cómo saltaban los muelles de sus asientos. Oyó sus pies al saltar en la gravilla. Cómo cerraban las puertas de golpe —un fortísimo clanc metálico en mitad de la quietud—. Oyó cómo crujían sus pasos sobre la gravilla mientras se acercaban a la parte trasera del vehículo. Oyó el sonido de las llaves en las manos del conductor.

La llave se deslizó en la cerradura. Y la cerradura se desbloqueó. Alguien giró la manija. Fue Loder quien abrió la puerta, empujándola por el soporte central. Luego abrió la otra. También del todo. Les hizo un gesto con la Glock para que salieran. Reacher ayudó a Holly a moverse por el suelo corrugado. Él bajó primero. La cadena de la muñeca cayó al suelo. Cogió a Holly para ayudarle a bajar. Permanecieron juntos, apoyándose en el borde del suelo del vehículo. Mirando a todas partes.

Holly había querido ver el cielo. Pues allí estaba, de pie bajo la mayor inmensidad celeste que Reacher había visto jamás. El cielo tenía un color azul oscuro, casi negro, y era descomunal. No tenía fin. Era tan grande como un planeta. Estaba punteado por miles de millones de resplandecientes estrellas. Estaban lejísimos de ellas, pero eran tan rutilantes que no parecían normales. Llegaban hasta los gélidos confines del universo. Era un gigantesco cielo nocturno del que no se veía el final.

Estaban en el claro de un bosque. Reacher olía la fuerte fragancia de los pinos. Era un olor muy fuerte. Limpio y fresco. A su alrededor había una masa negra de árboles. Cubrían las faldas irregulares de las montañas. Estaban en un claro, rodeados por arboladas laderas montañosas. Era un claro amplio, muy oscuro, muchísimo, y silencioso. Reacher vio los vagos perfiles oscuros de edificios a su derecha. Eran largos y bajos, cabañas. Una especie de estructuras de madera que se agazapaban en la oscuridad.

En el borde del claro había gente. Junto a los árboles más cercanos. Reacher alcanzaba a ver sus difuminadas figuras. Puede que entre cincuenta y sesenta personas. De pie, en silencio. Iban vestidas con ropa oscura. Tenían la cara oscura. Se la habían pintado con camuflaje nocturno. Les veía los ojos, blancos contra los árboles negros. Iban armadas. Llevaban rifles y metralletas. Colgados del hombro, como si nada. Gente silenciosa que los observaba. Tenían perros. Varios perros grandes sujetos con gruesas correas de cuero.

Y también había niños. Reacher podía distinguirlos. En grupo, en silencio, observándoles con grandes ojos somnolientos. Estaban apiñados detrás de los adultos, quietos, con los hombros en diagonal a los recién llegados, asustados, perplejos. Niños somnolientos a los que habían despertado en mitad de la noche para que presenciaran algo.

Loder se dio la vuelta describiendo lentamente un círculo, y saludó a la gente silenciosa que tenía más cerca. Hizo un amplio gesto con el brazo, como un maestro de pista en el circo.

—¡La tenemos! —gritó en medio del silencio—. ¡La puta federal está aquí! Su voz retumbó entre las lejanas montañas.

—¿Dónde coño estamos? —preguntó Holly.

Loder se dio la vuelta y le sonrió.

—En nuestra casa, puta. Un sitio donde tus amiguitos los federales no podrán encontrarte.

—¿Por qué no? —quiso saber Holly—. ¿Dónde coño estamos?

—Te costaría comprenderlo.

—¿Por qué? En algún sitio estaremos, ¿no? ¿En Estados Unidos?

Loder negó con la cabeza.

—No.

Holly se quedó pálida.

—¿En Canadá?



El tipo volvió a negar con la cabeza.

—En Canadá tampoco, puta.

Holly miró los árboles y las montañas. Levantó la vista para mirar el vasto cielo nocturno. El repentino escalofrío que sintió hizo que temblara.

—Bueno, pues esto no es México.

El tipo levantó los brazos en un gesto muy descriptivo.

—Estás en un nuevo país.

La atmósfera en la oficina de Chicago el miércoles por la noche era como la de un funeral, y es que, en realidad, estaban de funeral, porque las esperanzas realistas de rescatar a Holly habían muerto. McGrath tenía claro que la mejor oportunidad era la oportunidad temprana. No obstante, el momento de las oportunidades tempranas ya había pasado. Si Holly seguía con vida, estaba prisionera en algún punto de Estados Unidos y había muy pocas probabilidades de saber dónde hasta que los secuestradores decidieran llamar. Y, hasta el momento, casi sesenta horas después de que se la hubieran llevado, no habían llamado.

Estaba sentado a la cabecera de la larga mesa pulida de la sala de reuniones de la tercera planta. Fumando. La estancia estaba en silencio. Milosevic estaba sentado a un lado, de espaldas a los ventanales. El sol de la tarde había ido desapareciendo y el día se había quedado a oscuras. La temperatura de la sala había subido en las horas de sol y después había bajado hasta ser la de una agradable noche de verano. Sin embargo, los dos estaban helados por culpa del anticlímox. Casi ni levantaron la vista cuando Brogan entró para unirse a ellos. Llevaba una montón de impresiones de ordenador. No sonreía, pero parecía que estuviera a punto de hacerlo.

—¿Tienes algo? —le preguntó McGrath.

Brogan asintió con resolución y se sentó. Dividió las impresiones en cuatro montones diferentes y luego las levantó, de una en una.

—Quantico —dijo—. Tienen algo. Y la base de datos criminal de Washington. De hecho, tienen tres algos. Y yo, una idea.

Extendió los papeles y levantó la vista.

—Escuchad esto. Granito gráfico, una trama de cristales, pedernal, gneis, esquisto, pizarra, rocas metamórficas foliadas, cuarcitas, cristales de cuarzo, arenisca roja, arena roja del triásico, rocas volcánicas ácidas, feldespatos rosa, clorita verde, siderita, arenilla, arena y cieno. ¿Sabéis qué es todo eso?

Los otros dos se encogieron de hombros y negaron con la cabeza.

—Geología. Los de Quantico han estado investigando la camioneta. Los geólogos de la Unidad de Análisis de Materiales. Han estado estudiando la mierda que llevaba bajo el arco de la rueda, en los guardabarros. Han analizado qué era todo lo que había y han descubierto por dónde ha rodado el vehículo. Piedrecitas y sedimentos pegados al metal. Como si fuera una huella dactilar geológica.

—Vale, ¿y dónde ha estado? —preguntó McGrath.

—Empezó en California. La compró un granjero de cítricos llamado Dutch Borke, hace diez años, en Mojave. Eso nos lo ha conseguido el fabricante. No tiene nada que ver con la geología. Los científicos dicen que, luego, estuvo en Montana un par de años. Y que, más tarde, la trajeron hasta aquí, por la ruta norte, por Dakota del Norte, Minnesota y Wisconsin.

—¿Están seguros?

—Es como el registro de un camión. Solo que está escrito en barro por encima de las ruedas, no en papel con un boli.

—¿Y quién es el tal Dutch Borke? ¿Está involucrado?

Brogan negó con la cabeza.

—No. Dutch Borke está muerto.

—¿Cuándo murió?

—Hace un par de años. Pidió un préstamo, la granja se fue al garete, el banco ejecutó la hipoteca y él se metió una escopeta en la boca, y sus sesos salieron disparados por toda California.

—¿Y? —dijo McGrath.

—Su hijo robó la camioneta porque, en teoría, era propiedad del banco, ¿no? Se largó con ella y no se ha vuelto a saber nada de él. El banco informó de lo sucedido y la policía local lo buscó, pero no consiguió dar con él. No está autorizada. Tráfico no sabe nada de ella. La poli dejó de buscarla porque, ¿a quién le importa una mierda de camioneta antigua? Pero creo que el hijo de Borken se fue con ella a Montana. Desde luego, la camioneta estuvo dos años allí. Los científicos están segurísimos de ello.

—¿Y sabemos algo del hijo de Borken?

Brogan asintió. Levantó otro montón de papeles.

—Sabemos la hostia de cosas. Sale tantas veces en nuestras bases de datos que parece un grupo de hormigas en una merienda campestre. Se llama Beau Borken. Treinta y cinco años, metro ochenta y tres, y ciento ochenta kilos de peso. Un tipo grandote, ¿eh? Un extremista de derechas con tendencias paranoides. Ahora es un líder miliciano. Uno de esos fanáticos. Tiene contactos con otras milicias de la zona. Principal sospechoso de un robo que tuvo lugar en el norte de California, el ataque a un furgón blindado que transportaba veinte millones de dólares en bonos al portador. El conductor murió. Consideraron que podía haber implicadas milicias porque los atacantes llevaban equipamiento militar. Parecía que el grupo de Borken encajaba, pero el fiscal no consiguió pruebas determinantes. Los informes no dejan claro por qué. Otra de las cosas que encaja es que Beau Borken fue uno de los que corroboró la coartada con la que Peter Wayne Bell se libró de los cargos por violación. Así que existe una relación documentada con alguien a quien podemos situar en el escenario del crimen.

Milosevic levantó la cabeza.

—¿Y vive en Montana?

Brogan asintió.

—Incluso podemos saber la zona, más o menos. Los científicos de

Quantico dicen que dudan entre dos valles que hay en la esquina noroeste de Montana.

—¿Tan específicos pueden ser? —preguntó Milosevic.

Brogan volvió a asentir.

—Les he llamado. Dicen que ese sedimento que hay en los guardabarros es típico de una zona en particular. Tiene que ver con unas rocas antiquísimas que rasparon los glaciares hace millones de años, por lo que quedaron más cerca de la superficie de lo que deberían y se mezclaron con rocas normales, que, a pesar de ser también antiquísimas, son más jóvenes que las otras. ¿Me seguís? Es como una mezcla particular. Les he preguntado que cómo pueden estar tan seguros y me han respondido que pueden reconocerla igual que yo reconocería a mi madre a quince metros por la calle. Dicen que es de uno de los dos valles glaciares que hay en el noroeste de Montana, unos a los que llegaron los gigantescos glaciares canadienses. Y también hay una especie de arenisca aplastada, muy diferente, pero que es la que suele usar el Servicio Forestal en las pistas de la zona.

—Vale, así que los secuestradores estuvieron un par de años en Montana— dijo McGrath—. No obstante, eso no quiere decir que se estén dirigiendo hacia allí, ¿no?

Brogan levantó la tercera de las cuatro pilas de papel. Desplegó un mapa. Sonrió por primera vez desde el lunes.

—Podéis apostaros lo que queráis a que es exactamente allí adonde están yendo. Mirad el mapa. La ruta directa entre Chicago y la esquina de Montana te lleva por Dakota del Norte, ¿vale? Un granjero de la zona estaba paseando por allí esta mañana y ¿a que no sabéis qué ha encontrado?

—¿Qué? —preguntó McGrath.

—Un cadáver. En una zanja, en una zona de caballos, a kilómetros de cualquier parte. Así que ha llamado a la poli, la poli le ha tomado las huellas dactilares y el ordenador les ha dado un nombre.

—¿Cuál?

—Peter Wayne Bell. El hombre que conducía cuando secuestraron a Holly.

—¿Está muerto? —se sorprendió McGrath—. ¿Cómo es posible?

—Ni idea. Puede que se pelearan entre ellos. El tal Bell tenía el cerebro en la entrepierna, eso lo sabemos, ¿no? Puede que intentara hacerle algo a Holly y que ella le parara los pies. En cualquier caso, poned una regla en el mapa y fijaos. Están volviendo a Montana. Eso está clarísimo. Tiene que ser así.

—¿Cómo? —dijo McGrath—. ¿En una furgoneta blanca?

—Sí, en una furgoneta blanca.

—La Econoline de Phoenix era la única furgoneta robada.

Brogan negó con la cabeza. Levantó la cuarta pila de papeles.

—Mi nueva idea. He comprobado si Rubin había alquilado alguna furgoneta.

—¿Quién?

—Rubin es el dentista asesinado. He comprobado si había alquilado alguna furgoneta.

McGrath se quedó mirando a Brogan.

—¿Y por qué iba a haber alquilado una furgoneta el puto dentista?

—No, no fue él quien la alquiló. Supongo que es probable que fueran los secuestradores con las tarjetas de crédito del dentista después de raptarlo. Tiene sentido. ¿Por qué arriesgarse a robar un vehículo si puedes alquilar uno con una cartera robada llena de tarjetas de crédito, carnés de conducir y todo lo demás? Así que he hecho unas llamadas. Resulta que en Chicago-YouDrive, una empresa de alquiler de coches que hay en la Zona Sur, le alquilaron una Econoline al doctor Rubin el lunes por la mañana, a las nueve en punto. Les he preguntado si la fotografía del carné de conducir coincidía con la cara y me han dicho que nunca se fijan. Mientras la tarjeta de crédito pase por la máquina, lo demás les da lo mismo. Les he preguntado de qué color era la Econoline y me han dicho que todas sus furgonetas son blancas.

Les he preguntado si llevan algo escrito en los lados y me han respondido que por supuesto: CHICAGO-YOU-DRIVE en letras verdes a la altura de la cabeza.

McGrath asintió.

—Voy a llamar a Harland Webster. Quiero que me envíe a Montana.

—Ve primero a Dakota del Norte —le dijo Webster.

—¿Por qué?

Se produjo un silencio en la línea.

—Ve paso a paso —explicó Webster—. Primero, quiero que compruebes lo del tal Peter Wayne Bell. Así que primero haz una parada en Dakota del Norte, ¿de acuerdo?

—¿Estás seguro, jefe?

—Paciente trabajo de machaca. Es para lo que nos va a servir ir allí. Busca pistas, ¿de acuerdo? Hasta ahora, ha dado frutos. Brogan ha hecho un buen trabajo. Me gusta.

—Pues sigamos con ello, jefe. Y, luego, a Montana, ¿no?

—De nada servirá que nos apresuremos si no tenemos en qué basarnos. Si no tenemos un quién, un dónde y un porqué. Eso es lo que hay que descubrir, Mack.

—Ya sabemos el quién y el dónde. El tal Beau Borken. En Montana. Está bastante claro, ¿no?

De nuevo silencio en la línea.

—Podría ser —repuso Webster—, pero ¿qué hay del porqué?

McGrath pinzó el auricular con el hombro y encendió otro cigarrillo.

—Ni idea —respondió a regañadientes.

—Hemos estudiado sus fotografías. Las he enviado a la Unidad de Ciencias de la Conducta. Los loqueros han estado estudiándolas.

—¿Y?

—No sé. Nuestros loqueros son muy inteligentes pero ¿cuánto puedes saber de una persona con solo mirar una maldita fotografía?

—¿Han sacado algunas conclusiones?

—Algunas. Creen que tres de ellos tienen algo en común, pero que el alto va por separado. Los tres tenían un aspecto similar. ¿Os habíais fijado en eso? Como una especie de trasfondo, el aspecto, los mismos genes o algo así. Podrían estar emparentados. El tal Bell era de California. De Mojave, ¿no? Y Beau Borken también. La sensación es que parece que los tres provengan de la misma zona. De la Costa Oeste. Pero el tipo alto es diferente. Ropa diferente, actitud diferente, físico diferente. Los antropólogos de Quantico creen que podría ser extranjero, al menos en parte, o puede que una segunda generación. Pelo claro y ojos azules, pero hay algo en su rostro. Sugieren que puede ser europeo. Y es grande. Pero no es un coloso de gimnasio; simplemente es grande, como si fuera natural en él.

—¿Y? —preguntó McGrath—. ¿Qué conclusiones han extraído sobre él?

—Que es posible que sea europeo —explicó Webster—. Un tipo duro y europeo. Les preocupa que pueda ser terrorista. Puede que un mercenario. Están haciendo comprobaciones al otro lado del charco.

—¿Un terrorista? ¿Un mercenario? ¿Por qué?

—Esa es la cuestión. El porqué es lo que tenemos que descubrir. Si de verdad se trata de un terrorista, ¿cuál es su propósito? ¿Quién ha reclutado a quién? ¿Quién es la fuerza motivadora? ¿Lo ha contratado la milicia de Borken para que les ayude o al revés? ¿Es todo esto cosa suya? ¿Ha contratado a la milicia de Borken para darle un tinte local a lo que está haciendo?

—¿Qué coño está pasando?

—Voy a volar a O'Hare —anunció Webster—. Voy a hacerme cargo del caso desde allí. Esto es muy gordo y no me queda otro remedio, ¿de acuerdo? Es lo que esperaba el viejo.



—¿Cuál de ellos?

—Los dos.

Brogan condujo hasta O'Hare en mitad de la noche, seis horas después de la debacle con los mexicanos en la furgoneta de Arizona. McGrath iba sentado a su lado y Milosevic, detrás. Nadie hablaba. Brogan aparcó el Ford del FBI en el asfalto del complejo militar, al otro lado de la valla de alambre. Permanecieron sentados en el coche, esperando a que aterrizase el Lear del FBI que llegaba de Andrews. Lo hizo a los veinte minutos. Se deslizó a buena velocidad hacia ellos. Vieron cómo se detenía, envuelto por la gran cantidad de focos del aeropuerto y con los motores aún rugiendo. Un ayudante abrió la puerta y bajó la escalerilla. Harland Webster apareció en la puerta y miró a su alrededor. En cuanto los vio les hizo un gesto. Un gesto rápido, urgente. Lo repitió en dos ocasiones.

Subieron al pequeño avión. El ayudante izó la escalerilla y cerró la puerta. Webster los llevó hasta un grupo de cuatro butacas dispuestas de dos en dos alrededor de una mesa. McGrath y Brogan se sentaron frente a Webster y, junto al director, se puso Milosevic. Se abrocharon los cinturones y el Lear empezó a rodar de nuevo. El avión fue avanzando poco a poco, esperando su turno, hasta que llegó a la pista de despegue, donde aguardó la autorización temblando y vibrando. Luego empezó a rodar una vez más, acelerando por la larga tira de cemento, hasta que, de repente, dio un salto y se elevó en el aire. Enfiló el morro hacia el noroeste, volando cada vez más rápido, hasta alcanzar una ruidosísima velocidad de crucero.

—A ver qué os parece —empezó a conjeturar Webster—. A la hija del jefe del Estado Mayor la ha secuestrado un grupo terrorista con involucración extranjera. Van a hacerle alguna petición. Peticiones de calado militar.

McGrath negó con la cabeza.

—Eso es una chorrada —dijo categórico—. No lo conseguirían jamás. Antes reemplazarían al general. Desde luego, no se puede decir que falten soldados veteranos que estén deseando sentar su culo en el Pentágono.

Brogan asintió con cautela.

—Estoy de acuerdo, director. No es una proposición viable.

Webster respondió asintiendo antes de soltarles:

—Exacto. Entonces ¿qué opción nos queda?

Nadie respondió. Nadie quería decirlo en alto.

El Lear fue persiguiendo el resplandor del sol poniente y aterrizó en Fargo, Dakota del Norte. Un agente de la oficina de Minneapolis les esperaba con un coche. Dejó claro que Brogan y Milosevic no le impresionaban, pero no le importó mostrar abiertamente la grata impresión que le causaba conocer al agente al mando de Chicago. En cambio, conocer a Harland Webster le ponía muy nervioso. Quería demostrarle lo implicado que estaba en el caso.

—Hemos encontrado su escondite, señor —dijo—. Lo usaron anoche y siguieron adelante. Está muy claro. Como a kilómetro y medio de donde han encontrado el cadáver.

Los llevó en dirección noroeste, dos horas de silencio tenso y sombrío mientras el coche avanzaba como un insecto por entre interminables campos de cebada, trigo, alubias y avena. Luego, giró a la derecha y sus faros dejaron al descubierto un panorama de prados interminables bajo un cielo de color gris oscuro. El sol se había puesto ya. El agente local condujo por rectas y curvas hasta que aparcó junto a la valla de un rancho. La valla desaparecía en la oscuridad, pero los faros delanteros del coche alcanzaban a iluminar una cinta policial dispuesta entre un par de árboles y un coche patrulla, además de una furgoneta del servicio forense aparcada a unos veinte metros.

—Aquí es donde han encontrado el cadáver.

Llevaba una linterna. No había mucho que ver: una zanja entre el asfalto y la valla, llena de barro y hierba crecida y pisoteada en una zona de unos diez metros de largo. El cadáver ya no estaba, pero el forense les había esperado para darles los detalles.

—Es muy raro —les dijo—. Al tipo lo han asfixiado. Eso está claro. Lo ahogaron, cabeza abajo contra una superficie blanda. Tenía petequias por toda la cara, y en los ojos. Son pequeños puntitos rojos, hemorragias producidas por la asfixia.

McGrath se extrañó y le preguntó:

—¿Y qué tiene eso de raro? Yo también habría asfixiado a ese cabrón de mierda de haber tenido la oportunidad.

—El antes y el después —respondió el médico—. La violencia extrema de antes. Yo diría que al tipo lo estrellaron contra una pared, puede que contra el lateral de una furgoneta. Tenía fracturadas la parte trasera del cráneo y tres vértebras. Y le pegaron una patada en el estómago. Tenía el interior hecho un asco. Colgando. Violencia extrema y una fuerza espectacular. No sé quién lo habrá hecho, pero no me gustaría que se cabreara conmigo, eso lo tengo muy claro.

—¿Y el después? —preguntó McGrath.

—Han movido el cadáver. El patrón hipostático no tiene ni pies ni cabeza. Parece como si alguien le hubiera dado una paliza, lo hubiera asfixiado, lo hubiera dejado en el sitio una hora y, después, se lo hubiera pensado mejor y lo hubiera tirado aquí.

Webster, McGrath y Brogan aprobaron con un gesto. Milosevic miraba la zanja. Se reagruparon en la curva y se quedaron observando el vasto paisaje unos instantes, tras lo que volvieron juntos al coche.

—Gracias, doctor —dijo Webster pensativo—. Buen trabajo.

El forense asintió. Cerraron las puertas del coche de golpe. El agente local

arrancó y siguió por la carretera, en dirección oeste, hacia donde se había puesto el sol.

—El alto es el jefe —dijo Webster—. Eso es evidente, ¿no? Ha contratado a los tres tipos para que hicieran un trabajo para él. Peter Wayne Bell se pasó de la raya. Empezó a molestar a Holly. Una mujer indefensa, inválida, joven y guapa, una tentación para un animal así, ¿no creéis?

—Sí —respondió Brogan—. El tipo alto es un profesional. Un mercenario, un terrorista o lo que sea. Molestar a la secuestrada no estaba dentro de sus planes, así que se cabreó y se deshizo de Bell. Para inculcar disciplina a las tropas.

Webster asintió y, a continuación, dijo:

—Tiene que ser eso. Solo ha podido ser el grandullón. En parte porque es el jefe y, por tanto, la autoridad, y en parte porque es el único con tal poderío físico como para causar daños tan graves.

—¿Lo hizo para protegerla? —preguntó McGrath.

—Protegía su inversión —matizó Webster con amargura.

—Así que puede que siga estando bien... —comentó McGrath.

Nadie dijo nada. El coche tomó una curva cerrada a la izquierda kilómetro y medio después y se metió por una vereda. Había tantos baches que la luz de los faros no paraba de saltar, hasta que alumbró un pequeño grupo de edificios de madera.

—Aquí es donde pararon —dijo el agente local—. Es un antiguo rancho.

—¿Está habitado? —preguntó McGrath.

—Lo estaba hasta ayer. Hoy no hay ni rastro de vida.

Aparcó delante de la cuadra. Los cinco salieron a oscuras. Las puertas de la cuadra estaban abiertas. El agente local se quedó junto al coche y Webster, McGrath, Brogan y Milosevic entraron. Buscaron con las linternas. Estaba oscuro y húmedo. El suelo estaba empedrado, verdoso por el musgo. Compartimentos para caballos a ambos lados. Siguieron adelante. Por el

pasillo y hasta el final. El último compartimento de la derecha estaba salpimentado con un disparo de escopeta. La pared de atrás casi se había desintegrado. Algunos de los tablones se habían caído. Había astillas de madera por todas partes, madera podrida.

En el último compartimento de la izquierda había un colchón. Tirado de lado en una de las esquinas del empedrado musgoso. En la pared del fondo había una cadena atada a un aro de hierro. El aro llevaba un siglo sirviendo para sujetar caballos con una cuerda. La noche anterior había sujetado a una mujer con una cadena que llevaba atada a la muñeca. Webster se agachó y cogió las brillantes esposas de cromo. Una de las manillas estaba atada a la cadena. Brogan se agachó y cogió cabellos largos y oscuros del colchón. Luego, se unió a Milosevic y buscó uno a uno en los diferentes compartimentos. McGrath estuvo observándolos unos momentos. Después, salió de la cuadra. Se quedó mirando hacia el oeste, hacia el punto por el que se había puesto el sol. Se quedó mirando la oscuridad infinita en aquella dirección como si fuera capaz de enfocar la vista a ochocientos kilómetros y ver a Holly con nitidez.

Nadie podía ver a Holly porque estaba sola, encerrada en una celda que habían construido para ella. Cuatro mujeres silenciosas, con la cara pintada, vestidas con uniforme verde de camuflaje nocturno, y con armas automáticas colgando del hombro y cargadores de munición repiqueteando al cinto, se habían hecho cargo de ella en el claro del bosque y se la habían llevado. Se la habían arrancado de los brazos a Reacher y, entre un montón de siseos, escupitajos y abuceos, la habían arrastrado a oscuras por el claro, hasta los árboles. Luego, la habían obligado a recorrer un doloroso kilómetro y medio por una senda pedregosa hasta salir del bosque y llegar al enorme edificio blanco. No habían hablado con ella. Se habían limitado a obligarla a marchar y a empujarla escaleras arriba hasta el segundo piso. Habían abierto la nueva y robusta puerta y la habían empujado escalón arriba para que entrase en la habitación. El escalón tenía más de treinta centímetros de altura. El suelo de la habitación era más alto que el del pasillo. Se arrastró hacia el interior y oyó cómo cerraban la puerta de golpe y echaban la llave, ruido que resonó con fuerza detrás de ella.

No había ventanas. Una bombilla encerrada tras una pequeña reja de alambre iluminaba la habitación con una luz amarilla, caliente y brillante. Las cuatro paredes, el suelo y el techo estaban hechos con tablones de pino nuevo, sin tratar, que aún conservaban un fuerte aroma a madera recién cortada. Al fondo de la habitación había una cama. Un sencillo armazón de hierro con un colchón muy viejo. Como un catre del ejército o el camastro de una prisión. Sobre la cama había dos mudas de ropa. Dos pantalones del

ejército y dos camisetas. De color verde apagado, como las prendas de las cuatro mujeres silenciosas. Cojeó hasta la cama y las tocó. Viejas y usadas, pero limpias. Planchadas. Las rayas de los pantalones parecían afiladas como cuchillas.

Se dio la vuelta e inspeccionó la habitación con cuidado. No era pequeña —debía de tener unos catorce metros cuadrados—, pero tenía la sensación de que era más pequeña de lo que debería. Las proporciones eran extrañas. Había notado que el suelo estaba elevado. Era unos treinta centímetros más alto que el del pasillo. Supuso que con las paredes y el techo pasaba lo mismo. Se acercó renqueando a una de las paredes y la golpeó suavemente. Sonaba apagado. Había una cavidad detrás. Alguien había construido aquella sencilla estructura de madera dentro de una habitación más grande. Y estaba muy bien construida. Los tablones estaban rectos y bien unidos los unos a los otros. Los resquicios mínimos que había entre ellos estaban húmedos. Observó con atención aquella humedad y olió el aire. Se estremeció. La habitación olía a miedo.

Una de las esquinas estaba cubierta con tablones. Era una sencilla partición diagonal en la que había una puerta. Se acercó cojeando y la abrió. Un cuarto de baño. Un retrete. Un sumidero. Un cubo de basura con una bolsa de plástico nueva. Y una alcachofa de ducha sobre una pequeña bañera. Cerámica blanca, barata, pero nueva. Instalada con cuidado. Con las baldosas bien puestas. Jabón y champú en una repisa. Se apoyó en la jamba y se quedó mirando la ducha. Se quedó mirándola largo rato. Luego se quitó el traje de Armani, que estaba muy sucio. Lo hizo una bola y lo tiró al cubo de basura. Abrió la ducha y se metió debajo del torrente de agua. Se lavó el pelo tres veces. Se enjabonó el cuerpo, que le dolía a rabiarse. Se quedó debajo del agua casi una hora.

Luego volvió cojeando a la cama y eligió uno de los uniformes. Le quedaba, como quien dice, perfecto. Se tumbó en la cama. Miraba el techo de

pino y escuchaba el silencio. Por primera vez en más de sesenta horas, estaba sola.

Reacher no estaba solo. Seguía en el claro del bosque. Estaba a unos seis metros de la Econoline blanca, encadenado a un árbol, custodiado por seis hombres silenciosos con metralletas. Los perros campaban a sus anchas por el claro. Reacher tenía la espalda apoyada en la rugosa corteza, esperando, observando a sus centinelas. Tenía frío. Notaba cómo la resina del pino se le pegaba a la camisa. Los guardias eran cautelosos. Estaban de pie, en fila, a unos dos metros de él, apuntándole, con los ojos blancos recortados en su rostro ennegrecido. Vestían un uniforme verde aceituna. Llevaban una especie de etiquetas semicirculares en los hombros, pero estaba demasiado oscuro para poder leerlas.

Los seis hombres debían de rondar los cuarenta años. Eran esbeltos y llevaban barba. Estaban cómodos con las armas. Alerta. En silencio. Acostumbrados a tareas nocturnas. Eso era evidente. Parecían los supervivientes de un pequeño pelotón de infantería. Como si hubieran entrado en el bosque hacía veinte años, de patrulla nocturna, cuando aún eran reclutas jóvenes, y no se hubiera vuelto a saber nada de ellos.

Se pusieron firmes cuando oyeron pasos a sus espaldas. En mitad de la silenciosa noche, el ruido era tan fuerte que resultaba grotesco. Las botas hacían crujir el esquisto y las culatas de las armas resonaron en las palmas de las manos. Reacher miró hacia el claro y vio a un séptimo hombre que se acercaba. Más joven, puede que de unos treinta y cinco años. Era alto, iba muy bien afeitado, sin camuflaje en la cara, con el uniforme impecable y las botas relucientes. Tenía las mismas etiquetas semicirculares en los hombros. Era una especie de oficial.

Los seis soldados cuarentones de infantería se hicieron a un lado y



saludaron al recién llegado mientras este se acercó por la grava hasta estar cara a cara con Reacher. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y un cigarrillo del paquete. Lo encendió y mantuvo el mechero encendido para iluminar la cara de Reacher. Se quedó mirando la llama titilante como con la mirada perdida. Reacher lo observó. Tenía la cabeza pequeña y los hombros anchos, el rostro surcado de arrugas profundas y prematuras. A la severa sombra de la llama, daba la sensación de que no tuviera labios. Como si solo hubiera una ranura allí donde debería estar la boca. Ojos fríos pero brillantes y no muy separados de las cejas. Un corte de pelo militar, rapado, puede que de hacía una semana, que ya había empezado a crecer. Se quedó mirando a Reacher y dejó que la llama se apagara. Se pasó una mano por la cabeza. Reacher oyó el sonido rasposo que hacía el pelo en mitad de la silenciosa noche.

—Soy Dell Fowler. Soy el jefe del Estado Mayor de aquí.

Voz tranquila. De la Costa Oeste. Reacher asintió, despacio.

—¿Y de qué ejército eres jefe?

—¿No te lo ha explicado Loder?

—Loder no me ha explicado nada. Bastante tenía con conseguir traernos hasta aquí.

Fowler asintió y sonrió, pero era una sonrisa fría.

—Loder es idiota —dijo—. Ha cometido cinco fallos muy graves. Tú eres uno de ellos. Ahora mismo, está de mierda hasta las cejas. Y tú también.

Hizo un gesto a uno de los centinelas, que se acercó y le entregó una llave que llevaba en el bolsillo. El centinela permaneció de pie, arma en ristre y Fowler desató la cadena de Reacher. Esta cayó al suelo repiqueteando por el tronco del árbol. Metal sobre madera, un sonido estruendoso en la noche boscosa. Uno de los perros se acercó y la olió. Entre los árboles había gente. Reacher se puso de pie y se frotó el antebrazo para facilitar la circulación. Los seis guardias dieron un paso adelante. Tenían las armas preparadas.

Mientras se fijaba en los cañones, Fowler le cogió del brazo y le dio la vuelta. Volvió a esposarle las manos, a la espalda. Asintió. Dos guardias se fundieron con los árboles. Un tercero le clavó el cañón del arma en la espalda. Un cuarto se situó por detrás. Dos caminaban por delante. Fowler se puso al lado de Reacher y le cogió del codo. Lo llevó, por el centro del claro, hasta una pequeña cabaña de madera que había en la zona opuesta. Sin árboles alrededor, la luz de la luna era más brillante. Reacher consiguió leer lo que ponía en la etiqueta del hombro de Fowler: MILICIA DE MONTANA.

—¿Estamos en Montana? Loder ha dicho que era un país nuevo.

Fowler se encogió de hombros.

—Se ha apresurado. Ahora mismo, esto aún es Montana.

Llegaron a la cabaña. Los dos hombres que iban delante abrieron la puerta. Una luz amarilla se derramó por la oscuridad. El guardia que apuntaba a Reacher a la espalda usó el cañón de esta para empujarle al interior. Loder estaba de pie contra la pared más alejada. Tenía las manos esposadas a la espalda. Lo custodiaba otro esbelto barbudo con metralleta. Este era un poco más joven que los demás soldados y llevaba la barba más aseada. Tenía una cicatriz rojiza que le recorría un lado de la frente.

Fowler se acercó a un escritorio sencillo y se sentó. Señaló una silla. Reacher se sentó, esposado, con seis milicianos a la espalda. Fowler observó cómo se sentaba y, después, centró su atención en Loder. Reacher siguió su mirada. El lunes, la primera vez que vio a Loder, le había parecido una persona dotada de unas competencias calmadas, de una mirada penetrante y de autocontrol. Todo eso había desaparecido. El tipo temblaba de miedo. Las esposas repiqueteaban a su espalda. Reacher pensó: «A este le aterrorizan sus líderes».

—Así que cinco fallos —dijo Fowler.

Su tono de voz seguía siendo tranquilo. Y confiado. Relajado. El tono tranquilo y confiado de una persona que está muy segura del poder que tiene.

Fowler no dijo nada más, se quedó callado, y Reacher escuchó, detrás de él, el crujir de unas botas sobre la madera.

—Lo he hecho lo mejor que he podido. La he traído, ¿no?

Su tono de voz era de súplica, de lamento. El tono de una persona que sabe que está metida en un buen lío pero que no tiene muy claro por qué.

—La he traído, ¿no? —repitió.

—De milagro —respondió Fowler—. Has causado muchos problemas en otras partes. Hay gente que ha tenido que dejar sus tareas para maquillar tu incompetencia.

—Pero ¿qué he hecho mal?

Se apartó un poco de la pared, con las manos aún esposadas, hasta que estuvo en el campo de visión de Reacher. Lo miró desesperado, como si le estuviera pidiendo que corroborara su testimonio.

—Cinco fallos —insistió Fowler—. Primero: quemar la camioneta. Segundo: quemar el coche. Demasiado visible. ¿Por qué no has puesto un anuncio en el periódico?

Loder no respondió. Su boca se movía, pero no salían sonidos por ella.

—Tres: te traes a este tío.

Loder miró a Reacher una vez más y negó vigorosamente con la cabeza.

—Este tío es un don nadie. No van a venir a buscarle.

—Pero deberías haber esperado. Cuatro: has perdido a Peter. ¿Qué le ha pasado?

Loder se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Se ha asustado —dijo Fowler—. Estabas cometiendo tantos fallos que se ha asustado y ha huido. Eso es lo que ha pasado. ¿Tienes alguna otra explicación?

Loder lo miraba perplejo.

—Y cinco: has matado al puto dentista. Eso no lo van a pasar por alto, ¿no

crees? Se suponía que era una operación militar, ¿no? Política, ¿no? Has añadido un factor.

—¿Qué dentista? —preguntó Reacher.

Fowler lo miró y sonrió con aire indulgente —no tenía labios—, como si Reacher fuera público que pudiera usar para humillar un poco más a Loder.

—El coche se lo robaron a un dentista. El tipo los pilló con las manos en la masa. Deberían haber esperado hasta que no hubiera nadie.

—Se puso en medio. No podíamos traerle con nosotros, ¿no?

—Pues a mí me habéis traído —le recordó Reacher.

Loder lo miró como si fuera gilipollas.

—El dentista era judío. Este no es lugar para judíos.

Reacher miró a su alrededor. Miró las etiquetas de los hombros. MILICIA DE MONTANA, MILICIA DE MONTANA y más MILICIA DE MONTANA. Asintió despacio. Sí, estaba claro, un país nuevo.

—¿Adónde habéis llevado a Holly? —preguntó a Fowler.

Este le ignoró porque todavía estaba tratando con Loder.

—Mañana se celebrará tu juicio. Un tribunal especial. Lo presidirá el comandante. Se te acusa de poner en peligro la misión. Yo seré el fiscal.

—¿Dónde está Holly? —insistió Reacher.

Fowler le soltó una mirada fría.

—Cerca. No te preocupes por ella.

Luego, miró por encima de Reacher y les dijo a los guardias:

—Tumbad a Loder en el suelo.

El cabecilla de los secuestradores no se resistió lo más mínimo. Permitió que el más joven, el de la cicatriz, lo sujetara. El miliciano que tenía más cerca le dio la vuelta al arma y le golpeó en el estómago con la culata. Reacher oyó cómo se le escapaba el aire. El más joven lo soltó y pasó por encima de él, camino de la puerta, con el deber cumplido. Cerró la puerta de golpe. Fowler se dirigió a Reacher.

—Bueno, ahora hablemos de ti.

Su tono de voz seguía siendo calmado. Calmado y confiado. Seguro. Pero no era difícil sentirse seguro en mitad de la nada con varios subordinados armados rodeando a tu rival, que estaba esposado. Un hombre esposado que acababa de presenciar una muestra de poder y brutalidad.

—¿Qué pasa conmigo? Ya sabes cómo me llamo. Se lo dije a Loder y seguro que él te lo ha dicho a ti. Seguro que eso lo ha hecho bien. No hay mucho más que decir.

Silencio. Fowler pensó al respecto. Asintió.

—Esta decisión debe tomarla el comandante.

Fue la ducha lo que la convenció. Basaba sus conclusiones en ella. Buenas y malas noticias. Un cuarto de baño nuevo, barato, pero con todo lo que cualquier mujer de esas a las que les gusta tener la casa impecable tendría en su caravana del camping. Aquel cuarto de baño le proporcionaba muchos datos a Holly.

Le decía que era una rehén y que iban a tenerla allí una larga temporada, pero iban a tratarla con cierto respeto. Por el valor que tenía ella en algún tipo de trato. Tenían que cuidarla de manera que nadie tuviera fundamentos para poner en duda su comodidad diaria y su seguridad. Había que apartar aquellos factores de la negociación. Aquellos factores tenían que darse por hecho. Iba a ser una prisionera importante. Por lo que valía. Por ser quien era.

Pero no exactamente por ser quien ella era. Sino por quién era su padre. Por las conexiones que él tenía. Se suponía que iba a tener que quedarse allí, en aquella opresiva habitación impregnada de miedo, y ser «la hija de». Sentarse y esperar mientras otros —uno y otro bando— sopesaban cuánto valía. Mientras reaccionaban a su aprieto sintiéndose más tranquilos porque tenía una ducha para ella sola.

Bajó de la cama. «A la mierda», pensó. No pensaba quedarse allí sentada y dejar que la usaran como moneda de cambio. Empezaba a sentirse furiosa. Furia que fue convirtiéndose en una voluntad de hierro. Llegó cojeando hasta la puerta y probó el picaporte por vigésima vez. Luego oyó pasos en las escaleras. Retumbaban por el pasillo. Se detuvieron frente a su puerta. Oyó que una llave hacía girar la cerradura. El picaporte se movió mientras ella aún lo tenía sujeto. Dio un paso atrás y la puerta se abrió.

Empujaron a Reacher al interior de la habitación. Detrás de él atisbó unas personas vestidas de camuflaje. Una vez estuvo dentro, cerraron la puerta. Holly oyó cómo echaban la llave y pasos que se alejaban. Reacher miraba en derredor.

—Parece que vamos a tener que compartir esto.

Lo miró, pero no dijo nada.

—Solo esperaban tener un invitado —añadió él.

Holly no respondió. Se limitó a observar cómo él examinaba la estancia. Las paredes, el suelo, el techo. Se giró y miró el cuarto de baño. Asintió para sí. Se dio la vuelta y la miró, esperando a que la mujer hablara. Ella estaba pensando qué decir y cómo hacerlo.

—Es una cama individual —dijo al fin.

Intentó que pareciera que sus palabras significaran más de lo que significaban en realidad. Intentó que parecieran un discurso. Un argumento muy bien razonado. Intentó que dijeran: «Vale, a ver, en la furgoneta estábamos cerca. Vale, sí, nos hemos besado. Dos veces. La primera vez ha sucedido, sin más. La segunda vez te lo he pedido porque necesitaba consuelo; pero, ahora, llevamos separados una o dos horas. El tiempo suficiente como para que me sienta un poco estúpida por lo que he hecho». Intentó que sus cuatro palabras transmitieran todo aquello al tiempo que lo miraba a los ojos para comprobar cuál era su reacción.

—Hay otra persona, ¿verdad? —dijo él.

Se dio cuenta de que lo decía en broma, que era un chiste con el que hacerle ver que estaba de acuerdo con ella, que lo entendía, una manera de que no tuvieran que sentirse mal por aquello. Pero ella no sonrió. Lo que hizo fue asentir.

—Sí, hay alguien. No sé qué decir. Si no fuera así, puede que no me importase compartirla.

«Parece decepcionado», pensó.

—De hecho, lo más probable es que quisiera, pero hay otro y lo siento. No sería buena idea.

La cara de Reacher era un poema y Holly sintió que tenía que decir algo más.

—Lo siento. No es que no quiera.

Lo observaba. Reacher se encogió de hombros. Holly se dio cuenta de que estaba pensando: «Tampoco es el fin del mundo. —Y después—: Solo lo parece». Holly se sonrojó. Era absurdo, pero se sentía agradecida. Aunque quería cambiar de tema a toda costa.

—¿Qué está pasando? ¿Te han contado algo?

—¿Y quién es el afortunado?

—Simplemente alguien. ¿Qué está pasando aquí?

Reacher tenía la mirada perdida. La miraba, pero no la veía.

—Pues qué suerte tiene.

—Ni siquiera lo sabe.

—¿Que has desaparecido?

Holly negó con la cabeza.

—Que me siento así.

Reacher la miró. No respondió. Permanecieron un buen rato en silencio. Luego Holly volvió a oír pasos. A toda prisa, en el exterior del edificio. Que entraban de forma estrepitosa. Que subían las escaleras. Se detuvieron ante su puerta. Volvieron a abrir la cerradura. Volvieron a abrir la puerta. Seis

guardias entraron con gran estrépito. Seis metralletas. Holly dio un paso atrás y la rodilla le dolió. La ignoraron por completo.

—El comandante está listo para verte, Reacher —dijo el que iba delante.

Le hizo una señal para que se diera la vuelta. Le esposó las manos a la espalda. Le apretaban las muñecas. Lo empujó hacia la puerta con el cañón del arma, hasta que salió al pasillo. El grupo cerró la puerta de golpe y echó la llave.

Fowler se quitó los auriculares y detuvo la grabadora.

—¿Hay algo? —preguntó el comandante.

—No. Le ha dicho que solo hay una cama y él parecía molesto. Creo que quiere tirársela. Le ha dicho que tiene novio.

—Eso no lo sabía. ¿Ha dicho quién?

Fowler negó con la cabeza.

—Pero ¿se oye bien?

—Alto y claro —dijo Fowler.

A Reacher lo empujaron para obligarle a bajar las escaleras y volvieron a sacarlo a la noche. Le hicieron volver por donde había venido, por kilómetro y medio de sendero pedregoso. El líder le cogió con fuerza del codo y le obligó a apresurarse. Tenían prisa. Casi iban corriendo. Usaban el cañón del arma como cayados para guiar al ganado. Recorrieron la distancia en quince minutos. Cruzaron el claro en dirección a la cabaña de madera. Le empujaron de forma brusca para que entrara.

Loder seguía en el suelo, pero había otra persona sentada al sencillo escritorio. El comandante. Reacher lo tenía claro. Era una figura extraordinaria. De algo más de metro ochenta y de unos ciento ochenta kilos. Unos treinta y cinco años, pelo denso, tan rubio que casi parecía blanco, muy



recortado en los laterales y largo por arriba, como un escolar alemán. La cara blanda y rosada, gorda, hinchada, y con los pómulos enrojecidos, como si se hubiera puesto colorete. Sus ojos, casi incoloros, eran pequeños, apenas una abertura entre las mejillas y sus cejas blancas. Los labios los tenía rojos y fruncidos, con un mentón tan fuerte como para soportar todo aquel sebo.

Llevaba un enorme uniforme negro. Una camisa negra inmaculada, de corte militar, sin otras insignias que las que llevaban todos en los hombros. El cinturón era ancho y de cuero y resplandecía como un espejo. Pantalones de montar nuevos, con la cintura ensanchada y por dentro de unas botas negras altas tan lustrosas como el cinturón.

—Pasa y siéntate —dijo muy tranquilo.

Los milicianos empujaron a Reacher hasta la misma silla de antes. Se sentó, con las manos esposadas a la espalda. Los guardias permanecieron a su alrededor, muy atentos, sin atreverse a respirar, mirando al infinito.

—Me llamo Beau Borken. Soy el comandante aquí.

Tenía un tono de voz agudo. Reacher lo miró y notó como si irradiase un aura. El brillo de la autoridad total.

—Tengo que tomar una decisión y quiero que me ayudes a hacerlo.

Reacher se dio cuenta de que había apartado la vista. Como si el brillo le deslumbrara. Se obligó a girar la cabeza y mirar a los ojos a aquel tipo de cara blanca y redonda.

—¿Qué decisión?

—Matarte o no matarte.

Holly quitó el embellecedor de la bañera. Sabía que había fontaneros que dejaban basura detrás de la bañera, donde no se veía, oculta por el embellecedor. Recortes de tubería, pedazos de madera, incluso herramientas. Cuchillas usadas, llaves inglesas. Objetos que podían resultarle de utilidad.

En algunos de los apartamentos en los que había vivido había encontrado de todo. Pero allí no había nada. Se tumbó y fue palpando los recovecos de detrás, pero nada.

Y el suelo también era de lo más sólido. Las tuberías entraban por agujeros hechos a medida. Era el trabajo de un experto. Podría haber metido algo largo por el retrete. O usarlo de palanca para soltar alguna tabla. Pero allí no había ninguna palanca. Ni nada que se le pareciese. La barra del toallero era de plástico. Se doblaría y se rompería. No había nada más. Se sentó en el suelo y dejó que la decepción se apoderara de ella. Luego oyó más pasos frente a la puerta.

Esta vez hacían poco ruido. Apagados, sin repiqueteos. Alguien se acercaba en silencio y con cautela. Alguien que no venía por asuntos oficiales. Se puso de pie despacio. Salió del cuarto de baño y cerró la puerta para ocultar que lo había desmantelado. Se acercó cojeando a la cama mientras la cerradura hacía clic y la puerta se abría.

Entró un hombre. Era joven e iba vestido con uniforme de camuflaje y la cara pintada de negro. Tenía una cicatriz rojiza que le cruzaba el lateral de la frente. Del hombro le colgaba una metralleta. Se dio la vuelta y cerró la puerta en silencio. Volvió a darse la vuelta. Tenía un dedo en los labios.

Holly lo miraba. Notó que la ira la embargaba. Esta vez no estaba encadenada. Esta vez, iba a matarlo. Al verle la lógica a la situación, sonrió como si estuviera loca. El cuarto de baño hacía que tuviera claro que no le harían nada. Era una prisionera muy importante. Se suponía que tenían que tratarla con dignidad y respeto. Si alguien venía a abusar de ella y lo mataba, no podrían hacerle nada, ¿verdad?

Pero el hombre de la cicatriz le hizo un gesto en dirección al baño. Entró poco a poco y le mantuvo la puerta abierta. Le hizo un gesto para que le siguiera. Ella se acercó renqueando. Él se fijó en que el embellecedor estaba

en el suelo y negó con la cabeza. Abrió el agua de la ducha. La dejó correr por la bañera vacía.

—Tienen micrófonos —dijo el hombre—. Están escuchándote todo el rato.

—¿Quién coño eres?

El hombre se agachó y volvió a poner el embellecedor en su sitio.

—No te va a servir de nada. No hay forma de salir.

—Tiene que haberla.

El hombre negó con la cabeza.

—Hicieron una prueba. El comandante encerró aquí a uno de los que la habían construido. Le dijo que, si no conseguía salir, le amputaba los brazos. Así que supongo que se esforzó al máximo, ¿no?

—¿Y qué sucedió?

El hombre la miró.

—El comandante le amputó los brazos.

—¿Quién coño eres?

—FBI. Antiterrorismo. Infiltrado. Voy a tener que sacarte de aquí.

—¿Cómo?

—Mañana. Puedo conseguir un todoterreno militar. Tendremos que correr para llegar a él. No puedo pedir ayuda porque están rastreando mi transmisor. Cogeremos el todoterreno y nos dirigiremos al sur, a ver qué pasa.

—¿Y Reacher? ¿Adónde lo han llevado?

—Olvídate de él. Lo habrán matado antes de que amanezca.

Holly negó con la cabeza.

—No pienso irme sin él.

—Loder me desagrada —comentó Beau Borke.

Reacher se encogió de hombros y miró hacia abajo. Loder se había recogido hasta quedarse en posición fetal, muy pegado a la pared.

—¿Y a ti?

Reacher no respondió.

—¿Te gustaría darle una patada?

Reacher permaneció en silencio. Era capaz de ver adónde pretendía llegar aquel juego. Si decía que sí, querían que le hiciera mucho daño al secuestrador. Cosa a la que, en principio, no tenía objeción, pero que preferiría hacer según sus condiciones. Si decía que no, Borken le diría que era un cobarde que carecía de sentido de la justicia natural y de amor propio. Era un juego muy evidente y en el que era imposible ganar. Así que permaneció en silencio, que era una táctica que había usado un millón de veces: si tienes dudas, mantén la boca cerrada.

—¿En la cara? —preguntó Borken—. ¿O puede que en las pelotas?

Loder miraba a Reacher. Había algo en su rostro. Se dio cuenta de lo que era. Abrió los ojos como platos. Loder le estaba implorando que le pegara una patada, supuso que para que no fuera Borken el que lo hiciera.

—Loder, tumbate.

El secuestrador apartó las caderas de la pared y bajó los hombros hacia el suelo. Se retorció y se esforzó por tumbarse de espaldas. Borken le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza al guardia que tenía más cerca.

—En la cara.

El guardia se acercó a su compañero y, con la suela de la bota, le obligó a que la cara mirara hacia la habitación. Luego, dio un paso atrás y le pegó una patada. Un golpe fuerte con una bota dura. La cabeza de Loder salió disparada contra la pared e hizo un ruido sordo al chocar contra ella. El hombre empezó a sangrar por la nariz. Borken lo observó un buen rato, pero sin gran interés. Luego, volvió a dirigirse a Reacher.

—Loder es uno de mis amigos más antiguos.

Reacher no dijo nada.

—Eso da pie a dos preguntas, ¿no? Primera: ¿por qué aplico una disciplina

tan estricta, incluso a mis amigos más antiguos? Y segunda: ¿si así es como trato a mis amigos, qué les haré a mis enemigos?

Reacher no dijo nada. Si dudas, mantén la boca cerrada.

—Trato a mis enemigos muchísimo peor. Tanto, que no querrás ni imaginarlo. No querrás, créeme. ¿Y por qué soy tan estricto? Porque estamos a dos días de un momento único en la historia. Van a tener lugar una serie de acontecimientos que cambiarán el mundo. Tenemos planes y operaciones en marcha. Por tanto, he de ser más cuidadoso si cabe. Mi viejo amigo Loder es víctima de una fuerza histórica. Y me temo que tú también.

Reacher no dijo nada. Bajó la mirada y observó a Loder. Estaba inconsciente. Respiraba con dificultad a través de la sangre de la nariz, que iba coagulándose.

—¿Tienes algún valor para mí como rehén?

Reacher lo pensó. No respondió. Borken le miraba a la cara y sonrió. Sus labios rojos se abrieron por encima de sus dientes, blancos y pequeños.

—Ya imaginaba que no. Así que, ¿qué hago con alguien que no tiene valor para mí como rehén? ¿Y más en un momento de gran tensión histórica?

Reacher permaneció en silencio. Observando. Inclinandose hacia delante, preparándose.

—¿Crees que te vamos a pegar una paliza?

Reacher tensó las piernas, listo para saltar.

—Tranquilo. No vamos a hacerlo. Cuando sea el momento, te pegaremos un tiro en la cabeza. En la nuca. No soy idiota, ¿sabes? Tengo ojos y cerebro. ¿Cuánto mides, uno noventa y cinco? ¿Y cuánto pesas, cien kilos? Está claro que estás en forma y que eres fuerte. Y fíjate, estás poniendo los muslos en tensión para pegar un salto. Es evidente que, de una u otra manera, estás entrenado. Pero no eres boxeador. Porque no te han partido la nariz. Un peso pesado como tú al que no le han roto la nariz tendría que ser un talento fenomenal y no he visto tu foto en los periódicos. Así que eres un tío que

pelea, puede que incluso hayas estado en el ejército, ¿eh? Así que tendré cuidado contigo. Nada de palizas, simplemente una bala.

Los guardias entraron en acción. Seis rifles se descolgaron de seis hombros y seis dedos se pusieron sobre seis gatillos.

—¿Has estado en la cárcel?

Reacher habló por primera vez:

—No.

—Vaya, un ciudadano modélico.

Reacher se encogió de hombros.

—Supongo —respondió.

Borken asintió.

—Voy a pensar en ello. Te comunicaré a primera hora de la mañana si vives o mueres, ¿de acuerdo?

Levantó su voluminoso brazo derecho y chasqueó los dedos. Cinco de los seis milicianos se movieron. Dos fueron a la puerta y la abrieron. Un tercero salió fuera pasando entre ambos. Los otros dos esperaron. Borken se puso de pie con una agilidad sorprendente para una persona tan obesa y rodeó el escritorio. El suelo de madera crujía bajo su peso. Los cuatro guardias que estaban esperando lo siguieron cuando él salió, sin ni siquiera volver la cabeza.

Cruzó el claro y entró en otra cabaña. Fowler le estaba esperando con los auriculares en la mano.

—Creo que ha entrado alguien.

—¿Lo crees?

—He vuelto a oír la ducha. Ha entrado alguien que sabe lo de los micrófonos. Ya se ha dado una ducha, ¿no? ¿Para qué iba a darse otra? Alguien ha entrado y ha abierto la ducha para que no se les oyera.

—¿Quién?

Fowler negó con la cabeza.

—No lo sé, pero puedo intentar averiguarlo.

Borken asintió.

—Sí, inténtalo. Intenta averiguarlo.

En las cabañas que servían de alojamiento, hombres y mujeres trabajaban en la penumbra limpiando los rifles. Las noticias sobre Loder habían corrido como la pólvora. Todos sabían ya lo del juicio. Y todos sabían cuál sería la sentencia más probable. Seis de ellos serían elegidos para el pelotón de fusilamiento. Si es que se requería un pelotón de fusilamiento. La mayoría de ellos pensaba que así sería. En el caso de un oficial como Loder, el comandante podría limitarlo a un pelotón de fusilamiento. Puede que nada peor que eso. Así que limpiaron los rifles, después de lo cual los cargaron, les pusieron el seguro y los dejaron junto a la cama.

Aquellos que acumulaban más deméritos y que, por tanto, tenían más probabilidades de formar parte del pelotón, intentaron dormir. Si el comandante no lo limitaba a un pelotón de fusilamiento, puede que tuvieran que hacer mucho más trabajo. Un trabajo muy desagradable. Y aunque a Loder solo lo castigaran con el pelotón, aún quedaba el otro tipo, ese grande que había llegado con la puta federal. No había muchas probabilidades de que sobreviviera al desayuno. No recordaban la última vez que un desconocido extraviado hubiera durado tanto.

Holly Johnson tenía una regla. Era una regla que se había inculcado a sí misma, como un lema familiar y que había quedado reforzada durante su largo entrenamiento en Quantico. Era una regla destilada a partir de miles de

años de historia militar y cientos de años de experiencia legal. La regla decía: espera lo mejor, pero prepárate para lo peor.

No tenía razones para no creer que saldría pitando en un todoterreno en cuanto su nuevo aliado lo hubiera preparado todo. Lo había entrenado el FBI, igual que a ella. Sabía que si la situación fuera al revés, ella lo sacaría a él, sin dudar. Así que sabía que podía quedarse sentada hasta que volviera. Pero no era lo que estaba haciendo. Estaba esperando lo mejor, pero se estaba preparando para lo peor.

Se había dado por vencida con el cuarto de baño. No había manera de salir por allí. Así que había pasado a examinar el resto de la habitación, palmo a palmo. Las tablas de pino nuevo estaban muy bien claveteadas al marco, en las seis superficies. Estaba volviéndose loca. Tablones de dos centímetros y medio de grosor y clavos, la tecnología más antigua que existía, usada durante diez mil años, y no había manera de salir de allí. Para una persona sin herramientas, era como la pared de un acorazado.

Así que se concentró en buscar alguna herramienta. Se sentía como si ella sola estuviera avanzando por la cadena evolutiva de Darwin a toda prisa. Los monos bajaron de los árboles y construyeron herramientas. Se concentró en la cama. El colchón era inútil. Era delgado, viejo y no tenía muelles. El armazón de la cama era más prometedor. Estaba montado con tubos de hierro y codos atornillados entre sí. Si conseguía soltarlos, podría poner uno de los codos al final del más largo de los tubos, con lo que tendría una palanca de dos metros. Pero los tornillos estaban pintados y, aunque tenía unas manos fuertes, no pudo ni siquiera moverlos. Sus dedos resbalaban por el sudor y se hacía daño.

A Loder se lo habían llevado a rastras y a Reacher lo habían dejado solo con el último guardia de la patrulla nocturna. El miliciano se sentó al escritorio y



apoyó el arma en la superficie de madera con el cañón apuntando a Reacher, que estaba sentado enfrente. Aún tenía las manos esposadas a la espalda. Tenía que tomar decisiones. La primera era que bajo ningún concepto iba a pasar toda la noche así sentado. Se quedó mirando con calma al centinela, se puso de pie y deslizó los brazos hacia abajo. Apretó el pecho contra los muslos y pasó los brazos por debajo de los pies. Luego, se sentó recto, con las manos en el regazo, y sonrió.

—Brazos largos —dijo—. Muy útiles.

El miliciano asintió despacio. Tenía el rostro alargado y ojos pequeños, pero mirada penetrante. Le brillaban por encima de la gran barba, entre los manchurroneos de camuflaje, pero era un brillo que parecía bastante inocente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Reacher.

El guardia dudó. Se removió en la silla. Reacher se dio cuenta de que una especie de cortesía innata en él quería que respondiera, pero era evidente que estaba teniendo en cuenta ciertas consideraciones tácticas obvias. Reacher siguió sonriendo.

—Yo soy Reacher. Ahora ya sabes cómo me llamo. ¿Cómo te llamas tú? Si vamos a pasar aquí toda la noche, podríamos ser un poco civilizados, ¿no?

El miliciano volvió a asentir lentamente y se encogió de hombros.

—Ray.

—¿Ray? ¿Es tu nombre o tu apellido?

—Apellido. Joseph Ray.

Reacher asintió.

—Vale, señor Ray. Es un placer.

—Llámame Joe.

Reacher volvió a obligarse a sonreír. Habían roto el hielo. Como en un interrogatorio. Lo había hecho miles de veces. Aunque nunca desde el otro lado del escritorio. Nunca cuando era él quien llevaba las esposas.

—Joe, vas a tener que ayudarme. Necesito un poco de trasfondo. No sé ni

dónde estoy, ni por qué, ni quiénes sois. ¿Podrías ponerme al día con lo más básico?

Ray miró a Reacher como si fuera difícil saber por dónde empezar. Luego empezó a mirar por la habitación, como si se estuviera planteando si, de hecho, tenía permiso para empezar.

—¿Dónde estamos exactamente? Eso podrás decírmelo, ¿no?

—En Montana.

Reacher asintió.

—Vale, pero ¿en qué parte de Montana?

—Cerca de un pueblo llamado Yorke. Un antiguo pueblo minero abandonado.

Reacher volvió a asentir.

—Vale. ¿Qué hacéis aquí?

—Construir un bastión. Un sitio para nosotros.

—¿Para qué?

Ray se encogió de hombros. Tenía dificultad para expresarse. Al principio, no dijo nada. Luego se inclinó hacia delante y empezó con lo que a Reacher le pareció un mantra, algo que hubiera repetido un montón de veces. O algo que le hubieran repetido un montón de veces.

—Vinimos aquí para escapar de la tiranía de Estados Unidos. Tenemos que establecer nuestras fronteras y decir: «Aquí va a ser diferente».

—¿Diferente? ¿A qué te refieres?

—Tenemos que recuperar Estados Unidos. Pedazo a pedazo. Tenemos que construir un sitio en donde el hombre blanco pueda ser libre, vivir en paz sin que le molesten, con las libertades y las leyes adecuadas.

—¿Y crees que vais a conseguirlo?

—Ya sucedió antes. En 1776. La gente dijo: «Basta». Dijo: «Queremos un país mejor». Y, ahora, lo estamos diciendo nosotros. Decimos que queremos recuperar nuestro país. Y vamos a hacerlo. Porque estamos actuando juntos.

Por aquí han pasado decenas de milicias. Todas querían lo mismo. Pero actuaban en solitario. El logro de Beau ha sido unir a la gente. Ahora estamos unidos y vamos a recuperar el país. Empezaremos por aquí. Y vamos a empezar ya.

Reacher asintió. Miró a la derecha y al suelo, donde estaba la mancha oscura que había dejado la sangre de la nariz de Loder.

—¿Lo vais a conseguir así? —preguntó Reacher—. ¿Y qué pasa con lo de votar y la democracia? ¿Con todo eso? Deberíais votar para ver a quién elegís y a quién no queréis, ¿no?

Ray sonrió con tristeza y negó con la cabeza.

—Llevamos doscientos veinte años votando. Cada vez va a peor. Al gobierno no le interesa cómo votamos. Nos están quitando todo el poder. Están entregando nuestro país. ¿Sabes dónde está realmente el gobierno de este país?

Reacher se encogió de hombros.

—En Washington D. C., ¿no?

—Pues no, te equivocas. Está en Nueva York. En el edificio de Naciones Unidas. ¿Nunca te has preguntado por qué el edificio de la ONU está tan cerca de Wall Street? Porque eso es el gobierno. La ONU y los bancos. Son ellos los que dirigen el mundo. Estados Unidos solo es una parte muy pequeña. El presidente no es más que una voz en un puto comité. Por eso votar no sirve para nada. ¿Crees que a la ONU y a los bancos mundiales les importa a quién votemos?

—¿Estás seguro de todo eso?

Ray asintió con energía.

—Por supuesto que estoy seguro. He visto cómo funciona. ¿Por qué crees que enviamos miles de millones de dólares a los rusos cuando aquí tenemos pobreza? ¿Crees que obedece a la capacidad que tiene el gobierno estadounidense de elegir con libertad? Pues los enviamos porque nos lo dicta

el gobierno mundial. ¿Sabías que tenemos campos militares? Cientos de campos por todo el país. La mayoría de ellos son para las tropas de la ONU. Tropas extranjeras, listas para actuar como les demos algún problema. Pero cuarenta y tres de esos campos son campos de concentración. Es donde pretenden meternos en cuanto empecemos a hablar.

—¿Estás seguro de eso?

—Por supuesto que estoy seguro. Beau tiene los documentos. Tenemos pruebas. Están teniendo lugar situaciones que no te podrías ni imaginar. ¿Sabías que, por decreto de las leyes secretas federales, a todos los bebés que nacen en un hospital se les implanta un microchip bajo la piel? Cuando se los llevan, no los pesan y los limpian, sino que están implantándoles el microchip. Dentro de muy poco, los satélites secretos podrán ver dónde está todo el mundo. ¿Crees que la lanzadera espacial se usa para hacer experimentos científicos? ¿Por qué iba a permitir el gobierno mundial un gasto como ese en algo así? ¡Ni de broma! La lanzadera espacial la usan para que ponga en órbita satélites de vigilancia.

—Estás bromeando, ¿no?

Ray negó con la cabeza.

—De ningún modo. Beau tiene los documentos. Y hay otra ley secreta. Un tío de Detroit le envió los papeles a Beau. Todos los coches fabricados en Estados Unidos desde 1985 tienen un radiotransmisor secreto para que los satélites sepan por dónde circulan. Te compras un coche y en las pantallas de radar del edificio de la ONU aparece dónde estás. Minuto a minuto. Noche y día. Entrenan a fuerzas extranjeras en nuestro territorio, fuerzas que están preparadas para la toma de posesión oficial. ¿Sabes por qué enviamos tantísimo dinero a Israel? No es porque nos importe lo más mínimo lo que les pasa a los israelíes. ¿Por qué iba a importarnos? Se lo enviamos porque es allí donde la ONU está entrenando a su ejército secreto mundial. Es como un país experimental. ¿Por qué crees que la ONU nunca les dice nada a los israelíes

cuando invaden a otras gentes? Porque, de hecho, ha sido la ONU la que se lo ha ordenado. Los entrena para apoderarse del mundo. Ahora mismo hay tres mil helicópteros en bases aéreas de todo Estados Unidos, listos para hacer con ellos lo que quieran. Helicópteros pintados de negro, sin marcas.

—¿Estás seguro de eso? —Reacher mantenía un tono de voz a caballo entre la preocupación y el escepticismo—. Nunca había oído nada al respecto.

—Eso demuestra que tengo razón, ¿no?

—¿Por qué?

—Es evidente. ¿O es que pensabas que el gobierno mundial iba a permitir que los medios tuvieran acceso a esa información? El gobierno mundial controla los medios, ¿no? Es su dueño. Así que tiene lógica que aquello que no aparece en los medios es lo que está sucediendo en realidad, ¿no? Te cuentan todo aquello que no tiene importancia y te ocultan lo secreto. Es verdad, créeme. Ya te he dicho que Beau tiene los documentos. ¿Sabías que todas las señales que hay en las autopistas estadounidenses tienen una marca secreta en la parte de atrás? La próxima vez que conduzcas, fíjate. Una marca secreta que sirve para dirigir a las tropas mundiales por el país. Están preparándose para hacerse con el poder. Por eso necesitamos un sitio que nos pertenezca.

—¿Creéis que van a atacaros?

—Sin duda. Van a venir a por nosotros sin pensárselo dos veces.

—¿Y creéis que vais a poder con ellos? ¿Un puñado de gente en un pueblecito de Montana?

Joe Ray negó con la cabeza.

—No somos un puñado. Somos un centenar.

—¿Un centenar? ¿Contra el gobierno mundial?

Ray volvió a negar con la cabeza.

—Sabemos defendernos. Beau es un líder muy inteligente. Este territorio

es bueno. Estamos en un valle. Noventa y cinco kilómetros de norte a sur, noventa y cinco kilómetros de este a oeste. La frontera canadiense al norte.

Hizo un movimiento con la mano, a la altura de los ojos, de izquierda a derecha, como un golpe de karate, para representar la geografía. Reacher asintió. La frontera canadiense le resultaba familiar. Ray usó la otra mano, de arriba abajo en el borde izquierdo de su mapa invisible.

—El río Rapid, esa es nuestra frontera occidental. Es un gran río, salvaje. Es imposible cruzarlo.

Movió la mano de la frontera canadiense para dibujar un pequeño círculo en el aire, como si estuviera limpiando un cristal.

—El bosque nacional. ¿Lo has visto? Ochenta kilómetros de este a oeste. Un bosque virgen y denso. Es imposible cruzarlo. ¿Quieres una frontera oriental? Pues no hay nada mejor que ese bosque.

—¿Y por el sur?

Ray cortó el aire con otro golpe de karate lateral, a la altura del pecho.

—El barranco. Una trampa natural para tanques. Créeme, sé mucho de tanques. No hay manera de pasar, excepto por una carretera y una pista. El barranco hay que cruzarlo por un puente de madera.

Reacher asintió. Recordaba que la furgoneta había pasado por una estructura de madera.

—Si vuelas el puente, ya no hay forma de cruzar.

—¿Y la carretera?

—La carretera pasa por el puente. Si volamos el puente, estamos a salvo. Tiene cargas puestas.

Reacher asintió despacio. Estaba pensando en los ataques aéreos, en la artillería, en los misiles, en las bombas inteligentes, en las fuerzas especiales de infiltración, en las tropas aerotransportadas, en los paracaidistas. Estaba pensando en los de las fuerzas especiales, preparando un puente para cruzar el río, o en el Cuerpo de Marines, construyendo otro para cruzar el

desfiladero. Estaba pensando en las unidades de la OTAN bajando desde Canadá.

—Y a Holly, ¿para qué la queréis?

Ray sonrió. Su barba se ensanchó y sus dientes brillaron tanto como sus ojos.

—Es el arma secreta de Beau. Piénsalo. El gobierno mundial va a usar a su viejo para que dirija el ataque. Por eso lo nombraron. ¿Crees que es el presidente quien elige a esa gente? Ni de coña. El viejo Johnson obedece al gobierno mundial y está a la espera de que le den la orden secreta. Pero ¿con qué se va a encontrar cuando llegue aquí?

—¿Con qué?

—Llegará por el sur, ¿no? El primer edificio que verá es ese viejo juzgado, en la esquina sudeste del pueblo. Acabas de estar en él. Nosotros la tenemos en el segundo piso, ¿no? ¿Te has fijado en la nueva construcción? Una habitación especial con paredes dobles separadas cincuenta y cinco centímetros entre sí. Ese espacio está relleno de dinamita y detonadores de los almacenes de la vieja mina. El primer proyectil perdido enviará a la niña de Johnson al más allá volando por los aires.

Reacher volvió a asentir, despacio. Ray le miraba.

—No pedimos gran cosa —continuó Ray—. Un territorio casi cuadrado de noventa y cinco kilómetros de lado. No es mucho, ¿no? Poco más de nueve mil kilómetros cuadrados.

—Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué tenéis tanta prisa?

—¿Qué día es hoy?

Reacher se encogió de hombros.

—¿El no sé cuántos de julio?

—Es 2 de julio. Faltan dos días.

—¿Para qué?

—Para el día de la Independencia. El 4 de julio.

—¿Y?

—Vamos a declarar la independencia. Pasado mañana. El nacimiento de una nación joven y nueva. Es entonces cuando vendrán a por nosotros, ¿no? ¿Libertad para esa gente insignificante? No está en sus planes.



El Lear del FBI repostó en Fargo y luego voló directo a California. McGrath había vuelto a insistir en que fueran a Montana, pero Webster había hecho valer su cargo. El gran jefe tenía una manera más paciente de hacer las cosas y quería ir paso a paso, así que iban a ver cuál era la historia de Beau Borken en California, tras lo que volarían a la base Peterson de las Fuerzas Aéreas, en Colorado, para reunirse con el general Johnson. McGrath era el único miembro vivo del FBI que se atrevía a gritarle a Webster —y es lo que había hecho—, pero discutir es una cosa y ganar la discusión otra, así que McGrath, Webster, Brogan y Milosevic, todos ellos cansadísimos, preocupadísimos y malhumorados en aquella cabina calurosa y ruidosa, iban a ir primero a Mojave.

—Necesito todos los antecedentes que podamos conseguir —le explicó Webster—. Me han puesto a cargo del caso unas personas con las que no puedo permitirme ser impreciso.

McGrath lo miró fijamente y pensó: «No juegues a dar estúpidos rodeos con la vida de Holly», pero no lo dijo en voz alta; permaneció callado y sentado hasta que aquel minúsculo avión en el que viajaban empezó a descender casi en picado hacia el aeropuerto, que estaba en el borde del desierto.

Tomaron tierra justo después de las dos de la madrugada, hora de la Costa Oeste. El agente al mando de Mojave los esperaba en la pista desierta, en su coche propio. Los llevó hacia el sur a través de una ciudad durmiente.

—Los Borken eran una familia de Kendall, un pueblecito a ochenta

kilómetros de aquí. Una zona de granjas, en su mayoría de cítricos. Un departamento de policía con un solo agente. El sheriff está esperándonos.

—¿Sabe algo? —preguntó McGrath.

El agente al mando se encogió de hombros.

—Puede. Es un pueblo pequeño.

Ochenta kilómetros a ciento treinta y cinco kilómetros por hora por el desierto, de noche. Llegaron en treinta y seis minutos. Kendall era un pequeño grupo de edificios en mitad de un mar de árboles. Tenía gasolinera, una tienda de ultramarinos, un mercado de abastos para granjeros y un edificio bajo de cemento con antenas altísimas en el techo, delante del cual había aparcado un coche patrulla de color blanco y negro. SHERIFF DEL CONDADO DE KENDALL, ponía en el lateral. Por detrás del coche, en una de las ventanas de la comisaría, había luz.

Los cinco agentes se desperezaron y bostezaron en cuanto salieron al seco aire del desierto, y entraron en fila india en el edificio de cemento. El sheriff del condado de Kendall era un tipo de unos sesenta años, recio, gris. Parecía que se pudiera confiar en él. Webster le indicó con la mano que volviera a sentarse y McGrath puso las cuatro fotografías satinadas que tenían de los secuestradores en el escritorio, delante de él.

—¿Conoce a estas personas? —preguntó.

El sheriff se acercó las fotografías deslizándolas por la mesa y las miró una a una. Las cogió y las dispuso en otro orden. Las dejó en el escritorio como si estuviera repartiendo una baraja de cartas gigantes. Luego, asintió y echó mano a la cajonera. Abrió uno de los cajones. Sacó tres carpetas de color marrón. Las dejó sobre el escritorio, debajo de tres de las fotografías. Puso uno de sus dedos cortos y rechonchos en la primera cara y dijo:

—Peter Wayne Bell. De Mojave, pero pasaba mucho por aquí. No era muy buen chaval, como supongo que ya saben.

Señaló con la cabeza una pantalla que había en un carrito para ordenadores

al otro lado del escritorio. En ella aparecía, resplandeciendo en verde, una página de la Base de Datos Nacional de Crímenes. Era el informe de la policía de Dakota del Norte en el que se daba la identidad del cadáver que había encontrado en una zanja. La identidad y su historial.

El sheriff movió la muñeca y puso el dedo en la siguiente fotografía. Era el pistolero que había empujado a Holly Johnson a la parte trasera del Lexus.

—Steven Stewart. Le llamaban Stevie o Pequeño Stevie. Granjero. Le faltaba un hervor, no sé si me entienden. Nervioso, asustadizo.

—¿Qué dice su expediente? —preguntó Webster.

El sheriff se encogió de hombros.

—Poca cosa. Que era demasiado tonto como para mantenerse alejado de los problemas. Imaginen un grupo de chavales que sale a liarla. ¿A que no saben quién seguía allí cuando aparecía yo y todos los demás se habían ido? En efecto, Stevie. Lo encerré... una decena de veces, diría yo, pero nunca estuvo implicado en nada que pudiera considerarse una mierda de verdad.

McGrath asintió y señaló la fotografía del otro pistolero, el que se había sentado delante en el Lexus.

—¿Y este? —preguntó.

El sheriff movió el dedo y tocó la garganta satinada del secuestrador.

—Tony Loder. Este es un tipo bastante malo. Más listo que Stevie, pero más tonto que ustedes o yo. Voy a darles su expediente. Como son del FBI, puede que no les mantenga despiertos muchas noches, pero seguro que tampoco les ayuda a dormir mejor.

—¿Y el tipo grande? —preguntó Webster.

El sheriff levantó el dedo de la fila y negó con su cabeza plateada.

—A este no lo he visto nunca. Estoy segurísimo. De lo contrario, lo recordaría.

—Creemos que podría ser extranjero. Puede que europeo. Puede que tuviera acento. ¿Le suena más ahora?

El sheriff siguió negando con la cabeza.

—A este no lo he visto nunca. Lo recordaría.

—De acuerdo —dijo McGrath—: Bell, Stevie Stewart, Tony Loder y el hombre misterioso. ¿Dónde encaja el tal Borken?

El sheriff se encogió de hombros.

—El viejo Dutch Borken nunca encajó en ningún lado. Ese era su problema. Estuvo en Vietnam, fue un soldado de infantería. Se mudó aquí cuando lo licenciaron. Llegó con una bonita esposa y con el hijo de ambos, un gordito de diez años. Plantó cítricos y le fue bastante bien durante mucho tiempo. Era un tipo raro, un solitario, no lo vi en muchas ocasiones. Pero supongo que era feliz. La esposa se puso enferma y murió, el chaval empezó a comportarse de forma extraña, el mercado sufrió un par de caídas, los beneficios bajaron, los cultivadores empezaron a pedir créditos a los bancos, los intereses subieron, la tierra bajó, los avales empezaban a desaparecer, el agua de riego se encareció y todos empezaron a caer, uno tras otro. Borken no supo encajarlo y se comió los cañones de la escopeta.

Webster asintió.

—¿Ese chaval gordito de diez años era Beau Borken? —preguntó.

El sheriff asintió.

—Beau Borken. Un niño muy raro. Muy inteligente. Pero obsesionado.

—¿Con qué? —preguntó McGrath.

—Empezaron a llegar mexicanos. Mano de obra barata. Al chaval le parecía fatal. Empezó a decir que Kendall debía seguir estando en manos de los blancos. Se unió a una de esas asociaciones como la John Birch.

—Así que es racista.

—Al principio sí. Luego empezó a obsesionarse con las teorías de la conspiración. Empezó con eso de que son los judíos los que dirigen el gobierno. O la ONU. O ambos, o lo que sea. El gobierno estaba lleno de comunistas que pretendían controlar el mundo y trazaban planes secretos para

todo. Una gran conspiración contra todos, y en especial, contra él. Los bancos controlaban al gobierno... ¿o era el gobierno el que controlaba los bancos? La cuestión es que los bancos eran comunistas y que su intención era destruir Estados Unidos. Empezó a decir que el banco le había dado el crédito a su padre para quedarse más adelante con la granja y entregársela a los mexicanos, a los negros o a quien fuera. Estaba todo el día despotricando, no paraba.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Webster.

—Pues que, en efecto, el banco acabó ejecutando la hipoteca. Su padre no la pagaba. Pero no le dieron la tierra a los mexicanos, sino que se la vendieron a la misma corporación que es dueña de todo lo que hay en los alrededores. Una corporación que es propiedad de los fondos de pensiones, lo que significa que, lo más probable, es que sus dueños sean personas como ustedes y como yo, no comunistas, mexicanos u otros, ¿no les parece?

—¿El chaval culpaba de la muerte de su padre a esa conspiración? —preguntó Brogan.

—Por supuesto, aunque yo diría que fue él mismo quien acabó con su viejo. Yo diría que el bueno de Dutch habría podido con todo... excepto con el hecho de que su hijo se hubiera vuelto loco. Un niño cruel, egoísta y extraño. Por eso se comió la escopeta, esa es la verdad.

—¿Adónde fue Beau? —quiso saber Webster.

—A Montana. O eso es lo que he oído por ahí. Se metió en esos grupos de extrema derecha, ya saben, todo eso de las milicias. Se convirtió en un líder. Por lo visto, decía que el hombre blanco iba a tener que plantarse y luchar.

—¿Y estos otros se fueron con él? —preguntó Brogan.

—Estos tres seguro, pero el cuarto, el grande, a ese no lo he visto nunca. Beau les tenía absorbido el seso a los otros tres, como si fueran autómatas. Se fueron juntos. Tenían algo de dinero y, además, se llevaron todo lo de valor que encontraron en la granja de Borcken. Al norte. Pretendían comprar algo de

tierra barata allí y defenderse, ya saben. Aunque, a decir verdad, no puedo entender de quién, porque, por lo que yo sé, allí no vive ni Dios y, de vivir alguien, seguro que es blanco.

—¿Qué pone en su expediente? —quiso saber Webster.

El sheriff negó con la cabeza.

—Nada. Era demasiado inteligente como para que le pillaran haciendo algo malo.

—Pero, aunque no le atraparan nunca, ¿cometía crímenes? —preguntó McGrath.

El sheriff asintió.

—¿Lo del furgón blindado? ¿Aquel ataque que sucedió al norte del estado? Me enteré. ¿A que no se lo han cargado a él? Ya les digo, es demasiado inteligente.

—¿Algo más que crea que debería contarnos? —preguntó Webster.

El sheriff pensó unos instantes y volvió a asentir.

—Había un quinto chaval. Un tal Odell Fowler. Seguro que ese también estará con Beau. Me apuesto lo que sea. Seguro que Borken y Fowler han enviado a Loder, Stevie y Bell a hacer el trabajo sucio mientras ellos permanecen sentados tras las sombras, moviendo los hilos.

—¿Algo más? —insistió Webster.

—En un primer momento eran seis. Había un tipo llamado Packer. Los seis eran una panda de criminales. Pero Packer se echó una novia mexicana. Supongo que no pudo evitar enamorarse. Beau le dijo que la dejara. Se peleaban por el tema y la tensión fue en aumento. Un día, desapareció Packer, y Beau se mostraba sonriente y tranquilo. Lo encontramos entre la maleza, clavado a una cruz de madera. Crucificado. Llevaba un par de días muerto.

—¿Y cree que fue Borken? —preguntó Brogan.

—No podría demostrarlo, pero estoy seguro. Y tengo claro que convenció

a los demás para que le ayudaran. Es un líder nato. Puede convencer a cualquiera de lo que sea, se lo aseguro.

De Kendall a Mojave, otros ochenta kilómetros en coche. De Mojave a la base Peterson de las Fuerzas Aéreas, en Colorado, mil trescientos treinta y cinco kilómetros más en el Lear. Tres horas de viaje, de puerta a puerta, lo que hizo que tomaran tierra en Peterson durante un maravilloso amanecer entre las montañas. La gente paga para ver paisajes como ese, pero los cuatro agentes del FBI ni se fijaron en él. Jueves, 3 de julio, el cuarto día de la crisis, sin haber descansado como es debido, sin haber comido como es debido, por lo que no solo estaban exhaustos, sino que eran incapaces de centrarse en otra cosa que no fuera lo que tenían entre manos.

No fue el general Johnson quien acudió a recibirlos. Estaba en otro lado de la descomunal base, de servicio, saludando en persona a las patrullas nocturnas que regresaban. Fue su ayudante quien saludó a Webster y les dio la mano a los otros tres, tras lo que los llevó a una sala de personal reservada para ellos. En la mesa había una fotografía gigantesca, en blanco y negro, muy bien enfocada. Era una especie de paisaje. Parecía la superficie de la luna.

—Es Anádyr, en Siberia —comentó el ayudante—. Una fotografía de satélite. La semana pasada, ahí había una gran base aérea. Una base de bombarderos nucleares. Su pista de despegue apuntaba directamente a nuestros silos de misiles en Utah. El tratado de reducción de armamento decretaba que había que volarla. Los rusos lo cumplieron la semana pasada.

Los cuatro agentes se inclinaron para echar otra ojeada. En la fotografía no había ni rastro de estructuras construidas por el hombre. Tan solo unos cráteres salvajes.

—¿Lo cumplieron? —observó McGrath—. Yo diría que les entusiasma su

trabajo.

—¿Y? —preguntó Webster.

El ayudante sacó un mapa de su portafolios. Lo desdobló y se acercó a los agentes para que pudieran ver lo mismo que él. Era un pedazo del mundo, Asia oriental y la zona occidental de Estados Unidos, con la masa de Alaska justo en el centro y el Polo Norte encima. El ayudante estiró el pulgar y el índice hasta abarcar la distancia desde el suroeste de Siberia a Utah.

—Anádyr está aquí y Utah, aquí —dijo—. Como es normal, lo sabíamos todo de esa base de bombarderos y teníamos preparadas contramedidas, lo que incluía grandes bases de misiles en Alaska, aquí, y una cadena de cuatro pequeños complejos tierraaire dispuestos de norte a sur, justo por donde pasa la ruta de vuelo de Anádyr a Utah, y que están aquí, aquí, aquí y aquí, extendiéndose sobre la línea que hay entre Montana y el brazo norte de Idaho.

Los agentes ignoraron los puntos rojos que había en Idaho y se fijaron con atención en las localidades de Montana.

—¿Qué tipo de bases son? —preguntó Webster.

El ayudante lo miró pensando la respuesta.

—Digamos que eran bases temporales. Se construyeron en los años sesenta y han sobrevivido desde entonces. Para ser sinceros, nunca pensamos que tendríamos que utilizarlas. Con los misiles de Alaska era más que suficiente. No se les habría pasado nada. Pero ya saben cómo era el asunto por aquel entonces, ¿no? Nunca sentían que estuvieran suficientemente preparados.

—¿Con qué armas contaban? —preguntó McGrath.

—Una batería de Patriots en cada complejo. Hace un tiempo que nos los llevamos. Se los vendimos a Israel. Lo único que queda allí son Stingers. Ya saben, sistemas de lanzamiento de infantería. Lanzamisiles, vamos.

Webster lo miró fijamente.

—¿Stingers? ¿Iban a abatir bombarderos soviéticos con lanzamisiles?



El ayudante asintió. Parecía que estuviera seguro.

—¿Y por qué no? No olvide que esos complejos eran básicamente decorativos. Se suponía que nada se le escaparía a la base de Alaska. Además, los Stingers podrían haber cumplido su función. Hemos enviado miles a Afganistán. Han abatido cientos de aviones soviéticos. Bueno, helicópteros en su mayoría, pero el principio es bueno. Un misil es un misil, ¿no? Da lo mismo que lo lances desde un camión que desde el hombro de un soldado.

—¿Y qué pasa ahora? —le preguntó Webster.

—Estamos cerrando esas bases. Por eso está aquí el general, caballeros. Estamos trayendo el equipo y el personal aquí, a Peterson, y va a haber ciertas ceremonias, ya saben, para marcar el fin de una era.

—¿Dónde están esas bases? —le preguntó McGrath—. En concreto, las de Montana.

El ayudante se inclinó sobre el mapa y consultó las referencias.

—La que queda más al sur está escondida en una tierra de labranza, cerca de Missoula. La que queda más al norte está escondida en un valle, a unos sesenta y cinco kilómetros de Canadá, cerca de un pueblecito llamado Yorke. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

McGrath se encogió de hombros y respondió:

—Todavía no lo sabemos.

El ayudante les enseñó dónde desayunar y los dejó solos, a la espera de que llegara el general. Johnson llegó después de los huevos, pero antes de la tostada, así que la tostada no se la comieron y volvieron a la sala de personal. Johnson parecía ser un hombre muy distinto del tipo pulido con el que Webster se había reunido el lunes por la tarde. Que fuera primera hora de la mañana y que llevase tres días abatido por la preocupación hacían que

pareciera que pesaba diez kilos menos y que tenía veinte años más. Tenía la cara pálida y los ojos rojos. Tenía el aspecto de una persona que está a punto de caer derrotada.

—Bueno, ¿qué sabemos? —preguntó.

—Creemos que lo sabemos casi todo —respondió Webster—. Ahora mismo, nuestra suposición operativa es que su hija ha sido secuestrada por un grupo miliciano de Montana. Sabemos, más o menos, dónde se encuentra. En alguna parte de los valles noroccidentales.

Johnson asintió despacio.

—¿Se han puesto en contacto con nosotros?

Webster negó con la cabeza.

—Todavía no.

—Entonces ¿cuál es la razón de esto? ¿Qué es lo que quieren exactamente?

Webster volvió a negar con la cabeza.

—No lo sabemos todavía.

Johnson volvió a asentir, como ido.

—¿Quiénes son?

McGrath abrió el sobre que llevaba.

—Tenemos cuatro nombres. De tres de los secuestradores y del que, muy probablemente, es el líder de la milicia. Un tal Beau Borken. ¿Le dice algo ese nombre?

—¿Borken? —Negó con la cabeza—. Nada.

—De acuerdo —concedió McGrath—. ¿Y este tipo? Se llama Peter Bell.

McGrath le pasó al general la imagen impresa por ordenador de Bell al volante del Lexus. Johnson la observó con atención y negó con la cabeza.

—Está muerto —comentó McGrath—. No ha conseguido llegar a Montana.

—Bien —respondió Johnson.

McGrath le pasó otra fotografía.

—¿Steven Stewart?

Johnson le prestó algo más de atención a la imagen, pero volvió a negar con la cabeza.

—Nunca lo había visto.

—¿Y a Tony Loder?

El general Johnson miró el rostro de Loder y luego negó con la cabeza.

—No.

—Estos tres y Borken son de California. Podría haber otro llamado Odell Fowler. ¿Le suena?

El general negó con la cabeza.

—Y también está este. No sabemos quién es.

Le pasó la fotografía del hombre alto y fuerte. Johnson la observó y desvió la mirada, pero, casi de inmediato, volvió a poner la vista en la fotografía.

—¿Lo conoce? —preguntó McGrath.

Se encogió de hombros.

—Me resulta familiar. Puede que lo haya visto en alguna ocasión.

—¿Hace poco?

Johnson negó con la cabeza.

—No, hace poco no. Puede que hace mucho tiempo.

—¿Militar? —le preguntó Webster.

—Lo más probable. Casi toda la gente que conozco es militar.

Su ayudante se acercó para ver la fotografía.

—A mí no me dice nada, pero deberíamos enviar su foto por fax al Pentágono. Si es militar, puede que haya alguien en algún lado que haya servido con él.

Johnson negó con la cabeza.

—Envíensela a la policía militar. Este tipo es un criminal, ¿no? Lo más probable es que ya haya estado metido en algún problema antes, mientras estaba en el servicio. Seguro que alguien se acuerda de él.

Vinieron a por él una hora antes del amanecer. Estaba dormitando en aquella dura silla, con las manos esposadas en el regazo, mientras Joseph Ray seguía despierto y alerta enfrente de él. Había pasado la mayor parte de la noche pensando en la dinamita. Dinamita vieja, los restos que habían quedado en una mina abandonada. Se imaginó con un cartucho de aquella dinamita en la mano, sopesándolo. Sintiendo su peso. Figurándose el volumen de la cavidad que había tras las paredes entre las que tenían a Holly. Imaginándose las a rebosar de dinamita vieja. Dinamita vieja, pudriéndose, con la nitroglicerina sudada, volviéndose inestable. Puede que hubiera una tonelada de dinamita vieja e inestable alrededor de ella. Puede que no estuviera tan estropeada como para explotar con un movimiento ligero o una vibración, pero sí como para explotar con la onda expansiva de un proyectil de artillería que cayese cerca. O con una bala perdida. O puede que con un martillazo bien dado.

Entonces, oyó el crujido de unas botas sobre el esquisto, como de un destacamento que, al rato, se detuvo frente a la cabaña. Alguien abrió la puerta y Reacher volvió la cabeza y vio seis milicianos. El líder entró haciendo mucho ruido y lo levantó cogiéndolo por el brazo. Lo llevaron a rastras fuera, donde lucía un brillante sol matutino y se topó con otros cinco milicianos, en fila, con rifles automáticos al hombro. Uniformes de camuflaje, barbas. Se estiró y entrecerró los ojos por culpa de la luz. Con la punta de los rifles le obligaron a ponerse en formación y los seis marcharon a su lado por el diámetro del claro hasta un sendero estrecho que se alejaba del sol y se internaba en el bosque.

A cincuenta metros de allí había otro claro. Una especie de rectángulo con algo de maleza, pequeño. Había en él dos estructuras de madera de contrachapado y cedro. Ninguna de las dos tenía ventanas. Los guardias le obligaron a detenerse y el líder usó el cañón del rifle para señalarle el edificio de la izquierda.

—La cabaña de mando.

Luego señaló a la derecha.

—La cabaña de castigo. Esa intentamos evitarla.

Los seis se rieron con la confianza que da pertenecer a un destacamento de élite y el líder llamó a la puerta de la cabaña de mando. Esperó un instante y la abrió. Empujó a Reacher al interior con el cañón.

Dentro había muchísima luz. A la de las bombillas eléctricas se sumaba la diurna, que entraba verdosa por las claraboyas musgosas del techo. Había un escritorio sencillo de roble y unas sillas a juego, objetos grandes y redondeados como los que había visto en películas antiguas en las que aparecían oficinas de un periódico o bancos de pueblo. No había más decoración que las banderas y estandartes clavados en las paredes. Detrás del escritorio había una esvástica enorme y roja, y en las demás paredes había motivos similares en blanco y negro. Había un mapa detallado de Montana colgado en un tablón, en la pared del fondo. Una pequeña porción de la esquina noroeste del estado estaba marcada en negro. Había montones de panfletos y manuales apilados en el suelo. Uno de ellos se titulaba: *Sécala, te gustará*. Por lo visto, te enseñaba a preservar la comida en caso de sufrir un asedio. Otro enseñaba a las guerrillas a descarrilar trenes de pasajeros. Había una librería de caoba pulida —tan elegante que no encajaba allí— llena de libros. La franja de luz diurna que entraba por la puerta caía sobre ellos e iluminó algunos lomos, de tela y con letras doradas. Eran historias estándares sobre el arte de la guerra, traducciones del alemán y del japonés. Uno de los

estantes estaba lleno de libros sobre Pearl Harbor. Textos que el propio Reacher había estudiado, en otro sitio y hacía mucho tiempo.

Se quedó quieto. Borken estaba detrás del escritorio. Bajo aquella luz, su pelo brillaba tanto que parecía blanco. El uniforme negro parecía gris. Le observaba en silencio. Luego, le hizo un gesto para que se sentara. Les pidió a los centinelas que esperaran fuera.

Reacher se dejó caer en una de las sillas. La fatiga empezaba a pasarle factura y la adrenalina le quemaba el estómago. Los milicianos salieron haciendo mucho ruido. Cerraron la puerta despacio. Borken abrió un cajón. Sacó una pistola antigua. La dejó sobre el escritorio con un golpe fuerte.

—Ya he tomado una decisión. Sobre si matarte o dejarte vivir.

Después, señaló el revólver antiguo que había dejado sobre la mesa.

—¿Sabes lo que es?

Reacher lo miró por entre la fuerte luz e hizo un gesto afirmativo.

—Un Marshal Colt.

Borken asintió.

—Por supuesto que lo es. Es un Marshal Colt original de 1873, como los que llevaba la caballería de Estados Unidos. Es mi arma personal.

Lo cogió con la mano derecha y lo sopesó.

—¿Sabes lo que dispara?

Reacher volvió a asentir.

—Cuarenta y cinco. Seis balas.

—En efecto. Seis cuarenta y cinco a doscientos setenta y cinco metros por segundo y salidas de un cañón de diecinueve centímetros. ¿Sabes lo que podrían hacerte esas balas?

Reacher se encogió de hombros.

—Depende de si me dan o no.

Borken se quedó perplejo. Luego sonrió. Su boca húmeda se arqueó hacia arriba y sus pómulos reventones casi le obligaron a cerrar los ojos del todo.

—Te darían. Si disparo yo, te darían.

Reacher volvió a encogerse de hombros.

—Desde ahí, puede.

—Desde cualquier lado. Desde aquí, a quince metros y a cincuenta metros. Si disparo yo, te dan.

—Levanta la mano derecha.

Borken volvió a quedarse pasmado. Luego dejó la pistola y levantó su gran mano blanca como si estuviera saludando a un conocido o jurando algo.

—Chorradas.

—¿Chorradas? —repitió Borken.

—Chorradas. Esa arma es bastante precisa, sí, pero no es la mejor arma del mundo. Para que le acertaras a alguien a cincuenta metros tendrías que haber practicado como loco. Y no lo has hecho.

—¿No lo he hecho?

—Ni mucho menos. Mira ese cacharro. Lo diseñaron en la década de 1870, ¿no? ¿Has visto fotografías antiguas? La gente era mucho más pequeña. Canijos que acababan de llegar de Europa y que llevaban generaciones muriéndose de hambre. Gente pequeña, manos pequeñas. Mira la culata de esa cosa. Muy curvada; es demasiado pequeña para ti. Cuando la empuñas, tu mano parece un manojo de plátanos. Además, esa culata está hecha con avellano de hace ciento veinte años. Duro como una piedra. La parte posterior de la culata y el final del marco del martillo te dejaría la mano fina con el retroceso. Si usaras mucho esa arma, tendrías callos entre el pulgar y el índice. Podría vértelos desde aquí, pero no los tienes, así que no me vengas con que has practicado mucho, y tampoco te las des de francotirador que no necesita practicar.

Borken le miraba con mala cara. Luego volvió a sonreír. Sus labios húmedos volvieron a alzarse y los pómulos le cerraron los ojos hasta que no parecían sino ranuras. Abrió el cajón del otro lado y sacó otra pistola. Una

Sig Sauer de nueve milímetros. Puede que de hace unos cinco años. Muy usada, pero bien mantenida. Una buena culata en forma de caja para una mano grande.

—Te he mentado. Mi arma personal es esta. Y ahora tengo una cosa clara. Mi decisión era la correcta.

Hizo una pausa para que Reacher le preguntara acerca de cuál era la decisión que había tomado, pero este permaneció en silencio. Con los labios bien cerrados. No pensaba preguntarle nada, ni aunque fueran las últimas palabras que pronunciara.

—Esto es serio, ¿sabes? Muy serio. No es un juego. Y estamos en lo cierto acerca de lo que está sucediendo.

Borken se quedó callado un instante para que Reacher le preguntara qué era lo que estaba sucediendo. Pero Reacher no dijo nada. Se quedó sentado, mirando al vacío.

—Estados Unidos tiene un gobierno despótico. Una dictadura controlada desde el exterior por nuestros enemigos. Nuestro actual presidente es miembro de un gobierno mundial que controla nuestras vidas en secreto. Su sistema federal es una cortina de humo para conseguir un control total. Están planeando desarmarnos y esclavizarnos. De hecho, ya han empezado, las cosas como son.

Hizo una pausa. Volvió a coger el antiguo revólver. Reacher se fijó en que comprobaba cómo encajaba la culata en su mano. Sintió que irradiaba carisma. Quería seguir escuchando su voz suave e hipnótica.

—Tienen dos métodos principales. El primero, intentar desarmar a la población civil. La segunda enmienda nos garantiza el derecho a llevar armas, pero pretenden abolirla. Las leyes sobre armas, todas esas quejas acerca de los crímenes, los asesinatos, las guerras entre traficantes de drogas... están pensadas para desarmar a la gente como nosotros. Y cuando lo hayan conseguido podrán hacernos lo que quieran, ¿no es así? Por eso lo



pusieron en la Constitución. Aquellos tipos eran muy inteligentes. Sabían que la única manera de controlar a un gobierno era que el pueblo tuviera la intención de abatirlo a balazos y la capacidad para hacerlo.

Volvió a hacer otra pausa. Reacher miró la esvástica que tenía detrás de la cabeza.

—El segundo método es apretarle las tuercas al pequeño comerciante. Esta es una teoría personal. No se oye mucho dentro del Movimiento. Me he dado cuenta yo mismo, lo que hace que sea capaz de comprender la situación mejor que los demás.

Volvió a esperar, pero Reacher siguió callado. Mirando hacia otro lado.

—Es evidente, ¿no? El gobierno mundial es, en esencia, un gobierno comunista. No quiere que haya un sector de pequeños comerciantes que tenga poder; que es lo que tenía Estados Unidos. Millones de personas que trabajaban duro para sí mismos y que se ganaban la vida. Demasiados como para asesinarlos cuando llegara el momento. Así que había que reducir su número de antemano. Por eso le pidieron al gobierno federal que exprimiera a los pequeños comerciantes. Les imponen todo tipo de regulaciones, todo tipo de leyes e impuestos, amañan el mercado, ponen de rodillas a los comerciantes y, después, le ordenan a los bancos que les tienten con préstamos atractivos y, en cuanto la tinta del contrato se ha secado, suben el interés y amañan el mercado de nuevo, hasta que el pobre pequeño comerciante no puede pagar. Entonces le arrebatan su negocio. Uno menos para los hornos de gas cuando llegue el momento.

Reacher lo miró. No dijo nada.

—Créeme, es como si estuvieran intentando solventar de antemano un problema de exceso de cadáveres. Si se deshacen de la clase media ahora, luego no necesitarán tantos campos de concentración.

Reacher miraba a Borken a los ojos como quien mira hacia una luz muy

brillante. Aquellos labios rojos y gordos suyos esbozaban una sonrisa indulgente.

—Ya te he dicho que vamos por delante de los demás. Lo hemos visto venir. ¿Para qué si no es la Reserva Federal? Esa es la clave de este asunto. Estados Unidos era una nación que se fundó sobre todo gracias a los negocios, ¿no? Si controlas los negocios, lo controlas todo. ¿Y cómo controlas los negocios? Controlando los bancos. ¿Y cómo controlas los bancos? Organizas una gilipollez como el sistema de la Reserva Federal. Les dices a los bancos lo que tienen que hacer. Esa es la clave. El gobierno mundial lo controla todo mediante la Reserva Federal. He visto cómo funciona.

Tenía los ojos abiertos como platos. Brillaban, pero carentes de color.

—¡Vi cómo se lo hacían a mi padre! Que su pobre alma descanse en paz. La Reserva Federal lo condenó a la bancarrota.

Reacher apartó la vista. Miraba hacia la esquina de la estancia. No dijo nada. Empezó a intentar recordar la secuencia de títulos que había en la magnífica librería de caoba de Borke. Desde la guerra en la antigua China hasta Pearl Harbor, pasando por la Italia del Renacimiento. Se concentró en decirse los títulos para sí mismo, de izquierda a derecha, intentando resistirse a la atracción resplandeciente de Borke.

—Vamos en serio —repitió—. Puede que pienses que soy un déspota o el líder de una secta, o como quiera que me catalogue el mundo. Pero no es así. Soy un buen líder, tampoco voy a negarlo. Incluso un líder inspirador, me atrevería a decir. Inteligente y perceptivo, no te lo voy a negar. Pero no lo necesito. Los míos no necesitan que los convenzan. No es que necesiten mucho liderazgo. Necesitan un guía, y disciplina. No te engañes, no estoy coaccionando a nadie. No cometas el error de subestimar su voluntad. No ignores su deseo de que se produzca un cambio a mejor.

Reacher permanecía en silencio. Seguía concentrado en los libros,

repasando mentalmente los acontecimientos de diciembre de 1941, desde el punto de vista de los japoneses.

—No somos criminales, ¿sabes? Cuando un gobierno se estropea, es el propio pueblo, lo mejorcito de él, quien se rebela contra él. ¿O creías que todos somos ovejas?

Reacher se arriesgó a mirarle. Se arriesgó a hablar.

—Pero eres muy selectivo con la gente que dejas estar aquí.

Borken se encogió de hombros.

—Al César lo que es del César. Así es la naturaleza, ¿no? Los negros tienen toda África. Los blancos, este país.

—¿Y los dentistas judíos? ¿Dónde caben ellos?

Borken volvió a encogerse de hombros.

—Ese fue un error operativo. Loder tendría que haber esperado a que no hubiera nadie. Pero siempre se cometen errores.

—También debería haber esperado a que yo no estuviera.

Borken asintió.

—Estoy de acuerdo. Eso habría sido lo mejor para ti. Pero no lo hizo, así que aquí estás.

—¿Porque soy blanco?

—No me vengas con esas. Pocos derechos les quedan ya a los blancos.

Reacher lo miró a la cara. Luego, miró aquella estancia radiante y llena de odio. Se estremeció.

—He estudiado la tiranía —dijo Borken—. Y cómo combatirla. La primera regla es que tienes que tomar una decisión firme: vivir libre o morir, y en la que crees a pies juntillas. Vivir libre o morir. La segunda regla es que no puedes actuar como una oveja. Te plantas y resistes ante ellos. Estudias su sistema y aprendes a odiarlo. Y, luego, actúas. Pero ¿cómo actúas? El valiente lucha. Contraataca, ¿no?

Reacher no dijo nada.

—El valiente contraataca. Pero el que es valiente e inteligente actúa de forma distinta. Contraataca primero. De antemano. Es el que pega los primeros golpes. Les da lo que no se esperan, donde y cuando no se lo esperan. Eso es lo que estamos haciendo aquí. Estamos contraatacando primero. Es su guerra, pero somos nosotros los que vamos a dar los primeros golpes. Vamos a darles lo que no se esperan. Vamos a estropearles los planes.

Reacher volvió a mirar la librería. En todas aquellas cinco mil páginas clásicas se decía lo mismo: no hagas lo que esperan que hagas.

—Mira el mapa —dijo Borke.

Reacher adelantó las manos esposadas y se levantó con torpeza de la silla. Fue hasta el mapa de Montana que había en la pared. Encontró Yorke en la esquina superior izquierda, dentro de la zona marcada en negro. Comprobó la escala y se fijó en las sombras de los contornos y en los colores. El río del que le había hablado Joseph Ray estaba unos cincuenta kilómetros al oeste, al otro lado de unas montañas muy altas. Era una cuchillada ancha y azul que corría mapa abajo. Había unas enormes cumbres marrones en el norte, cerca de Canadá. La única carretera iba en dirección norte, atravesaba Yorke y acababa en un antiguo complejo minero. Al este, una serie de vías desordenadas recorrían el denso bosque. Al sur, las líneas de nivel se mezclaban las unas con las otras para dar paso a un tremendo barranco que iba de este a oeste.

—Fíjate en el terreno, Reacher. ¿Qué te dice?

Reacher se fijó. Le decía que no podía escapar de allí. Ni a pie, ni con Holly. Podían tirarse semanas caminando por zonas complicadas en dirección este o norte. Había barreras naturales al oeste y al sur. El terreno era una cárcel más efectiva que las vallas de alambre o los campos de minas. En una ocasión había estado en Siberia, después de la glásnost, para una investigación sobre las antiguas historias de coreanos desaparecidos en combate. Los gulags eran cárceles abiertas. Ni alambres, ni barreras. Les

había preguntado a sus anfitriones: «Pero ¿dónde están las vallas?». Los rusos le habían señalado los kilómetros de nieve y le habían respondido: «No hay». No había donde huir. Volvió a concentrarse en el mapa. El terreno era la barrera. Para huir iba a necesitar un vehículo. Y mucha suerte.

—No pueden entrar —dijo Borken—. Somos inexpugnables. No pueden detenernos. Y no deberían intentarlo. Sería un desastre de proporciones históricas. ¿Imaginas que los casacas rojas hubieran impedido la Revolución Estadounidense en 1776?

Reacher miró en derredor y se estremeció.

—Esto no es la Revolución Estadounidense.

—¿Ah, no? ¿En qué se diferencia? Ellos querían liberarse de un gobierno tiránico, como nosotros.

—Vosotros sois asesinos.

—Como lo fueron en 1776. Mataron a gente. El sistema establecido lo denominaba asesinatos.

—Sois racistas.

—Como en 1776. ¿Qué me dices de Jefferson y sus esclavos? Sabían que los negros eran inferiores. Por aquel entonces, estaban igual que estamos ahora. Pero han acabado convirtiéndose en los nuevos casacas rojas. Poco a poco, con el paso de los años. Y es responsabilidad nuestra volver a retomar el camino. Vivir libre o morir, Reacher. Es un objetivo noble. Y siempre lo ha sido, ¿no te parece?

Estaba inclinado hacia delante y su gran volumen sobresalía por encima del escritorio. Tenía las manos alzadas. Sus ojos carecían de color, pero brillaban.

—Pero en 1776 cometieron errores. He estudiado la historia. La guerra podría haberse evitado si ambos bandos hubieran actuado con cabeza. Siempre hay que intentar evitar la guerra, ¿no te parece?

Reacher se encogió de hombros.

—No necesariamente.

—Bueno, pues tú vas a ayudarnos a evitarla. Esa es mi decisión. Vas a ser mi emisario.

—¿Tu qué?

—Eres independiente. No eres uno de los nuestros. No tienen nada contra ti. Eres estadounidense, como ellos, un ciudadano honrado, al que jamás han encarcelado. Una persona inteligente y perceptiva. Te fijas en las cosas. Te escucharán.

—¿Qué?

—Aquí estamos organizados. Estamos listos para proclamar nuestra independencia nacional. Tienes que comprenderlo. Tenemos un ejército, tenemos tesoro, tenemos reservas financieras, tenemos un sistema legal, tenemos democracia. Te lo voy a enseñar todo a lo largo del día. Voy a enseñarte una sociedad que está lista para independizarse, lista para vivir libre o morir, y que está a un solo día de hacerlo. Luego, te enviaré al sur, a Estados Unidos. Vas a contarles que nuestra posición es fuerte y que la suya es inútil.

Reacher lo miraba.

—Y les contarás lo de Holly. Que está en una pequeña habitación muy especial. Háblales de mi arma secreta. Mi póliza de seguros.

—Estás loco.

La cabaña se quedó en silencio. Más que en silencio.

—¿Por qué? —susurró Borken—. ¿Por qué estoy loco?

—No estás pensando con claridad. ¿No te das cuenta de que Holly no vale nada? El presidente reemplazará a Johnson antes de que tú pestañees. Te aplastarán como a un gusano y Holly no será sino una baja más. Deberías dejar que se fuera conmigo.

Borken sacudió su hinchada cara, contento, confiado.

—No, eso no va a suceder. Holly es mucho más que su hija. ¿Es que no te

lo ha contado?

Reacher lo miró con atención y Borken consultó su reloj.

—Es hora de irse. Es hora de que veas cómo funciona nuestro sistema legal.

Holly oyó pasos silenciosos al otro lado de la puerta y se levantó de la cama. La cerradura hizo un clic al abrirse y el joven soldado de la cicatriz en la frente entró en la habitación. Llevaba el dedo en los labios y Holly asintió. La joven se acercó al baño y abrió la llave de agua de la ducha a toda potencia sobre la bañera vacía. El soldado la siguió, entró y cerró la puerta.

—Solo podemos hacerlo una vez al día —le susurró Holly—. Acabarán sospechando si oyen la ducha más a menudo.

El miliciano asintió.

—Nos iremos esta noche. No he podido organizarlo para esta mañana. Estamos todos de servicio por lo del juicio de Loder. Me acercaré después del crepúsculo con un todoterreno. Correremos hasta él a oscuras. Iremos hacia el sur. Es arriesgado, pero lo conseguiremos.

—No me voy sin Reacher.

El soldado sacudió la cabeza.

—Eso no puedo prometértelo. Ahora mismo está con Borken. Dios sabe qué va a pasarle.

—Si me voy yo, se va él.

La miró, nervioso.

—De acuerdo. Lo intentaré.

Abrió la puerta del baño y salió con cuidado. Holly observó cómo se iba y cerró el grifo de la ducha. Se quedó mirando la puerta.

Giró al norte y al oeste, y cogió una ruta larga de vuelta por el bosque, la

misma por la que había venido. El centinela que Fowler había ocultado entre los árboles, a cuatro metros y medio del camino principal, no lo vio pasar. Pero el que había escondido en una zona más remota, sí. Le pareció ver un uniforme de camuflaje avanzando deprisa por entre la maleza. Se volvió, pero no le vio la cara. Esbozó una mueca y pensó en qué hacer. Decidió no decírselo a nadie. Mejor ignorar lo que había pasado que informar de que había fallado al identificarle.

Así que el joven de la cicatriz a un lado de la frente se apresuró por el bosque y estaba en su cabaña dos minutos antes de que tuviera que escoltar al comandante al juicio.

De día, el juzgado, que quedaba en la zona sureste del pueblo abandonado de Yorke, se parecía a otros muchos que Reacher había visto en la América rural. Construido a principios del siglo xx. Grande, blanco, con columnas, ornamentado. Suficiente solidez cuadrangular como para transmitir la seriedad de su propósito, pero con detalles sencillos que lo convertían en una estructura bonita. Tenía una elegante cúpula flotando en lo alto, con un elegante reloj en ella, probablemente pagado con una suscripción pública llevada a cabo por una generación hace tiempo olvidada. Como centenares más, aunque el tejado era más empinado que muchos otros y su construcción, más sólida. Supuso que era la manera en la que había que construir en el norte de Montana. Cabía la posibilidad de que esa cúpula tuviera que soportar toneladas de nieve a lo largo del invierno.

Pero aquella era la tercera mañana de julio y no había nieve en la cúpula. Reacher había entrado en calor después de caminar kilómetro y medio bajo el pálido sol norteno. Borken se había adelantado y a Reacher lo había acompañado por el bosque la misma escolta de seis guardias de élite de siempre. Seguía esposado. Lo llevaron directo a la escalinata frontal.



Entraron. La planta principal era un espacio muy amplio, interrumpido únicamente por las columnas que sujetaban el piso de arriba y recubierto con amplios y suaves tablones de madera de pinos gigantes. El tiempo y el barniz habían oscurecido la madera y el diseño del recubrimiento era sencillo y adusto.

Todos los asientos estaban ocupados. Todos los bancos estaban ocupados. El enorme salón era un mar de color verde camuflaje. Hombres y mujeres. Sentados muy tiesos, con el rifle vertical entre las rodillas. A la expectativa. Algunos niños, callados y confundidos. Llevaron a Reacher hasta la parte de delante, hasta una mesa que había frente al estrado. Fowler estaba esperando allí. Stevie estaba sentado a su lado. Le hicieron un gesto para que se sentara en una de las sillas. Reacher se sentó. Los guardias permanecieron de pie detrás de él. Un minuto después, Beau Borken entró por las puertas dobles y se sentó en el estrado. El antiguo suelo crujía a su paso. Todos se levantaron, excepto Reacher. Permanecieron firmes y saludaron, como si alguien hubiera dado una señal que Reacher no pudo oír. Borken seguía llevando el uniforme negro, el cinturón y las botas. Se había equipado con una gran pistolera para la Sig Sauer. Llevaba un libro delgado encuadernado en piel. Había entrado acompañado de seis milicianos armados y en formación de a dos. Tomaron posiciones delante del estrado y se pusieron firmes, mirando hacia delante, con la mirada perdida.

La gente volvió a sentarse. Reacher miró al techo y lo dividió en cuartos en su cabeza. Determinó cuál era la esquina sudeste. Volvieron a abrirse las puertas y la gente contuvo el aliento. Loder entró a empujones. Iba rodeado por seis milicianos. Lo empujaron hasta la mesa que había al lado de la de Fowler; la del acusado. Los centinelas se quedaron detrás de él y le obligaron a que se sentara poniéndole la mano en ambos hombros. Estaba pálido de miedo. Tenía la cara llena de sangre coagulada, la nariz rota y los labios partidos. Borken lo miró. Se dejó caer en la silla del juez y puso sus grandes

manos, con las palmas hacia abajo, en el banquillo. Miró a la gente reunida y silenciosa y dijo:

—Todos sabemos por qué estamos aquí.

Holly notaba que había una gran multitud debajo de su habitación. Notaba el leve rumor que producía un gran grupo de personas que permanecían quietas y en silencio. Pero no dejó de trabajar. No había razones para pensar que su compañero del FBI fallaría pero, aun así, iba a prepararse. Por si acaso.

Su búsqueda de una herramienta la había llevado a quedarse con la que había traído consigo: la muleta de metal. Era un tubo de dos centímetros y medio de grosor, con una empuñadura y un reposacodos. El tubo era demasiado ancho y el metal demasiado blando como para utilizarla de palanca, pero se había dado cuenta de que, si conseguía quitarle la contera, quizá pudiera convertir el tubo hueco en una especie de llave inglesa. Puede que quizá consiguiera darle al tubo la forma de los tornillos que sujetaban la cama. Luego, doblaría el tubo en el ángulo adecuado y quizá pudiera usarlo como una barreta, aunque un tanto endeble.

Pero, primero, tenía que rascar la gruesa capa de pintura de los tornillos, porque hacía que estuvieran muy lisos y que fueran muy resbaladizos, y los mantenía pegados al armazón. Usó el borde del reposacodos para desconchar las primeras capas. Luego, rascó las uniones hasta que el brillante metal quedó a la vista. Ahora, su idea era ir y venir del baño con una toalla empapada en agua caliente. Presionaría la toalla con fuerza contra los tornillos para que el metal se expandiera y rajara su agarre. Luego, puede que el suave aluminio de la muleta fuera suficiente para desatornillarlos.

—Poner en peligro la misión de manera imprudente —dijo Beau Borcken.

Su voz era grave e hipnótica. La estancia estaba en silencio. Los centinelas

que había delante del estrado miraban hacia delante. El que estaba más lejos observaba a Reacher. Era el soldado más joven, el que tenía la barba más corta y la cicatriz en la frente que Reacher había visto custodiando a Loder la noche anterior. Le miraba con curiosidad.

Borken levantó el delgado libro encuadernado en piel y lo balanceó despacio, de derecha a izquierda, como si fuera un foco y pretendiera bañar a toda la sala con su brillante rayo de luz.

—La Constitución de Estados Unidos, de la que, por desgracia, se ha abusado, es el tratado político más importante que ha concebido el ser humano. El modelo de nuestra propia Constitución.

Pasó las páginas del libro. El susurro del papel rígido sonó con fuerza en la silenciosa estancia. Empezó a leer.

—La Carta de Derechos. La quinta enmienda dicta que no se le puede pedir a nadie que responda por un delito castigado con la pena capital sin una acusación por parte del gran jurado, excepto en casos que tengan lugar en la milicia durante épocas de peligro público. Dice que a ninguna persona se le puede privar de la vida o de la libertad sin que medie un proceso legal justo. La sexta enmienda especifica que el acusado tendrá derecho a un juicio público y rápido frente a un jurado local. Dice que el acusado tiene derecho a ser asistido por un defensor.

Se quedó callado. Miró por toda la estancia. Levantó el libro.

—Este libro nos dice qué hacer. Así que necesitamos un jurado. No dice por cuántos miembros ha de estar compuesto. Yo diría que con tres hombres será suficiente. ¿Voluntarios?

Muchos levantaron la mano. Borken señaló al azar aquí y allí, y tres hombres se acercaron por el suelo de pino. Conformaron un pabellón con los rifles y formaron en fila frente a la tribuna del jurado. Borken se giró en la silla y les dijo:

—Caballeros, este es un asunto de milicias y estamos en una época de

peligro público. ¿Estamos de acuerdo en eso?

El jurado recién constituido asintió y Borken se giró y miró desde lo alto a Loder, solo en su mesa.

—¿Tienes defensor?

—¿Me estás ofreciendo un abogado?

Su voz era espesa y nasal. Borken negó con la cabeza.

—Aquí no hay abogados. Los abogados son los que han podrido al resto de Estados Unidos. Aquí no va a haber abogados. No los queremos. La Carta de Derechos no dice nada acerca de abogados. Habla de asistencia, de consejo. De tener alguien que te recomiende qué hacer. Al menos, eso es lo que pone en mi diccionario. ¿Tienes alguien que te asista? ¿Quieres que te aconsejen?

—¿Me das tú algún consejo? —preguntó Loder.

Borken asintió y esbozó una sonrisa fría.

—Declárate culpable.

Loder negó con la cabeza y bajó la mirada.

—De acuerdo —dijo Borken—, ya te han aconsejado. ¿Te declaras no culpable?

Loder asintió. Borken miró su librito. Volvió al principio.

—La Declaración de Independencia es el derecho de las personas a alterar o a abolir un gobierno anterior y a instituir uno nuevo que consideren más adecuado para su seguridad y su felicidad.

Se detuvo y miró a la multitud.

—¿Entendéis todos lo que significa eso? Las leyes antiguas ya no se aplican. Ahora tenemos leyes nuevas. Formas nuevas de hacer las cosas. Vamos a enmendar doscientos años de errores. Vamos a volver adonde deberíamos habernos quedado. Este es el primer juicio de acuerdo con nuestro novísimo sistema. Un sistema mejor. Un sistema que se adscribe con más fuerza a la legitimidad. Tenemos el derecho de hacerlo y lo que estamos haciendo está bien.

Se oyó un ligero murmullo entre la multitud. Reacher no detectó desaprobación en el sonido. Estaban todos hipnotizados. Se regocijaban en el brillante resplandor de Borken, como reptiles bajo el caluroso sol del mediodía. Borken le hizo un gesto de asentimiento a Fowler. Este se puso de pie cerca de Reacher y se volvió hacia la tribuna del jurado.

—Los hechos son los siguientes —empezó Fowler—. El comandante encomendó a Loder una misión de gran importancia para nuestro futuro. Loder la llevó a cabo mal. Solo ha estado fuera cinco días, pero ha cometido cinco errores graves. Errores que podrían haber dado al traste con su empresa. Para empezar, dejó un rastro al quemar dos vehículos. Por otro lado, llevó a cabo a destiempo dos partes del plan, con lo que dos civiles se vieron envueltos en la operación. Y, por último, permitió que Peter Bell desertara. Cinco errores graves.

Fowler se quedó de pie. Reacher lo miraba con insistencia.

—Quiero llamar a un testigo. A Stevie Stewart.

Stevie se puso de pie a toda prisa y Fowler le hizo un gesto para que se acercara al antiguo banquillo de testigos, al lado del estrado del juez, pero a menos altura. Borken se agachó y le tendió un librito negro. Reacher no podía ver de qué libro se trataba pero, desde luego, la Biblia no era. A menos que hubieran empezado a editar Biblias con una esvástica en la cubierta.

—¿Juras decir la verdad? —le preguntó Borken.

Stevie asintió.

—Sí, señor.

Dejó el librito en el estrado y se giró hacia Fowler, preparado para oír la primera pregunta.

—¿Viste cometer a Loder los cinco errores de los que he hablado?

Stevie volvió a asentir.

—Los cometió, sí.

—¿Se hizo responsable de ellos?

—Claro. Se ha pasado dándoselas de jefecillo todo el tiempo que hemos estado fuera.

Fowler le hizo un gesto a Stevie para que volviera a la mesa. El juzgado estaba en silencio. Borken sonrió con intención al jurado y miró a Loder.

—¿Quieres decir algo en tu defensa? —le preguntó con calma.

De la manera en que lo dijo, daba la impresión de que era absurdo soñar siquiera con que nada fuera a librarle de aquellos cargos. El juzgado entero estaba en silencio. Muy en silencio. Borken observaba a la multitud. Todos los ojos estaban clavados en la nuca de Loder.

—¿Quieres decir algo? —volvió a decir Borken.

Loder miró hacia delante. No respondió. Borken se volvió hacia la tribuna del jurado y miró a los tres hombres que había sentados en las viejas bancadas. Los miró inquisitivo. Los tres se apiñaron unos instantes y susurraron. El de la izquierda se puso de pie.

—Culpable, señor. Culpable.

Borken asintió satisfecho.

—Gracias, caballeros.

La multitud empezó a cuchichear. Borken les lanzó una mirada para que se callaran.

—Tengo que emitir una sentencia. Como muchos sabéis, Loder es un viejo amigo. Nos conocemos desde hace muchísimo tiempo. Somos amigos de la infancia. Para mí, la amistad es muy importante.

Se quedó callado y miró a Loder.

—Pero hay otras cosas que son más importantes. Cumplir con mi cometido es más importante. Mi responsabilidad para con la nación emergente es más importante. A veces, hay que anteponer el papel de estadista a otras muchas cosas que una persona valora.

La multitud estaba en silencio. Conteniendo el aliento. Borken se quedó sentado un buen rato. Luego, miró a los centinelas que custodiaban a Loder y

les hizo una indicación delicada con la cabeza. Los guardias agarraron a Loder por los hombros y lo pusieron de pie. Formaron y lo sacaron de la estancia. Borken también se levantó y miró a la multitud. Luego, se dio la vuelta, se dirigió a las puertas dobles y salió por ellas. La gente de los bancos se puso de pie y se apresuró tras él.

Reacher vio cómo los milicianos llevaban a Loder a un mástil situado en una zona de hierba a las afueras del juzgado. Borken los seguía a buen paso. Los guardias llegaron al mástil y empujaron con fuerza a Loder contra él, de cara a él. Le levantaron las muñecas y tiraron de ellas, de manera que quedó pegado al mástil, abrazándolo, con la cara contra la pintura blanca y mate. Borken se puso detrás de él. Sacó la Sig Sauer de la pistolera. Le quitó el seguro. Cargó una bala en la recámara. Puso el cañón contra la parte posterior del cuello de Loder y disparó. Se vio una explosión de sangre rosada y el rugido del cañón retumbó por las montañas.

—Se llama Jack Reacher —comentó Webster.

—Bien pensado, general —le dijo McGrath—. Está claro que se acordaban de él.

Johnson asintió.

—La policía militar tiene buenos informes.

Seguían en la sala de personal de la base Peterson de las Fuerzas Aéreas. Diez de la mañana del jueves 3 de julio. El fax estaba recibiendo una larga respuesta a su pregunta. La policía militar había reconocido de inmediato la cara de la fotografía. La hoja de servicios del sujeto había salido directa del ordenador del Pentágono y se la habían enviado por fax junto con el nombre.

—¿Se acuerda ahora de él? —le preguntó Brogan.

—¿De Reacher? No lo sé. ¿Qué hizo?

Webster y el ayudante del general estaban junto al fax, leyendo el informe a medida que el papel iba saliendo. Lo pusieron recto y se fueron alejando poco a poco para que no cayera al suelo.

—¿Qué hizo? —les preguntó con urgencia McGrath.

—Nada —respondió Webster.

—¿Cómo que nada? ¿Por qué iban a tener un informe de él si no ha hecho nada?

—Porque era uno de ellos. El comandante Jack Reacher, de la policía militar.

El ayudante empezó a leer el informe a toda prisa.

—Una Estrella de Plata, dos de Bronce y un Corazón Púrpura. Es un



informe de la hostia, señor. Madre de Dios, este tipo era un héroe.

McGrath abrió el sobre y sacó las fotografías originales que habían obtenido del vídeo del secuestro, las que estaban en blanco y negro, sin ampliar y granuladas. Escogió la primera de las fotografías en las que aparecía Reacher, esa en la que cogía la muleta de Holly y le quitaba la ropa de la tintorería. Deslizó la fotografía por la mesa.

—Un gran héroe —dijo.

Johnson se inclinó para estudiar la imagen. McGrath les pasó la siguiente, en la que se veía a Reacher cogiendo a Holly por el brazo, manteniéndola cerca de los atacantes. Johnson la cogió y la miró con atención. McGrath no sabía si estaba mirando a Reacher o a su hija.

—Tiene treinta y siete años —leyó en voz alta el ayudante del general—. Dejó el servicio hace catorce meses. West Point, trece años de servicio, actos heroicos en Beirut justo al principio. Señor, usted le puso una de las Estrellas de Bronce hace diez años. Tiene una hoja de servicios inmaculada de principio a fin. Es el único no marine de la historia que ha ganado la Wimbledon.

Webster levantó la mirada.

—¿Tenis?

El ayudante sonrió unos instantes.

—No, Wimbledon no. «La» Wimbledon. La escuela de francotiradores del Cuerpo de Marines celebra una competición, la Copa Wimbledon. Para francotiradores. Está abierta a cualquiera, pero siempre la gana uno de ellos. Excepto el año que ganó Reacher.

—Y entonces ¿por qué no era francotirador? —preguntó McGrath.

El ayudante se encogió de hombros.

—Ni idea. Hay muchas incógnitas en este informe. Como, por ejemplo, ¿por qué dejó el servicio? Alguien como él habría llegado a lo más alto.

Johnson tenía una fotografía en cada mano y estaba analizándolas con

mucha atención.

—Entonces ¿por qué se fue? —preguntó Brogan—. ¿Tuvo algún problema?

El ayudante negó con la cabeza. Leía y releía el papel.

—Aquí no pone nada. No dio ninguna razón. Estábamos deshaciéndonos de personal por aquel entonces, pero la idea era que se fueran los que no servían para nada. A alguien como él no deberíamos haberlo perdido.

Johnson se cambió de mano las fotografías, como si buscara una perspectiva nueva.

—Alguien habrá que lo conociera bien —dijo Milosevic—. Con alguien deberíamos poder hablar.

—Supongo que podríamos hablar con su antiguo superior —propuso el ayudante—. Aunque podríamos tardar un día en dar con él.

—Pónganse en contacto con él —dijo Webster—. Necesitamos información. Cualquier cosa nos será de utilidad.

Johnson dejó las fotografías en la mesa y las deslizó hacia McGrath.

—Se habrá corrompido —dijo—. A veces pasa. Los buenos hombres se corrompen. Lo he visto con mis propios ojos en alguna ocasión. Puede ser un problema jodido.

McGrath le dio la vuelta a las fotografías en la mesa brillante y se quedó mirándolas.

—Le comprendo.

Johnson miró al agente al mando del FBI.

—¿Puedo quedarme la fotografía? —le preguntó—. ¿La primera?

McGrath negó con la cabeza.

—No. Si quiere usted una fotografía, se la sacaré yo mismo. Una foto de usted y de su hija delante de una lápida, la de este cabrón.

Cuatro milicianos se encargaron de llevarse el cadáver de Loder y la multitud empezó a dispersarse despacio y en silencio. Reacher estaba en la escalinata del juzgado, con Fowler y sus seis centinelas. Por fin Fowler le había liberado de las esposas. Reacher empezó a darles vueltas a los hombros y a estirarse. Había estado esposado toda la noche y toda la mañana, y estaba agarrotado y dolorido. Tenía unas ronchas rojas alrededor de las muñecas, allí donde el metal le había apretado más.

—¿Un cigarrillo? —le preguntó Fowler.

Le tendía un paquete. Un gesto amistoso. Reacher negó con la cabeza.

—Quiero ver a Holly.

Fowler estuvo a punto de negarse de primeras, pero se lo pensó un poco y asintió.

—De acuerdo. Buena idea. La sacaremos para que haga un poco de ejercicio. Habla con ella. Pregúntale cómo la estamos tratando. Seguro que es algo que te preguntarán a ti. Para ellos será muy importante. No queremos dar una impresión equivocada.

Reacher esperó a los pies de la escalinata. El sol se había vuelto pálido, débil. Por el norte empezaban a aparecer hebras de niebla. Parte del cielo, sin embargo, seguía estando azul y despejado. Después de cinco minutos, Fowler llegó con Holly. La joven caminaba despacio, con un ritmo lento y deslavazado, mientras alternaba su pierna buena con la muleta. Salió por las puertas dobles y se quedó en lo alto de las escaleras.

—Reacher —le dijo Fowler—, tengo una pregunta para ti. ¿Cómo de lejos

puedes llegar en media hora con cincuenta y cinco kilos a tu espalda?

Reacher se encogió de hombros.

—Supongo que no lo suficiente.

Fowler asintió.

—Correcto, no lo suficiente. Si no estáis aquí dentro de treinta minutos, iremos a buscaros. Os buscaremos en un radio de tres kilómetros.

Reacher pensó en ello y asintió. Cabía la posibilidad de que en media hora fuera capaz de hacer más de tres kilómetros, por mucho que llevara cincuenta y cinco kilos a la espalda. Tres kilómetros era un cálculo pesimista. Pero pensó en el mapa que tenía Borken en la pared. Pensó en lo salvaje que era aquel terreno. ¿Adónde iban a ir? Miró su reloj. Fowler se marchó y desapareció por detrás de un edificio en ruinas que parecía un ayuntamiento. Los guardias se echaron el arma al hombro y descansaron. Holly se echó el pelo hacia atrás. Se puso de cara al pálido sol.

—¿Podrías caminar un rato?

—Espacio.

La joven empezó a andar por en medio de la calle desierta. Reacher salió detrás de ella. Esperaron hasta encontrarse fuera de la vista de los demás. Se miraron. Luego se abalanzaron el uno a los brazos del otro. La muleta se cayó al suelo mientras Reacher levantaba a Holly en volandas. Ella lo rodeó con los brazos y le puso la cara en el cuello.

—Voy a volverme loca ahí dentro.

—Tengo malas noticias.

—¿Qué pasa?

—Tienen a alguien que les ayuda en Chicago.

Holly lo miró sorprendida.

—Solo estuvieron cinco días fuera de aquí. Lo ha dicho el tal Fowler durante el juicio. Ha dicho que Loder solo estuvo fuera cinco días.

—¿Y?

—Que no tuvieron tiempo para vigilarte. No te vigilaron. Alguien les dijo dónde encontrarte y a qué hora. Han tenido ayuda, Holly.

Se quedó pálida y puso cara de estupefacción.

—¿Cinco días? ¿Estás seguro?

Reacher asintió. Ella se quedó callada. Era evidente que estaba pensando.

—¿Quién lo sabía? ¿Quién sabía que estarías allí a las doce en punto del lunes? ¿Algún compañero de piso? ¿Algún amigo?

Movía los ojos a derecha e izquierda a toda velocidad. Estaba sopesando las posibilidades.

—No lo sabía nadie.

—¿Te han seguido alguna vez?

Holly se encogió de hombros, impotente. A Reacher le quedaba claro que le gustaría responder que sí, que la habían seguido, porque sabía que responder no implicaría algo terrible.

—¿Te han seguido?

—No —respondió calmada—. ¿Algún idiota de estos? Ni loca. Me habría dado cuenta. Además, tendrían que haberse pasado el día entero esperando fuera del edificio federal. Nos habríamos dado cuenta en un santiamén.

—¿Entonces?

—Mi hora de la comida es flexible. Varía. En ocasiones, un par de horas arriba o abajo. Nunca es regular.

—¿Entonces? —repitió Reacher.

Holly lo miró con atención.

—Entonces les ha ayudado alguien desde dentro. Desde el FBI. No queda otra. Piénsalo, no hay otra posibilidad. Alguien de la oficina me vio salir y les llamó.

Reacher no dijo nada. Se quedó observando la cara de desaliento de ella.

—Un topo en Chicago —dijo ella. No era una pregunta, sino una

afirmación—. De nuestra organización. No hay otra posibilidad. Joder, no me lo puedo creer.

Acto seguido, sonrió. Fue una sonrisa corta y amarga.

—Y nosotros tenemos un topo aquí. Es irónico, ¿no te parece? Se me ha presentado. Es uno joven con una gran cicatriz en la frente. Es un infiltrado del FBI. Me ha explicado que tenemos a gente metida en muchos de estos grupos. Infiltrados para casos de emergencia. Dice que llamó para avisar cuando vio que habían puesto la dinamita entre las paredes de mi habitación.

Reacher la miró.

—¿Sabes lo de la dinamita?

Holly esbozó una mueca y asintió.

—No me extraña que pienses que te vas a volver loca.

Acto seguido, la miró asustado.

—¿Y a quién llama este infiltrado? —preguntó a todo correr.

—A nuestra oficina en Butte. Es una sucursal. Hay un agente. Se comunican por radio. Tiene un transmisor escondido en el bosque. Pero ya no lo usa. Dice que están escaneando las ondas de radio en busca de frecuencias.

Reacher se estremeció y le preguntó:

—¿Cuánto crees que tardará el topo de Chicago en dejarle con el culo al aire?

Holly se quedó aún más pálida.

—No mucho. En cuanto alguien se dé cuenta de que nos han traído aquí. Chicago empezará a buscar en los ordenadores y a rastrear cualquier informe llegado desde Montana. Cualquier información que haya enviado la pondrán en lo más alto del montón de papeles. Dios, Reacher, tienes que hablar con él. Tienes que avisarle. Se apellida Jackson.

Se dieron la vuelta. Empezaron a apresurarse en dirección sur por el pueblo fantasma.

—Dice que puede sacarme de aquí. Esta noche, en un todoterreno.

—Vete con él.

—No me iré sin ti.

—Van a enviarme fuera. Quieren que sea su emisario. Quieren que les diga a los tuyos que no tienen nada que hacer.

—¿Y vas a hacerlo?

Negó con la cabeza.

—No si puedo evitarlo. No sin ti.

—Deberías irte. No te preocupes por mí.

Volvió a negar con la cabeza.

—Claro que me preocupo por ti.

—Vete. Olvídate de mí y vete.

Reacher no dijo nada.

—Reacher, si tienes la oportunidad, vete. Por favor.

Parecía que lo dijera en serio. Lo miraba muy fijamente.

—Solo si tú te has ido antes. Me quedaré hasta que tú te hayas ido. No pienso dejarte aquí con estos dementes.

—No puedes quedarte aquí. Si me voy, se pondrán como locos. Lo cambiará todo.

La miró. Oyó cómo Borken le decía: «Holly es mucho más que su hija».

—¿Por qué? ¿Por qué lo cambiará todo? ¿Quién coño eres?

Holly no respondió. Miró hacia otro lado. Fowler apareció a lo lejos. Venía desde el norte, fumando. Se acercó a ellos. Se detuvo justo al lado. Sacó el paquete de cigarrillos.

—¿Un cigarrillo?

Holly miró al suelo. Reacher negó con la cabeza.

—¿Ya te lo ha contado? ¿Todas las comodidades que tiene? —preguntó Fowler.

Los centinelas volvían a estar en posición de firmes. Hasta cierto punto, en la escalinata del juzgado, parecían una guardia de honor. Fowler acompañó a

Holly a las escaleras. Uno de ellos la llevó adentro. En las puertas, Holly se giró y miró a Reacher, que asintió. Intentó que el gesto lo entendiera como: «Luego nos vemos, ¿vale?». Acto seguido, desapareció en el interior del edificio.

—Bueno, ahora vamos a hacer la visita —dijo Fowler—. Quédate cerca de mí. Son órdenes de Beau. Pero puedes hacer todas las preguntas que quieras, ¿de acuerdo?

Reacher lo miró como si no le interesase lo que le estaba diciendo y asintió. Se fijó en los seis guardias que había detrás de Fowler. El hombre bajó las escaleras y se detuvo. Miró el mástil. Se levantaba en mitad de un abandonado pero bonito cuadrado de hierba que había frente al juzgado. Se acercó, se fijó en la sangre de Loder y miró a su alrededor.

La localidad de Yorke estaba muerta. Daba la impresión de que el pueblo hubiera muerto hacía tiempo. Aunque, a decir verdad, tampoco parecía que hubiera sido nunca gran cosa. La carretera partía del norte e iba en dirección sur. Había habido cuatro manzanas que la flanqueaban, dos en la zona este y dos en la oeste. El juzgado ocupaba toda la manzana sudeste y estaba de cara a lo que debía de haber sido una especie de ayuntamiento, en la manzana sudoeste. La zona oeste de la calle estaba más elevada. El suelo iba en ascenso. La parte más baja del ayuntamiento quedaba, aproximadamente, a la misma altura que el segundo piso del juzgado. Era el mismo tipo de estructura, pero estaba en ruinas, puede que desde hacía unos treinta años. La pintura estaba desconchada y se veía el revestimiento, de color gris hierro. Ni una sola de las ventanas tenía cristal. La vegetación boscosa se había adueñado de la zona en pendiente que lo rodeaba. En el centro de dicha zona había habido un árbol ornamental, pero se había secado hacía mucho tiempo



y ya no era más que un tronco de algo más de dos metros de altura que parecía un poste de ejecuciones.

Las manzanas del norte comprendían filas de tiendas deslucidas, con puertas y ventanas condenadas con tablas. En su día habían tenido frontales ornamentados que ocultaban edificios cuadrados la mar de sencillos, pero el deterioro se había apoderado de ellos a lo largo de los años y los había dejado del mismo color marrón mate que las estructuras cuadradas de madera que había detrás. Los carteles que había sobre las puertas habían ido desdibujándose hasta resultar ilegibles. No había gente en las aceras. No se oían vehículos. No había actividad. Nada. Era un lugar fantasma. Parecía un pueblo vaquero abandonado del Oeste.

—Era un pueblo minero —comentó Fowler—. Plomo, en su mayoría, pero también algo de cobre y, durante un tiempo, un par de buenas vetas de plata. No hay duda de que aquí ganaron mucho dinero.

—¿Qué pasó?

Fowler se encogió de hombros.

—¿Qué pasa con los pueblos mineros? Que las vetas se agotan. Hace cincuenta años, la gente registraba demandas en ese viejo ayuntamiento como si no hubiera mañana y las disputaban en este viejo palacio de justicia, y había salones y bancos y tiendas a uno y otro lado de la calle. Pero, de repente, empezaron a encontrar escoria en vez de metal y se mudaron. Lo que ves es lo que dejaron.

Fowler miraba aquel paisaje deprimente y Reacher seguía su mirada. Luego, levantó la vista un par de grados y se quedó mirando las montañas que se elevaban en el horizonte. Eran macizas y tenían aspecto indiferente, con algo de nieve aunque fuera 3 de julio. La niebla colgaba en los pasos y desfiladeros y flotaba sobre los densos bosques de coníferas. Fowler empezó a andar y Reacher le siguió por una pista en pendiente muy pronunciada que ascendía dirección noroeste tras el ayuntamiento en ruinas. Por detrás, los

guardias les seguían en fila de a uno. Se dio cuenta de que aquella era la vereda por la que había avanzado trastabillando en dos ocasiones, a oscuras, la noche anterior. Cien metros después, se encontraban entre los árboles. La pista ascendía colina arriba por el bosque. Avanzar por ella era más sencillo gracias a la luz verdosa que se filtraba entre las ramas de los árboles. Después de kilómetro y medio andando —en el que no habrían hecho más de unos setecientos metros de progreso en línea recta—, salieron al claro en el que les había dejado la furgoneta blanca la noche anterior. Había un pequeño escuadrón de centinelas, armados e inmaculados, firmes en el centro del claro. Pero la furgoneta blanca no estaba. Se la habían llevado.

—A esto lo llamamos el Bastión. Estas fueron las primeras hectáreas que compramos.

A la luz del día, el sitio parecía diferente. El Bastión era un claro grande y bien cuidado en mitad del bosque, situado en una cuenca de la montaña, a unos cien metros por encima del pueblo. El perímetro no estaba hecho por el hombre. Aquel perímetro lo habían hecho los grandes glaciares del polo hacía un millón de años. Las zonas norte y oeste eran montañosas y conectaban con los picos altos. Reacher volvió a ver nieve, azotada por el viento en los barrancos de la cara norte. Si seguía habiéndola en julio, es que se trataba de un sitio donde había nieve los doce meses del año.

Al sudeste, por entre los huecos que dejaban los árboles allí donde se había trazado la pista, se veía el pueblo. Reacher veía el ayuntamiento en ruinas y el juzgado blanco. Parecían maquetas. Al sur, las faldas de la montaña se perdían en el denso bosque. Allí donde no había árboles, había gargantas salvajes. Reacher las miró en silencio. Fowler las señaló.

—Algunas tienen treinta metros de profundidad. Están llenas de alces y borregos cimarrones. Y también hay osos negros que van de un lado para el otro. Hay gente que ha visto pumas merodeando. Por la noche, cuando todo se queda en silencio, se les oye.

Reacher asintió y escuchó lo que ya le parecía un silencio impactante. No era capaz de imaginar que las noches pudieran ser aún más silenciosas. Fowler se dio la vuelta y señaló aquí y allí.

—Esto es lo que hemos construido. Hasta ahora.

Reacher volvió a asentir. En el claro había diez edificios. Todos ellos grandes estructuras funcionales de madera, construidas con tablas de contrachapado y cedro, que descansaban sobre sólidos suelos de cemento. A los edificios les proporcionaba electricidad un grueso cable que iba de una a otra estructura.

—La energía la conseguimos del pueblo. Kilómetro y medio de cable. También tenemos agua corriente, que traemos desde un lago virgen de la montaña por tuberías de plástico instaladas por la milicia.

Reacher se fijó en la cabaña en la que había estado encerrado la mayor parte de la noche. Era más pequeña que las demás.

—La cabaña de administración.

Una de las cabañas tenía una antena de látigo en el techo, de unos treinta metros de altura. Una radio de corto alcance. Reacher veía un cable más fino atado al de la luz. Entraba serpenteando en la susodicha cabaña y no volvía a salir.

—¿Tenéis teléfono? Pero en la guía no salís, ¿no?

Señaló el cable y Fowler siguió su dedo.

—¿Línea de teléfono? Sí, llega desde Yorke con el cable de la electricidad, pero teléfono no tenemos. El gobierno mundial nos intervendría las llamadas.

Le hizo un gesto para que le siguiera a la cabaña de la antena, donde terminaba la línea. Entraron. La puerta era estrecha. Fowler extendió los brazos en un gesto de orgullo.

—La cabaña de comunicaciones.

La cabaña era oscura y mediría unos seis metros por cuatro. Dentro había dos milicianos, uno de ellos inclinado sobre una grabadora, escuchando algo

con unos auriculares; el otro, giraba despacio el dial de un escáner de radio. En ambas paredes largas de la cabaña había sencillos escritorios de madera. Reacher miró el gablete y vio el cable de teléfono cayendo por un agujero de la pared. Bajaba retorciéndose y alimentaba un módem. El módem estaba conectado a un par de ordenadores de sobremesa cuyas pantallas brillaban.

—La Internet de la Milicia Nacional.

Un segundo cable dejaba atrás los ordenadores y alimentaba un fax. La máquina estaba zumbando como para sí e iba sacando un papel poco a poco.

—La Red de Fax Patriótica.

Reacher asintió y se acercó. El fax estaba junto a otro ordenador y a una gran radio de onda corta.

—Estos son los medios en la sombra. Dependemos de este equipo para saber la verdad de lo que está sucediendo en Estados Unidos. Es imposible saber la verdad de ninguna otra forma.

Reacher echó una última ojeada alrededor.

—Tengo hambre. Esa es la verdad. No cené y no he desayunado. ¿Hacéis café en algún sitio?

Fowler sonrió.

—Por supuesto. La cantina está abierta todo el día. ¿Qué crees que somos, un puñado de salvajes?

Despachó a los seis centinelas y volvió a hacerle un gesto a Reacher para que le siguiera. La cantina estaba al lado de la cabaña de comunicaciones. Era cuatro veces más grande, el doble de larga y el doble de ancha. Del techo salía una chimenea robusta, fabricada con metal galvanizado brillante. Dentro había muchísimas mesas de caballete dispuestas en filas ordenadas y bancos sencillos puestos con cuidado a sus lados. Olía a comida rancia y tenía ese olor polvoriento típico de los grandes espacios comunales.

Había tres mujeres trabajando. Limpiaban las mesas. Iban vestidas con uniformes de camuflaje verde aceituna y tenían el pelo largo y limpio y una

cara común, sin adornos; las manos rojas y sin anillos. Se detuvieron cuando entraron Fowler y Reacher. Dejaron de trabajar y se pusieron juntas, observando. Reacher reconoció a una de ellas del juzgado. La mujer le saludó bajando la cabeza con cautela. Fowler se adentró por la cantina.

—Nuestro invitado se ha perdido el desayuno.

La mujer cautelosa asintió.

—No pasa nada. ¿Qué te pongo?

—Lo que sea, siempre que lo acompañes de café.

—Danos cinco minutos.

Se llevó a las otras dos por una puerta trasera, donde estaba la cocina. Fowler se sentó a una mesa y Reacher se sentó enfrente.

—Tres veces al día, este sitio se usa para las comidas. El resto del tiempo, por las tardes y por la noche, casi siempre, se usa como centro de reunión de la comunidad. Beau se sube a una de las mesas y les dice a los demás lo que hay que hacer.

—¿Dónde está Beau ahora?

—Lo verás antes de que te vayas. Seguro.

Reacher asintió despacio y se centró en la pequeña ventana que daba a las montañas. El nuevo ángulo le dejaba ver una cadena más alejada, a unos ochenta kilómetros, rodeada de aire puro, a caballo entre el cielo y la tierra. El silencio seguía siendo sobrecogedor.

—¿Dónde están los demás?

—Trabajando —dijo Fowler—. Trabajando y entrenándose.

—¿Trabajando? —preguntó Reacher—. ¿En qué?

—Construyendo el perímetro sur. En algunas zonas, los barrancos no son muy profundos. Los tanques podrían atravesarlos. ¿Sabes qué es un abatís?

Reacher no mostró expresión alguna. Sabía lo que era un abatís. Todo cadete meticulado de West Point sabía qué era un abatís, pero no quería que Fowler supiera lo que sabía, así que se hizo el loco.

—Talas unos árboles. Cada cinco o seis árboles, talas uno. Los dejas en la dirección opuesta a la dirección en la que llegará el enemigo. Por aquí, la mayoría de los árboles son pinos, con las ramas hacia arriba, ¿vale? Así que, cuando los talas, las ramas las dejas mirando en la dirección contraria a la del enemigo. Los tanques se encuentran con el tronco cortado e intentan pasar por encima, pero las ramas se traban con los troncos de los árboles que no has talado. Casi al instante, el tanque se encuentra con que debe dejar atrás dos o tres árboles. Al rato, cuatro o cinco. Y eso es imposible. Ni siquiera los más grandes, como los Abrams, pueden hacerlo. Turbinas de mil quinientos caballos, sesenta y tres toneladas, lo que quieras, pero se va a quedar parado cuando se tope con tus árboles. Aunque trajeran los enormes tanques rusos contra nosotros, no podrían pasar. Eso es un abatís, Reacher. Usar el poder de la naturaleza contra ellos. No podrán pasar por encima de esos putos árboles, eso está claro. Los soviéticos los usaron contra Hitler en la Segunda Guerra Mundial, en la batalla de Kursk. Un viejo truco comunista. Ahora lo vamos a utilizar nosotros.

—¿Y la infantería? Los tanques no pasarán, pero irán acompañados de infantería. Dejarán atrás los tanques y dinamitarán los árboles.

Fowler sonrió.

—Lo intentarán. Pero dejarán de intentarlo. Tenemos puestos de ametralladoras a cincuenta metros al norte de los abatís. Los despedazaremos.

La mujer cautelosa salió de la cocina con una bandeja. La dejó en la mesa, delante de Reacher. Huevos, beicon, patatas fritas, alubias, todo ello en un plato esmaltado. Una jarra metálica de café humeante. Una vajilla barata.

—Que aproveche —dijo la mujer.

—Gracias.

—¿No me traes café a mí?

La mujer cautelosa señaló hacia la parte de atrás.

—Sírrete tú mismo.

Fowler echó a Reacher una de esas miradas de complicidad masculina, que no fue correspondida, y se levantó. Reacher seguía sin mostrar expresión alguna. Fowler se acercó a la cocina y entró. La mujer se quedó mirando cómo se alejaba y le tocó el brazo con la mano a Reacher.

—Tengo que hablar contigo —susurró—. Búscame esta noche, cuando se apaguen las luces. Quedamos en la puerta de la cocina, ¿vale?

—Dímelo ahora —le dijo Reacher, también entre susurros—. Puede que, para entonces, ya me haya ido.

—Tienes que ayudarnos —pidió entre susurros la mujer.

Fowler salió de la cocina y a la mujer la embargó el terror. Se puso derecha y se alejó a toda prisa.

Había seis tornillos en cada uno de los tubos largos del armazón de la cama. Dos de ellos aseguraban el panel de malla sobre el que se sujetaba el colchón. Luego, además, había otros dos a cada lado, ajustando el tubo largo a los ángulos en forma de L que los sujetaban a las patas. Había pasado un tiempo estudiando la estructura y había descubierto una mejora para su palanca. Podía dejar uno de los ángulos atornillado a uno de los lados. Quedaría como un gancho rígido con forma de ángulo recto. Mejor que separar el ángulo y ponerlo después en el lado abierto. Más fuerte.

En cualquier caso, seguía teniendo que soltar seis tornillos. Tendría que desatornillar el ángulo de la pata. Era una mejora, sí, pero no le quitaba trabajo. Iba a toda prisa. No había razón para pensar que Jackson no fuera a conseguirlo, pero las probabilidades del joven se habían reducido. Se habían reducido mucho.

Los dormitorios estaban junto a la cantina. Eran cuatro edificios muy grandes, todos ellos immaculados y desiertos. Dos de ellos eran barracones

para hombres y mujeres solteros. Los otros dos estaban divididos con tabloncillos de contrachapado. Allí vivían las familias: los adultos en pequeños cubículos dentro de las particiones y los niños en una zona abierta de dormitorio. Tenían camas amplias dispuestas en filas ordenadas. Había unos baúles algo pequeños a los pies de las camas. En las paredes no había dibujos, no había juguetes por el suelo. La única decoración era un póster turístico de Washington D. C. Era una fotografía aérea sacada desde el norte en un soleado día de primavera, con la Casa Blanca en la zona derecha de lo que quedaba en primer plano, la Explanada Nacional en el centro y el Capitolio a la izquierda. Tenía un marco de plástico y el mensaje para los turistas lo habían tapado con un papel en el que habían escrito a mano un nuevo eslogan. El nuevo eslogan rezaba: ESTE ES TU ENEMIGO.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Reacher.

—En el colegio —dijo Fowler—. En invierno, la cantina hace las veces de colegio; en verano, los bosques.

—¿Qué les enseñáis?

Fowler se encogió de hombros.

—Lo que es necesario que sepan.

—¿Quién decide qué es lo que es necesario que sepan?

—Beau. Él lo decide todo.

—¿Y qué ha decidido que tienen que saber?

—Estudió el tema con atención —explicó Fowler—. Se les enseñan pasajes de la Biblia, partes de la Constitución, historia, entrenamiento físico, carpintería, caza, armas.

—¿Y quién les enseña todo eso?

—Las mujeres.

—¿Están contentos aquí los niños?

Fowler volvió a encogerse de hombros.

—No están aquí para ser felices. Están aquí para sobrevivir.



La siguiente cabaña estaba vacía, excepto por un escritorio que había en una esquina, con un ordenador. El ordenador tenía un candado para el teclado.

—Podría decirse que este es nuestro Departamento del Tesoro. Todos nuestros fondos están en las islas Caimán. Si necesitamos algo de dinero, usamos ese ordenador para enviarlo donde sea.

—¿Cuánto tenéis?

Fowler sonrió, como un conspirador.

—Muchísimo. Veinte millones en bonos al portador. Menos lo que nos hemos gastado ya. Pero nos queda muchísimo aún. No te preocupes, que sin pasta no vamos a quedarnos.

—¿Robados?

Fowler negó con la cabeza y sonrió.

—Requisados. Al enemigo. Los veinte millones.

Los dos edificios restantes eran almacenes. Uno de ellos estaba alineado con el último dormitorio. El otro estaba alejado de los demás. Fowler llevó a Reacher al que estaba más cerca. Estaba repleto de suministros. Una de las paredes estaba llena de gigantescos bidones de agua.

—Alubias, balas y vendas. Ese es el lema de Beau. Antes o después vamos a tener que enfrentarnos a un asedio. De eso estamos seguros. Y es evidente lo primero que va a hacer el gobierno, ¿no? Disparará proyectiles con gérmenes al lago del que conseguimos el agua. Por eso tenemos almacenada agua potable. Noventa mil litros. Fue nuestra prioridad. Tenemos comida enlatada suficiente para dos años. No nos llegaría si conseguimos que se nos una mucha gente, pero por algo hay que empezar.

Allí no había un alfiler. Había una pila de ropa que iba hasta el techo. Los uniformes de camuflaje verde aceituna, chaquetas y botas que llevaba todo el mundo. Todo ello lavado y planchado en alguna lavandería militar y vendido al peso.

—¿Quieres ropa?

Reacher estuvo a punto de contestar que no, pero miró lo que llevaba puesto. Iba con la misma ropa desde el lunes por la mañana. Tres días enteros. No había sido la mejor ropa que había comprado y, desde luego, tampoco había mejorado con el tiempo.

—Vale.

Las tallas más grandes estaban en la parte de debajo de la pila. Fowler rebuscó por aquí y por allí hasta que sacó unos pantalones, una camisa y una chaqueta. Reacher pasó de las brillantes botas. Le gustaban más los zapatos que llevaba. Se desnudó y se puso el pantalón saltando de un pie a otro sobre el suelo de madera. Se abotonó la camisa y se puso la chaqueta. La talla le quedaba bastante bien. No buscó un espejo. Sabía muy bien cómo le sentaban los uniformes de camuflaje. Había pasado muchos años con ellos.

Junto a la puerta, en repisas, había suministros médicos. Botiquines, plasma, antibióticos, vendas. Todo ordenado de manera muy eficaz, para que el acceso fuera rápido y fácil. Montones ordenados con mucho espacio entre sí. Era evidente que Borken había hecho que los suyos entrenaran cómo sería tener que ir corriendo a por equipo en caso de que tuvieran que dispensarse cuidados médicos.

—Alubias y vendas, pero ¿dónde están las balas?

Fowler señaló el edificio más alejado con la cabeza.

—La otra cabaña es la armería. Ahora te la enseño.

La armería era aún más grande que el otro almacén. Tenía un candado enorme en la puerta. Dentro había más armamento del que Reacher recordaba haber visto en mucho tiempo. Cientos de rifles y metralletas en filas ordenadas. El hedor a aceite para armas por todos lados. Cajas de munición en montones que iban hasta el techo. Cajas de madera para granadas que le resultaban familiares. Estanterías llenas de pistolas. No había armamento

pesado, todo era equipo de soldado de infantería, pero aun así, resultaba impresionante.

Los dos tornillos que sujetaban el panel de malla fueron los más sencillos. Eran más pequeños que los otros. Fue con los grandes, los que mantenían unido el armazón, con los que más tuvo que esforzarse, dado que el panel de malla descansaba sobre ellos. Los que lo sujetaban, no obstante, no eran tornillos estructurales. Aunque no los hubieran puesto, el panel no se habría caído.

Descascarilló la pintura, la raspó, hasta dejar solo el metal. Calentó la cabeza de los tornillos con la toalla. Luego, sacó la contera de la muleta y aplastó la punta de aluminio hasta conformar un óvalo. Con los dedos, dobló el óvalo hasta que se ajustó a la cabeza de los tornillos. Usó la empuñadura para girar la muleta como si fuera una llave de carraca gigante. La herramienta resbaló y se salió del tornillo. Maldijo en silencio y, con una mano, la ajustó aún más. Esta vez, giró la muleta y la mano al mismo tiempo. El tornillo se movió.

De la zona norte del anillo de edificios salía un sendero de tierra batida. Fowler y Reacher lo siguieron. Llevaba a un campo de tiro. El campo era una avenida alargada y plana que se había limpiado de árboles y maleza con meticulosidad. Estaba en silencio y vacía. Apenas tenía veinte metros de ancho, pero unos ochocientos de largo. Había esterillas en un lado para que los tiradores se tumbaran y, a lo lejos, Reacher veía los objetivos. Despacio, empezó a caminar en dirección a ellos. Parecían recortes de los que usaba el ejército: soldados corriendo o agachados. El diseño era de la Segunda Guerra Mundial. Representaban tropas de infantería alemana con aquel casco tan característico y gruñendo como salvajes. Pero a medida que iba acercándose,

Reacher se fijó en que los objetivos tenían adiciones particulares. Con pintura amarilla, les habían pintado unas siglas en el pecho. Dos siglas distintas, cada una de ellas de tres letras. En cuatro de los objetivos ponía FBI y en los otros cuatro, ATF. Los objetivos estaban escalonados entre distancias que iban desde los trescientos metros hasta los ochocientos que medía la pista. Los más cercanos estaban llenos de agujeros.

—Todo el mundo tiene que ser capaz de dar a los que están a trescientos metros. Aquí, es uno de los requisitos para conseguir la ciudadanía.

Reacher hizo un gesto de indiferencia. No le impresionaba. Trescientos metros no era para tanto. Siguió recorriendo la pista. Los objetivos que estaban a cuatrocientos metros también tenían bastantes agujeros y los que estaban a quinientos, menos. Reacher contó dieciocho impactos en los que estaban a seiscientos metros, siete en los que estaban a setecientos y solo dos en los que estaban al final del todo.

—¿Cuánto tiempo tienen estos objetivos?

Fowler se encogió de hombros.

—Un mes. Puede que dos. Estamos practicando mucho.

—Más os vale.

—No creemos que vayamos a tener que disparar a gran distancia. Beau supone que los de la ONU nos atacarán por la noche. Porque creerán que estamos descansando. Beau ha calculado que, en cierta medida, conseguirán superar nuestro perímetro. Puede que unos ochocientos metros, más o menos. Yo no lo creo, pero Beau es más precavido. Además, es el único responsable. Así que nos hemos decantado por las maniobras y la táctica nocturna. Rodearemos a los de la ONU y los acribillaremos con el fuego cruzado. Casi cuerpo a cuerpo, ¿eh? Ese entrenamiento lo llevamos muy bien. Sabemos movernos rápido y casi sin hacer ruido, a oscuras, sin luces, sin referencias auditivas. Eso se nos da muy bien.

Reacher miró el bosque y pensó en el muro de munición que acababa de

ver. Pensó en la fanfarronada de Borken: «Somos inexpugnables». Pensó en los problemas que les da a los ejércitos enfrentarse en terreno difícil a guerrillas convencidas. Nada es inexpugnable, pero las bajas que se producirían para tomar este sitio serían espectaculares.

—Espero que no te haya incomodado lo de esta mañana.

Reacher miró a Fowler sin saber bien de qué le hablaba.

—Me refiero a lo del Loder.

Reacher se encogió de hombros. Pensó: «Menos trabajo para mí».

—Tenemos que aplicar una disciplina férrea. Todas las nuevas naciones pasan por una fase como esta. Reglas duras, disciplina férrea. Beau lo ha estudiado. Ahora mismo, es muy importante. Aunque supongo que puede resultar incómodo y preocupante.

—Eres tú quien debería preocuparse —repuso Reacher—. ¿Has oído hablar de Iósif Stalin?

Fowler asintió.

—El dictador soviético.

—Ese. Esto es lo que solía hacer él.

—¿Hacer qué?

—Eliminar rivales en potencia. Con cargos inventados.

Fowler negó con la cabeza.

—Los cargos eran justos. Loder cometió errores.

Reacher puso cara de escepticismo.

—No fueron para tanto. Hizo un trabajo bastante bueno.

Fowler miró hacia otro lado.

—Tú serás el siguiente —continuó Reacher—. Yo que tú, me andaría con ojo. Verás cómo antes o después cometes algún error.

—Hemos pasado muchas cosas juntos. Beau y yo.

—También Beau y Loder, ¿no? Stevie puede estar tranquilo, él no es una

amenaza. Es demasiado idiota. Pero tú deberías andarte con cuidado. Tú serás el siguiente.

Fowler no dijo nada. Volvió a desviar la mirada. Recorrieron juntos de vuelta los ochocientos metros del campo de tiro. Tomaron otra senda de tierra batida hacia el norte. Se apartaron del camino para que pasara una larga columna de niños. Marchaban en parejas, chicos y chicas juntos, con una mujer vestida con uniforme de camuflaje delante de ellos y otra detrás. Los niños iban vestidos con uniformes adaptados y llevaban palos largos en la mano derecha. La expresión de su rostro era neutra, aquiescente. Las chicas llevaban el pelo largo y suelto, mientras que a los chicos parecía que se lo hubieran cortado con un tazón y unas tijeras de esquilar. Reacher se fijó en ellos mientras pasaban. Miraban hacia delante. Ninguno de ellos se arriesgó a volver la cabeza para mirarlo, ni siquiera de reojo.

El nuevo camino iba colina arriba por un estrecho cinturón de árboles y daba a una zona lisa de unos cincuenta metros de lado. La habían nivelado a mano. Las piedras que habían sacado las habían pintado de blanco y las habían puesto a intervalos en el borde del sendero. Estaba en silencio y no había nadie más.

—Nuestra plaza de armas —dijo Fowler con amargura.

Reacher asintió y miró en derredor. Al norte y al oeste, las altas montañas. Al este, el denso bosque virgen. Al sur, podía ver, más allá del pueblo y los árboles, hasta los barrancos. Un viento gélido se le coló por la chaqueta y la camisa, y sintió un escalofrío.

Los tornillos más grandes eran mucho más difíciles. Había mucha más área de contacto entre los metales. Mucha más pintura que rascar. Había que hacer mucha más fuerza para darles la vuelta. Y cuanto más fuerza hacía ella, más probabilidades había de que la punta de la muleta resbalara. Se quitó un

zapato y lo usó para martillar la punta hasta darle la forma adecuada. Dobló y retorció el suave aluminio alrededor de la cabeza del tornillo. Luego lo sujetó con fuerza con los dedos. Lo sujetó con tal fuerza que los delgados tendones de su brazo se tensaron como cables y empezó a sudar. Luego, giró la muleta, conteniendo el aliento, esperando a ver qué es lo que cedía primero, si sus dedos en la muleta o el tornillo en el armazón.

El viento que se le había metido a Reacher por la ropa también arrastraba unos sonidos débiles. Miró a Fowler y se volvió para observar el extremo oeste de la plaza de armas. Oía a gente entre los árboles. Una fila de hombres salió del bosque.

Salieron en línea, seis milicianos con el rifle al hombro. Uniforme de camuflaje, barba. Los mismos seis guardias que habían estado de pie frente al estrado del juez aquella mañana. La guardia personal de Borke. Reacher observó sus caras con atención. El joven de la cicatriz en la frente estaba en la esquina izquierda. Jackson, el topo del FBI. Se detuvieron y cambiaron de rumbo. Se apresuraron hacia Reacher. Mientras se acercaban, Fowler se apartó, con lo que Reacher se convirtió en un objetivo aislado. Cinco de los milicianos se abrieron en un arco amplio. Cinco rifles que le apuntaban al pecho. El sexto se puso delante de Fowler. No le saludó, pero había cierta deferencia en su pose que era, más o menos, lo mismo.

—Beau quiere que este hombre vuelva —dijo el soldado—. Es muy urgente.

Fowler asintió.

—Llévólo. Ya estaba empezando a tocarme los huevos.

Los cañones de los rifles obligaron a formar a Reacher y los seis milicianos lo llevaron a buen paso en dirección sur, por el cinturón de árboles. Pasaron por el campo de tiro y siguieron la senda de tierra batida hasta el Bastión.

Giraron hacia el oeste y dejaron atrás la armería, tras lo que se internaron por el bosque camino de la cabaña de mando. Reacher estiró la zancada y fue más rápido. Se les adelantó. Dejó el pie en una raíz y se cayó con fuerza sobre las piedras. El primero que se acercó a él fue Jackson. Reacher vio la frente con la cicatriz. Cogió a Reacher por el brazo.

—Hay un topo en Chicago —le susurró Reacher.

—¡Levántate, gilipollas! —le gritó Jackson.

—Escóndete y largaos esta misma noche —murmuró Reacher—. Ten muchísimo cuidado.

Jackson le miró y le respondió apretándole el brazo. Luego tiró de él y lo empujó sendero abajo hasta el claro más pequeño. Beau Borken estaba en la puerta de la cabaña de mando. Iba vestido con un amplio uniforme de camuflaje, sucio y descosido. Como si hubiera estado trabajando duro. Miró a Reacher mientras se acercaba.

—Veo que te han dado ropa nueva.

Reacher asintió.

—Te pido disculpas por mi aspecto —continuó Borken—. Está siendo un día muy atareado.

—Eso me ha dicho Fowler. Habéis estado construyendo abatisses.

—¿Abatisses? Ah, sí.

Y se quedó callado. Reacher se fijó en que no paraba de abrir y cerrar sus grandes manos blancas.

—Se ha cancelado tu misión —anunció con calma.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Borken salió de la cabaña y se acercó a Reacher, que no podía dejar de mirar aquellos ojos resplandecientes. Por eso no vio llegar el golpe. Se lo pegó en el estómago. El fortísimo puñetazo que puede pegarte un tipo de ciento ochenta kilos. Reacher cayó como un árbol y Borken le pateó la espalda.



—Se apellida Jackson —explicó Webster.

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —preguntó Milosevic.

—Casi un año —dijo Webster.

Eran las once en punto de la mañana del jueves 3 de julio, en la base Peterson. El jefe de sección de Quantico estaba enviando material por fax hasta Andrews, desde donde llegaba a la red de fax segura de las Fuerzas Aéreas tan rápido como podían permitirselo las máquinas. Milosevic y Brogan lo sacaban de los faxes y se lo pasaban a Webster y a McGrath para que lo analizaran. Al otro lado de la mesa, el general Johnson y su ayudante estaban estudiando un mapa de la esquina noroeste de Montana.

—¿Tienen infiltrados en todos estos grupos? —les preguntó Johnson.

Webster sacudió la cabeza y sonrió.

—No, en todos no. Hay demasiados. No somos suficientes. Yo diría que hemos tenido suerte.

—No sabía que teníamos a alguien en este —comentó Brogan.

Webster seguía sonriendo.

—Hay muchas cosas que mucha gente no sabe —respondió—. Así es más seguro para ellos, ¿no?

—¿Y qué dice el tal Jackson? —preguntó Brogan.

—¿Ha dicho algo de Holly? —preguntó Johnson.

—¿Ha explicado a qué coño viene lo del secuestro? —preguntó Milosevic.

Webster resopló y movió la mano hacia el montón de papel de fax. McGrath estaba ocupado repasándolo todo. Lo separaba en dos pilas. Una

con todo lo rutinario y la otra con la información relevante. La de lo rutinario era más alta. La de lo relevante, escasa.

—¿Algún análisis, Mack? —preguntó Webster.

—Hasta cierto punto, es todo bastante normal.

Johnson se quedó mirando al agente al mando y le preguntó:

—¿Normal?

Webster asintió.

—Esto es normal. Estos grupos milicianos están por todo el país, razón por la que no podemos ocuparnos de todos. No es que sean muchos, es que son muchísimos. La última vez que los contamos, había más de cuatrocientos en los cincuenta estados. La mayoría de ellos no son más que tarados sin mucha idea, pero a algunos de ellos los consideramos grupos terroristas antigubernamentales peligrosos.

—¿Y estos? —preguntó Johnson.

McGrath le miró.

—Estos van muy en serio. Un centenar de personas escondidas en el bosque. Muy bien armadas, muy bien organizadas, muy independientes. Y también están muy bien financiadas. Jackson ha informado de fraude postal, de cheques de caja falsos y de falsificación de moneda. Y puede que hasta sean culpables de un robo a mano armada. Se cree que robaron veinte millones de dólares en bonos al portador de un furgón blindado en el norte de California. Y, cómo no, venden vídeos, libros y manuales por correo a los demás tarados. Es una industria en auge ahora mismo. Y, como es natural, se niegan a pagar impuestos, ya sea como personas físicas, por sus vehículos o por cualquier cosa que fuera a costarles algo.

—En definitiva, controlan el condado de Yorke —comentó Webster.

—¿Cómo es posible? —preguntó Johnson.

—Porque no lo controla nadie más. ¿Ha estado usted allí alguna vez? Yo no. Jackson dice que el sitio está abandonado. Aquello se quedó vacío hace

muchísimo tiempo. Dice que habrá una decena de ciudadanos aún por la zona, pero dispersos en kilómetros a la redonda en un territorio vacío: rancheros en la bancarrota, mineros sin trabajo y ancianos. No existe ningún gobierno efectivo. Borken llegó allí y se hizo con el lugar.

—Dice que es un experimento —comentó McGrath—. El prototipo de una nueva nación.

Johnson asintió como si estuviera pensando en otra cosa. Acto seguido, preguntó:

—Vale, pero ¿qué pasa con Holly?

Webster apiló uno de los papeles y puso la mano encima.

—No la menciona. Su última llamada es del lunes, el día en que la raptaron. Estaban construyendo una celda. Debemos dar por supuesto que era para ella.

—¿El tipo llama por radio? —preguntó Brogan.

Webster asintió.

—Tiene un transmisor escondido en el bosque. Se da un paseo cuando puede y se pone en contacto con nosotros. Por eso todo es tan errático. Digamos que, de media, ha estado haciendo una llamada a la semana. No tiene mucha experiencia y le dijimos que se anduviera con cuidado. Damos por hecho que están muy alerta. Aquello debe de ser como lo de «el gran hermano te vigila», eso está claro.

—¿Podemos llamarle? —preguntó Milosevic.

—Es broma, ¿no? —respondió Webster—. Tenemos que esperar.

—¿Y a quién informa? —preguntó Brogan.

—A un agente de Butte, en Montana.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Johnson.

Webster se encogió de hombros. La estancia se quedó en silencio.

—Ahora mismo, nada —contestó al fin Webster—. Necesitamos un posicionamiento.

La estancia se volvió a quedar en silencio y Webster miró a Johnson con dureza. Era una mirada entre dos hombres del gobierno que significaba: «Ya sabes cómo son estas cosas». Johnson se la mantuvo un buen rato, inexpresivo. Luego asintió una fracción de centímetro. Lo suficiente para decir: «Por el momento, sé muy bien cómo son estas cosas».

El carraspeo del ayudante del general rompió el silencio.

—Tenemos misiles al norte de Yorke —comentó—. Ahora mismo van en dirección sur, vienen de camino hacia aquí. Veinte soldados, un centenar de Stingers, cinco cañones. Pasarán por Yorke en cualquier momento. ¿Los utilizamos?

Brogan negó con la cabeza.

—Eso va en contra de la ley. Los militares no pueden participar en detenciones policiales.

Webster ignoró a Brogan, miró a Johnson y esperó. Eran sus hombres y Holly era su hija. Era mejor que se respondiera él mismo. De nuevo se hizo el silencio y Johnson acabó negando con la cabeza.

—No, necesitamos tiempo para trazar un plan.

Su ayudante extendió las manos y dijo:

—Sí, podemos hacer planes. Tenemos contacto por radio, tierra-tierra. Deberíamos intentarlo, general.

—Va contra la ley —insistió Brogan.

Johnson no dijo nada. Estaba reflexionando sobre la situación. McGrath ojeó la pila de papel y cogió un documento en el que ponía que habían recubierto con dinamita las paredes de la celda de Holly. Lo sostuvo boca abajo sobre la mesa. Johnson negó con la cabeza.

—No. Veinte contra un centenar. Además, no son tropas de primera línea. No son infantería. Y los Stingers no van a ayudarnos mucho. Supongo que esos terroristas no tendrán apoyo aéreo, ¿no? No, vamos a esperar. Que traigan los misiles aquí cuanto antes. Que no entren en combate.

El ayudante se encogió de hombros y McGrath devolvió el informe de lo de la dinamita a la pila. Webster miró a su alrededor y palmeó con suavidad la superficie de la mesa.

—Voy a volver a Washington. Necesito conseguir un posicionamiento.

Johnson se quedó callado. Sabía por experiencia que nada se ponía en marcha sin un viaje a Washington para conseguir un posicionamiento. Webster se dirigió a McGrath.

—Vosotros tres, id a Butte. Instalaos allí. Si el tal Jackson llama, ponedle sobre aviso, máxima alerta.

—Podemos llevarles hasta allí en helicóptero —comentó el ayudante.

—Y necesitamos vigilancia. ¿Podrían pedirles a las Fuerzas Aéreas que hicieran volar algunos aviones espías sobre Yorke?

Johnson asintió.

—Allí estarán. Veinticuatro horas al día. Les enviaremos imágenes en directo a Butte. Si una rata se tira un pedo, lo verán.

—No intervengan —ordenó Webster—. Aún no.

Oyó pasos en el pasillo justo en el mismo instante en el que conseguía soltar el sexto tornillo. Pasos ligeros. No como los de Jackson. No era un hombre que pisara con cuidado. Era una mujer, que caminaba a un ritmo normal. Los pasos se detuvieron justo delante de la puerta. Una pausa. Dejó el tubo largo de nuevo en el armazón. Una llave entró en la cerradura. Puso el colchón de nuevo en su sitio. Echó la manta por encima de él. Otra pausa. Abrieron la puerta.

Entró una mujer. Era igual que todas las demás: blanca, delgada, con el pelo largo, con rasgos duros y sin personalidad, sin maquillaje, sin adornos, con las manos enrojecidas. Sostenía una bandeja con una tela blanca por encima. Iba desarmada.

—La comida.

Holly asintió. Le iba el corazón a mil por hora. La mujer estaba de pie en la habitación, con la bandeja en las manos, mirando la habitación, fijándose bien en las paredes de pino.

—¿Dónde quieres que la deje? ¿En la cama?

Holly negó con la cabeza.

—En el suelo.

La mujer se agachó y dejó la bandeja en el suelo.

—No te vendría mal una mesa. Y una silla.

Holly miró los cubiertos y pensó: «Herramientas».

—¿Quieres que les pida que te traigan una silla?

—No.

—A mí me vendría bien. Tengo que quedarme a ver cómo comes. Para que no robes la plata.

Holly asintió con aire distante y miró por detrás de la mujer. La puerta estaba abierta. La mujer siguió su mirada y sonrió.

—No puedes huir. Estamos en mitad de ninguna parte y el terreno que nos rodea es de lo más escabroso. En dirección norte, tardarías un par de semanas en llegar a Canadá, si es que fueras capaz de encontrar suficientes bayas y gusanos para alimentarte. En dirección oeste, tendrías que cruzar el río a nado. En dirección este, te perderías en el bosque o se te comería un oso; y, aunque no fuera así, tardarías un mes en salir de Montana. Si fueras en dirección sur, te dispararíamos. Tenemos la frontera llena de soldados. No tienes ninguna posibilidad.

—¿Está bloqueada la carretera?

La mujer sonrió.

—Hemos volado el puente. Ya no hay carretera.

—¿Cuándo? —preguntó Holly—. Nosotros entramos por él.

—Hace un rato. ¿No lo has oído? Claro, supongo que con estas paredes no oyes nada.

—Entonces ¿cómo va a salir Reacher? Se supone que iba a llevar vuestro mensaje, ¿no?

La mujer volvió a sonreír.

—Los planes han cambiado. La misión se ha cancelado. No va a ir a ninguna parte.

—¿Por qué?

La mujer miró a Holly con dureza.

—Hemos descubierto lo que le sucedió a Peter Bell.

Holly se quedó callada.

—Lo mató Reacher. Lo asfixió. En Dakota del Norte. Acaban de informarnos de ello. Pero seguro que tú ya lo sabías, ¿no?

Holly la miraba. Pensó: «Reacher tiene un problema serio». Se lo imaginó esposado y solo en algún lado.

—¿Y cómo lo habéis descubierto?

La mujer se encogió de hombros.

—Tenemos muchos amigos.

Holly siguió mirándola. Pensó: «El topo. Saben que pasamos por Dakota del Norte. Con un mapa y una regla es muy sencillo que descubran dónde estamos ahora». Imaginó agentes sacándole chispas al teclado de su ordenador y que el nombre de Jackson aparecería en una decena de pantallas.

—¿Qué vais a hacerle a Reacher?

—Una vida por una vida. Aquí, esa es la regla. Con tu amigo o con cualquier otra persona.

—Pero ¿qué le vais a hacer?

La mujer se rio.

—No hace falta tener mucha imaginación. O puede que sí. No creo que vaya a ser sencillo.

Holly negó con la cabeza.

—Fue en defensa propia. El tipo intentó violarme.

La mujer la miró con socarronería.

—Ah, y ¿eso es defensa propia? No era a él a quien intentaba violar, ¿no? Además, seguro que tú le habías provocado.

—¿Qué? —exclamó Holly.

—Te contoneabas, ¿eh? Ya sabemos cómo sois las putitas de ciudad. El pobre Peter no tuvo oportunidad alguna de resistirse.

Holly se quedó mirándola. Luego miró la puerta.

—¿Dónde está Reacher?

—Ni idea. Supongo que encadenado a algún árbol. —Sonrió—. Pero sé adónde va a ir. A la plaza de armas. Es donde suelen resolverse estos asuntos. Nos han ordenado que subamos para que disfrutemos del espectáculo.



Holly seguía mirando a la mujer. Tragó saliva. Asintió.

—¿Me ayudas con la cama? Le pasa algo.

La mujer se quedó callada. Se acercó.

—¿Qué es lo que le pasa?

Holly retiró la manta. Luego, quitó el colchón y lo dejó en el suelo.

—Mira, los tornillos están sueltos.

—¿Cuáles?

—Estos.

Cogió el tubo largo con ambas manos. Lo sacó con todas sus fuerzas hacia arriba y golpeó a la mujer en la sien como si se tratara de una lanza sin punta. El ángulo le impactó como un puño metálico. Se le rasgó la piel y un rectángulo de hueso se le clavó en el cerebro. La mujer rebotó sobre el colchón y murió antes de llegar al suelo. Holly, calmada, pasó con cuidado por encima de la bandeja y cojeó con calma hasta la puerta abierta.

Harland Webster llegó al edificio Hoover desde Colorado a las tres de la tarde del jueves, hora de la Costa Este. Fue directo a su despacho y consultó sus mensajes. Luego llamó a su secretaria por el intercomunicador.

—El coche —dijo.

Bajó al garaje en su ascensor privado y se reunió con su chófer. Fueron hasta la limusina y entraron.

—A la Casa Blanca —ordenó Webster.

—¿Va usted a reunirse con el presidente, señor? —preguntó el conductor sorprendido.

Webster frunció el ceño. No, no iba a reunirse con el presidente. No se reunía con él a menudo. No necesitaba que nadie se lo recordara, y menos un chófer que se sorprendía incluso de que cupiese la posibilidad.

—Con la fiscal general. Ahora mismo está en la Casa Blanca.

El chófer asintió en silencio. Se maldijo por haber abierto su gran boca. Condujo despacio y con discreción. La distancia entre el edificio Hoover y la Casa Blanca era de mil seiscientos metros exactamente. Algo más de kilómetro y medio. No era distancia suficiente para que la aguja del velocímetro subiera mucho. Habría sido más rápido ir andando. Y más barato. Arrancar un motor V8 frío y mover todas aquellas planchas blindadas un kilómetro y medio consumía mucho combustible. Pero el director no iba a pie a ningún lado. En teoría, lo asesinarían. Aunque, a decir verdad, no debía de haber en la ciudad más de ocho personas que supieran quién era. Era un hombre más en la capital, con un traje gris y una corbata discreta. Anónimo.

Otra de las razones por las que el bueno de Webster nunca estaba de buen humor, consideró el chófer.

Webster conocía bastante bien a la fiscal general. Era su jefa, pero la familiaridad que había entre ambos no se debía a las reuniones que habían mantenido cara a cara. Se debía a las constataciones de referencias que el FBI había tenido que hacer sobre ella antes de que la nombraran. Era probable que Webster supiera de ella más que nadie más en el mundo. Sus padres, sus amigos y sus antiguos colegas conocían su propia perspectiva particular. Pero Webster había reunido toda la información y había sido capaz de construir una imagen completa. Su expediente del FBI era tan extenso como una novela corta. No había nada en él que hiciera que la mujer le desagradara. Había sido abogada, un tanto radical al principio de su carrera, había adquirido mucha experiencia, había conseguido una magistratura, jamás había molestado a los cuerpos de seguridad y nunca había sido un grano en el culo de esos que echan espuma por la boca. Un nombramiento ideal cuya confirmación no había supuesto ningún problema. Desde entonces, había demostrado ser una buena jefa y una aliada estupenda. Se llamaba Ruth Rosen y el único problema que Webster tenía con ella era que fuera doce años más joven que él, además de muy atractiva y mucho más famosa.

La reunión era a las cuatro. Se encontró a Rosen sola en una salita que estaba separada del Despacho Oval por dos plantas y ocho agentes del servicio secreto. La mujer lo saludó con una sonrisa forzada y una inclinación rápida de cabeza.

—¿Holly? —le preguntó.

Webster asintió. La puso al día de todo, sin dejarse nada. La mujer le escuchó con gran atención y acabó pálida, con los labios fruncidos.

—¿Estamos completamente seguros de que es allí donde se encuentra?

Webster volvió a asentir.

—Completamente.

—De acuerdo. Espera aquí, por favor.

Se marchó de la salita. Webster esperó. Diez minutos, veinte, media hora. Se levantó y empezó a pasear. Miró por la ventana. Abrió la puerta y miró por el pasillo. Un agente del servicio secreto le miró a él y dio un paso adelante. Webster negó con la cabeza para responder a la pregunta que el hombre no le había hecho y cerró la puerta. Volvió a sentarse y esperó.

Ruth Rosen tardó una hora en volver. Entró, cerró la puerta y se quedó de pie. A un metro de la puerta, pálida, respirando con dificultad, con la cara descompuesta. No dijo nada. Dejó que el director del FBI se diera cuenta de que había algún problema grave.

—¿Qué sucede?

—Me han relevado del asunto —anunció la fiscal.

—¿Cómo?

—Me han relevado del asunto. He reaccionado mal. A partir de ahora, se encarga Dexter.

—¿Dexter?

Dexter era el jefe de gabinete del presidente en la Casa Blanca. Un «arreglador» político de la vieja escuela. Duro como un clavo y muy poco sentimental. Pero él era la razón principal de que el presidente se sentara en el Despacho Oval gracias a una gran mayoría del voto popular.

—Lo siento mucho, Harland. Llegará enseguida.

Asintió molesto y la fiscal general se marchó y le dejó esperando una vez más.

En términos proverbiales, la relación entre el FBI y la sucursal de Butte, Montana, era similar a la que mantenían Moscú y Siberia. Era un chiste típico

en la organización: «Como la cagues, mañana mismo te trasladan a Butte». Como si fuera una especie de exilio interno. Igual que, supuestamente, cuando los rusos enviaban a poner multas de aparcamiento a Siberia a los agentes del KGB que la cagaban.

Pero aquel jueves 3 de julio, a McGrath, Milosevic y Brogan, la sucursal de Butte les parecía el centro del universo. De hecho, parecía el puesto más interesante del mundo. Ninguno de los tres había estado allí. Ni por negocios, ni por vacaciones. Ninguno de ellos se había planteado ir siquiera. No obstante, en aquel momento, miraban el escenario desde el helicóptero del ejército como si fueran niños camino de Disneylandia. Miraban el paisaje girando la cabeza de norte a oeste, dado que sabían que, detrás de aquella niebla lejana, se escondía el condado de Yorke.

El agente de Butte era un veterano competente del FBI que todavía estaba impresionado por la llamada en persona de Harland Webster desde el mismísimo edificio Hoover. Las instrucciones eran que llevara a los tres agentes de Chicago a su oficina, que les informara de camino, que los instalara allí, que les alquilara un par de todoterrenos y que se fuera de allí cagando leches y se mantuviera alejado hasta nueva orden. Así que los estaba esperando en el aeropuerto del condado de Silver Bow cuando el helicóptero de color negro del ejército llegó con su característico estruendo. Metió a los agentes en su Buick gubernamental y salió como un rayo hacia el norte.

—Aquí las distancias son muy grandes —informó—. No lo olviden. Aún estamos a unos trescientos ochenta y cinco kilómetros de Yorke. En estas carreteras, eso supone, al menos, cuatro horas. Si fuera yo, conseguiría algunas unidades móviles y me acercaría mucho más. Que estén en mi oficina no servirá de mucho. No, si la situación empieza a ponerse fea allí arriba.

McGrath asintió y le preguntó:

—¿Ha sabido algo más de Jackson?

—Nada desde el lunes. Cuando lo de la dinamita.

—La próxima vez que llame responderé yo, ¿de acuerdo? —dijo McGrath.

El agente de Butte asintió. Buscó algo en el bolsillo del pantalón mientras conducía con una mano. Sacó un pequeño receptor de radio. McGrath lo cogió. Se lo guardó en el bolsillo.

—Ustedes mismos. Yo estoy de vacaciones. Órdenes de Webster. Pero no estén esperando. No llama a menudo. Es muy precavido.

La sucursal era en realidad una habitación en el segundo piso de un edificio municipal de dos plantas. Un escritorio, dos sillas, un ordenador, un mapa enorme de Montana en la pared, mucho espacio para archivar y un teléfono que estaba sonando. Contestó McGrath. Escuchó y refunfuñó. Colgó y se quedó mirando al agente, a la espera de que se diera por enterado.

—De acuerdo, ya me voy. La agencia de todoterrenos de Silver Bow les traerá un par de vehículos. ¿Necesitan alguna cosa más?

—Privacidad —respondió Brogan.

El veterano asintió y miró su despacho. Luego se marchó.

—Las Fuerzas Aéreas han puesto un par de aviones ahí arriba —comentó McGrath—. Nos llega por carretera equipo para recibir de los satélites. El general y su ayudante van a venir. Por lo visto, van a ser nuestros invitados hasta que se resuelva el asunto. Y no podemos hacer nada al respecto, ¿entendido?

Milosevic estaba estudiando el mapa de la pared.

—Yo no pienso discutir eso —afirmó—. Vamos a necesitar algunos favores. ¿Alguna vez habíais visto un sitio con tan mala pinta?

McGrath y Brogan se pusieron a mirar el mapa al lado de Milosevic, que puso un dedo en Yorke. Un terreno agreste rodeado de verde y marrón por todos lados.

—Diez mil kilómetros cuadrados —comentó Milosevic—. Una carretera y una pista.

—Han elegido un buen sitio —añadió Brogan.

—He hablado con el presidente —informó Dexter.

Se sentó e hizo una pausa. Webster lo miraba. ¿Qué otra cosa iba a haber estado haciendo, podando el Jardín de las Rosas? Dexter también lo miraba. Era bajito y estaba consumido, era de tez oscura, retorcido. Tenía el aspecto que tendría cualquier persona que se pasase toda la jornada, día tras día, analizando todos los asuntos desde todos los ángulos posibles.

—¿Y?

—En este país hay sesenta y seis millones de propietarios de armas.

—¿Y?

—Nuestros analistas creen que todos ellos comparten ciertas simpatías.

—¿Qué analistas? ¿Qué simpatías?

—Hicimos una encuesta. ¿No te enviamos una copia? Uno de cada cinco adultos estaría dispuesto a alzarse en armas contra el gobierno, si fuera necesario.

—¿Y? —volvió a preguntar Webster.

—Luego hicimos otra encuesta. Una sola pregunta, muy sencilla, para que la contestaran de forma intuitiva, visceralmente. ¿Quién tiene razón: el gobierno o las milicias?

—¿Y? —repitió Webster.

—Doce millones de estadounidenses respondieron que las milicias.

Webster seguía observándolo. Se quedó esperando el mensaje.

—En definitiva, entre doce y sesenta y seis millones de votantes.

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Dónde están? No vas a encontrar muchos en Washington D. C., en Nueva York, en Boston o en Los Ángeles. Es una muestra sesgada. En algunos sitios son una gran minoría. Parecen chalados. Pero en otros sitios son mayoría. Y hay lugares en los que parecen de lo más normales, Harland.

—¿Y qué?

—Hay sitios en los que controlan condados. Incluso estados.

Webster fijaba sus ojos en Dexter.

—Por el amor de Dios, Dexter, esto no es política. Se trata de Holly.

Dexter se quedó callado un momento antes de mirar la salita de la Casa Blanca. Estaba pintada con un sutil blanco roto. De hecho, la pintaban con el mismo color sutil cada pocos años, mientras los presidentes iban y venían. Esbozó una sonrisa de experto.

—Por desgracia, todo tiene que ver con la política.

—Esto tiene que ver con Holly —insistió Webster.

Dexter negó con la cabeza. Solo un movimiento.

—Esto tiene que ver con la emoción. Piensa en palabras emocionales como «patriota», «resistencia», «colisión», «subterráneo», «lucha», «opresión», «individual», «desconfianza», «rebelde», «revuelta», «revolución», «derechos». Esas palabras tienen cierta majestuosidad, ¿no crees? En el contexto estadounidense, me refiero.

Webster sacudió la cabeza con tenacidad.

—Secuestrar mujeres no tiene nada de majestuoso. Las armas ilegales, los ejércitos ilegales y la dinamita robada no tienen nada de majestuoso. Esto no es cuestión de política.

Dexter volvió a negar con la cabeza. El mismo movimiento casi imperceptible.

—Resulta que todos los asuntos acaban convirtiéndose en política. Piensa en lo de Ruby Ridge. Piensa en lo de Waco, Harland. Eso tampoco era política, ¿verdad? Pero se convirtió en política a toda velocidad. En dichas ocasiones pudimos habernos puesto en contra de hasta sesenta y seis millones de votantes. Y fuimos muy tontos. Lo que estas milicias quieren son grandes reacciones. Suponen que las represalias más duras molestarán a la gente, que atraerán a más acólitos a su rebaño. Y entonces les dimos grandes reacciones. Avivamos su fuego. Hicimos que pareciera que el gran gobierno estaba deseando deshacerse del pequeñín.



Se quedó callado un momento.

—Las encuestas indican que tenemos que afrontar el asunto de una manera mejor —continuó—. Y estamos intentando encontrarla. Nos esforzamos, te lo aseguro. ¿Cómo quedaría la Casa Blanca si dejase de intentarlo por el mero hecho de que la implicada es Holly? ¿Y justo ahora? ¿El fin de semana del 4 de julio? ¿Es que no te das cuenta? Piénsalo, Harland. Piensa en la reacción. Piensa en palabras como «vengativo», «egoísta», «represalia», «personal». Piensa en palabras como esas, Harland. Piensa en cómo alterarán las encuestas palabras como esas.

Webster miraba a Dexter con gran atención. Las paredes de color blanco roto se le venían encima.

—Esto tiene que ver con Holly, por el amor de Dios —repuso Webster—. Esto no tiene nada que ver con encuestas. ¿Qué pasa con el general? ¿Le ha explicado esto el presidente?

Dexter negó con la cabeza.

—Se lo he explicado yo. En persona. Decenas de veces. Ha estado llamando cada hora.

«Ahora, el presidente ni siquiera cogerá las llamadas de Johnson. Dexter lo ha arreglado muy bien», pensó Webster.

—¿Y?

Dexter se encogió de hombros.

—Creo que entiende la teoría. Ahora bien, yo diría que, en estos momentos, y como es natural, su juicio está nublado. No está contento.

Webster se quedó callado. Empezó a pensar. Era un burócrata inteligente, tanto como para saber que si no puedes con tu enemigo debes unirte a él. Obligarte a pensar como ellos.

—Sacarla de allí podría veniros bien —sugirió—. Muy bien. Parecería una actuación dura, decisiva, leal, sin tonterías. Podría ser una ventaja. En las encuestas.

Dexter asintió.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero es una apuesta, ¿no? Una apuesta enorme. Una victoria rápida está bien, pero si la cagamos, es un desastre. Una apuesta enorme con cifras muy elevadas en las encuestas. Ahora mismo, no tengo muy claro que podáis conseguir una victoria rápida. Ahora mismo, vais con el seguro puesto. Así que, si tuviera que apostar, ahora mismo apostaría por el desastre.

Webster se quedó mirando al jefe de gabinete.

—A ver, Harland, no te ofendas. Me pagan para pensar así, ya lo sabes.

—Pero ¿qué coño insinúas? —exclamó Webster—. Tengo que trasladar allí al equipo de rescate de rehenes cuanto antes.

—No.

—¿No? —Webster no se lo podía creer.

Dexter negó con la cabeza.

—Permiso denegado. De momento.

Webster seguía mirándolo.

—Necesito un posicionamiento.

La salita se quedó en silencio. Luego Dexter respondió mirando a un punto de la pared pintada de blanco roto, como un metro a la izquierda de donde estaba sentado Webster.

—Sigues al frente de la situación. El fin de semana festivo empieza mañana. Ven a hablar conmigo el lunes. Si sigue habiendo algún problema.

—El problema lo tenemos ahora. Y estoy hablando contigo ahora.

Dexter negó con la cabeza.

—No, ni mucho menos. Hoy no nos hemos reunido y yo no he hablado con el presidente. A día de hoy no sabíamos nada del asunto. Cuéntanoslo todo el lunes, Harland, si sigue habiendo algún problema.

El director del FBI permaneció sentado. Era un tipo muy inteligente pero,

en aquel momento, no tenía claro si le estaban dando la oportunidad de su vida o una pastilla para que se suicidase.

Johnson y su ayudante llegaron a Butte una hora después. Lo hicieron de la misma manera, en un helicóptero del ejército que los trasladó desde la base Peterson hasta dejarlos en el aeropuerto del condado de Silver Bow. Milosevic los llamó al aparato mientras se acercaban y fue a buscarlos en un Grand Cherokee de dos años que les había facilitado la casa de alquiler de coches local. Nadie dijo nada durante el corto camino de vuelta al pueblo. Milosevic conducía y los dos militares iban inclinados sobre planos y mapas que el ayudante había traído en un maletín de cuero. Se los pasaban el uno al otro y asentían, como si no fuera necesario comentar nada más.

De repente, la habitación del segundo piso del edificio municipal estaba abarrotada. Cinco personas, dos sillas. La única ventana daba al sudeste, sobre la calle. La dirección equivocada. Por instinto, los cinco miraban la pared vacía que había frente a dicha ventana. Detrás de aquella pared estaba Holly, a trescientos ochenta y cinco kilómetros.

—Vamos a tener que ir allí —aseguró el general Johnson.

Su ayudante asintió.

—De nada sirve quedarse aquí.

McGrath había tomado una decisión. Se había prometido que no iba a meterse en luchas jurisdiccionales con ellos. Holly Johnson era su agente, sí, pero era la hija del general. Entendía los sentimientos del viejo. No iba a gastar tiempo y energía demostrando quién mandaba allí. Además, necesitaba la ayuda del viejo.

—Tenemos que compartir todos los recursos disponibles —comentó McGrath—. Al menos de momento.

Se quedaron en silencio unos instantes. El general asintió despacio.

Conocía Washington tan bien como para saber decodificar aquellas palabras con bastante precisión. A las palabras del agente federal respondió:

—Yo tampoco dispongo de muchos recursos. Es el fin de semana de vacaciones. El setenta y cinco por ciento del ejército estadounidense está de permiso.

Silencio. Era el turno de McGrath de decodificar y de asentir despacio.

—¿No tiene autorización para cancelar los permisos?

El general negó con la cabeza.

—Acabo de hablar con Dexter. Y él ha hablado con el presidente. La sensación que me ha transmitido es que hay que dejar este asunto a la espera hasta el lunes.

La abarrotada habitación se quedó en silencio. La hija de Johnson estaba en peligro y el «arreglador» de la Casa Blanca estaba jugando a la política.

—A Webster le ha dicho lo mismo —comentó McGrath—. Ni siquiera le ha permitido traer el equipo de rescate, por el momento. Ahora mismo, nosotros tres estamos solos.

Johnson asintió sin dejar de mirarle. Era un gesto personal, de hombre a hombre, y significaba: «Nos hemos puesto el uno al nivel del otro y ambos sabemos la humillación que eso comporta, y cuánto lo agradecemos».

—Pero no tiene nada de malo estar preparado —comentó el general—. Tal y como sospecha Dexter, a los militares nos encantan las maniobras secretas. Voy a pedir que me devuelvan una serie de favores personales, cosa de la que ese minúsculo politicastro no tiene por qué enterarse nunca.

Otra vez se quedaron callados, pero el silencio resultó más distendido. McGrath miró al general como si quisiera preguntarle algo.

—Ya hay un puesto de mando móvil de camino —comentó Johnson.

Cogió un plano grande que le tendía su ayudante y lo extendió sobre el escritorio.

—Vamos a reunirnos justo aquí.

Puso el dedo en un punto al noroeste de la última zona habitada de Montana que más cerca quedaba de Yorke. Era una amplia curva de la carretera que llevaba a dicho condado, a algo menos de diez kilómetros del puente que atravesaba el barranco.

—Los camiones satélite van para allí. Yo diría que tendríamos que salir cuanto antes, disponer el puesto de mando y cerrar la carretera por detrás de nosotros.

McGrath miraba el mapa. Sabía que mostrarse de acuerdo implicaba cederles todo el control a los militares. Sabía que negarse era jugar al gato y al ratón con su agente, con la hija de aquel hombre. De pronto, se dio cuenta de que el dedo del general estaba un centímetro al sur de una zona mucho mejor. Un poco más al norte, la carretera se estrechaba drásticamente. Allí era tan recta que se veían a la perfección el norte y el sur. El terreno era más denso. Un sitio mejor para bloquear la carretera. Un sitio mejor para establecer un puesto de mando. Le sorprendía que Johnson no lo hubiera visto. Acto seguido, se sintió muy agradecido. Claro que lo había visto, pero le estaba dejando su espacio para que se lo indicara. Estaba dejando espacio para dar y para recibir. No era su intención hacerse con el control total.

—Preferiría que fuera aquí —comentó McGrath.

Indicó el punto más al norte con un lápiz. El general Johnson hizo como que lo estudiaba. El ayudante simuló quedarse impresionado.

—Bien pensado —contestó el general Johnson—. Cambiaremos el punto de encuentro.

McGrath sonrió. Tenía clarísimo que los camiones ya se dirigían allí. De hecho, cabía la posibilidad de que ya estuvieran allí. El general le sonrió. El ritual había terminado.

—¿Qué pueden enseñarnos los aviones espías? —preguntó Brogan.

—Todo —respondió el ayudante del general—. Ya verán las imágenes. Las cámaras de esos juguetes son increíbles.

—No me gusta —opinó McGrath—. Los pondrá nerviosos.

El ayudante negó con la cabeza.

—Ni siquiera sabrán que están allí arriba. Estamos usando dos, que vuelan en línea recta, de este a oeste y de oeste a este. Vuelan a once mil metros de altura. En tierra, nadie va a darse cuenta de que están allí.

—Once kilómetros... —dijo Brogan—. ¿Cómo van a ver algo a esa distancia?

—Con buenas cámaras —respondió el ayudante—. Once kilómetros no son nada. A esa distancia pueden enseñarte un paquete de cigarrillos tirado en la acera. Y lo hacen de forma automática. Los pilotos le dan a un botón y las cámaras buscan lo que se les haya pedido que busquen. Apuntan a la zona de tierra que hayan elegido y transmiten vídeos de alta calidad por satélite. Luego, dan la vuelta para pasar en la otra dirección y la cámara gira y vuelve a hacer lo mismo.

—¿Invisibles? —le preguntó McGrath.

—Parecen aviones de pasajeros. Si miras hacia arriba, ves un pequeño rastro de vapor y piensas que son de la TWA, que va a alguna parte. No te planteas que son las Fuerzas Aéreas comprobando si te has abrigado los zapatos por la mañana.

—A once kilómetros les ves cada pelo de la cabeza —añadió Johnson—. ¿En qué pensaban que nos gastábamos todo ese dinero de defensa? ¿En aviones fumigadores?

McGrath asintió. Se sentía desnudo. En ese instante, no tenía nada que ofrecer excepto dos todoterrenos de alquiler de dos años de antigüedad que estaban aparcados abajo, junto a la acera.

—Estamos confeccionando el perfil de Borke —dijo—. Los loqueros de Quantico están en ello.

—Hemos encontrado al antiguo superior de Jack Reacher —explicó

Johnson—. Se dedica a hacer trabajo administrativo en el Pentágono. Se unirá a nosotros. Nos hablará de él.

McGrath asintió y comentó:

—Hombre precavido vale por dos.

Sonó el teléfono. Lo cogió el ayudante. Era quien más cerca estaba.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Brogan.

McGrath se fijó en que se lo había preguntado al general.

—Ahora mismo, supongo —respondió este—. Nos llevarán las Fuerzas Aéreas. Eso nos ahorrará seis horas de carretera, ¿no?

El ayudante del general colgó el teléfono. Parecía que le hubieran pegado una patada en el estómago.

—La unidad de misiles... Hemos perdido el contacto por radio con ella al norte de Yorke...

Holly se detuvo en el pasillo. Sonrió. La mujer había dejado el arma junto a la puerta, apoyada contra la pared. A eso se había debido la pausa. Había metido la llave, había dejado la bandeja en el suelo, se había quitado el arma del hombro, la había apoyado contra la pared y había cogido de nuevo la bandeja antes de abrir la puerta.

Cambió el tubo de hierro por el arma. Nunca había usado un arma como aquella. Y no quería tener que usarla. Era una metralleta pequeña. Una Ingram MAC 10. Obsoleta entre los militares. Y estaba obsoleta por una razón. En una ocasión, en clase, en Quantico, se habían reído de ella. Decían que era un arma para cabinas telefónicas. Era tan imprecisa que se decía que tenías que estar en una cabina telefónica con tu objetivo para tener posibilidades de acertarle. Un chiste. Y disparaba muy rápido. Mil balas por minuto. Como se te pegara un poco el dedo al gatillo vaciabas el cargador.

A pesar de todo, era mejor arma que una parte del armazón de hierro de una cama. Comprobó el cargador. Estaba lleno, treinta balas. La recámara estaba vacía. Pulsó el gatillo y vio cómo se movía el mecanismo. El arma funcionaba bien. Volvió a meter el cargador en su sitio. Enderezó la correa de tela y se la dispuso, tirante, alrededor del hombro. Situó el percutor en posición de disparo y cerró la mano en torno a la empuñadura. Agarró la muleta con fuerza y fue hasta las escaleras.

Una vez allí, se detuvo y esperó. Escuchó con atención. No se oía nada. Bajó las escaleras, poco a poco, de una en una, con la Ingram por delante.



Abajo del todo, volvió a detenerse y a escuchar. No se oía nada. Cruzó el vestíbulo y llegó a las puertas dobles. Las abrió y miró hacia fuera.

La calle estaba desierta. Pero era muy ancha. Parecía el bulevar de una gran ciudad. Iba a tardar varios minutos en ponerse a salvo al otro lado. Minutos que iba a pasar al descubierto, expuesta a las faldas de las montañas, que quedaban más arriba. Calculó la distancia. Respiró hondo y agarró la muleta con fuerza. Seguía con la Ingram por delante. Volvió a respirar hondo y empezó a correr, pero a trompicones, apoyando la muleta como podía, saltando con la pierna buena, moviendo el arma a derecha e izquierda para cubrir ambos lados.

Se tiró en el montículo que había delante del ayuntamiento en ruinas. Se revolvió hacia el norte rodeándolo por detrás y se esforzó para pasar por entre la maleza, que parecía agarrarla. Se metió en el bosque que había en paralelo a la pista principal, a unos treinta metros de esta. Se apoyó en un árbol y se dobló, resollando por el esfuerzo, el miedo y la euforia.

Aquello sí que era auténtico. Aquello era a lo que le había llevado la vida que había tenido. Había escuchado las historias bélicas de su padre. Las junglas de Vietnam. El miedo que te producía que te estuvieran dando caza en una zona boscosa, un miedo que te dejaba sin aliento. El triunfo que suponía cada paso que dabas, cada metro que ganabas. Vio la cara de los hombres recios y silenciosos que había conocido en las bases cuando era pequeña. La cara de los instructores de Quantico. Se sintió decepcionada por haber acabado en un escritorio de Chicago. Tantísimas horas de entrenamiento tiradas a la basura por ser hija de quien era. Ahora, la cosa era diferente. Respiró hondo. Y luego otra vez. Notó que sus genes burbujeaban. Hasta entonces los había sentido como intrusos resentidos. Ahora le parecían cálidos, completos y buenos. ¿Digna hija de su padre? Joder, desde luego que sí.

Reacher estaba esposado alrededor del tronco de un pino que tendría unos treinta metros de altura. Lo habían llevado a rastras por la estrecha pista que iba al Bastión. Estaba furioso. Un puñetazo y una patada era mucho más de lo que había soportado desde que era pequeño. La ira enterraba el dolor. Y le nublaba el pensamiento. «Una vida por una vida», había dicho aquel gordo cabrón. Reacher se había retorcido en el suelo y aquellas palabras no habían significado nada para él.

Pero en ese momento sí que significaban algo. Había pensado en ellas mientras estaba allí. Hombres y mujeres pasaban por su lado y sonreían. Aquellas sonrisas ya las había visto, hacía mucho tiempo. Las sonrisas de niños aburridos que vivían en una base aislada de alguna parte y a los que acababan de decirles que el circo llegaba al pueblo.

Holly se estrujó el cerebro. Tenía que descubrir dónde lo tenían encerrado. Y tenía que descubrir dónde estaba la plaza de armas. Tenía que situarse a mitad de camino de ambos sitios y tenderles una emboscada. Sabía que el terreno ascendía hasta el claro donde estaban las cabañas. Recordó que para llevarla al juzgado habían ido colina abajo. Supuso que una plaza de armas tenía que ser un sitio amplio y llano. Por tanto, tendría que estar colina arriba, al noroeste, donde el terreno se nivelaba, en la cuenca de la montaña. A cierta distancia de las cabañas. Empezó a ascender la colina por entre los árboles.

Intentaba determinar por dónde iba el camino principal. Cada pocos metros se detenía y miraba al sur, girando a derecha o izquierda para ver los claros que había entre las copas, lo que determinaba dónde habían talado árboles. Así, podía deducir la dirección del sendero. Permaneció en paralelo al mismo, entre treinta y cuarenta metros al norte de él; enfrentándose a las ramas que, como látigos, crecían a los lados de los troncos. Era un camino ascendente, una subida empinada, y le resultaba agotador. Usaba la muleta como un

gondolero la pértiga, plantándola con seguridad en el suelo y apoyándose en ella para empujarse hacia arriba.

En cierto modo, la rodilla le ayudaba. Le obligaba a subir despacio y con cuidado. Hacía que fuera silenciosa. Se le daba muy bien ser silenciosa. Pero no lo había aprendido en Quantico, sino en las viejas historias sobre Vietnam. En la academia se concentraban en situaciones urbanas. En el FBI le habían enseñado a ser sigilosa por una calle o en un edificio a oscuras. Cómo serlo en un bosque era algo que estaba grabado a fuego en capas anteriores de su memoria.

Había gente que iba y venía, pero algunos se permanecían allí. Después de un cuarto de hora, había una pequeña multitud de unas quince o dieciséis personas, casi todas ellas varones, de pie, sin ningún propósito, describiendo un amplio semicírculo a su alrededor. Mantenían la distancia, como esos a los que les encanta quedarse mirando un accidente de coche mientras pasan por detrás de una cinta policial invisible. Le observaban, en silencio, con poca expresividad en el rostro. Él también les observaba a ellos. Se pasaba varios segundos observando a cada uno de ellos. Mantenía los brazos tan altos como le era posible. Quería tener los pies libres para la acción, por si acaso a alguno de ellos se le ocurría empezar con el espectáculo antes de tiempo.

Holly olió al primer centinela antes de verlo. Avanzaba hacia ella y a favor del viento, fumando. En cuanto le llegó el olor del cigarrillo y del uniforme sin lavar, se movió en silencio hacia la derecha. Describió un círculo amplio alrededor de él y esperó. El hombre siguió colina abajo y desapareció.

El segundo centinela la oyó. Lo notó. Notó que se detenía a escuchar mejor. Holly permaneció quieta. Pensó. No quería usar la Ingram. Era demasiado imprecisa. Seguro que fallaba. Y el sonido la delataría. Así que se

agachó y cogió dos piedrecitas. Un viejo truco de la jungla que le habían enseñado cuando era pequeña. Tiró la primera a unos seis metros de donde se encontraba. Esperó. La segunda la tiró a unos diez. Oyó cómo el centinela imaginaba que algo se alejaba despacio hacia la izquierda. Oyó cómo iba en aquella dirección. Ella fue hacia la derecha. Un círculo amplio, hacia delante, hacia la cima de la interminable colina.

Fowler se abrió paso a codazos por entre el pequeño semicírculo de curiosos. Se acercó hasta estar cara a cara con Reacher. Lo miró con dureza. Acto seguido, entre la multitud aparecieron seis milicianos. Cinco de ellos le apuntaban con el rifle y el sexto llevaba una cadena en las manos. Fowler se apartó y los cinco guardias le clavaron a Reacher el cañón del arma en el estómago. Se quedó mirándolos. Ninguno llevaba puesto el seguro y todos tenían el rifle en modo de ráfaga.

—Es hora de irse —le dijo Fowler.

Desapareció detrás del recio tronco y Reacher notó que le quitaba las esposas. Se agachó hacia delante y los cañones de los rifles le siguieron. Fowler volvió a ponerle las esposas y la cadena entre estas. Acto seguido, agarró la cadena y tiró de Reacher por el Bastión, de cara a los cinco guardias. Caminaban de espaldas, con los rifles apuntándole a unos treinta centímetros de la cabeza. La gente, que murmuraba y susurraba a su paso, conformaba un pasillo apretado por el que Fowler llevaba a Reacher. En cuanto pasaban, la multitud rompía filas y salía corriendo, por delante de él, hacia la plaza de armas.

El tercer centinela la pilló. La rodilla la traicionó. Tuvo que escalar un alto peñasco y, por culpa de la pierna, tuvo que hacerlo de espaldas. Se sentó en la roca como si se tratara de una silla y se ayudó de la pierna buena y de la

muleta para impulsarse hacia arriba, un pie cada vez. Cuando llegó a lo alto, se giró sobre la espalda hasta apoyarse en el suelo, resollando por el esfuerzo, tras lo cual se esforzó por ponerse de pie... hasta quedar cara a cara con un miliciano.

Durante una décima de segundo se quedó parada por la sorpresa y el susto. Él, no. Él había estado todo el rato en lo alto del peñasco y había visto el agónico ascenso de principio a fin. Así que no estaba sorprendido. Pero era lento. Con un oponente como Holly, debería haber sido rápido. Debería haber estado preparado. La reacción de ella tuvo lugar antes de que la de él se activara. El entrenamiento básico se apoderó de la situación. Le salió sin pensar. Cerró la mano y le lanzó un gancho bajo. Le dio en la ingle. El hombre se dobló hacia delante y hacia abajo, y ella le echó el brazo izquierdo alrededor del cuello y le pegó un golpe en la nuca con el antebrazo derecho. Oyó cómo le crujían las vértebras y notó cómo el cuerpo se quedaba flojo. Luego le puso las palmas de las manos alrededor de las orejas y le giró la cabeza con muchísima fuerza, a uno y otro lado. Acababa de seccionarle la médula espinal. Le dio la vuelta y lo tiró peñasco abajo. Cayó por las piedras haciendo ruidos sordos, con las extremidades moviéndose sin ton ni son. Casi de inmediato, Holly maldijo y juró con amargura. Porque debería haberle quitado el arma. Aquel rifle valía por una decena de Ingrams. Pero por nada del mundo iba a descender por allí para cogerlo. Volver a trepar aquel macizo la retrasaría demasiado.

La plaza de armas estaba llena de gente. Estaban todos en filas ordenadas. Reacher calculó que debía de haber un centenar de personas. Hombres y mujeres. Todos uniformados. Todos armados. Con tantas armas, tenían una estupenda capacidad de disparo. Cada uno de ellos llevaba al hombro izquierdo un rifle automático o una metralleta. Cada uno de ellos llevaba una

pistola automática al cinto. Todos llevaban cartucheras y granadas colgando de la cincha, separadas entre sí la distancia reglamentaria. Muchos de ellos llevaban la cara negra, pintada con un camuflaje nocturno.

Sus uniformes estaban adaptados a partir de excedentes del ejército estadounidense. Chaquetas de camuflaje, pantalones de camuflaje, botas militares, gorras de campaña. Lo mismo que Reacher había visto apilado en el almacén. Pero todos los uniformes tenían adiciones. Todas las chaquetas tenían unas insignias curvadas, elegantes e inmaculadas en el hombro, tejidas con hilo de color bermellón y en las que ponía MILICIA DE MONTANA. En cada chaqueta, en una cinta de color verde aceituna cosida encima del bolsillo del pecho, estaba escrito el nombre de su dueño. Algunos hombres tenían unas estrellas de cromo en dicho bolsillo. Una especie de rango.

Beau Borken estaba subido en una caja a la que habían dado la vuelta, en el extremo occidental de la plaza, de espaldas al bosque, con su desmesurado cuerpo cerniéndose sobre sus tropas. Vio cómo Fowler, Reacher y los guardias llegaban por entre los árboles.

—¡Atención! —gritó.

El centenar de milicianos se cuadraron al mismo tiempo. Reacher captó un olor a lona en el aire. El olor de un centenar de uniformes sobrantes del ejército. Borken agitó uno de sus brazos rechonchos y Fowler tiró de la cadena para acercar a Reacher a la parte de delante de la reunión. Los guardias lo agarraron por los hombros y por los brazos, le dieron la vuelta y le obligaron a maniobrar hasta que se puso al lado de la caja, aislado, de cara a la multitud.

—Todos sabemos por qué estamos aquí —dijo Borken.

No tenía ni idea de cuánto había avanzado. Le parecía que hubiera recorrido varios kilómetros, pero eran cientos de metros colina arriba. Seguía en lo

profundo del bosque. El sendero principal avanzaba a cuarenta metros a su izquierda, al sur. Tenía la sensación de que se quedaba sin tiempo y el pánico amenazaba con hacer acto de presencia. Agarró la muleta con fuerza y fue en dirección noroeste tan rápido como se atrevió.

Entonces vio un edificio delante de ella. Una cabaña de madera que veía entre los árboles. La maleza iba en retroceso hasta que empezaba un terreno de esquisto. Avanzó poco a poco hasta la linde del bosque y se detuvo. Intentó escuchar por encima del rugido de su respiración. No oyó nada. Agarró con fuerza la muleta y tensó la Ingram contra la correa. Renqueó por el suelo de pizarra hasta la esquina de la cabaña. Miró a uno y otro lado.

Estaba en el claro al que habían llegado la noche anterior. Un espacio circular y amplio. Empedrado. Rodeado de un anillo de cabañas. Desierto. En silencio. El silencio absoluto de un lugar que acaban de abandonar. Salió de detrás de la cabaña y fue cojeando hasta el centro del claro, haciendo piruetas con la muleta, apuntando con la Ingram en un círculo amplio, cubriendo los árboles del perímetro. Nada. Allí no había nadie.

Vio dos caminos, uno que iba hacia el oeste y otro más ancho que iba hacia el norte. Se encaminó hacia el que ascendía en dirección norte, pero volvió a ponerse a cubierto entre los árboles. Se olvidó de intentar moverse en silencio y avanzó tan rápido como pudo.

—Todos sabemos por qué estamos aquí —repitió Borken.

La multitud, ordenada, volvió a moverse y una oleada de susurros llegó hasta los árboles. Reacher estudió los rostros. Vio a Stevie en primera fila. Tenía una estrella de cromo en el bolsillo del pecho. Vaya, Stevie era oficial. A su lado estaba Joseph Ray. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Jackson no estaba allí. No había ninguna frente con una cicatriz. Lo comprobó de nuevo. Los miró a todos. No estaba en la plaza de armas.

Apretó los dientes para evitar que se le escapara una sonrisa. Jackson estaba escondido. Todavía había posibilidades de que Holly escapara.

Holly lo vio. Miró más allá del bosque, por encima de un centenar de cabezas y lo vio al lado de Borken. Tenía las muñecas atadas a la espalda y miraba con atención a la multitud. Su rostro no transmitía ninguna emoción. Oyó que Borken decía: «Todos sabemos por qué estamos aquí». Y pensó: «Sí, yo sé por qué estoy aquí. Sé exactamente por qué estoy aquí». Miró a derecha y a izquierda. Un centenar de personas, rifles, metralletas, pistolas, granadas. Borken en la caja, con los brazos levantados. Reacher, indefenso a su lado. Permaneció entre los árboles, mirando, con el corazón desbocado. Luego respiró hondo. Preparó la Ingram para que disparase los proyectiles de uno en uno y disparó al aire. El sonido estalló entre los árboles. Disparó una vez más. Y otra. Tres disparos al aire. Se había quedado sin tres balas, le quedaban veintisiete en el cargador. Volvió a poner la metralleta en modo automático y avanzó hacia la multitud, que empezó a abrirse a su paso a medida que la amenazaba con movimientos lentos de su arma.

Era una sola mujer avanzando despacio entre un centenar de personas. Se apartaban con cuidado a su paso, y luego se quitaban el arma del hombro para apuntarla por la espalda. Una ola de un fuerte ruido mecánico la seguía como si se tratara del ascenso de la marea. Para cuando llegó a la primera fila, la apuntaban con un centenar de armas amartilladas.

—¡No disparéis! —gritó Borken—. ¡Es una orden! ¡Que nadie dispare!

Bajó de la caja de un salto. Tenía el miedo dibujado en la cara. Levantó los brazos y se movió a la desesperada alrededor de ella, protegiéndola con su enorme volumen. Nadie disparó. Holly se alejó de él cojeando y se volvió hacia la multitud.

—¿¡Qué haces!?! —gritó Borken—. ¿¡Acaso crees que puedes matar a un



centenar de personas con esa pistolita de agua!?

Holly negó con la cabeza.

—No —respondió calmada.

Giró la Ingram y se apuntó al pecho.

—Pero puedo matarme a mí misma.

La multitud estaba completamente callada. Sus respiraciones habían sido engullidas por el sobrecogedor silencio de la montaña. Todos miraban a Holly, que sujetaba la Ingram del revés, con el cañón un poco por encima del corazón. Tenía el pulgar en el gatillo, del que tiraba un poco, lo suficiente para que estuviera en tensión. La cara hinchada de Borken era la viva imagen del pánico. Su enorme cuerpo temblaba de pies a cabeza. Pegaba saltitos al lado de la caja del revés y miraba a la mujer con los ojos como platos. Ella, en cambio, lo miraba a él con calma.

—Soy una rehén, ¿no? Soy importante para ellos y soy importante para ti por ser quien soy. Cada persona es importante por algo. Vosotros esperáis que ellos hagan cosas por mantenerme con vida. Así que, ahora, es vuestro turno. Hablemos de lo que estáis dispuestos vosotros a hacer por mantenerme con vida.

Borken se fijó en que Holly miraba a Reacher.

—¡No lo entiendes! ¡No voy a matar a este tipo! —Había una urgencia terrible en su voz—. ¡Seguirá con vida! ¡La situación ha cambiado!

—¿Cómo que ha cambiado?

—Voy a conmutar su sentencia. —Seguía habiendo pánico en su tono de voz—. Por eso estamos aquí. Estaba a punto de decirlo. Sabemos quién es. Acabamos de descubrirlo. Acaban de informarnos. Estuvo en el ejército. Es el comandante Jack Reacher. Es un héroe. Ganó una Estrella de Plata.

—¿Y qué? —preguntó Holly.

—Salvó a un puñado de marines. En Beirut. Combatientes normales. Los

sacó de un búnker en llamas. Los marines no nos atacarán mientras él esté aquí. Nunca. Así que también voy a usarlo como rehén. Es un buen seguro contra el puto Cuerpo de Marines. Lo necesito.

Holly miró a Reacher y Reacher miró a Holly.

—Le conmutamos la pena. Cinco años en el destacamento de castigo. Eso es todo. Nada más. No hay discusión posible. Lo necesito con vida.

La miró con cara de vendedor, como si el problema estuviera resuelto. Holly los miró a Reacher y a él. Reacher observaba al gentío. El gentío estaba enfadado. El circo se había ido del pueblo sin hacer una sola representación. Reacher se sentía como si todos hubieran dado un paso hacia él. Estaban poniendo a prueba el poder que Borken ejercía sobre ellos. Holly miró a Reacher con el miedo dibujado en los ojos. La mujer asintió. Fue un movimiento imperceptible con la cabeza. Con ello quería darle a entender que ella estaría a salvo, pasase lo que pasase. Que su identidad la protegía como si se tratase de una capa mágica e invisible. Reacher también asintió. Sin darse la vuelta, calculó la distancia que habría hasta los árboles que tenía detrás. Puede que unos siete metros. Si empujaba a Fowler contra la primera fila, tiraba de la cadena por la que lo sujetaba y salía corriendo como alma que lleva el diablo, podría llegar a los árboles antes de que a nadie le diera tiempo a apuntarle. Siete metros, de pie, aprovechándose del impulso que le proporcionaría empujar a Fowler, puede que cuatro o cinco zancadas, unos tres segundos, puede que cuatro. Entre los árboles tendría posibilidades contra las balas. Imaginó que impactarían en los troncos, a uno y otro lado, mientras él corría y las esquivaba. Los bosques son los mejores aliados de los fugitivos. Se necesita mucha suerte para darle a alguien que corre entre árboles. Cambió el peso de pie y notó cómo se le tensaban los tendones de las corvas. Sintió la oleada de adrenalina. Luchar o huir. Pero, en ese instante, Borken volvió a levantar los brazos. Los mantenía como si fueran las alas de un ángel y usó el tremendo poder de sus ojos sobre su gente.

—He tomado una decisión. ¿Lo entendéis?

Hubo una larga pausa. Duró unos segundos. Entonces, un centenar de voces respondieron al unísono:

—¡Sí, señor!

—¿Lo entendéis? —repitió.

El centenar de voces volvió a responder al unísono:

—¡Sí, señor!

—Cinco años en el destacamento de castigo. Pero solo si puede demostrar que, en efecto, es Jack Reacher. Nos han informado de que se trata del único no marine que ha ganado la competición de francotiradores de los marines. Nos han contado que puede agujerear un dólar de plata seis veces seguidas a un kilómetro de distancia. Si gana, vive. Si pierde, muere. ¿Lo entendéis?

El centenar de voces volvió a responder al unísono:

—¡Sí, señor!

Entre la muchedumbre empezó a extenderse de nuevo un murmullo. En esta ocasión, parecía que se sintieran interesados. Reacher sonrió para sus adentros. «Una jugada inteligente», pensó. Querían un espectáculo y Borken se lo iba a proporcionar. Fowler respiró hondo y sacó una llave del bolsillo. Se agachó y le soltó las esposas. La cadena cayó al suelo. Reacher respiró hondo y se frotó las muñecas.

Luego Fowler se acercó a Holly pasando entre la multitud. Se puso justo delante de ella. Ella hizo una pausa larga y miró a Borken. Este asintió.

—Te doy mi palabra —le dijo con toda la dignidad que fue capaz de recuperar en un instante.

Holly miró a Reacher, que asintió. Ella también asintió y miró la Ingram. Le puso el seguro y se quitó la correa del hombro. Sonrió y tiró el arma al suelo. Fowler se agachó y la recogió. Borken levantó la mano para pedir silencio.

—¡Al campo de tiro! ¡En formación! ¡Adelante!

Holly empezó a caminar renqueando al lado de Reacher.

—¿Ganaste la Wimbledon? —le preguntó en voz baja.

Reacher asintió.

—¿Y puedes ganar esta vez?

Volvió a asentir.

—Con una bolsa en la cabeza.

—¿Y es buena idea? A esta gente no le va a hacer ninguna gracia que la derroten.

Reacher se encogió de hombros.

—¿Quiere un gran espectáculo? Pues se lo voy a dar. Está agitado. Ha sido cosa tuya. Pues quiero que siga así. A la larga, nos vendrá bien.

—Vale, pero ve con cuidado.

—Ya verás.

Colocaron dos objetivos nuevos, uno al lado del otro, al fondo del campo de tiro. El de Borken estaba a la izquierda con las siglas ATF pintarrajeadas en el pecho. El de Reacher, a la derecha, con las siglas del FBI en el corazón. Apartaron las esterillas para que la distancia fuera la máxima posible. Reacher calculó que su objetivo estaba a setecientos cincuenta metros. Más de medio kilómetro. Una distancia de la hostia.

El enjambre de milicianos se había dispuesto en un semicírculo irregular, detrás y al lado de las esterillas. Los objetivos más cercanos los habían dejado entre la maleza para que no estorbaran. Varios milicianos tenían prismáticos. Comprobaban la distancia. Poco a poco, nerviosos por la expectación, todos fueron quedándose callados.

Fowler fue hasta la armería, que estaba en el claro de abajo. Volvió con un rifle en cada mano. Uno para Borken, otro para Reacher. Armas idénticas. El precio de un pequeño coche familiar en cada mano. Dos Barrett M90 del

calibre 50. Casi un metro veinte de largo. Casi diez kilos de peso. Repetidores de cerrojo que disparaban balas de un centímetro y cuarto de diámetro. Se parecían más a proyectiles de artillería que a balas para rifle.

—Un cargador cada uno —dijo Borke— . Seis disparos.

Reacher cogió su arma y la dejó en el suelo, a sus pies. Stevie pidió a la gente que se echara hacia atrás para que las esterillas quedaran libres. Borke comprobó su rifle y sacó el bípode. Metió el cargador de un golpe. Dejó el arma con cuidado sobre una esterilla.

—Yo primero —dijo.

Se puso de rodillas y se esforzó para tumbarse detrás del arma. Tiró de la culata y se abrazó a ella. Movi6 el bípode algo más de dos centímetros a la izquierda y la empuñadura un poquito hacia la derecha. Deslizó el cerrojo adelante y atrás y se apretó contra el suelo. Acomodó la mejilla contra la culata y observó por la mira. Joseph Ray se acercó de entre la multitud y le ofreció sus prismáticos a Reacher. Este asintió en silencio y los cogió. Se preparó para mirar por ellos. El dedo de Borke se tensó contra el gatillo. Hizo el primer disparo.

El gigantesco freno de boca del Barrett soltó gas hacia los lados y hacia abajo, lo que levantó polvo de la esterilla. El rifle pegó un culatazo y retumbó. El sonido se coló entre los árboles y volvió desde las montañas segundos después. Cien pares de ojos pasaron de Borke al objetivo. Reacher miró por los prismáticos y los enfocó a setecientos cincuenta metros.

Había fallado. El objetivo estaba intacto. Borke miró por la mira y esgrimió una mueca. Se agachó y esperó a que el polvo se asentara. Reacher se quedó observando a Borke, que estaba esperando. Respirando con tranquilidad. Relajado. Entonces volvió a tensar el dedo. Disparó el segundo tiro. El rifle dio otro culatazo, retumbó y volvió a levantar una nube de polvo. Reacher miró una vez más por los prismáticos. Le había dado. Había un agujero astillado en el hombro derecho del objetivo.

Se oyó un murmullo entre la multitud. Se pasaban los prismáticos entre sí. Los susurros iban en aumento y decaían. El polvo se asentó. Borken volvió a disparar. Demasiado rápido. Todavía estaba regocijándose. Reacher vio cómo cometía el fallo. No se preocupó en confirmarlo con los prismáticos. Sabía que esa bala de un centímetro y cuarto de grosor iba a acabar en Idaho.

La multitud cuchicheó. Borken miró por la mira. Reacher se fijó en lo mal que lo estaba haciendo todo. Su relajación empezaba a desaparecer. Tenía los hombros tensos. Disparó el cuarto tiro. Reacher le devolvió los prismáticos a Joseph Ray, que seguía en primera fila entre la multitud. Ya no necesitaba mirar. Sabía que Borken iba a fallar los que le restaban. En ese estado, habría fallado a cuatrocientos metros. A doscientos. No le habría dado a nadie en una habitación abarrotada.

Borken disparó el quinto y el sexto, y se puso de pie despacio. Levantó el enorme rifle y observó por la mira para comprobar lo que todo el mundo sabía ya.

—Un impacto —dijo. Bajó el rifle y miró a Reacher—. Te toca. A vida o muerte.

Reacher asintió y Fowler le entregó el otro cargador que había traído. Comprobó el muelle con el pulgar. Empujó la primera bala y sintió que el retorno era suave. Las balas eran brillantes. Pulidas a mano. Balas de francotirador. Se agachó y levantó el pesado rifle. Lo sostuvo en vertical y colocó el cargador en su posición con un ligero clic. No lo metió de un golpe, como había hecho Borken. Lo empujó hasta el final con la palma, suavemente.

Sacó las dos patas del bípode, una a una. Esperó a oír el clic que hacía cada una contra su respectivo freno. Miró la distancia que había hasta el objetivo y colocó el rifle sobre la esterilla. Se acuclilló al lado del arma y, después, se tumbó, todo ello con un movimiento muy fluido. Se quedó como si estuviera muerto, con los brazos por encima del arma. Le hubiera gustado permanecer

así mucho rato. Estaba cansado. Cansadísimo. Pero se sacudió la fatiga y apoyó la mejilla con suavidad contra la culata. Acercó con cuidado el hombro derecho a la parte posterior de la culata. Agarró el cañón con la mano izquierda, con mucha fuerza, como si fuera un tornillo de banco, con los dedos debajo de la mira. De forma relajada, movió la mano derecha hacia el gatillo. Acercó el ojo a la mira. Soltó el aire.

Disparar un rifle de francotirador a larga distancia requiere la confluencia de muchos factores. Empieza por la química. Depende de la ingeniería mecánica. Implica la óptica, la geofísica y la meteorología. Y gobernar todo eso es cuestión de biología humana.

La química está implicada por la explosión que se produce. La pólvora que hay en el proyectil, detrás de la bala, tiene que explotar a la perfección, de forma previsible, con potencia y al instante. Tiene que empujar el proyectil por el cañón a la máxima velocidad. La bala de un centímetro y cuarto de anchura que hay en la recámara de la Barrett pesa poco más de cincuenta y cinco gramos. En la recámara está quieta. Una milésima de segundo después avanza casi a tres mil kilómetros por hora y deja atrás el cañón en dirección a su objetivo. Esa pólvora tiene que explotar rápido, explotar del todo y explotar con fuerza. Una química complicada. Como quien dice, ha de ser la mejor explosión del mundo.

La ingeniería mecánica se hace cargo de la situación durante un instante. La bala en sí ha de ser un minúsculo y perfecto dispositivo. Tiene que estar tan bien hecha como lo mejor que se haya fabricado jamás. Tienen que haberle dado una forma más perfecta que a una joya. Ha de ser uniforme en tamaño y en peso. Tiene que ser perfectamente redondeada y perfectamente aerodinámica. Ha de ser capaz de aceptar la feroz rotación de las acanaladuras del cañón. Tiene que girar y silbar por el aire sin tambalearse ni desviarse.

El cañón debe ser estrecho y recto. No será preciso si el disparo anterior lo



ha calentado y ha alterado su forma. El cañón debe ser una masa de metal perfecta, tan pesada como para permanecer inerte. Tan pesada como para compensar las ligerísimas vibraciones que produzcan el cerrojo, el gatillo y el percutor. Por eso, el Barrett que Reacher tenía en las manos costaba tanto como un coche barato. Por eso, Reacher tenía la mano izquierda apretada con fuerza. Pretendía eliminar cualquier posible vibración residual.

La óptica desempeña un papel muy importante. Reacher tenía el ojo derecho dos centímetros y medio por detrás de la mira, una Leupold & Stevens. Era un buen instrumento. El objetivo se veía pequeño detrás de aquellas finas líneas de datos grabadas en el cristal. Reacher lo observó con atención. Luego dejó caer la culata y vio cómo el objetivo desaparecía y el cielo inundaba la mira. Volvió a soltar el aire y miró el cielo.

Porque la geofísica es crucial. La luz viaja en línea recta. Pero es lo único en el mundo que lo hace. Las balas no. Las balas son objetos físicos que obedecen las leyes de la naturaleza, como cualquier otro objeto físico. Siguen la curvatura de la tierra. Y setecientos cincuenta metros conforman un pedazo significativo de curvatura. La bala sale del cañón y se eleva por encima de la línea de visión; luego, la atraviesa; y, por fin, cae por debajo de ella. Describiendo una curva perfecta, como la tierra.

Solo que no es una curva perfecta, porque en el primer milisegundo en el que la bala sale, la gravedad empieza a tirar de ella como una manita insistente. La bala no puede ignorarla. Se trata de un proyectil de plomo recubierto de cobre que pesa cincuenta y cinco gramos y que viaja casi a tres mil kilómetros por hora, pero la gravedad va cobrando su parte. Al principio no con mucho éxito, pero enseguida aparece su mejor aliada: la fricción. Desde el primer milisegundo del viaje de la bala, la fricción del aire va reduciendo la velocidad de la misma y permitiendo que la gravedad tenga cada vez más que decir en su destino. La fricción y la gravedad trabajan en equipo para abatir la bala.

Así que hay que apuntar más alto. Hay que apuntar unos tres metros por encima del objetivo y, setecientos cincuenta metros después, la curvatura de la tierra y la gravedad la dejan justo donde querías.

Solo que no apuntas justo encima del objetivo. Porque, en ese caso, estarías ignorando la meteorología. Las balas viajan por el aire, y el aire se mueve. Es raro el día en que no lo hace. El aire se mueve en una u otra dirección. De derecha a izquierda, hacia arriba, hacia abajo, o en cualquier combinación posible. Reacher observaba las hojas de los árboles y comprobó que, del norte, soplabla una brisa lenta y constante. Aire seco, moviéndose despacio de derecha a izquierda por su línea de visión. Así que tenía que apuntar a unos dos metros cuarenta y cinco a la derecha y tres metros por encima de donde quería poner la bala. Iba a disparar aquel proyectil y a dejar que la naturaleza lo curvara a la izquierda y hacia abajo.

La biología humana era lo único que se interponía en su camino. Los francotiradores son personas. Las personas son masas de carne y músculo que no paran de temblar y estremecerse. El corazón late como si fuera una bomba gigante y los pulmones se estiran y se contraen para coger y soltar grandes cantidades de aire. Cada nervio y cada músculo tiemblan debido a la energía microscópica que los recorre. Nadie está nunca quieto del todo. Hasta la persona más calmada vibra como si estuviera loca. Digamos que hay un metro entre el percutor y el cañón. Si el cañón se mueve una ligera fracción, setecientos cincuenta metros después, la bala habrá fallado por setecientos cincuenta ligeras fracciones. Es un efecto que va multiplicándose. Si la vibración de quien dispara altera la posición del cañón, digamos, 0,2 milímetros, fallará el blanco por unos veintiún centímetros. Lo que mide de ancho la cabeza humana, más o menos.

Así que la técnica de Reacher consistía en esperar. Observar por la mira hasta que su respiración fuera regular y las pulsaciones, lentas. Luego aumentaba la presión sobre el gatillo y esperaba un poco más. Luego contaba

los latidos. Uno y dos y tres y cuatro. Seguía esperando hasta que el ritmo era lento. Luego, disparaba entre latidos, cuando la vibración del cuerpo humano es más baja.

Esperó. Hizo una espiración larga y lenta. Su corazón latió una vez. Latió otra vez. Disparó. La culata saltó contra su hombro y él dejó de ver debido a la nube de polvo que salió de la esterilla, justo debajo de la boca del cañón. El fortísimo ruido sordo del disparo retumbó por las montañas y le llegó junto con una oleada de susurros de los milicianos. Había fallado. El objetivo que corría agachado con las letras FBI escritas en el corazón estaba intacto.

Dejó que el polvo se asentara y miró los árboles. El viento era constante. Espiró y dejó que su ritmo cardiaco bajara. Volvió a disparar. El enorme rifle se encabritó y retumbó. Polvo por todos lados. La multitud se fijó y volvió a susurrar. Un nuevo fallo.

Dos fallos. Respiró de forma constante y volvió a disparar. Otro fallo. Y una vez más. Otro fallo. Hizo una pausa larga. Volvió a coger el ritmo y disparó la quinta bala. Falló también el quinto intento. La multitud estaba inquieta. Borken se le acercó.

—Te lo juegas todo al último disparo —le advirtió con una sonrisa.

Reacher no respondió. Bajo ningún concepto podía permitirse la molestia física que implicaba hablar. La alteración de su respiración y la contracción muscular de sus pulmones y de la garganta serían fatales. Esperó. Un latido del corazón. Y una vez más. Disparó la sexta. Falló. Bajó la mira y se fijó en el objetivo de contrachapado. Intacto.

Borken le estaba mirando. Era una mirada inquisitiva. Reacher se puso de rodillas y levantó el rifle. Sacó el cargador vacío. Puso el cerrojo en su posición. Pasó un dedo por el grabado de estilo limpio que había en la culata. Dobló las patas. Dejó el arma caliente con cuidado sobre la esterilla. Se puso de pie y se encogió de hombros. Borken lo miraba. Miró a Fowler. Fowler

también lo miraba a él, desconcertado. Tenían delante a un hombre que había disparado para salvar la vida... y resulta que había fallado todos los disparos.

—Conocías las reglas —le dijo Borken en voz baja.

Reacher estaba quieto. Lo ignoró. Levantó la vista para mirar el cielo azul. Un par de rastros de vapor lo cruzaban, como finas líneas de tiza a lo lejos, en la estratosfera.

—¡Espere, señor! —gritó Joseph Ray.

Salió de entre la multitud. A paso ligero. Vanidoso. Con algo que decir. Era uno de los pocos milicianos del Bastión que había estado en el servicio militar y se enorgullecía de darse cuenta de cosas que otros eran incapaces de ver. Consideraba que eso le confería cierta importancia. Lo hacía útil en ciertos aspectos.

Miró la esterilla de Reacher y se tumbó justo donde este había estado tumbado. Miró los objetivos. Cerró un ojo y miró por uno solo de los visores de sus prismáticos, como si se tratara de un telescopio. Se fijó en el dibujo del objetivo que representaba a un hombre corriendo. Movi6 la línea de visión una fracción y enfocó la zona del hombro. Se quedó mirando y asintió para sí.

—Oh, vamos —dijo.

Se puso de pie y empezó a trotar por el campo de tiro. Fowler lo acompañó. Setecientos cincuenta metros después, Ray dejó atrás el objetivo sin fijarse siquiera en él. Siguió trotando. Fowler lo siguió. Cincuenta metros. Cien. Ray se dejó caer de rodillas y miró hacia atrás. Alineándose con el objetivo y la esterilla; allí, tan lejos. Se giró y señaló hacia delante, usando todo su brazo y el dedo como si se tratara del cañón de un rifle. Volvió a ponerse de pie y se alejó cincuenta metros más, hasta un árbol en particular.

Se trataba de un solitario abedul común. Era un superviviente salvaje y desgreñado que se abría camino por entre los altos pinos. Su tronco estaba retorcido como si tuviera que luchar para conseguir luz y aire, creciendo

primero a un lado, luego, al otro. Era estrecho, no más de dieciocho o veinte centímetros de diámetro. A dos metros del suelo tenía seis agujeros de bala. Grandes y recientes agujeros de un centímetro y cuarto. Tres de ellos estaban en una perfecta línea vertical de unos dieciocho centímetros de alto. Los otros tres estaban dispuestos en una curva hacia la derecha, desde el más alto de los tres balazos verticales hasta el central, y abriéndose de nuevo hasta el de abajo. Joseph Ray los miró con atención. Al rato se dio cuenta de lo que significaban. Sonrió. Aquellos seis agujeros daban forma a una B mayúscula perfecta. Allí, en aquel tronco blanco. La letra ocupaba unos dieciocho centímetros por doce, que es algo menos de lo que mide la cabeza de un hombre gordo.

Fowler llegó hasta donde estaba Ray, lo apartó con el hombro y se inclinó sobre el tronco. Se enderezó y se rascó la coronilla mientras miraba los agujeros. Levantó sus prismáticos y miró hacia el campo de tiro, hacia donde estaba la esterilla. Calculó que había algo más de ciento cincuenta metros hasta donde estaba el objetivo. Hizo los cálculos para sí.

—Novecientos metros —dijo resollando.

Fowler y Joseph Ray volvieron juntos adonde estaba Borke. El paso de Ray era largo, de un metro. Fowler iba contando. Novecientos cinco pasos, novecientos cinco metros. Borke se arrodilló en la esterilla y miró por los prismáticos de Ray. Cerró un ojo y miró a lo lejos. Casi ni veía el árbol blanco. Reacher se fijó en que intentaba que nadie notara su cara de sorpresa. «¿No querías un gran espectáculo? Pues ahí lo tienes. ¿Te ha gustado, gordito?», pensó Reacher.

—Muy bien, a ver cómo de listo eres a partir de ahora —le dijo Borke.

Los cinco centinelas —que eran seis cuando Jackson estaba con ellos— marchaban en fila. Se adelantaron y tomaron posiciones alrededor de Reacher

y de Holly. La multitud empezó a dispersarse, en silencio. Sus pies aplastaban el suelo pedregoso o resbalaban por él. Entonces, aquel sonido desapareció y el campo de tiro se quedó en silencio.

Fowler se agachó y recogió los dos rifles Barrett. Desapareció entre los árboles sopesando ambas armas. Los cinco guardias se pasaron el arma de su hombro a la mano con un gran estrépito de madera y metal contra la palma.

—Bien, este empieza ya mismo en el destacamento de castigo —ordenó Borken.

Luego se volvió hacia Holly.

—Tú también. No eres tan valiosa. Vas a ayudarlo. Tiene que hacer una tarea para mí.

Los guardias dieron un paso adelante y llevaron a Reacher y a Holly por detrás de Borken, despacio, por entre los árboles, hasta el Bastión y, desde allí, por el sendero de tierra batida hasta el claro donde estaba la cabaña de mando. Una vez allí, se detuvieron. Dos de ellos rompieron la formación y fueron al almacén. Volvieron cinco minutos después con las armas al hombro. Uno de ellos llevaba una pala con un mango muy largo en la mano izquierda y una palanca en la derecha. El otro, dos camisas de camuflaje. Borken las cogió y se las tendió a los dos rehenes.

—Quitaos vuestras camisas y poneos estas.

Holly se quedó mirando a Borken.

—¿Por qué?

Borken sonrió.

—Es parte del juego. Si no volvéis para cuando caiga la noche, soltamos a los perros. Necesitan vuestra antigua camisa para conocer vuestro olor.

Holly negó con la cabeza.

—No pienso desvestirme.

Borken la miró y asintió.

—Nos daremos la vuelta, pero solo tendrás una oportunidad. Si no lo haces

tú, lo harán ellos por ti, ¿entendido? —dijo mientras señalaba al pelotón.

Dio la orden y los cinco guardias se abrieron en un amplio abanico, mirando hacia los árboles. Borken esperó a que Reacher se diera la vuelta, tras lo que giró sobre los talones y miró hacia el cielo.

—Vamos, quítatela.

Los hombres oyeron el ruido de los botones mientras se los desabrochaba y el del roce del algodón. Oyeron cómo la camisa sucia caía al suelo y cómo se ponía la nueva. Oyeron unas uñas golpeteando los botones.

—Hecho —masculló Holly.

Reacher se quitó la chaqueta y la camisa y el viento de la montaña le produjo un escalofrío. Le cogió la camisa limpia a Borken y se la puso. Se colgó la chaqueta al hombro. Borken asintió y el guardia le entregó a Reacher la pala y la palanca. Acto seguido, señaló hacia el bosque.

—Caminad cien metros en dirección oeste. Luego otros cien hacia el norte. Una vez allí, sabréis qué tenéis que hacer.

Holly miró a Reacher. Este miró hacia atrás y asintió. Caminaron juntos hacia los árboles, en dirección oeste.

Después de internarse treinta metros entre los árboles, en cuanto estuvieron fuera de la vista, Holly se detuvo. Apoyó la muleta y esperó a que Reacher se diera la vuelta y regresara.

—Borken. Sé quién es. He visto su apellido en nuestros archivos. Lo etiquetaron en algún lado del norte de California por robo. Veinte millones de dólares en bonos al portador. Al conductor del furgón blindado lo mataron. Lo investigaron en la oficina de Sacramento, pero no consiguieron probarlo.

Reacher asintió.

—Fue él —confirmó Reacher—. Está clarísimo. Fowler lo ha admitido.

Me ha dicho que tienen veinte millones en las islas Caimán. «Requisados al enemigo».

Holly lanzó una mueca y comentó:

—Eso explica lo del topo de Chicago. Con veinte millones de dólares en el banco pueden permitirse buenos sobornos.

Reacher volvió a asentir, despacio.

—¿Aceptaría sobornos alguno de los agentes que conoces?

Holly se encogió de hombros.

—Todos se quejan del salario.

Reacher negó con la cabeza.

—No, piensa en alguien que no se queje. El que esté recibiendo los bonos al portador de Borken ya no tiene que preocuparse por el dinero.

Holly volvió a encogerse de hombros.

—Algunos de ellos no dicen nada. Algunos de ellos se conforman. Como yo, por ejemplo. Aunque supongo que mi caso es diferente.

La miró unos instantes. Luego siguió caminando.

—Tú eres diferente. Eso está muy claro.

Lo afirmó como sin darle importancia, como si estuviera pensando en alto. Caminaron diez metros más. Él iba más despacio de lo habitual y ella avanzaba cojeando a su lado. Reacher no paraba de darle vueltas a la cabeza. No paraba de oír la voz aguda de Borken diciendo: «Es mucho más que su hija». Oía a la propia mujer preguntándose con voz exasperada: «¿Por qué coño tiene que suponer todo el mundo que todo lo que me pasa está relacionado siempre con mi puto padre?». De pronto, se detuvo y la miró.

—¿Quién eres, Holly?

—Ya sabes quién soy.

Reacher negó con la cabeza.

—No, no lo sé. Al principio pensaba que eras una mujer, sin más. Luego, pasaste a ser una mujer, sin más, que se llamaba Holly Johnson. Luego eras



agente del FBI. Luego eras la hija del general Johnson. Luego Borke me anuncia que eres incluso más que eso. «Es mucho más que su hija», me dijo. La escena esa que acabas de montar ahí arriba ha hecho que se cague en los pantalones. Eres una especie de rehén triple A y bañado en oro. Así que ¿quién coño eres?

Lo miró. Suspiró.

—Es una historia muy larga. Empezó hace veintiocho años. A mi padre lo nombraron compañero de la Casa Blanca. Lo asignaron a Washington. Acostumbraban a hacerlo con los que iban por la vía rápida. Se hizo amigo de otro tipo. Un analista político que pretendía llegar a congresista. Mi madre estaba embarazada de mí, su esposa también estaba embarazada. El analista les pidió a mis padres que fueran los padrinos, el mío les pidió a ellos que fueran los míos. Así que el otro asistió a mi bautizo.

—¿Y?

—El tipo hizo carrera. Sigue en Washington. Es probable que le votaras. Es el presidente.

Reacher siguió caminando. Se sentía aturdido. No dejaba de mirar a Holly, que, resuelta, le mantenía el paso. A cien metros al oeste de la cabaña de castigo había un afloramiento rocoso, sin árboles. Una vez allí, Reacher y Holly giraron hacia el norte, en contra del viento.

—¿Adónde vamos? —La pregunta de Holly tenía cierto tono de preocupación.

Reacher se detuvo de repente. De pronto, sabía muy bien adónde iban. La respuesta estaba en el aire. Se quedó frío. Se le puso la carne de gallina. Miró las herramientas que llevaba en las manos como si nunca hubiera visto nada así.

—Quédate aquí.

Ella negó con la cabeza.

—No, pienso ir contigo, sea a donde sea.

—Por favor, Holly, quédate aquí, ¿vale?

A la joven le sorprendió su tono de voz, pero siguió negando con la cabeza.

—Voy a ir contigo.

Reacher le lanzó una mirada lúgubre y siguieron hacia el norte. Él aceleró el paso con intención de adelantarse. Cincuenta metros. Cada zancada que daba ponía a prueba su fuerza de voluntad. Sesenta metros. Quería dar la vuelta y salir corriendo. Salir corriendo y no detenerse jamás. Lanzarse a aquel río salvaje y largarse de allí. Setenta metros. Se detuvo.

—Holly, quédate ahí. Por favor.

—¿Por qué?

—Porque no tienes por qué ver esto —respondió con tristeza.

La joven volvió a negar con la cabeza y siguió caminando. Reacher la alcanzó. Lo olieron mucho antes de verlo. Débil, dulzón, inolvidable. Uno de los olores más comunes, pero más terribles, de la larga y espantosa historia de la humanidad. El olor a sangre humana fresca. Veinte pasos después de olerlo, lo oyeron. El zumbido caótico de un millón de moscas.

Jackson estaba crucificado entre dos pinos jóvenes. Le habían separado las manos y se las habían clavado a los árboles tanto por las palmas como por las muñecas. Se había visto obligado a apoyarse con la punta de los pies, pero habían acabado clavándoselos en la base de los troncos. Estaba desnudo y lo habían mutilado. Había tardado varios minutos en morir. Reacher lo supo con certeza.

Reacher no se movía. Miraba la masa de moscas azuladas y brillantes que se arremolinaban alrededor del cadáver. A Holly se le había caído la muleta y estaba pálida. De un pálido enfermizo. Se arrodilló en el suelo mientras le daban arcadas. Se giró para apartar la vista de aquella escena dantesca y se

cayó de bruces. Arañó con fuerza, a ciegas, el suelo del bosque. Se volvió y gritó en mitad del silencio zumbón del arbolado. Gritó y lloró.

Reacher observó las moscas. Sus ojos carecían de expresión. Su rostro permanecía impávido. Lo único que se le movía era un pequeño músculo de la parte de atrás de la mandíbula. Permaneció así varios minutos. Holly acabó por callarse, tirada en el suelo a su lado. Reacher dejó caer la palanca. Colgó la chaqueta en una rama baja. Se situó delante del cuerpo y empezó a cavar.

Lo hacía con furia contenida. Clavaba la pala en la tierra tan fuerte como podía. Cortaba las raíces de una sola palada. Cuando daba con alguna roca, la sacaba y la amontonaba en una pila. Holly se sentó y se quedó observándole. Observó los ojos resplandecientes de su rostro impávido y cómo se hinchaban y se deshinchaban los músculos de sus brazos. Seguía el implacable ritmo de la pala. No le dijo nada.

La labor estaba acalorando a Reacher. Las moscas lo investigaban. Dejaban el cadáver de Jackson y zumbaban alrededor de su cabeza. Él las ignoraba. Lo único que le preocupaba —y por lo que se esforzaba— era cavar una fosa de dos metros de profundidad. Cuando acabó, tiró la pala contra un árbol. Se secó la cara con la manga. No dijo nada. Cogió la palanca y se acercó al cadáver. Apartó las moscas con la herramienta. Sacó los clavos de la mano izquierda. El cuerpo de Jackson se cayó de lado. La mano izquierda señalaba grotescamente hacia la fosa. Las moscas se juntaron en una nube rabiosa. Reacher se acercó a la mano derecha. Sacó los clavos. El cadáver se desplomó sobre la fosa. Sacó los clavos de los pies. El cadáver cayó a la fosa. El aire estaba tan lleno de moscas que parecía más oscuro y el zumbido que producían era muy fuerte. Reacher saltó a la fosa y puso recto el cadáver. Le cruzó los brazos sobre el pecho.

Salió de la fosa. Sin hacer pausa alguna, cogió la pala y empezó a rellenar el agujero. Trabajaba de forma incansable. Las moscas desaparecieron. Siguió trabajando. Había mucha tierra. El montón al que había ido dando

forma mientras excavaba era muy alto, como sucede siempre con las tumbas. Distribuyó la tierra de una manera adecuada, formando un montículo, y tiró la pala. Se agachó y cogió las piedras que había sacado. Las usó para rodear la tumba. Puso la más grande en lo alto, como si fuera una lápida.

Luego se quedó quieto, jadeando como un animal salvaje, cubierto de tierra y sudor. Holly lo miró y habló por primera vez en una hora:

—¿Deberíamos rezar?

Reacher negó con la cabeza.

—Es muy tarde para eso.

—¿Estás bien?

—¿Quién es el topo?

—No lo sé.

—Bueno, pues piénsalo —respondió enfadado.

Ella lo miró con atención.

—¿No creerás que he sido yo? ¿¡Qué otra cosa crees que me ha dado tiempo a hacer en una hora, joder!?

—Entonces ¿quién coño es el topo?

Seguía enfadado.

—Podría ser cualquier agente. Somos un centenar en Chicago.

Seguía sentada en el suelo, pequeña, miserable, derrotada. Había confiado en los suyos. Eso es lo que le había dicho a él. Había confiado en ellos como una niña inocente. «Confío en mi gente», le había dicho. Reacher sintió una oleada de ternura hacia ella. Una oleada que lo aplastó. No era pena ni preocupación, era ternura pura y dura hacia una buena persona que había descubierto que su mundo de fantasía estaba lleno de mierda y se desmoronaba. La observó, con la esperanza de que se fijara en él. Ella lo miró, con los ojos llenos de lágrimas. Él le tendió las manos. Ella se las cogió. La puso de pie y la sostuvo. La levantó del suelo y la abrazó. Los

senos de ella estaban comprimidos contra el fuerte pecho de él. Sus lágrimas le caían a él en el cuello.

Entonces ella le pasó los brazos por la nuca y lo atrajo hacia sí. Levantó la cara y le besó. Le besó en la boca con ferocidad y con hambre. Lo tenía agarrado por el cuello. Reacher sentía la respiración salvaje de la joven. Se arrodilló y la dejó con cuidado sobre el suelo, que era blando. Las manos de ella escarbaban en los botones de la camisa de él. Las de él, en los de ella.

Hicieron el amor, desnudos, en mitad del bosque, con premura, pasión y voracidad, como si estuvieran desafiando a la muerte. Luego, mientras el sol iba escondiéndose entre los árboles, permanecieron el uno en los brazos del otro, resollando.

Reacher le acarició el pelo y notó cómo su respiración se relajaba. La sujetó en silencio un buen rato, mientras observaba cómo las motas de polvo bailaban en los rayos de sol que había sobre su cabeza.

—¿Quién conocía tus movimientos del lunes? —le preguntó con suavidad.

Holly pensó en ello. No respondió.

—¿Y quién, de todos ellos, no sabía todavía lo de Jackson?

No respondió.

—¿Y quién de ellos no va mal de dinero?

No respondió.

—¿Y quién, de todos ellos, se ha incorporado recientemente? ¿Quién podría haber estado tan cerca de Beau Borke como para que este pudiera sobornarlo? Aunque sea en el pasado. Puede que mientras investigaba lo del robo de California.

Holly se estremeció en los brazos de Reacher.

—Son cuatro preguntas, Holly. ¿Quién encaja?

Pensó en todas las posibilidades. Como si se tratara de un proceso de

eliminación. De un algoritmo. Metió un centenar de nombres en un mismo saco. La primera pregunta eliminaba a la mayoría de ellos. La segunda, a unos cuantos más. La tercera eliminaba a un puñado. Fue la cuarta pregunta la que resultó decisiva. Volvió a estremecerse.

—Solo pueden ser dos.

Milosevic y Brogan estaban sentados en la parte de atrás del helicóptero del ejército, con el cinturón abrochado. McGrath, Johnson y el ayudante del general iban apretados en la fila central de asientos. Los pilotos iban hombro con hombro en la parte delantera. Despegaron de Silver Bow y se alejaron con gran estruendo en dirección noroeste por encima de Butte, con el morro bajo, a baja altitud, buscando volar lo más rápido posible. El helicóptero era un viejo Bell al que le habían puesto un motor nuevo y viajaba a doscientos kilómetros por hora, por lo que, dentro, el ruido era atronador. Así, McGrath y Johnson se veían obligados a gritar por el micrófono de sus auriculares para que les entendieran al otro lado.

McGrath estaba comunicándose con el edificio Hoover. Intentaba hablar con Harland Webster. Tenía una mano ahuecada alrededor del micro y con la otra se sujetaba el auricular a la cabeza. Estaba hablando de la unidad de misiles. No sabía si Webster le oía. Se limitaba a repetir el mensaje una y otra vez, tan alto como podía. Luego apagó el micro con un movimiento rápido y se quitó de golpe los auriculares. Se lo dio al copiloto de malos modos.

Johnson estaba hablando con la base Peterson. No habían recuperado el contacto por radio. Se limitó a pedir que le llamaran por una línea telefónica fija segura al puesto de mando móvil al cabo de dos horas para actualizar la información. No consiguió descifrar la respuesta. Se quitó los auriculares y miró a McGrath como si le estuviera haciendo una pregunta. El del FBI se encogió de hombros. El helicóptero siguió hacia delante, estrepitoso.

Harland Webster oyó cómo el estridente chirrido se apagaba. Colgó el teléfono. Estaba en su oficina que, de repente, se había quedado en el más completo silencio. Se inclinó hacia delante y llamó a su secretaria por el intercomunicador.

—El coche.

Fue hasta el ascensor y bajó al garaje. Fue hasta su limusina. Su chófer le esperaba sujetándole la puerta.

—A la Casa Blanca.

En esa ocasión, el conductor no dijo nada. Se limitó a arrancar y a salir del aparcamiento. Era la hora punta de la tarde y el coche se paraba y avanzaba despacio. Hizo los mil seiscientos metros en dirección oeste arrastrándose y en silencio. A Webster lo llevaron a la misma sala pintada de blanco roto. Estuvo esperando un cuarto de hora. Entró Dexter. Era evidente que no le satisfacía que estuviera de vuelta tan pronto.

—Han robado unos misiles —dijo el director del FBI.

—¿Qué misiles?

Webster describió lo sucedido lo mejor que pudo. Dexter escuchaba. No asintió en ningún momento. No hizo ninguna pregunta. No reaccionó. Se limitó a pedirle que esperara allí.

El Bell del ejército aterrizó en una zona de gravilla que había unos doscientos metros al sur del punto en que la carretera de Yorke se estrechaba y se volvía recta en dirección a las colinas. El piloto mantuvo el motor en marcha y los cinco pasajeros salieron agachándose y corrieron encorvados hasta que estuvieron fuera del alcance de la feroz corriente que provocaban las aspas. Delante, en la carretera, había vehículos. Un patrón irregular de vehículos militares dispuestos a lo largo del asfalto. Uno de ellos estaba dando la vuelta despacio por la carretera. Lo hizo en el espacio estrecho que había entre las



paredes de roca y enderezó el rumbo mientras se acercaba a los recién llegados. Redujo la velocidad y se detuvo a cincuenta metros. El general Johnson dio un paso adelante. El coche se acercó y se detuvo delante de él. Era un Chevrolet nuevo, pintado de un color verde aceituna mate. En el capó y en los laterales había figuras y letras blancas. Del coche salió un oficial. Saludó al general y fue abriendo todas las puertas del coche. Los cinco se apretujaron dentro y el vehículo volvió a dar la vuelta y a rodar los doscientos metros en dirección norte, hacia el desorden de vehículos.

—El puesto de mando está de camino, señor —comentó el oficial—. Debería llegar en cuarenta minutos. Los camiones satélite van una hora por detrás. Le aconsejo que espere en el coche. Fuera empieza a hacer frío.

—¿Se sabe algo de la unidad de misiles? —preguntó Johnson.

El oficial negó con la cabeza en la penumbra.

—Nada de nada, señor.

Webster estuvo esperando casi una hora, hasta que la puerta de la sala se abrió un resquicio. Se trataba de un agente del servicio secreto. Traje azul y un cable rizado que salía del cuello de la camisa y llegaba hasta su auricular.

—Por favor, señor, acompañeme.

Webster se puso de pie y el hombre levantó la mano y le habló al puño. El director le acompañó por un pasillo en silencio hasta un ascensor. El ascensor era pequeño y lento. Los llevó al primer piso. Recorrieron otro pasillo silencioso y se detuvieron delante de una puerta blanca. El agente llamó una sola vez y la abrió.

El presidente estaba sentado en su silla, detrás del escritorio. La silla estaba de espaldas a la puerta. Miraba por los ventanales a prueba de balas cómo la oscuridad iba apoderándose del jardín. En cuanto oyó que se cerraba la puerta, empezó a hablar.

—Suponga que soy un juez. Suponga que es usted un poli y viene a pedirme una orden.

Webster veía el rostro del presidente reflejado en el grueso cristal. No era sino una mancha rosada.

—De acuerdo, señor.

—Bien, ¿qué tiene? —quiso saber el presidente—. ¿Y qué no tiene? Ni siquiera están seguros de que Holly esté allí. Tiene usted un agente infiltrado entre ellos y no se lo ha confirmado. Lo único que tiene son suposiciones. ¿Y lo de los misiles? El ejército ha perdido el contacto por radio. Podría ser temporal. Podría haber muchísimas razones para ello. Su infiltrado no ha dicho nada de misiles.

—Puede que esté teniendo dificultades, señor. Además, le advirtieron de que fuera cauteloso. No llama a todas horas para explicarlo todo con pelos y señales. Está infiltrado. No puede desaparecer en el bosque cada vez que le viene en gana.

El presidente asintió. La mancha rosada del cristal se movió arriba y abajo. Había cierta simpatía en aquel gesto.

—Eso lo entendemos, Harland. De verdad. Ahora bien, tenemos que dar por hecho que con asuntos de esta magnitud hará un esfuerzo grande, ¿no? Pero no sabe usted nada más. Así que lo único que me trae son especulaciones.

Webster abrió las manos. Le hablaba a la nuca del tipo.

—Señor, esta es una situación muy complicada. Están armándose, tienen una rehén, hablan de independizarse.

El presidente asintió.

—¿No se da cuenta de que el problema es exactamente ese? Si esto tuviera que ver con tres locos que viven en una choza en el bosque y que tienen una bomba, les enviaríamos allí de inmediato. Pero no es el caso. Esto podría desembocar en la mayor crisis constitucional desde 1860.

—Así que está usted de acuerdo conmigo, y se los toma en serio.

El presidente sacudió la cabeza. Triste, como si estuviera molesto aunque no sorprendido porque Webster fuera incapaz de comprender el matiz.

—No, no los vamos a tomar en serio. Eso es lo que hace que este asunto resulte tan complicado. Son una panda de idiotas crédulos, de esos que ven conspiraciones por todos lados, que hablan de independencia para su pequeño e inútil pedacito de tierra. La cuestión es: ¿cómo debería reaccionar una nación democrática y madura a algo así? ¿Los masacramos, Harland? ¿Así es como reacciona una nación madura? ¿Debemos desatar toda nuestra fuerza contra unos pocos ciudadanos idiotas y crédulos? Pasamos una generación condenando a los soviéticos por reaccionar así, ¿vamos a hacer ahora lo mismo?

—Son criminales, señor.

—Sí, lo son. —El presidente se mostró de acuerdo, hablando con paciencia—. Son falsificadores, tienen armas ilegales, no pagan impuestos federales, fomentan el odio racial y es posible que incluso atacaran y robaran un furgón blindado. Pero eso no son sino detalles, Harland. La imagen completa es que se trata de ciudadanos descontentos y, a eso, ¿cómo respondes? Animamos a los ciudadanos descontentos de la Europa del Este a que se alzarán y promulgaran su nacionalidad, ¿no? Así que ¿cómo lidiamos con nuestros propios ciudadanos descontentos, Harland? ¿Les declaramos la guerra?

Webster apretaba los dientes con fuerza. Le parecía que no estaba entendiendo nada. Como si las alfombras gruesas, la pintura discreta y el aroma desconocido que había en el Despacho Oval estuvieran asfixiándole.

—Son criminales. —No se le ocurría nada más que decir.

El presidente asintió. Seguía siendo un gesto de simpatía.

—Sí, lo son, pero fíjese en todo el cuadro, Harland, no solo en una parte. Piense en cuál es su mayor delito. Su mayor delito es odiar a su gobierno. Si nos enfrentamos a ellos con violencia por esa razón, podríamos tener que

enfrentarnos a una crisis. Como ya le hemos explicado, podría haber unos sesenta millones de estadounidenses al borde de unirse a actitudes así. Esta administración es muy consciente de ello, Harland. Esta administración va a ir con mucha cautela.

—¿Y qué pasa con Holly? No puede sacrificarla, sin más.

El presidente se quedó callado un buen rato. Siguió sin darse la vuelta.

—Tampoco puedo reaccionar porque se trate de ella. No puedo permitirme convertir este asunto en algo personal. ¿Es que no lo entiende? Una respuesta personal, emocional, enfadada, estaría mal. Sería un error muy grave. Debo esperar y pensar. He hablado con el general. Hemos hablado durante horas. La verdad, Harland, es que está cabreado conmigo y, a decir verdad, no puedo culparle por ello. Es uno de mis más viejos amigos y está cabreado conmigo. Así que no me hable de sacrificios, Harland. Porque este despacho consiste en hacerlos todo el tiempo. Antepones el bien común a la amistad, a tus propios intereses. Lo haces a cada momento. Es lo que implica ser presidente.

De nuevo, un largo silencio.

—¿Qué me está diciendo, señor presidente?

De nuevo, un largo silencio.

—No le estoy diciendo nada —respondió el presidente—. Le estoy diciendo que está usted al mando de la situación. Le estoy diciendo que venga a ver al señor Dexter el lunes por la mañana si sigue habiendo algún problema.

Nadie se quedó esperando en el coche. Estaban demasiado inquietos. Salieron, les recibió el frío de las montañas y giraron sobre sí mismos sin propósito. Johnson y su ayudante fueron a paso ligero hacia el norte, acompañados del chófer, y estudiaron el sitio propuesto para colocar el centro

de mando. McGrath, Brogan y Milosevic se quedaron juntos. McGrath fumaba, sumido en sus pensamientos. De vez en cuando, se metía en el Chevrolet del ejército y usaba el teléfono. Llamó a la policía estatal de Montana, a la compañía de electricidad, a la compañía de teléfono, al Servicio Forestal.

Brogan y Milosevic fueron dando un paseo hacia el norte. Llegaron hasta un vehículo blindado. No era un tanque, sino una especie de transporte de tropas. Allí estaba el oficial que había ido a buscarles en coche y unos ocho soldados a su alrededor. Hombres grandes y silenciosos, montando tiendas en el arcén, a sotavento de las montañas. Brogan y Milosevic les saludaron con un asentimiento de cabeza y volvieron a paso ligero hacia el sur. Se quedaron con McGrath y esperaron.

Cuarenta minutos más tarde, todos oyeron el leve rugido de potentísimos motores diésel por el sur. El ruido fue en aumento y alcanzó su máxima expresión cuando estos tomaron la curva. Se trataba de un pequeño convoy de camiones. Vehículos grandes y rectangulares, montados sobre transmisiones exageradas, con ruedas enormes que, a su vez, tenían llantas enormes y unos ejes que podían con todo. El rugido se acercó, despacio, con una marcha corta. El oficial del coche corrió a su encuentro. Les señaló dónde quería que se pusieran. Rugían despacio a su paso y se detuvieron unos al lado de otros en la parte de la carretera que se enderezaba tras las rocas.

Eran cuatro vehículos. Con un patrón de camuflaje verde y negro, con rollos de red a los lados, con números y estrellas solitarias de color blanco. Los dos de delante tenían montones de antenas y parabólicas. Los otros dos eran para personas. Los cuatro tenían gatos hidráulicos en cada esquina. Los conductores bajaron los gatos y el peso de los vehículos dejó de recaer sobre las ruedas. Los gatos empujaron contra el peralte de la carretera y nivelaron los camiones. Luego los motores se detuvieron y el fortísimo rugido diésel se extinguió en el silencio de la montaña.

Los cuatro conductores bajaron de un salto. Corrieron a la parte trasera de sus camiones y abrieron las puertas. Metieron parte del cuerpo para coger y bajar una escalerilla de aluminio. Entraron y empezaron a encender interruptores. Los cuatro interiores se llenaron de luz verde. Los conductores salieron. Se reagruparon y saludaron al oficial.

—Todo suyos, señor —dijo el jefe del grupo.

El oficial asintió. Señaló el Chevrolet.

—Vuelvan en él. Y olvidense de que han estado aquí.

El jefe del grupo volvió a saludar.

—Entendido, señor.

Los cuatro conductores fueron hasta el Chevrolet. Sus botas resonaban con fuerza en el silencio. Se subieron al automóvil y arrancaron. Giraron por el recodo de la carretera y desaparecieron en dirección sur.

De vuelta en su oficina, Webster se encontró el perfil de Borken sobre el escritorio y a un visitante esperándole. Vestía uniforme verde por debajo de la gabardina caqui, tendría entre sesenta y sesenta y cinco años, llevaba el pelo muy corto, que tenía de color gris hierro por las sienes y sujetaba un maletín de cuero marrón y ajado bajo el brazo. Había una maleta de mano de tela, también ajada, a sus pies.

—Creo que quería hablar conmigo. Soy el general Garber. Fui el superior de Jack Reacher durante varios años.

Webster asintió.

—Me voy a Montana. Podemos hablar allí.

—Lo hemos previsto. Si el FBI nos lleva a Kalispell, las Fuerzas Aéreas nos llevarán el resto del camino en helicóptero.

Webster volvió a asentir. Llamó a su secretaria por el intercomunicador. Ya se había marchado.

—Mierda.

—Mi chófer está abajo. Nos llevará a Andrews —dijo Garber.

Webster llamó desde el coche y el Lear del FBI les estaba esperando cuando llegaron. Veinte minutos después de dejar la Casa Blanca, Webster estaba en el aire, volando por encima de la ciudad, surcándola por el centro. Se preguntó si el presidente oiría el chillido de aquellos motores a través de los gruesos cristales antibalas.

Los técnicos de las Fuerzas Aéreas llegaron con los camiones satélite una hora después de que el puesto de mando estuviera instalado. El convoy lo componían dos vehículos. El primero era similar a los del puesto de mando: grande, rectangular, con gatos hidráulicos en cada esquina y con una escalerilla de aluminio por la que acceder a él. El segundo era un largo camión plataforma con una enorme antena parabólica en lo alto de un mecanismo articulado. En cuanto el camión estuvo aparcado y nivelado, el mecanismo empezó a moverse y a hacer girar el disco de la antena para que encontrara los aviones, a once kilómetros de altura en aquel cielo que iba oscureciéndose. Los localizó y la delicada electrónica empezó a seguir las señales móviles. El ruido del motor que accionaba la antena era continuo. Ahora bien, la movía tan despacio —en un leve arco— que el movimiento era imperceptible para el ojo humano. Los técnicos sacaron del camión plataforma un cable del grosor de un tronco joven y lo conectaron al otro camión. Luego, entraron y encendieron los monitores y las grabadoras.

McGrath acompañó en un viaje a los soldados del transporte blindado. Avanzaron un kilómetro y medio en dirección sur, emitiendo un ruido sordo constante, y se reunieron en la carretera con un coche patrulla de la policía estatal de Montana. El agente habló con McGrath unos momentos y abrió el maletero. Sacó una caja de color rojo llena de bengalas y un serie de señales

de tráfico para señalización temporal. Los soldados fueron trotando en dirección sur y colocaron un par de bengalas a cada lado de una señal en la que ponía: ¡PELIGRO! CARRETERA CORTADA. De camino a su vehículo colocaron tres bengalas más en mitad de la carretera y una señal en la que ponía: PUENTE CORTADO. Cincuenta metros más al norte bloquearon la carretera poniendo bengalas a lo ancho de la misma. Detrás de ellas, colocaron una señal en la que ponía: CARRETERA CORTADA. Una vez el policía estatal sorteó las bengalas en dirección sur como si de un esquiador se tratara y desapareció de la vista, los soldados sacaron hachas de su vehículo y empezaron a talar árboles. El vehículo los empujaba a la carretera o tiraba de ellos, con el motor rugiendo como loco y las ruedas chirriando. Los dispuso en un zigzag desordenado. Un vehículo podría pasar, pero solo si disminuía la velocidad muchísimo e iba acertando a abrirse paso entre árbol y árbol. Dos soldados se quedaron de centinelas en el arcén. Los otros seis volvieron hacia el norte con McGrath.

Johnson estaba en el vehículo de mando. Estaba en contacto por radio con la base Peterson. Las noticias eran malas. La unidad de misiles llevaba más de ocho horas sin establecer contacto por radio, ni de ningún otro modo. Johnson tenía una regla. La había aprendido por las malas en las junglas de Vietnam. Decía: «Cuando hayas perdido contacto por radio con una unidad durante más de ocho horas, marca dicha unidad como baja total».

Webster y Garber no hablaron durante el viaje en avión. La decisión de que así fuera la tomó el primero. Era un burócrata tan experimentado que sabía que todo lo que Garber le contara en el avión, tendría que volver a oírlo cuando fuera el momento de contárselo a todo el equipo. Así que permaneció en silencio en el chirriante y ruidoso avión mientras leía el perfil que Quantico había hecho de Borken. Garber le miraba como si quisiera



preguntarle algo, pero Webster lo ignoró. Si se lo explicaba al general en ese momento, tendría que hacerlo por segunda vez ante McGrath y Johnson.

En Kalispell, el aire de la noche le pareció frío, por corto que fuera el ruidoso paseo que tuvieron que dar hasta el Bell de las Fuerzas Aéreas. Garber se identificó al copiloto, que dejó caer una corta escalerilla al asfalto. El general y el director subieron con un poco de dificultad y se sentaron donde les indicaron. El copiloto les hizo una señal con ambas manos para que se abrocharan los cinturones y para indicarles que el viaje duraría unos veinticinco minutos. Webster asintió y escuchó el golpeteo del rotor mientras el aparato los levantaba por el aire.

El general Johnson acababa de colgar tras mantener otra larga charla con la Casa Blanca cuando oyó el retumbar del Bell. Se puso de pie, se asomó a la puerta del puesto de mando y observó cómo aterrizaba en la misma zona de gravilla que antes, doscientos metros al sur. Vio que bajaban dos figuras, que ambas se agachaban. Vio cómo el helicóptero se elevaba, daba un bandazo y giraba hacia el sur.

Empezó a caminar hacia ellos y se encontraron a mitad de camino. Le hizo un asentimiento a Garber y apartó a Webster hacia un lado.

—¿Alguna novedad?

El director del FBI negó con la cabeza.

—Ningún cambio. La Casa Blanca no quiere pillarse los dedos. ¿Y usted?

—Nada.

Webster asintió. No había que decir nada más.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí?

—Por lo que a la Casa Blanca respecta, nada —respondió el general—. Tenemos dos aviones espía en el aire. De forma oficial, están de maniobras. Tenemos ocho marines y un transporte blindado. Están de maniobras. Sus

comandantes saben dónde están pero no exactamente por qué, aunque tampoco van a preguntarlo.

—¿Ha cerrado la carretera? —preguntó Webster.

El general asintió.

—Estamos solos.

Reacher y Holly estaban sentados solos en el bosque, de espaldas a dos pinos adyacentes, mirando la tumba de Jackson. Permanecieron así hasta que desapareció la luz de la tarde. No hablaban. El bosque fue enfriándose. Era hora de tomar una decisión.

—Vamos a volver —dijo ella.

Era una afirmación, no una pregunta. Su tono de voz arrastraba mucha resignación. Él no respondió. Respiraba despacio, mirando al vacío, pensativo. Rememorando su sabor y su olor. Su pelo y sus ojos. Su tacto, fuerte, ágil y urgente bajo sus manos.

—Cae la noche.

—Todavía no.

—Tenemos que volver. Van a enviar a los perros.

No respondió. Permaneció sentado, mirando al vacío.

—No hay donde ir —insistió ella.

Él asintió despacio y se puso de pie. Se estiró, contuvo el aliento y notó calambres en sus cansados músculos. Ayudó a Holly a levantarse, cogió la chaqueta de la rama del árbol y se la puso. Dejó la palanca en el suelo, junto a la pala.

—Nos vamos esta noche. Mañana esto se va a llenar de mierda. Es el día de la Independencia.

—Ya, pero ¿cómo vamos a irnos?

—Aún no lo sé.

—No corras riesgos por mí.

—Lo mereces.

—¿Por ser quien soy?

Él asintió.

—Por ser quien eres. No por quién es tu padre. O tu puto padrino. Y no, no lo voté.

Ella se estiró y le besó en los labios.

—Reacher, ten cuidado.

—Tú estate preparada. Puede que a medianoche.

Holly asintió. Caminaron el centenar de metros en dirección sur hasta el afloramiento rocoso. Giraron y caminaron cien metros más en dirección este, hacia el claro. Salieron del bosque justo en el semicírculo que conformaban los cinco guardias que les estaban esperando. Cuatro rifles. El del centro era Joseph Ray. Era él quien estaba al mando del destacamento, con una Glock 17 en la mano.

—Ella vuelve a su habitación. Tú vas a la cabaña de castigo.

Los guardias se pusieron en formación. Dos de ellos acompañaron a Holly, uno a cada lado. A la mujer le ardía la mirada y los milicianos no intentaron sujetarla por el codo. Se limitaron a caminar despacio a su lado. La joven se dio la vuelta para mirar a Reacher.

—Luego nos vemos, Holly —aseguró Reacher.

—Yo no apostaría por ello, señora Johnson —comentó Joseph Ray antes de echarse a reír.

Escoltó a Reacher hasta la puerta de la cabaña de castigo. Sacó una llave y la metió en la cerradura. Abrió la puerta. Empujó a Reacher al interior, pistola en ristre. Luego cerró la puerta con llave.

La cabaña de castigo tenía el mismo tamaño y forma que la de mando, donde se había reunido con Borken, pero estaba vacía. Las paredes limpias, sin ventanas, las luces protegidas con alambre grueso. En el suelo, cerca de

una esquina, había un cuadrado de unos treinta centímetros de lado pintado de amarillo. Aparte de aquello, la cabaña no tenía ningún rasgo distintivo.

—Ponte sobre el cuadrado —ordenó Ray.

Reacher asintió. Le resultaba conocido aquel procedimiento. Que te forzaran a permanecer atento, hora tras hora, sin moverte, era un castigo efectivo. Había oído hablar de ello alguna que otra vez. En una ocasión, había visto los resultados. El dolor comienza después de las primeras horas. La espalda duele muchísimo y la agonía empieza a extenderse desde las espinillas. Al segundo o el tercer día, los tobillos se hinchan y revientan, los huesos del muslo se elevan y el cuello se colapsa.

—Y permanece de pie —añadió Ray.

Reacher fue hasta la esquina de la cabaña y se agachó. Limpió el polvo con las manos montando todo un espectáculo. Se dio la vuelta y se sentó con suavidad, apoyado cómodamente contra el ángulo de las paredes. Estiró las piernas y puso las manos detrás de la cabeza. Cruzó los tobillos y sonrió.

—Tienes que estar de pie —dijo Ray.

Reacher lo miró. Durante su conversación de la noche, Ray le había dicho: «Créeme, sé mucho de tanques». Sin duda, había sido soldado. Un machaca en una unidad motorizada. Cargador o conductor.

—Levántate.

Si le encomiendas una tarea a un soldado, ¿qué es lo que más miedo le da? Que el oficial se la líe porque no ha conseguido cumplirla.

—Levántate, maldita sea.

Así que, o no falla en su cometido o se lo calla. No ha habido ni un solo soldado en la historia que haya ido a buscar a su oficial y le haya dicho: «Señor, no he sido capaz de hacerlo, señor».

—Reacher, te he dicho que te levantes —insistió calmado.

Si no lo consigue, se calla. Es lo mejor.

—¿Quieres que me levante?

—Sí, levántate.

Reacher negó con la cabeza.

—Pues vas a tener que obligarme, Joe.

Ray empezó a planteárselo. Era un proceso de pensamiento bastante lento. El progreso del mismo quedaba patente en su lenguaje corporal. Primero, levantó la Glock. Luego volvió a bajarla. Disparar al prisionero era su manera de admitir que había fallado. Era lo mismo que decir: «Señor, no he sido capaz de hacerlo, señor». Luego, se miró las manos. Miró a Reacher. Miró hacia otro lado. El combate sin armas quedaba descartado. Permaneció de pie, envuelto en una vorágine de indecisión.

—¿Dónde serviste? —preguntó Reacher.

Ray se encogió de hombros.

—Aquí y allí.

—Ya, pero ¿dónde?

—Estuve dos veces en Alemania. Y participé en la Tormenta del Desierto.

—¿Conductor?

—Cargador.

Reacher asintió.

—Hicisteis muy buen trabajo. Yo también estuve en la Tormenta del Desierto. Vi lo que hacíais.

Ray asintió. Aprovechó la mano que le tendía, tal y como Reacher había supuesto que haría. Si no puedes permitir que te derroten, deja que se unan a ti. Ray se movió hacia la izquierda sin pararse a pensar en ello y se sentó en el suelo, contra la puerta, con la Glock apoyada en el muslo. Asintió de nuevo.

—Les dimos una paliza.

—Vosotros sí, desde luego —reconoció Reacher—. Vosotros les disteis una buena. Así que en Alemania y en el desierto. ¿Te gustó?

—No mucho.

—¿Te gustaron sus sistemas? —preguntó Reacher.

—¿Qué sistemas?

—Sus gobiernos. Sus leyes, sus libertades, todo eso.

Parecía que Ray estaba desconcertado.

—No llegué a fijarme. No les presté atención.

—Entonces ¿cómo sabes que son mejores que el nuestro?

—¿Y quién dice que sean mejores?

—Tú. Anoche me decías lo mal que se estaba aquí, en Estados Unidos.

Será que se está mejor en otros lados, ¿no?

Ray negó con la cabeza.

—Yo no dije eso.

—Bueno, pero es lo que piensas, ¿no?

—No lo sé. Es probable. En Estados Unidos hay muchos asuntos que no funcionan.

Reacher asintió.

—Muchos. Tienes razón. Pero te voy a decir una cosa: en Estados Unidos estamos mejor que en cualquier otro lado. Lo sé porque he estado en todos esos otros lados. Todos los demás países son peores. Mucho peores. En Estados Unidos hay muchos asuntos que no van bien, pero en el resto del mundo hay muchos más asuntos que van mal. Deberíais reflexionar sobre eso.

Ray miró hacia delante, en la penumbra.

—¿Crees que estamos equivocándonos?

Reacher asintió.

—No lo creo, lo sé. Estoy seguro. Todo eso que me habéis contado no son sino chorradas. Todo. No está sucediendo.

—Claro que está sucediendo. Beau lo afirma.

—Piensa en ello, Joe. Tú has estado en el ejército. Has visto cómo

funciona. ¿Crees que esa peña podría haber organizado todo ese asunto y mantenerlo en secreto? ¿Te dieron alguna vez unas botas de tu talla?

Ray se rio.

—Casi nunca.

—¿Ves? —dijo Reacher—. Así que, si no son capaces de organizar lo de las botas, ¿cómo iban a organizar todo eso de lo que habla Beau? Por ejemplo, lo de los transmisores escondidos en los coches nuevos. ¿Crees que Detroit es capaz de eso? Tendrían que retirarlos porque no funcionan bien. ¿Te gusta apostar?

—¿Por qué?

—¿Qué probabilidades tienen? De que fueran capaces de organizar una conspiración gigantesca y mantenerla en secreto años y años.

Ray esbozó una sonrisa poco a poco y Reacher se dio cuenta de que estaba perdiendo. Era como hablarle a la pared. Como enseñarle a leer a un chimpancé.

—Pero es que no lo han mantenido en secreto —comentó Ray triunfante—. Lo hemos descubierto. Ya te lo dije: Beau tiene las pruebas. Tiene los documentos. No es secreto. Por eso estamos aquí. Beau tiene razón, no me cabe duda. Es un tipo muy inteligente.

Reacher cerró los ojos y suspiró.

—Más te vale creer en lo que dices. Porque va a necesitar ser muy inteligente.

—Lo es. Y tiene prestancia. Está uniéndonos a todos. Aquí había una decena de grupos. Sus líderes lo dejaron y se marcharon. Toda esa gente vino y se unió a Beau porque confiaba en él. Es muy inteligente, Reacher, y es la única esperanza que nos queda. No vas a conseguir que nadie cambie de opinión respecto a él. Olvídalo. Lo queremos y confiamos en que va a hacerlo bien.

—¿Y Jackson? ¿Crees que lo que le ha hecho está bien?



Ray se encogió de hombros.

—Jackson era un espía. Estas mierdas pasan. Beau ha estudiado historia. Pasó en 1776, ¿no? Los casacas rojas tenían espías por todos lados. Y entonces también los colgamos. Muchísimas damas ancianas del este tenían viejos robles en el patio de delante que se hacían famosos porque era en ellos donde se colgaba a los espías de los ingleses. Algunos te cobran pavo y medio por verlos. Lo sé porque vi uno una vez.

—¿A qué hora apagáis las luces?

—A las diez. ¿Por qué?

Reacher hizo una pausa. Miró a Ray. Pensó en la conversación que habían mantenido. Observó con atención su rostro delgado y expresivo. Miró sus ardorosos ojos de demente.

—Tengo que estar en otro lado antes de que apaguéis las luces.

Ray se rio.

—¿Y crees que voy a permitirte lo?

Reacher asintió.

—Si quieres seguir con vida.

Ray levantó la pistola y le apuntó a la cabeza.

—Aquí el que tiene la pistola soy yo.

—Estarías muerto antes de apretar el gatillo.

—El gatillo está aquí y tú estás allí.

Reacher le hizo un gesto como para que le prestara atención. Se inclinó hacia delante y dijo en voz baja:

—No debería decirte esto, pero nos advirtieron de que nos topáramos con unos pocos que son más inteligentes que la media y nos dieron permiso para explicarles un par de cosas, siempre y cuando las circunstancias operativas lo aconsejasen.

—¿Qué circunstancias? ¿Qué cosas?

—Tenías razón. La mayor parte de lo que me contaste anoche es cierto.

Hay un par de imprecisiones, pero extendemos algo de desinformación de vez en cuando.

—¿De qué estás hablando?

Reacher bajó la voz hasta que no era sino un susurro.

—Pertenezco al Ejército Mundial. Soy comandante de una avanzadilla. Tengo cinco mil soldados en el bosque. Rusos en su mayoría, algunos chinos. Os hemos estado vigilando por satélite. Ahora mismo, tenemos una cámara de rayos X en esta cabaña. Te está apuntando un rayo láser. Es parte de nuestra tecnología de la Iniciativa de Defensa Estratégica.

—Estás de coña.

Reacher negó con la cabeza. Muy muy serio.

—Tenías razón con lo de los microchips. Mira.

Se puso de pie despacio y se levantó la camisa hasta la altura del pecho. Se giró un poco para que Ray viera la enorme cicatriz que tenía en el estómago.

—El mío es más grande que los modernos. Los de hoy en día no dejan ninguna marca. Los que les ponemos a los bebés. Aunque los viejos, como el mío, funcionan igual de bien. Los satélites saben dónde estoy en todo momento, tal y como dijiste. Como empieces a apretar el gatillo, el láser te vuela la cabeza.

A Ray le ardían los ojos. Dejó de mirar la cicatriz de Reacher y empezó a mirar el techo con gran nerviosismo.

—*Suis pas américain* —continuó Reacher—. *Suis un soldat français, agent du Gouvernement Mondial depuis plusieurs années, parti en mission clandestine il y a deux mois. Il faut évaluer l'élément de risque que votre bande représente par ici.*

Habló tan rápido como pudo y acabó entonando igual que una parisina educada. Tal y como hablaba su madre. Ray asintió despacio.

—¿Eres extranjero?

—Francés. Nuestras brigadas son internacionales. He dicho que estoy aquí

para comprobar el grado de riesgo que representáis para nosotros.

—He visto cómo disparas. Lo he descubierto yo. A novecientos metros.

—Guiado por satélite. Ya te lo he dicho, tecnología IDE, por el microchip. Todos podemos disparar a tres kilómetros sin desviarnos.

—Joder...

—Tengo que estar ahí fuera a las diez en punto. Es un procedimiento de seguridad. ¿Está aquí tu esposa?

Ray asintió.

—¿Tienes hijos? ¿Alguno de los niños de aquí es tuyo?

Ray asintió de nuevo.

—Sí. Dos chicos.

—Si no estoy fuera a las diez, van a morir todos. Si me hacéis prisionero, quemarán este sitio. No pueden permitirse que me quitéis el chip. Ya les he dicho que no seríais capaces de descubrir cómo funciona, pero el general me ha comentado que alguno de vosotros podría ser más listo de lo que creo. Y parece que tenía razón.

Ray asintió, orgulloso de sí mismo, y Reacher consultó el reloj.

—Son las siete y media, ¿no? Voy a dormir dos horas y media. El satélite me despertará a las diez en punto. Ya verás.

Se tumbó boca arriba y se pasó el brazo por detrás de la cabeza. Puso la alarma de su cerebro a las diez menos dos minutos. Se dijo: «No me falles hoy».

—Me niego a creerlo —aseguró el general Garber.

—Pues está implicado —respondió Webster—. Eso es evidente. Tenemos fotos y en ellas se ve claro como el día.

Garber negó con la cabeza y dijo:

—Me ascendieron a teniente hace cuarenta años. Ahora soy un general de tres estrellas. He dirigido a miles de soldados. Decenas de miles. He llegado a conocer bien a la mayoría. Y, de todos ellos, Jack Reacher es quien menos estaría implicado en algo así.

Garber estaba sentado muy tieso a la mesa del puesto de mando móvil. Se había quitado la gabardina caqui, con lo que había dejado al descubierto una vieja y arrugada chaqueta de uniforme. Una chaqueta en la que había acumulado las condecoraciones que había recibido a lo largo de una vida entera en el ejército. Estaba llena de medallas, insignias y galones. Era la chaqueta de un soldado que había servido durante cuarenta años sin cometer el más mínimo error.

Johnson le observaba con atención. Garber, con las sienes entrecanas, no apartó la mirada. Sus ojos estaban calmados. Sus manos reposaban tranquilamente sobre la mesa. Su voz era firme, pero baja. Seguro de sí mismo, como si le hubieran pedido que defendiera que el cielo es azul y la hierba, verde.

—Mack, enseñale las fotografías al general —le pidió Webster.

McGrath asintió y abrió el sobre. Deslizó las cuatro instantáneas por la mesa hasta el general. Garber fue cogiéndolas de una en una, y se giraba para

que les diera bien la luz verdosa del techo. Johnson le miraba a los ojos. Esperaba que apareciera un atisbo de duda y, después, la resignación. No vio ni lo uno, ni lo otro.

—Están abiertas a interpretación —respondió.

Su voz seguía siendo calmada. Johnson oía a un oficial que defendía con lealtad a un subordinado preferido. Webster y McGrath oían a un policía que expresaba dudas. Los tres consideraban que cuarenta años de servicio le daban el derecho a que le escucharan.

—¿Abiertas a interpretación? —le preguntó Webster.

—Son cuatro momentos aislados de una secuencia. Podrían estar contándonos una historia que no es cierta.

Webster se inclinó y señaló la primera imagen.

—Le está cogiendo la muleta y la ropa de la tintorería. Está más claro que el agua, general.

Garber negó con la cabeza. Se hizo el silencio. Solo se oía el zumbido electrónico del vehículo. Johnson vio el atisbo de duda, pero en los ojos de McGrath, no en los de Garber. En ese instante oyeron el repiqueteo de la escalerilla mientras Brogan subía por ella. Agachó la cabeza para entrar.

—Cintas de vigilancia, jefe —dijo—. Hemos estado repasando lo que han ido enviando los aviones. Deberían venir a verlo.

Volvió a agacharse, pero para salir, y los otros cuatro hombres se miraron entre sí y se levantaron. Recorrieron por la fría noche la corta distancia que había hasta el camión satélite y subieron la escalerilla. Milosevic estaba en mangas de camisa, iluminado por la luz azulada de un grupo de pantallas. Metió una cinta y pulsó el botón de inicio. Cuatro de las pantallas se encendieron y mostraron un pueblecito a vista de pájaro. La calidad de la imagen era magnífica. Como la de una película, solo que rodada desde lo alto, no a ras de suelo.

—Yorke —explicó Milosevic—. El antiguo juzgado, abajo a la derecha.

Ahora, observen.

Pulsó el botón para adelantar la imagen y observaron el juzgado. Bajó la velocidad y volvió a darle al botón de inicio.

—Esto está a dos kilómetros de aquí. La cámara lo ha captado en dirección noroeste. Hay una plaza de armas y un campo de tiro.

La cámara había aumentado la imagen para conseguir una vista amplia de la zona. Había dos claros con cabañas en el sur y una plaza de armas en el norte. En medio había una larga y estrecha cicatriz, como de unos ochocientos metros de largo y veinte metros de ancho. La cámara dejó de acercarse la imagen para establecer una escala, tras lo que enfocó una multitud que se encontraba en la zona este del campo de tiro. Luego, se acercó todavía más y mostró a un pequeño grupo de personas de pie en una esterilla marrón. Cuatro hombres claramente visibles. Y una mujer. El general Johnson contuvo el aliento al reconocer a su hija.

—¿De cuándo es? —preguntó.

—De hace unas horas —respondió Milosevic—. Está viva y se encuentra bien.

Congeló la imagen y tocó cuatro veces la pantalla con la uña.

—Reacher —dijo—. Stevie Stewart. Creemos que este es Odell Fowler. Y el gordo es Beau Borken. Se parece al de la foto del expediente de California.

Acto seguido, volvió a poner las imágenes en marcha. La cámara se mantuvo centrada en la esterilla, a once kilómetros de altura. Borken se tiró al suelo y permaneció inmóvil. Luego, vieron cómo la boca de su rifle desplazaba una silenciosa nube de polvo.

—Están disparando a unos setecientos cincuenta metros —comentó Milosevic—. Yo diría que es una especie de competición.

Observaron los cinco disparos siguientes de Borken y, entonces, fue Reacher quien cogió el rifle.

—Es un Barrett —dijo Garber.

Reacher se tumbó, inmóvil, y disparó seis tiros silenciosos y bien espaciados. La multitud se disolvió y, al final, Reacher acabó desapareciendo de la vista entre los árboles, al sur.

—De acuerdo, general Garber, ¿cómo interpreta eso? —le preguntó Webster.

Garber se encogió de hombros. Su rostro tenía una expresión de obstinación.

—Es uno de ellos, no hay duda —insistió Webster—. ¿Ha visto cómo iba vestido? Lleva el uniforme. Está luciéndose en el campo de tiro. ¿Iban a darle un uniforme y un rifle para que juegue si no fuera uno de ellos?

Johnson rebobinó la cinta y la detuvo. Miró a Holly un buen rato. Luego salió del camión. Llamó a Webster por encima del hombro.

—Director, tenemos que ponernos a trabajar. Quiero establecer un plan de contingencia cuanto antes. No hay razón para que no estemos preparados para lo que pudiera suceder.

Webster le siguió. Brogan y Milosevic se quedaron delante de las pantallas. McGrath miraba a Garber. Garber miraba una de las pantallas apagadas.

—Sigo sin creérmelo.

Cuando se dio la vuelta, vio que McGrath lo observaba. Le hizo un gesto con la cabeza para que salieran del camión. Ambos salieron juntos a la silenciosa noche.

—No puedo demostrarlo —empezó Garber—, pero Reacher está de nuestro lado. Se lo garantizo. Le doy mi palabra.

—Pues no es lo que parece —repuso McGrath—. Responde a un tipo clásico. Encaja a la perfección en el perfil estándar. Exmilitar sin empleo, insatisfecho, niñez desplazada y, lo más probable, con un montón de quejas.

Garber negó con la cabeza.

—Nada de eso es verdad. Excepto lo de que es un exmilitar sin empleo.

Era un oficial estupendo. El mejor que he tenido. Están cometiendo ustedes un gran error.

McGrath se fijó en la mirada de Garber.

—Entonces ¿confiaría usted en él? ¿Personalmente?

Garber asintió muy serio.

—Le confiaría mi vida. No sé por qué está ahí, pero les prometo que está limpio y que va a hacer lo que es debido o que morirá en el intento.

A algo más de nueve kilómetros y medio al norte, Holly también confiaba en el instinto. Se habían llevado la cama que había desmontado y estaba tumbada sobre el fino colchón, en el suelo. A modo de castigo, le habían quitado el jabón, el champú y la toalla. Habían dejado el pequeño charco de sangre de la cabeza de la mujer. Allí estaba, en el suelo, a un metro de su cama improvisada. Se preguntaba si pensaban que aquello la incomodaría. Si era así, se habían equivocado. De hecho, hacía que se sintiera bien. Se sentía bien observando cómo la sangre se secaba y se oscurecía. Pensaba en Jackson y miraba el charco como si fuera una mancha de Rorschach que le decía: «Holly, tienes que salir ya de las sombras».

Webster y Johnson trazaron un plan de contingencia bastante sencillo. Estaba basado en la geografía. La misma geografía que suponían que había hecho que Borke eligiera Yorke como lugar en el que establecer su bastión. Como todos los planes basados en la geografía, lo trazaron ante un mapa. Como todos los planes que se trazan con un mapa, solo sería un buen plan si el mapa era preciso. Y como suele suceder con la mayoría de los mapas, aquel estaba obsoleto.

Estaban usando un mapa de Montana a gran escala. La mayor parte de la



información era exacta. Los rasgos principales estaban bien. Era fácil ver el obstáculo occidental.

—Damos por hecho que no podremos pasar por el río, ¿no? —comentó Webster.

—Así es —confirmó Johnson—. El deshielo primaveral estará en su punto más álgido. Ahí no vamos a poder hacer nada antes del lunes, cuando consigamos equipo.

Las carreteras aparecían en rojo, como si fueran las rayas de la mano de una persona. Los pueblecitos de Kalispell y Whitefish descansaban debajo de la palma. Las carreteras se abrían como si fueran los dedos. La que equivalía al dedo índice cruzaba un pueblo llamado Eureka hasta llegar a la frontera canadiense. La que se correspondía con el pulgar iba en dirección noroeste, por Yorke, y se detenía en las viejas minas. Ahora, aquel pulgar estaba amputado a la altura de la primera falange.

—Ellos suponen que subirán ustedes por la carretera —comentó Johnson—, pero no es eso lo que van a hacer. Darán la vuelta por el este, hasta Eureka, y llegarán por el bosque.

Trazó con su lápiz una línea que pasaba por el pulgar y por la parte de debajo de la mano. Volvió por el dedo índice y se detuvo en Eureka. Había ochenta kilómetros de bosque entre Eureka y Yorke. El bosque estaba representado en el mapa como una enorme mancha verde. Profundo y ancho. Sabían bien lo que significaba aquella mancha verde. Era fácil darse cuenta con solo mirar a su alrededor: bosque virgen. Crecía descontrolado por las faldas de las montañas. En la mayoría de las zonas, la vegetación era tan densa que a una persona le costaría pasar entre los árboles. Pero la mancha verde que había al este de Yorke era un bosque nacional. Pertenecía al Servicio Forestal, que también cuidaba de él. Dicha mancha verde la recorría una red de pistas. Pistas del Servicio Forestal.

—Puedo hacer que los míos estén aquí en cuatro horas —comentó Webster

—. El equipo de rescate. Por propia iniciativa, si es necesario.

Johnson asintió.

—Pueden entrar por los bosques. Puede que incluso en algún vehículo.

El director asintió y añadió:

—Hemos llamado a los del Servicio Forestal. Van a traernos un mapa detallado.

—Perfecto. Si la cosa sale mal, llama usted a su equipo y lo envía por Eureka. Nosotros haremos algo de ruido por el flanco sur y ellos pueden entrar con fuerza por el este.

Webster volvió a asentir. El plan de contingencia estaba listo. Hasta que el tipo del Servicio Forestal subió por la escalerilla de aluminio. Le acompañaban McGrath, Milosevic y Brogan. Webster se encargó de las presentaciones y Johnson, de hacer las preguntas. El del Servicio Forestal empezó a negar con la cabeza casi de inmediato.

—Esas pistas no existen. Al menos, la mayoría de ellas.

Johnson señaló el mapa.

—Pero si están aquí.

El hombre se encogió de hombros. Llevaba bajo el brazo un volumen muy grueso de planos topográficos. Lo abrió y buscó la página. Lo puso sobre el mapa. La escala era mucho mayor, sí, pero saltaba a la vista que la red de pistas no se parecía a la del mapa.

—Los que dibujan estos mapas saben que hay pistas —comentó—, así que dibujan algo.

—De acuerdo, pues usaremos sus mapas —dijo Johnson.

El hombre del Servicio Forestal negó con la cabeza.

—Estos también están mal. Puede que estuvieran bien en algún momento, pero, ahora mismo, están mal. Hemos pasado años cerrando la mayoría de esas pistas. Había que impedir que los cazadores de osos siguieran entrando. Los naturalistas nos obligan. Hemos echado toneladas de tierra en la entrada

de la mayoría de las pistas que atraviesan el bosque. Muchas de las otras las hemos destruido. A estas alturas, la naturaleza habrá vuelto a apoderarse de ellas.

—De acuerdo, ¿y qué pistas están cerradas? —preguntó Webster, que le había dado la vuelta al mapa y estaba estudiándolo.

—No lo sabemos. No nos dedicamos a hacer registros muy fiables. Nos limitamos a enviar las excavadoras con la tierra. Pillamos a muchas cerrando pistas equivocadas porque estaban más cerca. O no las cerraron del todo porque así era más sencillo. Toda la operación fue una chapuza.

—Entonces ¿existe alguna manera de entrar? —preguntó Johnson.

El hombre del Servicio Forestal se encogió de hombros.

—Puede. O puede que no. No hay otra manera de saberlo que intentándolo. Lo que podría llevar un par de meses. Si entran ustedes, hagan un mapa y nos lo pasan, ¿de acuerdo?

Johnson le miraba fijamente.

—A ver si lo he entendido —dijo en un momento dado—: son ustedes el puto Servicio Forestal, ¿y quieren que seamos nosotros los que les digan dónde están sus propias pistas?

El hombre del Servicio Forestal asintió.

—Eso es. Como ya le he dicho, nuestros registros son muy malos. En su momento pensamos que no le importaría a nadie.

El ayudante del general acompañó al forestal hasta donde estaba bloqueada la carretera. El vehículo de mando estaba en silencio. McGrath, Milosevic y Brogan estudiaban el mapa.

—No podemos entrar, pero ellos no pueden salir —comentó McGrath—. Están atrapados. Tenemos que empezar a explotar eso.

—¿Cómo? —preguntó Webster.

—Controlándolos. Ya controlamos su carretera. Podríamos controlar también su electricidad y su línea telefónica. Las líneas suelen seguir la

carretera. Tienen que salir desde Kalispell. Deberíamos cortarles la línea telefónica y hacer que acabe aquí, en este vehículo. Entonces, solo podrán comunicarse con nosotros. Luego les diremos que controlamos su electricidad. Les amenazamos con cortársela si no negocian.

—¿Quiere negociar? —preguntó Johnson.

—Quiero una táctica con la que asfixiarlos. Hasta que la Casa Blanca recupere el sentido común.

Webster asintió y dijo:

—Vale, hazlo. Llama a la compañía telefónica y que les desvíen la línea aquí.

—Ya les he llamado. Eso será lo primero que hagan por la mañana.

Webster bostezó. Consultó el reloj. Les hizo un gesto a Milosevic y a Brogan.

—Deberíamos establecer unos turnos de sueño. Vosotros haréis el primero. Dormiremos en dos turnos, de cuatro horas cada uno.

Milosevic y Brogan asintieron. Parecían alegrarse.

—Nos vemos dentro de un rato —les dijo McGrath—. Que durmáis bien.

Bajaron del camión y cerraron la puerta despacio. Johnson seguía mirando el mapa. Lo giraba y lo doblaba.

—¿Y no pueden hacer antes lo del teléfono? —preguntó—. ¿Esta misma noche?

Webster lo pensó y asintió. Sabía que el cincuenta por ciento de toda batalla consiste en conseguir que la estructura de mando sea armoniosa.

—Mack, llama de nuevo. Diles que tiene que ser ya.

McGrath volvió a llamar. Utilizó el teléfono que tenía a su lado. Mantuvo una conversación muy breve que finalizó con una risita.

—Van a enviar a los de emergencias. Debería estar hecho en un par de horas, pero nos cobrarán el trabajo. Les he dicho que envíen la factura al edificio Hoover. Me ha preguntado que dónde está eso.

Se levantó y esperó en la puerta. Johnson y Webster seguían en la mesa. Estaban encorvados sobre el mapa. Observaban el barranco del sur. Se había formado hacía un millón de años, cuando la tierra se resquebrajó por el peso de miles de millones de toneladas de hielo. Supusieron que estaba perfectamente representado en el mapa.

Reacher se despertó exactamente dos minutos antes de las diez. Lo hizo de la manera habitual, que consistía en despejarse muy rápido, sin moverse, sin que se percibiera cambio alguno en su respiración. Notó el brazo debajo de la cabeza y abrió los ojos lo mínimo posible. En el otro lado de la cabaña de castigo, Joseph Ray seguía apoyado contra la puerta. La Glock estaba en el suelo, a su lado. Estaba consultando el reloj.

Reacher contó noventa segundos para sus adentros. Ray miraba el techo de la cabaña y su reloj. Entonces miró a Reacher, que se incorporó con un movimiento muy ágil y fluido. Reacher se llevó una mano a la oreja como si estuviera escuchando una comunicación secreta. Ray se quedó con los ojos abiertos como platos. Reacher asintió y se puso de pie.

—De acuerdo, Joe. Abre la puerta.

Ray sacó la llave del bolsillo. Descorrió el cerrojo. Abrió la puerta.

—¿Quieres la Glock? —preguntó Ray.

Le tendió el arma con la empuñadura por delante. Estaba muy nervioso y se le veía en la mirada. Reacher sonrió. No había esperado menos. Ray era idiota, pero no tanto. Había tenido dos horas y media para pensar en lo que le había dicho. Este era el último examen. Que aceptara el arma significaría que había estado tomándole el pelo. Tenía claro que estaba descargada y que el cargador estaría en el bolsillo del miliciano.

—No es necesario. Tenemos el sitio rodeado. Tengo a mi disposición armas mucho más poderosas que una nueve milímetros, Joe, te lo aseguro.

Ray asintió y se puso tieso.

—No te olvides de los rayos láser —advirtió Reacher—. Como salgas de la cabaña, eres hombre muerto. Ahora mismo, no puedo hacer nada al respecto. *Vous comprenez, mon ami?*

Ray volvió a asentir. Reacher salió. Ray cerró la puerta. Reacher desanduvo sus pasos en silencio, hasta llegar a la esquina de la cabaña, donde cogió una piedra y esperó a que Ray saliera detrás de él.

No lo hizo. Reacher esperó ocho minutos. Su gran experiencia le había enseñado que, si no salen en seis minutos, no van a salir. La gente piensa en cinco segmentos debido a cómo están dispuestos los relojes. Se dicen a sí mismos: «Voy a esperar cinco minutos». Entonces, como son cautelosos, suman un minuto más. Creen que es una actitud inteligente. Reacher esperó los primeros cinco minutos y el adicional, tras lo que añadió dos más por seguridad. Pero Ray no salió. No iba a hacerlo.

Reacher evitó el claro. Se mantuvo escondido entre los árboles. Rodeó la zona del bosque. Ignoró los senderos de tierra batida. No le preocupaban los perros. No estaban fuera. Fowler le había contado que por la zona merodeaban pumas. Nadie deja a los perros fuera por la noche cuando hay pumas al acecho. Es una de las maneras más fáciles de que, por la mañana, te hayas quedado sin perros.

Rodeó todo el Bastión escondido entre los árboles. Las luces estaban apagadas y el sitio estaba en el más completo silencio y en calma. Esperó entre los árboles que había cerca de la cantina. La cocina era una cabaña cuadrada, conectada de manera un tanto extraña a la estructura principal. Las luces estaban apagadas, pero la puerta estaba abierta y la mujer que le había preparado el desayuno estaba esperando entre las sombras. La observó desde los árboles. Esperó cinco minutos. Luego, el sexto. No había movimiento por ningún lado. Tiró una piedrecita al sendero que la mujer tenía a la izquierda. La mujer se sobresaltó. La llamó en voz baja y ella salió de entre las sombras.

Sola. Fue hasta los árboles. La cogió por el codo y tiró de ella hacia la oscuridad.

—¿Cómo has conseguido salir? —susurró ella.

Era imposible adivinar la edad que tenía. Podía tener tanto veinticinco como cuarenta y cinco años. Era atractiva, esbelta, con el pelo largo y liso, pero la preocupación, la angustia, se le marcaban en el rostro. En su interior ardía una chispa de espíritu y resistencia. Cien años antes, no habría tenido ningún problema en recorrer el duro y complicado camino de Oregón.

—¿Cómo has conseguido salir? —repitió.

—Pues por la puerta —dijo Reacher.

La mujer lo miraba estupefacta.

—Tienes que ayudarnos.

Se quedó callada y se frotó las manos mientras miraba la oscuridad a derecha e izquierda, aterrada.

—¿Ayudaros? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Están locos. Tienes que ayudarnos.

—¿Cómo? —insistió Reacher.

La mujer esbozó una mueca y abrió los brazos, como si fuera obvio, o como si no supiera por dónde empezar, o cómo hacerlo.

—Empieza por el principio —dijo él.

La mujer asintió, dos veces, y tragó saliva, como si estuviera preparándose.

—Ha desaparecido gente.

—¿Qué gente? ¿Cómo ha desaparecido?

—Ha desaparecido, sin más. Borken es el responsable. Se ha hecho con todo el poder. Es una historia muy larga. La mayoría de nosotros estábamos aquí con otros grupos, sobreviviendo por nuestra cuenta, con nuestras familias, ¿sabes? Yo estaba con el Pueblo Libre del Noroeste. Entonces Borken empezó a hablar de unidad. Se peleaba y se discutía. Los demás líderes no estaban de acuerdo con sus puntos de vista. Entonces empezaron a



desaparecer. Simplemente se esfumaban. Borken decía que no eran capaces de seguir el ritmo. Desaparecían, sin más. Luego Borken decía que teníamos que unirnos a él. Que no teníamos alternativa. Algunos de nosotros estamos, como quien dice, prisioneros.

Reacher asintió.

—Y ahora han empezado a pasar cosas en las minas —continuó ella.

—¿Qué cosas?

—No sé. Cosas malas, supongo. No nos permiten ir. Solo están a kilómetro y medio por la carretera, pero resulta que las consideran fuera de los límites. Hoy han estado haciendo algo allí. Han dicho que han estado trabajando en el sur, en la frontera, pero cuando han venido a comer, venían del norte. Los he visto por la ventana de la cocina. Venían sonriendo, riendo.

—¿Quiénes?

—Borken y sus hombres de confianza. Está loco. Dice que cuando declaremos nuestra independencia van a atacarnos y que vamos a tener que luchar. A partir de mañana. Tenemos miedo. Tenemos familia, ¿sabes? Pero no podemos hacer nada. Si te opones a él, desapareces o te habla de tal manera que tienes que acabar dándole la razón. Nadie consigue llevarle la contraria. Nos controla, del todo.

Reacher volvió a asentir. La mujer se acercó a él. Estaba llorando.

—Y no podemos ganar, ¿verdad? Como nos ataquen, quiero decir. Solo somos cien. Ligeramente entrenados. Cien no pueden vencer a un ejército, ¿verdad? Nos van a matar a todos.

Tenía los ojos muy abiertos, blancos, y se veía desesperación en ellos. Reacher se encogió de hombros. Negó con la cabeza e intentó que su voz sonase calmada y reconfortante.

—Será un asedio. Nada más. Quedará todo en punto muerto. Negociarán. No es la primera vez. Además, es el FBI quien vendrá, no el ejército. El FBI sabe resolver estos asuntos. No va a pasaros nada. No van a mataros. No van

a venir con la intención de mataros. Eso no es más que la propaganda de Borken.

—Vivir libre o morir. No para de repetirlo.

—El FBI se encargará de ello. No van a mataros.

La mujer cerró la boca con fuerza, cerró los ojos y sacudió la cabeza con violencia.

—No, será Borken quien nos mate. Lo hará él, no ellos. Vivir libre o morir, ¿no lo entiendes? Si vienen, nos matará a todos. O nos obligará a que nos matemos. Como uno de esos suicidios en masa. Nos obligará a hacerlo, estoy segura.

Reacher la miraba con atención.

—He oído algunas de sus conversaciones. No paran de cuchichear, hacen planes secretos. Dicen que las mujeres y los niños van a morir. Que está justificado. Dicen que será histórico e importante. Que las circunstancias lo exigirán.

—¿Les has oído? —preguntó Reacher—. ¿Cuándo?

—Todo el día. Se pasan el día haciendo planes. Borken y sus hombres de confianza. «Las mujeres y los niños tienen que morir», decían. Van a hacer que nos matemos. Un suicidio en masa. Nuestras familias. Nuestros hijos. En las minas. Creo que van a llevarnos a las minas y van a matarnos.

Reacher permaneció en los bosques hasta que ya estuvo muy al norte de la plaza de armas. Luego fue en dirección este hasta que vio la carretera, que salía de Yorke. Estaba llena de baches, el pavimento era irregular y brillaba grisácea bajo la luz de la luna. Permaneció entre las sombras de los árboles y la siguió en dirección norte.

La carretera ascendía serpenteando la falda de una montaña, con curvas muy cerradas. Aquello dejaba claro que había llevado hasta algo que merecía

la pena, o nadie habría llevado a cabo el gran esfuerzo que debía de haber costado construirla. Después de kilómetro y medio de curvas y trescientos metros de ascensión, el último recodo daba a una cuenca que tendría la extensión de un estadio deportivo vacío. En parte era natural y, en parte, lo habían volado y colgaba del vientre de picos gigantescos. Las paredes del fondo de la cuenca eran de roca desnuda. Había agujeros semicirculares hechos mediante explosiones. Parecían ratoneras gigantes. Algunos de ellos los habían alargado con rocas sobrantes para construir entradas protegidas. Dos de las entradas las habían agrandado hasta convertirlas en descomunales cabañas de piedra con el techo de madera.

El suelo de la cuenca estaba cubierto de lascas de pizarra. Había montones de tierra y de desechos por todos lados. En ellos se abrían paso malas hierbas y algún que otro arbolito. Reacher vio los restos oxidados de raíles que surgían de la nada y avanzaban unos pocos metros. Se agachó junto a un árbol, en el bosque aún, y observó.

Allí no estaba sucediendo nada. El sitio estaba desierto y en silencio. Más que en silencio. Poseía esa ausencia total de sonidos que acompaña a los lugares con mucha actividad que quedan abandonados. Hacía tiempo que los sonidos naturales habían desaparecido. Habían eliminado los árboles que se agitaban al viento, habían desviado los riachuelos rápidos, habían quemado la vegetación que crujía, y lo habían reemplazado todo por máquinas estrepitosas y hombres que gritaban. Así, cuando los hombres se marchaban y nadie usaba las máquinas, nada reemplazaba su sonido. Reacher se esforzó por escuchar, pero no oyó nada. Tan en silencio como la luna.

Siguió avanzando por los bosques. Acercarse por el sur implicaba hacerlo colina arriba. Fue dando un rodeo por el oeste y ganó unos treinta metros más de altura. Se detuvo y observó la cuenca desde una nueva perspectiva.

Aún nada. Pero allí había habido algo. Actividad reciente. La luz de la luna dejaba al descubierto unas huellas de vehículos en la gravilla. Había un lío de

surcos que salían y entraban de una de las cabañas de piedra. De hacía un par de años. La cochera. En la otra cabaña había surcos más recientes. En la más grande. Surcos más grandes. Alguien había metido y sacado vehículos grandes de aquella cabaña. Hacía poco.

Salió del bosque y fue bajando hasta la zona de pizarra. En la silenciosa noche y sobre aquellas piedrecitas planas, sus zapatos sonaron como disparos de rifle. El crujido de sus pasos sobre la piedra de esquisto volvía tan amplificado por las paredes de roca que parecían truenos. Se sentía pequeño y expuesto, como cuando, en una pesadilla, corres desnudo por un campo de fútbol americano. Sentía como si las montañas circundantes fueran una multitud en las gradas, observándole en silencio. Se detuvo detrás de un montón de roca, se agachó y escuchó. El eco de sus pasos sonó como un estruendo una última vez, antes de quedarse en el más completo silencio. No oyó nada. Había una ausencia total de sonido.

Avanzó despacio —y aun así hacía mucho ruido— hasta las puertas de la cabaña más pequeña. De cerca, era una estructura grande. Era probable que la hubieran construido para albergar máquinas gigantes y motores de bombeo. Las puertas tenían tres metros y medio de altura. Estaban construidas con troncos pelados unidos entre sí con tiras de hierro. Eran como el lateral de una casa de troncos, pero con las bisagras enclavadas a una montaña.

No había cerradura. Era difícil imaginar una cerradura para una puerta tan grande. Reacher no había visto en la vida una cerradura de la escala de aquellas puertas. Apoyó la espalda contra la hoja que quedaba a la derecha y, haciendo palanca, abrió la izquierda unos centímetros. Las bisagras de hierro se movieron con facilidad gracias a la gruesa capa de grasa que tenían. Se deslizó de lado por el hueco y entró.

Estaba completamente oscuro. No veía nada. Permaneció de pie, esperando que su vista se adaptase a la oscuridad. Pero no lo hizo. Los ojos pueden abrirse más y más, hasta el máximo, pero si no hay nada de luz, no verán

nada. Olía mucho a humedad y podredumbre. Oía cómo el ruido que había hecho iba desvaneciéndose hacia el fondo, hacia la montaña, como si hubiera una cámara o túnel largo delante de él. Avanzó con las manos por delante, como un ciego.

Encontró un vehículo. Su espinilla se topó con el parachoques frontal antes de que sus manos tocaran el capó. Era alto. Un camión o una camioneta. Civil. Pintura con aerosol, suave y brillante; no una pintura militar mate. Pasó los dedos por el borde del capó. Por el lateral. Una camioneta. Dio la vuelta y subió por el otro lado, hasta la puerta del conductor. No estaba cerrada con llave. La abrió. La luz interior se encendió y, en aquella oscuridad, pareció que tuviera más potencia que un foco. A su alrededor aparecieron sombras extrañas. Estaba en una caverna gigante. No había fondo. Daba directamente a la montaña. El techo de roca iba descendiendo hasta convertirse en un túnel excavado y estrecho que se perdía de vista.

Buscó las palancas y encendió los faros. La luz se reflejó en la roca. Allí había una decena de vehículos aparcados en filas ordenadas. Coches y camionetas viejos. Todoterrenos militares de excedentes y pintados con un camuflaje burdo. Y la Ford Econoline blanca con agujeros en el techo. Tenía un aspecto triste y abandonado después de su épico viaje desde Chicago. Cascada y con los amortiguadores bajos. Contra las paredes había bancos de trabajo sobre los que colgaban herramientas viejas. Había latas de pintura y barriles de gasolina. Ruedas lisas en pilas y tanques oxidados con soldaduras de gas.

Buscó en los vehículos más cercanos. Todos ellos tenían las llaves. Había una linterna en la guantera del tercer automóvil en el que miró. La cogió. Volvió a la camioneta y apagó los faros. Volvió a las grandes puertas de madera y salió.

Esperó y escuchó. Nada. Cerró la puerta del aparcamiento y fue a la cabaña más grande. Estaba a un centenar de metros por el ruidoso suelo de pizarra.

Aquella otra cabaña tenía el mismo tipo de puertas de troncos. Incluso más grandes. Y también estaban cerradas. La cerradura era lo más burdo que había visto en la vida: un leño viejo y retorcido dispuesto en dos soportes de hierro y encadenado a ellos. Las cadenas estaban cerradas con dos candados grandes. Reacher los ignoró. No hacía falta que se encargara de ellos. Era evidente que iba a poder pasar por la holgura que ofrecía la retorcadura del viejo leño.

Forzó las puertas por la parte de abajo, donde ambas se encontraban. Lo retorcido que estaba el tronco y su pequeña holgura en las eses que lo sujetaban permitieron que entre las puertas se abriera un hueco estrecho. Metió primero los brazos, la cabeza después, y los hombros. Empujó con los pies y fue entrando poco a poco. Una vez dentro, se puso de pie y encendió la linterna.

Estaba en otra caverna gigante. La misma oscuridad. El mismo olor a humedad y podredumbre. El mismo techo que iba descendiendo hacia la parte trasera hasta convertirse en un tajo. El mismo silencio, como si el sonido se lo tragara la montaña. El mismo propósito. Un garaje. Pero aquellos vehículos eran todos iguales. Había cinco. Cinco camiones actuales del ejército de Estados Unidos. Todos ellos pintados con el símbolo del Ejército de Artillería Aérea. No eran nuevos, pero estaban bien mantenidos. Cubiertos con una lona limpia.

Reacher fue hasta la parte trasera del primero de ellos. Se subió a la bola de remolque y miró en la plataforma. Vacía. A los lados tenía asientos de madera. Era un transporte de tropas. No era capaz de calcular la cantidad de kilómetros que había recorrido sentado en bancos como aquellos, balanceándose, mirando el suelo de acero, esperando a llegar allí donde fueran.

El suelo de acero estaba manchado. Llamaba la atención, frente al limpio exterior. Las manchas eran negras. Una especie de líquido denso, seco y en

charcos. Los miró con atención. No era capaz de calcular la cantidad de manchas como aquellas que había visto. Bajó de un salto y corrió hasta donde estaba el segundo vehículo. Volvió a subirse en la bola e iluminó la plataforma con la linterna.

En la parte trasera del segundo vehículo no había bancos. Lo que había eran dos estanterías enganchadas a ambos lados. Estanterías construidas con precisión, soldadas con ángulos de hierro y en las que había pinzas de acero y gruesas gomas con las que sujetar su delicada carga. En la estantería de la izquierda había cinco lanzamisiles. Delgados tubos de acero, de un metro ochenta de largo, de metal negro mate, con una gran caja electrónica, un visor abierto y una empuñadura en la parte delantera. Cinco. Paralelos los unos a los otros, muy bien alineados.

En la estantería de la derecha había veinticinco misiles Stinger. Separados entre ellos unos centímetros gracias a sus protectores de goma, con las superficies de control dobladas hacia atrás, listos para que los cargaran. Una aleación mate, con los números de lote pintados en negro y una ancha banda de estridente color naranja alrededor de la sección de combustible.

Fue corriendo hasta los otros tres camiones. Iguales. Cinco lanzamisiles, veinticinco misiles. Un total de veinte lanzamisiles y cien misiles. El equipo artillero de una unidad móvil de artillería aérea. Una unidad con veinte hombres. Volvió al primer camión y miró la sangre del suelo. Fue entonces cuando oyó las ratas. Al principio pensó que eran pasos afuera, en el suelo de pizarra. Apagó la linterna. A continuación, se dio cuenta de que los sonidos estaban más cerca, detrás de él. Había ratas peleándose al fondo de la caverna. Encendió la linterna y trotó hasta el fondo, donde encontró veinte cadáveres.

Estaban apilados en un gran montón justo antes de que el techo pasara a ser demasiado bajo como para que un hombre pudiera permanecer de pie debajo de él. Veinte soldados muertos. Un terrible desastre. Les habían

disparado por la espalda. Era evidente. Habían estado en grupo, en algún lado, y los habían segado con una ametralladora pesada por la espalda. Se agachó, gruñó y les dio la vuelta a un par de ellos. Desde luego, no eran los soldados más rudos que había visto. Dóciles, reservistas, desplegados en una base solitaria en territorio amigo. Les habían tendido una emboscada y los habían asesinado para quitarles las armas.

Pero ¿cómo? Reacher sabía cómo. Una vieja unidad tierra-aire, cerca de la obsolescencia, estacionada en el lejano norte de Montana. Material sobrante de la paranoia de la Guerra Fría. Listo para su desmantelamiento. De camino a su desmantelamiento, lo más probable. En dirección sur, hacia la base Peterson, en Colorado, lo más probable. Con las últimas órdenes transmitidas con claridad por radio. Recordó el escáner de frecuencias de radio que había visto en la cabaña de comunicaciones. El operador que había delante movía el dial poco a poco, con paciencia. Supuso que habría interceptado por accidente la llamada de recuerdo y que el operador habría salido corriendo en busca de Borke. Seguro que una sonrisa oportunista habría iluminado su cara abotagada. Luego habrían hecho algún plan a todo correr y les habrían tendido una emboscada en las colinas. Veinte soldados abatidos, tirados en su propio camión, apilados en aquella caverna. Se incorporó y miró la desagradable escena. Luego volvió a apagar la linterna.

Porque no se había equivocado con los ruidos. Había oído pasos fuera, en el suelo de pizarra. Y volvió a oírlos. Se acercaban. Empezaban a producir un crujido ensordecedor en mitad de la noche. Venían directos a la cabaña. Sobre el esquisto, no había manera de determinar cuántos eran.

Oyó cómo se detenían frente a las gigantescas puertas. Oyó un tintineo de llaves. Oyó cómo abrían los candados. Oyó cómo retiraban las cadenas y apartaban el leño. Abrieron las puertas. Reacher se tiró al suelo. Permaneció boca abajo, pegado a la pila de cadáveres fríos que rezumaban.

Cuatro pies. Dos voces. Voces que conocía bien. Fowler y Borke.



Hablaban muy tranquilos y caminaban confiados. Reacher se pegó a la pila. Una rata pasó por encima de su mano.

—¿Ha dicho cuándo? —preguntó Fowler.

De pronto, al golpear contra la roca, su voz sonaba muy fuerte.

—Será lo primero que hagan mañana por la mañana —dijo Borken—. ¿Cuándo entran a trabajar los operarios de las compañías telefónicas? ¿Sobre las ocho? ¿A las siete y media, quizá?

—Debemos ser cautos. Digamos que es a las siete y media. Lo primero que harán es cortar la línea.

Llevaban linternas. Los haces se balanceaban hacia uno y otro lado mientras caminaban.

—No hay problema. Las siete de aquí son las nueve de la Costa Este. El momento ideal. Lo haremos a las siete. Primero Washington D. C.; luego, Nueva York; Atlanta después. Debería estar todo hecho para las siete y diez. Los diez minutos que sacudieron al mundo, ¿eh? Nos sobran veinte minutos.

Se detuvieron junto al segundo camión. Abrieron el portón trasero, que cayó con un estrépito metálico.

—Y, después, ¿qué?

—Después esperamos a ver qué pasa. Ahora mismo, solo tienen ocho marines aquí al lado. No saben qué hacer. No tienen claro cómo es el bosque. La Casa Blanca va pisando huevos, que es lo que suponíamos que haría. Dales doce horas para tomar una decisión, no podrán intentar nada antes de mañana al anochecer. Y eso, como muy pronto. Y, para entonces, este sitio habrá bajado muchos enteros en su lista de prioridades.

Se estaban inclinando hacia el interior del camión. La gruesa lona que cubría la plataforma amortiguaba su conversación.

—¿También necesita el misil? —preguntó Fowler.

—Solo el lanzamisiles. Está en la parte electrónica.

Reacher, entre el movimiento de las ratas, oyó cómo los hombres soltaban

las pinzas. Luego el chirrido de la goma cuando sacaron un lanzamisiles de su protector. Después, oyó los pernos del portón. Los pasos se alejaron. Los haces de luz de las linternas volvieron balanceándose hacia las puertas.

Oyó que las bisagras crujían y los dos hombres cerraron las pesadas puertas con un golpe sordo. Oyó cómo dejaban el lanzamisiles con cuidado en el suelo de pizarra y los resuellos de ambos al levantar el leño para volver a ponerlo en las eles. Y también oyó el repiqueteo de la cadena y el clic de los candados. Y el crujido de las pisadas cruzando la cuenca.

Se alejó de los cadáveres rodando y le pegó un golpe a una rata. Le atizó con el envés de la mano, con fuerza, y la envió chillando por entre la oscuridad. Se incorporó y esperó. Caminó despacio hacia la puerta. Escuchó con atención. Esperó seis minutos. Puso las manos en el hueco inferior que dejaban las puertas y las empujó para separarlas.

No se movían más de unos pocos centímetros. Puso las manos planas en la suave madera e intentó colar el hombro y empujar. Duras como la piedra. Era como pretender derribar un árbol. Estuvo todo un minuto intentándolo. Se estaba esforzando como un levantador de pesos. Las puertas estaban muy bien cerradas. De pronto, se dio cuenta del porqué. Habían puesto el leño retorcido justo al revés. Con la curva apuntando hacia él, no al contrario. Aquello cerraba las puertas de manera más eficaz, en vez de permitir la holgura por la que había pasado hacía un rato.

Se imaginó el leño tal y como lo había visto. Más de treinta centímetros de grosor, retorcido, pero tan seco que parecía de hierro. Con la curva hacia fuera no suponía ningún problema. Con la curva hacia dentro, sería imposible moverlo. Miró los camiones del ejército. Se lo quitó de la cabeza. No había espacio para golpear la puerta con suficiente impulso. El camión, sencillamente, empujaría las puertas con la típica fuerza de un gran motor diésel, pero eso no sería suficiente. No era capaz de imaginar cuánta fuerza sería necesaria para poder romper aquel leño.

Se planteó disparar un misil. Se lo quitó de la cabeza. Demasiado ruido y, además, no serviría de nada. No se armaban hasta que no estaban a diez metros de altura. Además, solo llevaban tres kilogramos de explosivos. Suficiente para destruir el motor de un avión en vuelo pero, contra aquellos viejos troncos, tres kilos de explosivos serían como rascarlos con una lima para uñas. Estaba atrapado y Holly le estaba esperando.

No estaba en su naturaleza dejarse llevar por el pánico. Nunca. Era un hombre tranquilo y su largo entrenamiento lo había vuelto aún más tranquilo. Le habían enseñado a analizar y a evaluar, y a usar la fuerza de voluntad para prevalecer. «Eres Jack Reacher —le habían dicho—. Puedes hacer lo que quieras». Primero se lo había dicho su madre; luego, su padre; luego, los instructores letales y callados de las academias de entrenamiento. Y les había creído.

Pero, al mismo tiempo, no lo había hecho. Parte de su cabeza siempre le decía: «Tan solo has tenido suerte». Siempre había tenido suerte. Y, en los momentos de tranquilidad, se sentaba y esperaba a que se le acabase la suerte. Se sentó en el suelo de piedra, con la espalda contra los troncos y se preguntó: «¿Se me habrá acabado?».

Iluminó la caverna con la linterna, aquí y allí. Las ratas se mantenían alejadas de él. Les interesaba mantenerse en la oscuridad que había al fondo. «Me están abandonando. Como cuando se hunde el barco», pensó. Entonces su cabeza volvió a activarse. «No, están interesadas en el túnel. Porque los túneles llevan a sitios». Recordó las ratoneras gigantes que había en la cara norte de la cuenca y que habían abierto mediante explosiones. Puede que estuvieran todas conectadas entre sí por los estrechos túneles del interior.

Fue corriendo hasta el fondo de la caverna, dejando atrás los camiones, dejando atrás la grotesca pila de cadáveres. Hasta llegar adonde no podía estar de pie. Una rata desapareció por el túnel que tenía a la izquierda. Se

estiró en el suelo, sobre el estómago e iluminó el túnel con la linterna. Decidió entrar a rastras.

A rastras, se topó con un esqueleto. Primero se encontró con los pies y luego se topó de cara con un cráneo sonriente. Y otro. Había cuatro o cinco esqueletos metidos a la fuerza en aquel túnel. Huesos desordenados en una pila. Resolló, sorprendido, y retrocedió un poco. Los observó con atención. Con ayuda de la linterna.

Todos eran hombres. Lo sabía por las cinco pelvis. Todos los cráneos tenían disparos de bala. Todos ellos en la sien. Claros agujeros de entrada, claros agujeros de salida. proyectiles de pistola, recubiertos y de alta velocidad. Bastante recientes, de hacía un año. La carne no estaba podrida. Se la habían comido. Se veían las raspaduras paralelas en los huesos, marcas dejadas por los dientes de los roedores.

Los huesos estaban aquí y allá. Las ratas se los habían llevado para roerlos. Había restos de ropa por todos lados. Algunas cajas torácicas aún estaban intactas. Las ratas no acostumbran a roer la ropa. Y menos la del torso. ¿Por qué iban a hacerlo? Se cuelan por dentro. Las partes blandas primero. Llegan a las costillas por la espalda.

La ropa era de color caqui y verde aceituna. También había algunas prendas de camuflaje negro y gris. Vio un hilo de color. Lo siguió hasta una especie de etiqueta que había medio escondida detrás de un omoplato raído. Era una insignia curvada y bordada en seda en la que ponía: PUEBLO LIBRE DEL NOROESTE. Tiró de la chaqueta del esqueleto. La caja torácica se cayó. En el bolsillo del pecho tenía tres estrellas de cromo.

Reacher, tumbado sobre el estómago, hasta las axilas de huesos, hizo una búsqueda exhaustiva. Encontró cinco uniformes distintos. Había dos insignias más. En una de ellas ponía: IDENTIDAD BLANCA CRISTIANA; en la otra: MILICIA CONSTITUCIONAL DE MONTANA. Alineó las cinco calaveras agujereadas. Comprobó los dientes. Tenía delante cinco hombres de mediana edad, de

entre cuarenta y cincuenta años. Cinco líderes. Los líderes que habían desaparecido. Los líderes que no podían aguantar el ritmo. Los líderes que habían abandonado a sus tropas a su suerte, tropas con las que se había hecho Beau Borken.

El techo era muy bajo como para que Reacher pasara por encima de los huesos. Tuvo que apartarlos a un lado para seguir adelante. Las ratas no mostraban interés alguno en ellos. Aquellos huesos estaban limpios de carne. Su nuevo festín estaba fuera, en la caverna. Se dirigieron en aquella dirección. Sujetó la linterna por delante de él y siguió avanzando, internándose por la montaña a través de una marea de chillidos.

Perdió el sentido de la orientación. Tenía la esperanza de estar yendo, más o menos, hacia el oeste, pero no lo sabía. El techo bajó hasta una altura de unos sesenta centímetros. Se arrastraba por una veta geológica excavada hacía mucho tiempo por el mineral que había en ella. El techo bajó más todavía, hasta unos cuarenta y cinco centímetros. Hacía frío. La veta se estrechaba. Llevaba los brazos por delante. La veta se volvió demasiado angosta como para que pudiera echarlos hacia atrás. Se arrastraba por un delgado conducto de roca, con miles de millones de toneladas de montaña por encima de él, sin tener ni idea de adónde iba. Y la linterna empezaba a fallar. Las pilas estaban gastadas. La luz empezaba a apagarse y a convertirse en un suave brillo anaranjado.

Respiraba con fuerza. Y temblaba. No porque estuviera agotado. Porque tenía miedo. Porque estaba aterrado. Aquello no era lo que había esperado. Había imaginado un paseo por una galería espaciosa y abandonada. No aquel estrecho resquicio en la roca. Se empujaba, con la cabeza por delante, hacia la peor de sus pesadillas de la infancia. Era un tipo que había sobrevivido a situaciones de todos los colores. Era un tipo que rara vez sentía miedo. No obstante, desde pequeño le aterrorizaba quedarse atrapado en un espacio oscuro que fuera demasiado estrecho como para que su enorme cuerpo

tuviera sitio para girar. Todas las pesadillas de su infancia en las que se había despertado sudoroso habían tenido que ver con espacios estrechos. Se dejó caer sobre el estómago y cerró los ojos con fuerza. Permaneció tumbado, jadeando y sintiendo como si se ahogara. Se obligó a respirar y a espirar por una garganta que parecía que se le quisiera cerrar. Luego siguió avanzando poco a poco hacia su pesadilla.

Finalmente, el brillo de la linterna se apagó del todo, cuando llevaría recorridos unos cien metros de túnel. La oscuridad era total. La veta seguía estrechándose. Le obligaba a bajar los hombros. Se estaba metiendo en un sitio que era demasiado estrecho para él. Se veía obligado a llevar la cara de lado. Se esforzaba por mantenerse calmado. Recordó lo que le había dicho a Borken refiriéndose a un siglo atrás: «La gente era mucho más pequeña». Gente vestida con harapos, personas bajitas que migraban hacia el oeste, buscando su fortuna en el vientre de la montaña. Gente a la que casi doblaba en tamaño, retorciéndose por allí, puede que de espaldas, lascando las brillantes vetas del techo de roca.

Estaba usando la linterna apagada como un ciego usa su bastón. Golpeó una roca unos sesenta centímetros por delante de su cara. Oyó el ruido del cristal por encima de su resuello. Se esforzó por llegar hasta allí y palpó la zona con las manos. Una pared sólida. El túnel acababa allí. Intentó retroceder. No podía moverse. Para impulsarse hacia atrás con las manos necesitaba levantar el pecho y estar nivelado. Pero el techo era demasiado bajo y no se lo permitía. Tenía los hombros atascados. No podía levantarse. Podía empujarse hacia delante con los pies, pero de nada le servían para tirar hacia atrás. El pánico lo paralizó. Se le cerró la garganta. Se golpeó la coronilla con el techo y la mejilla con la gravilla del suelo. Respiró tan rápido como pudo para evitar gritar.

Tenía que retroceder. Enganchó los pies en el suelo. Giró las manos hacia dentro y plantó los pulgares en la piedra. Se empujó con los dedos gordos de

los pies y con los de las manos. Se movió un poquito, pero la roca lo sujetó con fuerza. Pretendía deslizar su peso hacia atrás, pero los músculos de los hombros se enganchaban con la roca. Soltó el aire y relajó del todo los brazos. Tiró con los dedos gordos de los pies. Resbalaron en el suelo sin conseguir nada. Se ayudó con los dedos gordos de ambas manos. Volvieron a engancharse los hombros. Movi6 las caderas de lado a lado. Tenía unos cinco centímetros de espacio. Puso las manos en la pizarra y se impulsó hacia atrás. Su cuerpo estaba atorado, como si se tratase de una cuña en una puerta. Se inclinó a uno y otro lado, y se golpeó la mejilla con el techo. Intentó moverse en la otra dirección y se golpeó la otra mejilla contra el suelo. La roca le estaba aplastando las costillas. Esta vez no iba a poder evitar gritar. Iba a tener que hacerlo. Abrió la boca y soltó un alarido de terror. El aire de sus pulmones le aplastó el pecho contra el suelo y la espalda contra el techo.

No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados. Empujó con los pies hacia delante y recuperó los dos centímetros que había retrocedido. Estiró los brazos. Notó la pared de delante una vez más. Tenía los hombros atrapados de tal manera que apenas podía mover las manos. Estiró los dedos y los usó para rebuscar a derecha e izquierda, por arriba y por abajo. Delante solo había roca. No había manera de seguir hacia delante. No había manera de retroceder.

Iba a morir atrapado en el interior de la montaña. Él lo sabía. Las ratas lo sabían. Olisqueaban por detrás de él. Se acercaban. Las sentía a sus pies. Soltó una patada y salieron chillando. Pero volvieron. Sintió su peso en las piernas. Se estaban arremolinando en torno a él. Se colaron por encima de sus hombros. Se deslizaban por debajo de sus axilas. Sintió su piel aceitosa y fría en el rostro mientras los roedores se abrían paso. El cosquilleo de las colas mientras corrían hacia delante.

¿Hacia dónde? Dejó que corrieran por encima de sus brazos para calcular su dirección. Se movían por delante de él, avanzando hacia la oscuridad.

Palpó con las manos. Notó que iban hacia la izquierda. Sus carreras estaban removiendo el aire. Un aire fresco. Lo notaba, una brisa ligera, en el sudor de su lado izquierdo de la cara. Se apoyó con fuerza en la parte derecha del túnel y movió la mano izquierda hacia ese lado, por delante de él. Buscó la pared izquierda. Allí no había nada. Estaba atrapado en un recodo del túnel. Una nueva veta corría en ángulo recto, alejándose de la veta en la que se encontraba. Un ángulo recto estrecho, ceñido. Noventa grados. Se echó hacia atrás tanto como se lo permitieron sus pulgares al empujarse con ellos. Se rascó la cara con la pared del final y su lateral quedó atrapado en la roca. Se dobló, con los brazos por delante, para girar la esquina, y arrastró las piernas.

La nueva veta no era mejor. No era más ancha. El techo no era más alto. Se movió por ella, resollando, sudando y temblando. Se impulsaba con los dedos de los pies, algo más de dos centímetros cada vez. Las ratas se esforzaban por pasar a su lado. La piedra le arañaba los costados y la espalda. Pero seguía sintiendo una ligera brisa en la cara. A algún lado iba aquel túnel. Resollaba, jadeaba. Siguió arrastrándose. Entonces, la veta nueva se ensanchó. Seguía siendo muy baja. Una fisura baja y plana en la roca. Avanzó arrastrándose por ella, exhausto. Cincuenta metros. Cien. Luego notó que el techo se alejaba de él. Volvió a impulsarse con los dedos de los pies y, de pronto, notó que el aire cambiaba y que se encontraba tumbado de medio lado en la caverna de los coches y las camionetas. Se dio cuenta de que tenía los ojos muy abiertos y de que la Econoline blanca estaba allí delante, frente a él en la oscuridad.

Salió rodando del túnel y se quedó boca arriba, respirando con fuerza en el suelo. Se puso de pie tambaleándose y miró hacia atrás. La boca del túnel era invisible. Estaba escondida en las sombras. Se acercó a la furgoneta blanca y se dejó caer contra su lateral. Las figuras luminosas del reloj le indicaron que había estado casi tres horas en los túneles. La mayor parte del tiempo, atorado, sudando de miedo. Una pesadilla de esas en las que no puedes parar



de gritar y que se había hecho realidad durante tres horas. Tenía los pantalones y la chaqueta hechos jirones. Le quemaban todos los músculos del cuerpo. Le sangraban la cara, las manos, los codos y las rodillas. Pero era el miedo lo que le había hecho polvo. El miedo a no salir de allí. Aún notaba la roca presionándole la espalda desde arriba y presionándole el pecho desde abajo. Notaba cómo le empujaba las costillas hacia dentro. Volvió a levantarse y se acercó cojeando a las puertas. Las abrió y salió a la luz de la luna, con los brazos por delante, ojos de loco y la boca abierta, respirando con fuerza el dulce aire de la noche.

Hasta que no llegó a la mitad de la cuenca no empezó a pensar con propiedad. Así que volvió corriendo al aparcamiento. Encontró lo que buscaba. Lo encontró en la bola de remolque de uno de los todoterrenos. Un cable rígido, de los que sirven para alimentar los circuitos eléctricos de una caravana. Lo arrancó y le quitó el aislante con los dientes. Volvió a salir corriendo a la cuenca, iluminada por la luz de la luna.

De camino a Yorke, se mantuvo cerca de la carretera. Algo más de tres kilómetros, veinte minutos a un trote lento y agónico por entre los árboles. Rodeó la parte trasera de la manzana noreste en ruinas y se acercó al juzgado por detrás. Lo rodeó en silencio, entre las sombras. Esperó y escuchó.

Intentó pensar como Borken. Complaciente. Contento con su perímetro. Información constante por parte del FBI. Reacher encerrado en la cabaña de castigo. Holly encerrada en su celda. ¿Dispondría centinelas? Esa noche no. No cuando estaba esperando mucha acción al día siguiente, y los siguientes. Querría que los suyos estuvieran frescos. Reacher asintió y pensó que estaba en lo cierto.

Llegó a la escalinata del juzgado. Desierta. Intentó abrir la puerta. Estaba cerrada. Sonrió. Nadie pone guardias detrás de una puerta cerrada. Dobló en

forma de gancho el alambre que había sacado del cable y rebuscó en el mecanismo. Era antiguo, de los de dos palancas. Ocho segundos. Entró. Esperó y escuchó. Nada. Subió las escaleras.

La cerradura de la puerta de Holly era nueva. Pero barata. Trabajaba intentando hacer el menor ruido posible, lo que le retrasaba. Tardó algo más de treinta segundos en oír el clic del último de los seguros. Empujó la puerta con cuidado y subió el escalón de nueva construcción. Miró con aprensión el interior. Holly estaba en el colchón, en el suelo. Estaba vestida y lista. Despierta y observándole. Unos ojos grandes y resplandecientes en la penumbra. Reacher le hizo un gesto para que saliera. Se dio la vuelta, bajó de la habitación y la esperó en el pasillo. Ella cogió la muleta y renqueó hasta la puerta. Bajó con cuidado el escalón y se quedó a su lado.

—Hola, Reacher, ¿qué tal? —susurró.

—He estado mejor. Algunas veces.

Ella se volvió y miró la habitación. Él siguió su mirada y se fijó en la mancha oscura del suelo.

—La mujer que me trajo la comida —dijo en voz baja.

Él asintió.

—¿Con qué?

—Con una parte del armazón de la cama.

Reacher se dio cuenta de que se sentía satisfecha y sonrió.

—Normal, el armazón de una cama es ideal para esos menesteres.

Holly miró una última vez la habitación y cerró la puerta despacio. Siguió a Reacher a oscuras y bajaron las escaleras poco a poco. Recorrieron el vestíbulo, cruzaron las puertas dobles y salieron a la calle bajo la brillante y silenciosa luz de la luna.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Reacher se miró el cuerpo a la luz de la luna. Estaba de color gris de los

pies a la cabeza, lleno de polvo y suciedad. Tenía la ropa hecha jirones. Tenía rayas de sudor y de sangre. Aún temblaba un poco.

—Es una historia muy larga. ¿Hay alguien en Chicago en quien puedas confiar?

—McGrath —respondió de inmediato—. Es el agente al mando. ¿Por qué?

Cruzaron la ancha calle del brazo, mirando a derecha e izquierda. Rodearon el montículo que había delante del ayuntamiento en ruinas. Fueron hasta el camino que iba en dirección noroeste.

—Tienes que enviarle un fax. Tienen misiles. Tienes que avisarle. Esta noche, porque les van a cortar la línea a primera hora de la mañana.

—¿Se lo ha contado el topo?

Reacher asintió.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo está comunicándose con ellos?

—Con una radio de onda corta —explicó Reacher—. Tiene que ser eso. Cualquier otro aparato podrían localizarlo.

Reacher se tambaleó y se apoyó en un árbol. Se lo contó todo, de principio a fin.

—Mierda —dijo ella—. ¿Misiles tierra-aire? ¿Suicidio en masa? ¡Esto es una pesadilla!

—Pero no vamos a vivirla. Nosotros nos largamos de aquí.

—Deberíamos quedarnos y ayudarles. A las familias.

Reacher negó con la cabeza.

—La mejor manera de ayudarles es largándonos de aquí. Puede que, si te pierden, cambien de plan. Además, nosotros podemos informar de cómo está todo aquí.

—No sé...

—Pues yo sí. La primera regla es centrarse en las prioridades. Es decir: tú. Nos vamos.

Se encogió de hombros y asintió.

—¿Ahora? —preguntó Holly.

—Ahora mismo.

—¿Cómo?

—Con un todoterreno, a través del bosque —respondió Reacher—. He encontrado dónde aparcan los vehículos. Vamos a ir hasta allí y vamos a robar un todoterreno. Para entonces debería haber luz suficiente como para que sepamos por dónde ir. Vi un mapa en la cabaña de Borke. Hay muchas pistas en la zona este del bosque.

Holly asintió y él se incorporó. Se apresuraron por el sinuoso camino que llevaba al Bastión. Kilómetro y medio a oscuras. Se tropezaban con las piedras y decidieron ir más despacio para ahorrar algo de energía. El claro estaba a oscuras y en silencio. Fueron hasta la cantina y pasaron por detrás del edificio para llegar a la cabaña de comunicaciones. Salieron de entre los árboles. Reacher se acercó a la cabaña y pegó la oreja a la pared de madera. No se oía nada en el interior.

Volvió a sacar el alambre y en diez segundos estaban dentro. Holly cogió papel y un bolígrafo. Escribió un mensaje. Marcó el número de fax de Chicago y puso la hoja en la máquina, que empezó a chirriar y a girar, obediente, tirando del papel. Se lo devolvió en la mano con la que lo estaba esperando. Pulsó el botón de confirmación. No quería dejar ningún rastro tras de sí. Salió otra hoja. Mostraba el número de destino. La hora del mensaje era las cinco menos diez de la madrugada del viernes 4 de julio. Holly rompió ambos papeles en mil pedazos y los enterró en el fondo de la papelera.

Reacher había estado echando un vistazo a la enorme mesa y había encontrado un clip. Siguió a Holly fuera de la cabaña, de nuevo bajo la luz de la luna, y cerró la puerta. Fue hacia la parte de atrás, directo al cable que bajaba de la antena de onda corta por el lateral de la cabaña. Cogió el clip y lo fue moviendo a uno y otro lado hasta que lo rompió. Pinchó el cable con uno de los pedazos, como si fuera una chincheta. Lo empujó hasta que quedó

igualado, asomando un poco por uno y otro lado. El metal cortocircuitaría la antena porque conectaría el cable de dentro con la protección de aluminio. La señal llegaría del éter, bajaría por el cable, pasaría al aluminio y se perdería sin haber llegado a la unidad de onda corta en ningún momento. Era la mejor manera de deshabilitar una radio. Si la destrozas, la reparan. De esta otra manera, nadie se da cuenta del fallo hasta que el técnico, exhausto, decide comprobar algo así.

—Necesitamos armas —le susurró Holly.

Reacher asintió. Avanzaron agachados hasta la puerta de la armería. Estudió la cerradura. No había nada que hacer. Era enorme. Era imposible abrirla con una ganzúa.

—Voy a coger la Glock que tenía mi centinela —murmuró Reacher.

Ella asintió. Se escondieron entre los árboles y caminaron hasta el siguiente claro. Reacher intentó inventarse una historia para justificarle a Joseph Ray por qué volvía. Pensó que le podía contar algo sobre los rayos de la ONU. Contarle la gran velocidad a la que puede abrirte un agujero uno de esos rayos. Se acercaron despacio a la cabaña de castigo, por detrás, y escucharon. Silencio. Rodearon la esquina y Reacher abrió la puerta. Se encontró con una nueve milímetros. Sin embargo, esta vez no era una Glock, sino una Sig Sauer. No se trataba de Joseph Ray, sino de Beau Borke. Estaba al otro lado de la puerta, con Stevie a su lado, sonriendo.

Cuatro y media de la madrugada. Webster estaba más que preparado para el cambio de turno. Johnson, Garber y el ayudante del general estaban dormitando en las sillas. McGrath estaba fuera con los operarios del teléfono, que estaban acabando. El trabajo les había llevado mucho más de lo que habían esperado. Había algún tipo de problema con la interfaz. Habían cortado, físicamente, la línea de teléfono que salía de Yorke y habían introducido el rígido cobre en una terminal temporal que habían colocado en la base de un poste. Luego, habían llevado el cable de la terminal por la carretera hasta el vehículo de mando y lo habían conectado a uno de sus puertos de comunicaciones.

Pero no funcionaba. Al menos, no funcionaba bien. Los operarios habían sacado multímetros y musitaban algo acerca de las impedancias y las capacitancias. Habían estado tres horas trabajando. Estaban a punto de echarle la culpa al camión del ejército por algún tipo de incompatibilidad cuando se les ocurrió volver y comprobar su propia terminal. El fallo estaba allí. Un componente que fallaba. Pusieron un cable nuevo y el circuito funcionó a la perfección. A las cuatro treinta y cinco de la madrugada, McGrath les estrechaba la mano y les pedía silencio mientras Webster salía del camión. El director y el agente al mando se quedaron observando cómo los operarios se marchaban. El ruido de su furgoneta se apagó en cuanto doblaron la curva. Webster y McGrath se quedaron bajo la brillante luz de la luna y permanecieron allí cinco minutos, mientras McGrath fumaba. No hablaron. Miraban al norte y se hacían preguntas.

—Ve a despertar a los muchachos y vamos a acostarnos un rato —dijo Webster.

McGrath asintió y fue hasta los camiones habilitados. Levantó a Milosevic y a Brogan. Habían dormido vestidos en las literas. Se levantaron y bostezaron. Bajaron la escalerilla y se encontraron con Webster, Johnson y su ayudante. Garber estaba detrás de ellos.

—Ya han hecho lo de la línea telefónica —comentó Webster.

—¿Ya? —preguntó Brogan—. Creía que iban a hacerlo por la mañana.

—Pensamos que era mejor hacerlo cuanto antes.

Webster inclinó la cabeza hacia el general Johnson. Era un gesto con el que quería decir: «Está preocupado, ¿sabes?».

—De acuerdo. Pues ahora nos encargamos nosotros —comentó Milosevic.

—Despiértennos a las ocho —pidió Webster—. O antes, si es necesario, ¿entendido?

Brogan asintió y fue hacia el vehículo de mando. Milosevic le siguió. Se detuvieron juntos para observar las montañas a la luz de la luna. Mientras se detenían, el fax del camión de mando empezó a chirriar. Dejó el primer comunicado boca arriba en la bandeja de mensajes. Eran las cinco menos diez de la madrugada del viernes 4 de julio.

Brogan fue a despertar al general Johnson una hora y diez minutos después, a las seis en punto. Llamó con fuerza a la puerta del camión y no obtuvo respuesta, así que entró y sacudió al hombre por el hombro.

—De la base Peterson de las Fuerzas Aéreas, señor. Quieren hablar con usted.

Johnson fue trastabillando hasta el vehículo de mando en camisa y pantalones. Milosevic salió con Brogan para dar cierta privacidad al hombre.

Fuera ya empezaba a verse la luz que antecedería al alba. Johnson salió cinco minutos después.

—Tenemos que reunirnos —dijo.

Volvió a entrar en el camión. Milosevic fue a despertar a los demás. Webster y el ayudante del general llegaron estirándose y bostezando; Garber, en cambio, iba tieso como si le hubieran metido un palo por el culo. McGrath estaba vestido y fumaba. Puede que ni siquiera hubiera intentado dormir. Subieron la escalerilla y se sentaron alrededor de la mesa con los ojos enrojecidos y el pelo de la coronilla levantado.

—Han llamado de la base Peterson —explicó Johnson—. Al amanecer, van a enviar un helicóptero de búsqueda y rescate a por la unidad de misiles.

Su ayudante asintió y señaló:

—Ese sería el procedimiento estándar.

—Basado en una suposición —puntualizó Johnson—. Creen que la unidad ha sufrido algún tipo de fallo mecánico y eléctrico.

—Cosa que no es infrecuente —intervino de nuevo el ayudante—. Si les falla la radio, el procedimiento sería repararla. Si también ha fallado un camión, el procedimiento sería esperar ayuda juntos.

—¿Cerrar filas? —preguntó McGrath.

El ayudante volvió a asentir.

—Exacto. Se apartarían de la carretera y esperarían la llegada de un helicóptero.

—Entonces ¿se lo decimos? —preguntó McGrath.

El ayudante se inclinó hacia delante.

—Esa es la cuestión. ¿Decirles qué? A decir verdad, ni siquiera estamos seguros de que los tengan esos dementes. Sigue siendo posible que no sea sino un problema con la radio agravado por un problema en alguno de los camiones.

—¡Sí, claro! —soltó Johnson.



Webster sabía cómo lidiar con aquellas situaciones.

—¿Cuál es el aspecto positivo? —preguntó.

—No hay ninguno —comentó Johnson—. Si avisamos a Peterson de que han robado los misiles, el gato se escapa de la bolsa y perdemos el control de la situación, porque considerarán que hemos desobedecido a Washington al montar todo esto antes del lunes.

—De acuerdo. En ese caso, ¿cuál es el aspecto negativo?

—Es teórico —explicó Johnson—. Debemos dar por hecho que los han robado, por lo que también debemos dar por hecho que los tienen bien escondidos. En cuyo caso, las Fuerzas Aéreas no van a dar con ellos. Volarán por la zona un rato, volverán a casa y esperarán.

Webster asintió y dijo:

—De acuerdo, no hay ni lado positivo, ni negativo. No hay problema.

Se hizo el silencio.

—Así que nos quedamos aquí sentados y dejamos que el helicóptero vuele —concluyó Johnson.

McGrath sacudió la cabeza. No podía creérselo.

—Supongamos que los usan para abatir el helicóptero —aventuró.

El ayudante del general esbozó una sonrisa indulgente.

—Es imposible —dijo—. Por el IAE.

—¿El IAE?

—El Identificador Amigo-Enemigo. Es un sistema electrónico. El helicóptero envía una señal. El misil la capta como amistosa y se niega a que lo disparen.

—¿Garantizado?

El ayudante asintió.

—A prueba de tontos.

Garber lo miró con mala cara, pero no dijo nada. No era su especialidad.

—De acuerdo, pues a la cama —dijo Webster—. Brogan, despertadnos a

las ocho.

En la pista de despegue de la base Peterson, un Boeing CH-47D Chinook estaba calentando los motores y saboreando los primeros litros de los tres mil doscientos cincuenta que iba a beber. El Chinook es una aeronave gigantesca cuyos rotores gemelos baten una superficie oval de aire de unos treinta metros de largo por unos dieciocho de ancho. Vacío pesa más de diez toneladas y puede cargar otras once. Es una caja voladora gigante, con los motores y los tanques de combustible en la parte superior y en los laterales, y la tripulación situada delante. Cualquier helicóptero puede buscar, pero cuando hay equipo pesado en juego, solo un Chinook puede rescatarlo.

Debido a que era un fin de semana festivo, el expedidor de la base asignó una tripulación de solo dos personas. Nada de observador adicional. Pensó que no iban a necesitarlo. No podía ser muy difícil encontrar un convoy de cinco camiones del ejército en una carretera de Montana.

—Deberías haberte quedado aquí —dijo Borken—. ¿Verdad, Joe?

Reacher miró el interior de la cabaña de castigo, aún en penumbra. Joseph Ray estaba de pie en el cuadrado amarillo, firme. Miraba hacia delante. Estaba desnudo. Sangraba por la boca y por la nariz.

—¿Verdad, Joe?

Ray tampoco respondió aquella segunda vez. Borken se le acercó y le pegó un puñetazo en la cara. El miliciano se tambaleó y se cayó hacia atrás. Tropezó con la pared y se esforzó por volver a ponerse firme en el cuadrado amarillo.

—Te he hecho una pregunta.

Ray asintió. Ahora también le sangraba la mejilla.

—Reacher debería haberse quedado aquí —respondió.

Borken volvió a pegarle. Un derechazo fuerte en la cara. La cabeza de Ray salió disparada hacia atrás. Le salió un chorro de sangre de la nariz. Borken sonrió.

—Joe, no se habla cuando estás en el cuadrado. Ya conoces las reglas.

Borken se acercó a Reacher y le puso el cañón de la Sig Sauer en la oreja. Le empujó con él al claro. Le hizo un gesto a Stevie para que les siguiera.

—Joe, quédate en el cuadrado —le ordenó por encima del hombro.

Stevie cerró la puerta de golpe. Borken cambió de dirección y usó la Sig Sauer para atraer a Reacher hacia él.

—Dile a Fowler que se deshaga de este tipo. No es tan útil como para que sigamos manteniéndolo con vida. Lleva a la puta de nuevo a su habitación. Pon un cordón de centinelas alrededor del edificio. Tenemos cosas que hacer, ¿de acuerdo? No hay tiempo para estas mierdas. En la plaza de armas a las seis y media. Todos. Voy a leerles la proclama antes de enviarla por fax.

McGrath no podía dormir. Volvió al camión para descansar con los demás y se subió a su litera, pero se dio por vencido a los diez minutos. A las siete menos cuarto de la mañana estaba de nuevo en el vehículo de mando con Brogan y Milosevic.

—Descansad si queréis. Ya me encargo yo de esto.

—Podríamos ir a por algo de desayunar —comentó Brogan—. Seguro que las cafeterías de Kalispell ya están abiertas.

McGrath asintió pensativo y buscó la cartera en el bolsillo de la chaqueta.

—No se preocupe —dijo Brogan—. A esta invito yo.

—Ah, gracias —respondió McGrath—. Traed café. Litros.

Brogan y Milosevic se levantaron y se fueron. McGrath se puso de pie y se acercó a la puerta, desde donde observó cómo se iban en un automóvil del ejército en dirección sur. El sonido del coche acabó por apagarse y el agente

al mando se quedó a solas con el zumbido del equipo del camión. Se dio la vuelta para sentarse. El reloj dio las siete. La máquina de fax empezó a chirriar.

Holly pasó las manos con suavidad por el viejo colchón como si Reacher estuviera allí. Como si tuviera su cuerpo debajo, lleno de cicatrices y golpes, cálido, duro y musculoso, no una cobertura de algodón ajada llena de pelo de caballo viejo. Parpadeó y cayeron unas lágrimas. Respiró hondo y se concentró en su próxima decisión. No tenía a Reacher, no tenía a Jackson, no tenía armas, no tenía herramientas y había seis guardias en la calle. Miró alrededor por enésima vez y empezó a analizar la habitación una vez más.

McGrath despertó a los demás dando golpes con ambos puños en el lateral del camión habilitado para descansar. Luego, volvió corriendo al puesto de mando y encontró una tercera copia del mensaje saliendo de la máquina. Ya tenía dos. Ahora, tenía tres.

Webster fue el primero que llegó al camión. Luego, Johnson, un minuto después. Luego, Garber. Y, por último, el ayudante del general. La escalerilla repiqueteaba cada vez que alguien subía por ella. Uno a uno y a todo correr, se sentaron a la mesa. McGrath estaba abstraído en la lectura.

—¿Qué sucede, Mack? —preguntó Webster.

—Están declarando su independencia. Escuchen esto.

Miró a los cuatro a la cara y empezó a leer en alto.

—«Los gobiernos se instituyen entre sí y derivan sus poderes a partir del consentimiento de los gobernados. El pueblo tiene derecho a alterar o abolir dichos gobiernos después de sufrir un largo historial de abusos y usurpaciones».

—Es una cita de la Constitución original —apuntó Webster.

—La están parafraseando —matizó Garber.

McGrath asintió.

—Escuchen: «La historia del presente gobierno de Estados Unidos es una historia de repetidas heridas y usurpaciones, todas ellas diseñadas para establecer una tiranía absoluta sobre el pueblo».

—¿Qué coño es esto, otro 1776? —soltó Webster.

—Y va a peor. «Por tanto, nosotros, los representantes de Estados Unidos Libres de América, situados en lo que antes era el condado de Yorke, antiguamente en Montana, declaramos solemnemente que, a partir de ahora, este territorio es libre e independiente, lo que lo absuelve de su juramento de lealtad hacia Estados Unidos, disuelve toda conexión política y determina que, como estado libre e independiente que es, tiene poder para declarar la guerra, poner fin a la paz, defender sus fronteras y su espacio aéreo, firmar alianzas, establecer comercios y hacer todo aquello que hacen los estados independientes».

McGrath levantó la vista. Luego, en silencio, ordenó las tres copias y las dejó sobre la mesa.

—¿Por qué tres copias? —preguntó Garber.

—Hay tres destinatarios —explicó McGrath—. Si no la hubiéramos interceptado, a estas alturas estaría en todos lados.

—¿Quiénes? —preguntó Webster.

—El primero es un número de Washington D. C. Supongo que se trata de la Casa Blanca.

El ayudante del general se acercó al ordenador con la silla. McGrath le dio el número. Lo tecléo y fue desplazándose por la pantalla. Asintió.

—En efecto, la Casa Blanca. ¿Siguiente?

—Algún punto de Nueva York —dijo McGrath. Y leyó el segundo número en alto.

—La ONU —dijo el ayudante—. Quieren testigos.

—Del tercer destinatario no sé decir nada. El código de zona es el 404.

—Atlanta, Georgia —comentó Garber.

—¿Qué hay en Atlanta, Georgia? —preguntó Webster.

El ayudante estaba ocupado con el teclado.

—La CNN —respondió—. Quieren publicidad.

Johnson asintió.

—Son movimientos inteligentes —opinó—. Quieren que salga en las noticias, en directo. Dios mío, ¿se lo imaginan? La ONU como observadora y noticias por cable las veinticuatro horas. Todo el mundo presenciándolo.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Webster.

Se quedaron callados durante largo rato.

—¿Por qué han dicho eso del espacio aéreo? —preguntó Garber.

—Estaban parafraseando, pero en 1776 no había espacio aéreo —comentó Webster.

—Los misiles —señaló Garber—. ¿Sería posible que hubieran deshabilitado el IAE?

Otro silencio largo. Oyeron cómo aparcaba un coche. Cómo sus ocupantes cerraban las puertas de golpe. El repiqueteo de la escalerilla cuando Brogan y Milosevic ascendieron por ella y se encontraron con el silencio. Llevaban bolsas marrones y vasos desechables con tapas de plástico.

El gigantesco Chinook de búsqueda y rescate salió en dirección norte desde Peterson, en Colorado, y llegó sin incidentes a la base Malmstrom de las Fuerzas Aéreas, en las afueras de Great Falls, en Montana. Aterrizó allí y los remolques de combustible se acercaron. Piloto y copiloto fueron a la cantina a por café. Volvieron veinte minutos después. Despegaron y giraron despacio, movidos por el aire de la mañana, antes de alejarse en dirección noroeste.

—No hemos obtenido reacción alguna —comentó Fowler—. Nos preguntamos por qué.

Reacher se encogió de hombros. Estaban en la cabaña de mando. Stevie lo había arrastrado por entre los árboles hasta el Bastión y, después, había sido Fowler el encargado de arrastrarlo, esta vez acompañado de dos milicianos armados. La cabaña de castigo no estaba disponible. Seguía ocupada por Joseph Ray. Así que lo llevaron a la de mando. Sentaron a Reacher y Fowler le ató la muñeca izquierda al brazo del sillón con unas esposas. Los guardias se pusieron a ambos lados del prisionero, con el rifle al hombro, alerta. Fowler se había ido a la plaza de armas para unirse a Borken y a Stevie en la ceremonia de independencia. Reacher había oído gritos y vítores débiles, a lo lejos, mientras leían la proclamación. Luego, no oyó nada. Noventa minutos después, Fowler volvió solo a la cabaña. Se sentó al escritorio de Borken y encendió un cigarrillo. Los centinelas seguían de pie.

—Lo hemos enviado por fax hace una hora —comentó Fowler—. No ha habido reacciones.

Reacher olió el humo del cigarrillo de Fowler y miró los estandartes de las paredes. Rojos oscuros y blancos apagados, con terribles y rotundos símbolos en negro.

—¿Sabes por qué no está habiendo reacciones? —preguntó Fowler.

Reacher negó con la cabeza.

—¿Sabes qué creo? Que han cortado la línea. La compañía telefónica está

conspirando con los agentes federales. Nos avisaron de que lo harían a las siete y media. Es evidente que lo han hecho antes.

Reacher se encogió de hombros. No respondió.

—Dábamnos por hecho que nos informarían de algo así.

Cogió su Glock y la sostuvo frente a él, con la culata en el escritorio, moviéndola a uno y otro lado, como un cañón de artillería naval.

—Pero no lo han hecho.

—Puede que vuestro colega de Chicago haya pasado de vosotros —dijo Reacher.

Fowler negó con la cabeza. Dejó de mover la Glock y apuntó al pecho de Reacher.

—Hemos estado recibiendo un cauce de información. Sabemos dónde están, cuántos son, cuáles son sus intenciones. Pero ahora que necesitamos información, no la estamos consiguiendo. Se ha interrumpido.

Reacher no dijo nada.

—Estamos investigando. Estamos investigando la radio ahora mismo.

Reacher no dijo nada.

—¿Quieres decirnos algo acerca de la radio?

—¿Qué radio?

—Ayer funcionaba a la perfección, pero ahora no funciona y tú llevas toda la noche de un lado para el otro.

Se agachó y abrió el cajón en el que Borken guardaba el Colt Marshal. Pero no sacó el revólver. Sacó un pequeño radiotransmisor de color negro.

—Este era el de Jackson. Estaba ansioso por enseñarnos dónde lo escondía. De hecho, nos suplicó que le permitiéramos hacerlo. Gritó, chilló e imploró. Estaba tan ansioso que debió de romperse las uñas excavando para encontrarlo.

Sonrió y se metió la radio con cuidado en el bolsillo.

—Hemos pensado en encenderla. Eso nos pondría en contacto directo con



la escoria federal. Directamente. En este punto del proceso hay que hablar sin intermediarios. Para ver si conseguimos persuadirles y nos restablecen la línea de fax.

—Es un plan estupendo —dijo Reacher.

—La línea de fax es importante, ¿sabes? Vital. Hay que permitirle al mundo que sepa lo que estamos haciendo. El mundo tiene derecho a observar, a ser testigo. Estamos haciendo historia. Eso lo entiendes, ¿no?

Reacher miró a la pared.

—Tienen cámaras, ¿sabes? Aviones de vigilancia que están sobrevolándonos ahora mismo. Vuelve a ser de día, ya pueden ver lo que hacemos. Así que, ¿cómo podemos sacarle partido a la situación?

Reacher negó con la cabeza.

—A mí dejadme al margen.

Fowler sonrió.

—Claro que te vamos a dejar al margen. ¿Qué más les iba a dar a ellos verte clavado a un árbol? No eres más que un pedazo de mierda, tanto para nosotros como para ellos. Pero Holly Johnson... Ella es un caso diferente. Puede que los llamemos por su pequeño transmisor y les digamos que lo vean con sus propias cámaras espía. Puede que eso les dé que pensar. Puede que nos devuelvan la línea de fax a cambio de su pecho izquierdo.

Apagó el cigarrillo. Se inclinó hacia delante. Pasó a hablar en voz baja.

—Vamos muy en serio, Reacher. Ya has visto lo que le hemos hecho a Jackson. Podríamos hacérselo a ella. Podríamos hacértelo a ti. Queremos la capacidad de comunicarnos con el mundo. Queremos esa línea de fax. Así que necesitamos la onda corta para saber qué coño han hecho con ella. Necesitamos ambas cosas con urgencia. Lo entiendes, ¿verdad? Así que si quieres evitar mucho sufrimiento innecesario para ti y para ella, será mejor que me digas qué le has hecho a la radio.

Reacher estaba retorcido, mirando la librería, intentando recordar los

detalles de las inexpertas traducciones de los textos japoneses sobre Pearl Harbor.

—Si me lo dices ahora, podré mantenerlos alejados de ti y de ella —le comentó con suavidad—. Nadie os hará daño. De lo contrario, no podré hacer nada por vosotros.

Dejó la Glock sobre el escritorio.

—¿Quieres un cigarrillo?

Le acercó el paquete. Sonrió. El poli bueno. El amigo. El aliado. El protector. La rutina más vieja del libro. Y requería la respuesta más vieja. Reacher miró alrededor. Dos guardias, uno a cada lado, el de la derecha más cerca; el de la izquierda más apartado, casi contra la pared lateral. Con los rifles apoyados en la cara interior de los codos. Fowler estaba al otro lado del escritorio, sujetando el paquete. Reacher se encogió de hombros y asintió. Cogió un cigarrillo con la mano derecha, que es la que tenía libre. Hacía diez años que no fumaba, pero cuando alguien te ofrece un arma letal, la coges.

—Venga, dímelo. Date prisa.

Fowler encendió el mechero y se lo acercó. Reacher se inclinó hacia delante y encendió el cigarrillo. Le dio una larga calada y se echó hacia atrás. El humo le entró bien. Diez años y aún lo disfrutaba. Inhaló profundamente y le dio otra buena calada.

—¿Qué has hecho para estropear la radio? —preguntó Fowler.

Reacher le dio una tercera calada al cigarrillo. Soltó el humo por la nariz y lo sujetó como lo hacen los centinelas, con el pulgar y el índice y protegiéndolo con la palma. Si das caladas rápidas y profundas, la brasa del cigarrillo se calienta hasta alcanzar cerca de mil grados centígrados. Se alarga como si fuera un cono. Como si estuviera estudiando su punta incandescente al tiempo que pensaba en algo, giró la palma hasta que el cigarrillo estaba apuntando hacia delante, como una flecha.

—¿Qué has hecho para estropear la radio? —repitió Fowler.

—¿Vas a hacerle daño a Holly si no te lo digo?

Fowler asintió. Sonrió con su boca de labios finos.

—Te lo aseguro. Voy a hacerle tanto daño que me implorará que la mate.

Reacher se encogió de hombros como si sintiera pena. Hizo un gesto como diciendo «pon atención». Fowler asintió, se removió en la silla y se adelantó. Reacher se abalanzó sobre él y le metió el cigarrillo en el ojo. Fowler empezó a gritar y Reacher se puso de pie, con la silla, esposada a su muñeca, traqueteando detrás de él. Se giró hacia la derecha a toda velocidad y la silla describió un arco amplio y golpeó en la cabeza al guardia que estaba más cerca. La silla se astilló y salió despedida mientras Reacher bailaba hacia la izquierda. Con el codo, alcanzó en la garganta al centinela que se encontraba más lejos, y que todavía no había empuñado el rifle. Se giró hacia el lado contrario y golpeó a Fowler con lo que quedaba de la silla. Se aprovechó del impulso para girarse hacia el primer guardia. Le atizó un codazo en la cabeza. El miliciano se desplomó. Reacher cogió su rifle por el cañón y dio un giro repentino hacia el otro guardia. Notó cómo el golpe que le sacudió con la culata le quebraba los huesos del cráneo. Tiró el rifle, se dio la vuelta y destrozó los restos de la silla sobre los hombros de Fowler. Lo cogió por las orejas y le golpeó la cara contra el escritorio. Una, dos, tres veces. Cogió una de las patas de la silla rota y se la puso debajo de la garganta, tras lo que sujetó cada una de las puntas con los codos y se agarró las manos. Comprobó que lo tenía bien cogido y tensó los hombros. Apretó con fuerza, una sola vez, y le rompió el cuello con la pata de la silla. Se oyó un sencillo y único chasquido.

Cogió ambos rifles, la Glock y la llave de las esposas. Salió por la puerta y rodeó la cabaña hasta la parte de atrás. Directo a los árboles. Se metió la pistola en el bolsillo. Se quitó las esposas. Cogió un rifle con cada mano. Respiraba con fuerza. Sentía dolores. Hacer girar la pesada silla había provocado que las esposas le hicieran una herida en la muñeca. Se la llevó a

la boca y la chupó. Después, se abotonó el puño de la camisa para proteger el corte.

Fue entonces cuando oyó un helicóptero. El ligero batir grave de una pesada máquina con un rotor gemelo, un Boeing —un Sea Knight o un Chinook—, lejos, al sudeste. «Anoche, Borken hablaba de ocho marines. Dijo que solo tenían ocho marines. El Cuerpo de Marines usa Sea Knights. Van a llevar a cabo un asalto frontal», pensó. Luego, recordó las paredes de la prisión de Holly y echó a correr.

Llegó al Bastión. El ruido sordo iba haciéndose más fuerte. Se arriesgó a asomarse al claro. Era un Chinook, no un Sea Knight. Con marcas de búsqueda y rescate, no del Cuerpo de Marines. Sobrevolaba la carretera desde el sur y hacia el este, como a kilómetro y medio de distancia, a unos treinta metros de altura, usando la violenta corriente de aire que creaban sus aspas para apartar el follaje y ayudarse así en su búsqueda. Parecía lento, como si el peso le impidiese moverse con ligereza, y avanzaba con el morro inclinado, dando ligeros bandazos mientras se acercaba. A Reacher le pareció que tenía que estar bastante cerca del mismo pueblo de Yorke.

Entonces miró hacia el claro y vio a un tipo a unos cincuenta metros. Un miliciano con uniforme de camuflaje. Con un Stinger al hombro. Iba girando mientras apuntaba por el sencillo visor. Vio cómo fijaba el objetivo. El hombre se puso firme, con ambas piernas separadas. Buscó el activador con la mano. Encendió el sensor infrarrojo del misil. Reacher esperaba que la IAE lo apagara. Pero no fue así. El misil empezó a emitir ese tono agudo suyo. Estaba fijado en el calor de los motores del Chinook. El tipo empezó a apretar el gatillo.

Reacher tiró el rifle de la mano izquierda. Giró el otro y quitó el seguro con el pulgar. Dio un paso a la izquierda y apoyó el hombro en un árbol. Apuntó a la cabeza del miliciano y disparó.

Pero el otro disparó primero. Una fracción de segundo antes de que la bala

de Reacher lo matase, apretó el gatillo del lanzamisiles. Pasaron dos cosas. Primera, que el motor del Stinger se iluminó y salió como una centella por el tubo de lanzamiento. Segunda, que el miliciano recibió un disparo en la cabeza. El impacto hizo que se girara hacia un lado. La boca del lanzamisiles golpeó la parte trasera del misil y lo desvió. El Stinger salió y voló por el aire como una jabalina, pero con menor propulsión, casi sin impulso.

Entonces, el misil se corrigió. Reacher observó horrorizado cómo hacía justo aquello para lo que lo habían diseñado. Sus ocho alitas se desplegaron. Se mantuvo colgado casi en vertical hasta que localizó el helicóptero de nuevo. Entonces el cohete de la segunda fase se encendió y el misil salió disparado por el aire. Antes de que el cuerpo del miliciano llegara al suelo, el Stinger iba a por el helicóptero a unos mil quinientos kilómetros por hora.

El Chinook se movía despacio hacia el noroeste. A kilómetro y medio. Siguiendo la carretera. La carretera que cruzaba el pueblo. Entre los edificios abandonados. En la esquina sudoeste, el primer edificio sobre el que pasaría sería el juzgado. El Chinook se acercaba al edificio a ciento treinta kilómetros por hora. El Stinger a él, a mil quinientos.

Kilómetro y medio a mil quinientos kilómetros por hora. La milésima parte de una hora. Una fracción por encima de tres segundos y medio. A Reacher le pareció una vida entera. Se quedó mirando el misil durante todo el trayecto. Un arma bella y brutal. Un propósito sencillo y firme. Diseñado para reconocer la firma de calor exacta del tubo de escape de un vehículo. Diseñado para seguirla hasta alcanzar su objetivo o quedarse sin combustible. Una sencilla misión de tres segundos y medio.

El piloto del Chinook no tardó en verlo. El primer segundo del vuelo del proyectil lo malgastó quedándose estupefacto. No horrorizado o asustado, sino incapaz de creer que les hubieran disparado un misil perseguidor desde un pequeño claro del bosque en Montana. Luego su instinto y entrenamiento se hicieron cargo de la situación. Evadir y evitar. Evadir el misil e intentar no

estrellarse en los asentamientos que tenían debajo. Reacher vio cómo bajaba el morro y levantaba la cola. El enorme helicóptero giró y soltó una gran humareda a la atmósfera, como un abanico. Luego, la cola cambió hacia el otro lado, con los motores rugiendo y los escapes soltando otro arco de humo. El misil siguió la primera curva con paciencia. Redujo el radio. El Chinook bajó despacio y, después, se elevó con violencia en el aire. Voló en espiral alejándose del pueblo. El misil giró y siguió el segundo arco. Llegó donde el calor había estado hacía un segundo. No conseguía encontrarlo. Describió un círculo perezoso justo por debajo del helicóptero. Captó un eco de la nueva maniobra y empezó a subir en una espiral implacable.

El piloto ganó un segundo más, pero eso fue todo. El Stinger los pilló en lo más alto de su desesperada ascensión. Siguió el rastro del calor hasta el motor de estribor. Explotó con fuerza contra el protector del tubo de escape.

Tres kilos de explosivos contra una aeronave de diez toneladas, sí, pero es el explosivo el que gana siempre. Reacher vio cómo el motor de estribor se desintegraba y cómo, después, estallaba el armazón del rotor trasero. Fragmentos de la transmisión salieron volando como si fueran metralla y el rotor se soltó y giró, alejándose como si lo hiciera a cámara lenta. El Chinook se quedó parado en el aire y empezó a caer, con la cola por delante, perseguido por el chillido del rotor delantero, y giró despacio hacia el suelo, poco a poco, como cuando se hunde un barco con un agujero bajo la línea de flotación.

Holly oyó el helicóptero. Oyó la frecuencia grave y baja del batir de las palas —débil a través de las paredes—. Oyó cómo aumentaba. Luego, oyó la explosión y el chillido del rotor delantero aferrándose al aire. Después, no oyó nada más.

Se apoyó en la muleta y fue hasta la partición diagonal. La habitación

estaba vacía excepto por el colchón. Así que su búsqueda iba a tener que empezar de nuevo en el cuarto de baño.

—Solo una pregunta —dijo Webster—, ¿cuánto tiempo podemos mantener esto oculto?

El general Johnson no respondió. Ni su ayudante tampoco. El director miró a Garber. El policía militar estaba ceñudo.

—Joder, no mucho tiempo —respondió.

—Pero ¿cuánto? ¿Un día? ¿Una hora?

—Seis horas —respondió Garber.

—¿Por qué? —preguntó McGrath.

—Por el procedimiento estándar. Como es evidente, investigarán el accidente. Lo normal sería que enviaran otro helicóptero, pero no lo harán si sospechan que los han abatido desde el suelo. Así que vendrán por carretera desde Malmstrom. Seis horas.

Webster asintió. Se volvió hacia Johnson.

—¿Puede retrasarlos, general?

Johnson negó con la cabeza.

—No. —Su tono era grave y de resignación—. Acaban de perder un Chinook. Dos tripulantes. No puedo llamarles y decirles: «Hacedme un favor, no investiguéis el accidente». Podría intentarlo, sí, y puede que en un principio se mostrasen de acuerdo, pero se filtraría y volveríamos a estar en la casilla de salida. Ganaríamos una hora.

Webster asintió.

—Siete horas, seis, ¿qué más da? —comentó.

Nadie respondió.

—Tenemos que movernos ya —dijo McGrath—. Olvidémonos de la Casa

Blanca. No podemos esperar más. Tenemos que hacer algo ahora mismo. En seis horas la situación se descontrolará. Y perderemos a Holly.

Seis horas son trescientos sesenta minutos. Malgastaron los dos primeros sentados en silencio. Johnson miraba al vacío. Webster tamborileaba con los dedos en la mesa. Garber miraba a McGrath con un gesto irónico. McGrath observaba el mapa. Milosevic y Brogan permanecían de pie, sujetando las bolsas marrones del desayuno y los vasos con tapa de plástico.

—Hay café, si alguien quiere... —comentó Brogan.

Garber le hizo una señal con la mano para que se acercase y le dijo:

—Comer y planear.

—El mapa —pidió Johnson.

McGrath le pasó el mapa por encima de la mesa. Todos se inclinaron hacia delante. De nuevo en movimiento. Trescientos cincuenta y ocho minutos por delante.

—El barranco está a unos seis kilómetros y medio al norte de aquí —comentó el ayudante—. Lo único que tenemos son ocho marines en un VBL-25.

—¿El tanque ese? —preguntó McGrath.

El ayudante negó con la cabeza.

—Es un vehículo blindado ligero. Un VBL. Ocho ruedas, no tiene orugas.

—¿A prueba de balas? —preguntó Webster.

—Por supuesto. Podrían llegar hasta Yorke.

—Si consiguen cruzar el barranco —comentó Garber.

Johnson asintió y comentó:

—Esa es la cuestión. Tenemos que ir a echar una ojeada.

A los ojos de civil de McGrath, el vehículo blindado ligero parecía un tanque, solo que tenía ocho ruedas en vez de orugas. El casco, con forma inclinada,



tenía soldadas unas gruesas placas de blindaje y en lo alto tenía una torreta con un cañón. El conductor se sentaba delante y el comandante en la torreta. Detrás, dos filas de tres marines se sentaban espalda contra espalda, de cara a las troneras para las armas. Cada tronera tenía su propio periscopio. McGrath imaginaba el vehículo entrando en batalla, rugiendo, invulnerable, con las armas asomando por aquellas troneras. Bajando el barranco, subiendo por el otro lado, siguiendo la carretera de Yorke hasta el juzgado. Cogió a Webster del brazo para hacer un aparte precipitado.

—No se lo hemos dicho. Lo de la dinamita entre las paredes.

—Y no se lo vamos a decir —aseguró Webster—. Su padre se rajaría. De hecho, ya está a punto de venirse abajo. Voy a decírselo solo a los marines. Son ellos los que van a entrar. Son ellos los que van a tener que lidiar con ese asunto. Da lo mismo que Johnson lo sepa o no.

McGrath interceptó a Johnson y Webster fue corriendo hasta el vehículo blindado. McGrath se fijó en cómo el comandante se agachaba desde la torreta. Vio que el marine asentía y esbozaba una mueca mientras Webster hablaba. Entonces el ayudante del general puso en marcha el Chevrolet del ejército. Johnson y Garber se apretujaron delante con él. McGrath subió detrás. Brogan y Milosevic subieron también detrás.

Webster acabó de hablar con el comandante y fue corriendo hasta el coche. Se sentó pegado a Milosevic. El VBL arrancó su potente motor diésel y por el tubo de escape salió una nube de humo negro. Luego, metieron la marcha y empezaron a avanzar hacia el norte. El Chevrolet aceleró por detrás.

Después de avanzar seis kilómetros y medio hacia el norte, llegaron a la cima de una ligera subida y tomaron una curva. Fueron reduciendo la velocidad hasta detenerse junto a un peñasco. El comandante de los marines bajó de la torreta y corrió en dirección norte por la carretera. Webster, Johnson y

McGrath bajaron del coche y se apresuraron tras él. Se detuvieron juntos al abrigo de la pared de roca y se asomaron despacio por la curva. Observaron el barranco. Era una vista intimidatoria.

Iba de derecha a izquierda justo delante de ellos, más o menos recto. Y no era solo una depresión. Era una depresión y un escalón. La corteza de la tierra se había fracturado y la placa del sur había quedado por debajo del nivel de la placa norte. Como secciones de una antigua autopista de asfalto entre las que hay una brecha de tres centímetros de altura. Solo que, aquí, la brecha era de proporciones geológicas y los tres centímetros se convertían en quince metros de desnivel.

Allí donde la tierra se había fracturado y había descendido, los bordes se habían roto en rocas descomunales. El deshielo de los glaciares había movido aquellas rocas hacia el sur. El hielo, el movimiento y el clima de un millón de años habían baqueteado la fractura y la habían convertido en un barranco. Había cortado las planchas de roca. En algunas zonas tenía una anchura de unos cien metros. En otras, la roca era más dura y el barranco no tenía más de veinte metros de anchura.

Además, las raíces de mil generaciones de árboles y el agua helada de los inviernos habían erosionado los bordes hasta que el descenso por la cara sur era igual de empinado e irregular que el ascenso por la cara norte —solo que esta tenía quince metros más de altura—. Había árboles caídos y una maraña de matorrales y rocas sueltas. La propia carretera iba elevándose poco a poco, sobre caballetes de cemento, hasta cruzar un puente con suavidad. Más caballetes de cemento le ayudaban a descender a nivel del suelo en el lado norte y, a partir de allí, serpenteaba por el bosque camino de las montañas.

Pero habían volado el puente. Habían puesto cargas explosivas en los dos caballetes centrales. La sección central, de unos seis metros, estaba en el fondo del barranco, como a unos treinta metros por debajo. Agentes y

militares, asomados al borde del peñasco, vieron los cascotes del puente abajo del todo.

—¿Qué opina? —le preguntó Johnson ansioso al comandante de los marines.

El militar estaba haciendo un reconocimiento rápido con los prismáticos. A derecha e izquierda, arriba y abajo, examinando el terreno con atención.

—Opino que es una mierda, señor —respondió.

—¿Pueden pasar?

El oficial bajó los prismáticos y negó con la cabeza.

—Ni en sueños.

Se acercó al general, hombro con hombro, para que ambos compartieran la misma línea de visión. Empezó a hablar rápido señalando aquí y allí.

—Podríamos llegar al fondo. Podríamos ir hasta allí, donde los desprendimientos nos permitirían hacer un descenso razonable. El problema está en subir, señor. El VBL apenas puede subir más de cuarenta y cinco grados, y casi toda la cara norte parece más empinada. En algunas zonas, de hecho, es casi vertical. Las pendientes más ligeras están llenas de maleza. Y han talado árboles, señor. ¿Lo ve?

Señaló una zona en la pendiente de enfrente. Había árboles talados y los habían dejado con el tronco mirando al sur.

—Abatise —comentó el marine—. El vehículo no podrá superarlos. No tengo la menor duda. Subiendo una colina y teniendo que hacerlo despacio, esos obstáculos pararían un tanque. Si nos metemos ahí, nos quedaremos atrapados abajo, con toda seguridad.

—¿Y qué coño vamos a hacer?

El oficial se encogió de hombros.

—Tráigame unos ingenieros. El pedazo de puente que han volado no debe de ser de más de seis metros. Podemos repararlo.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó Webster.

El oficial volvió a encogerse de hombros.

—¿Traerlos hasta aquí? ¿Seis horas? ¿Ocho?

—Es demasiado.

Entonces, el receptor de radio de McGrath empezó a crepitar.

Reacher estaba escondido en el bosque, preocupado por los perros. Eran lo único a lo que no tenía claro cómo reaccionar. Con los seres humanos sabía bien qué hacer. Con los perros tenía muy poca experiencia.

Estaba entre los árboles, al norte del Bastión y al sur del campo de tiro. Había oído cómo el Chinook se estrellaba a kilómetro y medio de allí. Lo primero que había tocado la tierra había sido la cola, que se había partido en pedazos en la falda de la montaña. Le había parecido ver que se deslizaba de lado en el aire y que no había impactado contra el juzgado por unos doscientos metros. No había habido explosiones. Ni en el juzgado, ni en el helicóptero. No se había oído el estallido de ningún tanque de combustible. Reacher sentía cierto optimismo por la tripulación. Creía que los árboles y la forma en la que había caído el descomunal cuerpo cuadrado habría mitigado el impacto. Había visto tripulaciones de helicóptero sobrevivir a accidentes peores.

Llevaba un M-16 en la mano y una Glock en el bolsillo. La Glock tenía el cargador entero. Diecisiete balas. El M-16 tenía el cargador corto. Veinte balas menos la que había disparado para matar al soldado del misil. El otro M-16 tenía el cargador largo. Treinta balas. Pero estaba escondido entre los árboles. Porque Reacher tenía una regla: elige el arma que sabes que funciona.

Tenía la sensación, instintiva, de que el centro de atención iba a estar en dirección sudeste. Allí es donde tenían a Holly y donde había caído el Chinook. Allí es donde se iban a reunir las fuerzas de oposición. Tenía la

sensación de que la gente estaría mirando hacia el sudeste, con recelo, mirando el resto de Estados Unidos, esperando. Así que se dio la vuelta y fue en dirección noroeste.

Se movía con cautela. El grueso del enemigo estaba en algún lado, pero sabía que había escuadras buscándole. Sabía que ya habrían encontrado el cadáver de Fowler. Había visto dos patrullas buscando por el bosque, por separado. De seis milicianos fuertemente armados cada una, batiendo los matorrales, buscando. No era difícil evitarlas. Sería más difícil evitar a los perros. Por eso estaba preocupado. Por eso se movía con cautela.

Permaneció entre los árboles y rodeó la zona oeste del campo de tiro. Fue en dirección este, alrededor de la plaza de armas. Después de recorrer cincuenta metros en dirección norte, volvió a girar y fue en paralelo hasta las minas. Permaneció entre los árboles, al trote. Usó ese tiempo para establecer algunas prioridades. Y una escala de tiempo. Calculaba que tendría unas tres horas. El derribo del Chinook iba a provocar algún tipo de reacción violenta. No había duda. Pero, en todos los años que había estado de servicio, nunca había visto que nada pasara antes de tres horas. Así que tenía tres horas y mucho terreno que cubrir.

Cuando el suelo rocoso empezó a ascender, fue disminuyendo la velocidad hasta ponerse a caminar a paso rápido. Describió un amplio círculo colina arriba y en dirección oeste, y atajó recto en dirección al borde de la cuenca en la que estaban las entradas de la mina. Oyó motores diésel al ralentí. Se agachó y se movió despacio hasta estar a cubierto tras una roca. Miró hacia abajo.

Estaba algo por encima de la falda que rodeaba la cuenca. Miraba, más o menos, en dirección este a lo largo de su diámetro. Las puertas de troncos de la cabaña más alejada estaban abiertas. Cuatro de los camiones de la unidad de misiles estaban fuera, sobre el suelo de pizarra. Los cuatro que llevaban los misiles. El camión de transporte de tropas seguía dentro.

En la cuenca había un puñado de milicianos. Estaban desplegados aproximadamente en círculo alrededor del grupo de camiones. Reacher los contó: ocho. Uniforme de camuflaje, rifle, extremidades tensas. ¿Qué había dicho la cocinera? Que las minas quedaban fuera de los límites. Excepto para los milicianos en los que más confiaba Borken. Los observó. Ocho tenientes en quienes confiaba el comandante llevando a cabo lo que parecían tareas de vigilancia.

Los observó un par de minutos. Poco a poco, se llevó la culata del rifle al hombro. Estaba a menos de cien metros. Oía el crujido de la pizarra cuando los centinelas se movían a uno y otro lado. Puso el selector del arma en posición de un único disparo. En el cargador había diecinueve balas y tenía que disparar un mínimo de ocho. Tenía que ser precavido con la munición.

El M-16 es un buen rifle. Es fácil usarlo y es fácil mantenerlo. Es fácil apuntar. El asa tiene un canal arriba que está en línea con otro canal idéntico en el visor frontal. A cien metros, guiñas un ojo, miras por el canal del asa y haces que encaje con el de delante: lo que ves es a lo que vas a acertar. Reacher descansó el peso del cuerpo en la roca y apuntó al primer objetivo. Practicó el ligero movimiento que iba a tener que hacer para apuntar al segundo. Y al tercero. Ensayó la secuencia de ocho disparos. No quería que su codo se trabase a mitad de camino.

Volvió al primer objetivo. Esperó un latido y apretó el gatillo. El sonido del disparo sonó como un estruendo entre las montañas. La rueda delantera derecha del primer camión explotó. Movimiento circular hasta la delantera izquierda. Volvió a disparar. El camión se derrumbó sobre las llantas como un buey aturdido que cae de manos.

Siguió disparando de forma regular. Había disparado cinco veces y había impactado en cinco ruedas antes de que nadie reaccionase. Mientras disparaba a la sexta, vio por el rabillo del ojo que los centinelas corrían a ponerse a cubierto. Alguno se limitó a tirarse al suelo. Otros corrían hacia la

cabaña. Hizo el séptimo disparo. Para el octavo hizo una pausa. A la rueda que más lejos estaba era a la que más le iba a costar acertarle. Era un ángulo oblicuo. No tenía a tiro la banda lateral. Iba a tener que dispararle a la banda de rodadura. Era posible que la bala rebotase. Disparó. La alcanzó. La rueda explotó. La cabina del último de los camiones cayó.

El centinela que más cerca tenía Reacher seguía de pie. No había salido corriendo a ponerse a cubierto. Estaba de pie y miraba hacia la roca detrás de la que estaba Reacher. Empezó a levantar el rifle. Empuñaba un M-16 igual que el de Reacher, pero con el cargador largo, treinta balas. El miliciano estaba de pie, apuntando a la roca. O era muy valiente, o era idiota. Reacher se agachó y esperó. El miliciano disparó. Tenía el arma en modo de ráfaga. Lanzó un borbotón de tres balas. Tres tiros en un quinto de segundo. Impactaron en los árboles, cuatro metros y medio por encima de la cabeza de su objetivo. Cerca de Reacher cayeron ramitas y hojas. El miliciano se acercó diez metros. Volvió a disparar. Tres balas más. Demasiado a la izquierda. Reacher oyó el silbido de las balas y el golpe sordo de cada una de ellas al impactar en los árboles antes siquiera de oír la explosión del disparo. Es típico de las balas que viajan más rápido que el sonido. Lo oyes al revés. La bala llega antes que el sonido del tiro.

Reacher tenía que tomar algunas decisiones. ¿Cuánto terreno iba a dejar que se acercase el miliciano? ¿Iba a hacer un disparo de advertencia? El siguiente borbotón de tres balas estuvo más cerca. Bajo, pero más cerca. A menos de dos metros. Reacher decidió que, ni mucho más cerca, ni disparo de advertencia. El miliciano estaba muy decidido, así que de nada iba a servir hacer un disparo de advertencia. Aquel tipo no se iba a tranquilizar con nada.

Se tumbó de lado. Estiró las piernas y se asomó por la base de la roca. Disparó una vez y la bala impactó en el pecho del miliciano. El hombre cayó hecho un ovillo sobre la pizarra. El rifle salió volando hacia la derecha. Reacher siguió donde estaba. Observó con gran atención. El miliciano seguía



vivo. Volvió a disparar. Le dio en la parte superior de la cabeza. Era mejor no dejarle con una horrible herida en el pecho durante los diez últimos minutos de su vida.

Los ecos de aquel breve intercambio de disparos fueron muriendo en el silencio de la montaña y todo volvió a quedarse en calma. A los otros siete centinelas no los veía por ningún lado. Los camiones descansaban con el morro abatido, sobre las llantas. Inhabilitados. Puede que consiguieran sacarlos de la cuenca, pero en la primera de las curvas cerradas de la montaña se saldrían las gomas. Estaban neutralizados. No le cabía duda.

Reacher gateó hacia atrás diez metros y se puso de pie entre los árboles. Bajó la pendiente trotando y se dirigió al Bastión. Le quedaban diecisiete balas en la Glock, nueve en el rifle. El progreso tiene un precio.

Los perros dieron con él cuando estaba a medio camino de vuelta. Dos animales grandes y esbeltos. Pastores alemanes. Los vio en el mismo instante en que ellos lo vieron a él. Caminaban dando zancadas, con esa especie de energía infinita que siempre demuestran los perros grandes. Largos pasos, como a saltos, ansiosos, con la boca llena de baba y abierta. Se detuvieron de golpe, apoyados sobre las patas delanteras y cambiaron de dirección en una misma y única zancada fluida. Estaban a treinta metros. Luego, a veinte. A diez. Aceleración. Nueva energía en su movimiento. Gruñidos cada vez más altos.

En cuanto a la gente, Reacher lo tenía claro. En el caso de los perros era diferente. La gente tiene libertad para decidir. Si una persona corría hacia él gruñendo, lo hacía porque así lo había decidido. Estaba pidiendo a gritos aquello que le sucediera. La respuesta que le diera Reacher era problema de esa persona. Pero con los perros era diferente. Carecían de libre albedrío. Era fácil engañarlos. Así que le suponía un problema ético. Disparar a un perro

porque le habían inducido a hacer algo que no estaba bien no era el tipo de cosa que le gustaba hacer.

Dejó la Glock en el bolsillo. Mejor con el rifle. Era unos setenta y cinco centímetros más largo que la pistola. Disponer de setenta y cinco centímetros adicionales de separación le pareció una buena idea. Los perros se detuvieron frente a él. Tenían el pelo de los hombros erizado. De hecho, tenían el pelo del lomo erizado, de punta a punta. Se agacharon, con las patas delanteras separadas, con la cabeza gacha, gruñendo muy fuerte. Tenían los dientes amarillos. Y muchos. Tenían los ojos marrones. Reacher alcanzaba a ver que tenían las pestañas largas y oscuras, como mujeres.

Uno de ellos estaba más adelantado que el otro. El líder de la manada. Era consciente de que los perros adoptaban una jerarquía. Entre dos perros, uno de los dos tenía que ser superior al otro. Como con las personas. Desconocía cómo lo hacían los perros. Con la pose, quizá. Puede que por el olor. Puede que luchando. Miró a los ojos al perro que estaba adelantado. Lo miró a los ojos fijamente. En alguna ocasión había oído a gente hablar de perros. Decían: «Nunca demuestres miedo», «Sostenles la mirada», «No permitas que vean que tienes miedo». Reacher no tenía miedo. Tenía un M-16 en las manos. Lo único que le preocupaba era tener que utilizarlo.

Miró en silencio al perro como acostumbraba a mirar a algunos soldados del servicio que habían decidido ir por mal camino. Una mirada dura y silenciosa, como si fuera una fuerza física, como una presión gélida y aplastante. Una mirada cruda, fría, sin parpadear. Le había funcionado mil veces con personas. Y, en aquel momento, estaba funcionándole con el perro líder.

El animal solo estaba entrenado en parte, cosa que a Reacher le resultaba evidente. Sabía cumplir todas las órdenes, pero no tenía iniciativa. No lo habían entrenado para ignorar la actitud de su víctima. Se miraron a los ojos hasta que el perro fue retirándose poco a poco, como si la mirada de Reacher

fuera un peso tremendo sobre su estrecha frente. Reacher decidió subir la temperatura de la situación. Entrecerró los ojos y enseñó los dientes. Gruñó como el tipo duro de una peli mala. El perro bajó la cabeza, aunque miraba hacia arriba para no perder el contacto visual. Bajó la cola y la metió entre las patas.

—Siéntate —dijo Reacher con calma pero con autoridad. Con gran énfasis en la vocal acentuada.

El perro acató la orden de inmediato. Movi6 las patas traseras hacia delante y se sent6. El otro lo imit6, como una sombra. Se quedaron sentados el uno junto al otro y le miraron.

—Tumbate.

Los perros no se movieron. Permanecieron sentados, mirándolo, desconcertados. Puede que no hubiera elegido la palabra adecuada. Que no fuera la orden a la que estaban acostumbrados.

—Abajo.

Deslizaron las patas delanteras hacia delante y apoyaron el vientre en el suelo. Lo miraban.

—Quieto.

Los mir6 como si lo hubiera dicho muy en serio y se alej6 en direcci6n sur. Se oblig6 a caminar muy despacio. A cinco metros de los 6rboles, se dio la vuelta. Los perros seguían echados. Giraban el cuello para no perderle de vista a medida que se movía.

—Quieto.

Ellos se quedaron quietos. 6l se march6.

Oía a gente en el Basti6n. El sonido de un nutrido grupo de personas que intentaban permanecer calladas. Lo oy6 cuando a ún estaba al norte de la plaza de armas. Rode6 la zona avanzando entre los 6rboles, por la parte más

alejada del campo de tiro. Llegó hasta la parte trasera de la cantina, en el lado opuesto a la puerta de la cocina. Describió un amplio círculo por el bosque, por detrás de los edificios, hasta que consiguió un ángulo amplio. Se acercó despacio para echar una ojeada.

En el Bastión había unas treinta personas. Estaban juntas, formando un grupo cerrado. Mirando hacia delante. Todos hombres con uniforme de camuflaje y fuertemente armados. Rifles, metralletas, lanzagranadas, los bolsillos llenos de cargadores y munición. El grupo se movía a uno y otro lado, como olas de un mar en calma. Los hombros se tocaban y se separaban. Reacher atisbó a Beau Borken en el centro de la masa. Tenía un pequeño radiotransmisor negro en las manos. Reacher lo reconoció. Era el de Jackson. Borken lo había cogido del bolsillo de Fowler. Lo sujetaba junto a la oreja. Miraba al vacío, como si acabase de encenderlo y estuviera esperando una respuesta.

McGrath sacó a toda prisa la radio del bolsillo. Le dio la vuelta y la miró. Crepitaba con mucha fuerza. Webster dio un paso adelante y se la cogió. Volvió a la protección que les ofrecía el peñasco y pulsó el botón.

—¿Jackson? Aquí Harland Webster.

McGrath y Johnson se pegaron a él. Los tres se agacharon, a cubierto detrás de la roca. Webster se apartó la radio un par de centímetros de la oreja para que los otros dos pudieran oír. Detrás de las rocas, en el silencio de las montañas, oían el crepitar y el siseo de la respiración acelerada de una persona al otro lado. Después oyeron una voz.

—¿Harland Webster? —dijo la voz—. Vaya, vaya, el gran jefe en persona.

—¿Jackson?

—No, no soy Jackson.

Webster miró a McGrath.

—¿Y quién es?

—Beau Borke. Y, a partir de hoy, supongo que el presidente Borke. Presidente de Estados Unidos Libres de América, pero no se corte, podemos tutearnos.

—¿Dónde está Jackson?

Hubo una pausa. No se oía nada excepto el leve sonido electrónico de la tecnología de telecomunicaciones del FBI. Satélites y microondas.

—¿Dónde está Jackson?

—Ha muerto.

Webster miró a McGrath de nuevo.

—¿Cómo?

—Ha muerto. Y bastante rápido, la verdad.

—¿Estaba enfermo?

Hubo otra pausa. Luego se oyó una risotada. Un sonido metálico y agudo. Una carcajada chillona que saturó el receptor del director y que acabó sonando distorsionada y rebotó en la pared del peñasco.

—No, Webster, Jackson no estaba enfermo. Estaba muy sano hasta sus últimos diez minutos de vida.

—¿Qué le habéis hecho?

—Lo mismo que le voy a hacer a la hijita del general. Escuche, voy a contarle los detalles. Preste atención porque es importante que sepa a qué se están enfrentando. Vamos en serio. Muy en serio, ¿lo entiende? ¿Me está escuchando?

Johnson se acercó. Estaba pálido y sudaba.

—¡Cabrones de mierda! —gritó.

—¿Quién es ese tipo? ¿Es el general en persona?

—El general Johnson, sí —respondió Webster.

Se oyó una risita por la radio. Corta, de satisfacción.

—Vaya, han venido todos —soltó Borken—. El director del FBI y el jefe del Estado Mayor. Nos sentimos halagados, de verdad. Aunque lo cierto es que considero que el nacimiento de una nación no se merece menos.

—¿Qué es lo que quieren?

—Lo crucificamos —dijo Borken—. Buscamos un par de árboles que estuvieran a un metro de distancia el uno del otro y lo clavamos a ellos. Y es lo que vamos a hacerle a su hija, general, como se pasan de la raya. Luego, le cortamos las pelotas. Gritaba, nos suplicaba que no lo hiciéramos, pero no le hicimos caso. Eso no podemos hacérselo a su hija, porque es mujer, claro, pero encontraremos algo equivalente... ¿Entiende por dónde voy? ¿Cree usted, general, que gritará y suplicará? Usted la conoce mejor que yo. Yo

digo que sí. Le gusta hacerse la dura, pero cuando vea que se acercan los cuchillos, va a cambiar de sintonía muy rápido, estoy seguro.

Johnson se puso aún más pálido. Se quedó sin sangre en la cara. Dio un paso atrás y se sentó en una piedra, dejándose caer. Movía los labios, pero no se oía lo que decía.

—¿¡Qué coño queréis, cabrones!?! —gritó el director.

Una nueva pausa. Entonces, la voz volvió a hablar, calmada y firme.

—Quiero que deje de gritar. Quiero que se disculpe por haberme gritado. Quiero que se disculpe por habernos insultado. Soy el presidente de Estados Unidos Libres de América y me merezco cierta cortesía y respeto, ¿no le parece?

Hablaba en voz baja, pero McGrath lo oyó con suficiente claridad. Miró a Webster aterrado. Estaban a punto de perder incluso antes de haber empezado. La primera regla era negociar. Hacer que hablaran para, poco a poco, ir adquiriendo ventaja. Establecer el dominio. La teoría clásica del asedio. Pero empezar disculpándose por haber gritado era como mandar a la mierda toda esperanza de llegar a dominar la situación. Eso era como tumbarse en el suelo, patas arriba, para que te rascaran la barriga. A partir de ahí, te convertías en su juguete. McGrath negó con la cabeza a toda prisa. Webster asintió. No dijo nada. Siguió sujetando la radio, sin más. Sabía qué tenía que hacer. Ya se había encontrado en aquella situación. Muchas veces. Conocía el protocolo. El primero que hablara demostraría ser el más débil. Y no iba a ser él. McGrath y él miraron al suelo y esperaron.

—¿Sigue ahí? —preguntó Borken.

Webster siguió mirando al suelo. Sin decir palabra.

—¿Sigue ahí?

—¿Qué es lo que quieres, Beau? —preguntó Webster tranquilo.

Se oyó una respiración airada al otro lado.

—Me habéis cortado la línea telefónica. Quiero que volváis a conectarla.

—No, no lo hemos hecho. ¿Acaso no te funciona el teléfono?

—Los faxes. No he obtenido respuesta.

—¿Qué faxes? —preguntó Webster.

—No me vengas con chorradas. Sé que habéis cortado la línea. Quiero que la restablezcáis.

Webster guiñó el ojo a McGrath.

—Vale, podemos hacerlo. Pero, primero, tienes que hacer una cosa por nosotros.

—¿El qué?

—Holly. Bajadla hasta el puente y dejadla allí.

De nuevo una pausa. Entonces volvió a oírse una carcajada. Alta y clara.

—De ninguna manera. Nada de tratos.

Webster asintió para sí. Bajó la voz. Parecía que fuera la persona más razonable del mundo.

—Mire, señor Borke, si no quiere hacer tratos, ¿cómo vamos a ayudarnos?

Una pausa más. McGrath miró a Webster. La siguiente respuesta era crucial. Ganar o perder.

—Escúcheme usted a mí, Webster: nada de tratos. Si no hacen exactamente lo que les pido, mato a Holly. Y de manera muy dolorosa. Tengo todas las cartas, así que no pienso hacer tratos. ¿Lo ha entendido?

Webster dejó caer los hombros. McGrath desvió la mirada hacia otro lado.

—Restablezca la línea de fax. Quiero comunicaciones. El mundo debe saber lo que estamos haciendo aquí. Este es un momento para la historia. No pienso permitir que sus estúpidos juegos me impidan vivirlo. El mundo tiene que presenciar los primeros golpes que va a sufrir la tiranía de su país.

Webster miraba al suelo.

—Entiendo que la decisión es muy importante como para que la tome solo.



Tiene que consultarlo con la Casa Blanca. Allí también les interesa el asunto, ¿no le parece?

La fuerza de la voz de Borken era evidente incluso a través de aquella radio de mano con sonido metálico. Webster iba encogiéndose como si tuviera un peso físico en la oreja. Encogiéndose y jadeando, dado que su corazón y sus pulmones peleaban entre ellos por conseguir más espacio en su pecho.

—Tomen una decisión —dijo Borken—. Les llamaré dentro de dos minutos.

Luego la radio se quedó en silencio. El director la miraba como si no hubiera visto un artefacto así en la vida. McGrath se inclinó y pulsó el botón de apagado.

—Vale —dijo el agente al mando—, lo retrasamos, ¿no? Le decimos que están arreglando la línea. Le decimos que nos llevará una hora, puede que dos. Le decimos que nos hemos puesto en contacto con la Casa Blanca, con la ONU, con la CNN, con quien sea. Le decimos la mierda que quiera oír.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Webster como distraído—. ¿Por qué lo está llevando tan lejos? Está haciendo lo imposible para que les atacemos. Para que nos veamos obligados a hacerlo. No nos deja opción. Está provocándonos.

—Lo hace porque está loco —respondió McGrath.

—No hay otra explicación —concluyó Webster—. Es un maníaco. De lo contrario, no entiendo por qué pretende atraer tanta atención. Dado que, como ya ha dicho, tiene todas las cartas.

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde, jefe —repuso McGrath—. Ahora mismo, hay que ir dándole largas.

Webster asintió. Se obligó a centrarse en el problema más inmediato.

—Pero necesitamos más de dos horas. El equipo de rescate tardará, al menos, cuatro en llegar. Y puede que cinco, o incluso seis horas.

—A ver, es 4 de julio —comentó McGrath—. Dígale que los operarios no trabajan hoy. Dígale que podríamos tardar todo el día en conseguir que vengan.

Se miraron. Miraron a Johnson. El general estaba fuera de juego. Apoyado en la pared de roca, pálido, inerte, respirando apenas. Noventa horas de estrés y emociones tan fuertes habían acabado con él. La radio volvió a crepitar en la mano de Webster.

—¿Y bien? —preguntó Borken cuando la estática se pasó.

—De acuerdo, aceptamos. Arreglaremos la línea. Pero nos va a llevar tiempo. Los operarios no trabajan hoy porque es fiesta.

Una pausa. Luego, una risotada.

—El día de la Independencia. Puede que tuviera que haber escogido otro día.

Webster no respondió.

—Quiero a sus marines donde pueda verlos.

—¿Qué marines?

Otra risa, más corta. Corta y complaciente.

—Tienen ustedes ocho marines. Y un carro blindado. Tenemos vigías por toda la zona. Hemos estado observándolos. Como ustedes a nosotros con esos aviones de mierda. Tienen suerte de que los Stingers no lleguen tan lejos, de lo contrario, ya habríamos abatido algo más que el maldito helicóptero.

Webster no respondió. Oteó el horizonte. McGrath estaba haciendo lo mismo, automáticamente, buscando el reflejo del sol en los cristales de los prismáticos.

—Supongo que están cerca del puente —continuó Borken—. ¿Es así?

Webster se encogió de hombros. McGrath le miró y asintió con la cabeza al tiempo que esbozaba un gesto con el que le indicaba que asintiera.

—Estamos cerca del puente.

—Quiero a los marines en el puente. Sentados en fila en el borde. Con el

vehículo detrás. Quiero que lo hagan ahora mismo, ¿me ha entendido? O nos ponemos manos a la obra con Holly. Usted decide, Webster. O puede que sea el general quien quiera decidir. Al fin y al cabo, es su hija y son sus marines, ¿no?

Johnson se incorporó y los miró. Cinco minutos después, los soldados estaban sentados en el borde del puente, con los pies colgando sobre el abismo. Con el VBL aparcado detrás de ellos. Webster seguía protegido detrás del peñasco, con McGrath y Johnson al lado. Seguía con la radio en la oreja. Oía ruidos apagados. Como si Borken hubiera tapado el micrófono con la mano y estuviera hablando por un *walkie-talkie*. Oía su voz amortiguada, alternada con respuestas crepitantes. Luego oyó que retiraba la mano y volvió a oír su voz, alta y clara por la radio.

—De acuerdo, Webster, buen trabajo. Nuestros exploradores los ven a los ocho. Y también nuestros tiradores. Como se muevan, los matamos. ¿A quién más tienen?

Webster se quedó callado. McGrath negó con la cabeza a toda prisa.

—¿Es que no lo ve? —se extrañó Webster—. Pensaba que estaba vigilándonos.

—Ahora mismo no. He ordenado a los míos que se retiren un poco. A posiciones defensivas.

—No hay nadie más. El general y yo.

Una nueva pausa.

—De acuerdo, pues pónganse con los marines. En el puente. En el extremo.

Webster esperó un largo rato. Sin expresión en el rostro. Luego se incorporó y le hizo un gesto de asentimiento a Johnson. El general se levantó vacilante y ambos se acercaron juntos a la curva. Dejaron a McGrath solo, acucillado tras la pared de roca.

McGrath se quedó esperando dos minutos y se arrastró en dirección sur, hasta el Chevrolet. Garber y el ayudante de Johnson estaban en los asientos delanteros, y Milosevic y Brogan, en los traseros. Todos le miraban.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó Brogan.

—Estamos hasta el cuello de mierda.

Tras un par de minutos de explicación apresurada, los demás se mostraron de acuerdo con él.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Garber.

—Vamos a ir a por Holly. Antes de que el tipo se dé cuenta de que le estamos tomando el pelo.

—Pero ¿cómo? —preguntó Brogan.

McGrath le miró. Miró a Milosevic.

—Nosotros tres. Al fin y al cabo, esto es un asunto del FBI. Llamadlo como queráis: terrorismo, sedición, secuestro... Es competencia del FBI.

—¿Vamos a hacerlo? —preguntó Milosevic—. ¿Nosotros tres solos? ¿Ahora?

—¿Se te ocurre algo mejor? Cuando quieres que algo se haga como es debido, tienes que hacerlo tú mismo, ¿no?

Garber se habría dado la vuelta, analizando con atención las tres caras de los asientos traseros.

—Pues adelante —les dijo.

McGrath asintió y levantó la mano derecha. Tenía el pulgar, el índice y el corazón extendidos.

—Yo soy el pulgar —dijo—. Yo iré por el este de la carretera. Brogan, tú eres el índice. Tú ve kilómetro y medio al oeste y avanza desde allí. Milo, tú eres el corazón. Ve tres kilómetros en dirección oeste y, desde allí, hacia el norte. Nos infiltraremos por separado, con una separación de kilómetro y medio entre ambos. Nos reuniremos en la carretera, a unos ochocientos metros del pueblo. ¿Entendido?

Brogan esbozó una mueca. Luego asintió. Milosevic se encogió de hombros. Garber observó a McGrath y el ayudante del general arrancó el Chevrolet y lo condujo despacio en dirección sur. Se detuvo unos cuatrocientos metros después, donde la carretera volvía a salir de detrás del enorme peñasco y a quedar a la vista; se podía acceder con facilidad al bosque a derecha e izquierda. Los tres agentes del FBI comprobaron sus armas. Todos llevaban un 38 reglamentario en una brillante pistola de cuero bajo la axila. Seis balas en el cargador y un cargador rápido con otras seis en el bolsillo.

—Tratad de conseguir un par de rifles —les dijo McGrath—. No os preocupéis por hacer prisioneros. En cuanto veáis a algún cabrón, lo abatís, ¿entendido?

Milosevic era quien más tenía que caminar, así que fue el primero en salir. Cruzó la carretera agachado y se encaminó hacia el oeste entre la maleza de la montaña. Llegó a un pequeño grupo de árboles y desapareció. McGrath encendió un cigarrillo y envió a Brogan a continuación. Garber esperó a que Brogan llegara a los árboles y se volvió hacia McGrath.

—No olvide lo que le he dicho de Reacher. No me equivoco con él. Está de nuestra parte, créame.

McGrath se encogió de hombros y no dijo nada. Fumaba en silencio. Abrió la puerta del Chevrolet y salió. Pisó el cigarrillo para apagarlo y se alejó en dirección este, por el arcén herboso, hasta que llegó a la maleza.

McGrath no estaba lejos de los cincuenta y fumaba mucho, pero se mantenía en forma. Tenía ese tipo de constitución de perro mestizo que ni siquiera la edad ni el tabaco son capaces de dañar. Medía solo metro setenta y tres, pero era fuerte; unos setenta kilos de músculo duro, como en capas, de ese que nunca se cubre de grasa. Se sentía como un niño. Ni mejor, ni peor. Hacía

mucho tiempo que había recibido el entrenamiento del FBI —que era bastante rudimentario en comparación con el actual—, pero en su momento había destacado. En el plano físico había resultado indestructible. No era el más rápido de la promoción, pero era, de largo, el que más resistencia tenía. Las carreras de entrenamiento en los primeros días de Quantico habían sido jodidas. Vueltas y vueltas por los bosques de Virginia, aprovechando los obstáculos naturales. McGrath siempre llegaba tercero o cuarto. Ahora bien, si los enviaban de nuevo nada más llegar, él era capaz de hacer el mismo tiempo, segundo arriba o abajo. Los cadetes más rápidos se esforzaban por seguirle el paso mientras él seguía hacia delante, implacable, y, al cabo de un rato, acababan quedándose atrás. La segunda vez McGrath llegaba primero. La tercera era el único que llegaba.

Así que iba a buen ritmo, cómodo, mientras se acercaba al borde sur del barranco. Había recorrido ya unos trescientos metros en dirección este, hasta un punto donde las pendientes eran accesibles sin estar, al mismo tiempo, a la vista. Bajó sin hacer ninguna pausa. Pasos cortos y seguros para contrarrestar la inclinación. El suelo estaba suelto. Resbalaba en pequeñas avalanchas de piedrecitas y se ayudaba de los árboles caídos para reducir la velocidad. Rodeó el grupo de rocas que había abajo del todo y empezó a ascender la pendiente norte.

Subir era más duro. Clavaba la punta de los zapatos para obtener mayor sujeción y se ayudaba agarrándose a la hierba para subir. Ascendió en zigzag por entre árboles pequeños y arbustos, en busca de palancas naturales. Los quince metros adicionales de la subida fueron un castigo. Se dirigió a un sendero recto, creado por un ligero derrumbe, que discurría en un ángulo más amable. Mientras subía hacia la cima, se deslizaba y resbalaba al pisar la roca desmenuzada.

Una vez en el saliente, donde la tierra se había caído de entre la capa de raíces, aguardó. Escuchó con atención. No oía más que el silencio. Se

impulsó hasta el borde. Permaneció allí con el pecho pegado al suelo, con la cabeza y los hombros expuestos, mirando en dirección norte, hacia territorio enemigo. No vio nada. Solo las faldas iniciales, suaves, luego las colinas, detrás de las que estaban las gigantescas montañas, ceñudas en la distancia. El cielo azul, miles de árboles, aire limpio, silencio total. «Qué lejos estás de Chicago, Mack», pensó.

Por delante de él había un cinturón de maleza rala, dado que la antiquísima piedra estaba demasiado cerca de la superficie como para que pudiera crecer mucho. Luego, había un irregular cinturón de árboles, interrumpido por los primeros peñascos, pero se iba haciendo más denso a medida que ascendía. Desde allí veía un hueco curvado, que era por donde debía de subir la carretera. Trescientos metros a su izquierda. Rodó por la hierba y corrió hacia los árboles. Avanzó hacia la izquierda, en dirección a la carretera, y la siguió hacia el norte por el bosque.

Avanzaba al trote, esquivando los árboles como una parodia a cámara lenta de un receptor de fútbol americano que se dirige a marcar un *touchdown*. Tenía el mapa impreso en la cabeza. Calculó que debían de quedarle algo menos de cinco kilómetros para llegar. Cinco kilómetros trotando despacio, no mucho más deprisa que si caminase a paso ligero, por lo que tardaría entre cuarenta y cinco y cincuenta minutos en llegar. El suelo iba adquiriendo pendiente poco a poco bajo sus pies. Cada cuatro o cinco pasos, sus pies pisaban el suelo un poco antes, lo que le indicaba que el gradiente iba ascendiendo. Se tropezó un par de veces con las raíces. En una ocasión, se golpeó con el tronco de un pino, pero siguió avanzando, incansable.

Se detuvo después de cuarenta minutos. Supuso que Brogan y Milosevic estaban haciendo una caminata similar, pero más larga, porque habían tenido que desviarse hacia el oeste en un primer momento. Así que esperaba que se retrasasen. Con suerte, irían unos veinte minutos por detrás de él. Se internó aún más en el bosque y se sentó contra un tronco. Encendió un cigarrillo.

Calculó que estaría como a unos ochocientos metros del punto de encuentro. El mapa que tenía en la cabeza decía que la carretera estaba a punto de entrar en el pueblo.

Esperó quince minutos. Dos cigarrillos. Luego se levantó y siguió caminando. Avanzaba con cautela. Estaba acercándose. Se desvió en un par de ocasiones hacia la izquierda y encontró la carretera. Avanzaba muy despacio por entre los árboles, hasta que vio el brillo del sol sobre el cemento gris. Evitó la carretera y siguió en dirección norte. Caminó hasta que se dio cuenta de que el bosque empezaba a clarear. Más allá de los últimos árboles, vio la luz del sol en espacios abiertos. Dejó de avanzar y se movió a derecha e izquierda para ver mejor. Vio cómo la carretera entraba en el pueblo. Vio edificios. Una ruina gris sobre una loma, a la izquierda. El juzgado a la derecha. Mejor preservado. De un blanco resplandeciente bajo el sol. Lo observó por entre los árboles durante un buen rato. Luego dio la vuelta. Bajó quinientos metros por el bosque. Fue descendiendo hacia la carretera hasta que distinguió el brillo grisáceo entre los árboles. Se apoyó en un tronco y esperó a Brogan y a Milosevic.

Esa vez, resistió la tentación de encender otro cigarrillo. Hacía mucho tiempo que había aprendido que fumar mientras estabas escondido era una mala idea. El olor se dispersa y una buena nariz puede detectarlo. Así que se apoyó en el árbol y miró al suelo, frustrado. Se miró los zapatos. Estaban estropeados debido a la ascensión por la cara norte del barranco. Los había clavado con fuerza en la pendiente rocosa y estaban arañados y rotos. Se fijó en las punteras, destrozadas y enseguida supo que le habían traicionado. El pánico ascendió por su garganta. Respiró con fuerza. Se dio cuenta como si se tratara de la puerta de una celda que se cierra. Una puerta que giraba despacio, sin



hacer ruido, con los goznes bien engrasados, y que se cerró de golpe en su cara, con un sonido metálico.

¿Qué había dicho Borken por la radio? Había dicho: «Hemos estado observándoles. Como ustedes a nosotros con esos aviones de mierda». Pero ¿qué había dicho el ayudante del general en la oficina de Butte? Que levantas la vista y ves un pequeño rastro de vapor y piensas que son de la TWA. Que no te planteas que sean las Fuerzas Aéreas comprobando si te has abrigado los zapatos por la mañana. Entonces ¿cómo sabía Borken que había aviones espía sobrevolándoles? Porque alguien se lo había dicho. Pero ¿quién? ¿Quién coño lo sabía?

Miró alrededor a toda prisa y lo primero que vio fue un perro que corría hacia él, de frente. Luego, otro. Esquivaban los árboles para llegar hasta donde estaba. Oyó ruido detrás de él. El crujido de pisadas y el ligero movimiento de ramas. Luego el mismo ruido por la derecha. El clic de un arma y el golpe de una mano que agarraba una culata. Tenía los perros encima. Se giró aterrado. Por entre los árboles, de todos lados, se le acercaban hombres. Hombres delgados, con barba, vestidos con uniforme de camuflaje. Con rifles y metralletas. Llevaban granadas en las cinchas. Serían entre quince y veinte. Avanzaban con calma, pero con un propósito. Describían un anillo en cuyo centro se encontraba él. Se giró a un lado, al otro. Estaba rodeado. Levantaban sus armas. Los cañones de unas quince o veinte armas automáticas le apuntaban como si fueran los radios de una rueda.

Permanecieron en silencio, con las armas preparadas. McGrath miró a unos y a otros, que describían un círculo salvaje. Entonces uno de ellos se adelantó. Debía de ser una especie de oficial. Le metió la mano por debajo de la chaqueta. Le quitó el 38 de la pistolera. Luego se la metió en el bolsillo. Le quitó el cargador rápido. Se metió ambos objetos en el bolsillo y sonrió. Le atizó un puñetazo en la cara. McGrath trastabilló y su agresor le clavó el

cañón del rifle. Luego oyó ruedas en la carretera. El gruñido de un motor. Miró a la izquierda y atisbó algo de color verde aceituna al sol. Un todoterreno militar. Había dos hombres en él. Los milicianos se le acercaron y le obligaron a salir del bosque. Lo llevaron a empujones por entre los árboles hasta llegar al arcén. Parpadeó cuando salió al sol. Notaba que le sangraba la nariz. El todoterreno avanzó un poco y se detuvo a su lado. El conductor lo observaba con curiosidad. Otro hombre delgado y barbudo con uniforme. En el asiento del copiloto había un hombre muy gordo vestido de negro. Beau Borke. Lo reconoció por la fotografía del expediente del FBI. Se miraban fijamente. Al rato, Borke se inclinó hacia delante y sonrió.

—Hola, señor McGrath. Ha hecho usted un buen tiempo.

Reacher presenció cómo sucedía todo. Estaba a unos ciento cincuenta metros, entre los árboles, al noroeste de la emboscada, en lo alto de la pendiente, al otro lado de la carretera. Tenía un centinela muerto a sus pies. El hombre estaba en el suelo con la cabeza en ángulo recto con el cuello. Reacher miró por los prismáticos del miliciano. Observaba. Pero no tenía muy claro lo que estaba viendo.

Había llegado a oír la parte esencial de la conversación que había tenido lugar por radio en el Bastión. Había oído lo que decía Borken. Las respuestas las había supuesto. Había oído cómo llamaban a los centinelas del sur por *walkie-talkie*. Sabía que los marines estaban en el puente. Sabía que Webster y Johnson estaban con ellos, sentados en el borde.

Se había preguntado quién más habría allí. Puede que más militares, puede que más agentes del FBI. Los militares no iban a venir. Johnson les habría ordenado que permanecieran allí. Si venía alguien, serían los del FBI. Supuso que tendrían a mucha gente preparada. Supuso que vendrían, antes o después. Tenía que aprovecharlos. Tenía que usarlos como distracción para sacar de allí a Holly. Por eso había ido hacia el sudeste, a esperar su llegada. Pero, una hora después, lo que veía era un tipo bajito y recio al que subían al todoterreno. Traje oscuro, camisa blanca, zapatos. Del FBI, seguro.

Pero no era del grupo de rescate. Aquel tipo no tenía equipo. Los integrantes del grupo de rescate iban muy bien preparados con material y ropa paramilitar. Conocía sus procedimientos. Había leído alguno de sus manuales. Había oído algo acerca de su entrenamiento. Conocía a gente que

había estado en Quantico. Sabía cómo trabajaba el grupo de rescate. Eran un equipo operativo que contaba con alta tecnología. Parecían soldados, pero iban vestidos de azul. Tenían vehículos. Aquel tipo que estaba viendo iba a pie por el bosque. Vestido como si acabara de salir de una reunión.

Aquello le desconcertaba. Ocho marines. Sin equipo de rescate. Un Chinook de búsqueda y rescate sin armas. De pronto, Reacher tuvo la sensación de que acababa de entenderlo. Puede que aquella fuera una operación clandestina. Discreta. Invisible. Habían dado con Holly desde Chicago pero, por alguna razón, no estaban contando con ninguna fuerza mayor. Se estaban enfrentando solos a la situación. Debía de obedecer a alguna razón táctica. Puede que política. Puede que tuviera que ver con Holly y con la Casa Blanca. Puede que la norma fuera tratar el asunto en secreto pero con fuerza, abordarlo con un equipo reducido. Tan secreto, de hecho, que la mano derecha no sabía lo que estaba haciendo la izquierda. De ahí el helicóptero de búsqueda y captura desarmado. Había venido a ciegas. No sabía dónde se metía.

En ese caso, el agente que estaba viendo y que acababan de emboscar debía de proceder de Chicago. Debía de ser parte de la operación original que habría empezado el lunes. Parecía mayor. Puede que rondara los cincuenta. Podría ser Brogan, el jefe de sección de Holly. Incluso podría ser McGrath, el agente al mando. En cualquiera de los dos casos, eso hacía que Milosevic fuera el topo. La cuestión era si también estaría allí o si seguiría en Chicago.

El todoterreno giró despacio por la carretera. El hombre del FBI iba detrás, entre dos milicianos armados. Le sangraba la nariz y Reacher alcanzó a ver que se le estaba hinchando. Borke miraba hacia atrás y hablaba con él. El resto del escuadrón que lo había emboscado estaba formando en la carretera. El vehículo los dejó atrás, en dirección norte, hacia el pueblo. Pasó a treinta metros de donde estaba Reacher, que se quedó mirando cómo se alejaba. Se giró y cogió el rifle. Se internó por el bosque, inmerso en sus pensamientos.

Su problema era el orden de prioridades. Tenía una regla: centrarse en la misión que se tiene entre manos. Y la misión que tenía entre manos era poner a salvo a Holly. Nada más. Pero aquel agente del FBI estaba metido en un lío. Pensó en Jackson, en cómo se habían encargado de él. Cabía la posibilidad de que aquel agente fuera a sufrir el mismo destino. En cuyo caso, debería de intervenir. Además, le gustaba el aspecto del tipo. Parecía duro. Pequeño, pero recio. Mucha energía. Y carisma. Quizá fuera inteligente tener un aliado. Dos cabezas son mejor que una. Dos pares de manos. Cuatro dedos índices. Cuatro gatillos. Útil. Pero su regla era: centrarse en la misión que se tiene entre manos. Le había funcionado en multitud de ocasiones a lo largo de los años. Era una regla que le había venido muy bien. ¿Debía saltársela? ¿O no? Permaneció quieto y oculto en el bosque mientras el escuadrón que había tendido la emboscada al agente marchaba por la carretera. Se quedó a escuchar cómo se iban apagando sus pasos. Siguió allí, pensando en el agente un rato más y se obligó a tomar una decisión muy difícil.

El general Garber también presenció la emboscada. Se encontraba unos ciento cincuenta metros al sur de la escena. En la zona oeste de la carretera, detrás de un saliente rocoso, a trescientos metros de donde estaba Reacher. Había esperado tres minutos para salir detrás de McGrath por el barranco. Garber también era una persona bastante en forma, solo que mucho mayor, por lo que le había costado seguirle el ritmo al del FBI. Al llegar al saliente rocoso, se había tumbado, sin resuello. Había supuesto que quedaban unos quince o veinte minutos hasta que los tres agentes se reunieran en el punto de encuentro. Su plan consistía en seguirlos y ver qué es lo que sucedía. No quería que nadie cometiera ningún error con Jack Reacher.

Pero la reunión no llegó a tener lugar. Mientras era testigo de la emboscada

se había dado cuenta de que se habían cometido muchos fallos en muchos aspectos.

—Vas a morir —le dijo Borken.

McGrath iba en el asiento de atrás del todoterreno, entre dos milicianos. La carretera tenía tantos baches que no paraba de pegar botes. Ahora bien, no podía mover los brazos porque el asiento no era lo bastante amplio para tres personas. Así que el gesto de desdén tuvo que hacerlo con la cara.

—Todos vamos a morir. Antes o después.

—Antes o después, es cierto, pero en tu caso, va a ser antes, no después.

Borken le miraba. McGrath observaba el cielo azul. Miró las nubes blancas y pensó: «¿Quién habrá sido? ¿Quién lo sabía?». Pensó en el personal operativo de las Fuerzas Aéreas, pero era ridículo creer que había sido aquel eslabón. Tenía que ser alguien que estuviera más cerca, más próximo a ellos. Alguien que estuviera más implicado. Las únicas posibilidades eran Johnson o su ayudante, el propio Webster, Brogan o Milosevic. O puede que Garber. Estaba demasiado interesado en excusar a su soldado, Reacher. ¿Sería aquello una conspiración de la policía militar para derrocar a la plana mayor de los secretarios de Estado?

—¿Quién ha sido, Borken?

—¿Quién ha sido qué, cadáver?

—¿Quién ha estado pasándote información?

Borken sonrió y se dio unos golpecitos en la sien con el dedo.

—Una causa común. Hay mucha más gente de la que crees de nuestro lado.

McGrath volvió a mirar el cielo y pensó en Dexter, a salvo en la Casa Blanca. ¿Qué era lo que le había dicho a Webster? ¿Doce millones de personas? ¿O eran sesenta y seis?

—Vas a morir —repitió.

McGrath volvió a mirar a Borken.

—En ese caso, dímelo antes de que la palme.

Borken le sonrió.

—Ya lo descubrirás. Te vas a llevar una gran sorpresa.

El todoterreno aparcó al lado del juzgado. McGrath se giró y lo observó. En el exterior del edificio había seis milicianos de guardia. Estaban dispuestos en un amplio abanico, mirando al sur y al este.

—¿La tenéis ahí?

Borken asintió y sonrió.

—Ahora mismo sí. Pero puede que, más tarde, tenga que sacarla.

El *walkie-talkie* que llevaba en el cinturón cobró vida. Un fuerte estallido de estática y un mensaje rápido y distorsionado. Pulsó el botón y bajó la cabeza. Recibió la información sin despinzar el aparato del cinto. Luego, sacó el radiotransmisor del bolsillo. Lo abrió y extendió la corta antena. Pulsó el botón de hablar.

—¿Webster? Me has mentado. Dos veces. Para empezar, había tres agentes contigo. Acabamos de detenerlos.

Esperó una respuesta. Mantuvo la radio pegada a la oreja. McGrath no conseguía oír lo que respondía Webster.

—Pero da lo mismo. No todos estaban de tu parte. Hay gente en este mundo que haría cualquier cosa por dinero.

Hizo una pausa para recibir una respuesta. Por lo visto, no obtuvo ninguna.

—Y me has tomado el pelo. No teníais intención de arreglar la línea, ¿eh?

Webster empezó a responder algo, pero Borken le cortó.

—Johnson y tú podéis marcharos del puente. Que los marines se queden. Estamos vigilándolos. Johnson y tú, volved a los camiones. Sentaos delante de esas pantallas. Puede que recibáis imágenes interesantes dentro de poco.

Apagó la radio y se la guardó en el bolsillo. Lucía una sonrisa de oreja a

oreja.

—Vas a morir —le dijo a McGrath por tercera vez.

—¿Quién, Brogan o Milosevic?

Borken volvió a sonreír.

—Adivínalo. Dedúcelo tú mismo. Se supone que eres el investigador federal más listo. El agente al mando, ¿no?

El conductor bajó de un salto y desenfundó la pistola. Apuntó a McGrath a la cabeza sujetando el arma con ambas manos. El guardia de la izquierda se apartó del agente y se quitó el rifle del hombro. Le apuntó. El de la derecha hizo lo mismo. Luego Borken, con su gran corpachón, descendió del vehículo.

—Baja —le ordenó—. A partir de aquí, vamos caminando.

McGrath se encogió de hombros y bajó, rodeado por el círculo de armas. Borken se puso detrás de él y lo agarró por los brazos. Le esposó las muñecas a la espalda. A continuación, le empujó. Le señaló más allá del ayuntamiento en ruinas.

—Por ahí, cadáver.

Dejaron atrás el todoterreno, aparcado en la acera del juzgado. Los dos soldados se pusieron en formación. McGrath cruzó la calle y subió la loma a trompicones. Lo empujaron mientras pasaban al lado del árbol seco. Lo empujaron hacia la izquierda hasta que llegaron al camino. McGrath lo siguió hasta rodear el viejo edificio por detrás. El suelo era pedregoso y le molestaba en la fina suela de sus estropeados zapatos urbanos. Era, casi, como caminar descalzo.

—¡Más rápido, gilipollas! —gruñó Borken.

Los guardias iban detrás de él, clavándole con los cañones de los rifles para que se apresurara. Cogió el ritmo y avanzó trastabillando por el bosque. Notó la sangre coagulada en la nariz y en el labio. Después de kilómetro y medio, salió a un claro que reconoció por las imágenes de los aviones espía.



Daba la impresión de ser más grande. A once kilómetros de altura no parecía sino un agujero en mitad del bosque, un agujero con un círculo ordenado de edificios. En tierra, parecía tan grande como un estadio. El suelo del claro era de pizarra basta y había cabañas de madera muy bien construidas sobre plataformas de cemento.

—Espera aquí —le ordenó Borken.

Se alejó y los dos guardias se colocaron a los lados del agente del FBI, que miraba en derredor. Se fijó en la cabaña de comunicaciones, con el cable de teléfono y la antena de látigo. Se fijó en los demás edificios. Notó el olor rancio de la comida institucional saliendo de la cabaña más grande. Se fijó en la cabaña más alejada, que estaba aislada. Supuso que sería la armería.

Levantó la vista y vio los rastros de vapor en el cielo. La urgencia de la situación estaba escrita allí arriba, blanco sobre azul. Los aviones habían abandonado su inocente recorrido de este a oeste. Su rastro se había convertido en un círculo constante, uno dentro del otro. Volaban sin descanso, a once kilómetros de altura. Se quedó mirándolos y articuló sin sonido la palabra «ayuda». Se preguntó si las cámaras serían tan buenas como para captarlo. Se preguntó si Webster, Johnson, Garber o el chico de los recados del general sabrían leer los labios. Seguramente sí... o puede que no.

El problema de Reacher era jodidamente irónico. Por primera vez en su vida, deseaba que sus oponentes fueran mejores tiradores. Estaba escondido entre los árboles, a un centenar de metros al noroeste del juzgado, observando a los seis centinelas. Estaban separados y describiendo un arco, desde el sur al este, por delante del gran edificio blanco. Reacher apuntaba al miliciano que tenía más cerca. Pero no iba a dispararle. Porque, si lo hacía, los cinco restantes le dispararían. Y fallarían.

Reacher estaba muy cómodo con un M-16 y una distancia de cien metros.

Estaba en situación de garantizar cualquier disparo con aquel arma y a aquella distancia. Apostaría la vida. Y en muchas ocasiones lo había hecho. Y, por lo general, cuanto peor tiradores eran sus oponentes, más se alegraba. Pero no en aquella situación.

Les dispararía desde el noroeste. Sus oponentes tirarían contra él desde el sudeste. Oirían sus disparos y puede que incluso vieran alguno de los fogonazos del cañón. Apuntarían y dispararían. Y fallarían. Dispararían alto, desviado. Los blancos que había visto en el campo de tiro eran la prueba que le hacía llegar a aquella conclusión. Había algún que otro tirador competente a trescientos y cuatrocientos metros. Las dianas agujereadas eran testigo de ello. Ahora bien, por experiencia, Reacher sabía que aquel que es capaz de acertar a trescientos o cuatrocientos metros en un campo de tiro podía ser un inútil en un tiroteo. Disparar tumbado sobre una esterilla y tomándote el tiempo necesario para apuntar era una cosa; hacerlo en un ruidoso y confuso tiroteo era otra muy diferente. Muy muy diferente. El tipo que defendía los camiones de los misiles lo había demostrado. Sus balas habían dado en todos lados. Y ese era el problema. Disparando desde el sudeste, las balas de aquellos milicianos también iban a acabar por todos lados. Arriba, abajo, a derecha, a izquierda. Los disparos bajos o los que se desviarán a la izquierda no eran problema. Solo iban a hacerle daño a la vegetación. Pero los tiros altos y los que se desviarán a la derecha bien podían impactar en el juzgado.

El M-16 usa una munición específica: la M855. Balas de las que usa la OTAN, con un calibre de 5,56 milímetros. Bastante pesadas para su tamaño, porque son un bocado de plomo y acero enfundado en cobre. Están diseñadas para penetrar. Las balas perdidas que se estrellaran contra el juzgado iban a hacerlo a tres mil doscientos kilómetros por hora. Iban a atravesar la vieja madera, prácticamente, como si no estuviera allí. Iban a atravesar la inestable cámara de dinamita como un accidente de tren. La energía de su impacto iba a actuar mucho mejor que cualquier detonador que

se pudiera encontrar en una mina. Para eso estaban diseñadas aquellas balas. Algún comité había pedido una bala capaz de penetrar el lateral de camiones de munición. Y aquello es lo que les habían fabricado.

Por eso Reacher no disparaba. Si fueran tres centinelas, quizá se hubiera arriesgado. Calculaba que era capaz de disparar tres tiros apuntando en tres segundos. Demasiado rápido como para que reaccionaran. Pero seis eran demasiados. Además, estaban muy separados entre sí. Necesitaba mucho movimiento físico entre disparo y disparo. Los objetivos que estaban más atrás tendrían tiempo para reaccionar. Aunque tampoco mucho. Desde luego, no el suficiente para acertar. Y ese era el problema.

Y darle la vuelta a la geometría no le serviría de nada. Podía ir a la derecha, rodeando el sur. Le llevaría veinte minutos hacer ese camino entre los árboles y aparecer de nuevo frente a ellos, pero por la dirección contraria. Y entonces ¿qué? Tendría a sus objetivos colina arriba. El juzgado quedaría detrás de ellos. Podía darles a todos en la cabeza, eso no era problema. Pero no podía pedir a sus balas que se detuvieran en mitad del aire. No podía evitar que aquellos proyectiles de gran potencia y recubiertos de cobre salieran por detrás del cráneo de sus víctimas y siguieran colina arriba, directas hacia las paredes del segundo piso del juzgado. Negó con la cabeza y bajó el rifle.

McGrath vio cómo Borken hablaba con alguien que había en la linde del claro. Era el miliciano que dirigía el escuadrón que lo había emboscado. El que le había quitado el revólver y el cargador y le había pegado un puñetazo. Ambos consultaban el reloj y miraban al cielo. Asentían. Borken le dio al líder del escuadrón una palmada en el hombro y se internó entre los árboles, en dirección al pueblo. El miliciano se dirigió hacia McGrath. Sonreía. Empezó a quitarse el rifle del hombro.

—Empieza el espectáculo —dijo, aún de camino.

A medida que se acercaba, iba dándole la vuelta al rifle. Golpeó a McGrath en el estómago con la culata. El agente del FBI cayó al suelo de pizarra. Uno de los guardias le puso el cañón del rifle en el cuello. El otro se lo puso en el estómago, justo donde le habían dado el golpe.

—No te muevas, gilipollas —soltó el líder—, vuelvo en un minuto.

McGrath no podía mover la cabeza a causa del rifle que tenía en la garganta, pero siguió al miliciano con la mirada. Se dirigía a la antepenúltima cabaña de la fila. No a la aislada armería. Debía de ser una especie de almacén de equipamiento. Salió con un mazo, cuerdas y cuatro objetos metálicos. De color verde mate, de aspecto militar. Según se acercaba, reconoció lo que eran: eran piquetas para tiendas. De unos cuarenta y cinco centímetros de largo, diseñadas para las tiendas más grandes.

El líder dejó caer la carga al suelo. Las piquetas sonaron en el suelo de piedra. Luego le hizo un asentimiento al miliciano que apuntaba a la tripa de McGrath con el arma, y este se cuadró y se apartó. El líder ocupó su posición. Usó su propia arma para que McGrath se mantuviera inmóvil.

El miliciano se puso manos a la obra. Daba la sensación de que supiera muy bien qué tenía que hacer. Usó el mazo para clavar una piqueta en el suelo. El suelo era pedregoso y el miliciano tuvo que esforzarse. Describía un arco amplio con el mazo y aplicaba mucha fuerza en cada golpe. Siguió pegando mazazos hasta que la piqueta estuvo enterrada unos dos tercios. Luego, se alejó cosa de dos metros y medio y empezó a clavar la segunda. McGrath le seguía con la vista. Cuando acabó con la segunda piqueta, se movió otros dos metros y medio en ángulo recto y maceó la tercera piqueta. La cuarta completaba un cuadrado exacto de dos metros y medio de lado. McGrath se hacía una idea de para qué era.

—Normalmente, esto lo hacemos en el bosque —le explicó el líder—. Normalmente, lo hacemos en vertical, usando árboles. —Señaló hacia el cielo

—. Pero, esta vez, queremos que lo vean. No pueden ver bien entre los árboles. Las copas son muy frondosas.

El miliciano que había clavado las cuatro piquetas respiraba con dificultad por el esfuerzo. Volvió a cambiarle el puesto al líder. Le clavó el rifle en el estómago a McGrath y se apoyó en él mientras se recuperaba. El agente del FBI resolló y se revolvió, molesto por la presión. El líder se acuclilló y empezó a desenredar la cuerda. Eligió una y se la ató al agente al tobillo. Muy fuerte. Usó la cuerda para arrastrar a McGrath por la pierna hasta, más o menos, el centro del cuadrado. Luego ató el extremo libre a la cuarta piqueta. Lo hizo con fuerza y comprobó que no se movía.

El segundo pedazo de cuerda lo ató al otro tobillo del agente y a la tercera piqueta. McGrath tenía las piernas abiertas en ángulo recto. Aún tenía las manos esposadas a la espalda, aplastadas contra el suelo de piedra. El líder se valió de la suela de la bota para darle la vuelta al torso del agente. Se agachó y soltó las esposas. Le cogió una de las muñecas y le ató una cuerda. Lo hizo con fuerza y la llevó hasta la segunda piqueta. Estiró con fuerza hasta que el brazo no dio más de sí y dibujaba una línea recta perfecta con la pierna opuesta. Luego, ató la cuerda a la piqueta y fue a por la otra muñeca. Los milicianos le clavaron los cañones con más fuerza. McGrath se quedó mirando los rastros de vapor en el cielo y soltó un grito ahogado de dolor cuando le estiraron el brazo y se lo ataron en una cruz perfecta.

Ambos soldados apartaron los rifles y dieron un paso atrás. Permanecieron de pie, junto a su líder, mirando hacia abajo. McGrath levantó la cabeza y miró a la desesperada a su alrededor. Tiró de las cuerdas, pero lo único que consiguió fue apretar más los nudos. Los tres milicianos se apartaron aún más y miraron al cielo. El agente supuso que se estaban asegurando de que nada tapaba la vista a las cámaras.

En efecto, las cámaras lo estaban captando todo a la perfección. A once kilómetros de altura, los pilotos volaban en círculos, uno en un radio corto de unos pocos kilómetros; el otro, por fuera, en un radio más amplio. Enfocaban los dispositivos hacia abajo, controlados constantemente por los ordenadores. El avión que volaba por el interior se concentraba en el claro en el que tenían a McGrath con brazos y piernas abiertos. El otro cubría un área más amplia: desde la zona del juzgado, al sur, hasta las minas abandonadas, al norte. Sus imágenes llegaban, casi en tiempo real, casi en vertical a la antena parabólica del vehículo que había aparcado detrás del puesto de mando móvil. La antena recibía el flujo de datos y lo enviaba por un cable muy grueso y blindado hasta el camión de observación. Luego los ordenadores decodificadores enviaban las imágenes a las grandes pantallas en color. Las pantallas de fósforo mostraban la desasosegante realidad. El general Johnson, su ayudante y Webster estaban inmóviles frente a ellas. Inmóviles, en silencio, observando. Los videograbadores no dejaban de chirriar, recogiendo sin pasión cada segundo de lo que estaba sucediendo a casi diez kilómetros de allí. El vehículo entero zumbaba debido a la débil energía electrónica. Al mismo tiempo, estaba más en silencio que una tumba.

—¿Se puede ampliar la imagen? ¿Centrarla en McGrath? —preguntó Webster.

El ayudante del general giró un pomo de goma negra. Miró la pantalla. Acercó la imagen hasta que empezaron a notarse los píxeles y empezó a perderse la nitidez. Luego, hizo que la imagen retrocediera un poco.

—Eso es lo más cerca que podemos verlo.

Era muy cerca. El cuerpo de McGrath, abierto de piernas y brazos, ocupaba las pantallas. Al líder del escuadrón lo veían justo desde arriba, pasando por encima de las cuerdas mientras describía un círculo. Empuñaba un cuchillo. El mango negro, la hoja brillante, de unos veinticinco centímetros de largo. Parecía un cuchillo de cocina. De esos que compraría

un cocinero profesional. Muy útil para cortar en filetes una gran pieza de ternera. El típico cuchillo que tendría sobre la encimera alguien que estuviera preparando un estofado o ternera Stroganoff.

Vieron cómo el miliciano dejaba el cuchillo sobre el pecho de McGrath. Luego, con ambas manos, le abrió la chaqueta. Le aflojó la corbata y la apartó a un lado, casi por debajo de la oreja. A continuación, cogió la camisa y la abrió de un estirón. El algodón se rasgó por debajo del cuchillo, que apenas se movió, tan solo había pasado a descansar sobre la piel del agente. El miliciano sacó la camisa del pantalón y la apartó hacia los lados. Con cuidado, sin ponerse en medio, como si fuera un cirujano que se enfrentaba a una difícil operación de emergencia.

Vieron cómo el tipo volvía a empuñar el cuchillo. Estaba agachado a la derecha de McGrath, inclinado ligeramente sobre él, siempre con el cuchillo en la mano. Lo sujetaba con la punta para abajo, cerca del estómago del agente. El color rosa electrónico de la piel de McGrath se reflejaba en el rostro de quienes presenciaban la escena en el vehículo de observación.

Vieron cómo el hombre levantaba el cuchillo un poco. Vieron cómo ponía el dedo índice en el envés del filo, como si pretendiera obtener mayor precisión. Vieron cómo la hoja se movía hacia abajo. El pálido sol se reflejaba en el acero. Entonces, algo interrumpió lo que veían. Una silenciosa nube de color rosa oscureció la imagen. Cuando la nube desapareció, el cuchillo seguía en la mano del miliciano, pero el tipo no tenía cabeza. Su cabeza era un enorme agujero rosa y su cuerpo se caía de lado poco a poco.

El guardia de la izquierda también cayó con facilidad. Reacher le metió una bala en la sien, justo por encima de la oreja, y se desplomó sobre el agente despatarrado. Pero el guardia de la derecha reaccionó. Dio media vuelta, saltó por encima de las tensas cuerdas para correr hacia los árboles. Reacher hizo una pausa y lo abatió tres metros más allá. El miliciano cayó desmadejado, resbaló por la pizarra y levantó una pequeña nube de polvo. Se agitó en una única ocasión y murió.

Entonces Reacher aguardó. El último eco en *staccato* de sus tres disparos volvió desde la montaña más lejana y se desvaneció hasta fundirse con el silencio. Miró con atención entre los árboles del perímetro del Bastión. Buscaba movimiento. El sol brillaba con fuerza. Demasiado como para estar seguro. Había muchísimo contraste entre el resplandor del claro y la oscuridad del bosque. Así que esperó.

Luego, salió de detrás de la cabaña de comunicaciones corriendo de forma temeraria. Cruzó el claro a toda velocidad hasta el caos que había en medio del mismo. Apartó los cadáveres. El primer guardia que había abatido había caído cuan largo era encima del agente. Al líder del escuadrón lo tenía encima de las piernas. Lo apartó a un lado y vio el cuchillo. Cortó las cuatro cuerdas, que eran muy bastas. Levantó al agente y lo empujó hacia el punto del que había venido. Luego cogió los dos rifles que tenía más cerca y salió corriendo detrás de él. Lo alcanzó a mitad de camino. El agente se tambaleaba, así que Reacher lo cogió por las axilas, lo cargó como un fardo hasta que estuvieron a cubierto. Lo tiró entre los árboles y se agachó,



jadeando. A continuación, sacó los cargadores de los nuevos rifles y se metió uno en el bolsillo y otro en su arma. Eran ambos la versión alargada de treinta proyectiles. Se había quedado con seis balas. En ese momento tenía sesenta. Tenía diez veces más. Y otro par de manos.

—¿Eres Brogan o McGrath? —preguntó Reacher.

El agente al mando respondió envarado y neutral. En su rostro se dibujaban el miedo, el pánico y la confusión.

—McGrath. Del FBI.

Reacher asintió. El agente estaba conmocionado, pero era un aliado. Sacó la Glock de Fowler del bolsillo y se la tendió, con la culata por delante. McGrath resollaba despacio y miraba como loco hacia el interior del bosque, donde la cobertura era mejor. Su postura era agresiva. Tenía los puños apretados.

—¿Qué pasa? —preguntó Reacher, que no comprendía su actitud.

McGrath se lanzó hacia delante, agarró la Glock y dio unos pasos atrás. Levantó la pistola y se puso en posición de disparar, agarrando el arma con ambas manos, apuntándole. A la cabeza. Los cabos cortados de las cuerdas le colgaban de las muñecas. Reacher le miraba impasible.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Eres uno de ellos. Tira el rifle, ¿me has oído?

—¿Qué?

—Que lo tires.

Reacher lo observaba, incrédulo. Señaló entre los árboles, hacia los cadáveres tirados en mitad del Bastión.

—¿Qué me dices de eso? ¿No crees que es una prueba de algo?

No movía la Glock. Ni vacilaba. Le apuntaba con ella a la cabeza tal y como se debe hacer. De hecho, el agente parecía la imagen de un manual de entrenamiento, excepto por las cuerdas que le colgaban de las muñecas y los tobillos.

—¿Es que eso no te dice nada? —insistió Reacher, señalando aún.

—No tiene por qué. También mataste a Peter Bell. Lo sabemos. Que no permitas que tus tropas violen o torturen a tus rehenes no quiere decir que estés en el bando de los buenos.

Reacher se quedó mirando al agente un buen rato, sorprendido. Pensó en lo que estaba sucediendo. Luego asintió y dejó el rifle justo entre ambos. Si lo dejaba a sus pies, McGrath le pediría que le diera una patada hacia él. Pero si lo tiraba demasiado cerca de los pies del agente, no funcionaría. Se trataba de un agente experto. Dada la postura en la que estaba, Reacher esperaba de él, por lo menos, el nivel básico de competencia.

McGrath miró hacia abajo. Dudó. Era evidente que no quería tener cerca a Reacher. No quería pedirle que le acercara el rifle para que no tuviera una excusa para aproximarse. Así que adelantó un pie para acercarse el arma. Debía de ser unos veinticinco centímetros más bajo que Reacher. Dado que apuntaba la Glock a la cabeza de Reacher a unos dos metros de distancia, se veía obligado a hacerlo en un ángulo bastante elevado. Mientras deslizaba el pie hacia delante, su altura descendió cerca de tres centímetros, lo que elevó automáticamente sus brazos en un ángulo en proporción con el descenso. Mientras deslizaba el pie hacia delante, se acercó un poco a Reacher, por lo que elevó los brazos aún más. En el momento en que el dedo gordo de su pie estaba rozando el arma, los antebrazos estaban cerca de la cara y le dificultaban la visión. Reacher esperó a que volviera a mirar hacia abajo.

Miró hacia abajo. Reacher dejó que sus rodillas se doblaran y se tiró al suelo en vertical. Acto seguido, se impulsó hacia arriba con el antebrazo por delante y golpeó la Glock para apartarla. Describió un arco amplio con su otro brazo para pasarlo por detrás de las rodillas del agente y lo tiró de espaldas al suelo. Agarró la muñeca de McGrath y se la retorció un poco, solo hasta que soltó la Glock. La cogió por el cañón y la sujetó al revés.

—Fíjate en esto —le dijo.

Se sacudió la esposa y le enseñó la herida que le había hecho en la muñeca izquierda.

—No soy uno de ellos. Me han tenido esposado la mayor parte del tiempo.

Luego adelantó la Glock, con la culata por delante, ofreciéndosela una vez más. McGrath miró a Reacher y a continuación volvió a mirar el claro. Movi6 la cabeza a derecha e izquierda para ver bien los cadáveres. Volvió a mirar a Reacher, aún confundido.

—Pensábamos que eras uno de ellos.

Reacher asintió.

—Eso es evidente, pero ¿por qué?

—Por el vídeo de la tintorería. Parecía que tú la estabas agarrando.

Reacher negó con la cabeza.

—No soy más que un transeúnte casual.

McGrath seguía mirándole con dureza. Increíble, pensativo. Reacher se dio cuenta de que el agente del FBI tomaba una decisión. Asintió y aceptó la Glock y la dejó en el suelo, entre los dos, a modo de símbolo, como un tratado. Se ató como pudo los botones de la camisa. Los cabos cortados se movían en sus muñecas y en sus tobillos.

—De acuerdo, ¿podemos empezar de nuevo? —le preguntó avergonzado.

Reacher asintió y le tendió la mano.

—Por supuesto. Yo soy Reacher y tú eres McGrath, el agente al mando de Holly. Encantado de conocerte.

McGrath sonrió, como con remordimientos, y le estrechó la mano. A continuación, intentó quitarse los nudos de la muñeca con una mano.

—¿Conoces a un militar apellidado Garber?

Reacher asintió.

—Antes trabajaba a sus órdenes.

—Nos aseguró que eras inocente. No le creímos.

—Normal. Garber siempre dice la verdad, así que nunca le creen.

—Pues te pido disculpas. Lo siento, ¿vale? Pero intenta verlo desde mi punto de vista. Llevas cinco días siendo el enemigo público número uno.

Reacher le hizo un gesto como diciendo que no era necesario que se disculpara, se puso de pie y ayudó a McGrath a levantarse. Se agachó, cogió la Glock y volvió a tendérsela al agente.

—¿Qué tal la nariz?

McGrath se metió la pistola en el bolsillo de la chaqueta. Se tocó la nariz con cuidado y esbozó una mueca.

—El cabrón me ha pegado. Creo que me la ha roto. Se ha girado y me ha pegado, sin más, como si no pudiera esperar.

Se oyó un ruido en el bosque, a la izquierda. Reacher cogió a McGrath por el brazo y tiró de él hacia el interior del bosque. Lo empujó por entre la maleza y se quedaron mirando hacia el este. Reacher se quedó callado y estuvo atento a cualquier movimiento. McGrath se estaba quitando las cuerdas de los tobillos y dándose la vuelta, listo para hacer una pregunta.

—¿Está bien Holly?

Reacher asintió. Pero no de forma halagüeña.

—De momento. Pero va a ser muy jodido sacarla de ahí.

—Sé lo de la dinamita. Es lo último que transmitió Jackson. El lunes por la noche.

—Es un problema. Una bala perdida y ¡adiós! Y por aquí hay un centenar de personas a las que les encanta disparar. Hagamos lo que hagamos, tenemos que hacerlo con cuidado. ¿Van a llegar refuerzos? ¿El equipo de rescate?

El agente negó con la cabeza.

—Todavía no. Política.

—Puede que así sea mejor. Han hablado de suicidio en masa si la cosa se ponía fea. Ese rollo de vivir libre o morir, ¿sabes?

—Que hagan lo que quieran. Es cosa suya. Me da igual lo que les pase.

Solo me importa Holly.

Se quedaron callados y caminaron despacio por entre los árboles, más o menos a la altura de la cantina. En un momento dado, fue Reacher quien hizo ademán de girarse para hacer una pregunta, pero se quedó quieto, esperando, con un dedo en los labios. Había oído ruidos a su izquierda. Una patrulla barriendo el borde del bosque. McGrath hizo ademán de moverse, pero Reacher le cogió del brazo y se lo impidió. Era mejor quedarse parados que arriesgarse a hacer ruido. La patrulla se acercaba. Reacher levantó el rifle y lo puso en modo de ráfaga. Amortiguó el sonido del arma con la palma. McGrath contuvo el aliento. Veían a la patrulla, a unos diez metros entre los árboles. Seis milicianos, seis rifles. Miraban a uno y otro lado, rítmicamente, mientras caminaban, a derecha e izquierda, entre el borde del soleado claro y las profundidades de color verde oscuro del bosque. Reacher espiró en silencio. Aficionados, con un entrenamiento pobre y unas tácticas malas. El brillante sol en los ojos en cada una de cada dos miradas impedía que vieran bien en la penumbra del bosque. Estaban ciegos. Pasaron junto a él sin detenerse. Reacher siguió el sonido de su avance y se volvió hacia McGrath.

—¿Dónde están Brogan y Milosevic? —susurró.

McGrath asintió malhumorado.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Uno de los dos es un traidor. Me he dado cuenta muy poquito antes de que me capturaran.

—¿Dónde están? —insistió Reacher.

—Por aquí arriba, en alguna parte. Cruzamos el barranco juntos, separados kilómetro y medio unos de otros.

—¿Cuál de los dos es el topo?

McGrath se encogió de hombros.

—No lo sé. Y no sé cómo averiguarlo. He estado dándole vueltas. Ambos han hecho un buen trabajo. Milosevic encontró la tintorería. Trajo el vídeo. Brogan se esforzó mucho en localizar todo esto, en Montana. Rastreó la

camioneta. Cooperó con Quantico. Mi instinto me dice que no es ninguno de los dos.

—¿Cuándo me identificasteis a mí?

—El jueves por la mañana. Teníamos tu historial completo.

Reacher asintió.

—Pues el topo avisó de inmediato. Esta gente enseguida supo quién era, el mismo jueves por la mañana.

McGrath volvió a encogerse de hombros.

—En ese momento estaban juntos. Estábamos todos en la base Peterson.

—¿Habéis recibido el fax de Holly?

—¿Qué fax? ¿Cuándo?

—Esta mañana. Muy pronto. Más o menos a las cinco menos diez. Os ha enviado una advertencia por fax.

—Les hemos interceptado la línea. Con un camión de mando, carretera abajo. Pero yo estaba durmiendo a esa hora.

—¿Y quién estaba de guardia?

McGrath asintió.

—Milosevic y Brogan —respondió con amargura—. Los dos. A las cinco menos diez de esta mañana acababa de empezar su turno. El que sea, ha debido de coger el fax y esconderlo. Lo que no sé es quién de los dos es.

Reacher también asintió.

—Podríamos hacer una suposición. O esperar a ver qué pasa. Uno de los dos estará por aquí tranquilamente, con sus amigos, y el otro irá esposado. O lo habrán matado. De una u otra forma, saltará a la vista.

McGrath asintió, amargado.

—Estoy impaciente.

A continuación Reacher se puso tenso y tiró de él para internarse diez metros más en el bosque. Había oído que la patrulla volvía a través de los árboles.

En el juzgado, Borken había oído los tres disparos. Estaba sentado en la silla del juez y los oyó con claridad: «¡Pum!, ¡pum!... ¡pum!», y repetidos una decena de veces, en cada una de las ocasiones que las lejanas montañas habían devuelto el eco. Envió a un mensajero al Bastión. Había kilómetro y medio de ida y kilómetro y medio de vuelta por el sinuoso sendero del bosque. Veinte minutos malgastados. El mensajero llegó sin aliento con las noticias. Tres cadáveres, cuatro cuerdas cortadas.

—Reacher —concluyó Borken—. Debería haberlo matado al principio. Milosevic asintió.

—No quiero saber nada de él. He oído el informe de la autopsia de vuestro amigo Peter Bell. A mí, dadme mi dinero y dejadme marchar, ¿de acuerdo?

Borken asintió. Luego se rio. Una risa aguda, nerviosa, que era, en parte emoción, en parte tensión. Se puso de pie y bajó del estrado. Se reía, sonreía, le dio una palmada en el hombro a Milosevic.

Holly Johnson sabía de dinamita tanto como cualquier otra persona de la calle. No recordaba su exacta composición química. Sabía que entre sus componentes estaban el nitrato de amonio y la nitrocelulosa. ¿También llevaría nitroglicerina? ¿O sería otro tipo de explosivo? De una u otra manera, supuso que la dinamita era una especie de fluido pegajoso, empapado en un material poroso y moldeado en forma de cilindros. Cilindros con mucho peso, bastante densos. Si las paredes de su habitación estaban recubiertas de unos cilindros densos, seguro que absorberían gran parte del sonido. Como una capa de aislante sonoro en las paredes de un apartamento. Lo que significaba que los disparos que había oído estaban bastante cerca.

Había oído: «¡Pum!, ¡pum!... ¡pum!», pero no sabía quién le estaba disparando a quién o por qué. No eran disparos de pistola. En Quantico había aprendido a distinguir el ladrido plano de una pistola. Eran disparos de un

arma larga. No el fuerte ruido sordo de los Barretts del campo de tiro. Era un arma más ligera. Alguien había disparado tres veces un rifle de calibre medio. O tres personas una sola vez, como una descarga irregular. Fuera como fuera, algo estaba pasando. Tenía que estar preparada.

Garber también oyó los disparos: «¡Pum!, ¡pum!... ¡pum!». Sonaron por el noroeste, a unos mil metros, no mucho más. Luego, las montañas devolvieron una decena de ecos espaciados. No tenía la menor duda de lo que representaba. Un M-16, disparando los proyectiles de uno en uno. Los dos primeros tiros en lo que los militares denominaban doble disparo, es decir, tiros muy juntos entre sí. Así es como sonaba un tirador competente. La técnica consistía en hacer el segundo disparo antes de que el casquillo del primero hubiera tocado el suelo. Luego había habido un tercer objetivo, o puede que un disparo con el que asegurarse el segundo tiro. Un ritmo inconfundible. Como una firma. La firma audible de alguien con cientos de horas de entrenamiento con armas a las espaldas. Garber asintió para sí y siguió avanzando entre los árboles.

—Tiene que ser Brogan —susurró Reacher.

McGrath se quedó sorprendido.

—¿Por qué Brogan?

Estaban acucillados, cada uno con la espalda pegada al tronco de un árbol, próximos entre sí, a treinta metros del claro, invisibles. La patrulla de búsqueda había conseguido seguir su rastro, pero había vuelto a perderlos. McGrath se lo había contado todo. Bueno, las partes relevantes de la investigación, como se hace entre profesionales, como con una especie de taquigrafía para iniciados. Reacher había hecho preguntas incisivas y McGrath había dado respuestas breves.



—Tiempo y distancia. Eran cruciales. Piensa en ello desde el punto de vista de esta gente de aquí. Nos meten en una furgoneta y se apresuran a traernos directos hasta Montana. ¿Cuánto hay? ¿Dos mil setecientos kilómetros? ¿Dos mil novecientos?

—Más o menos.

—Y Brogan es un tipo listo —continuó Reacher—. Y sabe que tú también lo eres. Sabe que eres tan listo como para darte cuenta de que él también lo es. Así que no puede dejar el asunto en una vía muerta. Lo que sí puede hacer es manteneros tan lejos de la acción como para que no seáis un problema. Y eso es lo que hace. Es quien controla el flujo de información. La comunicación ha de ser de doble sentido, ¿no? Así que el lunes sabía que habían alquilado una camioneta. Pero el miércoles seguía emperrado en que os centrarais en las furgonetas robadas, ¿no? Perdió mucho tiempo con lo de Arizona. Después, por fin consigue un gran avance con lo del alquiler y lo del barro, con lo que parece todo un héroe pero, en realidad, lo que ha hecho es manteneros por detrás en la caza. Les ha dado el tiempo que necesitaban para llegar aquí.

—Pero nos ha traído hasta aquí... Por detrás de ellos, vale, pero nos ha traído.

—Para él no es una pérdida. Borken ardía en deseos de deciros dónde estaba Holly cuando ya la tenían aquí, ¿no? Al fin y al cabo, el destino no iba a ser un secreto. Esa es la cuestión. Holly no es más que un elemento disuasorio para que no les atacéis. ¿De qué les servía si no os decían dónde estaban?

McGrath gruñó. Estaba pensando en lo que acababa de decir Reacher. No le convencía.

—Estaban untándole —comentó Reacher—. Te lo aseguro. Disponen de muchísimos fondos de financiación. Veinte millones de dólares en bonos al portador. Robados, eso sí.

—¿El asalto al furgón blindado? ¿Ese que tuvo lugar en no sé dónde de California? ¿Fueron ellos?

—No sabes cómo fanfarronean con el asunto.

McGrath pensó en ello. Se quedó pálido. Reacher se dio cuenta y asintió.

—Así es. A ver si acierto: Brogan nunca ha andado mal de dinero, ¿a que no? Nunca se ha quejado del sueldo, ¿a que no?

—Mierda. Dos pensiones al mes, una novia, chaquetas de seda y nunca me lo había planteado. Me alegraba tanto de que no fuera uno de los que se quejaba...

—Y ahora mismo está recibiendo otro pago. Y Milosevic está muerto y escondido en alguna parte.

McGrath asintió despacio.

—Y Brogan trabajaba California. Antes de pasar a ser uno de los míos. Mierda, ni se me había ocurrido. Estaba clarísimo que era el típico agente que se dejaría corromper por Borken. Decía que en Sacramento no había conseguido que las pruebas encajaran. Que los archivos no dejaban claro el porqué. Pues el porqué es que Borken le estaba enviando montones de dólares para asegurarse de que así fuera. Y el cabrón los aceptaba.

Reacher asintió. No dijo nada.

—Mierda. Mierda, mierda, ¡mierda! Es culpa mía.

Reacher seguía sin decir nada. Mostraba más tacto de esa manera. Entendía cómo se sentía McGrath. Entendía en qué posición se encontraba. Él había pasado por lo mismo, hacía mucho tiempo. Había sentido cómo le pegaban una puñalada traperera justo entre los omóplatos.

—Ya me encargaré más tarde de él —comentó McGrath—. Después de haber rescatado a Holly. ¿Te ha dicho algo de mí? ¿Pensaba que vendría a buscarla? ¿Te ha dicho algo?

Reacher asintió.

—Me dijo que confiaba en su gente.

Por primera vez en veinte años, el general Garber había matado a un hombre. No había sido su intención. Él tan solo pretendía dejarlo inconsciente y quedarse con su arma. Nada más. La víctima formaba parte de una pantalla interior de centinelas. Estaban apostados a intervalos aleatorios en una línea, cien metros al sur del juzgado. El general había rastreado el bosque de un lado para otro y había determinado con exactitud dónde estaba cada uno. Formaban una línea irregular, separados entre cuarenta y cincuenta metros entre sí, dos en el arcén de la carretera y el resto en el bosque.

Garber había elegido al que tenía más cerca cuando trazaba una línea recta entre el gran edificio blanco y él. Aquel miliciano iba a tener que apartarse. Garber necesitaba acceso directo. Y necesitaba un arma. Así que había elegido a uno de ellos y se le había acercado. Del húmedo suelo del bosque había cogido una piedra del tamaño de un puño. Se había situado detrás del miliciano.

La falta de entrenamiento de aquellos hombres había hecho que le resultara sencillo. Una pantalla de centinelas debería ser móvil. Debería estar moviéndose de lado a lado a lo largo del perímetro que le han ordenado que defienda. De esa manera, cubre cada centímetro de territorio y descubre si el compañero más próximo ha sido emboscado y yace en el suelo. Pero aquellos guardias estaban estáticos. De pie. Observando y escuchando. Mala táctica.

El miliciano que había elegido Garber llevaba gorra de campaña. Se camuflaba con el camuflaje equivocado. El patrón era ininterrumpido y de color negro y gris. Muy bien diseñado para ser efectivo en entornos urbanos;

inútil en un bosque moteado por los rayos de sol. Garber se había acercado por detrás y le había atizado con la piedra. Le había pegado justo en la nuca.

Demasiado fuerte. El problema es que la gente es diferente. No se puede estimar la fuerza que tienes que aplicarle al golpe. No es como jugar al billar. Si quieres meter una bola en la tronera de la esquina, sabes exactamente lo fuerte que tienes que darle con el taco. Pero los cráneos son diferentes. Algunos son duros. El de aquel miliciano no lo era. Se rompió como un huevo y la columna vertebral se partió justo arriba del todo. El hombre había muerto antes de llegar al suelo.

—Mierda —suspiró Garber.

No es que le preocupara la ética de la situación. Eso no le preocupaba lo más mínimo. Cuarenta años tratando con tipos duros que se habían echado a perder le habían servido para que tuviera muy bien definidos muchísimos puntos éticos. Le preocupaban los buitres. Las personas inconscientes no los atraen. Los muertos sí. Buitres volando en círculos comunican una información. Les dirían a los demás centinelas: uno de los vuestros está muerto.

Así que Garber cambió ligeramente su plan. Cogió el M-16 del muerto y avanzó más lejos de lo que había pretendido. Avanzó hasta estar a unos veinte metros de donde empezaba a dejar de haber árboles. Miró a derecha e izquierda hasta que vio un peñasco, diez metros más allá del borde del bosque. Aquella sería la siguiente parada de su cauteloso avance. Se escondió detrás de un árbol y se agachó. Comprobó el estado del rifle. Volvió a armarlo y esperó.

Harland Webster rebobinó la cinta de vídeo por cuarta vez y volvió a observar lo sucedido. La nube de niebla rosada, el primer guardia cayendo, el segundo guardia empezando a correr, la cámara disminuyendo los aumentos

de repente para cubrir todo el claro. El segundo guardia desmoronándose en silencio. Luego, una pausa. Entonces, Reacher aparecía corriendo como alma que lleva el diablo. Apartaba los cadáveres, cortaba las cuerdas, ponía a McGrath a salvo.

—Nos hemos equivocado con ese tipo —comentó.

El general Johnson asintió y comentó:

—Me gustaría que Garber estuviera aquí. Le debo una disculpa.

—Los aviones se están quedando sin combustible —comentó el ayudante.

Johnson volvió a asentir.

—Envía uno de ellos de vuelta. Ya no necesitamos que los dos sigan ahí arriba. Que vayan turnándose.

El ayudante llamó a la base Peterson y, en cuestión de un minuto, tres de las seis pantallas del vehículo se quedaron en negro, en cuanto el avión que describía el círculo exterior se desvió en dirección sur. El que describía el interior dejó de centrarse en un diámetro tan pequeño y empezó a cubrir toda la zona. El claro dejó de verse en primer plano y pasó a tener el tamaño de una moneda de veinticinco centavos. El gran juzgado blanco apareció en escena, en la esquina inferior derecha de las pantallas. Tres imágenes idénticas en las tres pantallas brillantes, una para cada uno de ellos. Se inclinaron hacia delante y observaron. La radio que tenía Webster en el bolsillo empezó a crepitar.

—¿Webster? —Era la voz de Borken—. ¿Estás ahí?

—Aquí estoy.

—¿Qué pasa con el avión? ¿Estáis perdiendo el interés?

Durante un segundo, Webster se preguntó cómo podría saberlo. Entonces recordó los rastros de vapor. Eran como un diagrama en el cielo.

—¿Quién ha sido, Brogan o Milosevic?

—¿Qué pasa con los aviones?

—Falta de combustible. Volverá.

Una pausa. Entonces Borken volvió a hablar:

—De acuerdo.

—Bueno, ¿quién ha sido? ¿Brogan o Milosevic?

Pero la radio se quedó en silencio. La apagó y se dio cuenta de que Johnson le estaba observando. Su cara decía: «Resulta que el militar era bueno y el del FBI era malo». El director del FBI se encogió de hombros. Intentó que pareciera una disculpa. Intentó algo que transmitiera un «Ambos hemos cometido fallos». Pero la cara de Johnson decía: «Deberías haberlo sabido».

—Podría ser un problema, ¿verdad? —preguntó el ayudante—. Brogan y Milosevic, el que no sea un traidor... sigue pensando que Reacher es el enemigo. Y el que sea el malo sabe que Reacher es el enemigo.

Webster desvió la mirada. Volvió a centrarse en las pantallas.

Borken guardó el radiotransmisor en el bolsillo de su uniforme negro. Tamborileó con los dedos en el estrado del juez. Miró a la gente que, a su vez, lo miraba a él.

—Con una cámara vale —dijo.

—Claro —convino Milosevic—, una vale tanto como dos.

—No es un buen momento para interferencias, deberíamos acabar con Reacher antes de cualquier otra cosa.

Milosevic miró en derredor, nervioso.

—A mí no me miréis. Yo me quedo aquí. Yo solo quiero mi dinero.

Borken no le quitaba ojo. Seguía dándole vueltas a la cabeza. De pronto, le preguntó:

—¿Sabes cómo se caza un tigre en la jungla? ¿O un leopardo, o un bicho así?

—¿Qué?

—Atas una cabra a una estaca. Y esperas.

—¿Qué? —repitió Milosevic.

—Reacher estaba ansioso por rescatar a McGrath, ¿no? Pues es posible que también esté deseando rescatar a tu colega Brogan.

El general Garber oyó el escándalo y se arriesgó a moverse unos pocos metros. Se acercó a la zona donde clareaban los árboles y se agachó. Se giró hacia la izquierda para obtener una perspectiva mejor. El juzgado estaba justo delante, pendiente arriba. Veía la fachada del sur entera y tenía un ángulo limitado de la fachada frontal. Alcanzaba a ver la entrada principal. Veía la escalinata. Vio salir un escuadrón compuesto por milicianos. Seis. Los dos de los flancos iban alerta, mirando a uno y otro lado, con los rifles en ristre. Los otros cuatro transportaban a alguien, abierto de piernas, bocabajo. Lo llevaban por las muñecas y los tobillos. Era un hombre. Lo sabía por la voz. No paraba de retorcerse, pegar patadas y gritar. Era Brogan.

Garber se quedó frío. Sabía lo que le había pasado a Jackson. McGrath se lo había contado. Levantó el rifle. Apuntó al miliciano que estaba más cerca. Lo siguió con cuidado mientras avanzaba de derecha a izquierda. Con la visión periférica observó a los otros cinco. Pensó en la pantalla de centinelas que tenía detrás. Esbozó una mueca y bajó el arma. Eran demasiados. Tenía una regla: centrarse en la misión que se tiene entre manos. Se la había repetido como una oración a lo largo de cuarenta años. Y la misión que tenía entre manos era rescatar a Holly Johnson. Se retiró unos metros por el bosque y se encogió de hombros ante los dos hombres que tenía delante.

Los pilotos del Chinook habían salido con dificultad de la aeronave accidentada y se habían tambaleado entre los árboles. Pensaban que iban en dirección sur, pero estaban tan desorientados que avanzaban hacia el norte. Habían pasado por la pantalla de centinelas sin saber siquiera que estaba allí

y se habían encontrado con un general de tres estrellas sentado en la base de un pino. El general les había pedido que se agachasen y se escondiesen. Tenían la sensación de que aquello era un sueño y albergaban la esperanza de despertar. No dijeron nada y escucharon mientras los gritos se apagaban por detrás del ayuntamiento en ruinas.

Reacher y McGrath lo oyeron minutos después. Débil en un principio, en lo profundo del bosque, a su izquierda. Después fue oyéndose más fuerte. Se movieron juntos hasta un hueco entre cabañas por el que alcanzaban ver el Bastión y el comienzo de la pista de tierra batida. Estaban a unos tres metros del claro, suficientemente lejos como para estar bien escondidos, pero lo bastante cerca como para observar.

Vieron aparecer a dos milicianos bajo la luz del sol. Luego, cuatro más, caminando al paso, con los rifles al hombro, inclinados hacia delante, contrarrestando el peso que transportaban. El peso no paraba de retorcerse, pegar patadas y chillar.

—Dios mío, es Brogan —susurró McGrath.

Reacher se quedó mirando un buen rato. En silencio. Luego, asintió.

—Me he equivocado, el malo es Milosevic.

McGrath le quitó el seguro a la Glock.

—Espera —susurró Reacher.

Se movió hacia la derecha y le pidió a McGrath que le siguiera. Permanecieron entre los árboles, en paralelo a los seis milicianos y Brogan, que iban por el claro. Los soldados se movían despacio por el suelo de pizarra y Brogan cada vez gritaba con más fuerza. Pasaron al lado de los cadáveres, las piquetas y las cuerdas cortadas y siguieron adelante.

—Van a la cabaña de castigo —murmuró Reacher.

Los perdieron de vista tras la serie de árboles que ocultaban el sendero que



iba hasta el siguiente claro. Pero aún oían los gritos. Era como si Brogan tuviera muy claro qué le iba a suceder. McGrath pensó en el final de la conversación por radio con Borken. Reacher pensó en el cadáver mutilado de Jackson y en cómo lo había enterrado.

Se arriesgaron a acercarse un poco al claro. Vieron cómo los seis milicianos se dirigían a la cabaña sin ventanas y se detenían frente a la puerta. Los que iban delante se dieron la vuelta y cubrieron la zona con los rifles. El que sujetaba la muñeca derecha de Brogan sacó una llave de su bolsillo. El agente del FBI gritó pidiendo ayuda. Gritó pidiendo clemencia. El miliciano abrió la cerradura. Abrió la puerta. Vieron cómo se sobresaltaba y soltaba una exclamación.

Joseph Ray salió de la cabaña de castigo. Aún estaba desnudo. Llevaba la ropa en las manos, hecha una bola. Tenía sangre seca por toda la zona inferior de la cara, que, junto con la barba, hacía que pareciera que llevaba una máscara. Empezó a dar saltitos al pisar la pizarra con los pies desnudos. Los otros seis milicianos se quedaron mirando cómo se iba.

—¿Quién coño es ese? —preguntó McGrath en voz baja.

—Un gilipollas.

Los guardias tiraron a Brogan al suelo. Luego, lo levantaron por el cuello de la camisa. El agente miraba como loco a uno y otro lado y gritaba. Reacher se fijó en su cara: estaba pálido, aterrado y no paraba de boquear. Los milicianos lo arrojaron a la cabaña. Entraron detrás de él. Cerraron la puerta de golpe. McGrath y Reacher se acercaron. Oyeron gritos y golpes sordos, como los de un cuerpo lanzado contra las paredes. Aquellos ruidos duraron varios minutos. Después, silencio. Se abrió la puerta. Los seis milicianos salieron, en fila, sonrientes y sacudiéndose las manos. El último de ellos se dio la vuelta y se apresuró a soltar a la víctima una última patada. Reacher oyó el golpe y el quejido de Brogan. Luego el miliciano cerró la

puerta con llave y se apresuró tras los otros. Sus pasos hacían que la pizarra crujiera. Se fueron. El claro se quedó en silencio.

Holly se acercó a la puerta cojeando. Puso la oreja sobre ella y escuchó. Todo en silencio. No se oía nada. Volvió cojeando al colchón y cogió el otro par de pantalones de camuflaje. Rasgó las costuras con los dientes. Rasgó el material hasta que consiguió separar la pieza frontal de una de las perneras. Con aquello, tenía entre manos un pedazo de lona de unos setenta y cinco centímetros de largo y quince de ancho. Se lo llevó al baño y llenó de agua caliente el lavamanos. Empapó la tira de tela en ella. Luego se quitó los pantalones. Escurrió la tela empapada y se la apretó alrededor de la rodilla tan fuerte como pudo. La ató y volvió a ponerse los pantalones. Tenía la esperanza de que la tela encogiese un poco cuando se secase. Estaría más tirante. No iba a poder resolver su problema mucho mejor. Mantener la articulación rígida era la única manera que tenía para reducir el dolor.

Entonces hizo lo que había estado planeando. Le quitó la contera a la muleta. Golpeó con la punta de aluminio las baldosas de la ducha. Las rompió. Le dio la vuelta a la muleta y usó el reposacodos curvado para arrancar los restos de la pared. Escogió dos pedazos. Ambos habían quedado, más o menos, en forma de triángulo. Estrechos en la base y puntiagudos. Usó el borde del reposacodos para rascar el barro endurecido de la punta hasta que dejó solo la blanca capa vitrificada. Como si fuera la hoja de un cuchillo.

Metió las armas en dos bolsillos distintos. Corrió la cortinilla de la ducha para ocultar los daños. Volvió a ponerle la contera a la muleta. Cojeó hasta el colchón y se sentó a esperar.

El problema de contar con una sola cámara era que tenía que cubrir un espacio muy amplio. Era la única manera de controlar toda la zona. Así que,

lo que se veía en la pantalla, se veía muy pequeño. El grupo de milicianos transportando algo había aparecido como un insecto grande que caminara por la pantalla.

—¿Es Brogan? —preguntó Webster.

El ayudante rebobinó el vídeo y lo observaron de nuevo.

—Lo llevan boca abajo, es difícil saberlo.

Detuvo el movimiento y usó el manipulador digital para agrandar la imagen. Movi6 el pomo de goma negra para colocar al hombre despatarrado en el centro de la pantalla. Agrandó la imagen hasta que empezó a distorsionarse.

—Es difícil saberlo —repitió—. Pero es uno de los dos, eso está claro.

—Creo que es Brogan —dijo Webster.

Johnson observaba con mucha atención la imagen. Puso el índice y el pulgar en la pantalla para intentar calcular la altura del prisionero.

—¿Cuánto mide? —preguntó.

—¿Cuánto mide? —preguntó Reacher de repente.

—¿Qué?

Reacher estaba entre los árboles, por detrás de McGrath, observando la cabaña de castigo. Se fijaba, en concreto, en la fachada delantera. Debía de tener algo más de tres metros y medio de largo y dos y medio de alto. A la izquierda había un pedazo de pared de unos sesenta centímetros; luego, la puerta, de unos setenta y cinco centímetros de anchura, con las bisagras a la derecha y el picaporte a la izquierda; y, luego, otro pedazo de pared, de algo más de dos metros, que iba hasta el final de la fachada.

—¿Cuánto mide?

—Por Dios, ¿qué importa eso?

—Creo que sí que importa.

McGrath se giró y le miró.

—Entre uno setenta y cinco y uno setenta y ocho. No es especialmente alto.

El revestimiento estaba hecho con tablones de veinte por diez claveteados a la estructura. Había una unión a lo largo de la mitad de la cabaña. Era probable que el suelo fuera de tablones algo más largos dispuestos sobre un entramado de tablillas de diez por cinco. Por tanto, el suelo empezaba unos doce centímetros por encima de la parte baja del revestimiento exterior. Casi cuatro centímetros por debajo del quicio de la puerta.

—Delgado, ¿no? —preguntó Reacher.

McGrath seguía observándole.

—Una treinta y ocho normal, diría yo.

Reacher asintió. Las paredes serían de tablas de cinco por diez, revestidas por dentro y por fuera con madera de contrachapado. Una anchura total de unos catorce centímetros, puede que menos si el revestimiento de dentro era más fino. Digamos que la cara interna estaba a unos doce centímetros y medio de la esquina y la base inferior a otro tanto del suelo.

—¿Diestro o zurdo?

—Puf... pues, no sé.

—¿Diestro o zurdo?

—Diestro. Estoy bastante seguro.

El entramado de tablillas de diez por cinco descansaría sobre bases de cuarenta centímetros. Esa era la dimensión estándar. Pero desde la esquina de la cabaña a la parte derecha de la puerta solo había una distancia de sesenta centímetros. Sesenta centímetros menos los doce centímetros del grosor le dejaba con cuarenta y ocho centímetros. Era probable que hubiera un rectángulo de cinco por diez justo en el centro de esa distancia. A menos que hubieran escatimado algo, cosa que solía ser habitual. La pared tendría un relleno de fibra de vidrio para aislar.

—Atrás —murmuró Reacher.

—¿Por qué?

—Hazme caso.

McGrath se apartó de en medio. Reacher se fijó en un punto que había a veinticinco centímetros del final de la cabaña y a metro y medio del suelo. Se balanceó hacia la izquierda y descansó el hombro en el árbol. Levantó el M-16 y apuntó.

—¿Qué coño estás haciendo? —siseó McGrath.

Reacher no respondió. Esperó a que su corazón latiese y disparó. El arma chasqueó y la bala se coló por el lateral, cien metros más allá. A veinticinco centímetros de la esquina y a metro y medio del suelo.

—¿¡Qué coño estás haciendo!?! —repitió McGrath.

Reacher le cogió por el brazo y tiró de él hacia el bosque. Lo llevó hacia el norte y esperaron. Sucedieron dos cosas: los seis milicianos volvieron corriendo al claro y Brogan abrió la puerta de la cabaña de castigo. El agente del FBI estaba en el umbral. Con el brazo derecho colgando. Tenía el hombro derecho destrozado y sangraba. En la mano derecha llevaba su 38 reglamentario. Amartillado. Tenía el dedo en el gatillo.

Reacher dispuso el M-16 en disparo en ráfagas. Disparó cinco ráfagas de tres disparos al suelo. Como por la mitad del claro. Los milicianos se detuvieron en seco, como si, de repente, tuvieran delante una barrera invisible o un barranco a los pies. Corrieron hacia el bosque. Brogan salió de la cabaña. Se quedó de pie bajo el sol e intentó levantar el revólver. El brazo no le respondía. Colgaba inútil.

—Era un señuelo. Pensaban que iba a ir a por él. Estaba esperando detrás de la puerta con el arma. Ya sabía que era el malo. Por un momento me han engañado.

McGrath asintió despacio. Miraba el 38 reglamentario que llevaba Brogan. Pensó en que, a él, lo primero que le habían hecho era confiscarle el suyo.

Levantó la Glock y apoyó la muñeca contra un árbol. Apuntó mirando por encima del cañón.

—Olvidalo.

McGrath seguía mirando a Brogan y negó con la cabeza.

—No pienso olvidarlo. Ese cabrón vendió a Holly.

—Me refiero a que te olvides de hacerlo con la Glock. Hay cien metros. Con la Glock no vas ni a acercarte. Tendrás suerte si le das a la puta cabaña desde aquí.

McGrath bajó la pistola y Reacher le tendió el M-16, tras lo que se quedó observando interesado cómo apuntaba McGrath.

—¿Dónde? —le preguntó.

—En el pecho —respondió McGrath.

Reacher asintió.

—Buena elección.

McGrath se quedó quieto y disparó. Era bueno, pero no muy bueno. El rifle aún estaba en modo de ráfaga y disparó tres balas. La primera impactó a Brogan en la parte superior izquierda de la frente y las otras dos se desviaron hacia arriba y arrancaron fragmentos del marco de la puerta. Bien, pero no muy bien. A pesar de todo, suficiente para cumplir con el cometido. Brogan cayó como una marioneta a la que le cortan las cuerdas. Cayó justo delante de la puerta. Reacher cogió el rifle y disparó por entre los árboles del borde del claro hasta que se quedó sin balas. Recargó y le devolvió la Glock a McGrath. Le hizo un gesto con la cabeza hacia el este, para que se internaran por el bosque. Se dieron la vuelta y se encontraron de golpe con Joseph Ray. Iba desarmado y estaba a medio vestir. La sangre seca que tenía en la cara parecía pintura marrón. Estaba abotonándose la camisa. Se había equivocado de ojales.

—Van a morir mujeres y niños —dijo.

—Tenéis una hora, Joe —respondió Reacher—. Corre la voz. Todo el que

quiera vivir, que corra a las montañas.

El miliciano negó con la cabeza.

—No. Tenemos que reunirnos en la plaza de armas. Las órdenes son esas. Tenemos que esperar a Beau allí.

—Beau no va a ir.

Ray volvió a negar con la cabeza.

—Claro que sí. No vais a poder con él, seáis quienes seáis. Es imposible. Tenemos que esperarle. Va a decirnos qué hay que hacer.

—Huye, Joe, por el amor de Dios. Y llévate a tus hijos.

—Beau dice que tienen que quedarse aquí. Ya sea para saborear los frutos de la victoria o para afrontar las consecuencias de la derrota.

Reacher se quedó mirándolo. Al miliciano le brillaban los ojos. Sus dientes destellaron cuando esbozó una sonrisa corta y desafiante. Bajó la cabeza y salió corriendo.

—¿Van a morir mujeres y niños? —repitió McGrath.

—Propaganda de Borken. Los ha convencido de que, aquí, la manera de pagar por la derrota es el suicidio.

—¿Y lo aceptan?

—Los controla. Es peor de lo que imaginas.

—No tengo ningún interés en derrotarlos. Ahora mismo, lo único que quiero es rescatar a Holly.

—Lo mismo digo.

Ambos caminaron en silencio por el bosque, en dirección al Bastión.

—¿Cómo lo has sabido? Lo de Brogan.

Reacher se encogió de hombros.

—Por instinto. Su cara, supongo. Les encanta pegar a la gente en la cara. A ti te pegaron. Pero Brogan no tenía ni una marca. Le he mirado la cara. Ni daños, ni sangre. Me ha dado la sensación de que no encajaba. La agitación de la emboscada, la tensión, seguro que alguna que otra hostia le habrían

soltado. Como a ti. Pero era de los suyos, así que se acercan, se dan la mano y punto.

McGrath asintió. Se tocó la nariz.

—¿Y si te hubieras equivocado?

—Habría dado igual, porque no habría estado detrás de la puerta. Habría estado en el suelo con las costillas rotas porque los golpes que hemos oído habrían sido de verdad.

McGrath volvió a asentir.

—Y tantos gritos... —añadió Reacher—. Iban desfilando, muy muy despacio, con el tipo gritando desgarrado. Intentaban llamar mi atención.

—Se les da bien. Webster está preocupado con ese tema. No entiende por qué están tan interesados en obtener atención y por qué están haciendo este asunto más gordo de lo que es necesario.

Seguían en el bosque. A mitad de camino entre el claro pequeño y el Bastión. Reacher se detuvo. Como si se hubiera quedado sin aliento. Se llevó las manos a la boca. No respiraba, como si el mundo se hubiera quedado sin aire.

—Dios mío. Ya sé por qué... es un señuelo —afirmó Reacher.

—¿Qué?

—Este asunto me da mala espina.

—¿Por qué? —preguntó con urgencia McGrath.

—Por Borke. Hay algo que no encaja. Su intención es dar el primer golpe. Ahora bien, ¿dónde está Stevie? ¿Sabes qué? Creo que hay dos primeros golpes. Esto que está sucediendo aquí y luego algo más, en otro lado. Un ataque sorpresa. Como Pearl Harbor, como en sus putos libros de guerra. Por eso está interesado en que esto estalle. Holly, lo del suicidio. Quiere que la atención esté centrada aquí.



Holly estaba de pie y de cara a la puerta cuando llegaron a buscarla. El rollo con el que se había rodeado la rodilla empezaba a secarse y a ponerse duro. Así que tenía que estar de pie, porque ya no podía doblar la pierna. Además, quería estar de pie, porque era la mejor manera de hacerlo.

Oyó pasos en el vestíbulo. Los oyó subir haciendo ruido por las escaleras. Le pareció que eran dos hombres. Oyó cómo se detenían frente a la puerta. Oyó cómo la llave se deslizaba por la cerradura y giraba. Parpadeó una sola vez y tomó aire. Abrieron la puerta. Entraron, en efecto, dos hombres. Dos rifles. Permaneció de pie, de cara a ellos. Dio un paso hacia delante.

—Sal, puta.

Cogió la muleta con fuerza. Se apoyó en ella con todo su peso y avanzó cojeando. Despacio. Quería estar fuera antes de que se dieran cuenta de que podía moverse mejor de lo que pensaban. Antes de que se dieran cuenta de que estaba armada y de que era peligrosa.

—Asestar el primer golpe —dijo Reacher—. Lo interpreté todo mal.

—¿Por qué? —le preguntó McGrath apremiante.

—Porque no he visto a Stevie. Al menos, no desde esta mañana. Ya no está aquí. Ha ido a alguna parte.

—Reacher, no entiendo nada de lo que dices.

Reacher sacudió la cabeza, como si pretendiera aclarar sus ideas y volver a

centrarse. Salió corriendo hacia el este por el bosque. Hablando en voz baja, pero con tono de urgencia.

—Me he equivocado. Borken me dijo que ellos iban a asestar el primer golpe. Contra el sistema. Creía que se refería a la declaración de independencia. Creía que ese era el primer golpe. La declaración y la batalla para asegurar su territorio. Pensaba que se refería a eso. Solo a eso. Pero están haciendo algo más. En otro lado. Están haciendo dos cosas al mismo tiempo. De forma simultánea.

—¿Qué estás diciendo?

—Es cuestión de atención. La declaración de independencia centra aquí la atención, en Montana, ¿no?

—Claro. Planeaban que la CNN y la ONU presenciaran lo que estaba pasando. Eso es muchísima atención.

—Pero habríamos estado concentrándola en el sitio equivocado. Borken tiene una librería llena de libros teóricos acerca de cómo no hacer lo que se espera que hagas. Todo un estante dedicado a Pearl Harbor. Y le oí en la mina. Cuando fue a por el lanzamisiles. Le acompañaba Fowler. Borken dijo que, para esta noche, este sitio no estaría en nuestra lista de prioridades. Así que van a hacer algo más en otro lado. Algo diferente. Puede que más grande. Dos golpes gemelos contra el sistema.

—Pero ¿el qué? ¿Y dónde? ¿Cerca de aquí?

—No. Lo más probable es que lo hagan lejos. Como pasó con Pearl Harbor. Se han separado con la intención de asestar un golpe mortal en otro sitio. Porque en este asunto hay un factor de tiempo. Está todo coordinado.

McGrath le miraba fijamente.

—Lo han planeado muy bien. Conseguir centrar aquí la atención del mundo entero. Independencia. Todo eso que iban a hacerte. Iban a matarte poco a poco con las cámaras como testigos. Luego la amenaza del suicidio en masa. Mujeres y niños muertos. Un gran asedio. Así que nadie estaría

mirando hacia ningún otro lado. Borken es mucho más inteligente de lo que creía. Dos golpes, cada uno de los cuales tapa al otro. Todos están mirando hacia aquí, y entonces, pasa algo gordo en otro lado, con lo que toda la gente se vuelve para mirar hacia allí y él consolida su nueva nación aquí.

—Pero ¿dónde va a pasar eso, por Dios? ¿Y qué coño es lo que va a pasar? Reacher negó con la cabeza.

—No lo sé.

Entonces se quedó quieto. Oyó un chasquido justo delante y una patrulla de seis milicianos salió de detrás de un grupo de pinos y se detuvo justo delante de ellos. Llevaban M-16 al hombro, granadas en el cinto y el gesto de la sorpresa y el deleite en el rostro.

Borken había desplegado a todos los suyos para buscar a Reacher, excepto a los dos a los que había ordenado que se hicieran cargo de Holly. Oyó cómo bajaban las escaleras del juzgado. Sacó la radio del bolsillo y la encendió. Extendió la gruesa antena y pulsó el botón.

—¿Webster? Atento, ¿eh? Dentro de un minuto hablamos de nuevo.

No esperó a que le respondiera. Apagó el radiotransmisor de golpe y giró la cabeza siguiendo el sonido de los pasos, que se dirigían afuera.

A unos setenta y cinco metros en dirección sur, Garber los vio salir por la puerta y bajar la escalinata. Había salido del bosque. Había avanzado y estaba agachado detrás de un peñasco. Pensó que era un sitio bastante seguro, ahora que tenía cierto tipo de apoyo. Los pilotos del Chinook estaban unos treinta metros por detrás de él, separados, escondidos, con instrucciones de gritar si alguien se le acercaba por la espalda. Así que el general estaba tranquilo, mirando el gran edificio blanco colina arriba.

Vio a dos hombres armados y con barba que empezaban a bajar las

escaleras. Tiraban de una figura más pequeña que llevaba una muleta. Un halo de pelo oscuro, uniforme de camuflaje. Holly Johnson. Hasta ese momento, nunca la había visto. Solo en las fotografías que le habían enseñado los del FBI. Las instantáneas no le hacían justicia. Incluso a setenta y cinco metros era capaz de percibir el brillo de su carácter. Era como si irradiara una especie de energía. La sintió. Se acercó el rifle.

El M-16 que Reacher llevaba en las manos era un arma de 1987, manufacturada por la empresa Colt Firearms en Hartford, Connecticut. Era la versión A2. Su principal novedad era que se había reemplazado el disparo automático por disparo en ráfagas. Con intención de ahorrar, el gatillo se trababa tras el disparo de tres proyectiles. La idea era gastar menos munición.

Seis objetivos, tres balas del nuevo cargador para cada uno, un total de dieciocho balas y seis presiones de gatillo. Cada ráfaga de tres balas duraba un quinto de segundo, así que la secuencia de fuego en sí misma no tardaría más de un segundo y un quinto. Lo que le hacía perder a uno tiempo era tener que apretar el gatillo una y otra vez. Se tardaba tanto que Reacher empezó a tener problemas cuando ya había abatido a los cuatro primeros. No apuntaba. Solo describía un arco de izquierda a derecha, a corta distancia, tirando al bulto de los cuerpos que tenía delante. Sus enemigos habían empezado a bajar el rifle como si fueran un solo hombre. Los cuatro primeros no habían llegado a bajarlo del todo, pero el quinto y el sexto tenían el arma ya casi en horizontal para cuando el cuarto de los suyos cayó. Una secuencia de dos segundos y cuarto.

Así que Reacher hizo una apuesta. Era el tipo de apuesta instintiva que se hace tan rápido que decir que se trata de una decisión instantánea es infravalorar la velocidad, como si se tratara de un factor absurdo. Apuntó el rifle hacia el sexto porque estaba seguro de que McGrath iba a encargarse del

quinto con la Glock. El tipo de apuesta instintiva que haces basándote en nada excepto en una sensación que, a su vez, está fundamentada única y exclusivamente en comparar la cara de la persona en quien estás confiando con la de otras personas en las que has confiado en el pasado.

El chasquido de la Glock, como un reventón, se perdió por debajo de la ráfaga del M-16, pero el quinto miliciano cayó al mismo tiempo que el sexto. Reacher y McGrath se tiraron al suelo al mismo tiempo, entre la maleza, planos. Miraron a su alrededor mientras el silencio volvía a adueñarse del bosque y el humo de la cordita se elevaba entre los rayos de sol. Nada se movía. No había supervivientes. McGrath soltó un gran suspiro y le tendió la mano a Reacher sin levantarse del suelo. Este se dio la vuelta y se la estrechó.

—Eres bastante rápido para ser un viejo.

—De hecho, por eso he llegado a viejo —contestó McGrath.

Se levantaron despacio y se agacharon para internarse entre los árboles. Al rato, oyeron a un grupo de gente que avanzaba hacia ellos por el bosque. Una corriente de personas iba en dirección noroeste desde el Bastión. McGrath volvió a levantar la Glock y Reacher puso el M-16 en posición de un único disparo. Le quedaban doce balas. Muy pocas como para malgastarlas, a pesar de la medida económica del A2. Entonces vieron mujeres entre los árboles. Mujeres y niños. Y algunos hombres con ellas. Eran familias. Marchaban en columnas de a dos. Reacher vio a Joseph Ray, con una mujer a su lado y dos niños marchando perplejos por delante de él. Vio a la mujer de la cantina, que marchaba al lado de un hombre. Delante de ellos marchaban tres niños, impasibles.

—¿Adónde van? —susurró McGrath.

—A la plaza de armas —respondió Reacher—. Lo ha ordenado Borken, ¿recuerdas?

—¿Y por qué no se largan?

Reacher se encogió de hombros y no dijo nada. No sabía por qué.

Permaneció escondido y observó las caras inexpresivas de los milicianos mientras estos recorrían el bosque, punteado de sol. Luego le tocó el brazo a McGrath y corrieron por entre los árboles hasta que salieron por detrás de la cantina. Reacher miró con cautela alrededor. Se estiró y se agarró al saliente del tejado. Puso un pie en el alféizar de una de las ventanas y pegó un salto hasta las tejas. Gateó por el tejado, hacia arriba, y se quedó junto a la brillante chimenea de metal. Cogió los prismáticos robados y miró en dirección sudeste, hacia el pueblo, mientras pensaba: «Vale, pero ¿qué está pasando? ¿Y dónde?».

El ayudante del general Johnson era quien más aptitudes tenía con los controles del ordenador, ya fuera porque estaba familiarizado con ese tipo de aparatos o porque era más joven. Usó el pomo de goma y la palanca para centrar la zona que había delante de la escalinata del juzgado. Luego, aumentó la imagen para enmarcar la vista. Tenía la fachada oeste del edificio a la derecha de la pantalla y la este del ayuntamiento en ruinas a la izquierda. Ambas construcciones estaban rodeadas de zonas de césped, una de ellas abandonada y llena de maleza; la otra, razonablemente bien cuidada. La carretera corría en vertical por el centro de la imagen, como en un mapa. El todoterreno en el que habían llevado a McGrath seguía aparcado en el mismo sitio. El ayudante se sirvió de él para comprobar el enfoque. Apareció nítido y claro. Era un vehículo militar de excedentes. Con letras en blanco, pero sucias. El parabrisas estaba bajado, había una cartera de mapas de lona, una lata de combustible y una pala de mango corto en la parte de atrás.

Vieron a los dos milicianos que llevaban a Holly. Desde arriba, las tres figuras dibujaban una perfecta línea recta en diagonal, como cuando tiras un dado y te sale un tres. La habían sacado del juzgado y esperaban. Fue entonces cuando vieron la gran figura, bajando los peldaños detrás de ellos.

Era Borken. Llegó a la carretera y miró hacia arriba. Directo —por mucho que fuera invisible— a la cámara que había a once kilómetros de altura. Se quedó mirando y saludó. Levantó la mano derecha. Tenía una pistola negra en ella. Luego, miró hacia abajo y trasteó con algo que tenía en la mano izquierda. Se lo llevó a la oreja. La radio que Webster tenía delante, sobre la mesa, crepitó. El director la cogió y la abrió.

—¿Sí?

Vieron cómo Borken volvía a saludar a la cámara.

—¿Me veis?

—Te vemos.

—¿Veis esto?

Volvió a levantar la pistola. El ayudante del general la enfocó más de cerca. El gran corpachón de Borken ocupaba toda la pantalla. Una cara rosada vuelta hacia arriba y una pistola negra en la mano.

—Lo vemos.

El ayudante alejó la imagen. Borken siguió a lo suyo:

—Una Sig Sauer P226. ¿La conocéis?

Webster se quedó callado. Miró a su alrededor.

—Sí —respondió.

—Nueve milímetros. Quince disparos por cargador.

—¿Y?

Borken se rio. Sonó muy fuerte en la oreja del director del FBI.

—Es hora de practicar puntería. A ver si adivináis cuál va a ser la diana.

Vieron cómo los dos milicianos avanzaban hacia Holly. Acto seguido, vieron cómo la joven levantaba la muleta. La sujetaba con ambas manos. Se la clavó con fuerza en las tripas al primero. La retiró y la giró. Golpeó al segundo en la cabeza. Pero era de aluminio, ligera. No pesaba. La tiró al suelo y se metió las manos en los bolsillos. Las sacó. Llevaba algo en cada una de ellas. Objetos que brillaban y reflejaban el sol. Se lanzó hacia delante

y acuchilló a la desesperada la cara del que tenía enfrente. Movía las refulgentes armas de tal manera que parecía un remolino.

El ayudante ajustó la imagen a toda prisa. El primero de los milicianos había caído, agarrándose el cuello y la cara. Tenía sangre en las manos. Holly describía círculos muy rápidos, acuchillando el aire como una pantera enjaulada, pivotando sobre una pierna tiesa, con el otro pie bailoteando a un lado y a otro mientras atacaba a derecha e izquierda. Webster oía una respiración distorsionada y jadeos por la radio. Oía también gritos y alaridos. Miró la pantalla y suplicó para sus adentros: «A la izquierda, Holly, ve a por el todoterreno».

Pero la mujer fue hacia la derecha. Giró la mano izquierda y la levantó, mientras mantenía baja la otra, como un boxeador. Se lanzó a por el segundo miliciano. Este levantó el rifle cruzado, el movimiento de alguien asustado que pretendía defenderse de las cuchilladas. La muñeca de Holly se estrelló contra el cañón. Su arma salió volando por el aire. Soltó un patadón por debajo del rifle y le atizó al miliciano en la entrepierna. Su enemigo se giró y cayó al suelo. Holly se lanzó a por Borke. Su resplandeciente mano describió un arco letal. Webster oyó un chillido por la radio. En la pantalla vieron cómo Borke se protegía y esquivaba la lluvia de cuchilladas que Holly intentaba asestarle.

Pero el segundo miliciano se había levantado y estaba detrás de ella. Era evidente que dudaba. C cogió el rifle como un bate. Le atizó con la culata en la nuca. A Holly le abandonaron las fuerzas. La pierna lesionada seguía tiesa, así que cayó como si se tirara desde lo alto de una verja y quedó tendida en la carretera, a los pies de Borke.

Dos caídos. Uno de ellos era Holly. Reacher ajustó los prismáticos para enfocarla a ella. Dos seguían de pie. Un miliciano con un rifle y Borke, con



una pistola y el radiotransmisor. Todos ellos en un grupo bastante cerrado, visibles entre los árboles a unos mil cien metros en dirección sudeste y unos trescientos metros por debajo. Holly estaba inmóvil en el suelo. La quería. La amaba por ese valor que tenía. Dos hombres armados y Borken, y lo había intentado. Sin apenas esperanza, pero lo había intentado. Bajó los prismáticos y abrazó la chimenea con las piernas, como si estuviera montando un caballo metálico. La chimenea estaba cálida. Tenía el torso sobre la pendiente del tejado. Su cabeza y sus hombros apenas sobresalían. Volvió a llevarse los prismáticos a los ojos, contuvo el aliento y esperó.

Vieron los gestos agitados de Borken y cómo el herido se levantaba y se acercaba al miliciano que había golpeado a Holly. Vieron cómo le ponían los brazos a la espalda y la levantaban. Tenía la cabeza colgando. Una de sus piernas estaba doblada y la otra, tiesa. La apoyaron sobre ella e hicieron una pausa. Borken les ordenó que se movieran. La llevaron hasta el otro lado de la calle. Entonces Webster oyó la voz de Borken por la radio, alta pero entrecortada.

—Bueno, se acabó la diversión. Pásame al padre de la chica.

Webster le pasó la radio al general Johnson. Este la miró. Se la llevó al oído.

—Lo que quieras. Cualquier cosa, pero no le hagáis daño.

Borken se rio. Era una carcajada alta y de alivio.

—Esa es la actitud que me gusta. Ahora, fíjate bien.

Los dos milicianos llevaban a Holly loma arriba, justo por delante del ayuntamiento en ruinas. Llegaron al árbol seco. Le dieron la vuelta y la movieron hasta que tuvo la espalda contra el tronco. Le pusieron los brazos alrededor del tronco. Holly levantó la cabeza. La sacudió, aturdida. Uno de los soldados le sujetaba ambas manos y el otro trasteaba con algo. Unas

esposas. Le ató las muñecas de manera que quedó ligada al tronco. Ambos milicianos se apartaron y se dirigieron hacia Borken. Holly se cayó, se deslizó por el tronco. Luego, se empujó hacia arriba y se puso de pie. Volvió a sacudir la cabeza y miró en derredor.

—Prácticas de tiro —dijo Borken por el radiotransmisor.

El ayudante del general toqueteó el enfoque y alejó la imagen para tener mejor perspectiva. Borken se alejaba. Caminó veinte metros en dirección sur y se dio la vuelta, con la Sig Sauer apuntando al suelo y el radiotransmisor aún a la altura de la boca.

—Allá voy.

Se puso de lado y levantó el brazo. Lo tenía completamente recto, con los hombros como un duelista de una película antigua. Bajó un poco el cañón y disparó. La pistola pegó un culatazo en silencio y se vio una nube de polvo en el suelo, a un metro de Holly.

Borken se echó a reír.

—He fallado —dijo—. Necesito práctica. Puede que tarde un poco en acercarme, pero me quedan otras catorce balas, ¿no?

Volvió a disparar. Otra nube de polvo en el suelo. Un metro más allá del tronco.

—Me quedan trece. Supongo que la CNN es tu mejor baza, ¿no? Llámales y cuéntales lo que está pasando. Haz un comunicado oficial. Que te apoye Webster. Luego, pásádmelos por el radiotransmisor. Si no me conectáis la línea de fax voy a tener que hablar directamente con ellos.

—Estás loco —exclamó Johnson.

—El que está loco eres tú. Yo soy una fuerza de la historia. Nada puede detenerme. Voy a dispararle a tu hija. La ahijada del presidente. No lo entiendes, Johnson. El mundo está cambiando. Lo estoy cambiando yo. Y el mundo tiene que ser mi testigo.

Johnson se quedó en silencio. Aturdido.

—De acuerdo —dijo Borke—. Voy a colgar por ahora. Venga, llama. Me quedan trece balas. Si no me pasáis con la CNN, mato a tu hija con la última.

Johnson oyó cómo la radio se quedaba en el más completo silencio, miró las pantallas y vio cómo Borke dejaba el radiotransmisor en el suelo. Luego, levantó la Sig Sauer con ambas manos. Vio cómo apuntaba. Le vio disparar y atinar entre los pies de su hija.

Reacher descansaba contra la cálida chimenea y bajó los prismáticos. Hacía cálculos mentales a toda prisa. Un cálculo que tenía que ver con el tiempo y la distancia. Estaba a mil cien metros de distancia en dirección noroeste. No llegaría a tiempo. Y no llegaría en silencio. Siguió tumbado sobre el techo de la cantina y llamó a McGrath. Lo hizo en voz baja y relajado. Como si estuviera pidiendo en un restaurante.

—¿McGrath? Ve a la armería. Es la cabaña que está al final, la que está apartada de las demás.

—Vale. ¿Qué quieres?

—¿Sabes cómo es un Barrett? Un cacharro negro y grande, con una mira, con un gran freno de boca. Y tráeme un cargador. Es muy probable que estén al lado.

—De acuerdo.

—Y date prisa —pidió Reacher.

La vista que tenía Garber desde el sur mejoró cuando los dos milicianos se situaron detrás de Beau Borke. Se quedaron unos pasos por detrás, como si no quisieran afectar en nada a la puntería de Borke. Este debía de estar a unos veinte metros de Holly, disparando loma arriba. Garber estaba a unos setenta metros, loma abajo. La hija del general estaba a la izquierda, en línea recta. Borke estaba a la derecha. Su enorme corpachón vestido de negro se

recortaba a la perfección contra la blanca fachada sur del juzgado. El general se dio cuenta de que alguien había cegado las ventanas del segundo piso con madera nueva y blanca. La cabeza de Borken estaba enmarcada justo en el centro de uno de aquellos rectángulos nuevos. Sonrió. Iba a ser como disparar a una pequeña diana rosa sobre un folio blanco. Cambió el M-16 a ráfagas de forma instintiva, pero decidió mirar para comprobarlo. Luego, se llevó la culata al hombro.

McGrath se puso de puntillas y le pasó el Barrett a Reacher, que estiró el brazo y lo cogió. Lo miró y se lo devolvió.

—No, este no. Busca uno con el número de serie acabado en cinco, cero, dos, cuatro, ¿vale?

—¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que ese dispara bien. Ya lo he usado.

—Dios santo.

Salió corriendo de nuevo. Reacher permaneció tumbado en el tejado, intentando mantener los latidos de su corazón bajo control.

El décimo disparo de Borken tampoco acertó en el blanco, pero tampoco se desvió mucho. Holly saltó tan lejos como se lo permitían las esposas. Borken iba de un lado para el otro, encantado. Se reía, se detenía y disparaba. Garber seguía su gran volumen de derecha a izquierda, recortado contra el gran edificio blanco. Esperaba a que se quedara quieto. Porque Garber tenía una regla: el primer tiro es el que cuenta.

McGrath había encontrado el rifle que Reacher había utilizado y se lo aupó hasta el tejado. Reacher lo cogió y comprobó el número. Asintió. McGrath

echó a correr como un loco hacia la entrada de la senda pedregosa. Desapareció por ella a la carrera. Reacher observó cómo se marchaba. Con el pulgar, comprobó el muelle del cargador. Con la palma, con suavidad, metió el cargador en el rifle. Se llevó el Barrett al hombro y lo equilibró con cuidado tumbado en la cumblera. Se acercó la culata al hombro y observó por la mira. Colocó el enfoque en mil cien metros con el pulgar izquierdo. Era cuanto daba la lente. Con la mano izquierda, cogió con fuerza el cañón por debajo. Comprobó el aterciopelado mecanismo y metió una bala en la recámara. Observó la escena.

La mira telescópica lo agrupaba todo, pero no alteraba la geometría. Holly estaba en el árbol seco, un poquito a la derecha. Esposada al tronco. Observó su rostro durante un buen rato. Luego, varió de objetivo. Borken estaba por debajo, como a unos veinte metros, un poco a la izquierda, disparando a la loma en la que se encontraba ella. Caminaba describiendo arcos cortos, a un lado y a otro. Pero, se detuviera donde se detuviera, había ciento cincuenta kilómetros de monte detrás de su cabeza. Las paredes del juzgado estaban muy lejos de la trayectoria de la bala de Reacher. Era un tiro seguro. Seguro, pero no sencillo. Mil cien metros es una distancia de la hostia. Soltó el aire y esperó a que Borken se detuviera.

Entonces, de repente, se quedó atónito. Por el rabillo del ojo vio el brillo del sol sobre un metal mate. Como a unos setenta metros colina abajo. Una roca. Un hombre detrás de ella. Un rifle. Una cabeza que le resultaba familiar, con las sienes entrecanas. Era el general Garber. Garber, con un M-16 detrás de una roca, moviendo el cañón de lado a lado mientras seguía a su objetivo, que caminaba describiendo arcos cortos a unos setenta metros, justo delante de él.

Reacher soltó aire y sonrió. Lo embargó una cálida sensación de gratitud. Garber. Tenía apoyo. Garber, disparando a setenta metros. En ese instante supo que Holly estaba a salvo. Disfrutó de la cálida sensación de gratitud.

Que, de repente, se convirtió en una oleada de gélido pánico. Su cerebro entró en escena. La geometría comprimida de lo que estaba viendo explotó hasta convertirse en un terrible diagrama. Como la explicación que daría un libro de texto de un desastre. Desde el ángulo de Garber, el juzgado estaba justo detrás de Borken. Cuando Borken se detuviera, el general le dispararía. Podía acertar o podía fallar. En cualquier caso, su bala daría en la pared del juzgado. Puede que en aquella esquina sudeste del segundo piso. La tonelada de dinamita explotaría y se convertiría en una bola de fuego percutora de cuatrocientos metros de diámetro. Haría trizas a Holly y también se llevaría por delante a Garber. Era probable que la onda expansiva tirara a Reacher del tejado de la cantina, por mucho que estuviera a mil cien metros. ¿Acaso Garber no sabía lo de la dinamita?

Borken se detuvo. Se puso de lado y se preparó para disparar. Reacher tomó aire. Movi6 el Barrett. Puso el centro de la mira justo en la sien de Holly Johnson, justo donde el aire le levantaba su suave pelo oscuro hacia los ojos. Mantuvo vacíos los pulmones y esper6 al siguiente latido de su coraz6n. Luego, apret6 el gatillo.

Garber vio c6mo Borken levantaba el brazo. Esper6 hasta que estuvo quieto. Guiñ6 el ojo mientras apuntaba por el canal del M-16 justo en el centro de aquella cabeza blanca y rosada. All6 la ten6a, grande y evidente contra la pared blanca que hab6a detr6s, borrosa por el reflejo del sol. Esper6, tal y como le hab6an enseñado hac6a una eternidad. Esper6 hasta que solt6 el aire y su coraz6n estuvo entre latidos. Luego, apret6 el gatillo.

El general Johnson hab6a cerrado los ojos. Su ayudante no quitaba ojo de la pantalla. Webster observaba la pantalla a trav6s de un entramado de dedos,

boquiabierto, como un niño con una canguro nueva que le ha dejado ver una peli de miedo pasada su hora de acostarse.

Lo primero que salió por el cañón del Barrett de Reacher fue una explosión de gas caliente. La pólvora del proyectil explotó en una millonésima de segundo y se expandió hasta formar una burbuja extremadamente caliente. La burbuja de gas empujó la bala por el cañón, la adelantó y la rodeó, brotó del rifle y explotó en la atmósfera. La mayor parte de ella se estrelló contra el freno de boca y salió hacia los lados en un patrón radial perfectamente equilibrado, como una rosquilla, de forma que el retroceso movió el cañón para atrás, directo hacia el hombro de Reacher, pero sin moverse ni hacia arriba ni hacia abajo. Mientras tanto, detrás de la nube, la bala empezaba a girar en el interior del cañón y los surcos de este iban rayándola.

El gas que iba por delante de la bala calentaba el oxígeno del aire hasta un punto en que el aire se prendía. Se veía el corto destello de una llama y la bala salía por el centro de la misma, por el aire quemado, lanzada a tres mil kilómetros por hora. Una milésima de segundo después estaba a un metro distancia, seguida por un cono de partículas de pólvora y una pequeña nube de hollín. Otra milésima de segundo después, estaba a dos metros y su sonido la perseguía con ganas, pero tres veces más despacio.

A la bala le costó cinco centésimas de segundo cruzar el Bastión, momento para el que su sonido había dejado atrás los oídos de Reacher y rebotaba en el tejado. La bala tenía una cobertura de cobre pulida a mano y volaba recta, como debe ser, pero para cuando pasó sin hacer ruido por encima de la cabeza de McGrath, había perdido un poco de empuje. La fricción con el aire la había calentado y había reducido su velocidad. Además, el aire la estaba moviendo. La movía a derecha y a izquierda; una suave brisa de montaña que tiraba de ella a uno y otro lado de forma imperceptible. En medio segundo de

viaje, la bala había recorrido cuatrocientos metros y se había desviado dieciocho centímetros a la izquierda.

Y había descendido otros dieciocho centímetros. La gravedad tiraba de ella. Cuanto más tiempo tirara la gravedad de ella, más despacio iba la bala. Cuanto más despacio iba la bala, más alteraba su curso la gravedad. Avanzaba describiendo una curva elegante. Un segundo después de abandonar el cañón había recorrido novecientos metros de su viaje; muy lejos ya de McGrath, que seguía corriendo, pero todavía por encima de los árboles. A trescientos metros de su objetivo todavía. Un sexto de segundo después, dejó atrás los árboles y estaba al lado del ayuntamiento en ruinas. En ese momento ya era una bala lenta. Se había desviado diez centímetros más a la izquierda y había descendido otros doce. Había dejado seis metros atrás a Holly para cuando ella oyó el siseo en el aire. El sonido del disparo aún estaba por llegar. Justo acababa de alcanzar a McGrath, que seguía corriendo entre los árboles.

Entonces ya había una segunda bala en el aire. Y una tercera. Y una cuarta. Garber disparó un segundo y cuarto después que Reacher. Disparó una ráfaga de tres balas. Tres proyectiles en un quinto de segundo. Sus balas eran más pequeñas y no pesaban tanto. Como eran más ligeras, eran más rápidas. Salieron del rifle a tres mil doscientos kilómetros por hora. Estaba más cerca del objetivo. Como sus balas eran más rápidas y ligeras y estaba más cerca, la fricción y la gravedad no llegaron a afectarles. Sus tres balas avanzaron muy rectas.

La bala de Reacher impactó en la cabeza de Borken un segundo y un tercio después de que la hubiera disparado. Le entró por la frente y le salió por la nuca treinta milésimas de segundo después. Entró y salió sin perder apenas velocidad, porque el cerebro y el cráneo de Borken no eran nada para un proyectil de cincuenta y cinco gramos con plomo, la punta afilada y una cobertura de cobre pulida. La bala se había perdido en el interminable bosque



antes de que la onda de presión producida en el cráneo de Borken hiciera que este estallara.

El efecto es matemático y tiene que ver con la energía cinética. Tal y como se lo habían explicado a Reacher hacía mucho tiempo, tenía que ver con equivalencias. La bala solo pesaba cincuenta y cinco gramos, pero era rápida. Equivalente a algo que pesara más, pero fuera lento. Cincuenta y cinco gramos moviéndose a tres mil kilómetros por hora era similar, digamos, a algo que pesara cuatro kilos y medio y se estuviera moviendo a cinco kilómetros por hora. Como un mazo que describiera una curva con rapidez. El efecto venía a ser ese. Reacher usó la mira telescópica para ver qué sucedía. Tenía el corazón en la boca. Un segundo y un tercio es mucho tiempo de espera. Vio cómo el cráneo de Borken explotaba, como si lo hubieran golpeado con un mazo desde dentro. Lo vio como en un diagrama. Vio las esquirlas de hueso curvadas saliendo disparadas hacia fuera y cómo aparecía una neblina roja.

Lo que no pudo ver fueron las tres balas de Garber, que atravesaron sin impedimento el revoltijo en que se había convertido aquella cabeza y volaron directas hacia la fachada del juzgado.

El típico fallo a la hora de disparar un arma automática es dejar que el retroceso de la primera bala levante el cañón, con lo que la segunda bala sale alta y la tercera, aún más alta. Pero Garber no cometió ese error. Había pasado las suficientes horas en el campo de tiro como para que se pudiera confiar en él a setenta metros. Había estado en tantas situaciones complicadas que sabía cómo permanecer tranquilo y concentrado. Sus tres balas atravesaron por el mismo punto la nube rosa en que se había convertido la cabeza de Borke.

Pasaron veinte milésimas de segundo viajando a través de ella y lo hicieron sin interrupción. Dieron en los nuevos tableros de contrachapado que cubrían la ventana. La primera bala se deformó un poco por el impacto y se desvió a la izquierda, cincuenta y cinco centímetros después, rasgó el pino interior. Cruzó la habitación de Holly y volvió a entrar por la pared, a la izquierda de la puerta. La rompió y quedó enterrada en la pared del pasillo.

La segunda bala entró por el agujero de la primera y, así, atravesó el hueco de cincuenta y cinco centímetros en línea recta. Salió por la pared interior y se desvió hacia la derecha. Cruzó la habitación y se estrelló en la partición del cuarto de baño, contra el inodoro blanco y barato, que hizo añicos.

La tercera bala se había levantado muy poco. Golpeó un clavo de la pared interior y giró en ángulo recto. Avanzó hacia el lado, descendiendo, a través de ocho de los tableros nuevos como si fuera una termita demente antes de quedarse sin energía. Cuando se detuvo parecía una masa amorfa de plomo presionada contra la parte trasera de uno de los tableros de pino.

Reacher vio, por la mira, cómo destellaba el cañón de Garber. Sabía que habría disparado una tripleta. Sabía que habría dado en la fachada del juzgado. Se quedó mirando, a mil cien metros de distancia, se agarró a la cumblera y cerró los ojos. Estaba esperando la explosión.

Garber sabía que no habían sido sus disparos los que habían matado a Borken. No había habido tiempo. Incluso tratándose de diminutas fracciones de segundo, hay un ritmo. Disparas... impactas. A Borken le habían dado antes de que sus balas llegaran. Así que había alguien más disparando. Había un equipo en acción. Garber sonrió. Disparó de nuevo. Apretó el gatillo nueve veces y cosió a balazos a los dos milicianos de Borken contra la pared del juzgado. Les metió las veintisiete balas.

Milosevic salió del vestíbulo del juzgado y bajó las escaleras corriendo. Llevaba las manos levantadas, con el 38 del FBI en la mano derecha y la placa dorada en la izquierda.

—¡FBI! —gritó—. ¡Todos quietos!

Miró a la derecha, a Holly; después miró a Garber, que se acercaba a él; y, luego, a McGrath, que salía corriendo por detrás del ayuntamiento en ruinas. McGrath fue corriendo hacia Holly. La abrazó con fuerza contra el árbol muerto. La joven reía. No podía devolver el abrazo porque tenía las muñecas esposadas a la espalda. McGrath la dejó y corrió colina abajo. Él y Milosevic chocaron las manos.

—¿¡Quién tiene las llaves!?! —gritó McGrath.

Garber señaló a los dos milicianos muertos. McGrath fue corriendo hasta donde yacían y buscó en los bolsillos de los uniformes, empapados de sangre. Encontró una llave y volvió corriendo a la loma. Se agachó por detrás de Holly, a la altura de sus muñecas, y soltó las esposas. La joven se tambaleó

hacia delante y McGrath se apresuró a sujetarla por el brazo. Milosevic recogió la muleta del suelo y se la tendió. McGrath la cogió y se la dio a Holly. La joven se apoyó en ella y bajó la loma poco a poco, del brazo de su superior. Llegaron a la acera y permanecieron allí, juntos, mirando a su alrededor, sorprendidos por el repentino y ensordecedor silencio.

—¿A quién tengo que darle las gracias? —preguntó Holly.

Se apoyaba en el brazo de McGrath, mirando los restos de Borken, que yacían a unos veinte metros. El cadáver estaba boca arriba, alto y ancho. No tenía cabeza.

—Te presento al general Garber —dijo McGrath—. Un jefe de la policía militar.

Garber negó con la cabeza.

—No, no he sido yo. Se me ha adelantado alguien.

—Yo no he sido —comentó Milosevic.

En ese momento, Garber señaló la loma con la cabeza.

—Es probable que haya sido él.

Reacher bajaba por la loma. Sin aliento. Un cuerpo de un metro noventa y cinco de estatura y cien kilos de peso es bueno para muchas cosas, pero no para recorrer kilómetro y medio a toda velocidad.

—Reacher... —dijo Holly.

Él la ignoró. Ignoró a todo el mundo. Siguió corriendo hacia el sur y se giró para mirar la pared blanca. Vio los agujeros de bala. Muchos. Unos treinta, la mayoría de ellos diseminados por el segundo piso, en la esquina sudeste. Los miró durante un segundo y corrió hacia el todoterreno aparcado junto a la acera. Cogió la pala de mango corto, que estaba debajo de la lata de gasóleo. Corrió hacia la escalinata. Entró atropelladamente por las puertas y subió las escaleras hasta la habitación de Holly. Corrió hacia la pared frontal. Veía, al menos, una decena de agujeros de salida en la madera. Agujeros astillados, rasgados. Clavó la punta de la pala en uno de los tablones. Lo

destrozó a lo largo y usó la herramienta para arrancarlo de la estructura. Hundió la pala en el siguiente y lo arrancó de los clavos que lo aseguraban. Para cuando McGrath llegó a la habitación, había dejado a la vista algo más de un metro cuadrado de la pared. Para cuando llegó Holly, tenían delante una cavidad vacía.

—No hay dinamita... —dijo ella en voz baja.

Reacher se agachó junto a la pared adyacente. Arrancó las suficientes tablas como para estar seguro.

—No había dinamita —dijo Holly—. Joder, no me lo puedo creer.

—Algo había —comentó McGrath—. Jackson llamó para decirlo. Describió la habitación. Leí su informe. Descargó el camión junto con otras siete personas. La subieron aquí. Vio cómo la metían entre las paredes. Por Dios. Una tonelada de dinamita. Es mucha cantidad para confundirse.

—Eso es que la pusieron —dijo Reacher—, y después la sacaron. Dejaron que todos vieran cómo la ponían y después la sacaron en secreto. La han usado en algún otro sitio.

—¿La sacaron? —preguntó Holly.

—Van a morir mujeres y niños —dijo Reacher despacio, como ausente.

—¿Qué? —preguntó Holly—. ¿Qué estás diciendo?

—Pero no aquí —continuó—. No estas mujeres y estos niños.

—¿Qué? —repitió Holly.

—No va a haber suicidio en masa —concluyó Reacher—. Será un asesinato en masa.

Entonces Reacher se quedó inexpresivo. En silencio. Pero en su cabeza oía algo. Oía la misma explosión terrible que había oído hacía trece años. El sonido de Beirut. El sonido del complejo de los marines, cerca del aeropuerto. Lo oía una y otra vez y estaba dejándole sordo.

—Ya sé dónde está —musitó a través del rugido atronador.

—¿Dónde? —le preguntó McGrath.

—Tenía los amortiguadores bajos. Pero no sé dónde ha ido.

—¿Qué? —repitió una vez más Holly.

—Van a morir mujeres y niños. Es lo que dijo Borken. Dijo que las circunstancias históricas lo justificaban. Pero no se refería a las mujeres y a los niños de aquí.

—¿De qué coño estás hablando? —le preguntó McGrath.

Reacher lo miró. Luego, miró a Holly, sorprendido, como si los viera por primera vez.

—He estado donde guardaban los vehículos. Vi la furgoneta. Nuestra furgoneta, Holly. Aparcada, con los amortiguadores bajos, como si hubiera una carga muy pesada en su interior.

—¿Qué? —dijo de nuevo Holly.

—Han hecho una furgoneta bomba —explicó Reacher—. Stevie la lleva a algún lado. A algún sitio público. Ese es el otro golpe. Van a hacer que explote entre una multitud. Transporta una tonelada de dinamita. Y nos lleva seis horas de ventaja.

McGrath fue el primero en bajar las escaleras.

—¡Al todoterreno! —gritó.

Garber corrió hacia el todoterreno, pero Milosevic estaba mucho más cerca. Se subió y lo puso en marcha. McGrath ayudó a Holly a subir delante. Reacher se paró en la acera, mirando al sur, pensativo. Milosevic estaba sacando el revólver. Estaba amartillándolo. Garber se detuvo. Levantó el rifle y apuntó. Milosevic se protegió con Holly. McGrath se vio obligado a bajar de un salto. Milosevic pisó el acelerador, conduciendo con una mano y el todoterreno salió rugiendo calle abajo, con el cañón del arma en el costado de Holly. Conduciendo con una sola mano por aquella carretera tan irregular, el todoterreno avanzaba a bandazos. No había forma de acertar a Milosevic. Garber lo tenía claro. Bajó el rifle y observó cómo se alejaban.

—¿¡Los dos!?! ¡Por el amor de Dios, no! —exclamó Webster para sus adentros.

—Ahora mismo nos vendría bien otro helicóptero —comentó el ayudante del general—. Yo diría que ya no tenemos que preocuparnos por los misiles.

Llevó la cámara hacia el norte y hacia el oeste y acercó la imagen a la cuenca, frente a la entrada de las minas. Los cuatro camiones de misiles estaban allí, inertes. El cadáver despatarrado del centinela estaba al lado.

—De acuerdo, avisa a un helicóptero —dijo Johnson.

—Es mejor que sea usted quien lo pida, señor —recomendó el ayudante.

Johnson se volvió para coger el teléfono. Luego se dio la vuelta de nuevo para observar cómo aparecía en la pantalla el todoterreno. Cogió un bache en la última de las curvas cerradas que llevaban a la cuenca y se apresuró por el suelo de pizarra. Giró alrededor de los camiones inertes y se detuvo de golpe frente a la cabaña de la izquierda. Milosevic saltó y rodeó el capó. Apuntaba a Holly con el arma mientras se acercaba. La bajó tirando de ella del brazo y la llevó a rastras hasta las grandes puertas de madera. Abrió una de ellas con el pie y empujó a la agente al interior. Entró detrás de ella y cerró la puerta. Webster apartó la vista de la pantalla.

—Señor, pida el helicóptero —le insistió el ayudante al general.

—Y que sea uno muy veloz —añadió Webster.

La manera más rápida de llegar a las minas era atajar por el Bastión. Estaba desierto y en silencio. Lo cruzaron corriendo y se dirigieron al norte por el campo de tiro y en dirección a la plaza de armas. Se detuvieron a pocos metros de ella, dentro del bosque. La población miliciana que quedaba formaba en filas, en silencio, con cara de miedo y mirando al frente, donde la caja dada la vuelta de Borke esperaba su llegada.

Reacher los ignoró y guio a los demás por entre los árboles. Luego, fueron

en línea recta hacia la carretera. Directos al norte por ella. Reacher llevaba el enorme Barrett. Lo había cogido del tejado de la cantina, a la vuelta, porque le gustaba. Garber se apresuraba a su lado. McGrath iba por delante, desesperado por recuperar a Holly.

Se agacharon entre los árboles antes de la última curva cerrada y Reacher se adelantó para explorar. Se escondió detrás de la roca que había usado antes de cobertura y barrió la cuenca con la mira del Barrett. Luego, les hizo a los otros dos un gesto para que se unieran a él.

—Están en la cabaña donde guardan los vehículos. Es la de la izquierda.

La señaló con el grueso cañón del rifle de francotirador y los otros dos vieron el todoterreno abandonado y asintieron. Reacher bajó, corrió por el suelo de pizarra y se agachó detrás del capó del primer camión de misiles. Luego Garber envió a McGrath. Poco después, fue él quien salió corriendo. Se agacharon juntos, detrás del capó del camión, y miraron la puerta de troncos.

—¿Y ahora? —preguntó Garber—. ¿Un asalto frontal?

—Le apunta con un revólver a la cabeza —comentó McGrath—. No quiero que le pase nada, Reacher. Para mí es inestimable, ¿de acuerdo?

—¿Hay otra manera de entrar? —preguntó Garber.

Reacher miraba las puertas de troncos y el rugido de la bomba de Beirut fue desapareciendo, desplazado por el suave gimoteo de una pesadilla anterior. Pasó un minuto entero pensando en una alternativa, a la desesperada. Pensó en los rifles, en los misiles y en los camiones. Se dio por vencido.

—Tenéis que mantenerlo ocupado —dijo al fin—. Hablad con él. Lo que sea.

Dejó el Barrett y le pidió la Glock a McGrath. Fue agachado hasta el siguiente camión, y hasta el siguiente, hasta que estuvo al lado de la entrada de la otra cabaña. El osario, la que estaba llena de cadáveres, esqueletos y



ratas. Oyó que McGrath llamaba a Milosevic con voz débil, lejana, y corrió a la gran puerta de troncos. Se agachó, pasó por el hueco y se internó en la oscuridad.

No tenía linterna. Siguió a tientas el camión de transporte de tropas hasta que llegó a la montaña. Levantó la mano y notó cómo el techo iba descendiendo. Notó la pila de cadáveres y la esquivó. Se inclinó y fue hacia la izquierda, camino de los esqueletos. Las ratas le oían, le olían y no paraban de lanzarle chillidos molestos de advertencia desde sus guaridas. Se puso de rodillas, se tumbó y nadó por la pila de huesos húmedos. Notó que el techo del túnel descendía y que las paredes se estrechaban. Tomó una bocanada profunda de aire y sintió cómo el miedo volvía.

El helicóptero más rápido que había disponible aquel día en Malmstrom era un Night Hawk del Cuerpo de Marines. Era una máquina larga, rechoncha y jorobada, pero rápida. A los pocos minutos de la llamada de Johnson ya tenía las palas girando y recibía órdenes de dirigirse al noroeste, hasta una curva de gravilla en la última carretera de Montana. De inmediato, despegó. El piloto encontró la carretera y la siguió en dirección norte, rápido y bajo, hasta que vio un grupo de vehículos de mando militares aparcados en una zona rocosa. Giró, aterrizó en la curva de gravilla y esperó. Vio que tres hombres corrían hacia él. Uno era civil, los otros dos, militares; uno de ellos era coronel y el otro, el jefe del Estado Mayor. El piloto se encogió de hombros cuando su copiloto señaló hacia arriba a través de la cúpula de plexiglás. A once mil metros de altura se veía un rastro de vapor. Un avión a reacción muy grande estaba volando en espiral, pero desviándose hacia el sur. El piloto volvió a encogerse de hombros. Aunque no sabía qué estaba sucediendo, supuso que la acción debía de estar desplazándose al sur. Así que hizo un cálculo provisional de la ruta que debía seguir y se quedó sorprendido cuando los

jefazos se subieron a bordo y le ordenaron que se dirigiera al norte, hacia las montañas.

Reacher se reía. Se arrastraba por el túnel y se reía a viva voz. Temblaba y lloraba de risa. Ya no tenía ningún miedo. La manera en que lo rozaba la roca no era ya sino una caricia. Ya había pasado por aquello y había sobrevivido. Era posible. Iba a llegar al otro lado.

El miedo había desaparecido de manera tan inesperada como había llegado. Se había empujado más allá de la pila de huesos a oscuras, se había estirado y había sentido cómo la roca empezaba a atenazarle la espalda. Se le habían cerrado el pecho y la garganta. Había sentido un brote cálido y húmedo de pánico y se había pegado al suelo. Había notado cómo perdía la fuerza. Entonces se había centrado. La misión que tenía entre manos. Milosevic apuntando a Holly, sus fabulosos ojos mates teñidos por la desesperación. Se la había imaginado al final del túnel. Holly. En ese mismo instante, le había parecido que el túnel se convertía en un conducto cálido y suave. Del tamaño justo para que pasaran sus grandes hombros. Como si estuviera hecho a medida para él. Un sencillo viaje en horizontal. Hacía mucho tiempo había aprendido que había cosas a las que valía la pena tenerles miedo. Y a otras no. Si se trataba de algo que ya había hecho antes, no estaba justificado tener miedo. Temer algo a lo que podías sobrevivir era irracional. Y, desde luego, Reacher era una persona racional. En ese instante, el miedo desapareció y notó que se relajaba. Era un luchador. Un vengador. Y Holly lo estaba esperando. Luego adelantó los brazos como un nadador en el agua y buceó por la montaña hacia ella.

Avanzaba a buen ritmo. Como si fuese por una carretera, pero tumbado y a oscuras. Diestros movimientos cortos de pies y manos. Con la cabeza baja. Riendo aliviado. Notó que el túnel se hacía más pequeño y lo abrazaba.

Siguió deslizándose. Tocó la pared que le impedía el paso, justo delante, y se dobló para girar la esquina. Respiró con facilidad y dejó de reírse. Se dijo a sí mismo que era el momento de estar en silencio. Reptó tan rápido como pudo. Bajó el ritmo cuando se dio cuenta de que el techo empezaba a elevarse. Siguió arrastrándose hasta que el olor del aire le dejó claro que casi estaba fuera.

Fue entonces cuando oyó el helicóptero. Oyó el débil batir de los rotores a lo lejos. Oyó pies moviéndose apresuradamente como a unos cuarenta metros. El sonido inarticulado de la sorpresa y el pánico. Oyó la voz de Milosevic. Aguda. Acento de la Costa Oeste.

—¡Que ese helicóptero no se acerque! —gritó a través de la puerta.

El ruido se acercaba. Era cada vez más fuerte.

—¡Que no se acerque! ¡¿Me habéis oído bien?! ¡La mato, McGrath! ¡Te juro que la mato!, ¡¿me oyes?!

La cabaña estaba en la más completa oscuridad. Había vehículos entre Reacher y los resquicios de luz de la puerta. Pero la furgoneta blanca no estaba. Había desaparecido. Rodó hasta el sitio en el que había estado aparcada y sacó la Glock del bolsillo. El ruido sordo de las aspas del helicóptero estaba ya muy cerca. La ventolera que producían empujaba las puertas y se colaba en la cabaña.

—¡Quiero un trato! Si salgo de aquí sin que me pase nada, os la devuelvo, ¿de acuerdo? ¡McGrath!, ¡¿me oyes?!

Si le respondieron, Reacher no lo oyó.

—¡No estoy con esta gente! ¡Esto no tiene nada que ver conmigo! ¡Me metió Brogan! ¡Me obligó!

El ruido era ensordecedor. Las puertas, a pesar de todo lo que pesaban, temblaban.

—Lo hice por el dinero, ¿vale? ¡Brogan me daba pasta! ¡Cientos de miles de dólares! ¡Vosotros habríais hecho lo mismo! ¡Brogan estaba haciéndome

rico! ¡Me compró el Ford Explorer! ¡La edición limitada! ¡Treinta y cinco mil pavos! ¡¿Cómo si no iba a comprármelo yo?!

Reacher oía cómo gritaba a oscuras. No quería dispararle. Durante un instante, aunque pareciera una locura, le había estado agradecido porque le hubiera ayudado a superar aquel miedo de la infancia. Le había obligado a enfrentarse a él y a vencerlo. Le había hecho mejor. Le daban ganas de ir corriendo y estrecharle la mano. Se imaginó haciéndolo. Pero, entonces, la imagen cambió. Lo que quería era correr a agarrarlo por la garganta y preguntarle si sabía adónde se había llevado Stevie la furgoneta blanca. Eso era lo que tenía que hacer. Por eso no quería dispararle. Avanzó muy despacio y rodeó los vehículos con el ruido ensordecedor del helicóptero de fondo.

Estaba operando en un mundo de una sola dimensión. No veía nada debido a lo oscuro que estaba. No oía nada a causa del helicóptero. Notó movimiento cerca de las puertas. Salió de detrás de una camioneta y vio una forma enmarcada por los resquicios de luz. Una forma que, en realidad, eran dos. Ancha por arriba, cuatro piernas. Milosevic con el brazo alrededor de la garganta de Holly, apuntándole a la cabeza. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a aquella luz. Sus rostros pasaron del negro al gris. Holly estaba delante de Milosevic. Reacher levantó la Glock. Describió un círculo a la izquierda para conseguir un ángulo mejor. Se pegó un golpe en la sien con un parachoques. Trastabilló y dio un paso hacia atrás, contra una pila de latas de pintura. Se cayeron e hicieron ruido, pero fue inaudible debido al atronador sonido de afuera. Se acercó más a la luz.

Milosevic notó su presencia y se giró. Reacher vio cómo abría la boca, gritando en silencio. Vio cómo giraba a Holly y se la ponía como escudo. Vio que se quedaba parado, indeciso, con el revólver en alto. Reacher fue hacia la derecha, luego, giró hacia la izquierda. Vio cómo Milosevic lo seguía a uno y otro lado. Se fijó en cómo ella se valía del movimiento de este para zafarse de

su agarrón. El ruido del rotor era ensordecedor. Vio cómo Milosevic miraba a derecha e izquierda. Vio cómo tomaba una decisión. Reacher estaba armado, Holly no. Milosevic se lanzó hacia delante. El 38 destelló en silencio debido al ruido. La fugaz llama blanca resultó cegadora en la oscuridad. Reacher ya no sabía dónde estaba Holly. Maldijo, pero no disparó. Vio cómo Milosevic apuntaba de nuevo. Detrás de él, vio aparecer el brazo de Holly por detrás de la cabeza del agente y rodearle la cara. Vio cómo su mano cogía la cara de Milosevic con precisión. Vio cómo él se tambaleaba. Entonces, la puerta se abrió de par en par y Holly, trastabillando, se apartó de la inundación de sonido y luz y cayó en los brazos de Reacher.

La luz del sol, muy brillante, cayó sobre Milosevic. Estaba en el suelo de espaldas. Tenía el 38 en la mano. Estaba amartillado. Tenía un pedazo de baldosa allí donde debería haber tenido el ojo izquierdo. Debía de tenerlo clavado unos siete centímetros y sobresalía otros siete. Del ojo le salía un hilillo de sangre.

De pronto, la puerta se llenó de gente. Reacher pudo ver a McGrath y a Garber envueltos por una nube de polvo. Un Night Hawk aterrizaba detrás de ellos. Del helicóptero salieron tres hombres y llegaron corriendo. Un civil y un coronel. Y el general Johnson. Holly se giró, los vio y enterró la cara de nuevo en el hombro de Reacher.

Garber fue el primero en llegar. Los llevó hacia la luz y hacia el sonido. Ellos avanzaron torpemente a gatas. La corriente de aire los empujó. McGrath se acercó y Holly se zafó de los brazos de Reacher y lo abrazó con fuerza. Entonces, fue el general Johnson quien llegó.

—Holly... —pronunció en mitad del estrépito.

Ella se puso firmes a la luz del sol. Le sonrió. Se pasó el pelo por detrás de las orejas. Se apartó de McGrath y abrazó con fuerza a su padre.

—¡Papá, aún tengo cosas que hacer! —le dijo a gritos para que la oyera—. Luego te lo cuento todo, ¿vale?

Reacher le hizo un gesto con la mano al piloto del helicóptero, como un giro, para indicarle que no apagara los motores, y corrió a través del estruendo y los remolinos de polvo para coger el Barrett de las manos de Garber. Les hizo un gesto a los demás para que se dirigieran al aparato. Los aupó por la escalerilla y los siguió por la puerta corredera. Dejó el Barrett en el suelo de metal y se sentó de golpe en una silla de lona. Se puso los auriculares. Pulsó el botón y se dirigió al piloto.

—Esté preparado, ¿de acuerdo? Le daré un rumbo en cuanto lo tenga.

El piloto asintió y puso en marcha el motor, que había mantenido al ralentí hasta entonces. El rotor empezó a hacer un fuerte ruido sordo que fue aumentando de volumen. El peso de la aeronave dejó de descansar sobre las ruedas.

—¿Adónde coño vamos?! —gritó Webster.

—¡Vamos a perseguir a Stevie, jefe! —le respondió McGrath—. ¡Va conduciendo la furgoneta! ¡La furgoneta está llena de dinamita! ¡La lleva a alguna parte para detonarla! ¡¿Recuerdas lo que dijo el sheriff de Kendall?! ¡¿Que a Stevie siempre lo enviaban a hacer el trabajo sucio?! ¡Más claro que el agua!

—¡Pero no ha podido salir de aquí! —respondió Webster—. ¡Han volado el puente! ¡Y no hay pistas por el bosque! ¡Están cerradas!

—¡El del servicio forestal no dijo eso! ¡Dijo que habían cerrado algunas! ¡Que no estaba seguro de cuáles! ¡Lo que dijo es que puede que haya un camino o puede que no!

—¡Han tenido dos años para averiguarlo! —comentó Reacher—. Habéis comentado que la camioneta con la que llegaron a Chicago había pasado tiempo por pistas del Servicio Forestal, ¿no? Que había arena aplastada en las cajas de las ruedas. ¡Han tenido dos años para encontrar la salida del laberinto!

Webster miró a la izquierda, al este, por encima del bosque, más allá de la gigantesca montaña. Asintió con vehemencia, con los ojos como platos.

—Vale, tenemos que detenerle, pero ¿adónde ha ido?! —preguntó.

—¡Nos lleva seis hora de ventaja! —comentó Reacher—. ¡Podemos dar por hecho que por el bosque ha ido muy despacio! ¡¿Digamos dos horas?! ¡Así que lleva cuatro horas en carretera! ¡¿Unos trescientos veinte kilómetros?! ¡Es una Econoline diésel cargada con una tonelada de dinamita! ¡Dudo mucho que vaya a más de ochenta!

—Pero ¿en qué puta dirección?! —preguntó Webster.

Holly miró a Reacher. Esa era una pregunta que se habían hecho en muchas ocasiones cuando los llevaban secuestrados en ella. Reacher desplegó el mapa de su cabeza y lo barrió en el sentido de las agujas del reloj y soltó:

—¡Podría haber ido al este! ¡Aún seguiría en Montana, pasado Great Falls! ¡Podría estar en Idaho! ¡En Oregón! ¡Podría estar a mitad de camino de Seattle!

—¡No! —gritó Garber—. ¡Hay que pensar al revés! ¡Esa es la clave del asunto! ¡¿Adónde le han ordenado que vaya?! ¡¿Cuál va a ser el objetivo?!

Reacher asintió despacio. Tenía razón. El objetivo.

—¡¿Qué es lo que quería atacar Borken?! —gritó Johnson.

Borken había dicho: «Estudias su sistema y aprendes a odiarlo». Reacher se devanó los sesos unos instantes, asintió de nuevo y habló al piloto por el micro.

—De acuerdo, ya lo tengo. Directos hacia el sur.

El ruido aumentó y el Night Hawk levantó su gran peso del suelo. Giró en

el aire y pasó por encima de los riscos. Se deslizó hacia el sur. Bajó el morro y aceleró de golpe. El ruido pasó de estar en la cabina a convertirse en un profundo rugido en el interior de los motores. El suelo se inclinó y empezó a pasar a toda velocidad bajo sus pies. Reacher se fijó en cómo las curvas de la montaña ya no eran tan cerradas y en cómo dejaban atrás la plaza de armas. El grupo de personas diminutas estaba rompiendo filas. Se dirigían hacia los árboles y la verde fronda iba tragándoselos. A continuación, fue el estrecho corte del campo de tiro lo que apareció debajo de ellos; luego, el amplio círculo pedregoso del Bastión. A continuación, debido a la pendiente descendente de la colina, dio la sensación de que la aeronave se elevaba de golpe y, de inmediato, el gran edificio del juzgado apareció debajo de ellos, como una casita de muñecas. Dejaron atrás el barranco y el puente dinamitado y siguieron adelante, hacia el sur, por encima de vastas zonas forestales.

Reacher tocó el hombro del piloto y le habló por el intercomunicador.

—¿A qué velocidad vamos?

—Doscientos cincuenta kilómetros por hora.

—¿Rumbo?

—Directo al sur.

Reacher asintió. Cerró los ojos y empezó a calcular. Era como volver a estar en el colegio. Una furgoneta está a trescientos veinte kilómetros de distancia, recorriendo ochenta kilómetros por hora. Tú la persigues a doscientos cincuenta kilómetros por hora. ¿Cuánto tiempo tardarás en alcanzarla? Reacher no había tenido ningún problema con las matemáticas del colegio. Ni con las peleas del patio. De hecho, lo de las peleas se le había dado incluso mejor que las matemáticas. Sabía que existía una fórmula para sacar el resultado. Una fórmula con una  $x$  y una  $y$ . Una cosa que era igual a otra. Ahora bien, si dicha fórmula existía, hacía tiempo que la había olvidado. Así que iba a tener que hacerlo con el método de tanteo. En otra hora, Stevie



estaría a cuatrocientos kilómetros de su origen y el Night Hawk habría recorrido doscientos cincuenta. Irían muy por detrás. Una hora después, Stevie estaría a unos cuatrocientos ochenta kilómetros y el Night Hawk habría recorrido unos quinientos. Se habrían pasado. Por lo tanto, lo alcanzarían cuando estuviera cerca de cumplirse la segunda hora de cacería. Siempre que fueran en la dirección adecuada, claro.

El lago Flathead apareció a lo lejos y muy por debajo de ellos. Reacher veía las carreteras serpenteando por el terreno irregular. Pulsó el botón del micro.

—¿Seguimos yendo hacia el sur?

—Directos.

—¿Todavía a doscientos cincuenta kilómetros por hora?

—Afirmativo.

—De acuerdo, siga así durante, aproximadamente, una hora y cincuenta minutos.

—¿Adónde va la furgoneta?! —preguntó el director del FBI.

—¡A San Francisco!

—¿Por qué?! —preguntó McGrath.

—¡O a Minneapolis! ¡Pero estoy apostando por San Francisco!

—¿Por qué!? —insistió McGrath.

—¡San Francisco o Minneapolis! ¡Piénsenlo! ¡Las demás posibilidades serían Boston, Nueva York, Filadelfia, Cleveland, Richmond en Virginia, Atlanta, Chicago, San Luis o Kansas City en Missouri, y Dallas en Texas.

McGrath le miraba como si no entendiera adónde quería llegar. Webster parecía estar desconcertado. Johnson miró a su ayudante. Garber estaba quieto. Pero Holly sonreía. Sonreía y le guiñó un ojo a Reacher. Él le devolvió el guiño y el Night Hawk siguió adelante, en dirección sur, pasando sobre Missoula a doscientos cincuenta kilómetros por hora.

—¡Joder, es 4 de julio! —soltó Webster de repente.

—¡Por supuesto! —respondió Reacher—. ¡Mucha gente reunida en sitios públicos! ¡Familias con niños, todos!

Webster asintió con gesto serio.

—Vale, pero ¿en dónde de San Francisco?!

—¡No estoy seguro!

—¡Al norte de Market! —apuntó Holly—. ¡Justo al lado de Embarcadero Plaza! ¡Allí, jefe! ¡He estado allí el 4 de julio! ¡Hacen un gran desfile por la tarde y por la noche hay fuegos artificiales por encima del agua! ¡Hay grandes aglomeraciones de gente a lo largo de todo el día!

—¡En todos lados hay grandes aglomeraciones de gente el 4 de julio! ¡Más vale que estéis en lo cierto! —exclamó Webster.

McGrath levantó la vista. En su rostro se estaba dibujando una sonrisa poco a poco.

—¡Estamos en lo cierto! —dijo—. ¡Seguro que es en San Francisco! ¡Ni en Minneapolis ni en ningún otro lado!

Reacher le sonrió y le guiñó un ojo. Lo había entendido.

—¡¿Queréis explicarme por qué?! —pidió Webster.

McGrath aún sonreía.

—¡Dedúcelo tú, que para eso eres el jefe!

—¡¿Porque es lo que más cerca queda?!

McGrath asintió.

—¡En los dos aspectos! —comentó antes de sonreír de nuevo.

—¡¿Cómo que en los dos aspectos?! Pero ¡¿de qué estamos hablando?!

Nadie le respondió. Los militares estaban callados. Holly y McGrath miraban a tierra, que estaba seiscientos metros por debajo. Reacher estiraba el cuello, mirando hacia delante por la cubierta de plexiglás del piloto.

—¿Dónde estamos? —le preguntó por el micrófono.

El piloto señaló una cinta de asfalto que recorría el suelo.

—Eso es la US 93, a punto de dejar Montana para entrar en Idaho. Seguimos dirección sur.

Reacher asintió.

—Genial. Siga la 93. Es la única carretera que baja hacia el sur, ¿no? Lo atraparemos antes de llegar a Nevada.

Empezó a preocuparse cuando iban camino de que se cumpliera la segunda hora. Y mucho. Revisaba una y otra vez sus cálculos del colegio. Quizá Stevie fuera a más de ochenta kilómetros por hora. Conducía rápido. Más que Bell. Así que quizá llevara la furgoneta a noventa y cinco kilómetros por hora. En ese caso, ¿por dónde andaría? A quinientos ochenta kilómetros. Por lo que no darían con él hasta transcurridas dos horas y cuarto. ¿Y si iba a ciento diez? ¿Podría ir una Econoline a ciento diez kilómetros por hora, sin parar y con una tonelada de peso? Quizá. Era probable. En cuyo caso, estaría a seiscientos setenta y cinco kilómetros de casa. Tardarían dos horas y cuarenta minutos en dar con él. Esa era la horquilla, entre una hora y cincuenta minutos y dos horas y cuarenta, antes de llegar a Nevada. Cincuenta minutos de pánico que iba en aumento. Más de ciento sesenta kilómetros de asfalto que vigilar antes de que supiera seguro si se había equivocado y tenían que salir corriendo a toda prisa en dirección noroeste, hacia Minnesota.

El helicóptero seguía viajando con el morro bajo, a la misma velocidad, justo por encima de la US 93. Los siete pasajeros iban mirando la carretera, con el cuello estirado. Estaban pasando por una ciudad llamada Salmon. El piloto les daba información como si fuera un guía turístico. El gigantesco pico del monte McGuire, tres mil metros de altura, a la derecha. Los Twin Peaks, de tres mil doscientos metros de altura, justo delante. El monte Borah, el más alto de todos, tres mil ochocientos metros, a la izquierda. La aeronave

subió y bajó trescientos metros sobre el terreno. Iba más baja que los picos circundantes, con el morro apuntando al suelo, como un sabueso.

El tiempo iba pasando. Veinte minutos. Treinta. La carretera estaba bastante vacía. Conectaba Missoula, en el norte, con Twin Falls, en Idaho, cuatrocientos ochenta kilómetros al sur. Ninguna de las dos era una extensa metrópolis y era un día festivo. Todo el mundo había llegado ya a su destino. Se veía algún automóvil de vez en cuando y algún que otro camionero haciendo horas extras. Ninguna Econoline blanca. Habían dejado atrás dos vehículos blancos, pero ambos eran camionetas. Habían visto una furgoneta sin ventanas, pero era de color verde oscuro. Nada más. Nada de nada. Ninguna furgoneta blanca. A veces, la carretera estaba vacía hasta el horizonte. El tiempo iba pasando. Como en el caso de una bomba. Cuarenta minutos. Cincuenta.

—¡Voy a llamar a Minneapolis! —comentó Webster—. ¡La hemos cagado!

McGrath negó con la cabeza. Tenía esperanzas.

—¡Todavía no! ¡Ese es un movimiento desesperado! ¡Histeria colectiva! ¡Imagina las multitudes! ¡La evacuación! ¡Gente arrollada!

Webster miró hacia abajo, a la carretera. Permaneció mirándola un minuto. Habían pasado cuarenta y cuatro minutos de la horquilla de cincuenta.

—¡Será peor como la puta furgoneta ya esté allí! ¡Piensa en eso!

El tiempo iba pasando. Cincuenta y ocho minutos. Una hora. La carretera seguía vacía.

—¡Aún hay tiempo! —comentó Garber—. ¡San Francisco o Minneapolis, da igual, aún está muy lejos!

Miró a Reacher. En sus ojos eran visibles tanto la duda como la confianza, y casi en igual medida. El tiempo iba pasando. Una hora y cinco minutos. La carretera seguía estando vacía hasta el lejano horizonte. El veloz helicóptero seguía adelante y no hacía otra cosa que revelar más y más horizonte vacío.

—¡Podría estar en cualquier lado! —dijo Webster—. ¡Puede que ni en San Francisco ni en Minneapolis! ¡A estas alturas podría estar en Seattle! ¡O en cualquier otro lado!

—¡En Seattle no! —respondió Reacher.

Luego miró hacia delante. No hacía otra cosa. El miedo, el pánico, le atenazaban la garganta. Miraba el reloj una y otra vez. Una hora y diez minutos. Once. Doce. Trece. Catorce. Una hora y quince minutos. Miró el reloj y la cinta de asfalto vacía a sus pies. En un momento dado, se recostó y se quedó quieto. Aterrado. Había esperado tanto como podía, pero habían llegado a un punto en que el cálculo se volvía absurdo. Para que estuviera tan lejos y no hubieran dado con él, Stevie tendría que estar conduciendo a ciento sesenta kilómetros por hora. A ciento noventa. O a doscientos cuarenta. Miró a los demás y dijo con una voz que no parecía la suya.

—¡La he cagado! ¡Ha debido de ir a Minneapolis!

Entonces el sonido sordo de los motores se desvaneció y, por segunda vez ese día, volvió a oír el grave rugido de la bomba. Mantuvo los ojos tan abiertos como podía para no tener que verlo, pero lo vio de todas formas. Esta vez no eran marines, ni tipos duros acampados bajo el sol para desempeñar un trabajo, sino gente blanda, mujeres y niños, pequeñas ellas y más pequeños ellos, acampados en el parque de una ciudad para ver los fuegos artificiales, convirtiéndose en ceniza y saltando por los aires mientras provocaban un rocío rosado, como les había pasado a los amigos de Reacher hacía trece años. Fragmentos de huesos de niños saliendo disparados y siseando por el aire caliente, impactando en otros niños que estaban cien metros más allá. Impactándoles y rasgándoles sus blandas tripas como si fueran metralla y llevando al hospital a los más afortunados para que agonizaran allí durante un año.

Todos le miraban. Se dio cuenta de que estaba llorando y de que las lágrimas estaban mojándole la camisa.

—¡Lo siento!

Miraron hacia otro lado.

—¡Tengo que hacer llamadas! —gritó Webster—. ¡¿Por qué es ahora Minneapolis?! ¡¿Por qué iba a ser antes San Francisco?!

—¡Son sucursales de la Reserva Federal! —respondió Reacher—. ¡Hay doce! ¡Las dos que más cerca quedan de Montana son la de San Francisco y la de Minneapolis! ¡Borken odiaba el sistema de Reserva Federal! ¡Decía que era el instrumento principal del gobierno mundial! ¡Decía que era una gran conspiración para eliminar a la clase media! ¡Era una teoría propia! ¡Decía que era el primero que se había dado cuenta! ¡Y estaba convencido de que la Reserva Federal le había ordenado al banco de su padre que le engañara para que pidiera un préstamo, de forma que pudieran embargarle más tarde por incumplimiento!

—Entonces ¿Borken va a atacar la Reserva Federal? —preguntó Johnson precipitadamente.

Reacher asintió.

—¡Dos golpes gemelos en la guerra contra el gobierno mundial! ¡Atacar el sistema antiguo con un movimiento sorpresa, como en Pearl Harbor! ¡Y al mismo tiempo, dar forma a un lugar con un sistema nuevo al que pudieran acudir los conversos! ¡Dos pájaros de un tiro!

Se calló. Estaba demasiado cansado para continuar. Demasiado desalentado. Garber le miraba. Había verdadero dolor en su rostro. El ruido de los motores era tan fuerte que se parecía al silencio más absoluto.

—¡La declaración de independencia solo era la mitad del plan! —comentó McGrath—. ¡Un señuelo doble! ¡Se suponía que teníamos que estar concentrados ahí arriba, preocupados por Holly, preocupados por lo del suicidio en masa, volviéndonos locos, mientras ellos ponían una bomba en la Reserva Federal sin que nos diéramos cuenta! Yo había pensado en San

Francisco por lo de Kendall, ¿no? ¡Pensaba que Borken elegiría como objetivo la sucursal que estaba más cerca de la antigua granja de su padre!

Webster asintió y dijo:

—¡Un plan de la hostia! ¡Un fin de semana de fiesta, muchos agentes de la ley de vacaciones, grandes decisiones estratégicas que tomar, todo el mundo mirando hacia el lado equivocado! ¡Luego, todo el mundo mirando lo de la bomba mientras Borken consolidaba su territorio!

—¡¿Dónde está la Reserva Federal en Minneapolis?! —preguntó Johnson apremiándoles.

Webster se encogió de hombros y dijo:

—¡Ni idea! ¡Nunca he estado en Minneapolis! ¡Supongo que será un enorme edificio público, puede que en un sitio bonito, con parques alrededor, o puede que cerca de un río o algo así! En Minneapolis hay río, ¿no?

Holly asintió y le soltó:

—¡Se llama Mississippi!

—¡No! —exclamó Reacher.

—¡Pues claro que sí! ¡Todo el mundo lo sabe!

—¡No, que no es en Minneapolis! ¡Es en San Francisco!

—¡El Mississippi ni se acerca a San Francisco! —le dijo Holly.

Entonces, la joven se fijó en la gran sonrisa que esbozaba Reacher. El brillo del triunfo iluminaba sus ojos, por cansados que estuvieran.

—¡¿Qué pasa?! —preguntó ella.

—¡San Francisco es el destino correcto!

Webster gruñó irritado.

—¡Nos lo hemos pasado! ¡Hace muchos kilómetros! —añadió Reacher. Acto seguido, encendió su micrófono y le dijo al piloto—: Dé la vuelta. Una vuelta amplia.

Y volvió a sonreír. Sonrió y cerró los ojos.

—¡Nos lo hemos pasado! ¡Hace muchos kilómetros! ¡Hemos pasado por

encima de él! ¡Han pintado la furgoneta de verde!

El Night Hawk hizo un giro amplio y los pasajeros pasaron de mirar por uno de los lados a hacerlo por el otro mientras el paisaje rotaba por debajo de ellos.

—¡En la cabaña había pintura! ¡Me he tropezado con las latas! ¡Es probable que fuera una base de camuflaje! ¡La han pintado esta misma mañana! ¡Es probable que todavía esté húmeda!

Vieron una Kenworth que habían pasado hacía unos minutos. Avanzaba poco a poco trescientos metros más abajo. Luego, una larga cinta de asfalto vacía. Luego, una camioneta blanca. Más carretera vacía. Luego, una furgoneta sin ventanas en dirección sur.

—Baje, baje —le dijo Reacher al piloto.

—¡¿Es esa?! —preguntó McGrath.

El hueco entre la furgoneta sin ventanas y la camioneta que llevaba delante iba aumentando. La furgoneta iba quedándose atrás. Detrás de ella, la carretera estaba vacía hasta el horizonte. El Night Hawk descendió. Bajaba hacia la furgoneta igual que un águila baja a por un gazapo.

—¡¿Es esa?! —preguntó de nuevo McGrath.

—¡Esa es! —respondió Reacher.

—¡Sí, sí que es esa! —Holly estaba exultante.

—¡¿Estáis seguros?! —les preguntó McGrath.

—¡Fíjate en el techo! —dijo Holly.

El agente al mando se fijó en el techo. Estaba pintado de verde, pero era evidente que estaba lleno de agujeritos. Como si alguien hubiese disparado una escopeta desde dentro.

—¡Nos tiramos dos días mirando esos agujeritos de mierda! —dijo Holly—. ¡Los recordaré toda la vida!

—¡Hay ciento trece! —dijo Reacher—. ¡Los conté! ¡Es un número primo!

Holly se rio, se adelantó y le chocó los cinco a Reacher embargada por la



alegría.

—¡Es nuestra furgoneta! ¡No hay duda! —exclamó a continuación.

—¿¡Veis al conductor!?! —les preguntó McGrath.

El piloto inclinó el aparato y descendió por el lado del conductor para que pudieran apreciarlo mejor.

—¡Es Stevie! —gritó Holly—. ¡Estoy segura! ¡Ya le tenemos!

—¿¡Tiene armas este cacharro?! —preguntó Webster.

—¡Dos ametralladoras grandes, señor! —respondió el piloto—. ¡Pero no voy a usarlas! ¡No puedo hacerlo! ¡Los militares no podemos implicarnos en asuntos de civiles!

—¿Puede llevar el helicóptero a ras de la carretera y en paralelo a la furgoneta? ¿A unos ochenta kilómetros por hora... o puede que cerca de los noventa y cinco, y sin hacer muchas preguntas? —preguntó Reacher.

El piloto se echó a reír. La carcajada le llegó amortiguada y distorsionada por los auriculares.

—Puedo llevar el helicóptero como usted prefiera. Con permiso del general, eso sí.

Johnson asintió con cautela. Reacher se agachó y recogió el Barrett del suelo. Se soltó el arnés y se acuclilló. Le hizo un gesto a Holly para que le cambiara el sitio. La joven se movió despacio y se sentó frente a McGrath. Reacher se sentó en su lugar. Notó cómo el Night Hawk iba reduciendo la velocidad y descendiendo. Amplió la longitud del arnés de Holly y se lo ató con holgura alrededor de la cintura. Se estiró hacia atrás para bajar el pestillo de la puerta. Tiró del asa y la puerta corrió por sus rieles.

Al instante, entró aullando en el helicóptero una corriente de aire y la aeronave se movió de lado, balanceándose en el aire, igual que resbala un coche por la nieve. La furgoneta verde estaba por detrás y más abajo, a unos sesenta metros. El piloto estabilizó la velocidad hasta que igualó la de la

furgoneta e inclinó la máquina para que Reacher viera claramente la carretera.

—¿Qué tal así? —le preguntó el piloto.

Reacher pulsó el botón del micro.

—Siga así. ¿Hay algo por delante?

—Un vehículo que sube hacia el norte —respondió el copiloto—. Cuando haya pasado, no tiene nada en quince kilómetros.

—¿Hay algo por detrás?

Nada más preguntarlo notó cómo pasaba el vehículo que iba en dirección norte.

McGrath se asomó. Volvió a meterse y negó con la cabeza.

—Nadie por detrás.

Reacher se llevó el Barrett al hombro. Metió una bala en la recámara. Disparar a un vehículo en movimiento desde otro vehículo en movimiento no es la mejor receta para acertar, pero estaba apuntando desde una distancia menor de setenta metros y el objetivo medía unos seis metros de largo y unos dos de ancho, así que no tenía que preocuparse por eso. Eligió un punto a dos tercios del techo y lo centró en la mira. Calculó el movimiento de avance de la furgoneta y el del aire en dirección contraria y consideró que podía disparar sin problemas en el centro del compartimento de carga. Se preguntó si el colchón individual seguiría allí.

—¡Espera! —gritó Webster—. ¿¡Y si te equivocas!?! ¿¡Y si va vacía!?! Solo estás suponiendo, ¿no? ¡Todo este asunto no es sino una suposición! ¡Necesitamos pruebas, Reacher! ¡Necesitamos que nos lo corroboren!

Reacher no miró hacia atrás. Siguió con la vista puesta en la mira.

—¡Chorradas! —soltó mientras se concentraba—. ¡No vamos a obtener mejor comprobación que esta!

Webster le cogió por el brazo.

—¡No puedes hacerlo! ¡Podrías estar matando a un inocente!

—¡Chorradas! Si es inocente, no lo mataré, ¿no?

Se sacudió la mano de Webster. Se giró hacia él.

—Piénsalo. Tranquilízate. Piensa con lógica. Las pruebas las tendremos después de que dispare, ¿no? Si lleva una bomba, lo sabremos. Si la furgoneta va vacía, no le pasará nada. Sencillamente, habrá un agujero más en ese cacharro. El número ciento catorce.

Volvió a girarse hacia la puerta. Levantó el rifle. Fijó el objetivo. Esperó a expulsar el aire y a que llegara el lapso de tiempo entre latido y latido. Luego apretó el gatillo. Tardó una milésima de segundo en oír el sonido de la bala y setenta veces más en que el pesado proyectil impactase a la furgoneta. Durante un segundo no sucedió nada. Luego, el vehículo dejó de existir. Se convirtió, de súbito, en una bola de fuego que rodaba por la autopista como una planta rodadora incandescente. Un gigantesco anillo de conmoción explotó hacia fuera. Al helicóptero lo golpeó la violenta onda expansiva y se balanceó, ciento cincuenta metros más arriba. El piloto recuperó el control y lo estabilizó. Giró. Bajó el morro. En la autopista no había sino una nube rodante de humo que iba perdiendo velocidad, dejando tras de sí una forma de lágrima de trescientos metros de largo. Ni metal, ni ruedas botando, ni restos traqueteando por todos lados. Nada, excepto partículas de vapor microscópicas, invisibles, acelerando hacia la atmósfera mucho más rápido que la velocidad del sonido.

El piloto estuvo mucho rato sobrevolando la zona, tras lo que se desvió hacia el este. Aterrizó con suavidad entre los matorrales, a unos cien metros del arcén. Apagó los motores. Reacher permaneció sentado en el ensordecedor silencio y se soltó el arnés. Dejó el Barrett en el suelo y salió de un salto por la puerta. Se encaminó despacio hacia la carretera.

Una tonelada de dinamita. Una tonelada. Una explosión infernal. No había

quedado nada. Supuso que la onda expansiva habría aplanado la hierba en ochocientos metros a la redonda, pero nada más. La terrible energía de la explosión no se había encontrado con nada a su paso. Nada blando. Nada vulnerable. Había explotado con fuerza, pero había ido perdiéndola hasta convertirse en una brisa a kilómetros de allí. Y no había causado ningún daño. Ninguno. Cerró los ojos en mitad de aquel silencio.

Entonces oyó pasos detrás de él. Era Holly. Oyó cómo alternaba la pierna buena con la mala. Un paso largo y, luego, como si arrastrara un pie. Abrió los ojos y miró la autopista. Se acercaba a él, hasta que estuvo justo delante y se detuvo. Le puso la cabeza en el pecho y le echó los brazos alrededor del cuello. Lo abrazó con fuerza y permaneció así un rato. Él le puso el pelo por detrás de la oreja, como había visto que hacía ella.

—Se acabó —dijo ella.

—Tienes un problema, resuelves el problema. Esa es mi regla.

Se quedó callada un buen rato.

—Ya me gustaría que siempre fuera así de fácil.

Por la manera en que lo había dicho, y después de una pausa tan significativa, fue como un discurso largo. Como un argumento bien razonado.

Reacher hizo ver que no sabía de qué estaba hablando.

—¿Tu padre? Ahora estás muy muy lejos de la sombra de tu padre.

Negó con la cabeza, que aún tenía pegada a su pecho.

—No sé...

—Te lo aseguro. Lo que hiciste por mí en la plaza de armas fue lo más inteligente, frío y valeroso que le he visto hacer a nadie en mi vida, hombre o mujer, joven o viejo. Mejor que nada que haya hecho yo. Mejor que nada de lo que haya hecho tu padre. Seguro que el hombre daría lo que fuera por tener unos huevos así. Y yo. Ya no estás a la sombra de nadie, Holly. Te lo aseguro.

—Y pensaba que así era. Era como me sentía. De verdad. Durante un

tiempo. Pero cuando le he visto... he vuelto a sentirme como siempre. Le he llamado «papá».

—Es que es tu papá.

—Sí, lo sé. Ese es el problema.

Reacher se quedó callado un buen rato.

—Pues cámbiate el apellido. Quizá funcione.

Notó cómo contenía el aliento.

—¿Es una proposición?

—Una sugerencia.

—¿Qué tal te suena Holly Reacher? ¿Bien?

Ahora le tocaba a él quedarse callado un buen rato. Contener el aliento. Hablar del verdadero problema.

—Suena de maravilla, pero yo diría que Holly McGrath suena mejor.

No respondió.

—Él es el tipo con suerte, ¿no?

Holly asintió. Un ligero movimiento de cabeza contra su pecho.

—Pues díselo.

Se encogió de hombros en sus brazos.

—No puedo. Estoy nerviosa.

—Pues no lo estés. Cabe la posibilidad de que él tenga algo parecido que decirte.

Ella lo miró. Él le guiñó un ojo.

—¿Tú crees?

—Estás nerviosa. Él también lo está. Alguno de los dos debería decir algo. No voy a hacerlo yo por vosotros.

Lo abrazó con más fuerza. Luego, se puso de puntillas y le dio un beso. Fuerte y largo, en los labios.

—Gracias —dijo Holly.

—¿Por qué?

—Por entenderlo.

Reacher se encogió de hombros. Tampoco era el fin del mundo. Solo lo parecía.

—¿Vienes? —preguntó ella.

Negó con la cabeza.

—No.

Ella lo dejó en el arcén de la US 93, en Idaho, y él observó cómo se alejaba hacia el Night Hawk. Observó cómo subía la escalerilla. Se detuvo y se dio la vuelta. Lo miró. Se agachó y entró. Cerró la puerta. El rotor empezó a girar. Sabía que no volvería a verla. Se le pegó la ropa cuando el aire empezó a girar a su alrededor mientras el helicóptero despegaba. Se despidió con la mano. Siguió mirando la aeronave hasta que se perdió de vista. Luego, tomó una gran bocanada de aire y miró a derecha e izquierda por la autopista vacía. Viernes, 4 de julio. El día de la Independencia.

El sábado 5 y el domingo 6, el condado de Yorke estuvo cerrado mientras unidades secretas del ejército trabajaban en él día y noche. Unidades de artillería aérea recuperaron la unidad de misiles. La llevaron hacia el sur en cuatro Chinooks. Los intendentes militares entraron en acción y recuperaron toda la artillería que encontraron. Recogieron lo suficiente como para organizar una guerra de pequeñas dimensiones.

Los servicios médicos recogieron los cadáveres. Al fondo de una de las dos cabañas de las minas encontraron a los veinte soldados de la unidad de misiles. Encontraron los esqueletos por entre los que había gateado Reacher. Encontraron cinco cadáveres mutilados en otra cueva. Vestidos como obreros. Como constructores o carpinteros. Sacaron a Fowler de la cabaña de mando y recogieron a Borken del suelo, frente al juzgado. Bajaron a Milosevic de la cuenca de la montaña y a Brogan lo recogieron del claro

pequeño que quedaba al oeste del Bastión. Encontraron la tumba de Jackson en el bosque y lo desenterraron. Alinearon, unos al lado de los otros, a diecinueve milicianos muertos, entre los que había una mujer, en el campo de tiro y se los llevaron en helicóptero.

Uno de los investigadores militares de Garber voló hasta allí en solitario, sacó el disco duro del ordenador financiero y lo metió en un helicóptero para que lo llevara a Chicago. Llegaron ingenieros y dinamitaron las entradas de las minas. Llegaron zapadores al Bastión y deshabilitaron el suministro de agua y arrancaron los cables de la luz. Prendieron fuego a las cabañas y observaron cómo ardían. A última hora de la noche del domingo, cuando los fuegos estaban apagados y ya casi no salía humo, se dirigieron a sus helicópteros y se marcharon en dirección sur.

A primera hora del lunes, Harland Webster volvía a estar en la salita de color blanco roto de la Casa Blanca. Ruth Rosen le sonrió y le preguntó qué tal había ido el fin de semana festivo. Él le devolvió la sonrisa pero no respondió. Una hora después, el sol de la mañana aparecía en Chicago camino del oeste y tres agentes arrestaban a la novia de Brogan. La hostigaron y sondearon durante media hora y le aconsejaron que se fuera de la ciudad y no se llevara nada que le hubiera comprado Brogan. Luego, los mismos agentes cogieron el nuevo Ford Explorer de Milosevic del aparcamiento del edificio federal y lo condujeron ocho kilómetros en dirección sur. Lo dejaron en una calle tranquila, con las puertas abiertas y las llaves puestas. Para cuando Holly Johnson llegó a la clínica especializada en traumatismos de rodilla, ya habían robado el vehículo. Una hora después, la agente estaba en su escritorio. Antes de la hora de comer, el dinero robado en bonos al portador en el asalto al furgón blindado elegía una ruta de vuelta para salir de las islas Caimán. A las seis de la tarde del lunes, Holly estaba en casa, haciendo las maletas. Las metió en el coche y condujo en dirección norte. Se mudaba a casa de McGrath, en Evanston.

El martes por la mañana había tres historias diferentes en la red de la Milicia Nacional. Refugiados de un valle aislado de Montana se habían marchado hacia el sur y hacia el oeste en busca de nuevos asentamientos, y se decía que era por culpa de una maniobra del gobierno mundial. Tropas extranjeras habían borrado del mapa una milicia de héroes. El batallón extranjero lo dirigía un mercenario francés. Habían logrado derrotar a los milicianos porque habían usado tecnología IDE, incluidos satélites, láseres y microchips. Los periodistas se hicieron eco de la historia y llamaron al edificio Hoover. A última hora de la tarde del martes, un portavoz del FBI leyó un comunicado en el que negaba que estuvieran al corriente de algo así.

A primera hora del miércoles, después de cinco viajes en autoestop y cuatro autobuses por siete estados, Reacher llegó por fin a Wisconsin. Era justo donde había querido estar hacía una semana. Le gustaba aquel sitio. Le pareció un buen lugar para pasar el mes de julio. Se quedó hasta el viernes por la tarde.



PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

[www.serienegra.es](http://www.serienegra.es)